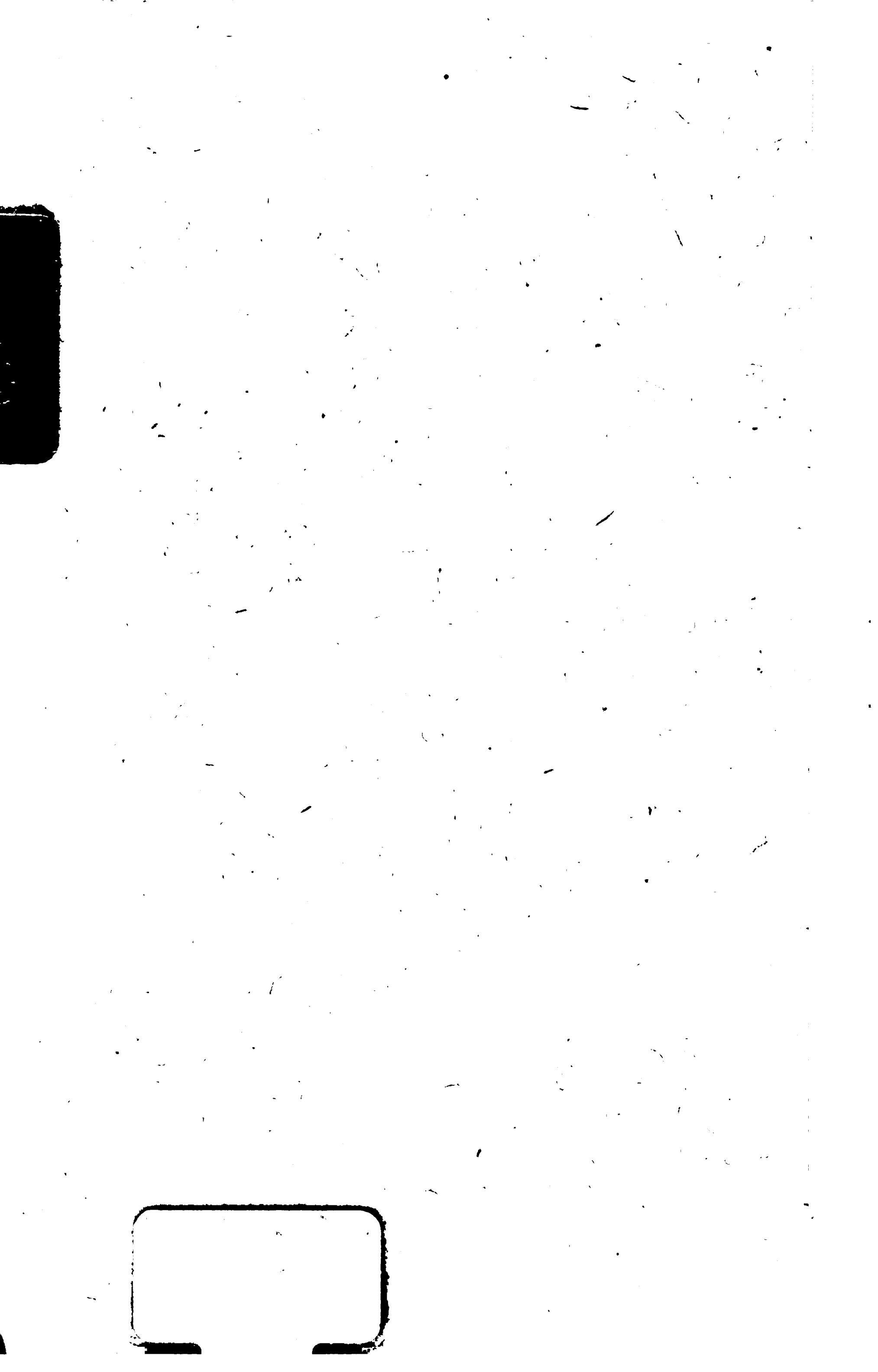


VPX

LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO

EPISODIOS NACIONALES MEXICANOS

(SEGUNDA SERIE)

LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO

(1861-1867)

POR EL

Lic. D. Victoriano Salado Álvarez

C. de la Academia Mexicana de la Lengua

DIBUJOS DE D. A. UTRILLO

TOMO I

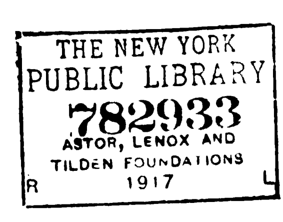
Intrigas de las cortes europeas.—La tripartita.—Las luchas intestinas.—La invasión.—La defensa nacional.—Puebla.—Maximiliano, Emperador.—La corte por dentro.—La Nación armada: Escobedo, Díaz, Corona, Régules.—Los triunviros de paso del Norte: Juárez, Lerdo, Iglesias.—Querétaro.—La Patria salvada

MÉXICO

Establecimiento editorial de J. Ballescá y C.ª, Sucesores

572, San Felipe de Jesús, 572

1903



Imprenta y Litografía de Henrich y C.ª — Barcelona, Calle de Córcega.

AL SR. LICENCIADO

D. PABLO MACEDO

en prenda de sincera gratitud.

Al Lector:

No podía el público haber dado recompensa mejor á mis trabajos anteriores, que la de aceptar benévolamente mi primera serie de *Episodios Nacionales Mexicanos*. Seguro estoy de que la hermosura y trascendencia de los sucesos y el calor de vida que de ellos se desprende, fueron parte para ese éxito, al cual poco ó nada debe de haber contribuído la escasa destreza del bisoño y desmañado artífice.

Y digo que no podía haber ambicionado recompensa mejor á mis esfuerzos, porque mediante el éxito obtenido puedo realizar lo que tanto ansiaba, á saber, escribir esta segunda serie de EPISODIOS, que comprenderá desde el punto en que quedó el libro DE SANTA ANNA Á LA REFORMA, hasta mediados ó fines de 1867.

La intervención francesa y el imperio de Maximiliano son períodos tan interesantes, que no solamente influyeron decisivamente en el modo de ser de México dándole su fisonomía actual, sino que también significaron mucho en la historia europea. Sin hacer mención de consecuencias importantísimas y que están á la vista de todos, baste decir que autores muy serios sostienen que la guerra franco-prusiana, provocada, como se sabe, por la elección de un Hohenzollern para ocupar el trono español, tuvo por origen la enemiga del general Prim contra Napoleón III, por las injurias y desaires que el héroe español sufrió aquí de parte de los comisarios y ejército franceses. ¡Ya se verá si fué de trascendencia la famosa expedición de México!

Pareceres de personas sensatas me inclinaban á no mencionar con sus nombres á los que tomaron parte en los sucesos que relato; mas estudiando detenidamente el caso, me he convencido de que tan acreedores á la benevolencia son los personajes de primera fila como los más humildes comparsas; es decir que no hallo por qué habían de salir á plaza Maximiliano, Carlota ó Almonte, y no tal ó cual dama ó caballero que viven ó tienen descendientes.

Los hombres públicos son semejantes á nosotros los escritores: cuando la comezón de brillar ó la conciencia del propio valer les impulsa á salir al teatro del mundo,

se exponen á la aprobación ó á la rechifla que puedan traerles sus actos; como dice el adagio vulgar:

Tú lo quisiste,
Fraile Mostén;
Tú lo quisiste,
Tú te lo ten.

Si los imperialistas mexicanos quisieron ser personajes y pavonearse con títulos y canonjías, deben aguantar ahora lo que venga, aunque sea un poco ingrato. Si me cabe algún escrúpulo en lo que toca al caso que sirve de argumento á la primera novela de esta serie, caso real y que dió origen á la iniciación de un pleito descabellado, pero que pudo ser ruidoso, afortunadamente, no existen en la República, que yo sepa, Ubiarcos ó Miravalles que se den por ofendidos porque yo suponga á una descendiente suya incapaz de ocupar una página del *Flos sanctorum*.

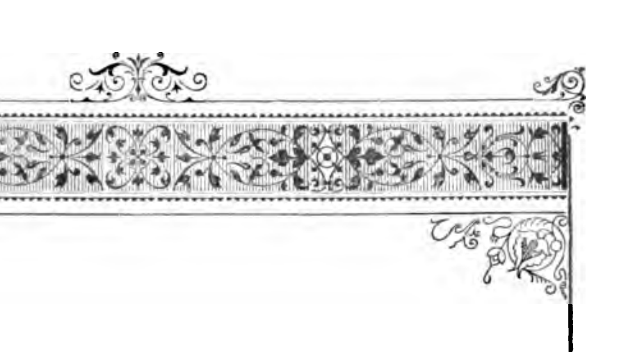
En mi primera serie me lamentaba de la carencia de memorias, confesiones y demás bagaje de historia personal que sirviera de trama á la novela; en este período sobra ese elemento, pues franceses y belgas, aunque sean simples cabos ó suboficiales, han escrito libros acerca de sus *res et gesta,* á fin de no dejar á la posteridad darse de cabezadas para averiguar sus hazañas. Así han formado casi una biblioteca que ya es «carga de muchos camellos»

y que ha estimulado á los mismos mexicanos á abandonar su modorra. Todo eso consulté y además cuantos periódicos, relaciones y documentos de todas clases me vinieron á la mano, amén de las numerosas *respuestas de los prudentes* á quienes interrogué.

Quiera Dios que estudiando ese material haya logrado hacer algo que dé idea de un período sin igual en nuestra historia. Yo no aseguro haber contado sino con tres elementos para lograr ese resultado: mi infatigable amor al trabajo, mi ardiente curiosidad y mi absoluta buena fe.

V. S. A.





LAS RANAS PIDIENDO REY

CONFESIONES DE UNA AFRANCESADA

(1861-1862)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Prolegómeno

ENERO 8 de 1861.

¿Que relate mi historia? ¿Que refiera el cuento, que no lo tiene, de todas mis desventuras?... Poco espacio necesito para decir que soy la más infeliz de las mujeres; que he merecido me llamen *el rigor de las desdichas*, porque casi ninguna ha dejado de ocurrirme; y que mil veces me habría quitado la vida si no fuera por no dejar expuesta á las asechanzas del mundo á mi hija, á mi pobrecita Eugenia, á quien amo sobre todas las



cosas, aunque sólo sea por compensarle un poco mi culpa de haberle dado la vida... He llegado á algo peor que la pobreza, á algo más atroz que la escasez, y es la miseria fría é indecorosa, sin lumbre, sin vestidos, casi sin pan y sujeta á la bazofia que por vía de caridad me echa mi insigne cuñado.

Yo, nacida en el seno de una familia ilustre; yo, hecha á todas las comodidades de la vida; yo, dueña de una fortuna bien saneada, vivo ahora en un infecto cuarto de vecindad (Vergara, número 6, á la disposición de ustedes),

cercada de mujerzuelas de baja estofa, de chiquillos desvergonzados, de patanes apestosos á vinazo ó á pulque trasnochado, y, lo que es peor, de burguesas, mujeres de empleadillos ó de comerciantuelos con tienda abierta, que me miran con desdeñosa compasión...

Cierto que esas infelices con sus cincuenta ó sesenta duros de gasto mensual, son más dichosas que yo con la misma cantidad; y que ellas, con marido é hijos y sin ver un centímetro más allá de sus narices, sienten las penas menos que yo; pero eso no quita que su aire de suficiencia me moleste como si fuera una ofensa personal.

Y hoy, ocho de Enero, mi tristeza crece y como que se redobla al recordar que este día es aniversario de los acontecimientos más importantes de mi vida: mi nacimiento, mi matrimonio y mi llegada á aquel grande y maravilloso París, que tengo grabado con caracteres de fuego en la imaginación.

El libro de edades que guarda mi familia, asegura que vine al mundo á los tres cuartos para las nueve de la noche del ocho de Enero de 1831; en estos momentos cumplo, pues, treinta años y doblo el cabo tormentoso de la vida mujeril; pero quede esto entre nosotros, pues la verdad es que guardo un poco de coquetería en tan importante asunto, y que, en opinión de las gentes, no paso de los veinticuatro. Me ayudan maravillosamente para obtener este resultado mi cuerpecillo esbelto, mis ojos

azules (víctimas ¡ay! de tantos madrigales) y sobre todo mi tez resplandeciente, que unos comparaban á la del albérchigo maduro, mientras decían otros que parecía lámpara de alabastro iluminada por una flama rosada...

Así será; pero si he de decir la verdad, esa tez, lo mismo que otras pequeñas perfecciones de que no me envanezco, pero que sí necesito reconocer, la debo á mi familia, en cuyo seno no se recuerdan las caras arrugaditas como pasas, ni las carnes flácidas y colgantes, ni los párpados caídos y como enrollados, ni ninguno de esos signos de decadencia que desgraciadamente aquejan al resto de los humanos. Mi tía, sor Catalina de la Transverberación de Santa Teresa, alcanzó casi un siglo de vida, y, sin embargo, estaba tan entera y briosa como una mujer de cuarenta años, al grado que se pensaba la había guardado así la ejemplarísima y singular vida que llevó.

Claro es que yo tengo en mi pasivo un argumento formidable, y es la presencia de Eugenia, que depone en contra mía con altísimas é inteligibles voces; pero me doy mis mañas para aniñar más á la niña, y aunque tiene los catorce años cumplidos, la hago aparecer como de diez ú once á lo más.

Me bautizaron con los nombres de María Manuela del Carmen, Juliana, Bonifacia, Petronila, Hortensia, Luisa, Gabriela, Josefina de Jesús, y mis padres fueron don Antonio Fernández de Ubiarco y doña Luisa Avalos de Bra-

camonte, que eran entre sí inmediatos parientes. Por poco que sepa de linajes quien estas líneas lea, comprenderá que mi familia es de lo más esclarecido que existió en la Nueva España. Los condes de Miravalles, los marqueses de Uluapa, los de Prado Alegre, los barones de San Carlos, los condes del Jaral, los marqueses de Pánuco y de Guadalupe Gallardo y los mayorazgos Cañedos, están unidos á mi familia por lazos de cercano parentesco, así como también, aunque sea un poco más lejano el vínculo, los marqueses de Salinas, los condes de Regla y los del Valle.

Mi padre murió el año de 36 dejándome tan niña, que apenas, colacionando los rasgos que de su fisonomía guardo en la memoria con las líneas de los numerosos retratos que andaban por casa, he logrado reconstruir aquel semblante grave, austero, rudo, serio y triste, pero al mismo tiempo hermoso y varonil como quizás haya pocos. Mi madre, que aun era moza, contrajo nuevo matrimonio con don Juan Manuel Suárez Peredo, pariente cercano de los condes del Valle. Nadie extrañará que al hablar del hombre á quien debo todas mis desgracias, sea un poco dura; pero nadie al mismo tiempo me tachará de mentirosa ni de exagerada. Mi padrastro es vano, falso, embustero, trapalón, ignorante, necio y presumido: su figurilla de chulo, que por cierto ha venido ahora muy á menos por el estrago de la edad, es su único timbre de gloria.

A los siete años salí para Francia. Allí viví otros siete en un internado cerca de Tours, que destinaron para que me sirviera de prisión, y á los catorce regresé á mi patria, conociendo apenas el español é ignorando casi todo cuanto concernía á México. No diré aquí cuán á mi gusto me hallaba en la pensión, las amistades que contraje y el dolor con que me separé de las buenas madres, porque tales cosas no rezan con el objeto de estas memorias; pero no dejaré de contar que apenas vine al país me casé, ó, mejor dicho, me casaron, con el joven Pierre Jecker, que en concepto de mi madre y de su cuyo era el partido mejor que yo podía haber ambicionado.

Los Jecker eran aldeanos del país de Vaud; inteligentes, laboriosos y honrados, dieron educación científica á su hijo mayor, Luis, que á los veinticinco años se encontró en posesión de un título de médico y cirujano. Listo y avispado como era el nuevo mediquillo, comprendió que no podía prosperar en su país tanto y tan de prisa como deseaba, y determinó venirse á estas Indias, que son amparo de desvalidos, catapulta de ambiciosos, refugio de criminales, esperanza de pobres, medro de ricos, y norte, luz y guía de todos cuantos se desvelan pensando en la manera de adquirir ó aumentar sus caudales.

Jecker, discípulo de los más insignes prácticos franceses, trajo acá procedimientos del todo desconocidos. La punción del hígado, el batir las cataratas, las amputacio-

nes artísticas y casi matemáticas, fueron de las novedades que implantó ó de las que usó apenas se descubrieron. También fué uno de los primeros que aplicaron el cloroformo en las operaciones.

Jecker era un poquillo novelesco: se pasaba noches enteras al lado de un infeliz, que tenía por todo lecho un mísero petate, y cuando se retiraba rendido de cansancio y colmado de las bendiciones de la familia dolorida, sucedía, á la hora que los asistentes removían el camastro, que se encontraran con una onza de oro ó cuando menos unos cuantos pesos que servían para los gastos durante el tiempo que no trabajaba el paciente. En cambio, cuando á un ricacho le dolía siquiera una uña, allá iban las cuentazas, tasando los servicios á un precio que habían desconocido los pobres físicos descendientes de los que no sabían más que ponerse las quirotecas, tomar el pulso y mover la cabeza, llamando clísteres, supositorios, pediluvios y cámaras, á cosas que en cristiano tenían nombres muchísimo más prosaicos.

Don Luis era bajo de cuerpo, cargado de espaldas, lo que aquí llamamos *doblado,* de tal manera que la cabeza parecía encajada en el busto y hacía el efecto de que anduviera siempre espiando ó huroneando lo que pasaba. Tenía las mejillas llenas, la nariz gruesa y un tanto aguileña, la frente amplia, la cabeza calva, un gran bosque de barbas rubias consteladas á trechos de pelos blancos y

los ojos redondos, pero uno de ellos completamente bizco.

Con el doctor vino un hermano suyo (mi marido arribó mucho después), alto, pálido, de hermosos y enigmáticos ojos, con un conjunto de melancolía, de frialdad y de señorío, que alejaba á cuantos se le ponían cerca.

Mientras Luis curaba, Juan Bautista servía como dependiente en la casa de Montgomery, Nicod y C.ª, y con su tino, su habilidad y su trabajo, en poquísimo tiempo logró amasar (como ellos decían) un capitalito que fué el pie de altar para futuras especulaciones. Pero el verdadero núcleo de la colosal fortuna que manejó mi cuñado, fué la millonada de francos que le regaló su hermano al partir para Europa.

Don Luis estaba cansado de trabajar y ahito de ganar dinero; mas su principal dolor era sentirse inútil para el ejercicio de la cirugía. Sus dedos, que siempre habían sido toscos y duros, cuando tocaban la piel, cuando manejando el bisturí y la sierra rompían tejidos, ligamentos, músculos y huesos, se convertían en dedos de hada, de niño, de madre: no se sentía su paso, no se sabía cuándo desgajaban, hendían ni rasgaban, porque tenían un tacto tan fino que parecían parte del miembro enfermo; de tal manera sabían detenerse cuando arrancaban un grito ó hacían exhalar una queja. Pero aquellos dedos privilegiados empezaron á deformarse, á torcerse, á agarrotarse, á llenarse de lacras y dolamas á causa de la gota, y enton-



Recuerdo haberle visto echado en un sillón, con los pies cubiertos...

ces fué menester que don Luis renunciara á la cirugía.

Recuerdo haberle visto echado en un sillón, con los pies cubiertos de franelas, las piernas tapadas con una manta, la faz lívida y sudorosa, los ojos tornados en blanco y la boca llena de blasfemias. Lloraba, gritaba, se mesaba las barbas, se arrancaba puñados de cabellos y acababa por pedir, para repararse, su *medicina* ordinaria: una *tartine* de *foie gras* y una copa grande de champaña.

Ya en Europa, siguió peor; mas él encontró modo de no sufrir los dolores. Luego que sentía llegar el ataque se metía en un baño de agua tibia, duraba en él dos ó tres días mascando trozos de hielo, y al fin salía para entregarse á diversiones, placeres y excesos de todas clases, que en unos cuantos meses dieron al traste con la vida del médico. Los setenta ú ochenta mil duros que todavía le quedaban, fueron á poder de dos establecimientos de beneficencia de la ciudad de París.

Juan Bautista siguió diferente plan de vida. Se asoció con don Felipe Terán, mexicano muy honorable, y con don Isidoro de la Torre, español perteneciente á la vieja casa comercial de los Torres, de Burdeos, y en su compañía empezó á trabajar con muchísimos bríos. No había negocio ó especulación de importancia en que Jecker, Torre y compañía no intervinieran con beneficio propio y de los otros contratantes. Quitas y esperas, arreglos entre acreedores, compra de fincas rústicas y urbanas,

responsivas y conocimientos para adquisición de maquinaria y efectos extranjeros, y todo aquello en que pueden servir el dinero ó el crédito, era de la competencia de la casa, que en México, donde no hay bancos, hacía las veces de banco universal y aceptadísimo.

Claro que como quien menos blanca tiene en México es el Gobierno, la casa le prestaba, le descontaba, le anticipaba y le favorecía, en fin, de la manera más liberal. Los negocios subían como la espuma, y á los tres años que murió Terán y que de la Torre se separó de la negociación para formar otra nueva, cada uno de los socios vivos y la familia del difunto, pudieron sacar, limpios de polvo y paja, tres millones de francos por barba. Juan estableció otra casa, asociando á ella á su sobrino don Julio Borneque, á don Isidoro de la Torre, sobrino de su antiguo compañero, y á Pedro, mi marido, que trabajaba años hacía al lado del banquero.

Claro que nosotros no entrábamos en el arreglo sólo por el placer de Jecker; había introducido Pierre todo mi capital, que recibió al casarnos y que consistía en las haciendas de Palmillas y Piedra Grande, en la mitad de la de Amiales, en seis casas de la calle del Cuadrante de Santa Catarina, en dos de la primera de San Francisco, y en cincuenta mil duros contantes y sonantes.

La casa necesitaba en Europa un hombre activo, trabajador, listo y honrado que pudiera, en caso ofrecido,

levantar empréstitos, dar informes sobre minas, fábricas y fundiciones mexicanas, vender y comprar títulos de nuestra deuda y hacer, en fin, todo cuanto conviniera para el desarrollo de los negocios de la firma social; y se pensó que Pierre, mi marido, podía servir maravillosamente para el caso. Provisto del título de *Agente financiero secreto del Gobierno mexicano,* que le había expedido el señor Arista (y que después le renovaron, sucesivamente, Santa Anna, Alvarez, Comonfort, Zuloaga y Miramón), desembarcamos en Dunquerque, tal día como el cinco de Enero de 1853, y llegamos el ocho á París.

Nunca había visto la gran ciudad, y excusado parece decir que me dediqué á visitarla y admirarla, consagrando á tan gratas tareas todos mis momentos libres, que eran los más.

Al mismo tiempo seguí dedicada á la lectura, devorando en francés y español cuanto me venía á la mano. A fin de rescatar un poco mi ignorancia en cosas y personas de México, me dí á leer historia, geografía, viajes, estadística y todo cuanto podía proporcionarme algunas luces acerca de mi patria. Ahora casi soy una marisabidilla, aunque, como verá el lector por la obra, sólo tiene mi curiosidad una barrera, y es la negra y maldita política, origen de todas mis desventuras.

Ya se empezaba á murmurar que pronto acabaría en matrimonio regio un idilio comenzado el año anterior en

Compiégne: la hermosa Eugenia María de Montijo, Guzmán y Portocarrero, condesa de Teba, se casaría en breve



Busto de la emperatriz Eugenia, modelado por Nieuwerkerke
(De una Ilustración de la época)

con el emperador Napoleón III, siendo el caso asombro de Europa y del mundo todo.

La señorita de Montijo descendía por su padre de Guzmán el Bueno, y tenía entre sus ascendientes al primer

conde de Teba, ennoblecido por don Fernando y doña Isabel, en premio del valor que desplegó en el sitio de Granada. Por su madre procedía de la noble familia de Closeburn, que había sido expulsada de Escocia á la caída de los Estuardos.

Pero sus timbres de nobleza eran menos claros á medida que se aproximaban los tiempos; su padre era aquel famoso *tío Pedro,* que tanto había influído en la caída del favorito Godoy, y que después se había vuelto afrancesado y acuchillado españoles bajo las órdenes de Murat, sin dejar de firmarse Guzmán, Fernández de Córdova, la Cerda y Leiva, Conde de Montijo, Baños, Mora y Teba, grande de España de primera clase...

La madre, doña María Manuela de Closeburn, era el tipo de la suegra de comedia española, de la vieja que tiene una hija y la muestra, mueve, enseña, zarandea y presenta como si fuera una joya, una mina, una propiedad inmueble ó un caballo de buena raza. No hay playa europea que no recuerde haber sentido holladas sus arenas por los piececitos de la *jolie espagnole* y por los feos de la madre.

Cuentan las crónicas, que en 1850 la Montijo se hizo notar por su asiduidad en asistir á las tertulias del Elíseo; que en 1851 estuvo en Compiégne; que un día, á pesar de su habilidad en la equitación cayó del caballo, y aunque prontamente pudo valerse, enseñó el arranque de una so-

berana pantorrilla... que sirvió para que el Príncipe Presidente se dirigiera á ofrecerle su mano, cesando en las vacilaciones que le traían discursivo tiempo hacía.

En los días del *golpe de estado,* Napoleón indicó á su novia la conveniencia de que se marchara á España, no queriendo quedara expuesta á las consecuencias de una aventura que podía ser fatal. Ella aceptó, pero no sin manifestar al Príncipe que, cualesquiera que fueran los resultados del suceso, ella aguardaría á su prometido con el mismo amor de siempre.

No obstante, Napoleón dudó mucho antes de hacer la notificación oficial de su matrimonio á los altos cuerpos del Estado. Conocía que la duquesa era tan escrupulosa como si hubiera sido madre de actriz, y que deseando colocar ventajosamente á su hija, era capaz de entregarla al príncipe, ministro ú hombre de gran viso que la quisiera con cualquier objeto. Sabía que en su odisea por balnearios y ciudades populosas, Eugenia había despertado la admiración y encendido los deseos de muchos, y temía enlazar su vida y los destinos de Francia á una mujer indigna. Se dice que días antes de la boda le exigió Napoleón, no una confesión de su existencia pasada, sino la respuesta á esta pregunta: «¿No habéis dejado de ser la señorita de Montijo?» y que como ella sostuviera que merecía seguir llamándose así, no vaciló más el novio.

Todavía tuvo que vencer Napoleón otra enemiga más terrible: la de su familia. El príncipe Napoleón, según parece, le dijo apeándole el tratamiento:

— Sé que tratas de casarte con la señorita de Montijo, que no es sino una aventurera de alto porte, una estrella de las playas del Mediterráneo... No hagas tal; ese matri-



Medalla acuñada con motivo del matrimonio de Eugenia y Luis Napoleón. (De una ilustración de la época)

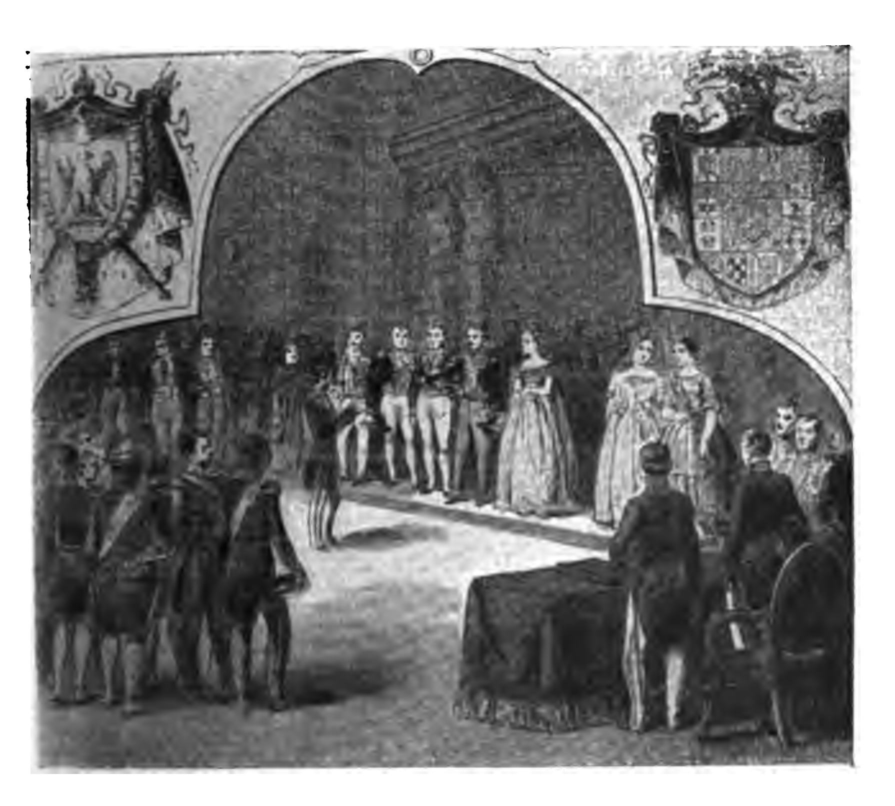
monio sería tu desgracia y la de nuestra dinastía... Comprendo que te agrade; también me gusta á mí... Convengo en que es manjar digno de rey, pero no es menester que te cases... Págala á buen precio, haz locuras por ella, pero no te cases.

Sin embargo, el 22 de Enero reunió el emperador en la Sala del Trono á los ministros, senadores, mariscales, almirantes y obispos, y les participó su resolución de dar su nombre á la señorita de Montijo, «francesa por el alma, por la educación y por el recuerdo de la sangre que derramó su padre por la causa del Imperio, y que no



Trajes del Emperador y la Emperatriz en la ceremonia nupcial
(De un periódico ilustrado de aquel tiempo)

tiene, como española que es, familia á quien haya que dar honores y dignidades. Dotada de todas las prendas del alma, será el ornato del trono, así como en el día del peligro será su más fuerte apoyo. Católica y piadosa, dirigirá al cielo sus ruegos por la felicidad de la Francia; amable



Matrimonio del emperador Napoleón III en las Tullerías
(De una Ilustración de la época)

y bondadosa, hará florecer en ese puesto las virtudes de la emperatriz Josefina...

El 29 de Enero se efectuó el matrimonio civil. Nosotros, á causa de nuestra posición casi oficial, concurrimos en unión de todos los diplomáticos y cónsules, y desde la Sala de los mariscales notamos cuanto pasó. El ministro de Estado y de la casa imperial se puso en pie y dijo:

«En nombre del Emperador».

El Emperador y la que iba á ser Emperatriz se levantaron de sus asientos.

«Señor:

¿Vuestra Majestad declara tomar en matrimonio á su Excelencia la señorita doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, que está presente?»

El Emperador contestó:

«Declaro tomar en matrimonio á la señorita doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, que está presente».

En seguida dijo el ministro:

«¿Señorita doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, Vuecencia declara que toma en matrimonio á su Majestad el emperador Napoleón III, que está presente?»

Su Excelencia respondió:

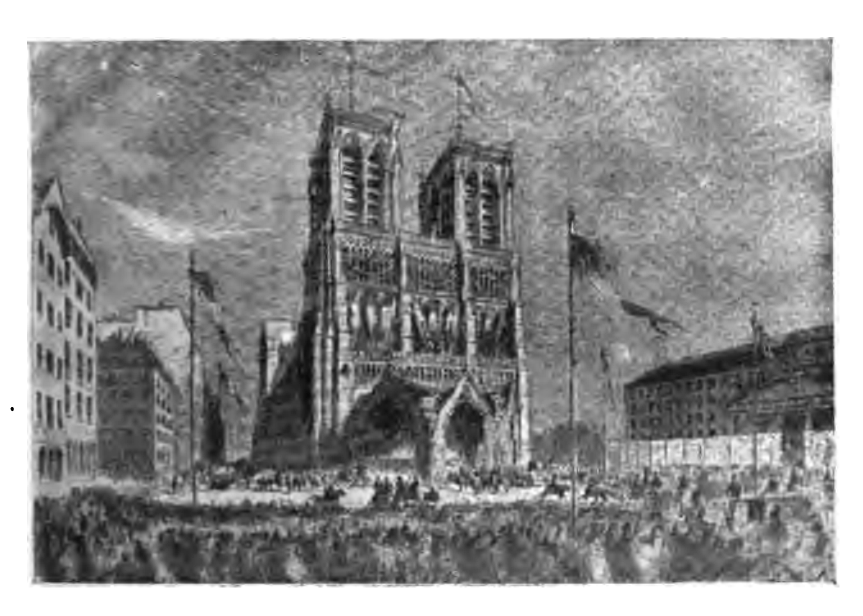
«Declaro tomar en matrimonio á Su Majestad el Emperador Napoleón III, que está presente».

Entonces el ministro pronunció esta fórmula:

«En nombre del Emperador, de la Constitución y de la Ley, declaro que su Majestad Napoleón III, Emperador de los franceses por la gracia de Dios y la voluntad nacional, y su Excelencia la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, están unidos en matrimonio».

Luego los criados acercaron la mesa en que estaba el gran registro de la casa imperial y que sólo contenía otras dos actas: la de adopción del príncipe Eugenio por Napoleón I, y la del nacimiento del rey de Roma. Luego que

Sus Majestades, sin abandonar sus asientos, firmaron el acta, siguieron la condesa de Montijo, el rey Jerónimo, el príncipe Napoleón, la princesa Matilde, los príncipes



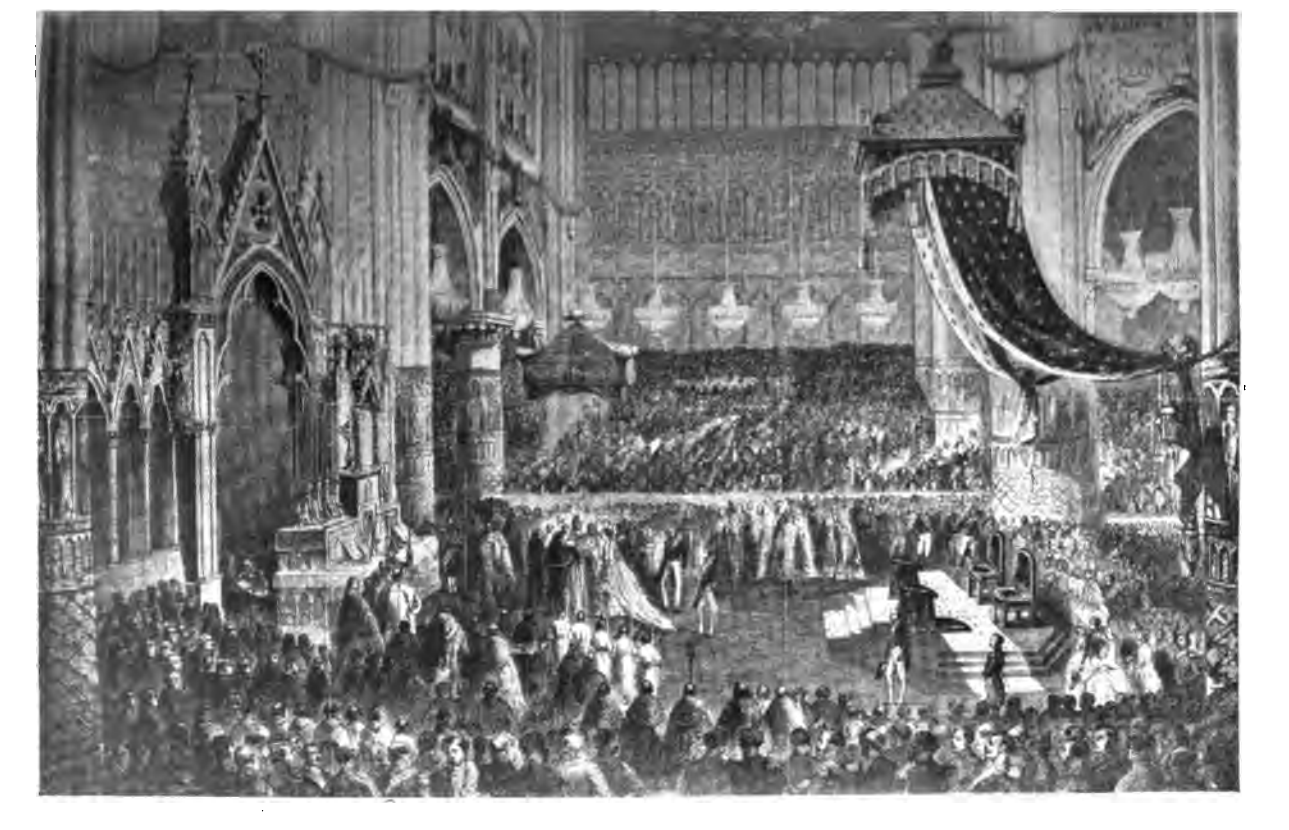
Exterior de la iglesia de Nuestra Señora el día del matrimonio de Napoleón III con Eugenia de Montijo. (De un periódico de aquel tiempo)

Bonapartes, Murats y Bacciochi y los cardenales, arzobispos, obispos, mariscales, ministros, grandes dignatarios de la casa imperial y los duques de Osuna y de Alba.

El 30 fué el matrimonio religioso en Nuestra Señora. ¡Qué gentío tan inmenso! Sociedades obreras con sus estandartes, veteranos del Imperio, diputaciones de doncellas vestidas de blanco, la guardia nacional, el ejército, todo lo que encierra la gran ciudad se encontraba en la

carrera que debían seguir los soberanos. La Catedral, adornada por Viollet le Duc, lucía banderolas y gallardetes, que ocultaban casi todas las salientes y molduras, destacándose en la puerta principal las dos estatuas colosales de Carlo Magno y Napoleón. El interior de la iglesia brillaba como un diamante: 15,000 bujías ardían arrancando con sus titilaciones nuevas muecas á las jetas de grifos y demonios, iluminando los tréboles y las mitras, reflejándose en los escudos, llenando de gloria los ojos de los santos que reposaban en los altares y vistiendo con luz de vida las facciones afiladas, las manos que empuñaban pesados montantes y hasta los lebreles que reposaban al pie de las estatuas yacentes de héroes y benefactores.

A la una anunció el redoble de los parches la llegada de la Emperatriz y del Emperador. No pude verles sino cuando ya habían subido al altar. Napoleón III vestía uniforme de teniente general; Eugenia llevaba vestido de seda blanca, velo de encaje inglés y diadema y cinturón de diamantes. Cuando concluía la ceremonia, se oyó un estrépito que semejaba un cataclismo, una serie de ruidos que, sin saberse de dónde partía, resonaba por todas las bóvedas, se introducía á todos los oídos, dominaba todos los rumores y al fin se cambiaba en una melodía dulce y blanda, que acompañaba la *vox infantilis* del órgano monstruoso de Nuestra Señora; era el *Domine, salvum fac imperatorem,* que Auber había compuesto para esta solemnidad...



Interior de la Catedral de Nuestra Señora, el día del matrimonio de Napoleón III y Eugenia de Montijo
(Tomado de una Ilustración de la época.)

¡Sí, que Dios salve al Emperador, que es la esperanza de toda nuestra raza! ¡Que Dios le ayude y le favorezca en sus empresas y le dé ventura en lides!

Nosotros, aunque ruedas pequeñísimas en esta inmensa maquinaria administrativa, no podíamos permanecer sin empleo cuando la catalina se movía. Hubo fiestas á qué quieres boca, bailes de beneficencia, banquetes, rifas, paseos y alegría general.

Todavía recuerdo el gran baile del Hotel de Ville, en que me admiró la inmensa cantidad de uniformes, de casacas bordadas y de calzones cortos. Había tres orquestas atronadoras, como las que se usan en Francia para los bailes; el gentío era inmenso, al grado que venían estrechos los cuatro grandísimos salones destinados á contener la concurrencia, y que, mientras en un lugar se bailaba vals ó redowa, en otro se tejían contradanzas y polkas. La concurrencia era cosmopolita: italianos, rusos, argentinos, americanos, mexicanos y hasta turcos y chinos.

En el baile de la Opera Cómica dancé hasta sentirme rendida, y cuando pasé á mi palco, pude contemplar en el inmediato á la famosa Rachel, la gran artista que ha resucitado el teatro de Racine y de Corneille. Llevaba un admirable aderezo de diamantes, que brillaba menos que sus ojos húmedos de judía, estrellas dentro de la cisterna, como dijo el poeta.

El baile que ofreció el Senado á la Emperatriz, fué el

número mejor de aquella temporada de festejos. El salón del trono, improvisado en el viejo Palacio de María de Médicis, era encantador: las innumerables damas vestidas de colores brillantísimos, los mil espejos en que se reflejaban bustos y espaldas, los tapices severos é imponentes, el huertecillo colocado en el centro, de donde manaban en abundancia aguas vivas y un torrente de dulcísimas armonías; el dosel rojo sembrado de abejas de oro, las grandes águilas que sostenían el trono, todo, en fin, era para producir el embebecimiento hasta en gentes que hubieran visto más que yo.

Cuando los Emperadores entraron al salón, todos nos olvidamos de la etiqueta para verles: hubo muchos achuchones, muchos gritos, muchos trajes rotos y mucho desorden; pero todos pudimos ver á Napoleón y á Eugenia cuando bailaron el rigodón de honor, la una con Mr. Billault, presidente del Senado, y el otro con la mujer de aquél.





CAPITULO II

Mexicanos en París y parisienses en México

ENERO 20 de 1861.

Seis meses cabales era mayor que yo mi amiga íntima Paquita Agüero, hija de don Francisco y de doña Antonia González Echeverría. Recuerdo haber conocido en mi niñez á don José y á don Angel González, hermanos de la señora, ricos banqueros y amigos íntimos de mi casa. Eran rubios como unas candelas, altos, bien formados, de fisonomías hermosas y nobles. Antoñita había sido una de las damas más bellas de Veracruz, y Paquita, mi amiga, poseía la gracia, la hermosura y la bondad de su madre. Era de pequeña estatura, blanca, pálida, de grandes ojos negros y de mirada lánguida.

El 47, pocos días después del nacimiento de mi Euge-

nia, murió don Francisco, y la viuda dispuso ir á vivir á París, tomando en arrendamiento un precioso hotelito de la calle de Richelieu. Nadie puede figurarse el placer que sentí en volver á ver á aquella hermosa y querida amiga de mi infancia. Como nuestras habitaciones eran cercanas, pasaba la mayor parte de mis horas con Paquita, á cuyas tertulias concurrían las Rubios, Errazus, Valles, Uribárrenes, Iturrigarayes, Valdiviesos, O'Brien y todo lo mejor de nuestra tierra y de la colonia hispano-americana.

Al hablar de colonia hispano-americana no quiero decir que sólo ocurriera *rue Richelieu* esa gente *interlope* que forma los detritos de la gran ciudad. La colonia hispano-americana en París está formada de gentes honorabilísimas: diplomáticos, capitalistas, algunas veces emigrados políticos, pocos literatos y artistas, que viajan por recreación. A las fiestas que da la colonia, suelen asistir diplomáticos extranjeros, dignatarios del imperio y hasta nobles del arrabal de San Germán, de esos que visitan á Enrique V en Frohsdhorff y traen consigo cartas patentes en que el Rey (así, con mayúscula) alienta á sus fieles y les da las gracias por su constancia.

El palacete de las Agüeros es hermosísimo: los techos están pintados al estilo de Boucher, menos el del salón de baile, que es todo blanco; los muros están revestidos de riquísimas sedas, exceptuando los del gran salón, que tienen enormes espejos por todo adorno; en las salas no

hay nada chillón, ni ostentoso, ni ridículo; estatuetas, vasos elegantísimos, porcelanas, monedas y medallas, encerrados en caprichosas vitrinas; y ni uno solo de esos ídolos macabros, de esas flechas, de esas macanas y de esas mantas que como recuerdo de la tierra, tienen las familias de procedencia americana. En el comedor, que es muy amplio, hay encerrada mucha y bien cincelada plata en anaqueles protegidos con cristales, y en un invernadero esbelto y delicado, como la arquitectura morisca, con arreglo á cuyos cánones está hecho, multitud de flores hermosísimas, evónimos y plantas de adorno. Allí evocan la memoria del país, una soberbia colección de cacteas y otra de ninfeas prodigiosamente lozanas y frescas, siendo quizás lo único indígena que haya obtenido asilo en el hotel.

El 12 de Diciembre celebrábamos anualmente en la iglesia de la Magdalena la fiesta de nuestra patrona nacional, la Virgen de Guadalupe. En una de esas fiestas conocí á Olaguíbel, á Almonte, á Lafragua, á don Tomás Murphy, á don Ignacio Valdivielso, á don José Ramón Pacheco, á don Rómulo Díaz de la Vega, á don Antonio de Haro, y á otros mexicanos de menos importancia. No parecía sino que en aquel lugar se daban cita los representantes de todas las ideas, de todas las tendencias y de todos los credos; pero no para contradecirse, sino para harmonizarse y ponerse de acuerdo. Sobre todo, ministros,

diplomáticos los había de todos matices, como si de propósito se hubieran ido aglomerando para utilizarse á la hora en que se les llamara de nuevo á servicio. Cada uno de esos hombres que se inclinaban tan devotamente al oir la campanilla que les llamaba á la contemplación, simbolizaba una época ó una peripecia de la historia mexicana: éste, los préstamos onerosísimos al gobierno; aquél, la dictadura de Santa Anna; esotro, las disputas con España; el de mas allá la lucha con los americanos; y el otro las pretensiones del clero ó las aspiraciones de los rojos ó cualquiera de tantos matices como hay y ha habido en nuestra patria.

Por la noche hubo gran sarao en casa de las Agüeros. Ese día se participaba oficialmente á las amistades de la casa el próximo matrimonio de Paquita con don Juan Prim, conde de Reus, general español de grandísimo mérito y todavía de mayores esperanzas. Se había anunciado que asistirían Sus Majestades, que deseaban manifestar su complacencia por aquella boda, y al husmo de la real visita ocurrieron casi todas las relaciones de la familia, de manera que la casa se hallaba de bote en bote. Lafragua, Almonte, Julio Arboleda, el poeta neogranadino, las familias de los duques de Rivas y de Medinaceli, las Errazus y muchísimos nobles del auténtico *faubourg*, llenaban desde muy temprano los salones.

Sabido es, porque eso lo han dicho de sobra los perió-

dicos, que el Imperio tiende á *desbonapartizarse,* pues el Emperador que, según dicen, no está seguro de ser sobrino de su tío, sí está completamente satisfecho de descender



de la reina Hortensia; de manera que hace gala de ser Beauharnais ó más bien Tascher La Pagerie, que Bonaparte. Por eso anunció en su alocución al Senado, que deseaba que su mujer se pareciera ¡en lo virtuosa! á la emperatriz Josefina y ha emprendido la tarea de rehabilitar á su abuela presentándola como la más ejemplar, honrada, económica y desgraciada de las reinas. Así,

pues, la tonadilla *En partant pour la Syrie,* favorita de la criolla, se toca de preferencia á todos los aires que guiaron á la victoria al gran ejército.

Luego que la música preludió la piececita, nos pusimos en fila hombres y mujeres para hacer acatamiento á los jefes del Estado. Napoleón es tal como le pintan los retratos; pero tiene el busto demasiado grueso para lo débil y corto de las piernas que le sustentan. Las líneas del rostro son de una inmovilidad desesperante; mas no así los ojillos claros, que revelan una vida interna siempre á altísima tensión. Napoleón *no se da importancia,* como decimos aquí. Es sencillote, bondadoso, gusta de alternar con todo el mundo y hasta suele gastar bromas y chanzonetas. Saludó con la cabeza á todos los presentes, se detuvo á felicitar á los novios y avanzó hasta el medio del salón con los guantes en la mano, con aspecto distraído y soñador.

La Emperatriz saludó en redondo, con un gesto tan señoril, con una inclinación de cabeza tan suya, que no he visto repetirla á nadie, aunque sí imitarla, á muchas gentes. Eugenia iba vestida con un traje de tul blanco, y su busto y su cabeza emergían de la muchedumbre de encajes como de una nube. En la cabellera dorada llevaba una corona de violetas de Parma y una pequeñísima diadema con brillantes muy ricos. Los ojos de la Emperatriz son azules y tienen tal expresión de candor, de inocencia

y de bondad, que vencen y enajenan. La frente es recta; la nariz, delgada en la base, tiene aletas movibles y finísimas; la boca es muy pequeña; los dientes blanquísimos, parejos y brillantes; la barba completa con una curva encantadora, el óvalo admirable de la cara; la tez del rostro es blanquísima y teñida apenas por un leve rosicler; el cuello recto, alto, firme y surcado por tenues venas azuladas que recuerdan la sangre noble española, se asienta naturalmente sobre un busto fuerte y bien delineado. Las manos y los pies son tan pequeños, que sus guantes y su calzado sólo sirven para niños de diez ó doce años. El cuerpo es delgado; pero no como los que ahora se usan, sino bien puesto y firme, descendiendo la línea del pecho y las caderas rítmica y naturalmente. Su estatura es algo más que mediana, casi tan alta como la de su marido; pero exquisitamente proporcionada. Dicen que su única habilidad consiste en ser hermosa; pues las ingeniosísimas cartas con que logró trastornar el seso á Napoleón III, son obra de Mérimée. Quizás sea así; pero con la sola belleza habría bastado para promover una nueva guerra de Troya.

No hay retratos de la Emperatriz que den idea de su hermosura positivamente regia. El famoso de Naritherhalter, *La Emperatriz rodeada de sus damas de honor,* en que Eugenia viene á ser el broche de un gran brazalete formado por las mujeres más bellas de la corte, es un cuadro

de invención, más que un retrato. El otro que se encuentra en las prefecturas y oficinas públicas, representa á una Emperatriz seca y fría, que nadie ha conocido. Algo se acerca á la verdad el busto tallado por Nieuwerkerke, que circuló pocos días después del matrimonio.

La señora Agüero me presentó á la Emperatriz, y ella me dijo en francés:

— Ah, madame Jecker; ya os conocía por la reputación de belleza que gozáis.

Y como yo me inclinara, añadió en español:

— Os llaman la *Bella mexicana,* y encuentro que el nombre os cuadra á maravilla... Debe de haber muchas hermosuras en México, pues todas las mujeres que conozco de ese remoto país, son deliciosas... testigo la bellísima novia, que pronto será esposa de mi valiente compatriota Prim.

Y luego, volviéndose á la señora Rubio:

— ¿Sabéis que soy un poco, un poquito mexicana? Tengo en mis venas sangre de Montezuma, vuestro último Emperador. Desciendo de doña Leonor Montezuma, casada con un Guzmán...

La Emperatriz habla el francés y el español con ligero acento inglés, arrastrando las erres y con cierto reposo que le cae admirablemente.

Tres meses después fuimos á Compiègne, donde Nelly Errazu persiguió al ciervo en el bosque por espacio de más

de siete leguas, matando al animal de un tiro y granjeándose la pata, que el Emperador le regaló con grandes muestras de admiración á la destreza de la cazadora.

Más tarde encontré á Eugenia en Biarritz, y fuí recibida con el cariño de la primera vez. Entonces... Pero basta ya de referir grandezas. Esta serie de recuerdos me parece como si los viejos trirremes que hay en los museos de arqueología naval hablaran de los tiempos en que, alígeros y gallardos, recorrían el Océano con sus remos de sándalo, su proa de marfil, sus velas de púrpura y sus flautistas que encantaban tritones y nereidas, para olvidar el tiempo que les consume y les abate, y el infortunio que les tiene abandonados.

. . . .

A fines del año pasado supimos que la casa de México andaba muy mal. Se había realizado no sé qué maldito negocio en que, mediante la entrega de quinientos mil pesos, debían recibirse quince millones; y como el gobierno conservador cayó, y el liberal no reconoce la deuda, y como Juan Bautista, mi cuñado, está dispuesto á todo menos á dejar perder ese inmenso caudal, ya se ha presentado en quiebra y gestiona se le paguen esos cuartos, no sé por quién, ni cómo.

Mi marido, que si no tenía llena de fósforo la cabeza para discurrir, tampoco llevaba blindado el corazón para soportar las desgracias, se espantó con aquella catástrofe

inesperada. Veía su casa por el suelo, mi fortuna perdida para siempre, comprometido el porvenir de nuestra Eugenia y la miseria y la desolación como única perspectiva. Y entonces le vino tal pasión de ánimo, tal tristeza, que murió en unos cuantos días. Mi cuñada, la mujer del consejero Elssesser, vino desde Ginebra con objeto de prestarme el auxilio de su compañía; me ayudó á vender lo que me quedaba, se comprometió á obtener de Juan Bautista una pensión que sirviera para mis necesidades más urgentes, y por fin me embarcó en el Havre en unión de mi inocente hija, que, niña y todo, ya es capaz de darse cuenta de las desgracias que ha sufrido y de las que la esperan.

Al llegar á mi tierra, me encontré juntamente la miseria y el dolor dentro de mi casa, y la desolación y la muerte fuera de ella. Esta gentuza liberalesca que se ha apoderado de la cosa pública, si no mereciera mi odio porque me ha arruinado, merecería mi desprecio por lo vil, ignorante y sucia. No he visto nada más feo que la canalla, nada más repulsivo que el populacho que quiere hacer de persona. Estos *suidadanos* que se hacen mutuamente ceremonias y genuflexiones; estos indios ó mestizos que juegan á los ministros, á los generales ó á los diplomáticos, estos demócratas que fingen despreciar ó desprecian realmente los pocos elementos de orden y de moralidad que hay en el país, á causa de que son aristócratas, apare-

cen para mí la prueba patente de que esta sociedad se acaba, se desquicia, se desmorona...

Y lo más triste es que yo empiezo también á ser canalla, á ser *pueblo,* quiéralo ó no. Casi me tengo asco á mi misma, que es lo más horrible que pueda pasar á una persona.

En este caserón hay familias que, sin saber quién soy ni de dónde vengo, por verme sola, triste y enlutada, se me han acercado con objeto de consolarme. *Génie* (como llamo á la niña en recuerdo del *petit nom* con que menciona Napoleón III á su mujer), al fin pequeña, ha intimado con dos muchachos que viven en la habitación vecina, y el otro día, sin más preámbulos, tuve la sorpresa de recibir la invitación que para ir á comer á su casa me hacía el licenciado don Germán Caballero de los Olivos, padre de los chicos.

«Será otro sujeto venido á menos y que desea relacionarse con gentes de su clase. Quizás haya averiguado mi nombre y mi condición y quiera lamentarse conmigo de sus desgracias.»

¡Dios mío, qué desilusión!

Empecé preguntando á mi anfitrión, si por acaso descendía de la familia Caballero de los Olivos, que tiene por armas un escudo cortado y medio partido: primero de oro con dos olivos; segundo de gules, un brazo armado empuñando una espada; tercero de azur, tres fajas de oro y por

timbre un casco de caballero... El buen hombre me miró con desconfianza, como si le hubiera interrogado por los procedimientos que se siguieran en China para empalar á los mandarines rebeldes, en vez de hablarle de los que estatuye la Novísima Recopilación para ahorcar á los facinerosos.

—Sí, insistí yo; la ejecutoria de nobleza se expidió en Granada á fines del siglo XVI, en favor de don Alonso Caballero de los Olivos y Briseño, oriundo de Jerez de la Frontera, casado con doña Luisa Moreno de los Ríos y Dávila... Quizás usted no recordará esas cosas, porque había la particularidad de que la familia se llamara Prieto de Bonilla, porque así lo disponía la constitución de un mayorazgo de que gozaba; pero nada menos Lola Caballero de los Olivos, mujer de don Andrés Suárez Peredo, padre de don Agustín, que vive en la casa de los azulejos, es ó debe de ser parienta de usted, ya que tiene su apellido...

—Señora, declaró lleno de mortificación el pobre licenciado; no sé una jota de cuanto me dice usted... Yo, por chanza, me decía noble basándome en que mi madre, que era recamarera de la casa de los Cervantes, se apellidaba Velasco... Y ya usted sabe:

Antes que Dios fuera Dios
Y los peñascos peñascos,



Me reí tomando el chasco por buen lado...

Los Quiroz eran Quiroz
Y los Velascos Velascos.

En cuanto á mi padre, que fué un honradísimo tendero del barrio de la Concepción, no sé que haya tenido nunca títulos, ni ejecutorias, ni escudos de armas, ni empresas, ni timbres, ni motes; por lo cual imagino que este apellido mío, que tanto ha llamado la atención de usted, debe de tener un origen menos alto: quizá lo hayan tomado mis abuelos por ser criados, dependientes ó esclavos de esa casa hidalga... quizás sea una de tantas combinaciones de nombres que se dan á veces... quizás tenga un origen menos puro y provenga de mancebía ó abarraganamiento... En fin, no sé...

Me reí tomando el chasco por buen lado, cuando nos llamaron á comer. La buena doña Lorenza, la mujer del licenciado, no ha de haber sido despreciable en sus buenos abriles; pero ahora ¡qué mal se encuentra! Es gorda, colorada como un pimiento, atareada como una máquina de vapor y vulgar y tonta como una carpa. Sin embargo, don Germán la mira con un cariño tan grande y está tan orgulloso de ella que no parece sino que es la infanta Micomicona resucitada. Los muchachos, Miguel y Pancho, son simpáticos, y modositos, y quizás con un poco de pulimento resultarían menos bestias de lo que ahora parecen. Miguel tiene diez y ocho años y ya se gana men-

sualmente sus cuarenta duretes en el Ministerio de Hacienda. Pancho estudia en San Ildefonso, y quiere ser abogado como el padre.

Decía, pues, que nos llamaron á la mesa. Al principio reinó el encogimiento más grande en la reunión, pues chicos y grandes querían parecer gente fina y no desentonar. A poco, cuando todos empezaron *á dar en el blanco*, la alegría empezó á difundirse, aunque sin faltar en nada á la corrección. Procuraba con todas mis fuerzas desentenderme de que aquellas excelentes personas sorbían la sopa como si sus labios hubieran sido una tromba, de que se introducían á la boca el cuchillo, de que mascaban ruidosamente, de que se metían las servilletas entre el pellejo y la camisa y de que hacían cualquiera de esas cosas que hieren de muerte á los acostumbrados á la buena *compañía*. Eran los *castellanos viejos* de Larra; así de ingenuos, de candorosos y de bonachones, pero así de ordinarios y de poca cosa.

La niña casi nada comía. El chile la abrasaba, el pulque le parecía fétido y sin sabor, las tortillas le daban asco. Y allí eran los apuros de mi doña Lorenza, que mandaba quitar el mole lavando en caldo la pieza, que sacaba en vez de pulque un vinillo torcido, y que mandaba á toda prisa á la panadería cercana por una *telerita* chica, que resultaba dura y sin aplicación gastronómica posible...

A las tres concluyó aquel martirio, y regresé á mi casa para lamentarme de que el estudio que he hecho de los linajes, las cosas y las personas de México, de nada pueda aprovecharme, pues los pobretes como el licenciado Caballero se ríen de esas cosas, y los ricos, mis parientes y allegados, no me ven, ni me escuchan, ni se ocupan en mí.





CAPÍTULO III

Demagogia y clerigalla en acción

Enero 25 de 1861.

La primera providencia del ciudadano Juárez ha sido disponer, desde su retiro veracruzano, que se lleve el viático ocultamente y que las campanas no toquen sino el alba, á mediodía, el ángelus y para llamar á misa. Sólo falta que ordene que todos andemos vestidos de mamarrachos, á la griega, á la romana, ó quizás á la azteca; que nos llamemos ciudadanos y ciudadanas; que el mes no tenga ya treinta y treinta y un días sino quince ó veinte, y que en vez de estar éstos dedicados á la adoración de los Santos, se consagren á la de la Virtud, la Sabiduría ó la Probidad; que se declare fiesta de precepto la de la Diosa Razón; que se destierre á los sacerdotes no

juramentados, y por fin que se cometan todas las locuras de la Revolución francesa. ¡Qué falta hacen y qué bien vendrían un rey y una reina á quien meter presos en el Temple, para cortarles después públicamente la cabeza! ¡Desgraciado pueblo este, que no puede ser original ni siquiera en sus infamias y sus excesos!

Mas hablando en serio, me causó verdadero dolor saber que ya no irá el Viático por las calles enfloradas, seguido por una multitud reverente con la cabeza descubierta, y saludado al paso con exclamaciones de *Santo, Santo, Santo, es el Señor de los ejércitos...* mientras chisporroteaban las velas de cera en las manos de las gentes piadosas, que salían á ver pasar al Dios de Clemencia, al Señor de vivos y muertos, por quien reinan los reyes y la justicia obra en el mundo.

Recuerdo haber oído contar infinitas veces á mi padre, que pertenecía á la corporación de caballeros que cocheaban en la estufa del Santísimo, la emoción que sentía al vestir el lujoso traje propio de la institución; el respeto con que miraba al sacerdote que conducía la sagrada hostia en el copón dorado, de forma elegante y fina; el cariño con que solía ver al pobre enfermo postrado en humilde lecho y que recibía á Nuestro Amo con el fervor y la veneración del que sabe que muy pronto aparecerá ante Él á darle cuenta de una vida quizás gastada en extravíos y mundanalidades; mientras en la estancia

vecina cantaban con voces de ángeles los niños del coro aquel grandioso himno:

Tantum ergo Sacramentum
Veneremur cernui...

Ahora el Señor irá de tapadijo, como de ocultis, como si en vez de ser pan de vida fuera tósigo mortal. ¡Qué tristeza... y qué vergüenza!

El mismo día. Ha empezado á publicarse un nuevo diario que se llama *El Pájaro Verde.* Aquí donde hay y ha habido tantos nombres extravagantes de periódicos, como *Don Simplicio, La Espada de Don Simplicio, La Lima de Vulcano, Guillermo Tell, El Concisín* y otros muchos, éste venía á ser el *non plus ultra* de lo raro y lo nunca visto. Por eso pensé que muy bien pudiera el nombre ser un anagrama, y tras de poco batallar encontré este. Dice: *Arde, plebe roja.* Cuentan que redacta el nuevo diario el famoso Aguilar y Marocho, clerical furibundo, que no cesa de luchar por su credo. Si he de decir la verdad, me chocan estas disputas entre los que todo lo esperan de la clerigalla y los que sólo piensan en ahorcar á los reyes con las tripas de los frailes, acuñando monedas con cálices, crujías, y campanas... Todo eso es de un supremo mal gusto.

Enero 27. Se dictó orden para que salieran de México el nuncio de S. S., monseñor Luis Clementi, arzobispo

de Damasco; don Joaquín Francisco Pacheco, embajador de la reina de España; don Francisco de P. Pastor, ministro del Ecuador, y don Felipe Neri del Barrio, ministro de Guatemala.

También se expulsó á los obispos Garza, Munguía, Espinosa, Barajas y Madrid, señalándoles el término de tres días para que se alejaran de la capital.

Ciertísima estoy de que la expulsión del señor Pacheco va á traernos grandes complicaciones internacionales. En cuanto á la de los obispos, empezando por la del nuncio, me parece plenamente justificada, si es que está justificado aniquilar al contrario que nos molesta y nos hostiga. Monseñor Clementi, desde los tiempos de Santa Anna, politiqueaba de lo lindo, al grado que recuerdo haber oído contar de él una aventura muy graciosa. Cuando el dictador volvió del Sur juzgó el Cuerpo diplomático que convenía felicitarle por las victorias que podía haber obtenido contra la demagogia. Era decano del Cuerpo el arzobispo *in partibus* de Damasco, y á él le tocaba llevar la palabra; pero á la hora que iba á presentarse ante su Alteza, se le ocurrió algo que no había pensado y preguntó á sus compinches: «¿Y qué digo?» Y como los otros no pudieran asesorarle sobre cómo se podía presentar como victorias las derrotas, como glorias las huídas y como paseo militar una dispersión de cobardes, no encontraron qué pudiera decir, y se separaron sin acordar nada. Ahora, según

parece, también ha de estar preguntando «¿Qué digo?» pues nada dice, ni contesta siquiera la orden del Gobierno.

En cuanto á Garza, aunque bajo el disfraz de neutralidad y cumplimiento de su deber, no dejaba un momento de arrimar el ascua á su sardina. El bueno de Comonfort, que se las echaba de caballero de la Tabla redonda, interceptó una vez un giro de diez y ocho mil pesos que don Lázaro enviaba á Calvo y tuvo el rasgo de mandar el papelillo al arzobispo. Este lo tomó y con mucha calma dijo al ayudante del Presidente: «Vaya; me veré obligado á mandarlo de nuevo.»



D. Clemente de Jesús Munguía

Munguía fué el alma de todo el movimiento pasado. Tiene la astucia de un Escobar, un Sánchez, ó cualquiera otro casuista de la buena época de la Iglesia española; tiene la finura y la verba de un abate italiano: tiene la mala fe de un prioste de indios, y tiene el talento de

todos ellos, aunque tan anticuado y tan fuera de moda como su estilo, su voz y su fisonomía.

Espinosa, Barajas y Madrid hicieron también cuanto les fué dable en favor de la reacción clerical, ya predicando sermones incendiarios, ya entregando la *plata vieja* de las iglesias, ya subscribiéndose con *plata nueva* para el mantenimiento de tropas y el soborno de jefes.

Si alguien llegara á leer estas líneas, diría de mí que era una de esas rojas que andan por allí denunciando casas y espantando con sus blasfemias á los timoratos. Pero estoy muy distante de eso; ni me adhiero á estos sacerdotes politiqueros, que distan tanto de los sacerdotes europeos como Pío IX de Garibaldi, ni mucho menos soy partidaria de la plebe descamisada, que grita libertad oliendo á pulque, á *chalupitas* y á *huauzontles*. Soy simplemente persona de buen gusto y no política, y donde quiera que haya alguien que comprenda la religión fina, decente, con toque de órgano, funciones con manifiesto, petitorio por damas elegantes, ornamentos dorados, humo de incienso y suizo en la puerta, me tendrá de su parte.

Yo estoy peleada con esta devoción á la española, con estas iglesias llenas de cuadros en que abundan la tierra de Siena, el ocre y el rojo; con estas escenas de potros, parrillas y hogueras; con estos santos de caras angustiadas, cadavéricas, de ojos en blanco y de miembros anquilosados; con estas naves de templos y crujías de conventos

llenas de tétrica obscuridad y de alarmante misterio, y con estas penitencias calagurritanas que consisten en disciplinarse hasta hacer salir chorros de sangre, en andar de rodillas sobre pencas de nopal, en ayudar como beduino y en vestirse con los peores trapos, cuando no en salir hecho un esperpento con arreos de penitente de cualquiera de tantas cofradías.

A mí me agradan las naves amplias y llenas de luz, los santos afables, *buontonisti*, elegantes, bien peinados y con ojillos de vidrio que están diciendo: «Somos habitantes de la más excelsa y correcta de las regiones, y estamos ya limpios de las impurezas mundanales.» Me gustan también las damas bien vestidas, que celebran bailes de caridad, que dan dinero para el Papa, que tienen marido, hijos y hasta amantes y que son el encanto y el ornamento de los verdaderos pastores, de esos caballeros discretísimos que suelen concurrir á los saraos y hasta ver damas descotadas sin poner el grito en el cielo ni figurarse que va á descender el fuego celeste sobre la nueva Pentápolis.

Nada menos á la corte de Napoleón III concurre un prelado, por cierto varón santísimo, que se espantó un poco al ver que las señoras llevaban el corpiño muy bajo.

— Sire, dijo al Emperador: me voy porque me vuelven las *espaldas*...

— Mas los *senos* os detienen, Monseñor, respondió ingeniosamente el príncipe...

Y el discreto Obispo permaneció un rato más departiendo con aquellas señoras...

La misma fecha. Lo dicho; esta plebe liberalesca no hace sino cosas de mal gusto. La custodia de la catedral, que era de una riqueza incalculable, porque tenía 5,872 diamantes, 2,653 esmeraldas, 544 rubíes, 106 amatistas y 28 zafiros, fué extraída anoche. ¿Cómo va á ser posible celebrar con decoro los actos del culto, si no se cuenta con esa alhaja, que herida por la luz de los cirios, sostenida por varios sacerdotes y reflejándose en casullas, palios y frontales, lanzaba reflejos irisados, arrancaba destellos á las cosas, deslumbraba los ojos con las millonadas de facetas de las piedras y convencía á los fieles de que tras el viril se guardaba el cuerpo de Cristo? Que á mí no me hablen de pobreza evangélica, ni de carencia de alhajas, ni de todas esas logomaquias que predican los ideólogos liberales. La Iglesia tiene que ser fastuosa ó no ser; y aquí donde no se pueden admirar los esplendores de una corte, los trenes de la grandeza y el ceremonial del Estado, se necesita este lujo para suplirlos.

Febrero 14. Hoy amaneció la ciudad consternada. Anoche, por orden del ministro de Justicia, Ramírez, fueron sacadas de sus asilos muchas monjas y transportadas en coches alquilones á los ocho conventos que se deja subsistentes.

¿Qué pasará? Yo no digo que esta sociedad se desquicia, sino que esta sociedad se vuelve loca, pues en otros pueblos en que semejantes providencias se han puesto en práctica, las gentes estaban largamente preparadas por una serie de predicaciones y sucesos, y no en poder de la tradición, como aquí lo están.

1.º de Julio. ¿Qué sucede con los vencedores que vienen tan á menos al día siguiente del triunfo? Condenados estamos, desde hace muchos días, nada más que á ver cortejos fúnebres y á escuchar discursos laudatorios del mérito de los difuntos. Primero fué Lerdo de Tejada, el autor de las leyes de nacionalización de bienes del clero. Murió á mediados de Marzo, á consecuencia del tifus complicado con una vieja enfermedad de estómago, y cuando sus amigos y partidarios trataban de elegirle presidente de la República. Le hicieron gran funeral, conduciendo su cadáver en hombros los estudiantes de Minería, los representantes de la prensa y los oficiales mayores de los ministerios. Luego hubo la mar de discursos: de Zamacona, de Villalobos, de Mateos, de Márquez, de Florencio del Castillo, de todo el mundo. Regresó el acompañamiento á las ocho de la noche, y los últimos oradores tuvieron que leer á la luz de velones de sebo. ¡Es mucha oratoria!

Luego vino la muerte de Gutiérrez Zamora, el famoso

gobernador de Veracruz, que recibió y albergó á la *familia enferma*.

El 4 de Junio supimos el fusilamiento de don Melchor Ocampo, el único de estos demagogos á quien yo conocía. Era hombre suave, discreto, ameno, de excelente trato social y muy instruído en ciencias naturales. Le veía en mi casa cuando mi padre era miembro de la Junta de Agricultura, que entiendo presidía don Melchor; y hablé varias veces con él á mi vuelta de Europa, antes de mi matrimonio, acerca de intereses míos, que administraba desde la muerte de mi padre y por su recomendación expresa.

Era director del Monte de Piedad y renunció el puesto marchándose á su hacienda de Pomoca, un verjel que cultivaba por su propia mano. Allí vivía en unión de sus hijas y de una excelente señora, que cuidaba á las niñas como si fuera la madre de las criaturas. Ahora se dicen muchísimas cosas que el tiempo confirmará ó desmentirá. Cuentan, por ejemplo, que uno de los días que precedieron á la aprehensión de don Melchor, éste y su familia escucharon ruidos insólitos en una de las dependencias de la casa: parecía que golpeaban las paredes para derribarlas; parecía que arrastraban objetos pesados por los patios y corrales. Salió el Santo (ya los liberales han canonizado en estos días al pobre Ocampo) á ver lo que pasaba, en compañía de sus mozos, y oyó ruido de armas, tropel de

caballos, gritos de soldadesca furiosa, y no vió tampoco nada que le dijera de dónde venía aquello.

El día que aprehendieron á Ocampo, estaba sentado á la mesa. Preguntó por él un tal Lindoro Cajiga, guerrillero español que pelea por la santa Iglesia, y aunque los criados y la señora le negaron, el justo se presentó dando su nombre. Le montaron en un caballo de mala muerte, le llevaron por ranchos y villorrios, y al fin le fusilaron, dejando el cadáver colgado de un pirú, como si fuera el de un malhechor. Antes de morir otorgó testamento, y según dicen no tiene una sola tachadura el escrito; así estaba de firme el pulso de mi pobre amigo.

Han abundado los *plagios* en estos días: don Francisco Schiaffino está preso con los reaccionarios, que le exigen un cuantioso rescate; Caire y Pacheco cayeron en poder de una gavilla, y pagarán grandes sumas por su libertad; don Isidoro de la Torre ha sido capturado en Tacuba por una gavilla, que manda un fraile español del convento de San Joaquín. Cuando se supo, pues, la prisión de Ocampo, todo el mundo se figuró que se trataba de explotar los rehenes y de sacar una gran cantidad porque se dejara libre al bueno de don Melchor.

Gentes que han protegido á Márquez en los tiempos peores de su vida, gentes que han dado de comer á la madre del verdugo en los días de hambre, se dirigieron al repugnante asesino, pidiéndole la libertad del preso. El

muy bellaco respondió que Ocampo estaba ya muerto por orden del excelentísimo señor Presidente de la República, don Félix Zuloaga; y concluía excitando á la concordia á todos los mexicanos.

Siempre ha de ser lo mismo este malvado: los asesinatos de Tacubaya se los ordenó el Excelentísimo señor Presidente de la República don Miguel Miramón, y éste lo dispuso el nuevo excelentísimo. ¡Qué repugnante!...

¡Y luego, que llame á la conciliación y la paz un bribón que tiene como único placer derramar sangre humana!

El cadáver fué recogido por enviados del Gobierno y depositado en la iglesia de San Cosme. Dicen que tiene en brazos y piernas señales de que fué atropellado por los caballos de los reaccionarios que le aprehendieron: dicen que la cabeza y la cara las tiene horriblemente desfiguradas, y que se le han extraído de las heridas balas cónicas de pistola de Colts y no de rifle, lo que indica que no se ejecutó un fusilamiento sino un asesinato, quizás por mano de Zuloaga y de Márquez, que muy capaces son de esa atrocidad.

Nadie puede figurarse la excitación que reinó en México luego que la noticia se esparció. Recorrían las calles gentes ebrias de rabia pidiendo no sé cuántas cosas; unas hablaban de matar á los presos políticos de la Acordada y el Arzobispado; otras de fundar dictaduras, triunviratos,

comités de salud pública y convenciones; las más de salir en masa á concluir con la canalla. La Cámara de Diputados era un volcán; Montes, olvidando su gravedad tradicional, pidió con voz inflamada y vehemente que se declarara fuera de la ley á Zuloaga, Márquez, Mejía, Cobos, Cajiga, Vicario y Lozada; ofreciéndose 10,000 pesos por la cabeza de cada uno de ellos, y el indulto en caso de que el ejecutor esté procesado por algún delito.

Se discutía esa atrocidad cuando entró un grupo de gentes del pueblo capitaneado por Prieto, Arriaga y Ramírez. Este grupo llevaba también una serie de peticiones espeluznantes: acabar con todas las monjas, cerrar todas las iglesias, substituir el Ministerio que está en funciones por otro que han de presidir Doblado y Garza, declarar el estado de sitio é interrumpir cualquier jurisdicción que no sea la militar.

Apenas se leían esas insensateces, cuando penetró por otra puerta el General Degollado. Iba á ofrecer sus servicios para perseguir á los asesinos de Ocampo; no quería mandar tropas, no deseaba honores; prometía no sacar á nadie de su casa, sino pelear cuerpo á cuerpo con los traidores, como el último soldado.

En todo el país la han pasado muy mal los conservadores; nada menos en Guadalajara mandó matar el Vicegobernador Vallarta al presbítero don Gabino Gutiérrez, que estaba preso, amparado por la Corte de Justicia.

en ziszás. Estaba con tanta calma como si mandara los movimientos en un formación de gala.

Cuando le hicieron prisionero preguntó quién le hacía fusilar. «Márquez», le contestaron. «Entonces no hay remedio», dijo filosóficamente.



D. Leonardo Márquez

Escribió á su padre una hermosísima carta, en que dice una vez más que ha cumplido siempre con su deber; escribió otra carta á su novia haciéndole protestas de amor, y le envió una medalla que le había dado la niña, diciéndole que no era el amuleto tan milagroso como ella creía.

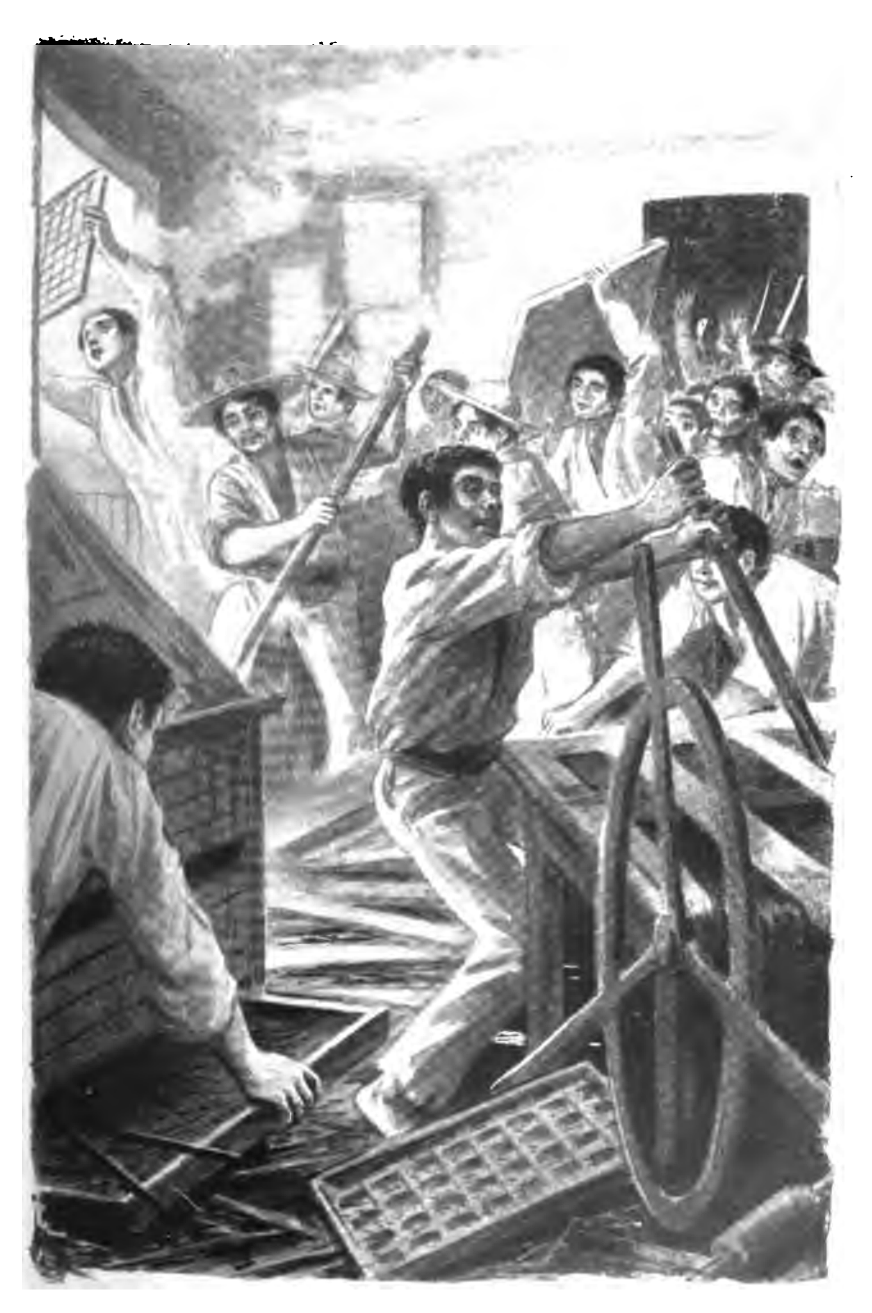
Cuando le ordenaron que recibiera la descarga puesto de espaldas, «no soy traidor, dijo; he seguido una bandera, he pertenecido siempre al ejército regular». «El General Márquez, le replicaron, dice que usted es traidor á su religión». Sonrió Leandro, apostrofó á los verdugos diciéndoles que quería que el mundo entero supiera moría riéndose de ellos, distribuyó el dinero que llevaba entre la tropa que debía tirarle y él mismo mandó la descarga, cayendo atravesado por siete balas.

Mientras se cuidaba á los presos políticos, una turba de gentualla penetró al entresuelo de la casa número 10 de la calle de las Capuchinas, donde estaba la imprenta del «Pájaro Verde». Destruyeron prensas y cajas, arrojaron los tipos á la calle y allí les prendieron fuego, fundiéndose la letra entre las llamas.

El 15 murió Degollado á manos de Buitrón. Parece que le abandonaron sus propios compañeros; que él, con toda calma, bajó del caballo para atar la rienda que se había roto, y que en ese instante fué alcanzado y muerto. Unos indios vieron que le dispararon los verdugos trece tiros, y que hasta el décimocuarto dejó de moverse el cuerpo.

Schiaffino, que anda *plagiado* en poder de Gálvez, recogió el librillo en que Degollado apuntaba cuanto de notable le ocurría, y una sortija con un camafeo que representaba el gorro de la libertad y esta inscripción: «Todo por ti».

El 23 tuvimos la nueva de la muerte de Leandro del Valle. La víspera de salir Valle á la campaña, había estado en una tertulia, rodeado de música, de mujeres hermosas, de amigos cariñosos, de entusiasmo y de alegría. Allí estaba también la novia de Leandro. El día de la sorpresa se batió como un valiente. Ordenó primero que sus tropas formaran en batalla; debilitado su flanco izquierdo, formó en cuadro, después en triángulo y después



Una turba de gentualla penetró al entresuelo...

en ziszás. Estaba con tanta calma como si mandara los movimientos en un formación de gala.

Cuando le hicieron prisionero preguntó quién le hacía fusilar. «Márquez», le contestaron. «Entonces no hay remedio», dijo filosóficamente.

Escribió á su padre una hermosísima carta, en que dice una vez más que ha cumplido siempre con su deber; escribió otra carta á su novia haciéndole protestas de amor, y le envió una medalla que le había dado la niña, diciéndole que no era el amuleto tan milagroso como ella creía.

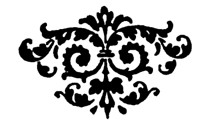


D. Leonardo Márquez

Cuando le ordenaron que recibiera la descarga puesto de espaldas, «no soy traidor, dijo; he seguido una bandera, he pertenecido siempre al ejército regular». «El General Márquez, le replicaron, dice que usted es traidor á su religión». Sonrió Leandro, apostrofó á los verdugos diciéndoles que quería que el mundo entero supiera moría riéndose de ellos, distribuyó el dinero que llevaba entre la tropa que debía tirarle y él mismo mandó la descarga, cayendo atravesado por siete balas.

¡Pobre Valle! había combatido contra la invasión americana y contra la clerigalla, y había sido siempre leal y pundonoroso. El día que se desencadenaron las fieras chinacas queriendo acabar con los prisioneros del partido contrario, Valle salvó la vida á Isidro Díaz, á Casanova, á Marín y á Cuevas. Debido al auxilio de Leandro salió de México Miramón, que ahora se halla en lugar seguro.

Márquez dejó libres á los compañeros de Valle para que hagan saber á los contrarios «que no más la cacha ha enseñado». ¿Qué preparará este salvaje?





CAPITULO IV

Una vela en el horizonte

Mi pobre madre murió el año de 58, á consecuencia de un alumbramiento prematuro, y el viudo, don Juan Manuel Suárez Peredo, entró en posesión de los bienes, declarando que cuanto había quedado le tocaba en virtud de una cláusula del testamento de la difunta. Dos ó tres días tenía yo de haber llegado á México, cuando se apersonó en mi humilde vivienda el maldito viejo. Iba peinado de última moda, con el cabello teñido con no sé qué puercos menjurges, cuyo mal olor apenas alcanzaban á disimular todos los perfumes de Arabia que había vertido sin discreción en su ropa. Los dientes eran postizos; la piel estaba adobada con una serie de cosméticos en que predominaba el carmín, de manera que parecía su cara la de un histrión. La rumbosa

elegancia de su traje, la gran cantidad de sellos de reloj, de piedras de los anillos, de relumbrones de la corbata y de la pechera, le daban el aspecto de momia, que no le quitaban por cierto los anteojos cuadrados con varillas de oro.

—Desolado por tu desgracia, me dijo con tono hipócrita... Todo acabó para ti; todo acabó. (Y se puso á limpiar de prisa los lentes con un gran pañuelo de seda roja que parecía una bandera de combate...) Mas lo peor es que la pobre Luisita dejó los negocios tan embrollados, que ni aun el mísero legadillo, los ocho mil quinientos pesos que provenían de la herencia de tu abuela doña Felipa Sánchez de la Barquera, la mujer del mayorazgo Barquera, ya sabes, se puede hacer efectivo dada la enormidad de las deudas... Ese pleito con las Rincones, ese bendito pleito, habría acabado por dejarnos en un petate si no me hubiera apresurado á comprometer en árbitros el negocio... Y ya estás enterada; el laudo de Luis Cuevas y de Bernardo Couto nos fué completamente adverso. ¡Cómo ha de ser! Oh, señora doña Bárbara Avalos de Bracamonte, condesa de Miravalle, si su merced hubiera sido servida de no dejar aquella carguita impuesta sobre la hacienda de la Ballona, otro gallo nos cantara... Y se mesaba el vejete las mechas grasientas y pintarrajeadas...

—No se aflija usted, don Juan Manuel, dije con sorna; se aflija, que al fin, para vivir, no me ha de faltar,

pues tengo una pensioncilla que, aunque pequeña, pongo á la orden de usted... Y luego, mis parientes, mis amigos... y si ellos me faltaran, podría trabajar, que no sería el mío el primer caso que se diera...

—¡Trabajar tú, trabajar tú, que eres el espejo de la delicadeza, el extremo de la finura, el acabóse del mimo y de la elegancia!... Tú, que eres la hermosa entre las hermosas, la reina de las mujeres... No, ni vuelvas á proferir esa blasfemia, porque me obligarías á decirte que, antes que tú te ocuparas en menesteres serviles, yo me quitaría el alimento de la boca.

Y mientras señalaba la espelunca rellena de dientecitos de porcelana, yo pensaba qué tendría mi madre cuando se entregó en poder de ese viejo infecto.

Creyó don Juan Manuel haberme conquistado con aquel rasgo de desprendimiento verbal, y primero cada mes, luego cada dos semanas, después semanariamente y por último todos los días, ocurría á mi casa buscando cien mil pretextos. Al fin me consideré obligada á hablarle claro, diciéndole no estaba bien que un caballero visitara á una señora sola, ya que, aunque se podría alegar para tal costumbre el parentesco, ni todos sabían del tal vínculo, ni se podía asegurar que estuviera en vigor. Entonces el maldito viejo (tiemblo al recordarlo) se echó al suelo y comenzó á hacerme juramentos diciéndome que me quería de amor, como no había querido nunca á mi madre, y que

si yo consentía en ello, pasado el término legal arreglaría las dispensas para que nos casáramos y viviéramos como un par de tortolitos. Batallé largo rato entre la indignación y la risa, y al fin, haciendo de tripas corazón, le dije que estaba muy agradecida á tamaña generosidad; pero que cabalmente al enviudar me había propuesto no volver á contraer nuevo matrimonio. El pintarrajeado viejo redobló sus protestas, me hizo nuevas instancias, y al fin se retiró diciéndome que no desesperaba de convencerme.

Yo comprendo la idea de mi padrastro: no se decide á robarme lo que es mío, lo que me dejaron mi madre y mi abuela, ni menos tiene la más remota intención de devolvérmelo; por eso ha ideado este medio ingenioso con que queda en paz con su confesor y en paz con su chapucera conciencia, adquiriendo de paso una enfermera que le cure los resfriados, le dé fricciones en las piernas y le prepare las tisanas para sus dolencias asquerosas y los potingues para adobarse sus inmundas canas.

¡Qué asco!

19 de Julio. No puedo darme un punto de reposo, no puedo dormir, no puedo descansar, no puedo tener paz hasta no tomar una resolución, una resolución radical y absoluta. Sin duda es esta una nueva añagaza de mi mala suerte, que me presenta un espejismo lisonjero, con el fin de que sienta más mi abatimiento y mi desgracia. Soy

Robinsón, estoy recluída en una isla desierta y veo pasar por el horizonte una vela que significa la riqueza, el vivir cómodo, la existencia asegurada, el bienestar, la paz, el trato con gente de mi clase y la reivindicación de propiedades que me pertenecen. ¿Qué debo hacer? ¿Dejaré que la vela y el barco se alejen llevándose mi esperanza, ó les llamaré para indicarles que hay una criatura viviente, abandonada en medio de estas olas tremendas?

¡Ah, tía Rincón; ah, primas Cervantes; ah, madrina Pérez Gómez; ah, vosotras todas, que me habéis despreciado, ofreciéndome por obsequio un mendruguillo, una pequeñez mensual para ayuda de mis gastos, sin dignaros sentarme á vuestras mesas, ni señalarme lugar en vuestros carruajes, ni convidarme á vuestras tertulias, ni tratarme como igual vuestra! Ya veréis si cuando yo sea más rica, mucho más rica que vosotras todas juntas, me ofrecéis cinco ó diez pesos mensuales, y si mis trenes, mis palacios, mis joyas y mis trajes no eclipsan á los vuestros...

Pero procedamos con orden, pues sólo así podré orientarme y decidirme por cualquiera de tantos extremos como se me ofrecen. Ayer, al volver de misa, me avisó la portera, que me buscaba con insistencia un caballero alto y grueso que había anunciado volvería por la tarde.

En mi vida triste y sin empleo, es un gran acontecimiento la presencia de una persona cualquiera; así es que estuve meditando toda la tarde, sobre quién sería el

sujeto que iba á venir, sobre el negocio de que me hablaría y sobre otras cien cosas tan imposibles de saber como aquéllas; y ya había perdido la esperanza de que se presentara aquel bendito mortal, cuando á las oraciones de la noche oí que tocaban suavemente á la puerta de mi vivienda. Era un caballero alto, de gran calva, de botines de charol, pantalón con trabillas y puro en la boca, que arrojó lejos de sí respetuosamente antes de entrar á la casa.

Mientras encendía luz, él examinó los pocos objetos de valor que tengo en mi cuarto, y el reloj al gusto del primer Imperio, los candelabros que tanto lucían en mi chimenea de París, el vargueño incrustado de nácar, y los mueblecillos de Bulle le arrancaron exclamaciones de asombro. Bien se conocía que el visitante era hombre de gusto y conocedor en cosas de arte.

Luego que le hube ofrecido un asiento, el caballero empezó así:

—Yo, señora (y permítame usted que solo me presente), soy Miguel Moncalián y Fernández de Ubiarco, originario de la ciudad de Granada. Mi padre fué don Pedro Moncalián y Alvarez de Bracamonte, y mi madre doña Jerónima Fernández de Ubiarco, prima de don Antonio, padre de usted, como mi padre era tío de la señora doña Luisa, su digna madre... Ya usted sabe que los Ubiarcos eran originarios de Granada, donde existe su

solar. Hidalgos de excelente cuna, se distinguieron en las guerras contra los moros, y aun hay graves cronistas que aseguren que el nombre de la familia es *ubique arceo,* que en español significa *en todas partes arrojo,* aludiendo sin duda á la priesa que se daban los que tenían el apellido á expulsar á los árabes del territorio... El primero de la casa á quien se recuerda es Ginés López de Ubiarco, que salvó la vida á Alfonso VIII en no sé qué batalla, muriendo él á consecuencia de la lanzada que le asestó un agareno. Por esta hazaña, concedió el rey á la familia escudo dorado con banda negra, cinco torres de oro puestas en sotur, bordura de gules con trece roelas de oro; como timbre, casco de caballero y la letra «*Dulce et decorum est pro rege mori...*» Creería ofender la reconocida instrucción de usted en las cosas de su casa, si le refiriera las hazañas de Hernán Gómez de Ubiarco, que acompañó á los Reyes Católicos á la toma de Granada; de Juanes Fernández de Ubiarco, que estuvo casado con una nieta de ganancia del antipapa Luna y que se distinguió



peleando en la guerra de las comunidades contra el Emperador, al lado de Padilla y de Acuña; de Pero Ruiz de Ubiarco, á quien llamaron *el encubierto,* porque nunca quiso decir su nombre y estado, hasta que uno y otro se averiguaron por las hazañas que ejecutó al lado de don Antonio de Mendoza, en la entrada que este virrey hizo á la Nueva Galicia, donde Ubiarco murió de resultas de sus heridas... Tampoco hablaré á usted de Bartolomé Ruiz de Ubiarco, que dando nueva dirección á la índole guerrera de sus antecesores, se aplicó á explotar las minas de la Sierra del Nayarit... Mas en lo que sí me detendré será en relatarle el fin de este ascendiente nuestro, que usted probablemente ignora. Don Bartolomé (porque el don le correspondía en pleno derecho) tuvo dos hijos: doña Josefa Catarina Mariana y don Gaspar Francisco. Don Gaspar Francisco murió de tierna edad, doña Josefa llegó á los veintiún años tan bella, tan rica, tan cortejada y tan llena de homenajes, que todo el mundo creía que su destino había de ser tan alto y glorioso como tocaba á la mayor heredera de la Nueva España. Mas la niña, en mala hora, se enamoró perdidamente, locamente de un mestizo sin importancia, de quien tuvo varios hijos, y de quien es usted quinta nieta... El día del matrimonio acabó todo para don Bartolomé, que ya era viudo. Abandonó intereses, posición, fortuna, gloria, y se marchó á España para no recordar más á la hija ingrata... A su llegada á

la Península se apresuró á donar cincuenta mil duros para la armada de Barlovento, quince mil para los hospitales de la costa, cien mil para la guerra contra Inglaterra, é innumerables cantidades para objetos piadosos y patrióticos; y cuando todo el mundo aguardaba que el rico indiano obtuviera un hábito y un marquesado, quizás un condado ó un ducado, don Bartolomé se metió fraile francisco y se rehusó á saber más del mundo y de sus pompas.

Me dirá usted: y los cuantiosos bienes de mi antecesor, ¿qué se hicieron? A eso voy, señora mía. Desprendido de los bienes terrenales, don Bartolomé dejó poder para testar al presbítero don José Díez, originario de Cádiz y que residía en estas Indias. Don José, con fecha 14 de Mayo de 1784, otorgó testamento público, abierto en Guadalajara por ante el escribano Juan García de Argomániz, determinando en substancia lo siguiente: que doña Josefa recibiera cien mil pesos y una pensión vitalicia de quinientos pesos anuales; que los nietos de la dicha doña Josefa recibieran los bienes cuando hubieran pasado cuatro generaciones; que los parientes de apellido Ubiarco que existieran después de las cuatro generaciones, entraran á recibir la cantidad que hubieran producido las haciendas de Mochitiltic, Santo Tomás y Santa María, que recibirían también en absoluta propiedad, y por último que, en espera de que transcurrieran las cuatro generaciones, se dejaran las fincas encomendadas á Juan Prieto Moreno, residente

en el Mineral de Batopilas, relevándole de fianza y de la obligación de rendir cuentas, y otorgándole la facultad (que tendrían también los substitutos) de nombrar nuevos administradores por testamento...

Estos documentos se habían perdido, continuó Moncalián; pero de manera providencial, al romper el marco de una imagen de San Vicente Ferrer, que estaba en el castillo de Santa Catalina de Cádiz, se encontraron en unión de otras varias é importantes noticias, pues parece que el presbítero Díez, vivió en sus últimos años en dicho puerto... Ahora sólo falta hallar el poder otorgado por Ubiarco á favor de Díez, poder que Argomániz da fe haber visto en el protocolo de su colega Froilán Castillo... Ahora bien, señora mía, ¿quiere usted prueba más palpable de que Dios no se olvida de los buenos, y de que si les prueba y les manda dolores y penalidades, es sólo para recompensarles después más grandemente su resignación y su acatamiento á los mandatos divinos?

Excusado parece decir que mientras hacía esta prolija relación el bueno de Moncalián, yo sentía vahidos, trasudores y desmayos, y miraba las paredes de la casa dar vueltas, achicarse y agrandarse como si hubiéramos estado en medio de un terremoto. Y terremoto moral era aquel, porque podía no hundirme más, que esto era imposible, sino levantarme, poniéndome en el lugar que me correspondía.

— Usted, señora, continuó el simpático caballero, es la única heredera que por línea recta queda de la casa de Ubiarco, pues es hija de don Antonio Fernández de Ubiarco, hijo de don Raimundo, hijo de don Luis Enrique, hijo de don Roque, hijo unigénito de don Alvaro Fernández y de doña Josefa Ubiarco.

La cosa, pues, no tiene duda, y, ó no hay justicia en la tierra, ó usted entrará en posesión de sus caudales... entraremos, digo, pues yo, como sobrino quinto nieto de don Bartolomé, puedo, en unión de mi familia, gozar de las tres haciendas que dejó para sus herederos colaterales... Como es claro, no podrá usted hacerse con esas millonadas sin algunas cargas de cierta importancia: habrá que dar quince mil pesos á los pobres vergonzantes de la ciudad de México; que obsequiar con una custodia y juego de cálices, copones, ciriales, incensarios y navetas, todo de oro macizo, á la iglesia parroquial de Tepic; que dar tres sayos anuales á cada uno de los locos asilados en las casas de Toledo, Sevilla y Zaragoza; que pagar cada año el dote á quince huérfanas de la ciudad de Cádiz, y algunas otras cosillas de menor importancia. «Advirtiendo, observa el instrumento original, que si por cualquier causa el heredero se rehusa á cumplir estas mandas, así como las otras que se le señalan para descanso del alma del testador, esta herencia sea y se considere nula de pleno derecho, pues es mi voluntad que los cuantiosos bienes de esta sucesión

pertenezcan sólo á sujetos piadosos y de irreprensibles vida y costumbres.»

Iba á preguntar qué bienes serían aquellos, cuando Moncalián se anticipó á mi propósito.

—Naturalmente que usted, señora doña Josefina, estará deseosa de saber qué bienes constituyen su herencia. Voy á decirle los principales:

Las haciendas de la Ballona, San José del Conde, San Juan Jala, Puga y otras más que pertenecieron al vínculo de Miravalles y que adquirió por herencia nuestro tatarabuelo.

Las de Arroyo de Enmedio, Navajas, San Isidro, Huejotitlán y otras de la Intendencia de Guadalajara.

Las de Quesería, Alcaraces, La Merced, Amatitlán y algunas más en las provincias de Avalos.

Trescientos noventa sitios de ganado mayor, cerca de la villa del Saltillo.

Doscientos ochenta y cinco sitios en la gobernación de Zacatecas, comprendiendo la mayor parte de las mercedaciones hechas al Alférez mayor de la conquista, don Juan Flores de la Torre.

Cerca de diez mil sitios en las provincias de Ostimuri, Chihuahua, California y Arizona.

Y, por último, más de ciento noventa casas en los mejores barrios de Guadalajara, México, San Luis Potosí, Aguascalientes y Guanajuato.

Me quedé como quien ve visiones, de seguro perdida la color y débil el aliento, pues así me sentía ante las revelaciones de aquel mago.

— Ahora sólo importa, concluyó él, que usted me diga si está conforme en empezar las reclamaciones. Los llamados propietarios actuales alegarán la prescripción, dirán que poseen de buena fe; pero como llegaremos provistos de documentos formidables, que los pondrán en grave aprieto, no será difícil obtener ventajosas transacciones. Además, muchos de esos terrenos están ahora desocupados, y aunque se reputan nacionales, no son sino nuestros, y al entrar en posesión adquiriremos un venero de riqueza.

Luego, calcule usted lo que darán las reclamaciones contra los innumerables propietarios norteamericanos, que ahora poseen sin título y sólo por concesiones del Gobierno. Praderas inmensas, aldeas prósperas y hasta ciudades enteras de la Unión americana, que al ser ocupadas por los tejanos y sus sucesores no reconocían dueño, pasarán á nuestro poder sin remedio... Ahora sólo se necesita que, si usted acepta mi propuesta, pacte conmigo la entrega de un diez por ciento líquido por cada fracción que se reivindique ó se componga, y que se comprometa á ayudarme en todo cuanto pueda. Yo, por mi parte, me obligo á darle la misma cantidad en lo que rescate de cuanto me pertenece... Comprendo muy bien que un asun-

to tan serio y tan importante no se puede decidir de golpe y porrazo (y esbozó una sonrisa); así, pues, le dejo á usted el testamento y los demás papeles para que usted se entere de ellos y resuelva.

Cuando el hombre salió sentí como un golpe de maza. Eran aquellas demasiadas impresiones para un espacio tan corto, y lo primero que hice fué echarme á llorar con desconsuelo inmenso. Mi hijita, que había espiado lo sucedido, al verme con tanta aflicción entró bruscamente en el cuarto y echándose en mis brazos me dijo en francés, como acostumbra casi siempre:

— ¿Qué te hizo ese hombre? ¿qué te dijo?

— Nada, cariño, nada, encanto: es un señor muy bueno que nos va á traer muchísimo dinero.

— ¿Pero, por qué te hace llorar?... ¿Y tendremos otra vez coche y trajes, y casa de muñecas, y amigas bien vestidas, é iremos á los Italianos, y pasearemos por el Bosque?

— Todo eso y más tendremos, hija; todo eso, todo lo que teníamos y todo lo que nunca hemos tenido. Ya verás.

A las nueve acosté á la niña en su camita y yo me eché en la mía, no á dormir, sino á cavilar en cuanto mi misterioso pariente me había dicho. Había sin duda que desechar aquello; no podía, no debía ser que tamaña fortuna se introdujese por mis puertas así como así. Moncalián debía de ser un grandísimo bellaco, un insigne enredador, quizás un *fumiste* que venía á jugarme una bromita...



—Pero, ¿por qué te hace llorar?...

Tanto dinero, tantísimo dinero, no era posible que se le ofreciera á nadie así, de buenas á primeras, sin mediar siquiera una presentación ó un saludo...

Esas historias de tesoros enterrados, de herencias ocultas, de caudales robados, de herederos desconocidos con quienes se da por tal lunar que el interesado lleva en la tabla del muslo derecho; por tal cicatriz que tiene ó tuvo la madre hacia la sangradera del brazo izquierdo, ó por tal melladura hecha adrede cuando el niño apenas había mudado los dientes de leche, son recursos que podría explotar Dumas, no yo, que voy á ser actora de un drama y no lectora ni narradora de una novela. (Cuando concluyo de hacer estas sensatas reflexiones, me embozo en la ropa y me acomodo para dormir.)

... Pero, ¿si ese sujeto tuviera razón? ¿si se pudiera rescatar, no todo, sino una parte de lo que me pertenece? Sí, de lo que me pertenece; porque muy bien claro lo dijo el bendito padre Díez: á los descendientes de la hija de Ubiarco se podría entregar la herencia, pues ya se habría extinguido la mezcla de indio al cabo de cuatro generaciones... Y es claro, ¿qué voy á tener yo del buen don Alvaro Fernández, cuando ha habido después tantos matrimonios, sin que llegue á figurar nunca la sangre mestiza?... Y ha de haber sido guapo el mexicano, cuando consiguió sorber el seso á mi pobre abuela... Yo también, dueña de esos dinerales, habría hecho mi gusto como doña

Josefa... ¡Ha de ser tan hermoso amar y sentirse amada por un hombre guapo, pero guapo de veras!... Mas ¿quién sabe? no debo poner mi choza en las nubes, sino ver lo positivo y lo práctico... yo soy muy práctica, muy apegada á la realidad, y no ha de ser una cosilla de estas la que me trastorne las entendederas, como les pasa á tantas infelices que se dejan guiar de la primera impresión... Sobre todo, que el bendito testamento ha de tener tal cantidad de entradas y salidas, y se ha de prestar tanto á interpretaciones y distingos... ¡ah! para esto de las interpretaciones y los distingos son abonados los *hombres de ley:* se prevalen de un punto, de una coma, de una tilde, de una frase ambigua, de un error de copista, y dejan en un petate á cualquier familia... Mas esos son los abogados bribones, los tinterillos, los picapleitos; yo no me valdré de ninguno de esos hombres negros, porque no quiero nada que no sea mío, nada que no me corresponda por la herencia de mi riquísimo tatarabuelo, que de seguro calculó que sus deudos podían verse en los apuros en que yo me hallo... Veré á Couto, á Iglesias, á Rodríguez de San Miguel, á Siliceo, á Martínez de la Torre, á Fonseca ó á todos juntos, y ellos pondrán las cosas como un cabello. Claro que se llevarán un dineral y que aun habrá que hacerles uno ó varios regalos; pero como trabajarán tanto y tan de firme, no será mal empleado lo que les dé como honorarios... (En eso oigo una campanada.) Media...

la media para las once; me voy á dormir y dejaré el cavilar para mañana... Dicen bien; hay que consultar con la almohada, hay que serenarse, hay que estar en calma, hay que... Pero para poder dormir tranquila voy á leer aunque sea una parte del testamento. (Enciendo luz.)



En el nombre de Dios Todopoderoso y de la Santísima Virgen María, concebida en gracia desde el primer instante de su ser natural; yo, el Presbítero don José Díez, originario de la ciudad de Cádiz, en la provincia de su nombre, reino de Andalucía; hallándome, aunque enfermo, por la misericordia de Dios en uso perfecto de mis facultades, procedo á hacer testamento en forma, como apoderado que soy de don Bartolomé Manuel Ruiz de Ubiarco, Soto, Lamadrid y Requena, conocido hoy en religión con el nombre del Padre Bartolomé, sujetando esta disposición á las siguientes cláusulas:

»Primera. Declaro que soy católico, apostólico, romano, y que creo y confieso cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia, á la cual siempre, por favor divino, he pertenecido y en cuyo seno quiero morir...»

¡Qué preliminares tan fastidiosos! Bien está, bien está: nadie acusaba de herejía al buen señor... Adelante... «Doy mi cuerpo á la tierra...» No es esto... «Dispongo que se digan por el alma de Fray Bartolomé, cinco mil quinientas misas...» Tampoco... A ver si esto es: «Inst.ⁿ de her.ˢ» Aquí debe de ser... «De conformidad con lo dispuesto por el propietario en la cédula secreta que me entregó, ordeno que la totalidad de los bienes la reciban los descendientes directos del testador, cuando se haya extinguido la tercera generación, á fin de que los posean y gocen con el favor de Dios...» No puede ser más claro; no puede ser más explícito... Los bienes para nosotros (una nueva campanada). Pero este reloj debe de estar descompuesto; da las medias solamente... ¿Y qué dirán los que me vean salir de este tabuco infecto á ser la primer señora de la ciudad? Se morirán de envidia; por lo menos se desmayarán de la dentera al verme pasar cerca de todos ellos despreciativa y sonriente... Claro que despreciaré á los ricos, á los orgullosos, á los envanecidos con las miserias que poseen... A los pobres los miraré con cariño, con benevolencia y repartiré muchísimas caridades... Mas si he de decir la verdad, no me acercaré mucho

al populacho: ¡es tan sucio, huele tan mal, tiene tantos vicios! Fundaré, eso sí, un gran asilo para niños en que se lea, á semejanza del que patrocina la emperatriz Eugenia, en París, una inscripción con letras de oro:

«*A la gloria de Dios y la del Castísimo Patriarca Señor San José, se abrió este asilo dedicado á la niñez desvalida.*»

Pero no: mejor será imitar la inscripción que dicen compuso Fray Antonio Alcalde para el gran hospital que levantó:

«María Josefina Fernández de Ubiarco y Avalos de Bracamonte, á la humanidad doliente.»

Es más sencilla y dice mejor las cosas.

(Las campanas de Santa Isabel y de las Brígidas llaman á maitines.) ¡Qué barbaridad! ¿Se habrán vuelto locas las buenas madres? ¡Llamar á maitines á las once de la noche! ¿Habrá fuego en alguno de esos conventos? ¿Habrá alguna nueva expulsión de monjas? Pobrecitas; no tienen paz; apenas acaban de salir de una y ya se les prepara otra... He de recoger á muchas de esas santas mujeres... Las hay tan viejecitas, que apenas pueden dar paso; las hay tan niñas, que parece que se han puesto las tocas por juguete... ¿Qué irán á hacer si, como es probable, pronto las extrañan á todas? Unas están expuestas á morirse de hambre; otras á ser víctimas de las asechanzas de los malos... Dicen que muchas sentían placer en oirse llamar *señoritas* por los hombres que iban á ejecutar las

órdenes de Juárez... Hay que protegerlas, hay que ayudarlas á todas. Para eso es el dinero: para eso se es rico... Los ricos no son sino los administradores de los pobres. así lo oí predicar muchas veces al pobre monseñor Sibour... ¡Las tres! Entonces no andaban equivocadas las monjitas: la equivocada era yo que no había oído las demás horas...

Ahora sí, á dormir; este espacio de la cama casi arde; buscaré un lugar más fresco. Ea; ya estoy bien. Voy á cerrar los ojos y á sumar cantidades altas: ciento catorce mil cuatrocientos sesenta, mas doscientos veintitrés mil quinientos ocho... Esas sumas haré cuando sea propietaria... Pero, paz, cerebro mío. ¿Cuándo se ha visto que alguien pase de la enorme pobreza á la abundancia?... Casos hay, y en mi familia existe uno: doña Leonor de Arias, mujer del capitán don Pedro Ruiz de Haro, se hallaba reducida á la última extremidad, cuando un indio á quien había favorecido, le indicó dónde se encontraban unas riquísimas minas que debía explotar, de donde vino la opulencia de la señora y los matrimonios de sus tres hijas con tres hidalgos de buen solar, á saber: Alvaro de Bracamonte, mi *enésimo* abuelo, que casó con Francisca de Arias; Manuel Fernández de Hijar y Alvaro de Tovar, que contrajeron nupcias con las otras dos señoras. Y era tanta la plata que se sacaba de las minas, que se llevaba en recuas á México; y don Alvaro de Bracamonte tuvo á gala edificar su palacio donde antes había sido la choza de

doña Leonor, siendo tan grande la casa, que en el patio se corrían toros y cañas y torneos y se dedicaba todo el mundo á festejos y disoluciones, al grado que andando por allí un varón santo á quien llamaban Pedro del Monte, sacó no sé cuántas legiones de demonios de un cerdo muy gordo, y dijo proféticamente: «¡Ay, Milpa de Miravalles, desdichados habitadores, que con fuego del cielo serás abrasada!» Y las minas se acabaron, y la ciudad se destruyó y todo quedó en ruina...

Por este Pedro Ruiz de Haro pertenezco á la casa de los Guzmanes, y soy, por consecuencia, parienta de Su Majestad la Emperatriz de los franceses.

Mi primer cuidado va á ser revalidar el título de Miravalles, que me corresponde de pleno derecho, y no á esos señores Serranos y Trebuestos que ahora le gozan. Naturalmente que para mis coches, alhajas y muebles preferiré el otro, el de los Ubiarcos, que me toca por mi padre; pero sin despreciar esta ganga que se me viene á las manos... Aunque como no estoy muy fuerte en heráldica, me ahogo en poca agua sin considerar que debe de haber reglas para la prelación de escudos, y que muy bien se pueden combinar dos ó más... En fin, Dios dirá... Voy á restaurar esa hermosísima casa de Miravalles, número ocho de la calle del Espíritu Santo; pero no como aquí acostumbran, echando cal, revoque y pintura chillona, sino haciendo un edificio plateresco delicioso, tal

como debe de haber sido aquél en otros tiempos... No me pararé en gastos, y por cierto que no me faltará manera de comprar, por un pedazo de pan, tapices, telas y cuadros.

Ví ayer, sin ir más lejos, un Zurbarán que salía de cierto convento, y sé que los frailes regalan ó poco menos Murillos, Velázquez, Rubens, Memlings y Jordaens, y que tienen á porrillo Echaves, Cabreras y otra multitud de ejemplares de la más linda escuela mexicana...

No me dará por adornar mi casa á la francesa; menos por acumular en ella quincallería de la peor clase, como hacen estos ricachos de aquí, que no han visto nada ni tienen ideas sobre arte... Muchas telas severas y elegantes, muchos sitiales cómodos, muchos bordados viejos, muchos vargueños de legítima procedencia, muchas alfombras de Santa Bárbara, y en vez de estanzuelas ó salas chiquitinas y llenas de cachivaches, grandes salones que tengan por todo adorno algún gobelino, alguna tabla del Massaccio ó del Mantegna, alguna cornucopia de plata ó alguna escribanía incrustada...

Aunque bien vista la cosa, el siglo XVIII español es delicioso. ¿Por qué no había de tener muebles al estilo de los primorosos que se usaban en España en el tiempo del príncipe de la Paz ó del conde de Aranda, sin ocurrir al Luis XV, que ya es vulgarísimo en todas partes, ni á la vieja moda española?...

¡Cristo vencedor! «Las cinco de la madrugada; el alba...»

«El ángel del Señor anunció á María...»

A ver si concilio un poquito el sueño. Voy á rezar un rosario... No, será las *Tres Necesidades*... No, ese es un rezo estúpido, hecho para recamareras y *pilmamas*. ¡Cómo me revienta lo de

Tres necesidades
Tiene esta señora!

O bien

Sobre una parda peña,
Junto á un tronco fatal,
Una tórtola viuda
Se oía lamentar...

Mejor el rosario... Señor mío Jesucristo...

Señor mío Jesucristo... Vos sabéis... Tú sabes, Señor, cuán mísera es mi situación... Mejórala, Señor; dame esas riquezas; dame ese dinero y te prometo emplearlo todo en servicio tuyo; es decir, todo no, pero sí una gran parte, una parte considerable, mucho... Te prometo levantarte una Iglesia más hermosa que las que Juárez quiere derribar con tanta razón... Te prometo...

Ya pasan gentes por la calle; ya gritan los vendedores, ya atraviesa á la carrera un carro que lleva yantas de hierro ó no sé qué así de ruidoso... Me levanto, iré á oir

misa en Santa Clara y pondré orden en mi cabeza. Estoy ardiendo; creo que tengo fiebre...

Y me levanté, no para oir misa, sino para escribir esto, que apenas da idea de mi brega infernal. Misa la oiré más tarde, pues siento que me rompe la cabeza la neuralgia que me ataca cuando trasnocho. Cierro, pues, los ojos; pero antes de quedarme dormida digo á *Génie:*

—Si viene el caballero de ayer, ya sabes, el alto, simpático, cara de persona decente, le dices que me aguarde, que tengo que hablarle...





CAPITULO V

En busca de auxiliares

Julio 20. ¡Qué situación la mía! Tengo, como quien dice, la fortuna en la mano y no puedo cogerla, conozco que podría reivindicar lo mío y tengo que consentir en que sigan gozándolo los detentadores. ¡Oh, Dios mío, tú que dijiste que habías enriquecido á los humildes, y á los soberbios les habías dejado sin cosa alguna, ayúdame, favoréceme, ilumíname y reconoceré que eres el Dios de mis padres, el Dios que adoro y he adorado siempre!

Temprano llegó Moncalián, que estaba deseoso de saber mi resolución.

— Mi resolución es, le dije, luchar hasta obtener lo que nos pertenece. Lléveme usted ante un notario para asegurarle ese diez por ciento que tan justamente le corresponde.

— Bien, señora, murmuró él inclinándose; pero necesitamos emprender no uno, sino varios pleitos; no una, sino muchísimas reclamaciones, y como para pleitear y reclamar se necesita dinero, creo lo conseguirá usted ó me ayudará á conseguirlo.

Además, hay que contar con las gentes de curia y con las de gobierno, y para eso también usted puede servir á maravilla.

Distribuya usted dos, tres, cuatro millones de pesos, que al fin el caudal no se resiente con ello. Hay que untar la mano á estos prohombres liberales, pues sólo así nos saldremos con la nuestra. Acuérdese usted de la sentencia de aquel monarca: no hay fortaleza que pueda llamarse inexpugnable, si por el puente no ha pasado un asno cargado de plata.

24 de Julio. No sé cómo sofocar mi indignación; solicité una entrevista con Juárez y me la concedió enseguida. Como aquí no digo más que la verdad, debo confesar que para ponerme frente á frente del que sus amigos llaman *«el Gran Indio,»* me emperejilé como si hubiera ido á un baile, echándome encima el fondo del baúl. Al mismo tiempo esgrimí ante sus ojos el argumento de un milloncejo de duros, diciéndole que con esa suma podría salir él de su honrada pobreza. Mis trapos y mi palmito le produjeron al Presidente el mismo efecto que le habría produci-



do una india enrededa; en cuanto á la proposición de soborno, me habló así:

—Yo celebraré, señora, que, si los documentos que usted trae, y que no quiero ni puedo examinar, son tan eficaces como dice, logre entrar en posesión de lo que le pertenece, pues sería una gloria para los tribunales mexicanos deslindar, poner en claro y terminar la serie de cuestiones que traen aparejadas esas cosas. Mas con mucho sentimiento le digo que no me es posible recomendar en forma alguna las pretensiones de usted, pues soy el jefe del poder ejecutivo y no del judicial. Sólo que los tribunales demoraran ó torcieran la justicia, podría hacer una excitativa, usando de mis facultades constitucionales... En

cuanto á esa gran suma que usted se sirve ofrecerme, ignoro el título con que la pudiera aceptar. Si es en pago de posibles servicios, ni los he prestado, ni aun habiéndolos prestado debería usted recompensármelos; el país me da una retribución que me sirve para mis necesidades y con ella me basta; si es como obsequio ó regalo, tampoco la podría recibir, pues ni el afecto, ni la amistad, ni título ninguno la autorizan á usted para ello...

Y se puso en pie dando por terminada la entrevista.

26 de Julio. No se habla de otra cosa que de la última barrabasada de los liberales. Juárez acaba de suspender los pagos de todas las *convenciones* (creo que convenciones se dice) extranjeras, y el Cuerpo diplomático en masa ha roto sus relaciones con este desgobierno. ¡Loado sea Dios! Ya es tiempo de que le den su merecido á estas gentes y las releguen á lo más remoto. Que caigan como entraron, por medio de la violencia y del dolo... Ya me las pagará todas juntas el señor Juárez.

27 de Julio. Pero, señor, ¿qué bribia, qué monstruo, qué serpentón le ha caído al gobierno mexicano, que ya no puede tener paz, ni moverse, ni vivir sin el permiso previo de la tarasca? Después de Gabriac, el cominero que pesaba los huevos, á fin de que no se los llevaran de menos volumen que el nuevo tipo que guardaba en casa,

nos ha venido un tal Saligny, Dubois de Saligny, si mal no recuerdo. No le conozco; pero tales cosas cuentan de él, que hay que creer ó que es un loco ó que no obra por su propia inspiración, sino obedeciendo instrucciones superiores.

Empezó Saligny por reñir con el gobierno de Juárez, á causa de que éste ocupaba cuarenta mil duros, una corona, candeleros, vasos, platos, copones y custodias, todo de plata ú oro macizos, depositados en el nicho número 17 del panteón del convento de las Hermanas de la Caridad y pertenecientes al de la Concepción.

¡Parece que vuestro Gobierno, dijo á Zarco, Ministro de Relaciones, *se ha resuelto á hacerme perder la paciencia y á indisponerse con la Francia!* Y luego, en el curso de la comunicación, conceptos tan enérgicos ó tan insensatos como estos: *no puedo presenciar por más tiempo escenas que constituyen ofensas directas y premeditadas al gobierno del Emperador, bajo cuya protección se hallan en todo el mundo esas santas mujeres.*

Confieso que siendo tan poco demagoga como soy (también soy poquísima retrógrada), toda la sangre mexicana que tengo en las venas se me alborota al oir hablar así. Fuera yo jefe del Gobierno, y ya sabría contestarle al barbilindo en términos convenientes.

Pocos días después, pasó otro escandalillo que también ha dado mucho que hablar. Lo más escogido de las gentes

de México se reune noche á noche, y de preferencia los domingos, en las barracas de lona que se levantan en el *Zócalo* desde el día de Todos Santos. Según me asegura Pepe Echeverría, mi pariente y pariente de las Agüeros, Saligny había comido en casa de Wagner, ministro de Prusia y otro que bien baila, y los dos de gran uniforme, llenas las sendas barrigas de bandas y condecoraciones y mas llenas aún de alcohol de buena clase, empezaron á dar vueltas entre el inocente gentío que se agrupaba para admirarles.

Pepe había llegado á saludar á su amigo Porfirio García de León, el inspector de policía, que estaba sentado en compañía de Hortensia, la modistilla francesa de la calle de Plateros. Pero antes de seguir, déjenme que describa al tal García, tipo que sólo medra en estas privilegiadas latitudes: es alto, grueso, bien presentado; trae pantalón azul con vivos amarillos, casaca verde con vueltas rojas y botones dorados, casco prusiano de plata lleno de piedras preciosas robadas á las catedrales, y cuando monta, freno, cabezada y silla plateados y dorados y también llenos de diamantes, esmeraldas y rubíes, que representan la bandera mexicana.

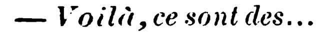
Decíamos... ah, sí, que Pepe saludaba á Porfirio y á su amigaza, cuando vió venir á los diplomáticos balanceándose como péndulos, con los bastones cogidos por las conteras; Wagner con el sombrero ladeado, Saligny

con la escarapela del suyo hacia el occipucio, las casacas desabotonadas, los espadines enredándoseles entre las piernas, los rostros congestionados, las barbas alborotadas y los ojos enrojecidos.

Entonces Saligny procuró pararse firme, empuñó el bastón, cogió á su amigo de la mano, y cuando todos creían que iba á arrojar el vinazo que le llenaba la tripa, señaló á la familia de Juárez y á otras diez ó doce que estaban sentadas cerca de ella y dijo á gritos:



Dubois de Saligny



— *Voilà, ce sont des...*

Pistache (así llaman á Echeverría) se levantó indignado al oir el insulto, dió á Saligny una cachetada tan tremenda que debe de haberse oído hasta Francia, y cuando quiso valerse el diplomático y pegar un bastonazo al atrevido, ya se habían interpuesto Porfirio García, el hombre del casco, y Juan José Baz, Gobernador del Distrito.

Ahora hay dos notas opuestas: Saligny asegura que Porfirio trató de asesinarle y «La Orquesta» sostiene que

el ministro se refugió dentro de una garrafa de *vieux cognac* para repeler la agresión de Pepe.

La última hazaña del representante de Francia ha sido todavía más sonada. Después de la caída de Miramón, fingió Clarita Muñoz Ledo un contrato de alquiler de su casa, número 7 de la calle de Vergara (el señor ministro y yo somos vecinos), para la Legación francesa. En la precipitación con que se mudó no quiso detenerse en recoger las prendas de su propiedad que estaban guardadas en los roperos y cómodas y las dejó á la disposición de su inquilino. Ahora nota la falta de

15 docenas de guantes cabritilla legítimos Jouvin.

4 » » » de red.

2 » » medias hilo de Escocia.

1 » » calcetines de seda de superior clase.

3 cortes muselina de algodón.

3 bultos de holanda.

1 reloj despertador,

y un álbum que contenía un mapa de la República, encuadernado en terciopelo y con broches, lomo y esquinas de plata y oro esmaltados.

Saligny contestó la carta que le dirigió Clarita, diciendo que nada había cogido: en cuanto al álbum, confesaba que había existido, pero que había quien dijera que estaba en poder del señor Ledo; y el ministro reclamaba la prenda, porque sabía se dedicaba á su majestad el Emperador, su augusto amo.



... el ministro se refugió dentro de una garrafa de *vieux cognac*

(Reproducción de una caricatura de la época, publicada en *La Orquesta*.)

15 de Agosto. Imposible pegar los ojos en toda la noche. A mis penas y cuitas ordinarias, se añaden los ruidos de la calle, que me atormentan horriblemente. Anoche, nada menos, todo fué gritos, aclamaciones, vivas y mueras, como si se hubiera conseguido alguna victoria morrocotuda. Sólo se oía: *¡Viva México! ¡viva Juárez! ¡viva Porfirio Díaz! ¡viva González Ortega! ¡viva Francia, nuestra hermana! ¡vivan los Estados Unidos, nuestros aliados! ¡viva España! ¡viva Prusia!* y vivan todas las naciones del orbe; y *¡muera la reacción! ¡muera el fanatismo! ¡mueran los sacristanes! ¡muera Márquez! ¡muera Mejía! ¡muera Vicario!* y mueran otros muchos que, en efecto, debían estar bien muertos.

Serían las once cuando conseguí coger el sueño, y estuve todavía oyendo desde mi cama, músicas, cohetes, repiques, aclamaciones y vocerío.

El mismo día. Ya logré averiguar qué solemnizaban los borrachines de anoche. Zuloaga, Márquez, Negrete, Buitrón, Gálvez y otros pillos se habían acantonado en Jalatlaco; cayeron sobre ellos González Ortega y los suyos, y les derrotaron completamente. Una carta de Tuñón Cañedo y los partes oficiales ponen por las nubes el nombre de un soldado nuevecito, que dicen fué quien comprometió la batalla y supo ganarla casi con su solo esfuerzo. Se llama Porfirio Díaz, es coronel y guió la vanguardia de los puros, apresurando el fin de la acción por haber

tomado la parroquia y el cementerio. Le han ascendido á general, pues González Ortega aseguró que no se consideraría digno de llevar la banda, si no se la colocaban al nuevo jefe.

17 de Agosto. ¡Dios mío, qué situación esta! Moncalián me escribe de Guadalajara, diciéndome que tiene en su poder el documento que hace falta, y que en cuanto á títulos de las propiedades, ya los agencia á gran prisa. Me recomienda que active la parte de entre bastidores, pues sin ella nada se puede acometer con probabilidades de éxito. ¿Qué hacer? No hay que pensar en los demagogos, que están cada día más *finchados* y más llenos de orgullo, y que se indignarían ante la sola proposición de cohecho ó soborno. Tampoco es posible hablar de los *cangrejos,* que no gozan de ninguna influencia y que echarían á rodar el negocio, sin remedio alguno. Abreme un camino, Dios de justicia; señálame una salida de este berengenal espantoso, pues de otro modo voy á volverme loca. ¡Oh, Tántalo, Tántalo! Tú eres el más infeliz y el más digno de compasión de los condenados; ya te comprendo, ya puedo dolerme de tu mal: yo también veo correr cerca de mí el agua límpida, y me muero de sed; yo también contemplo las frutas frescas que me quitarían el hambre, y no puedo comerlas.

El mismo día. ¡Cosa más rara que la que me ha con-

tado ahora el vecino Caballero de los Olivos! Dice que la noche del catorce, á la hora en que pasaron los vítores por esta calle, se disparó un tiro contra el ministro francés, que se hallaba en la terraza de su habitación. Caballero no cree en ese atentado y á mí también me parece inverosímil.

18 de Agosto. Pensando, pensando en mi tenebroso problema, he llegado á imaginarme que tendría una salida decorosa y posible recurriendo á los ministros extranjeros. Sabido es cómo basta que un ministro recurra en queja á las autoridades, para que éstas le acuerden cuanto quiere. Algunas veces se les expulsa; pero eso se hace con los enviados de nacioncillas que no pueden traer una complicación, como Guatemala y el Ecuador, ó con los de pueblos con quienes se cree poder combatir, como España. Con los representantes de Francia, Inglaterra, Prusia ó los Estados Unidos no hay chanzas: son podencos, y si el loco les arroja un canto á la cabeza, se expone á que le zarandee de lo lindo el dueño del animal.

Lo cierto es, que todos los gobiernos viven con la barba sobre el hombro, y que aun con los habitantes de San Marino, son lo más cariñoso y amable; al grado que pasa ya como axioma que la condición peor que puede haber en México, es la de mexicano.

Pero en caso de que me decidiera á la *intervención de*

las potencias, ¿á quién debería ocurrir? El ministro inglés es un ogro, más amigo de los liberales y de Juárez, que de los que tratan de moverles camorra. El americano es uña y carne del Presidente y no consentiría en ninguna combinación que pareciera deshonrosa para su pueblo. El prusiano es un bruto que vive metido en un tonel de cerveza, del cual no sale más que para llenarse el buche de queso podrido y carne cruda. Queda el francés: yo no puedo decirme francesa, puesto que no lo soy ni lo era mi marido; pero puedo decir que mi hija es nacida en el propio París y nadie duda que yo, como representante suya, podría gestionar cuanto se refiere á sus intereses... Además, el señor Saligny está encargado de los españoles residentes aquí desde la expulsión de Pacheco, y yo puedo llamarme española, puesto que mi padre conservó su nacionalidad; las reclamaciones y pleitos que motiven mis asuntos deben ventilarse en España; y... hablemos claro, Saligny es el enemigo mayor que tiene Juárez, y tan luego como sepa que el indio me ha despedido, dará él en tomarme bajo su cuidado... Saligny es, pues, mi hombre.

Sin embargo, debo confesar que me inspira alguna repulsión; dicen que es tan brusco y tan mal criado, que mide de arriba abajo á las gentes con tanta insolencia, que las mira con el ojo que tiene á sus órdenes de un modo tan impertinente, que no me decido á visitarle sino haciendo un gran esfuerzo.

Pero... *poitrine à l'eau,* como dicen que dice Schiaffino. ¿Quién vacila en beber una purga que puede devolver la salud, sólo porque sea de sabor ingrato? A la purga, digo, á Saligny.

20 de Agosto. Ya pasó el trago, y por cierto que no es tan amargo como parecía. Escribí á Saligny, me citó para hoy y á las cuatro, hora convenida, me presenté en la Legación. El criado de librea gritó á poco, en la puerta de un cuarto:

— *Madame veuve Jecker.*

Y entré á la presencia del monstruo más espantada que Tom Pouce á la cueva del ogro.

Estaba Saligny sentado en un sillón, cerca de la chimenea, que naturalmente no tenía el más insignificante rescoldo, y leía en un periódico muy grande que le tapaba el rostro. No se distinguían de él más que unos horribles pantalones á grandes cuadros blancos y negros, los cordones de una bata amarilla y roja, la borla de un gorro griego y unas manos peludas y gruesas, que recordaban las del chimpancé del Jardín de Plantas.

Permaneció repantigado un buen espacio, y al fin se levantó con seguridad de la silla, haciéndome un amago de reverencia. Es bajo de cuerpo, tan gordo que parece cuadrado; tiene la barriga inflada enormemente, la cara amoratada, las barbas de color castaño claro, cortadas en

punta; los ojos serían hermosos si no llevase tapado uno con un *monóculo;* las narices son chatas, el pelo escaso, los dientes malos...

Me preguntó urbanamente el objeto de mi visita y si era yo parienta del banquero Jecker, persona que el Emperador honra con su amistad.

—Oh, el gran Juan; ¡qué financiero tan eminente! Y aunque ahora es víctima de las maldades del gobierno de tunantes, malvados y pícaros, adueñado desgraciadamente de este hermoso país, yo juro que no quedará impune esa infamia, y que mi amigo reconquistará su fortuna, pese á quien pese... No se burla así la fe de un hombre á quien el Emperador dispensa su confianza... Pero ya usted sabe, señora; el plan de estos bellacos, es retardar los negocios y dar excusas y hacer ofrecimientos y firmar tratados para no cumplir nada.

Al llegar aquí ya tenía Saligny el rostro congestionado, los ojos brillantes y la cólera pintada en cuanto decía.

Luego que le informé del asunto que me llevaba ante él, vi que cambiaba el gesto y que empezaba á sonreir haciendo señales de conformidad. Cuando hablé de que podía darle un millón de duros si me ayudaba con su influencia y con sus consejos, su cara era tan placentera que parecía la de otro hombre. Dejé en sus manos los papeles que me había prestado Moncalián, á saber: el testamento de don



José Díez y la lista de las propiedades, con especificación de su área antigua y los nombres de los poseedores actuales, á fin de que consultara el caso con abogados.

Luego que hubimos concluído, me dijo Saligny que se había figurado por las señas que daba en mi carta que

vivía en la vecindad de la Legación. Le contesté que sí y me dijo con deferencia.

—Entonces, señora, debe usted de tener noticia del horrible atentado contra mi persona... Ya usted sabrá que Porfirio García de León, jefe de la policía de México, tiene comisión expresa de Juárez para asesinarme el primer día que sea posible... Él pagó á un desalmado para que disparara un tiro sobre mí la noche que celebraban esa batalla que ganaron sus gentes contra las tropas del gobierno de Zuloaga, que es tan legítimo como éste.

Pero en verdad que no lograrán su objeto. No se asesina con tanta facilidad á un enviado del Emperador, y México existiría hasta el momento en que vinieran todas las escuadras de mi país y todos sus ejércitos á vengar injuria semejante.

Era tal mi estado de excitación, era tan crecido mi agradecimiento á S. E., ejercía tal influjo sobre mí aquel cuarto en que estaban el escudo francés, los retratos de los Emperadores y tantos atributos del cargo que servía mi interlocutor, que me parece contesté que no sólo había visto la procesión, sino que hasta conocía á quien había hecho el disparo: un bellaco alto él, de barba corrida, corbata roja, sombrero de fieltro, varita flexible y bizco del izquierdo.

Estaba segura de que ese tipo había empuñado una pistola de Colt y había soltado un tiro con dirección á la casa

del señor Ministro; pero ignoraba si había hecho blanco y aun si había querido herir á alguien.

—Ese, ese bandido, es el que me describen cuantos me hablan del atentado... ¿Es moreno, verdad?

—Diga S. E. que negro.

—¿De mala cara?

—Patibularia.

—¿Tiene una gran cicatriz?

—Le coge todo el rostro.

—¿Su edad será de cuarenta años?

—Algo más...

—¿Perteneció á las gavillas de Carbajal?

—Y á las de Rojas.

—Ya le tengo; ya le tengo. Es el mismo, el mismo sujeto que me describen Courtois, Aimable, Lions, Béllier, Pons, De l'homme y todos los fieles súbditos del Emperador, que han celebrado no haya producido su efecto la brutal acometida... ¿Podría usted, señora, firmar este *rapport,* en que han puesto sus firmas casi todos los franceses de la plaza?

Y como si me hubieran cogido las manos é impulsádome á firmar, puse todo mi nombre en un papel que no leí ni sé qué contenía.

Me despedí de S. E., que tuvo la dignación de alabar mi cuerpo, semejante, según él y otras muchas personas, al de S. M. la Emperatriz de los franceses, y de decirme

que tenía un acento tan elegante y tan perfecto, que más bien parecía parisiense *qu'une des ces sales mexicaines*.

30 de Agosto. ¿Qué pasará? Ni Moncalián me escribe, ni Saligny me manda á llamar, ni nadie se acuerda de mí. El primo aseguró que me enviaría muy en breve noticias por correo; el ministro dijo que me daría nueva cita á los dos ó tres días, luego que su abogado hubiera visto los documentos. ¿Habrá sido tan adverso el dictamen del asesor que ni siquiera cree conveniente Saligny desengañarme diciéndome que mi pretensión es una insensatez? No sé qué voy á hacer para salir de este mar de dudas y de contradicciones...

La misma fecha. Ahora tengo sobre mí otro disgustillo. Una de las vecinas ha venido á decirme que mi hija, que *Génie* es novia del chico mayor del licenciado de los Olivos. ¡Vaya un disparate! ¿Qué noviazgo es posible entre un mocosuelo que todavía no cumple los veinte años, y una chiquilla que apenas tiene catorce? Esas son invenciones de esta gentuza desocupada y chismosa, que no tiene en cuenta las circunstancias, pues *Génie* es suficientemente listilla para comprender que no puede tener con gentes notoriamente inferiores á ella, nada que pase de amistad.

Bueno sería que una Ubiarco y Bracamonte se relajara hasta pensar en unirse á unos pobres descalzos, precisa-

mente cuando ella está á punto de ser la más rica heredera de México.

Pero como la precaución no es inútil, vale la pena de saber si hay algo, que, aunque sea caprichillo ó juguete, convenga desarraigar.

31 de Agosto. Hoy me escribió el señor conde Dubois de Saligny citándome para mañana, pues dice tener asunto importante que comunicarme. Me envía los papeles que había puesto en sus manos. Al fin saldré de esta espantosa indecisión en que me hallo; pero confieso que abrigo muy pocas esperanzas, pues me da malísima espina lo de que me devuelva el señor conde los documentos que había dejado en su poder.

En fin, vale cien mil veces más estar condenado que vegetar en el limbo.

1.º de Septiembre. No poseo libros para leer, y por eso me atengo á la menguada biblioteca de mi amigo el licenciado de Caballero. Como nada sé de *Solórzano, Política indiana;* de *Marina, Teoría de las Cortes;* de *Murillo, de Testamentos;* de *de Pereira, de Manuregia,* de *Alvarez, Derecho Español,* ni de *Salmacio,* de *Julio Claro* ó del *Conde de la Cañada,* que es lo que llena los dos librerillos del buen rábulo, tomé el otro día las *Novelas Ejemplares* de Cervantes, que no había leído nunca, á la inversa del *Quijote* que sé

casi de memoria. Abrí al azar el libro, y encontré en *El coloquio de los perros* esta sentencia, que me parece hecha para mí:

Volverán en su forma verdadera:
cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados,
y alzar á los humildes abatidos
con poderosa mano para hacello.

¡Oh, Dios mío! si por tan ocultos caminos me revelas tu voluntad, ¿habré de creer que me abandonas? Ante tu parecer tan claramente manifiesto, nada habrá que me detenga, y si Saligny me echa el pleito en contra, ya veré á quién ocurro. ¿Por qué he de dejar que se pierda lo que es mío, teniendo una hija que podría más tarde quejarse de mi inercia? Todo por mi hija, señor de Israel, todo por mi hija... y un poquito por mí, que tanto he padecido, que he pasado tanto y que tanto gusto de las cosas bellas y gratas que creaste tú ó que los hombres fabrican.

Porque, bien visto todo, eso de gustar del lujo no me parece tan pecaminoso ni tan atroz como creen los puritanos de la religión católica. Querer gozar de espectáculos bellos, sentir placer en que nos rodeen el mármol y el oro, el jaspe y el mosaico; mostrar satisfacción al tocar la seda y el terciopelo; experimentar goce beatífico al ver las pinturas en que parece brotar la vida de la naturaleza y las

esculturas que muestran ennoblecido el tipo humano; gustar de los vasos, las porcelanas, los tapices, los brocados y los hermosos versos, ¿no es amar á Dios, admirar las obras más exquisitas del hombre, del hombre que es la más exquisita obra de Dios?

Más tarde. Día completo. Hoy volvió Moncalián de su excursión á Occidente. Trae la mar de papeles ratonados, amarillos, medio rotos, con caracteres imposibles de entenderse. Yo apenas leí en los legajos: *Don Francisco Feyxoo y Centellas... Don Martín de Zavala... Don Carlos, por la divina clemencia rey de Castilla, de León, de Aragón... Don Juan de Camargo y Paz, juez privativo de ventas y composiciones en el reino de la Galicia, Provincias de Avalos, Tzinaloa, Sonora, la Nueva Vizcaya y provincias subalternadas...*

Mas, parece que esos papelotes por los cuales un cohetero no daría una peseta, contienen lo necesario para comprobar mi derecho con toda la amplitud y claridad que puede pretender el juez más quisquilloso y exigente.

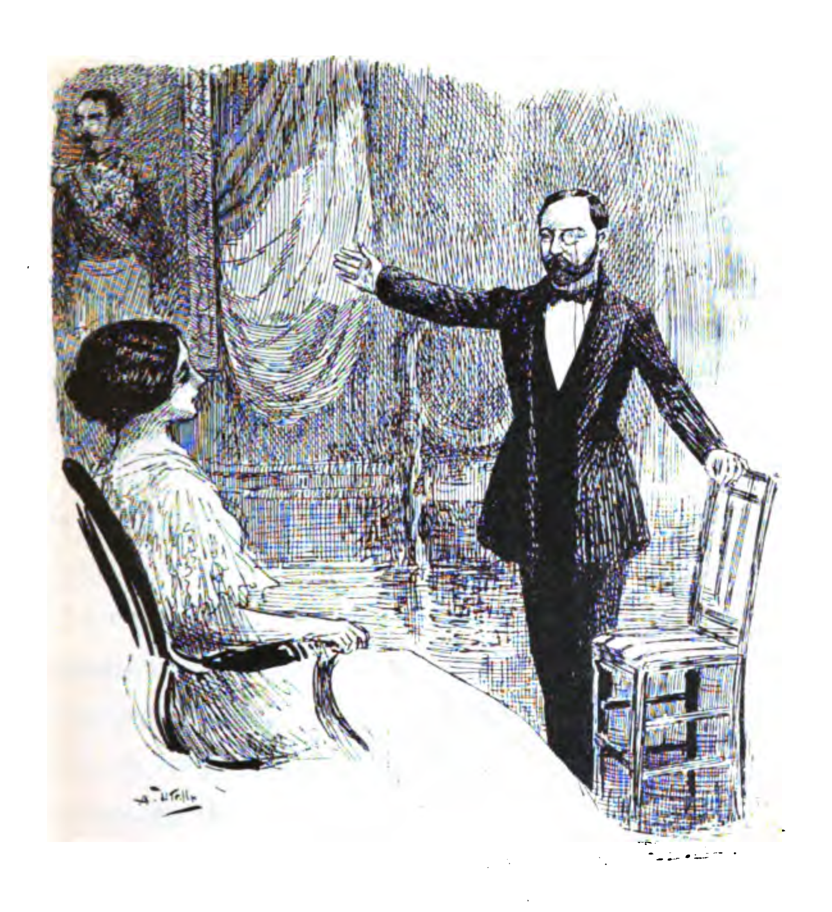
También trajo el primo un libro forrado en badana, que es nada menos que el protocolo original del escribano Froilán Castillo. Vamos á hacer ingresar ese mamotreto en el archivo, y cuando sea menester sacaremos el testimonio del poder que mi abuelito otorgó en favor del padre Díez.

Por la noche. ¿Quién será el zanguango que ha extendido la voz de que el señor Saligny es un ogro que se come á los niños crudos? Severo, de continente señoril, amante de marcar las distancias que median entre la gentecilla de poco mas ó menos que se le acerca y su persona, que tanto es y tanto representa, puede ser visto como orgulloso y altivo; pero en realidad es el hombre mejor del mundo. Voy á borrar las líneas que escribí tocantes á él, pues son injustas é inexactas, como que se basaron en pésimos informes.

Me recibió con la sonrisa en los labios, me obligó á sentarme en el sitio mejor, me aseguró que se había enterado de mis papeles y acabó diciendo:

— Y bien, señora; yo me decido á tomar á usted bajo mi protección; desde hoy la cubre el pabellón de Francia y se halla bajo la égida de S. M. Napoleón III. — Y señaló al testero de la sala, donde estaban la bandera francesa y el retrato del Emperador...

Los derechos de usted me parecen indudables, asentó mientras se acomodaba el *monóculo;* pero cuán difíciles de comprobarse ante estos tribunales en que falla las más altas cuestiones un hato de gentes sin talento y sin pudor... ¡Oh, si esto tuviera que decidirse en cualquiera de los *parquets* en que se imparte justicia á nombre del Emperador!... Pero no, aquí es donde ha de resolverse todo, y hay que procurar que se resuelva lo mejor posible...



—Quizás, balbuceé, el influjo de V. E. cerca de Juárez...

—Juárez (pronunciaba Iuaréz), ¡puah! Juárez es el jefe de estos tunantes, el que por su propio derecho les manda y gobierna... De Juárez no hay que esperar nada, nada sino mala fe é iniqüidad... ¿Qué cree usted que se ha hecho en el famoso asunto del disparo que me dirigie-

ron? Un pastel, un inmundo pastel... Ha venido declarando el juez á quien se encomendó la averiguación, que no hubo disparos, que no hubo mueras, que no hubo gritos subversivos, que no hubo nada; y se ha sujetado á tormento á súbditos franceses para que declaren lo que pretende esta absurda oligarquía... Y eso cuando usted y otras muchas personas han visto disparar el balazo y conocen al criminal, y podrían señalarle y tocarle con la mano.

(Me siento espantada al saber que puedo hacer esas cosas, cuando á la hora de los gritos descansaba en mi cama.)

— Pero no solamente á esa herencia tiene usted derecho, señora; también lo tiene á recibir su legítima fortuna, perdida ó comprometida gravemente por la bribonería del gobierno actual. Si Juan Bautista, su cuñado, lograra recuperar los quince millones de pesos que le debe este país, usted, no sólo volvería á ser rica, sino que encontraría su caudal aumentado en una proporción asombrosa... El interés de usted está, pues, en que se pague á Jecker y en que muden las cosas aquí para que recupere lo que le corresponde por la herencia de su antepasado... Usted se ha servido ofrecerme un millón de duros si me hacía cargo de su reclamación y la llevaba á buen puerto; yo aceptaría si nó fuera que estos negocillos los hago de común acuerdo con un alto personaje que es

quien en realidad se encarga de correr todos los trámites cerca de S. M....

—Me dirá usted que cómo el Emperador interviene en la decisión de negocios mexicanos, y á eso le respondo que no puedo decirle nada en concreto, pero que el hecho es exacto... Si usted se compromete á dar á cierta persona el 30 por 100 de lo que obtenga por cualquiera de los capitales que reclama, yo me obligo á mi vez, á nombre de ese alto personaje, á apoyar á usted hasta lograr que reconquiste lo que es suyo.

Me deshice en protestas, ofreciendo lo que me pedían y asegurando estaba dispuesta, si era menester, á firmar escrituras públicas.

—Ahora bien, señora, continuó el ministro; nuestra conveniencia y la conveniencia pública, en esta vez de perfecto acuerdo, exigen que venga abajo el estado de cosas que rige ahora. Para arreglar en Europa algo de lo que falta, necesito una persona... una persona... una persona...

—¿Hábil? pregunté.

—Sí; y además...

—¿Lista?

—Sí.

—¿Conocedora del medio?

—Sí.

—¿Ligada por relaciones amistosas á gente de allá?...

—Sí; pero también la quisiera...

—¿Osada?

—Sí, sí...

—¿Procaz?

—Sí, sí, sí...

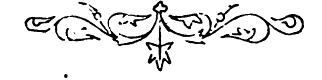
—¿Hermosa si fuera mujer y atractiva y dominadora si fuera hombre?... ¿Cree V. E. que pudiera yo desempeñar esa misión?

—Se lo iba á proponer, señora; pero temí no le conviniera á usted... Son tan pacatas las mexicanas, que pensé podía ofenderse... Bien que usted no puede considerarse mexicana más que por el hecho pasajero de su nacimiento... Pues bien, ya que se decide, saldrá en el paquete del seis... Poco le queda para hacer sus preparativos; apresúrese usted, y como ha de necesitar dinero, aquí están dos mil pesos que le pueden servir para el pasaje y para la compra de cosas indispensables á una señora distinguida y hermosa que se marcha tan lejos... Vuelva usted los días que guste para lo que se le ofrezca; mientras, prepararé yo las cartas que debe llevar...

Salí del despacho cantando y riendo. Encontré muy simpático al ujier que me abría la puerta; preciosos los cuadros que estaban en el corredor; llena de luz la calle, y hasta alegre y confortable mi pobre vivienda... La miraba como debe de ver su cárcel la crisálida pronta á convertirse en mariposa; como debe de ver al cuerpo que

la ha acompañado el alma que se escapa á la bienaventuranza...

Adiós, miseria fría; adiós, escaseces y penas; adiós, vecinos chismosos y sin gracia; adiós, toda mi vida de tristeza y horror. Quedaos allí; yo me voy á lo grande, á lo elevado, á lo noble, á donde me llaman mi nacimiento, mi educación y mis inclinaciones. Quedaos allí...





CAPÍTULO VI

Donde se pone el discurso sobre la nobleza

SEPTIEMBRE 1.° He meditado largamente qué haré de *Génie* durante mi viaje. ¿Llevarla? Ni por mal pensamiento. ¿Dejarla á cargo de alguna de mis inmediatas parientes? Mucho menos; equivaldría á revelar que voy de viaje; me vería precisada á dar explicaciones y á poner sobre la pista á todos los chismosos que quisieran hacer catálogos tocante á mi persona. Lo único posible es dejar á la niña á cargo del licenciado Caballero y de su ínclita esposa doña Lorenza, que la cuidarán como si fuera el diamante Regente. Ya sé que circulan chismes sobre si Miguelillo, el chico mayor de Caballero, corteja ó no á la niña; pero, ¿quién hace caso de tonterías sin importancia, y, sobre todo, quién duda que si el muchacho tuviera esas intenciones (que

de mi hija estoy bien segura que no piensa en nada que no sea holgarse jugando con muñecas), quién duda, digo, que doña Lorenza pondría remedio á tiempo? No por el temor de un riesgo remoto y que casi resulta irrisorio, he de embarazarme con un obstáculo que puede traerme dificultades gravísimas.

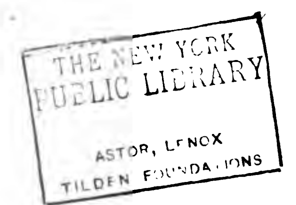
La misma fecha. Los Olivos aceptan de mil amores el encargo de la niña: le tienen tanta ley, que me dijo doña Lorenza se habrían sentido disgustados si hubiera encargado á otra persona el cuidado de *Génie*. Me marcho satisfecha, pues además de que la chiquilla quedará como en un baúl, los caseros no han consentido en recibir un solo real por la asistencia de la criatura.

—Vaya contenta, mi señora, y completamente satisfecha de que á la niña no han de faltarle ni alojamiento, ni comida, ni cuidado; pero no trate de dejarnos nada para gastos, pues el dinero puede hacerle falta. Aquí no somos pupileros, ni somos patrones, ni tenemos establecida casa de huéspedes; somos amigos de usted y deseamos servirla, ahora que podemos ayudarla en esta pequeñez, como estamos ciertos que usted nos serviría en caso necesario.

Le dí las gracias con todo el encarecimiento posible, y como hablara de la nobleza de su proceder ó algo semejante, el de los Olivos me interrumpió, diciendo:



— Vaya contenta, mi señora



—¡Nobleza, señora! ¡por Dios, no llame usted nobleza á lo que apenas será cristiandad y deseo de servir al prójimo! Que la criatura nos ha caído bien, porque tiene ángel, que estamos embobados con ella, que sentiríamos que se marchara, y mucho más que usted la expusiera á los riesgos de una navegación larga y penosa; que usted se resuelve á dejárnosla haciendo caudal de nuestras personas y teniendo en cuenta nuestro buen deseo, y que, en fin, la chiquilla se queda con gusto á nuestro lado... ¿Qué hay en eso que pase de lo ordinario y que no estén dispuestas á hacer mil familias de la ciudad puestas en nuestro caso?

—Pues precisamente para tener esas ideas y ponerlas en práctica se necesita tener nobleza... No, señor don Germán, no hay que darle vueltas, noble es usted y descendiente de los nobilísimos Caballeros de los Olivos, quiéralo ó no lo quiera.

—Ya que usted insiste, señora doña Josefina, déjeme que le diga que, si bien creo en muchas cosas por la fe, no he podido todavía encontrar manera de creer por la fe en la nobleza mexicana. Prescindamos, si á usted le place, de si la nobleza es buena ó mala, justa ó injusta; no quiero meterme en tales reconditeces, porque difícilmente sabría salir de ellas. Pongámonos sólo en el caso de la nobleza mexicana, que es lo que niego, y veamos cómo es un ente de sinrazón que han inventado los vanidosos. ¿Por qué,

señora, son nobles y famosas las casas? Por el nacimiento, me dirá usted, y por la fortuna poseída y mantenida en poder de muchas generaciones. Ya usted lo sabe, el *don* sin el *din* nada vale; y para tener el don es preciso tener algo: sin elevada alcurnia, se expone el noble improvisado á cometer barrabasadas y á deshonrar el título, y sin dinero á hacer lo que los príncipes italianos, que se ocupan en abrir las portezuelas de los carruajes y en cobrar *solditti* de todas las *eccelenzas* que se encuentran al paso.

¿Sangre? La sangre es el mayor elemento de vida para los individuos y para las sociedades. No me juzgue usted tan necio que llegue hasta pensar sea indiferente descender de don Pedro Terreros ó de Antonio Rojas. Pero precisamente porque tengo idea muy alta de la nobleza, no creo en la mexicana: no hay en ella ramas del viejo árbol peninsular, y por un Cervantes, descendiente de la nobilísima casa de los Velascos y emparentado con lo mejor de España, hay quinientos títulos haitianos que nada valen ni significan.

¿Dinero? Es también una gran fuerza; pero, desgraciadamente, entre nosotros no duran las fortunas en las manos de los descendientes de los primitivos poseedores, pues con el continuo trasiego de caudales se ha podido siempre decir con razón aquello de *padre minero, hijo caballero, nieto pordiosero*...

Ya sabemos cuál era el procedimiento durante la época colonial; lo dice un viejo soneto, que es el primer vagido de la literatura española en México, la primera muestra de enemistad entre criollos y peninsulares, y la primera invectiva contra los hidalgüelos sin blanca, á estilo de los del Lazarillo, que venían á suponer y á darse pisto en estas Indias:

Viene de España por el mar salobre
A nuestro mexicano domicilio,
Un hombre tosco, sin ningún auxilio,
De salud falto y de dineros pobre.

Solía ser el recién llegado gente de nervio y de acción, producto de esa raza vigorosa que conquistó y colonizó el Nuevo Mundo mientras se batía en Italia y en Flandes; y ya vendiendo géneros, ya dedicándose á la agricultura, ya en trabajos mineros, prosperaba y se enriquecía en poco tiempo. Español había que después de errar por los caminos, descansaba una noche al raso, en un agrio peñón de cualquier monte; allí encendía lumbre para cocer su pobre pitanza, y al calor de la hoguera se derretía el metal que guardaban en sus entrañas los *tenamastes* que servían de hogar á la luminaria. Entonces empezaban los trabajos y dolores, y sin saberse cómo ni cómo no, el desvalido caminante se encontraba, á vuelta de unos cuantos años, dueño de un

caudal que quizás no había soñado nunca. Ya le cercaban la adulación y el boato, ya tenía cortesanos y adláteres que ponían en las nubes la ciencia del potentado, no su amor al trabajo; su habilidad, no su buena suerte; su talento, nunca su perseverancia. Ese era el tiempo que describía el satírico anónimo:

> Y luego que caudal y ánimo cobre,
> Le aplican en el bárbaro concilio,
> Otros como él, de César y Virgilio
> Las dos coronas de laurel y robre.

Pero no bastaba sentar plaza de discreto, de talentoso, de hábil ó de rico; también había que ser noble, pues no se concebía excelencia ninguna si no se contaba con la mayor de todas, la limpieza de la sangre y lo encumbrado del origen. Se daban dos ó tres mil duros para las necesidades (que nunca faltaban) de la corte; se satisfacían los impuestos de lanzas y medias annatas; se pagaba á un genealogista que hiciera pintar un cuadrete lleno de grifos, leones, cascos y divisas; y azur por aquí, gules por allá, sinople por tal parte y á veces hasta losanges y barras atravesadas, venía á constituir lo mejor de la obra. El resto lo completaban una voluminosa información en que se probaba, con el dicho de media docena de infelices, que el donante no sólo no tenía mezcla de moro ni hebreo, sino que descendía, si era preciso,

del Cid Campeador, de Pelayo ó del mismísimo Padre Adán.

Si el agraciado tenía entre sus parientes próximos ó remotos á algún Guzmán, por más que éste fuera el de Alfarache, ya se le declaraba pariente inmediato del propio héroe de Tarifa; si tenía un apellido capaz de inspirar recuerdos de cosas viejas, como Guerra, Machuca, Matamoros ó Matajudíos, sin falta se le hacía descender de algún *capitán que acompañó á don Fernando el Santo á la toma de Sevilla,* capitanes que, á la cuenta, deben de haber sido millones, pues casi en ninguna ejecutoria de nobleza local falta ese comodín.

Pero cuando no había capitán á quien recurrir, los linajes vizcaínos, montañeses y asturianos le hinchaban las medidas al más exigente. De ese modo en unos cuantos días, el que ayer era un pobre nacido en el arroyo, se convertía en bajá de tres colas á quien había que hablar por memorial. Y el anónimo glosaba:

Y esotro que agujetas y alfileres
Vendía por las calles, ya es un conde
En calidad, y en cantidad un Fúcar,
Y abomina después el lugar donde
Adquirió estimación, gusto y honores,
Y tiraba la jábega en San Lúcar.

Todos los títulos mexicanos (y digo todos porque dos ó tres ejemplos en contrario no prueban nada) proceden

del siglo pasado ó del actual, todos se compraron con dinero, y si hay entre ellos alguno (como el de los condes de Regla) que provenga de eminentes y gloriosísimos servicios al rey y á la humanidad, la inmensa mayoría fué dada á tenderos enriquecidos ó á mineros afortunados, que tenían tanto de nobles como el diablo de obispo.

Observe usted cómo la expedición de títulos de nobleza coincide con la bonanza de los reales de minas. Los condes de Valenciana aparecen cuando don Antonio Obregón saca doscientos y tantos millones de la mina «Valenciana»; los marqueses de San Juan de Rayas, después de la bonanza de «Rayas»; los condes Rul y de Pérez Gálvez, después de las riquezas de «La Luz», «Cata» y «Mellado»; los marqueses del Jaral y los condes de Santiago, con motivo del descubrimiento de la veta de «Urista». En fin, los Fagoagas fueron marqueses del Apartado por «Pabellón» y «Veta Negra»; los Urdiñolas, marqueses de Aguayo, por «Albarradón»; los Gordoas, marqueses de Mal Paso, por «La Luz» y «Refugio»; los Terreros, condes de Regla, por «La Vizcaína»; los Vivancos, marqueses de Vivanco, por «Bolaños»; don Angel Bustamante, marqués de Batopilas, por «Lomo de Toro» y «Pastrana»; don Jesús Salado, conde de Matehuapile y marqués de Guadiana, por «Matehuapile», y don Luis Portilla, marqués de Pánuco, por «Pánuco».

Si me dijeran que los descendientes de Cortés ó de

Sandoval, ó del mismo Alvarado eran nobles mexicanos, lo consideraría muy justo y muy debido; pero que sea noble cualquier Juan particular á quien no le debieron servicios Dios ni el diablo, no lo paso y no lo paso.

Aquí somos muy demócratas, porque sabemos que todos descendemos de la misma gente, y que pretender formar aristocracia en México es obrar como los periodistas que bautizan de aristócratas á los empleadillos y á los dependientes de Tejupilco ó de Tajimaroa, que se reunen para beber pulque y comer *chalupitas*.

Oyendo estuve la larga peroración del Licenciado, y cuando creí que concluía le repliqué, haciéndole notar que la nobleza mexicana no era distinta de la española, que era y es la parte mejor de la sociedad nueva; que las ideas de honor y de lealtad que predominan entre nosotros, á la nobleza mexicana se deben, y algo más que no quiero poner aquí por extenso, porque sería dar importancia que no tienen á los desahogos de don Germán.

Todavía duró él hablando de que no había habido un solo noble mexicano que sirviera para algo desde que México es república; de que los nobles han venido á substituir á los captadores de dotes, y algo más que denotaba que mi amigo tenía las ideas más extravagantes sobre esta trascendentalísima materia, y me despedí de la familia para ir á arreglar lo mucho que me falta.

2 de Septiembre. Hoy tuve la última entrevista con el señor de Saligny, y llevo bien oculto el pliego de instrucciones que me entregó. «Lo abrirá usted, me dijo, en alta mar; por lo menos un día después de salir de Veracruz», y así lo haré, aunque con grandísima contrariedad, pues desearía saber qué contiene ese papel que ya me quema las manos. — «Política, me digo, cosas de política ó de negocios»; pero esta respuesta no me satisface. Si lo abriera desde ahora... pero no, hay que tener carácter y resolución. De otro modo, el diablo se lo llevará todo.

No sé por quién tuvo la policía soplo de que me marchaba; ayer estuvo Baz, gobernador del Distrito, y después de hacerme muchísimas preguntas impertinentes, me declaró que se sospechaba quisiera promoverle dificultades al Gobierno; y que si tal cosa era cierta, se me vigilaría y hasta se me pondría á buen recaudo. Vigílenme, gaznápiros, que al fin cuando quieran echarme el guante yo estaré muy lejos, y ustedes quizás más lejos todavía, porque su caída no tardará un par de meses.

También estuvo mi padrastro ¡el maldito viejo! y con mil circunloquios me hizo saber que ya se tenía noticia en la familia de que yo andaba en tratos con Moncalián, el cual es un bicho peligrosísimo y capaz de meterme en un lío de que no saldré nunca. «Ocurre contigo porque antes le mandaron con cajas destempladas, acompañado de sus millones, todos nuestros parientes cercanos ó lejanos...



Conque, cúidate y no te dejes embaucar, que puede pararte en perjuicio abrir los oídos á semejante sirena.» Le contesté con evasivas, pero diciéndole que lo de ocurrir á mis parientes no puede ser cierto, ya que la única heredera directa de Ubiarco soy yo.

Y luego pensé: ¿no serán las visitas de Moncalián las que me han traído la visita del gobernador, y no será don Juan Manuel quien me ha echado los perros?

7 de Septiembre. Mañana salgo para Veracruz; pero con el disgusto de la escenita que me promovió el maldito galán pintarrajeado. Que me adora, que no puede vivir sin mí, que se muere por mis pedazos, y no sé si también

lo de que soy su Dios, su ángel protector, su imán y su alma. Al verle arrastrarse de rodillas por el suelo de mi cuarto, sentí asco y horror, como si hubiera visto á un animalucho repugnante ensuciar el pavimento con su baba.

—¡Basta ya, señor! le dije con furia; no deshonre sus canas con esas tonterías, haciendo el cadete y el mozuelo de veinte años. Ni le quiero ni le puedo querer... nunca, ni muerta, me habría allanado á ser su mujer; ahora, menos...

—¿Y por qué menos ahora? ¿Sigues creyendo en las visiones del pícaro de Moncalián? Pues con tu pan te lo comas, y no te quejes si despreciado por ti, cambio mi cariño en odio...

—Señor don Juan Manuel, le declaré pausadamente y después de reirme á todo trapo: ha equivocado su merced los papeles; no es el de galán joven el que conviene á su edad; mucho menos cuadra á sus escasos bríos el de traidor que ahora trata de desempeñar; confórmese con el de barba, que es el indicado para usted... Brillará usted en él, se lo aseguro; brillará si se decide á dejarse de embadurnar con esos asquerosos potingues que le están acabando el dinero y la salud.

Y salió el viejo como perro con vejigas.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La rana más gorda del pantano conservador

PARÍS, *3 de Octubre.* Tras veintisiete larguísimos días de caminar, estoy ya en mi amado París, compendio y cifra de todas las excelencias; ciudad madre de los que piensan, gloria y encanto de los extranjeros, orgullo de los regnícolas, placer de los que gustan de la buena vida, y satisfacción de todo el mundo. En París, el entendimiendo se afina, la comprensión crece y el cerebro se ensancha; el tonto se hace discreto, el discreto agudísimo, el agudo halla lugar en que lucir su habilidad, y el hábil afina y perfecciona sus facultades. No hay aquí mérito, ni hermosura, ni primor que permanezcan ocultos, y basta poseerlos para que se les

haga justicia y se les ponga en el alto sitio que deben gozar. En vano se desvelan los sabios por decidir cuál es el centro del universo; ese centro lo es esta ciudad-luz que envía sus fulgores por todas partes, siendo ella misma fanal indeficiente que alumbra y hermosea cuanto se le acerca.

Las instrucciones que debía abrir en alta mar no podían contener más miga: se me recomienda me ponga de acuerdo con los señores don José María Gutiérrez Estrada, que á la hora de esta debe de estar en París, don José Manuel Hidalgo y don Juan N. Almonte, á fin de lograr lo que ellos me indicarán. Hidalgo, debe, además, presentarme al *nuevo duque* (¿quién será?), á quien vengo especialísimamente recomendada. Debo también hacer saber el estado de desorden y desmoralización en que se encuentra México, ponderando un poco y cargando el color, si es menester, en lo que se refiere á los robos, secuestros, asesinatos, heridas, asaltos en poblado y despoblado, préstamos forzosos, incendios y devastaciones que en sus personas y propiedades sufren los súbditos franceses. He de procurar sendas entrevistas con SS. MM. el Emperador y la Emperatriz, y de aprovechar la más insignificante coyuntura á fin de inclinar sus reales ánimos á obtener la presencia de tropas francesas que lleven el orden y la moralidad á México.

Me encuentro, con esta serie de encargos, como niño

con zapatos nuevos, pues es claro que se tiene formada idea elevadísima de mi tino y habilidad, cuando sin más ni más se me comisiona para cosas tan altas; pero confieso humildemente que no me figuro cómo puedan tener esas agencias y diligencias algo que ver con los negocios que me preocupan. En fin, sólo el que se muera no ha de ver el término de estos líos.

5 de Octubre. Hoy por la mañana fuí á visitar al señor Gutiérrez Estrada, con quien gasté casi todo el día, pues hasta este momento, que son las once de la noche, torno á mi hotel á reflexionar sobre las grandes cosas que acabo de oir. Voy á ver si consigo traer á la memoria lo principal que el viejecito me contó, pues vale la pena de conocerse.

Aunque tenemos un otoño muy suave, el señor Gutiérrez Estrada ya estaba cerca de la chimenea, pues me dijo se había vuelto más friolero desde su estancia en Roma. «Soy un costeño viejo y nada más; y naturalmente en estos climas sufro lo indecible.» Es un viejecito amojamado, de cuerpo regular, un poco encorvado, con una manifiesta inclinación del lado izquierdo y el andar á saltitos, como si hubiera en cada punto en que apoya los pies, un guijarro que le desgarrara las plantas; lleva la cara completamente rasurada y cubierta con una piel amarillenta, que parece cuero de Córdova; el cabello es de ese

que llaman las gentes de *tres potencias*, es decir que sobresale del diámetro de la cabeza en muchas horizontales y se extiende hacia arriba en forma de espada flamígera; los ojillos son vivos y hermosos, la boca sumida, pero de buen contorno, la nariz fuerte y fina, la barba redondeada y el conjunto de cortesanía, de seriedad, de buena fe, de algo que simpatiza y lleva tras de sí. Fuma con pertinacia detestables cigarrillos de tabaco vienés, y usa grandes pañuelos de seda que no llega á desdoblar, con los cuales se limpia los ojos présbitas y lacrimosos. Para terminar esta desgarbada silueta, diré que S. M. la Emperatriz encuentra gran parecido entre el Felipe II por Pantoja y nuestro Gutiérrez.

Cuando tratamos de su estancia en Europa, me dijo reposadamente: «Soy un mártir, sí, señora; soy un mártir de la idea monárquica. Ya sabrá usted que desde 1841 estoy por estas tierras, á causa de una famosa carta que la gente de ahora no ha leído nunca ó ha leído superficialmente y de pasada. Era presidente de la República don Anastasio Bustamante, amigo mío que me había invitado á formar parte de su ministerio; me había rehusado á esa pretensión, y queriendo explicar mi negativa y proponer remedios para lo futuro, redacté un opúsculo que envié al Presidente...

»Acababa de vivir en Europa, donde me habían hechizado la seguridad que se disfruta para los bienes y las per-

sonas; la amplia y bien entendida libertad que reina; la abundancia de comodidades domésticas y urbanas; el auge que alcanzan la industria y las artes, y, por fin, el positivo y sólido bienestar que produce la verdadera civilización. En cambio, por nuestra tierra, ¿cómo está la instrucción pública? ¿Cómo la legislación civil, la criminal, la mercantil y la fiscal? ¿No son todas ellas un caos más monstruoso aún que el que nos legaron nuestros dominadores? ¿Cuál es la organización del ejército? ¿cuál la moralidad de nuestros empleados de hacienda? ¿cuál la de los encargados de la administración de justicia? ¿cuál el estado de la riqueza individual de nuestros ciudadanos, que sirve de base á la riqueza pública? Y por otro lado, ¿qué caminos, qué canales hemos abierto; qué fortalezas, qué obras públicas de las que nos legaron los españoles hemos sabido conservar siquiera? ¿No están en ruinas el desagüe de Huehuetoca y tantas grandes obras que nos dejó la colonia? ¿Hemos sabido reemplazar á esos españoles á quienes, diez años después de nuestra emancipación, se hizo moda colmar de improperios y llamar bárbaros, habiendo un Tornel que en ocasión solemne invocara los rayos del cielo sobre la tumba de Cortés? Tenemos á gala llamarnos mexicanos; pero ¿qué hemos hecho por nuestro hermoso país? Véanse hasta las calles de la capital, y se notará en ellas el emblema del estado físico y moral de México; porque no hemos pensado más

que en matarnos en míseras pendencias, por miras todavía más mezquinas de ambición individual, y nunca por un objeto noble ó siquiera decente...»

En estos ó parecidos términos se expresaba, y concluía haciendo notar que la disolución, el bandidaje, el desorden y la anarquía eran del tiempo en que México había cambiado su forma de gobierno. Se había creído que bastaba proclamar la república para que vinieran sobre nosotros todos los bienes imaginables, convirtiéndonos en trasunto y quizás en rivales de los Estados Unidos; pero pronto vino el desengaño, y la convicción, aunque tardía, de que no hay regímenes políticos buenos ni malos, sino regímenes que se acomodan á la índole y condiciones del pueblo á quien se han de aplicar, ó que se divorcian de ellas...

«Por eso concluía proponiendo *un ensayo de verdadera monarquía con un príncipe extranjero* al frente, pues no habiendo en el país estirpes soberanas, no había monarca de quien echar mano. Citaba el ejemplo de Bélgica, que al separarse de Holanda diez años antes no cedió su gobierno á ninguno de los miembros de las ilustres casas con que cuenta, sino que lo entregó á un príncipe venido de fuera, que es quien actualmente lo rige...»

Se levantó del asiento el buen Gutiérrez, dió una vuelta por la habitación, tomó un cuaderno de un cartapacio y continuó así:

«Aquí tiene usted mi obra; sírvase leerla y se convencerá de que no contiene una alusión personal, una palabra malsonante, un concepto que hiera ó lastime á nadie. Citas de Tácito, Salustio, Chateaubriand, Thiers, Odilón Barrot y los oradores y políticos más insignes; ejemplos históricos que á mi parecer venían como anillo al dedo, y, sobre todo, largas consideraciones acerca de nuestro estado social, son el fondo de esta carta, que mereció los mayores encomios aquí en Europa y aun en los Estados Unidos.

»Sin embargo, ¡qué tempestad la que se desencadenó contra mí! La carta y los artículos que la siguieron se consideraron como blasfemias espantosas que había que reprimir. *El Censor* de Veracruz sostuvo que el autor de todos mis escritos lo era Montúfar; en la Cámara de Diputados, á petición de Ortiz de Zárate, se llamó al Ministro Marín para que informara qué providencias se habían tomado contra mí; otro tanto hizo en el Senado Garza Flores; se mandó el folleto á un juez, se puso presos al responsable y al impresor, empezó una larga impugnación de mi escrito por casi todos los periódicos, y por último se dieron á luz cartas y proclamas de Bustamante, Santa Anna, Almonte y Valencia, reprobando cuanto yo proponía y prometiendo perpetua fidelidad á la República.

»Santa Anna se declaraba dispuesto á perder la vida

en defensa de la idea republicana, que había sido el primero en proclamar; Almonte tronaba contra el «antinacional proyecto de establecer en nuestro país una monarquía regida por un príncipe extranjero, que para sostenerse necesitaría traer consigo un ejército, contra el cual combatirían de nuevo los mexicanos para volver al goce de la independencia y de la libertad que han adquirido al precio de tantos sacrificios.» Hoy, mejor aconsejado el señor Almonte, no opina lo mismo que en 1840...

»No faltaron periódicos que me defendieran. *El Mosquito* dijo cosas muy buenas. *Le Courrier des deux mondes* y sobre todo *La Hesperia* sacaron las espadas por mí. Recuerdo de éste un artículo llamado *Mi patrona y yo,* en que so capa de una alegoría muy transparente, se hacía la defensa más enérgica de mi caso.

»Mi asombro era grande ante tales ocurrencias: me figuraba que no habría un partido que sistemáticamente detestara la libertad, ni otro que sistemáticamente aborreciera el orden, y que con una conducta franca y leal fácilmente llegaría á formar una reunión de gentes moderadas. Mas cuán grande fué mi error; se dictó orden para aprehenderme y me vi obligado á salir de México dejando todo cuanto amaba: no me afligió, pues había puesto como epígrafe á mi trabajo aquella sublime frase del primero de los historiadores romanos: *Offensionem pro publica utilitate non pavidum,* que en romance quiere decir: no

temo incurrir en la malquerencia de los hombres, cuando se atraviesan el servicio y el bien de la República...»

Se detuvo un momento el narrador, dió dos ó tres paseos por el cuarto, refrescó la boca con unos tragos de agua y continuó de esta manera:

«Yo era dichoso en México. La copiosa hacienda que había heredado; el crédito de que disfrutaba por la ciencia, conciencia y experiencia que me suponían; mi afición al estudio, mi apego á la familia, eran elementos que habrían bastado á la felicidad del más exigente. Pero algo había aún que me hacía más dichoso que todas estas cosas, que de suyo significan tanto: el amor á mi mujer. Era hija de la ilustre condesa de la Cortina, á quien México debe tanto; y poseía tales cualidades de discreción, finura, tacto y habilidad, que yo no la llamaba sino *La Perfecta Casada,* para asimilarla al modelo de esposas cristianas que había pintado el gran clásico español.

»Cuando salí de México no pude llevarla conmigo; pero no queriendo alejarme tanto de su lado, me quedé en la Habana, donde recibía de continuo noticias suyas. Mas no podía conformarme con aquel alejamiento que minaba y entenebrecía mi existencia. Le escribí suplicándole se restituyera á mi lado, le dije marcharíamos juntos á Europa y le hablé de nuestro amor con la expresión incoherente y rota, con la vehemencia con que le había hablado en los días de nuestro idilio. La condesa, mi suegra, se

oponía á que Loreto saliera de México, pues estaba segura de conseguir mi indulto como lo consiguió, al cabo de poco tiempo.

»Mas esos trámites y esas esperas no convenían á nuestra impaciencia, y una noche Loreto se escapó llevando consigo nada más que á un niño y á la *pilmama* que le atendía.

»Iba mi mujer fuera de cuenta; con gozo inmenso recibimos á la niña que nació y á la que pusimos el nombre de la madre; pero poco duró nuestro gozo: cuando creíamos que Loreto iba reparándose de aquel tremendo trance, la atacó la fiebre amarilla y se la llevó en dos días.

»La pobrecita quedó en aquella tierra extraña, la niña volvió á México con su *nana*, y yo me vine á Europa en donde vivo desde entonces... Mi hija está ahora al lado de su abuela... La señora quizás no me haya perdonado mi desobediencia á sus indicaciones, pues me aconsejaba, guiada por su intendente, don Ramón Copcá, que no diera á luz la carta, y tenía ordenado á mi pobre Loreto que no se moviera de su lado... ¡Pobre condesa, pobre de mi hija, pobre mujer mía!»

Y fijó la vista en un arabesco del techo, como viendo pasar imágenes de goce y de dolor que alternativamente le acariciaban y le ofendían.

Luego prorrumpió:



Y fijó la vista en un arabesco del techo...

«Ahora vivo en Roma en el Palacio Mariscotti; y estoy casado con una señora austriaca de gran posición, nada menos que antigua directora de la educación de los archiduques en el palacio de Viena. Ella, por cierto, tuvo la honra de guiar por el sendero de la virtud y de la ciencia, el alma privilegiada del joven Maximiliano, en quien hace años pienso como en un posible emperador de México...»

— Algo de esto sabía, señor Gutiérrez, insinué con delicadeza; pero ignoraba que el proyecto de usted estuviera próximo á realizarse, pues según he sabido se trata de una intervención europea en México...

— Tratarse, como que se trata, dijo el viejecito con satisfacción... Mas hay tantos obstáculos que vencer, tantas voluntades que domeñar, tantos escepticismos que combatir, que es poco probable nos salgamos con la nuestra... Sin embargo, en los últimos tiempos ha cambiado todo tan radicalmente, que casi veo posible la realización de mis planes.

¡Oh, Señor! (y aquí lanzó un gran suspiro), que vea yo á mi patria regenerada, feliz y grande, por la adopción del régimen que en mala hora abandonó y á que la impulsaban todos sus precedentes históricos, y todo su glorioso pasado, y diré como el viejo Simeón *jam dimitte*... ¿Qué me importaría morir á condición de ver logrado el sueño de mi vida?... Napoleón III, este monarca agudo y sagaz,

cuya vida Dios conserve luengos años, piensa ya seriamente en poner remedio á la espantosa situación á que tiene orillado á México la demagogia que hoy priva allá... Hay mucho avanzado, y si la Providencia, que puede cambiar de un día á otro los cálculos mejor fundados, ó el diablo, que todo lo añasca, no deshacen como pueden este bello edificio, cosas hemos de ver que nos regocijarán grandemente.

—¿Y se piensa, pregunté, en llevar á México algún príncipe de sangre real? De seguro que será el que vaya de la casa de España, que por tantos años gobernó felizmente esos países.

—No, dijo don José María, denegando enérgicamente, no; no había príncipe á quien elegir, pues el infante don Enrique en quien se había pensado acaba de morir en duelo; don Carlos, el hijo del conde de Montemolín, sería rechazado por los liberales, que al fin y á la postre son algunos en número; y otro príncipe no estaría dispuesto á ir á México.

El Emperador tiene un candidato: el señor duque de Aumale; mas esa rama menor de la casa de Francia es inadecuada para México. Un príncipe que tiene queridas, que las pasea, que vive en su compañía, que las lleva á las revistas y que las viste con uniforme guerrero, *fúgite;* nunca le aceptaríamos... Es un loco, un valiente, un enamorado y un hombre de grandísimo talento; pero ante

todo es un liberal y eso le inhabilita á nuestros ojos... Sobre todo, él no quiere nada con nosotros: le propuso lord Palmerston la corona de México, y respondió que gustaba de combatir contra las tribus africanas, pero que no quería luchar contra pueblos libres... ¡Piense usted, libre México!... ¡Qué cosas tiene el señor duque!



Napoleón III

Vine aquí por causa de negocios, y un día del mes pasado recibí carta del excelente Pepe Hidalgo, anunciándome que nuestro proyecto de monarquía en México, con el príncipe Maximiliano por jefe, estaba próximo á realizarse, ya que contaba con el decidido apoyo de Napoleón... Semejante perspectiva era demasiado hermosa para que la creyera tan fácilmente realizable quien había llevado diferentes fracasos en 46, 53 y 59, en que la caída de los gobiernos conservadores había echado á perder planes perfectamente concebidos... Además, S. A. I. el señor Archiduque se encuentra demasiado alto para aceptar la jefatura de un pueblo revoltoso, tornadizo y de pésimo carácter; de un pueblo, en fin, en formación. Recluído en

el peñón de Miramar, donde tiene un preciosísimo castillo, goza á la continua el espectáculo más admirable del mundo... Casado con una princesa de rara discreción, de extraordinaria hermosura y de una casa tan elevada como la del señor Archiduque, espera numerosa y masculina sucesión, que reforzará los inconmovibles cimientos en que reposa la casa real de Austria, sin duda la primera en el universo por su antigüedad y su importancia... Joven, bondadoso, trabajador, dotado por la naturaleza de un gran ingenio que él ha sabido cultivar y mantener, posee una gran apostura, un semblante tan dulce, bello y grato, que puede decirse de él lo que de nuestro divino Salvador: es el más hermoso entre los hijos de los hombres...

¡Oh! exclamó el viejo tirando de golpe el cigarrillo que fumaba, ¡oh! exclamó sollozando—y el ruido de sus sollozos se confundía con el que hacía el ascua al apagarse en la escupidera; — si nuestra patria lograra la fortuna de que un hombre así encabezara su regeneración, ya podía considerarse dichosa, ya podía cantar el *Te Deum* que indicara había recibido la visita del enviado del Señor, que se había dolido de ella para hacerla feliz...

Mas ¿cómo el Austria iba á consentir en que se desprendiera de su ilustre tronco esta rama que le vigoriza, esta hoja que le da brillo, esta flor que le embalsama, alegra y hermosea? ¿No promovería descontentos, quizás disturbios, quizás revoluciones, la separación de uno de

los archiduques más bien quistos entre el pueblo, más respetados por la nobleza, más queridos por el ejército, adoración de la marina, cariño y encanto de las testas coronadas extranjeras y de Nuestro Padre Santo embeleso, alegría y esperanza?...

A pesar de eso, Hidalgo, que sabe lo que he trabajado, lo que he sufrido por la idea monárquica, insiste en que me presente en Miramar, y que hablando al archiduque implore rendido á sus plantas el mejoramiento de mi pobre patria. Yo le contesté que estaba pronto á ir á Viena y á Miramar, si era necesario, y á dirigirme al señor archiduque (cuya negativa con dolor de mi corazón tengo por segura) en mi calidad de mexicano y á nombre de mi pueblo, como lo hice en otras épocas. El veinte me contestó Pepe por el telégrafo, insistiendo en que fuera á Viena y en que hablara en nombre de México y de los mexicanos, pues Francia es extraña á toda elección que no provenga del pueblo de nuestra patria... Ya tenía hechas mis maletas y estaba listo para marcharme, cuando me ocurrió solicitar pasaporte de Mr. Thouvenel, Ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete del Emperador. Thouvenel ha pretextado que si se sabe que llevo pasaporte suyo, puede creerse que tengo comisión de Francia y de su Gobierno. En tan seria dificultad, ¿qué debí hacer? ¿Abstenerme de ir á Miramar, con riesgo de que S. A. acepte cualquier corona de las muchas que pueden

ofrecerle? ¿Revelar el secreto á alguien que pueda comunicar nuestro intento al Archiduque, pero con riesgo de que algo se transpire?

De los dos extremos escogí el menos malo, y acabo de contar nuestro secreto al encargado *ad interim* de los negocios de Austria, Mr. Mullineu, quien me ofreció decir todo al Conde de Rechberg, ministro austriaco de Relaciones... Y ahora, aquí me tiene usted sin saber si he de cantar el salmo de victoria ó entonar los trenos de desconsuelo; mas me dice mi corazón que no hemos de lograr nuestro intento, que es en vano pensar en que tan rápidamente se pueda hacer feliz á un pueblo, pues apenas se presentara S. A. los bandos darían de mano á sus disputas, el ejército aclamaría al salvador, el pueblo le llenaría de bendiciones y se verían el santuario dueño nuevamente de sus bienes, la religión en el altísimo lugar que le corresponde, la virtud llena de gozo, los buenos llamados á ejercer el Gobierno y todo en un estado de prosperidad, gloria y primor, que no habría nada que envidiar á pueblo ninguno.

Al llegar aquí el pobre apóstol estaba transfigurado: ya había depuesto el ceño que le acompañaba siempre, ya tenía libertad de movimientos, ya vagaba por sus labios la sonrisa que deben de tener los bienaventurados que van á gozar de las dichas celestiales.

De repente se echó á reir con risilla de conejo, de

esas que tienen los candorosos que quieran echársela de tremendos.

«¡Je, je, je, je! figúrese usted lo que dirá el indio Juárez en presencia de S. A. El con su levitilla negra, con su corbatín negro, con su sombrero de copa negro, y con su cara todavía más negra, enfrente del vástago de Carlos V, rubio, de ojos azules, alto, de gran barba, vestido de armiño, coronado con diadema de oro y diamantes, resplandeciente de bordados y condecoraciones, recibiendo el agasajo de las gentes, los gritos de agradecimiento y de ternura de los redimidos, el homenaje de los grandes, la lealtad de los pequeños y la reverencia de todos...»

Permaneció un momento con los ojos cerrados como para contemplar á su gusto aquella visión beatífica, y luego prosiguió:

«No deja de preocuparme esta cuestión importantísima: si el señor Archiduque llegase á aceptar, ¿qué gobierno plantearíamos mientras se presentaba? Juárez se perecería de seguro por entregar el gobierno á S. M. y ser el primero que le besara los pies; pero no, nunca consentiríamos que el enemigo de la Iglesia, el campeón de la demagogia, el ofensor de la sociedad honrada y el monstruo más espantoso que ha nacido en nuestra tierra, se pusiera en contacto con el gran príncipe que ha de mejorarla y aliviarla de sus penas... ¡Fuera Juárez! ¡nada de transacciones con él! y si acaso, como es seguro, pretende

algo de la benevolencia del nuevo soberano, no dejará él, que es tan clemente y justo, de darle algún juzgado de pueblo ó alguna comisaría de último orden; siempre que la católica nación mexicana (cosa que Dios no quiera) no lapide al liberalón en castigo de sus inmensos crímenes.

»Mejor me parece Zuloaga, que es hombre recto, concienzudo, desinteresado y generoso; le pondríamos como ministro universal al doctor Miranda, gran entendimiento y gran carácter, y todo marcharía como sobre carriles.»

—¿Zuloaga, señor don José María? le interrumpí. ¡Pero si Zuloaga es hombre sin talento, sin partido, sin crédito y sin moralidad! ¡No puede usted figurarse qué cantidad de barrabasadas haría en México si se le dejara solo!

—¡Cepos quedos, señora, cepos quedos! exclamó don José María, accionando con la mano derecha extendida, como si quisiera cortar el alcance de mis argumentos. Zuloaga no gobernaría solo, sino que tendría para que le sirviera de Pedro Recio al ejército francés y á todo nuestro partido, que no le dejarían cometer una sola de las barrabasadas que usted dice. Además, ¿de quién echa usted mano en aquel país absolutamente falto de gente útil y honrada? Márquez es mal visto á causa de las medidas de rigor que ha tomado y que le han granjeado fama deshonrosa en Europa. No le condeno, fíjese usted bien, y aunque soy poco amigo de espectáculos sangrientos, ignoro los descargos que él dará de su modo de obrar...

Miramón está en Europa, buscado y requerido por el Gobierno inglés, y no es cosa de ponerse á matar con la vieja Albión, que tiene que cooperar más ó menos directamente en la acción de Francia... Mejía, Cobos, Robles, Ayestarán, son muy poco conocidos para que nos fijemos en ellos.. Convénzase usted, desde que Santa Anna desapareció de la escena, no ha ha habido un solo hombre en México...

—Mas con Santa Anna, hice observar, no podría contarse nunca, pues enemigo como es de la monarquía, en vez de ayudarnos quizás se constituyera en un obstáculo.

—¡Cuán equivocada está usted, señora! tengo carta de ese general, por cierto de fecha muy reciente, y me dice entre otras cosas: «Hay que aprovecharse de esta feliz coyuntura á fin de conseguir la realización de nuestros vivos deseos. Ya usted sabe que á la ocasión la pintan calva, y que si no nos asimos del único cabello que ahora podemos coger, corremos riesgo de naufragar para siempre... El remedio de todos nuestros males es substituir la bufonada que llaman república por el gobierno de un emperador constitucional...» Además, si ese buen soldado no hubiera caído del poder, otro gallo nos cantara á la hora de esta: desde 1853 tuve comisión especial de arreglar la formación de la monarquía mexicana, negocio de vitalísima importancia, cuya consecución suspendió el triunfo de los de Ayutla. Hay, pues, que contar con San-

ta Anna, como él dice en su carta, para todo y con todo. Dios lo haga.

3 de Octubre. El buen don José María está como si le hubiera caído sobre la cabeza un trozo de firmamento, que pudiera meterse en el bolsillo. Ha venido á verme, trayéndome una carta que le escriben de Viena. Todo arreglado: Maximiliano acepta á condición de que le llame la mayoría del pueblo mexicano, que aprueben la candidatura su hermano y su suegro, y que Francia ayude para la consolidación del trono.

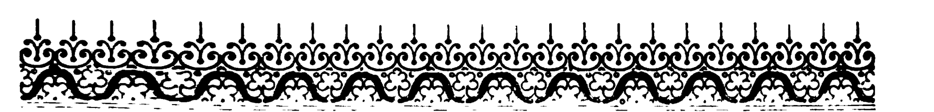
Ya podemos dar la cosa por hecha, dice el entusiasta y simpático don Pepe, saltando de gozo. Figúrese usted si vacilará el pueblo mexicano entre Cristo y Barrabás, entre un presidente negro como la tizne y un emperador rubio como unas candelas... S. M. Apostólico por el solo deseo de contribuir á que salga de la anarquía un país que perteneció á sus mayores, dará de buen grado el permiso; y por lo que se refiere á S. M. el rey de los belgas, ha dicho que la empresa es bella, y que aunque tenga mal éxito, será siempre honrosa. Quienes, quizás, opondrán alguna resistencia, serán los padres del archiduque, pues en 1859 que les hablé acerca del posible llamamiento de su hijo, se manifestaron francamente mal dispuestos.

De S. M. Napoleón III, ese político que vence al lince en penetración y al cocodrilo en perspicacia; de ese sobe-

rano que rige ahora los destinos de Francia, de ese capitán que tiene á Europa y al mundo pendientes de sus labios, yo respondo, yo respondo...

Y dió con una mano extendida un gran golpe en la mesilla coronada por un jarrón de flores exquisitas, al mismo tiempo que me tendía la otra con suma cortesía.





CAPITULO II

En que aparece el encanto de los salones parisienses

Octubre 3. El cincuenta y siete había conocido en París á Pepe Hidalgo. Entonces me había referido su vida, que tuve ocasión de poner al día con las nuevas noticias que me dió.

«Hijo de un guerrero y de una santa, decía Pepe con voz campanuda, cuando quería relatar sus proezas, no seguí la carrera de las armas, si bien las empuñé muy joven para pelear al lado de los que murieron en defensa de la patría, y á ellas debí el entrar en la carrera diplomática, que era mi vocación. Ni tampoco he tenido la suma de virtud que me habría llevado á las regiones serenas de la filosofía cristiana en medio del turbión en que desde entonces he vivido.»

Al guerrero todavía existen gentes que le hayan visto: se llamaba Paquito Hidalgo, y según su hijo, pertenecía á

la familia de don Francisco Javier Venegas de Saavedra, Rodríguez de Arenzana, Güemes, Mora, Pacheco, Daza y Maldonado, caballero de la orden de Calatrava, teniente general de los reales ejércitos, virrey, gobernador y capitán general de la Nueva España, presidente de su Real Audiencia, Superintendente general, subdelegado de la Real Hacienda, Minas, Azogue y Ramo del Tabaco, juez conservador de éste, Presidente de su Real Junta y subdelegado general de correos en el mismo Reino...

Y razón tenía Pepe en decir que su respetable señor padre era de la familia de aquel prócer de tantas campanillas, pues si bien ambos no tenían ascendientes, descendientes, habientes ni parientes comunes, sí se numeraba Paquito en la lista de los criados de S. E., que, como es sabido y conforme á los más autorizados diccionarios, constituyen la familia, puesto que viven en la casa y bajo el mando del señor de ella.

Luego que extrajeron á Paquito de la sentina del buque en que vino mezclado con almofrejes, petacas, petaquillas y cajones, empezó á ejercer el oficio de derramar sangre humana que le había de dar tantísima fama andando el tiempo. ¡Cuántos cañones saltó, cuántos rostros llenó de chirlos, cuántos cabellos quemó con el hierro candente de sus tenazas! Aun hay quien diga que se atrevió alguna vez, con la jeta del que «representaba al rey y obtenía su real potencia», dejándola como habrían que-



... sirvieron para que Paquito soltara el pulso...

rido dejarla Albino García ó Encarnación Rosas. Esto significa en romance que Paquito Hidalgo era un barbero corriente, moliente, y á todo ruedo, aunque no de los mejores, en los días de su llegada á este país.

Los once años de insurrección sirvieron para que Paquito soltara el pulso, y por su cuchilla fueron desfilando como él lo hacía notar con satisfacción, Calleja, Apodaca, Armijo, Martín de Aguirre, Orrantia y el bizarro Agustín de Iturbide. Ya su navaja era como terciopelo, ya surcaba la cara del paciente como impalpable cefirillo (que habría dicho algún poeta salmantino de la escuela de Iglesias), y cuando entre charla y chisme sobre las ventajas que obtenían las tropas de S. M. y los reveses que sufrían los malditos insurgentes, hacía el barbero brotar montes de espuma y raudales de agua, el Oidor, Regidor decano, Brigadier ó comerciante del Parián, que se habían puesto en el potro, decían al tocarse el sitio donde había estado la apretada floresta de barbas: «¡Cordones, Paco; me dejas como si nunca las hubiese tenido!»

Nadie sabía colocar con más habilidad la nuez dentro de la boca del viejo desdentado; nadie sabía levantar con más destreza el ámpula de los vejigatorios; nadie ponía con más tino las sanguijuelas en el sitio dolorido, y nadie, en fin, rasuraba difuntos con más delicadeza, primor y gracia. Si á estas dotes se añaden la de puntear la guitarra con un arte que habría envidiado el príncipe de

la Paz; la de cantar seguidillas, tiranas, polos, boleras, soleares y malagueñas con garbo gaditano puro, y la de bailar la jota, el vito, la zarabanda, el jaleo de Jerez y aun el prohibido jarabe gatuno, con un dejo y un aquel admirables, se comprenderá por qué era Paco el de Cádiz una de las más prominentes figuras de la ciudad por los años del quince al veinte de este siglo pecador.

Mas la base de la fortuna de Paquito fué la habilidad con que en cierta ocasión muy sonada levantó un hermoso edificio capilar en la testa de la señora marquesa de San Juan de Rayas. La marquesa llevaba amistad íntima, algo más íntima de lo que consiente el buen parecer, con el excelentísimo señor conde de Calderón, y este magnate, accediendo á los deseos de la dama, dió á Paquito una plaza de subteniente en el regimiento de Tres Villas.

El cantaor era avispado como pocos, y sin salir de las antecámaras de S. E., logró le hiciera capitán el señor conde del Venadito, que se perecía por las gentes listas y habilidosas.

El veintiuno, acompañando al señor don Agustín de Iturbide, hizo su primera expedición militar, y cuando quedó acordado el plan de Iguala, el generalísimo encomendó á Paco el cuidado de notificar á la oficialidad todo lo dispuesto. Con lo cual el jefe del ejército trigarante dió una nueva muestra de su talento, pues nadie había más conocido que el rapabarbas que había engalanado á todos

los tonistas de la época y saltado los cañones de todo el cuerpo de artilleros.

Luego que pasó el glorioso 27 de Septiembre, Paco se halló de la noche á la mañana convertido en un general de los de punta, y ya dueño de banda y charreteras se atrevió á poner los ojos nada menos que en la riquísima Merceditas Esnaurrízar, una de las herederas que causaban más desvelos á los oficialitos que mandaba el señor marqués de Vivanco.

De entonces en adelante nada de ventosas, ni de rizos, ni de tirabuzones. El yelmo de Mambrino quedó relegado en el cuarto más obscuro de la casa; las tijeras se abolieron del inventario de muebles familiares; la media-caña se suprimió como si hubiera cometido delito de lesa majestad. Paco ó Frasquito el de Cádiz se olvidaron y vino á quedar como linda mariposa de la vieja oruga, el señor general don Francisco Hidalgo, hombre respetable, adinerado, de gran bigote, pera poblada, ojos altivos y un *voto va* en la boca apenas le contradecían un poco ó le iban á la mano en lo más mínimo.

Mas el señor general había conservado sus hábitos de garito y taberna, á pesar de los dineros de Merceditas y de su despacho de general, y una noche, tras una disputa promovida por las veleidades de una infame sota, Frasquito hirió á traición á un tal Noriega, que lió el petate después de unos cuantos días de luchar con la muerte.

El escándalo fué grande; Paquito se vió obligado á repasar el charco; en la Habana se detuvo para saludar á sus viejos compañeros de aventuras, y comprometido por el capitán general aceptó la vara de alcalde de Guanajay, donde durmió en el Señor á los pocos años de haber llegado.

Poco antes de esa tragedia había venido al mundo Pepe Hidalgo, como le llaman todos, ó José Manuel de Hidalgo, ó le chévalier d'Hidalgo como él se firma. Nada dice la descuidada historia de los primeros años de Pepe; pero conjeturan los más graves autores que debe de haber tenido *nana*, sufrido del *mocezuelo*, padecido con los colmillos, echado el paso tras grandes vacilaciones, ido á la *miga* y pasado la escarlatina, el sarampión y tal cual fiebre gástrica; mas mi deber de historiadora me obliga á decir que esas son meras suposiciones, que no tienen el apoyo de ningún documento.

Cuando Pepe cumplió veinticinco años se alistó en el batallón de *Bravos*, que se había levantado como otros muchos para resistir la invasión americana. Era Pepe de los que llevaban mozo para que les cargara el fusil, y que iban y volvían al ejercicio en coche simón. Servía como coronel del cuerpo el valiente militar y donoso y discreto poeta don Manuel Eduardo de Gorostiza, por cierto ya muy achacoso y enfermo. El simpático autor de *Contigo pan y cebolla*, era tan accesible al elogio como todos los



hombres de letras, y Pepe, que había heredado un poco de la travesura y de la mano izquierda de su ilustre progenitor, aprovechaba la ocasión más insignificante para recitar, con vocecilla aflautada, ya un parlamento de *Indulgencia para todos,* ya una réplica de *El Jugador,* ya para demostrar que ni Moratín, ni Alarcón, ni Molière valían una higa junto al poeta mexicano. Así, cuando llegó la hora de batirse, don Manuel encomió las dotes militares de su secretario y protegido, poniéndole á algunos codos más arriba del Cid y de Bernardo; por más que hay quien

asegure que Hidalguete se ocupaba, mientras batían el cobre los empleadillos de rentas estancadas que componían el batallón, en hacer esos cuadritos de líneas rojas y negras con letras *chambiriniadas,* que los militares llaman *trabajos de mayoría.*

Con su dinerillo y por su mónita, consiguió que el Presidente Peña y Peña le nombrara agregado de la Legación mexicana en Roma; de allí pasó á Londres, y cuando se iba á embarcar para los Estados Uunidos, se le revocó el nombramiento de segundo secretario en Washington, designándosele para primer secretario en Madrid. La causa del cambio fué que nombrado Gutiérrez Estrada para agenciar que un príncipe extranjero fuese á hacernos felices, necesitaba á su lado un hombre discreto y de quien le constaran las opiniones monárquicas; y como Hidalgüelo se había clareado con el viejo apóstol más de una vez, creyó que nada convenía más que tener como auxiliar á su protegido.

Poco después pasó Hidalgo á París, y mientras recibía el sueldecito de los liberales, agenciaba por encargo de los conservadores el modo de echar abajo á los que le pagaban. Ahora está destituído y sin emolumentos; pero posee, según dicen, agarraderas que le han de dar para redondearse una fortunita.

Hay sucesos insignificantes al parecer, y que sin embargo ejercen influjo decisivo en la vida de las gentes. Hi-

dalgo llegó á Europa cuando estallaba la revolución de 1848 y el cuerpo diplomático se trasladaba á Gaeta al lado de Pío IX. En la fortaleza se vivía casi en familia, y aquello de tener al lado, pudiendo contemplarlos á su sabor á duques, marqueses, condes y hasta príncipes auténticos, fué lo que decidió la vocación de Hidalgo.

La chifladura de la nobleza ha atacado á José Manuel, y aunque por su casa no tiene una mala ejecutoria que justifique que desciende siquiera de alguna azafata ó de algún sumiller de boca, él no deja de llenarse la suya con los nombres de sus relaciones. El Papa lo llama *il suo bel compagno de Gaeta;* el rey Luis I de Baviera se ofende si no va á jugar con él noche á noche; la reina de Holanda le riñe porque no cena en su compañía siquiera tres veces por semana: la princesa Doria Pamphili se indigna porque no da con ella una vuelta de rigodón; los príncipes Borghese, Altieri, Rospigliosi, Torlonia y Doria conciertan con él partidas de caza; la princesa de Essling, la duquesa de Bassano, la marquesa de las Marismas, la condesa de Montebello, la baronesa Pierre, las condesas Latour-Maubourg, Lezay-Marnesia y de Malaret codician sentarse á su lado en la mesa de las Tullerías.

Cada convite, cada baile, cada partida de campo son para Hidalgo un negocio tan serio como para Gutiérrez Estrada la monarquía mexicana. Reflexiona maduramente sobre el traje que convenga llevar, averigua, pregunta,

inquiere, reflexiona, medita, piensa, y al fin, tras contemplarse por delante, por detrás y de canto en una sabia combinación de espejos que tiene ideada, se va á la fiesta, seguro de llamar la atención de alguna princesa que se prende de sus pedazos.

Ya de regreso en su casa, organiza el expediente de la reunión con la seriedad de un oficinista machucho. Primero va el convite, luego la minuta de la comida ó cena, luego la lista de personas y la descripción de trajes y tocados hecha por los revisteros más famosos, y al fin varias eruditas y substanciosas notas, explicando, aclarando ó rectificando lo dicho por la prensa.

Hidalgo es (hay que decir la palabra) un grandísimo gorrón. Gasta en vestirse y pagar cuarto; pero en comida, ni un céntimo. Los lunes se refocila en las recepciones de las Tullerías; los martes come en casa de la duquesa de Mouchy; los miércoles con la duquesa de Malakoff; los jueves los dedica á la duquesa de Cadora; los viernes ocurre á las fiestas de la condesa Walewska; los sábados visita al almirante Bruat, y los domingos los pasa en compañía de la condesa de Montijo. Y así como tiene distribuídas las comidas, tiene arreglados los almuezos, la cena y hasta los *petits dejeuners*. Cual otras gentes leen al mirar el almanaque: *Lunes 25, San Luis Rey de Francia, Santa Patricia virgen y san Cucufate monje. Hoy empieza en la Catedral el triduo de honor de Santa Gertrudis, y en San Lo-*

renzo las funciones de desagravios; Hidalgo lee: *Lunes 25, almuerzo en casa del almirante Jurien de la Gravière, visita á la princesa de Orange, comida en casa de Mme. Pollet y cena en el castillo. Empiezan hoy las asistencias á la Opera Cómica, en el palco de Mme. Cornu, y mañana los garden party en el hotel de la duquesa de Hamilton.*

Hidalgo conoce muchas ciudades de Europa; pero ni los museos de Florencia, ni los recuerdos de Venecia, ni las maravillas de París, ni los primores de Viena, Roma ó Madrid le importan un pito, cuando no se le dice que podrá chacotear en unión de gentes de sangre azul. El *mundo,* la *buena compañía,* el bailoteo y el hacer reverencias son su vida y su centro. Que derriben San Pablo de Londres, que echen abajo el palacio de Buckingham, que se sorprenda una nueva conspiración de la pólvora; pero que oiga Pepito gritar *Mexican secretary, Austrian Ambassador, Portugal minister* en los *drawings rooms* de la reina Victoria, y no se le dará un comino de las noticias. Que se derrumbe San Pedro de Roma, que se queme la galería de *gli Ufizzi,* que se venga al suelo el campanille de San Marcos y que un ratero se escape con las puertas del Bautisterio, serán acontecimientos baladíes en comparación de la catástrofe que podría producir que un secretario de menos antigüedad que Pepe alcanzara precedencia sobre él.

Por conquistar el lugar que le toca, es capaz de sen-

tarse sobre quien haya ocupado su silla, y por observar las formas no tendría embarazo en repetir la hazaña de aquel inglés á quien se reclutó en un incendio para que hiciera la cadena, y que no quiso pasar el cubo que le daba su vecino, porque éste no le había sido presentado.

Luego que supo que me hallaba en París y que llevaba cartas para él, fué á visitarme y á ponerse á mis órdenes.

— Todo marcha viento en popa, me dijo. El Emperador está algo rehacio porque teme embarcarse en una aventura sin salida; pero ya le hemos hablado el señor general Almonte y yo, haciéndole presente que en el estado de abatimiento y pobreza en que están los liberales, una expedición á México sería nada más que un paseo militar. Diga usted con franqueza, señora, ¿de qué servirían los cinco ó seis mil desarrapados que Juárez podría levantar contra la mitad de las tropas regulares que Francia nos enviara?

S. M. me dijo hace poco, con sonrisa escéptica, que para plantear la monarquía en México se necesitaban un ejército, un príncipe y muchos millones; pero yo no desespero de convencerle que sea él quien nos facilite todas esas cosas.

— Entendía, le dije con sorpresa, que estaba ya arreglada la candidatura del príncipe Maximiliano...

— ¡Ah, querida señora! exclamó Pepe, eso tiene más dificultades que parece... Nuestro Gutiérrez Estrada se

figura que todo está hecho; pero él mismo sabe que el archiduque está tildado de liberalismo, y aun creo que don Pepe oyó un famoso discurso que dijo Maximiliano en Londres. Allí están implícitas ó explícitas casi todas las teorías del carbonarismo y socialismo modernos... Y piense usted qué víbora nos echaríamos al seno si lleváramos á la tierra un monarca liberal de derecho divino, y al cual no se podría derrocar ni llamar á juicio... Mas no; ese es un riesgo remoto, pues antes de que Maximiliano fuera á México le leeríamos la cartilla y no nos comprometeríamos á nada hasta no contar con declaraciones expresas y terminantes.

—¿Y si él no quisiera decir nada que le comprometiera?

—La cosa sería de pensarse, pues no hay muchos príncipes en disponibilidad.

—¿Y las vacilaciones de S. M., pregunté, son de tal género que se tema no pueda realizarse la expedición?

—Ah, señora, me pregunta usted cosas muy hondas; pero como el señor Saligny me asegura que usted lo sabe todo, no tengo dificultad en confesarle que estamos completamente á salvo de cualquier trastorno. S. M., como político prudentísimo, ve y examina todo con flema y desapasionamiento, y sólo cuando esté bien seguro de que la que se pretende es una empresa grande y gloriosa la acometerá resueltamente. Sin embargo, tenemos la mayor

suma de probabilidades, teniendo en cuenta que hace tiempo trabaja al soberano el altísimo y nunca imaginado propósito de *hacer recobrar su fuerza y su prestigio del otro lado del Océano á nuestra grande y gloriosa raza latina.*

—¿Y qué se hace con los Estados Unidos, que no dejarán de traer á cuento su famosa doctrina Monroe ó como se llame lo que ellos tienen para impedir que se establezcan nuevas colonias europeas en América?

—¿Pero acaso no sabe usted que esa república está dando las boqueadas? Los separatistas, dueños de esclavos, quieren formar una nación nueva fraccionando la antigua, y ¡quién sabe cuántos pueblos impotentes y debiluchos saldrán de ese monstruo que inspira tantos temores en Europa! Ya los del Sur les han dado á los del Norte dos ó tres buenos achuchones, y no es dudoso sigan dándoles otros más en adelante...

—Bien está: pero si Napoleón III es tan agudo y discreto político como aseguran, ¿por qué se resuelve á enviar una expedición larga y costosa con un fin meramente platónico?

—¡Platónico! dijo Hidalgo riendo. Lo platónico será cuanto tase un sastre. S. M. desea hacerse con el Estado de Sonora, que ahora nada vale y que está continuamente expuesto á las agresiones del yankee. Acaban de descubrirse en la Sierra Nevada unas minas de plata tan ricas, que hasta se cree harán bajar el valor del metal;

S. M. tiene bien visto el punto, porque ha mandado ingenieros que examinen *la Sonora,* como aquí le dicen, y según parece no hay duda de que las vetas de Vashoe (así se llaman las del territorio americano) se prolongan hasta la futura colonia francesa... Figúrese usted,. qué cosa mejor podía acontecernos que contar con un establecimiento francés que estuviera entre México y los americanos.



D. José Manuel de Hidalgo

—Mas en la tierra, hice observar, se va á decir que ya porque se lleven los moros á Sonora, ya porque se la roben los cristianos, se pierde sin remedio y para siempre.

—Claro que lo dirán; pero ya usted sabe que esas cosas no las arreglan los periodistas ni la gentuza ignorante, sino que se tratan por las cancillerías y los congresos de naciones.

—En tal caso, S. M. no vacilará.

—Y si vacila, contamos con un auxiliar excelente, con

un auxiliar de tal manera favorable, que no obstante hallarse á muchos cientos de leguas, podrá prestarnos sus servicios con la misma eficacia que si estuviera aquí. El señor Gutiérrez ha ido á verle y no dudo que venga provisto de plenos poderes.

—¿.....?

— Es un cojito dulce y simpático, que vive retraído en una hermosa posesión, que ha engalanado con todos los primores del gusto y del arte. Al nacer se le llamó *hijo del milagro*, porque venía á restaurar y reponer la más grande institución que pueda haber en el mundo y la más fuerte que haya habido nunca en Francia; las mujeres de los mercados le regalaron ramos de flores; las pescaderas de Burdeos tejieron su cuna; los carboneros bailaron á su vera, como los viejos pastores galileos junto al lecho de Cristo recién nacido; Lamartine y Víctor Hugo le cantaron himnos de gloria y corrieron en su honor fuentes de vino, y se celebraron fiestas y se creyó que había llegado el día de la restauración de Francia.

—¿.....?

— Más tarde sus abuelos fueron desterrados; su madre, que pretendió encender el viejo entusiasmo vendeano, fué cogida prisionera y encerrada en un castillo donde dió á luz un niño que no era de la gloriosa casta á que ella se había unido; y al fin huérfano, solo, meditabundo y triste el niño de otro tiempo se recluyó en su torre, desde donde

habla á sus fieles de cuando en cuando para exhortarlos á la fidelidad, á la constancia y á la unión.

—¡*Le roi!* grité creyendo haber adivinado aquel jeroglífico.

—El rey, en efecto, dijo Hidalgo.

— El conde de Chambord.

—Monseñor el duque de Burdeos, expresó mi interlocutor con reverencia.

—Mas ¿cómo estando el conde de Chambord desterrado y á matar con este régimen, influye cerca del Emperador?

—¿No ha oído usted decir aquello de *el gato al rato*? Pues así, Monseñor escribe á tal ó cual legitimista del *faubourg*, éste le dice algo á un obispo, el obispo á mi señora la condesa de Montijo, la condesa á la Emperatriz y la Emperatriz al Emperador.

—Mucho camino es.

—Tal es la política, dijo *le chevalier d'Hidalgo* levantándose, poniendo los dedos pulgares dentro del chaleco y golpeándose con los otros la aletilla de la bordada camisa.



CAPITULO III

Divæ ex machina

———

SIN FECHA. Soy de la casa; vivo en la intimidad de la familia y hago lo que me place, trayendo y llevando á quien deseo. Eugenia me ha dicho: «Hidalgo, siempre hay para usted un puesto en mi mesa», y aun en los días ordinarios, cuando no comen sino el Emperador, la Emperatriz y las damas de semana en unión del oficial de guardia en el Palacio, llego yo tan terne y me siento al lado de SS. MM... Vamos, Josefina, vamos, y no tendrá usted de qué arrepentirse... Ya verá qué recepción le hacen al saber que va en compañía de este viejo de la casa.

—¿Conoció usted á la Emperatriz antes de su matrimonio? pregunté á Pepe con interés.

—Tanto como conocerla, no en verdad; vivía yo en

Roma, satisfecho de las atenciones y el cariño de aquella admirable sociedad, cuando supe que Napoleón III se casaba con una dama española; entonces recordé el nombre de la señorita Montijo, y supe que años antes le había prometido el imperio una gitana, y que cuando desempeñaba Eugenia el papel de Emperatriz en cierta comedia de Ventura de la Vega, solía escribir cartitas al propio Ventura, que ensayaba la obra, firmando sin falta: *La Emperatriz*... ¿Verdad que es curioso?

—¿Y estaré bien, le pregunté, con este traje rosa claro que acaba de mandarme Worth?

—¿Worth, el gran costurero, el gran modisto, la viste á usted?

—He tenido que hacer el sacrificio, dije resolviéndome á echar una mentirilla. Worth me ha confeccionado este vestido, y el sombrero es obra de Mad. Virot.

—Worth, Madame Virot, exclamó el currutaco poniéndose en pie; las dos columnas en que reposa la elegancia parisina. ¿No equivale lo que se usa ahora, á la aplicación de los ingenios matemáticos, de las obras de construcción, de la maquinaria moderna, á negocio al parecer tan baladí como es la moda? Esos aros. esos resortes, esas varillas que forman, por decirlo así, la jaula que aprisiona á la frágil, á la graciosa fierecilla femenina, antes no domada por artífice alguno, ¿no indican que la ciencia del vestido ha llegado á su perfección?

Que no me hablen de la sencillez griega, que no traigan á cuento la severidad de las mujeres de la Edad media, que no mencionen el primor de los trajes del Renacimiento, que no me digan que tenían encanto y armonía los vestidos masculinizados de las mujeres de la Fronda... En nuestro tiempo se ha conseguido unir los paños helénicos, los *paniers* del tiempo de Luis XVI, la basquiñé de las mujeres contemporáneas de la Grande Mademoiselle y las mangas colgantes del Renacimiento, amén de cien mil ahuevados, plegados, colmenas, tablas, holanes, escarolas y cintas.

¿No es un prodigio ver una gran cola, luego una falda ahuecada por el maravilloso artificio de la crinolina, después un corpiño escotado, y saliendo de aquella fábrica que se mueve como una urca en el Océano, unos brazos delgados, un seno turgente, un rostro encantador, una cabellera peinada á la griega, y como remate y coronamiento de tan bello edificio un sombrero que cubre la nuca, el cuello y las espaldas con un *bavolet* de seda plegada, bordada, trabajada como un puñal damasquino ó como una estatua de Benvenuto?

Cierto que se necesitan paciencia, habilidad y práctica para sentarse sin que los resortes de la crinolina queden mal colocados, y para subir al carruaje sin romper ó ajar las telas que envuelven como nube á la señora que las lleva; cierto, que encierran sendos problemas de estática, el sa-

ludar, el inclinarse, el dar el brazo al esposo y la mano á los hijos; pero ¿no existen la distinción, el *chic* y la gracia para infundir la destreza que se necesita para esas y otras muchas cosas y para prevenir y reparar los accidentes que sobrevengan?... Pero ante todo, y dispense usted mi digresión, está usted encantadora así y de cualquiera otro modo...

Dió Pepe al cochero las señas del *Château*, nos metimos en el simón y fuimos por calles y plazas hasta dar en el hermosísimo palacio.

—Mentira, comenzó á referirme Pepillo, cuando íbamos en el coche, todo lo que se cuenta de desagrados entre el Emperador y la Emperatriz. *El rey se divierte* de cuando en cuando, casi diré que siempre; pero sus relaciones con Margarita Bellangé, con Mme. Mercy d' Argenteau, con la condesa de Castiglione, con las dos damiselas á que llaman en la corte *Cochonette* y *Dondonette*, y con una inglesa que le sorbió el seso hace poco, no pasan de caprichos insignificantes, de humoradas sin consistencia, son verdaderos amores de cabeza en que el corazón no toma parte ninguna... SS. MM. son dos buenos casados, son una pareja de camaradas que se trata cariñosa y cordialmente; no crea usted las especiotas que circulan sobre si el Emperador le tiró los trastos á la cabeza á la Emperatriz, si la Emperatriz quiso ó no quiso dejar las Tullerías al saber las infidelidades de su hombre; todo eso

es el mentir de las estrellas... Ya verá usted si sabré cómo anda aquello cuando vivo donde se guisa... El príncipe imperial es un encanto; sus padres le llaman *Lulú,* y cuenta ya con muchos amiguitos que van á hacerle la corte y á satisfacer sus caprichillos; tiene ocho años, es blanco, rubio y de ojos azules como su madre, y aunque de tan corta edad, ya sabe montar á caballo, hacer el ejercicio, leer y escribir; es para comérsele á besos...

—¿Y es cierto, aventuré tímidamente, que la Emperatriz tiene un aparato especial para vestirse y desvestirse á causa de que sufre no sé qué enfermedades?

—La Emperatriz está completamente sana y no hay tal aparato ni cosa que lo valga. He oído decir que para evitar incomodidades tiene en su tocador un artificio del que desciende la ropa que la Emperatriz ha de ponerse; pero esa operación se hace por comodidad, por placer, por lo que usted quiera; pero no por orden del médico.

El suizo que estaba á la puerta de las habitaciones de la Soberana, golpeó el suelo con una alabarda, hizo una reverencia á mi conductor y éste me indicó pasara al salón de espera. Un ujier con levita de color castaño, bordada de plata, pantalón y medias negras, zapatos con hebilla y la cadena que indicaba sus funciones, pasó recado á la dama de servicio.

Sentía dentro de mí una agitación inmensa, me latía el corazón descompasadamente y se me figuraba que no

iba á poder hablar palabra delante de la Emperatriz. ¡Y pensar que de esa entrevista dependía mi porvenir, quizá mi existencia y la de mi hija! Porque no, no había de creer que yo siguiera viviendo si esta esperanza se perdía; ó triunfaba en toda la línea, ó la hacía buena una onza de plomo... Aunque mejor sería prescindir del plomo, que afea, desfigura y deja una mueca horrible en el rostro; un veneno es más rápido, más eficaz y más seguro, si bien tiene la contra de ser dolorosísimo. Eso de morir como rata con las entrañas destrozadas, la boca torcida y agitado el cuerpo por convulsiones tetánicas, debe de ser espantoso... Con el carbón quizás nada se sufra; pero es tan ordinario, ocurren á él con tanta frecuencia las criadas y las modistas, que no puede convenir á una persona como yo... Mas ¿para qué pensar en suicidio si todo tiene que acabar bien? La Emperatriz es tan buena, que no puede sino apoyarme, hablar por mí ante su marido; y luego que con ese cinco por ciento que he prometido á Pepe Hidalgo, él trabajará hasta dejarme todo como un cabello: no hay como el interés para que las gentes se afanen y luchen; ya le había dicho el refrán: «por dinero baila el perro»... Al ver á la Emperatriz me echaré á sus plantas, se las regaré con lágrimas, le diré cuál es mi situación, cuáles son mis esperanzas y lo que puede hacer por mí; y ella, que es buena, acabará por ceder á mis súplicas... Mas no, no haré tal; dicen que á la señora le



Me inclino y hago la reverencia...

disgustan los papeles teatrales, las cosas afectadas, todo lo que se aparte de la naturalidad y de la sencillez; le hablaré clara y noblemente, le demostraré las intrigas de que soy víctima, y así la atraeré á mi causa más fácilmente.

¡Bendito Dios; ya dicen que pasemos, que S. M. nos recibirá en seguida! ¡Qué largo y qué lujoso es el cuarto de las damas! Me parece que tiene tapices en las paredes y unas grandes flores que se destacan en fondo blanco: le sigue otro salón también muy bello, creo que de color rosa; el que se divisa más allá es azul; le engalanan muchísimos retratos: perfiles delicados, ojos ardientes, bocas risueñas, actitudes artísticas y sencillas; son las amigas de la Emperatriz que le sirven de compañía en este lindo retiro. Hay vasos *torchères,* lámparas, muebles de marquetería, bronces maravillosos; sólo en un palacio real podrían reunirse tantas cosas ricas y bellas como las que hay aquí... La estancia siguiente es el *home* de la Emperatriz; está llena de recuerdos íntimos, de retratos de familia y de obras de arte; allí trabaja y recibe á unas cuantas gentes de absoluta confianza...

Junto á la chimenea de mármol rosado hay un biombo de seda verde; detrás, una escribanía incrustada de metal, y sentada al frente está la señora... Me inclino y hago la reverencia con buena gracia; la Emperatriz me señala un asiento forrado de tela roja, é indica á Hidalgo que se

siente... Está vestida con mucha sencillez: falda y corpiño de seda negra, y por toda alhaja un cinturón que tiene en la hebilla el nombre de Eugenia, en un monograma, y varios anillos que recuerdan fechas memorables. La belleza de la Emperatriz se ha realzado con la maternidad. Tiene la misma gracia, pero mayor amplitud de formas; el mismo aire de inocencia, pero algo sereno y majestuoso que le da aspecto de reina á pesar de lo humilde del atavío... Me reconoció en el acto y se dió por enterada del objeto de mi visita...

— Hidalgo, me dijo en español, que fué el idioma en que tuvimos la plática, me ha informado de cuanto á usted le pasa. Ya sé que es víctima de abominables intrigas de parte de esos demagogos que se han adueñado del gobierno de su país. ¡Y qué! ¿la parte honrada de la nación, no procura sacudir ese yugo vergonzoso?

— Sí, señora, dije llena de miedo, pero con voz entera, algo se hace; pero son tan débiles los partidarios de la buena causa, que mucho me temo no logren sobreponerse á los malvados que oprimen á la religión y á sus ministros... Por eso en México no piensan sino en el Emperador, seguros de que él logrará salvarnos, y si V. M. se sirviera influir en su real ánimo para lograr que nos mandara tropas y navíos que introdujeran el orden en aquel bello país, no tendría tasa nuestro agradecimiento...

— ¿Qué puedo yo ante el Emperador, que se guía por

consideraciones más altas que las de sentimiento que yo podría oponerle? Sin embargo, no hay que desesperar; el Emperador contestó en una ocasión, en un álbum de preguntas, que lo que más le hechizaba en el mundo era procurar la resolución de las cosas insolubles... ¿Y qué logogrifo más insoluble que el de México? Y durante los últimos tiempos, ¿no ha habido nuevos atropellos contra el venerable clero, como los que sufrieron los santos obispos, que apedreó el populacho en no sé qué puerto de México? ¿No han tenido que lamentar los residentes franceses nuevos atentados de parte de los liberales?

—Contra el clero, señora, los atentados son diarios; en cuanto á los franceses, sufren lo que no es decible... En Tepic...

—Ya sé; mataron al cónsul francés...

—V. M. sabrá que los secuestros y robos son cosa de todos los días; el Gobierno, por su parte, impone préstamos y causa exacciones; y naturalmente los franceses llevan la peor parte... Mr. de Saligny, ese ministro concienzudo que trabaja á toda hora por la gloria del Emperador, estuvo á punto de ser asesinado hace unas cuantas noches.

—¿Asesinado? dijo indignada S. M. ¿Asesinado por quién?

—No se sabe, señora, respondí yo; el Gobierno comisionó al juez *Mariano Arrieta*, á fin de que averiguara el

delito y castigara á los culpables. Pero, la señora comprende: los culpables no resultaron por ninguna parte y hasta se declaró que todo era invención del señor Ministro para ver de desacreditar al país... Sin embargo, si es cierto lo que dice el adagio: busca aquel á quien el crimen aprovecha y darás con el criminal, el criminal está descubierto; lo es el Gobierno mexicano.

—¡Y el Emperador sabe esto, y el Emperador lo consiente! Menester es que le sujeten consideraciones diplomáticas muy altas para que se resuelva á no castigar con mano dura á esa horda licenciosa é incapaz de gobernarse... Y las hermanas de la Caridad, y las otras religiosas, ¿no han tenido que sufrir nuevos maltratos de parte de esa canalla?

—La señora sabe sin duda el atentado de que fueron víctimas las pobres hermanitas... Después, han sido expulsadas de sus conventos muchas monjas, se ha desposeído de su propiedad á las comunidades, las iglesias se han entregado á los que han querido saquearlas y se ha puesto á precio las cabezas de los pocos que combaten tal estado de cosas.

—¡Qué horror!... Pero estoy introduciendo la hoz en mies ajena; estos asuntos no me corresponden, sino que tocan al Emperador y á sus consejeros... Cuénteme usted esa historia, que, según Hidalgo, es una de las más lastimosas que pueden oirse. Estoy en ascuas por saber por qué apellidan á usted *el rigor de las desdichas.*

— Pues, señora...

Y empecé á contar mi vida, poniendo en toda la relación tal verdad, tanta energía y tanto vigor, que me pareció que cuanto había ensayado anteriormente resultaba pálido y sin brío. A veces añadía algún detalle, cambiaba alguna fecha, daba por supuesto algo que no se había realizado, ó suprimía cosas que habían acontecido en realidad; y tan contenta parecía de oirme la señora, que siempre que trataba de resumir ó de abreviar, ella me impulsaba haciendo señas de aprobación, indignándose, denegando y golpeando el pavimento con sus diminutos piececillos. De cuando en cuando solía sorprender alguna lágrima de indignación en los hermosísimos ojos de la española, lágrima que pronto secaban los rayos de ira que surcaban continuamente aquel azul purísimo que se creería propio tan sólo para reflejar emociones plácidas y tranquilas.

Ya tocaba al fin de mi relato, cuando oí llamar suavemente á la puerta que comunicaba con la estancia vecina, y sin esperar respuesta entró una vieja alta, tiesa, de ojos azules, pintada, adobada y revocada con una cantidad tal de afeites, que parecía haberse empleado en componerla una media docena de pintores trabajando día y noche. El traje era blanco, el sombrero era una prodigiosa exhibición de flores, frutas, bayas, semillas, hojas, guías y pájaros que daba idea de que la buena señora

se hubiera echado á la cabeza una *chinampa* mexicana.

—Mamá, dijo la Emperatriz, levantándose y abrazando con cariño á la vieja.



—Sigue, hija mía, no te interrumpo; no les interrumpo, dijo haciéndome una inclinación de cabeza. Acá me voy con Hidalguito. Y, en efecto, se retiró al hueco de una ventana con mi cornac, que se había entretenido mirando un álbum con estampas, pero con un ojo al gato, y otro al plato.

De cuando en cuando se oían risas comprimidas, movimiento de faldas y un hablar ceceoso y extranjerizado, como si Manolito Gázquez se hubiera fundido en John Bull

Iba á levantarme, cuando la puerta se abrió de golpe y entró la mujer más extraña que hubiera visto nunca. Era muy alta y muy flaca, tenía la boca hundida, la nariz

respingada, el rostro asimétrico, los ojos color gris acero y la mirada dura. Iba vestida con un traje á rayas verdes que por su matiz recordaba la tapicería de la habitación en que nos hallábamos; por cierto que la hechura era mucho más ceñida de lo que ahora se lleva. Bien se podía llamar fea á aquella mujer, y sin embargo tenía tal encanto en su persona, tanta movilidad en sus actitudes, tal volubilidad en su palabra, que al fin convencía al más rehacio de que tenía frente á sí á una personalidád fea ó hermosa, pero irresistible.

En un momento habló de la comedia que Emilio Augier había escrito para el teatro de Compiègne; de la próxima caza: de su caballo, que había reventado corriendo en Longchamps; del traje que había discutido con Worth, y sobre todo de unos famosos *couplets* que cantaría ante el auditorio de reyes y príncipes en el teatro de la corte.

—¡Oh, la *Belle Helène* es una gran obra; ya me oiréis cantar como yo sé y me diréis si puedo compararme con Hortensia Scheneider!...

Luego llevóse aparte á la Emperatriz; pero como las dos señoras tardaran mucho discurriendo y Pepe estuviera ya en libertad, nos preparamos á tomar la venia para la salida.

Volvían de conversar las amigas, cuando la Emperatriz, viendo que Hidalgo y yo estábamos en pie, nos dijo festivamente:

—Señores, tengo la satisfacción de participarles á todos, y en particular á los dos patriotas mexicanos presentes, que el 31 de Octubre se firmó en Londres una convención en que Francia, Inglaterra y España se comprometen á intervenir en los negocios de México.

Tropezando con los muebles salimos de la estancia Hidalgo y yo, y en poco estuvo que mi amigo, olvidando la gravedad diplomática y el sitio en que se encontraba, la emprendiera á saltos que demostraran su gozo, su gozo inmenso por dar tamaño disgusto á Juárez y los suyos, que le habían quitado el carácter de secretario de legación.

Apenas empezábamos á bajar la escalera de honor cuando dije á Pepe:

—¿Y quiénes son las señoras que llegaron durante nuestra visita?

—Una, dijo Pepe contoneándose, es la madre de la graciosa soberana que nos ha hecho tan noble acogida.

—¡Jesús, María y José!...

—¿Qué le pasa á usted?

—Que la había tomado por Pepa, la vieja española, intendenta ó administradora de la Emperatriz.

—Mme. Pollet, *Pepá*, como aquí se le dice, es una excelente señora vizcaína ó andaluza, pero que dista mucho de tratar con llaneza á S. M. La señora condesa de Montijo es mujer de raro mérito, de la más sólida piedad

y de una incontrastable adhesión á la Santa Sede... S. M. el Emperador le tiene un gran afecto.

—Podía tenérselo aún mayor si la buena señora no se adobara con ese tesón: tiene más pintura en la cara que todos los cuadros del Louvre y del Luxemburgo juntos... Pero tonta de mí, Pepe: ¿qué me sucede? ¿dónde tendré la cabeza que olvido se dice por allí si usted y la señora condesa tienen ó dejan de tener amoríos?...

—No lo crea usted, no lo crea usted, exclamó el diplomático poniéndose colorado, pero dejando ver que deseaba le siguiera halagando el oído... Son calumnias, son enredos del vulgo.

—¿Y la otra?...

—¿No la conoce usted? Es una gran señora, la primera dama de la corte, la que disputa á S. M. el cetro de la elegancia y del ingenio. Se llama Paulina Sandor y está casada con el príncipe Ricardo Metternich. Llegó á París recién restablecidas las relaciones con Austria, y aunque al principio dió muestras de timidez y encogimiento, á poco fué la reina de la corte, el encanto de los salones, la niña mimada de la aristocracia. No hay fiesta en que no tome parte, ni tertulia á que no se la llame, ni persona que no se complazca con su compañía; todo lo tiene: gracia, elegancia, distinción y simpatía; ¿qué falta le hace, pues, la hermosura, que sería apenas un accidente que no se concibe pudiera dar más realce á sus



otras cualidades?... Monta á caballo, representa, escribe, canta, baila; lo es todo, desde amazona hasta pintora. Inventa tocados originales con Worth, discute con Offenbach, se cartea con Mérimée, con Aureliano Scholl ó con Gautier, y concluye su día conferenciando sobre política con el barón Nigra, con Rouher, con Morny ó con alguno de los *cinco*...

— Entonces, insinué, nuestros trabajos no deben de serle desconocidos.

— ¡Ca, señora! ¿desconocidos nuestros trabajos?... Si de esos dos cerebrillos, de esos cerebrillos que cualquiera pensaría no guardaban más substancia que el de un pajarillo, ha salido la idea de la regeneración de México, de la regeneración de México, entiéndalo usted bien.

—¡Usted me está engañando, Pepe!

—Así lo cree usted porque no descubre en este asunto una gran combinación política. S. M., á fuer de católica, sincera y practicante, mira con gran dolor que su marido haya tomado parte en los negocios de Italia, favoreciendo al Piamonte y menoscabando los intereses de la Santa Sede y del Austria. Ahora se trata de ofrecer una compensación á S. M. A. dándole ocasión de que uno de los miembros de su casa conquiste un reino nuevo, y á S. S. proporcionándole oportunidad de que un país que se ha emancipado del yugo de la Iglesia vuelva á él en unión de los bienes que se quitaron á ésta. Y como al paso que esos grandes propósitos se consiguen, se logra allegar nuevos y ricos estados al Imperio, proteger á los súbditos distantes, rescatar la preponderancia de la raza latina del otro lado del Atlántico y hacer feliz á un pueblo, usted comprende que la idea de la expedición encierra una serie de altísimos pensamientos que es menester llevar á cabo. ¡Si yo pudiera revelar á usted ciertas cosas que pasan por aquí, cómo la dejaría asombrada! Hay un pueblecito cercano á París, donde se congregan una vez cada semana muchísimas personas amantes de México; no puedo enumerarle á todas esas gentes, pero sí tengo derecho para mencionarle las principales: la Emperatriz, la princesa de Metternich, la duquesa de Arcos, el príncipe de Metternich y un servidor. Todos acudimos disfrazados á las citas; la

Emperatriz va cubierta con un velo muy espeso, la princesa ocurre con un traje negrísimo, y todos nos presentamos á distintas horas y por sendas diversas.

De allí ha salido la expedición; de allí ha brotado todo el plan que ha de traer como consecuencia ineludible la regeneración de México. De nada han servido la oposición de los ministros, las fraternas al emperador y todo el movimiento de antipatía claramente manifestado contra la empresa: las damas están decididas á escribir su novela y poco les importan los obstáculos... Yo no tengo más tarea que azuzar el celo de S. M. contra los mexicanos, que al fin, para la Emperatriz, no son sino unos rebeldes, en mal hora emancipados del poder de España.

Admirada de lo muchísimo que sabía Pepe, á quien siempre había tenido por un grandísimo infeliz, bajé á mi hotel para descansar de las emociones del día.





CAPITULO IV

Y sobre su túnica echaron suertes...

SIN FECHA. Hoy, comida en el Restaurant del Grand Hôtel.

Dramatis personæ:

Don José M. Gutiérrez Estrada, apóstol.

Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, obispo de Puebla.

Don José Manuel Hidalgo, diplomático cesante.

Don Juan N. Almonte, ex Ministro.

Don Francisco Javier Miranda, conspirador.

Don Miguel Miramón, Presidente en receso.

Don Tomás Murphy, negociante.

Don Francisco de Arrangoiz, la peor lengua de las dos Américas.

Pancho Mora, imbécil.

Una servidora.

Según autorizados pareceres, Almonte es hijo del gran guerrero insurgente José M. Morelos. Su madre debe de haber sido una india bozal, pues *Pamuceno*, como se le llama en México, tiene el tipo del casta perfectamente acentuado. Muerta la indita *en hora buena*, como dice una biografía de Almonte, de que se imprimen aquí muchos miles de ejemplares para repartirlos en la tierra por vía de propaganda, Morelos se hizo cargo del niño. Estaba bautizado y se llamaba Juan Nepomuceno; pero como sólo entre los indígenas puros sirve el nombre de apellido, el chico, en vez de ocurrir al catálogo de apellidos de ilustres familias españolas y llamarse Cerda, Alvadaliste, Requesens ú otro cualquiera así de famoso, alto, sonoro y significativo, se puso sencillamente Almonte, frase que oía de boca de su padre cuando preguntaban sus familiares dónde habían de conducir al niño: «al monte», decía el Cura-capitán; y al monte se le llevaban, queriendo evitar que cayera en manos de los españoles y pudiera servir de rehenes, ó quizás (tan malos eran los tiempos) de víctima propiciatoria.

En el sitio de Cuautla, mandaba *Pamuceno* un cuerpo de tropas compuesto de chiquillos de once á doce años, que era entonces su edad, y cuentan que su papel no fué del todo desairado en aquella campaña formidable. Más tarde envió Morelos al chico á los Estados Unidos con objeto de que estudiara y se hiciera hombre; y por cierto que el

tener hijo y el haberlo mandado á un país de herejes, fué uno de los cargos que la Inquisición hizo á Morelos.

— Uno tengo, dijo el reo, pero me ocupo en él y procuro su subsistencia, educación y establecimiento, cosa que no hacen los otros curas con los hijos que engendran. Si le envié á los Estados Unidos, es para que adquiera allá instrucción y amor al trabajo que aquí no tendría nunca.

Al volver al país, Almonte se declaró liberal desorejado: todas las reformas le parecían pocas, todas las exageraciones se le figuraban tanteos y meticulosidades, todos los extremos medidas de agua tibia que no darían jamás el resultado que se buscaba.

Ministro de México ante todas las potencias del orbe, adquirió el afán de extranjerismo que le devora, haciéndole ver como cosa *shoking* y sin gracia cuanto procede de México. Por eso, y temiendo quedarse sin empleo después de la caída de Comonfort, aceptó el puesto de representante del gobierno tacubayista en Madrid. Llegó la época de tratar las famosas cuestiones españolas, y don Juan ajustó con el gobierno de la reina el llamado tratado Môn-Almonte, en que concedió á la antigua madre patria todo cuanto pedía. El gobierno de México le puso fuera de la ley, y él le ha respondido con su intervención en este negocio, que no dejará de ser sonado.

El padre Miranda es un gran conspirador y un gran carácter. En su mocedad se dió al juego, al grado de no

tener camisa y dormir al raso en las *Cadenas*. Un día dijo «No más juego», y no ha vuelto á tocar un naipe en su vida. En punto á faldas, es irreprensible.

Como conspirador, asombra por la tenacidad de sus propósitos, la fecundidad de sus recursos y la flexibilidad de su ingenio. Vaya uno ó dos rasgos suyos. Siendo presidente el general Comonfort, fué Miranda á la estafeta, disfrazado de inglés é imitando maravillosamente traje, acento y maneras de los britanos que venden en México maquinaria para minas. Tenía que sacar una carta importantísima, en que se trataba de un pronunciamiento próximo á fectuarse en el interior del país. Al atravesar de la catedral para el Palacio observó que le seguía un guardián de los que allá se llaman diurnos ó aguilistas. No se inquietó Miranda; pidió su carta, la leyó dos ó tres veces, y luego fué haciéndola pedazos con toda calma. Al llegar al torreón advirtió que ya los agentes eran dos. Estaba descubierto... Entonces fué al Palacio, se dirigió á la Presidencia, solicitó hablar con Comonfort, no lo logró porque el Presidente estaba en acuerdo; dijo que volvería, se retiró haciendo *caravanas* á los ayudantes y sin que se atreviera á seguirle su ahuizote, que no creía posible que hombre tan hábil fuera á meterse en la boca del lobo.

—¿Qué habría hecho usted? le preguntaron; ¿qué habría hecho usted si el Presidente le hubiera recibido?

—Entrar, contestó él; Comonfort es un caballero; me

habría ocultado, habría favorecido mi fuga, y después habría ordenado que me persiguieran...

Buenos ratos dió al canónigo Mora y Daza, hombre que no conoce el valor ni de lejos. Vivía Mora, y con él los canónigos Serrano y Martiarena, desterrados de Puebla, en la sacristía de las Capuchinas. Mora iba todos los domingos á comer con Pepe Roa Bárcena, á la sazón que Miranda andaba fugitivo; y todas las noches, al regresar Mora á su encierro, se encontraba unas veces con un charro, otras con un chinaco, otras con un campesino y otras con un gendarme. Se consultaban todos acerea de las graves custiones de política que estaban pendientes, y Mora se quedaba sin alientos al oir que aquel chinaco, charro, campesino ó gendarme discurriera con más arte y más labia que todos los sacerdotes reunidos.

El hombre-proteo, era Miranda...

Murphy es agiotista, hijo del usurero Murphy y nieto del archiprestamista Murphy: *Abraham genuit Isaac, Isaac genuit Jacob, etc.* Todos ellos se han lucrado grandes sumas con los permisos de algodón, con los préstamos á los empleados, con los *negocios* de gobierno. Como esos *negocios* son especialidad de la tierra, como lo son el tabaco ó el cacao, diré algo sobre ellos, pues cabalmente tengo aquí un librote que el señor Saligny me dió para que lo pusiera en manos de mi cuñado Jecker.

«Estos *negocios* han consistido en prestar al Gobierno

una cantidad en dinero y otra en papeles. Estos papeles son, por lo común, títulos emitidos á los acreedores mexicanos, que no estando consolidados, ni teniendo renta ninguna asignada para el pago de réditos y amortización de capital, tienen un precio ínfimo en la plaza, que rara vez ha pasado del 6 por 100. Como se percibe fácilmente, la utilidad de estos negocios ha dependido de la mayor ó menor cantidad de papel introducido en ellos y del rédito que las más veces se estipula sobre el monto total de los créditos y del dinero entregado en la Tesorería General.

Todo este sistema, que con el tiempo ha formado un ramo que se ha llamado de *Crédito público* (¿no sería más propio de *descrédito público?)* se puede conocer por medio de un ejemplo:

»Don Ricardo N. (súbdito de S. M. B. ó súbdito francés ó americano ó español) hace al Supremo Gobierno la proposición siguiente:

»Entregará á la Tesorería General en dinero efectivo	$ 10.000
»Idem en una orden sobre la Aduana de México, que se le admitirá como dinero . .	$ 10.000
»En papeles ó créditos reconocidos, al plazo de dos meses	$ 30.000
»Esta suma de. . .	$ 50.000

ganará el 6 por 100 anual hasta su amortización, y será pagada por la Aduana marítima de Veracruz, en compensación de toda clase de derechos directos ó indirectos, causados ó por causar de todas las cosas que se designan.

»México, tantos (la firma del interesado).»

«En consecuencia de esta proposición, que con mayor ó menor cantidad de papel siempre se aprueba en momentos de apuro, se expide la orden, ya para las aduanas marítimas, ya para la de México ú otra renta, resultando que el Gobierno, que apenas pudo cubrir sus gastos del día con diez mil pesos, gravó á la Aduana de Veracruz con cincuenta mil.

El análisis aritmético de este negocio es muy sencillo:

$ 10.000 de crédito al 6 por 100.	$	600
Valor de la orden á 20 por 100 introducida como dinero	»	2.000
Capital en numerario	»	10.000
Total coste. . . .	$	12.600

»La diferencia de $ 37.400, con más el cambio sobre Veracruz y los réditos, es la utilidad del negociante, el cual concede siempre á las casas importadoras un descuento de 10 á 12 por ciento con tal de realizar su orden, con lo que también resulta que casi nunca se pagan ín-

tegramente los derechos que señala la Ordenanza de aduanas.

»Cuando el negociante logró realizar en dos ó tres meses su orden, entonces el negocio se dice que fué muy bueno. Cuando por una revolución ó por cambio en el personal del Ministerio, el negociante no puede realizar su orden en totalidad, sino que sólo logró un abono de doce ó quince mil pesos á cuenta, entonces se dice que el negocio fué malo, y tiene necesidad de hacer otro arreglo con el Ministerio, dando otra cantidad en dinero y otra en papeles, lo que se llama *refacción,* ó hace uso de la palabra *súbdito de tal nación,* que cuidó de poner al principio de su propuesta, y grita que el Gobierno le ha arruinado, le ha robado y le ha privado de su propiedad, que le debe ser devuelta con pago de réditos, daños y perjuicios...»

Conocidos ya los personajes, pues Miramón, Labastida y Arrangoiz son ya nuestros viejos amigos (1), allá va lo que dijeron:

Gutiérrez Estrada. Empecemos, comensales y amigos, por dar gracias al Señor, que nos ha concedido asistir á la restauración de nuestra patria. Sabréis que el 31 de Octubre de este año se firmó en Londres, una convención entre los plenipotenciarios de Francia, Inglaterra y España, á fin de enviar fuerzas combinadas de mar y tierra

(1) En el libro *De Santa Anna á la Reforma.*



—Sabréis que el 31 de Octubre de este año se firmó en Londres...

en cantidad suficiente para tomar y ocupar posiciones militares en el litoral mexicano. El objeto del arreglo es garantir la seguridad de los residentes extranjeros y obtener el pago de las reclamaciones que tienen contra aquel Gobierno; pero sin buscar ninguna adquisición de territorio ni ventaja alguna particular, y sin ejercer en los asuntos interiores de México ninguna influencia que pueda afectar el derecho de la nación mexicana, de elegir y constituir libremente su forma de gobierno. Se conviene, además, en invitar á los Estados Unidos para que se unan á las potencias signatarias á fin de hacer efectivas sus reclamaciones.

Labastida, extendiendo el pie coquetamente calzado, dejando ver la media morada y la hebilla de plata. Bien está; pero en ese tratado nada se dice sobre la destrucción de la nefanda demagogia que ahora oprime á nuestra tierra, ni menos se habla de la nueva forma de gobierno, ni de la restitución de sus propiedades á la Iglesia...

Hidalgo, acariciándose la barba negra y esgrimiendo la caída de ojos, que es su suerte. El celo apostólico de S. S. Ilma. le hace extrañar la falta de algo que vendrá después, mucho después, como corolario indispensable de esta sabia combinación; pero el digno pastor olvida sin duda el proverbio *chi va piano va lontano*, que para mí es familiar desde que estuve en Roma al lado del Excmo. señor don José Ignacio Echevers Valdivielso, marqués de Santa Olalla...

Arrangoiz, repantigándose en la silla. Pues tiene razón S. S. Ilma.; y si no en ese tratado público y ostensible, al menos en uno secreto y que se podría sacar sólo cuando fuera menester, debía haberse estipulado lo que con tanta justicia pide el señor Obispo.

Almonte. Quizás habría sido pedir demasiado de la inagotable condescendencia de S. M., que ha aceptado bondadosamente cuanto le hemos propuesto. En cuanto á la candidatura del príncipe Maximiliano, no sólo está aceptada en principio, sino clara y expresamente, pues contamos ya con el asentimiento de nuestro futuro soberano.

Labastida. Y si no quisiera, podríamos ofrecer el trono de nuestra patria á S. S. el Papa, desposeído ahora de sus estados por los infames carbonarios.

Hidalgo. Creo que no habrá necesidad de ello; las negociaciones se encuentran tan adelantadas, y la voluntad del señor Archiduque es tan clara, que me he pasado varias noches pensando cómo hemos de arreglar el trascendentalísimo negocio de la nobleza mexicana, así como todo lo relativo á precedencias, trajes, libreas, condecoraciones y otros particulares que me han traído mucha perplejidad.

Miramón. Por supuesto que esa protección no se traducirá en pérdida de tierras por parte de México...

Murphy. Es lo convenido.

Almonte, bajando los ojos y fingiendo que come á toda prisa. ¡Pse, cualquiera cosilla! Si S. M. pidiera algo, no habría forma de negárselo.

Miramón, exaltado y poniéndose en pie. Pues yo sí encontraría esa forma. Desde que llegué á París, en Marzo de este año, el duque de Morny trató de hacerme soltar el queso, diciéndome que deseaba hacer grandes cosas en México. Me pidió mi parecer sobre ello, y yo le insinué que, siendo un simple particular, á nada podía comprometerme.

Hidalgo. Bien contestado; pero la verdad es que aquí, lejos de las preocupaciones y de las pequeñeces que influirían sobre nosotros en nuestra tierra; lejos de las exigencias del patrioterismo exaltado, que apenas cuadraría en Juárez y los suyos, podemos hablar con entera libertad. Hay un proverbio español que dice: *no es mucho que á quien te da la gallina entera. le des una pierna de ella;* pues bien, si el Emperador nos garantiza para lo sucesivo justicia, libertad, abundancia y sobre todo vida independiente, ¿por qué no le hemos de dar *la Sonorá*, á fin de que nos sirva como guardián de todo lo que nos quede, contra el coloso del Norte que amenaza devorarnos?

Labastida. Me parece muy bien hablado; por mi parte daría Sonora y algún otro pedacillo más, si acaso S. M. se obligara á restituir íntegramente sus bienes á la Iglesia.

Miramón. Pues por mi parte, ofrecería mi espada á los demócratas antes de consentir en tal cosa.

Todos en coro. Haría usted mal, señor.

Miranda, con resolución. Señor General, si recibiera usted un tiro en un campo de batalla, y el físico dijera que sólo se podía salvar la vida si le cortaban el brazo ó la pierna dañados, ¿qué haría usted? ¿se dejaría morir, ó sacrificaría un miembro que, aunque necesario, no lo era tanto como la misma vida?

Miramón. Yo no sé lo que haría, señor doctor; probablemente dejaría que me cortaran lo que usted dice; pero tampoco sería de opinión que le cortaran la cabeza á mi madre ó á mí mismo so pretexto de salvarnos de una jaqueca próxima ó remota.

Todos á voz en grito. No es el caso.

Labastida. Pero sea como fuere, contamos con un medio que, unido á la protección de S. M., nos puede dar los mejores resultados. Me refiero al cuidadoso examen que haremos de las opiniones de las personas para impedir que entren al país gentes que profesen ideas heterodoxas ó falten á la moral ó al dogma, y para evitar que se vendan libros prohibidos y todo lo que pueda perjudicarnos; y si por casualidad se introducen esas gentes y esos libros, castigar á aquéllas, pudiéndolas expulsar ó poner en prisión.

Almonte, con los pelos de punta. ¡La Inquisición, ilustrísimo señor!

Labastida. Llámenle ustedes como quieran á ese tribunal de cien ojos que velaría por la pureza de nuestra fe. Mas ¿no es el primero de los deberes de un gobierno cristiano, cuidar de que el dogma resplandezca sin mancilla?

Miranda. Se castiga al criminal que por necesidad ó por avaricia falsifica la moneda, contrahace los sellos de la nación ó imita la firma de un particular, ¿y se había de dejar impune á quien falsifica, contrahace y desvirtúa el dogma, causando mayor mal que todos los criminales reunidos? Una pesa, una marca, un punzón, un sello, nada me importan; el dinero que me roban lo puedo reponer, y si no lo repongo nada pierdo. Mas el que me roba la paz del alma, la confianza en Dios, la fe en la otra vida, ese me hace un daño irreparable y hay que castigarle... ¿Inquisición? ¡Pues Inquisición! No nos asustamos del nombre, ni creemos que haya aquí quien se asuste.

Almonte. Pero eso no lo puede consentir el Emperador...

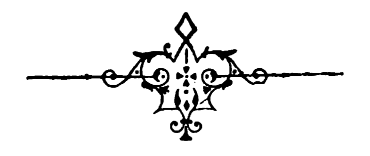
Miranda. Si vamos á consultárselo; mas como afortunadamente eso y lo demás que no decimos vendrá cuando ya tengamos en México un príncipe católico y temeroso de Dios, podemos pasarnos sin la venia de S. M.

Todos, menos Almonte. Bien hablado.

Murphy. Y en todo tiempo sobrarán oportunidades de hacer préstamos al Gobierno.

Todos. Eso es claro.

Yo, á solas. ¡Jesús, qué baraúnda! no hay dos que piensen lo mismo. Yo, en cambio, pienso tanto en ser intervencionista como en volverme mora. ¡Que se me haga justicia, que se me devuelva lo que me toca! y poco me da que planteen la Inquisición ó el club de los Jacobinos. ¡Buena olla de grillos va á salir de aquí! ¡Qué lástima me dan el Emperador y el archiduque Maximiliano!





CAPITULO V

El nuevo duque

Un *día de Octubre.* Juan Bautista está rodeado de gloria y majestad. Vive en la casa número veintinueve de la Avenida Kleber, y como goza de consideración en las Tullerías y reparte el dinero á manos llenas, todo el mundo le trae en palmitas. Al saber que yo había llegado con misión de Saligny, pues el ministro tuvo cuidado de escribírselo, me fué á visitar, y lejos de enfadarse por mi presencia en París, la celebró sinceramente diciendo que no podía llegarle auxiliar mejor.

— Todo camina á las mil maravillas, y al fin ha de triunfar nuestra causa, que es la de la justicia; mas antes ¡cuánto tuvimos que trabajar! Ya Saligny te ha instruído de la intervención del *nuevo duque* en nuestras cosas, y

según parece está conforme con la comisión de 30 por 100 que se debe dar á nuestro amigo; pero también hay que demostrar al Emperador que no debe abrigar confianza ninguna en Labadie, ni en Subervielle, ni en Escandón, ni en Iturbe, ni en Oceguera; en suma, en casi ninguno de los que le hablen de negocios mexicanos... S. M. no toma aún ninguna resolución definitiva acerca de las cosas de México, á causa de las noticias contradictorias que le llegan: le tiran en direcciones diversas y él no podrá fijar una opinión sino cuando haya agotado todas las fuentes de informes... Tenemos en tu tierra á Mr. Lapierre, hombre travieso, hábil, de recursos inagotables en diplomacia, y que estoy seguro ha de poner las cosas como un cabello... Tengo que naturalizarme francés, y ya los trabajos están muy avanzados para conseguirlo; pero si tropezara mi expediente con cualquier obstáculo, tendríamos el comodín de tu hija, que podemos suponer nacida en Francia... No sólo no tengo inconveniente ninguno en reconocer el dinero que introdujiste á la casa Jecker, sino que aun puedo declarar una cantidad mayor á fin de que aparezcas con más títulos para quejarte... Hay que estar prevenido, pues Juárez no es lerdo, y si se hace con el auxilio de la prensa, puede darnos más de un disgusto... Como has de necesitar dinero, manda por cinco ó seis mil francos, pues no conviene que en estas circunstancias traigas el bolsillo escueto.

Así habló Jecker. Tres días después fuimos á Poruentri, donde residía la familia del consejero Elsesser, enlazada con nosotros por lazos de parentesco. El consejero es un buen hombre, serio, honrado y trabajador; está convencido de la grandísima trastada que nos quiere hacer el Gobierno mexicano y se pasa el día escribiendo artículos para *La Patrie* en contra de *L' Indépendance Belge* y comparando datos, haciendo cuentas y promoviendo alegatos en los cafés para que el negocio adquiera popularidad y pueda presentarse bajo el aspecto más favorable.

Luis, hijo de Elsesser, es un joven tan listo como quizás no puedan encontrarse muchos. Incesantemente lee, escribe, visita, da explicaciones, hace súplicas, amenaza, defiende y, en suma, no tiene otra aplicación que el negocio. Algunos le miraban con desconfianza por su edad; mas ahora que le conocen, todos se entienden con él y le consultan cuando encuentran algo obscuro ó intrincado.

Javier, el mayor, no es menos modosito; pero su especialidad es tomar lenguas de cuanto se murmura en ministerios, cámaras y corrillos, pues tiene grandísimo gancho y sabe picar las narices al más pintado, obligándolo á que estornude cuanto sea menester.

Mi cuñada, la consejera, es una pedantona insufrible.

Tiene sobre México y los mexicanos, y es mucho decir, ideas más disparatadas que las de todos los euro-

peos. Está segura de que su hermano realizó la operación más lícita al prestar al gobierno de Miramón y se desespera por la pillería y la infamia de Juárez.

Otro día.— Ayer vinieron á comer á Poruentri el vizconde Alejo de Gabriac, antiguo ministro francés en México, y Mr. Chevallier, diputado adscrito al gabinete particular del Emperador. Gabriac es insolente, desvergonzado, ignorante y grosero. Chevallier, que es peje de muchísimas conchas, no es tan ajeno como parece á los negocios de México. Claro que no deja hueso sano á los liberales; pero, si se quiere, desprecia más á los conservadores. A todos les conoce de cara y mañas, á todos les ha estudiado y tiene en su poder, á lo que asegura, testimonios irrecusables de los procedimientos de la canalla politiquera del país.

Gabriac trajo de México una fortunilla muy bien saneada, y deplora que el Emperador se valga de Saligny para que le envíe recados. «S. M., dice con frecuencia, ha cometido un error; quizás no faltará francés que fuera capaz de darle noticias más exactas que las del actual ministro, sin perjuicio de desempeñar la legación en aquel remoto país. Mi amigo Drouyn ha de poner remedio en todo.

Chevallier va al fondo. La corrupción, el chisme, la intriga de baja ley son sus armas favoritas.» «¿Cuánto da

Juárez á *La Presse*? Hay que dar más. — «*L' Indépendance Belge* os mortifica mucho, mi querido Jecker; hay que argumentarle en un tono muy sonoro.» «¿Cuánto piensa usted gastar en el soborno de senadores y diputados? No hay que tentarse el corazón, porque en eso estriba el éxito de usted.»

Me preguntó Jecker si sabía que el Gobierno hubiera mandado imprimir una memoria que escribió Payno acerca del negocio de la casa, y si era verdad que don Ramón Pacheco, viniera á substituir á don Juan Antonio de la Fuente, en su puesto de ministro del gobierno juarista. Como yo respondiera que nada sabía, Chevallier se abrió de capa con sus consejos. «No hay que amedrentarse, Juan; si vienen papeles de México, es cosa fácil impedir que circulen; para eso contamos con amigos en el Servicio de la Prensa... Por lo que toca á Pacheco, yo me encargo de que no llegue á París, si es que trae intento de hablar con S. M... Fíese usted de mí.»

Por lo demás, la comida transcurrió describiéndose lo que va á ser México dentro de unos cuantos años: se abrirá un canal en Tehuantepec, se acabará con la influencia de los Estados Unidos en América, para lo cual apenas se necesitarán unos cuarenta mil hombres, que humillarán á esa altiva República; se establecerá una gendarmería de dos mil hombres que sujete todo el territorio; se colonizará á México á semejanza de Argelia; se

harán grandes obras en el puerto de Guaymas, ya que *Sonorá* será francesa muy pronto; se establecerán fundiciones para aplicar el procedimiento Chenot al beneficio del hierro y se explotarán minas de plata para que el Gobierno francés se reembolse de los gastos de la expedición...

Claro que sobre ninguno de estos asuntos se encuentran conformes los arbitristas. Mientras Jecker, siguiendo á Fossey, opina que debe haber canal por Tehuantepec, S. M. cree que el canal ha de abrirse en Nicaragua, y el nuevo duque resuelve que no debe ser canal sino ferrocarril lo que se construya.

¡Cada cabeza es un mundo!

Otro día.—Averigüé ya quién es el nuevo duque: se llama Carlos, Augusto, Luis, José de Morny y es el tipo del noble al estilo del siglo XVIII.

Es el hijo de la reina Hortensia y del general Flahaut, y por consecuencia hermano de ganancia de S. M. Lejos de hacer misterio de su nacimiento, se jacta de él como de algo glorioso y capaz de honrarle, pues lleva pintadas en las portezuelas de sus coches, haces de las flores que recuerdan el nombre de la augusta desterrada de Arenemberg. Un caballero del antiguo régimen, llamado Morny, le dió su nombre, y le crió su abuela paterna Madame de Souza, quien recibió para educarle y estable-

cerle doscientos mil francos que entregó la reina Hortensia.

Madame de Souza jugó el dinero y dejó en un petate al chiquillo; pero á cambio de eso le enseñó la disipación elegante, la alegría discreta y el escepticismo de buen tono de la antigua corte.



El Duque de Morny

Morny posee todas las buenas y todas las malas cualidades; tiene el gusto de la pereza y la facultad del trabajo; ama la existencia por los goces que le proporciona y la sabe exponer cuando se necesita; desprecia las ciencias y las letras y las cultiva y hasta escribe de vez en cuando sainetillos que el público aplaude conociendo que provienen de tan alto origen; imaginó y ejecutó el golpe de Estado que llevó al trono á Napoleón, y se consagra á empresas industriales y financieras que le producen grandes utilidades. Es el hombre de las frases ingeniosas, del desenfado y del qué se me da á mí. La espinosísima cuestión de la nobleza la resolvió con un

epigrama; la de Italia, supo sintetizarla en tres rasgos cáusticos y mal intencionados; la de los príncipes fué materia de dos palabras que largó en el Senado.

No reconoce amigos, ni bienhechores, ni favoritos; va á su objeto, á cumplir su antojo, á gozar de la sensación del instante que pasa y nada le importa dejar atrás los cuerpos destrozados de sus valedores ó de sus cómplices. Suele irritarse, indignarse, encolerizarse; pero aún en medio de sus arrebatos es el gran señor, el gentil hombre, el caballero exquisito que mira á todo y á todos con la misma sonrisa de benevolencia y de conmiseración. Tal es el hombre que ha tomado sobre sí la tarea de devolvernos lo que nos ha robado México. ¿Lo conseguirá? No hay que dudarlo, puesto que columbra un gran negocio en la cesión de los quince millones de francos que le tiene ofrecidos Juan Bautista.

Otro día.— Juan Bautista vino á verme; desea que me presente ante el señor duque, pues, á lo que parece, S. E. pretende recibir noticias detalladas acerca de la sucesión Ubiarco.

—Le hablé, me dijo Jecker, de tu hermosura y de tus desgracias, y manifestó deseos de conocerte, pues dice que no le basta para resolver en definitiva el memorial que puse en sus manos.

Más tarde.— El señor duque es encantador. No puede

llamarse un hombre guapo, pero tiene en toda su persona un aire tal de elegancia y de distinción que es capaz de enloquecer á la hembra más pintada. Dicen que á pesar de su gentileza sabe marcar la distancia que le separa de las gentes; á mí no me hizo sentir ni un minuto la superioridad de su posición.

Estuvo insinuante, gracioso, fino y lleno de desenvoltura de buen tono. Alabó mi belleza, se dolió de mis desdichas y me ofreció todo su apoyo para el logro de mis deseos. Cuando cogió mis manos entre las suyas, cuando me dijo aquellas frases delicadísimas y que sólo se pueden ocurrir á quien conoce y practica la más refinada cortesía, sentí que me mareaba un vapor dulce y tenue que me hacía caer desvanecida en un mullido canapé...

Dicen que S. E. posee un frasquito con una droga inglesa que alarga la vida. Quiera el cielo que á la hora que sienta S. S. la indisposición más insignificante, beba algunas gotitas que le restituyan el atlético vigor que posee y que tanto necesita para sacar á flote nuestro negocio, tan intrincado y combatido ahora.





CAPITULO VI

Favorita del re...

Señor, ¡qué espectáculo más bello que el que me concediste presenciar anoche! ¡Bendito seas, pues tu bondad me tenía reservada, en premio de todas mis penas, la satisfacción de verme junto á lo mejor de Francia, junto á lo mejor de París, junto á lo mejor del mundo!...

A las diez de la noche llegó Hidalgo á buscarme. Iba resplandeciente como una custodia, bello como un dije, bordado como una capa pluvial. El uniforme del cuerpo diplomático mexicano, con adición de no sé cuántas palmas, guías, flores, hojas y coronas se acomodaba gallardamente en el cuerpo de mi amigo que cogía el espadín con una gracia y un desembarazo que habrían sido la envidia de lord Palmerston. Notó el efecto que su primoroso atavío me había producido y me dijo con volubilidad:



—Mis pantalones ordinarios me los confecciona Spiegelghalter, el famoso *culotier* de la rue de la Paix; mis levitas son obra de Chevauil, de París y de Poole, de Londres; mis camisas son del taller de Polter, de Londres, y mi calzado del de Brockman, de Berlín. Mas mis uniformes no los hacen esos artífices sino Pinson, el sastre de la corte, y Reibeik, de Londres, que es quien fabrica los pantalones cortos para el príncipe Alberto... La casaca la notará usted algo más recargada de bordados y de un corte más airoso que el que prescriben las ordenanzas mexicanas: es que he pretendido hacer un ensayo de uniforme moderno para presentarlo á nuestro futuro y noble Emperador, que no dejará de apreciar mis esfuerzos en pro de la patria... Y no piense usted, Josefina, que sea

empresa llana y baladí esta de inventar, perfeccionar ó modificar un uniforme: capacidades políticas de primer orden, gentes que sabrían hacer con la mano en la cintura un buen tratado de comercio, que podrían ajustar con ventaja una convención diplomática, y que en caso ofrecido intervendrían en un tratado de paz, se sienten cohibidas cuando se trata de esta importantísima materia del protocolo. Definir el matiz de unas medias, la anchura del ala de un sombrero, el tamaño de un espadín, la misión de un ujier de saleta, la de un ujier de cámara y la de un ujier de vianda (que tiene que acompañar el cubierto y copa desde la panetería y cava, y después la vianda desde ésta hasta la cocina) son cosas que no están reservadas á entendimientos vulgares, sino que deben ser definidas por altísimos ingenios, los Newtons y los Pascales de las cortes... Ahora, las cuestiones de etiqueta, pasos, descendencias, preferencias y precedencias no son, como se cree, fútiles y de poco momento, sino de las que ven más directamente al buen régimen y constitución de los imperios... Entiéndalo usted bien, amiga mía; México no ha sido feliz hasta ahora, á causa de que los gobernantes que le han regido han descuidado materia tan principal mirándola como de poca ó ninguna monta; y apenas si el general Santa Anna, ó algún otro han comprendido que bajo la apariencia de pequeñez se ocultaba en estas cosas algo más hondo y más trascendental que lo

que se veía... Nada menos, el ponerse los calzones de corte parece lo mas fácil, y, sin embargo, ¡qué empresa tan ardua! Si se meten como todos los demás, ya puede usted contar con que harán muchísimas arrugas y darán á la pierna el aspecto de vendada ó deformada. Hay que abrocharse primero las hebillas, en seguida estirar la media, luego meterse el calzón y después abotonársele en la cintura.

En esto llegamos al castillo. La escalera tenía un amplio pasamanos hecho con festones de rosas; en cada escalón estaba un *cent gardes* con su casco y su peto brillantísimos, y su uniforme blanco y rojo: se les habría confundido con las estatuas de guerreros que decoraban los rellanos, y con las figuras esculpidas en las paredes, tan inmóviles permanecían.

—Los *cien guardias* forman un cuerpo privilegiado, me dijo Hidalguillo. Se escogen de entre los mozos más guapos en todo el ejército y desempeñan á conciencia su misión de cuidar las personas de los soberanos. Lo que llama más la atención es su imperturbabilidad: puede acontecer un terremoto, desplomarse un muro, venir abajo la escalera en que se apoyan, y con tal que les quede un punto para permanecer, *impavidum ferient ruina*... El príncipe imperial tiene prohibición de comer golosinas; un día, en un bautizo, le obsequiaron con un cucurucho de dulces, y no queriendo entrar al cuarto de su



... se presentaron Napoleón y Eugenia, acompañados de la familia imperial...

aya, temeroso de que le riñera ó le decomisara el regalo, virtió el contenido del alcartaz en la bota del *cent gardes* que estaba de facción para recogerlo en seguida... Otro fué objeto de las bromas de S. M. la Emperatriz; cierta noche, queriendo poner á prueba la inmovilidad de estos soldados, le golpeó con la mano extendida sin conseguir que el pobre muchacho manifestara que había sufrido aquella afrenta. Luego le mandó ofrecer quinientos francos, para compensarle el mal rato, y el chico nada quiso aceptar, porque dijo había sentido mucho placer en que tocara su rostro la mano de su linda soberana... Manos blancas no ofenden, ¿verdad?... Es un poquillo viva de genio S. M. ¡haber tirado con un tintero á un Mariscal de Francia y puéstole como no digan dueñas, es cuanto se puede pensar!

Entramos al salón del primer cónsul á aguardar el momento de que salieran SS. MM. de las sendas estancias. Poco después se presentaron Napoleón y Eugenia, acompañados de la familia imperial, de los altos dignatarios de la corona y de sus ujieres y chambelanes.

—Vea usted, me susurró al oído mi guía, reunida á la primera nobleza de Francia, no la vieja, no la de la *bandera blanca,* sino la que procede del guerrero más grande del mundo. Allí están el príncipe Napoleón, antagonista y jurado enemigo de la Emperatriz; dicen que posee un buen ingenio, pero es sobradamente orgulloso. Su padre,

el viejo rey Jerónimo, que tuvo la mujer más buena y abnegada de cuantas el gran corso dió á sus hermanos, no concurre á estas recepciones porque su edad le excusa... Ese jovenzuelo que se ve detrás del altivo príncipe, es su hijo, el príncipe Víctor... A su derecha están la princesa Clotilde, lindo vástago del tronco de Saboya, y la princesa Matilde, bella como las más bellas Bonapartes... le siguen la princesa Murat y su hija la hermosísima Ana, duquesa de Mouchy, inseparable de la Emperatriz; ya la habrá usted reconocido por haber contemplado su efigie en el departamento de S. M. Por su rango inferior figuran un poco atrás de estas princesas las hijas del príncipe Luciano, el eterno rebelde contra la voluntad del Emperador. La más alta y la más donosa es la princesa Lolotte, de quien se dijo si estuvo ó no estuvo á punto de casarse con su tío, el gran Napoleón; las dos que están cerca de ella, son la princesa Julia y la princesa Augusta, casadas con príncipes romanos, grandes amigos míos y personas de altísima posición.

SS. MM. y Altezas recorrieron separadamente todo el concurso y allí oyeron las presentaciones que encabezaron el duque de Bassano y la princesa de Essling.

Napoleón caminaba poco á poco, como distraído, como entregado á un ensueño tenaz; su andar era indeciso, parecía balancearse, no llevar rumbo, estar á merced de la impresión que quisiera cautivarle. Paseaba su mirada

gris acero, opacada por los párpados caídos, como si todo aquel espectáculo fuera extraño para él, como si se sintiera fatigado y sin ánimo de recibir los homenajes y las reverencias. ¿En qué pensaría? Quizá en sus empresas de mozo, en la tentativa de Strasburgo, en su alianza con los carbonarios, en su juramento de hacer á Italia libre y una, en su presidencia perpetua; quizá en los disgustos domésticos que vió en su niñez, cuando el rey Luis le desconocía y llamaba á la madre *Mesalina fecunda;* en su ambición constante, aguijada por las sugestiones de la Beauharnais; en sus viajes al extranjero y en sus escritos literarios.

De seguro le trabajaba algún proyecto filantrópico, algún propósito que tuviera por objeto cambiar el mapa de Europa, algún plan de regeneración, ó quizás el proyecto de reconstruir el plano de Alessia ó de cualquiera otra ciudad de la vieja Galia...

Pero, ¿qué Napoleón era aquél? ¿el observador de la etiqueta, el hombre del dos de Diciembre, el Nerón que pinta Víctor Hugo, ó el tirano burgués y bonachón que baila al compás de los valses y polcas que Teófilo Gautier *muele* en un organillo en las salas de Compiègne y que juega á la lotería con el príncipe imperial?

Al pasar junto á mí me sonrió dulce y tristemente, con sonrisa de enfermo, y pasó balanceándose como debe de haberse balanceado su padre, el almirante holandés,

que dicen ocasionó la ruptura entre el rey Luis y la reina Hortensia.

Abrióse en esto la puerta y fué como si el cielo se hubiera roto en algún lugar, dejando ver todo el primor y toda la magnificencia de las mansiones en que moran los bienaventurados. Figuraos la gran Sala de los Mariscales, adornada con los retratos de los doce del Imperio, revestidos con sus uniformes resplandecientes de oro y seda; la dorada cúpula, sostenida por cariátides y trofeos de armas, los airosos ventanones con cortinas de terciopelo rojo que parecían insignificantes aberturas en el muro de aquel salón monstruo. Pensad en una música invisible que tocaba sones dulcísimos y pensad, por último, en mil mujeres ataviadas con trajes multicores, en mil espaldas hermosísimas que se inclinaban al paso de los emperadores y en toda la variedad posible de atavíos masculinos, desde el sombrero de medio queso, el frac, el calzón y las medias negras, hasta los más lujosos uniformes diplomáticos. Bordados de oro, sombreros con plumas, turbantes de colores vivísimos, túnicas de seda joyante, modestas casacas negras, collares, cruces y placas de todas las órdenes; espadines de áurea contera, sables constelados de diamantes, chinelas con hebillas de plata, zapatos con figura de cuerno... Y luego, cabellos rubios, cabellos obscuros, cabellos crespos, cabellos lacios, rostros cobrizos, ojos azules de hiperbóreos, ojos oblicuos de

orientales, ojos lánguidos de americanos; y junto á toda esa policromía la servidumbre palatina: los chambelanes del Emperador, de rojo y oro; los de la Emperatriz, de azul y plata; los caballeros, de azul y oro; los de la cetrería, de verde y oro; los prefectos de palacio, amaranto y oro; los maestros de ceremonias, violeta y oro; los oficiales de órdenes, azul pálido con bordados de plata y cordones blancos...

Hidalgo, al mirar mi embobamiento, empezó á darme cuenta de quiénes eran los señorones que allí estaban, pues á todos conocía y de todos sabía vida y milagros.

—Ese es el signor Nigra, embajador de S. M. el rey del Piamonte. Discuten los boquiflojos sobre si ama ó no ama en secreto á S. M. la Emperatriz, y si ella paga sus rendimientos con algunas dulces finezas.

Ese general es el conde de Lorencez; goza de la confianza del Emperador, y no sería remoto que le mandaran á cualquier expedición de las muchas que se proyectan, por ejemplo, la de México...

«¿Quiere usted el nombre de esa bella señora, que parece lleva en su semblante de un lado el sol y del otro la luna? Es la marquesa de Gallifet... Muy linda es, pero á pesar de eso no tiene toda la estimación de su marido, el gallardo marqués de Gallifet; sus enemigos dicen que la dama tiene de hermosura más que de ingenio. Son fa-

mosas las agarradas de la pareja, y alguna ha hecho reir grandemente á la corte.

»¿Por quién me pregunta usted? ¿por la jorobadita de ojos azules y nariz ganchuda? Claro que no es hermosa ni es joven; pero tiene un gran mérito: ser hermana de leche de S. M. Se llama Hortensia Cornu y fué ahijada de la reina Hortensia, quien prendada del clarísimo talento (porque le tiene) de la criatura, la educó admirablemente. Está casada con un pintor de los de punta, que gana mucho dinero con la protección de SS. MM.... Cuando Napoleón III no era más que el *dulce testarudito* que meditaba llegar al puesto de su tío, la Hortensia se burló de él llamándole iluso y visionario; pero no fué á Roma por la respuesta: primero oyó S. M. la rociada con toda calma; fingió no acordarse más de lo que le había dicho su compañera de expansiones, y la convidó á lo más oculto de un repuesto bosquecillo para leer ó meditar; una vez que la tuvo allí, la cogió por los brazos, torciéndoselos con tal furia, que la chica tuvo que pedir socorro á grito pelado. «No te soltaré, la dijo el mancebo echando chispas, si no te desdices de eso que has hablado...» ¿Qué tal? ¿Verdad que es curioso...?

»Saludemos al espejo de los marinos, gloria de los caballeros, admiración de los eruditos y envidia de los cortesanos... Observe usted qué bien se llevan ese brillante uniforme, ese semblante varonil y grave y esos laureles.

ganados en las más altas ocasiones que ha visto la historia contemporánea. Con justicia disfruta de toda la consideración del Emperador el Almirante Jurien de la Gravière.

»Vea usted á tres generales ilustres: dos de ellos aspira al bastón de mariscal; pero si mi buen ojo no me engaña, ambos tendrán que pasar el Océano para encontrar el palillo ese; el otro que ya logró la satisfacción de ser nombrado por Barancourt en la crónica de las guerras de Italia, es todavía joven; pero no dudo que alcance fama igual á los mayores. Llámase Félix Douay, y sus compañeros, Bazaine y Forey, han ilustrado sus nombres en Africa y en Crimea...

»Permítame usted ponerme á los pies de aquella dama; es la esposa de Bazaine, y dicen si tiene ó no tiene que ver con algún oficial joven, dejando á la sombra á su valeroso marido.

»Viene allí la princesa Bauffremont, por su casa Valentina Chimay... ¿Dice usted que no es guapa? Claro que no lo puede ser nadie con esas facciones tan acentuádas, con ese andar tan poco airoso y con esos hombros desiguales; mas ¡qué encanto tiene su conversación, qué gracia su persona, qué modestia sus actitudes, qué arte posee para ganarse las gentes á su favor y qué garabato para atraerse las voluntades! El príncipe de Bauffremont es un buen hombre, aunque rudo y falto de cul-

tura; pero ya la señora princesa tiene quién le substituya: es aquel simpático jovenzuelo, de inmensos ojos negros; se llama el príncipe Jorge Bibesco, y es de origen valaco...

»En el hueco de aquella ventana veo á un muchacho de pelo blanquizco, delgaducho y desgarbado; de nombre le conoce usted, porque no hay escándalo parisiense en que no figure. Desciende de los férreos *stathouders* holandeses, de los temidos Oranges; pero el chico ha logrado hacer famoso otro nombre con que se le conoce en París: *le Prince Citron*... Hace pocas noches que S. A. el príncipe de Gales fué sorprendido en una aventurilla galante; como pudo, hizo que escapara la cómplice, y quedó él para sufrir las consecuencias; mas como resultara inconveniente que el nombre del heredero de una de las más grandes monarquías de Europa, se publicara en los diarios y se repitiera de boca en boca por la crónica, *le Prince Citron* prestó su mote popular para que figurara en el escándalo, llevándose así los honores sin disfrutar el provecho.

»He aquí á nuestro obispo Labastida, conversando con el señor general Almonte. ¿Qué dirían en México al saber que tan grave y santísimo prelado venía á estos salones á ver bailar mujeres bonitas? Se caerían muertos de espanto ó no darían crédito á lo que se les contara...» De repente alzó la voz: «He aquí á la fea-hermosa, á la

gentil, á la discretísima princesa de Metternich. Fíjese usted en sus tacones adornados con una multitud de piedras preciosas; repare en su peinado, lleno de plumas, flores y joyas; mire su escote exageradísimo, y por fin, note su atavío singular, todo del mejor gusto, y todo nuevo y desusado...»

¡Válame Dios, y cuántos más nombres dijo, y cuántos títulos mencionó y cuántas anécdotas, ficticias unas y verdaderas otras, trajo á cuento para darme á conocer su erudición en cosas del mundo! Así fueron pasando por su boca Ismail Bajá, el príncipe Demidoff, el príncipe Nariskine, Khailil Bey, el duque de Gramont Caderousse, Daniel Wilson, Lord Seymour, el marqués de Caux, el banquero Meris, y quién sabe cuantos más así de ilustres y conocidos!

A las doce en punto se retiraron SS. MM. y yo determiné salir poco después. No recuerdo cómo bajé la monumental escalera, no recuerdo cómo abandoné el salón y no recuerdo nada. Sólo guardo memoria de dos sensaciones; una de frío al ver á los lacayos que se entretenían bebiendo vino caliente al amor de la estufa, esperando salieran sus amos, y otra de desconsuelo al meterme dentro del cochecillo de *rémise* que había alquilado para ir á la fiesta...

Y esto es todo, pensé. Me ha acontecido algo semejante á lo que acaeció al palurdo del cuento oriental, á quien



hicieron creer por un rato que era sultán comendador de los creyentes, rey del mundo, para echarle luego al frío y á la nieve, á comer la bazofia que había devorado toda su vida. ¡ Qué desconsuelo!...

Al llegar á mi cuarto del hotel, que me pareció desnudo y frío como una cueva de salvajes, sentí que me perseguía aquella orquesta de violines húngaros dirigida por un mozo moreno, de barba y ojos negros; sentí que aquellas cien mil luces, colocadas en arañas enormes, me quemaban las celdillas del cerebro, andando de aquí para

allá; y sentí, en fin, rumor de voces, galanteos, melosidades, el ruido de los pies al deslizarse en la alfombra y algo como el murmullo de una colmena de efervescencia...

Me dormí, y á poco desperté asustada; me conturbaban dos visiones que en el primer momento no me habían llamado la atención: una era la del Emperador en un sillón, cerca de la Emperatriz y rodeado de la corte. S. M. parecía una gran ave acuática trepada sobre una rama, y cuando pasaba yo á su vera me miraba y se sonreía. En una ocasión le oí decir: *mexicaine;* en otra *Jecker*, y en otra, *belle mexicaine.* ¿Acaso S. M. se dignaría reparar en mí? ¿Acaso diría lo que yo me figuro y no cosa distinta, que yo arreglé á mi manera, porque las palabras como que se enredan y confunden entre los pelos del bigotazo del grande hombre?

Otra visión, pero esa me da miedo, es la de un hombre bajo y gordo que siempre que yo pasaba, me veía con dos ojos que parecían un par de carbones encendidos. Pregunté á Hidalgo por él, y me respondió:

—Es el famoso Monseñor Bauer, prelado doméstico de S. S. y obispo *in partibus* de Germanicópolis, Dioscópolis ó no sé qué *cópolis.* Le recomendó á la Emperatriz S. M. doña Isabel II y ha caído de pie en la corte. La predicación de la cuaresma en las Tullerías, el año próximo, no hay quien se la quite á ese santo Obispo... Viera usted qué unción, qué gravedad, qué inteligencia, qué energía

para el púlpito... Un varón justo, señora; un Crisóstomo, un Bossuet, un Massillon, con nada menos le comparo.

Sin embargo, cuando el prelado se acercó á nosotros, sonriente, dulce, llena la boca de frases ingeniosas y el cuerpo de inclinaciones cortesanas, perdí el miedo que le había tenido; pero me convencí también de que no era Monsignor Bauer el varón lleno del espíritu de Dios que me había pintado Pepe. Parecía un abate del siglo XVIII, uno de esos semiseglares, semieclesiásticos que se pasaban la vida diciendo piropos á las marquesas con lunares de tafetán en las mejillas; la sotana le venía tan estrecha que parecía iba á reventar con el impulso más leve; el solideo era pequeño y coquetón; las medias tenían calados muy finos y las chinelas llevaban una enorme hebilla de oro que se movía al compás del piececillo cuco y chiquitín.

El obispillo me llenó de piropos é insistió en que me parezco extraordinariamente á la Emperatriz. Sería una hipócrita si dijera que no me gusta oir cosas agradables; pero la verdad es que el sentir que me cumplimenta y agasaja un cura, me parece tan raro como si me hicieran el amor un toro ó un caballo...

Al día siguiente. Quien busque aquí orden y compostura, que no siga leyendo. Escribo nada más que para disciplinarme un poco y por ver si puedo entrar en caja,

pues mis nervios se hallan en una tensión tal, que se podría tocar en ellos el *Carnaval de Venecia.* ¡Dios mío! ¿será verdad que me ha tocado tamaña suerte? ¿Por qué este hombre, que tiene á su disposicicón á las mujeres más bellas de Francia, se ha fijado en mí, venida de climas tan distantes? Dicen que es tan voluble, que es tan variable, que no ha habido mujer ninguna que consiga fijarle, pues de todas se hastía y se desencanta á poco que ceden á su mandato. Quizá eso dependa de que no se ha encontrado con una mujer suficientemente hábil y hermosa que juegue con él al *desdén con el desdén* y que hoy concediendo, mañana negando, humanizándose en este momento y enfurruñándose al momento inmediato, le tenga constantemente cogido del ronzal...

¡Los hombres! Los hombres, dígase lo que se quiera, á pesar de toda su destreza, son unos niños, y éste debe de ser más niño que todos, supuesto que ha logrado cogerle y sujetarle su mujer, que en verdad no tiene la real cabeza rellena de fósforo...

Pero nadie me va á entender si continúo así. Voy á recoger velas y á poner un poco de orden en mi relación. Es, pues, de saberse que hoy por la mañana preguntó por mí con suma insistencia un caballero viejo, respetable y bien trajeado. Luego que pude recibirle le hicieron pasar á mi cuarto, y allí, después de muchos circunloquios, me dió un recado que llevaba: partici-

parme que una alta personalidad deseaba verme de ocultis en mi alojamiento.

—Debo advertir á usted, señora, dijo el simpático viejo, que se trata de un sujeto que por su elevadísima posición desea conservar el más riguroso incógnito, pues temería comprometer su nombre caso de que se supiera que visitaba á personas privadas en su habitación, sin que mediaran algunas formalidas enteramente precisas.

—Sin embargo, repliqué, no podría recibir á la persona que envía á usted, sin saber de quién se trata y qué es lo que desea.

—En cuanto á lo primero, contestó el otro, nada puedo decir á usted, pues me hicieron formal prohibición de que lo revelara; en cuanto á lo otro, me figuro que se tratará de obtener de usted algunas noticias acerca de esos negocios mexicanos que usted conoce tan bien.

—En ese caso estoy conforme y aguardo al misterioso personaje.

—Pero para que el misterio sea completo, exige el encubierto visitante que se le permita llegar á las diez de la noche y que estén apagadas todas las luces del cuarto.

—Así se hará, contesté sonriendo en señal de inteligencia.

El corazón quería escapárseme del pecho cuando salió el viejo. ¿Quién era él? ¿Quién le mandaba? ¿Qué deseaban de mí uno y otro?

En cuanto al emisario no podía caberme duda ninguna: era el conde de B., agente secreto del Emperador y encargado de cuidar el *Parc-aux-cerfs* que tiene S. M. á la manera de Luis XV. Reconocí al conde por habérmelo mostrado Hidalgo la noche del gran baile, y sabía de sus funciones porque tenían casi el carácter de oficiales.

Es claro que quien deseaba verme no era otro que el Emperador, pues me consta el interés con que me miró y lo que dijo de mí. Eso nada tiene de raro, pues sabido es que S. M. gusta mucho de las extranjeras, y que no llega ninguna á su corte sin que él le arroje su real pañuelo en muestra de benevolencia. Pensar que quiera interrogarme sobre asuntos mexicanos, es pensar en lo excusado, pues sobran gentes que le den informes amplísimos sin ocurrir á mí; y luego, para tomar lenguas de lo que acontece en México no hay que pedir citas nocturnas en lugares recatados, pues bastaría hacerme llamar para que yo ocurriera sin demora al Palacio Imperial.

Se trata, pues, de una cita amorosa que Napoleón III me pide; pero ¿he de concederla? Mi condición de viuda que no debe á nadie cuenta de sus acciones, me permite meditar sobre el caso con absoluta independencia; la resolución que tome será tanto más libre y por consecuencia tanto más meritoria cuanto más se deba á mi sola deliberación...

Querer, lo que se llama querer de amor á alguien, nunca lo he tenido. Me casaron casi niña con un hombre sencillo, bondadoso, sin vuelos y sin arranques. Le estimé, tuve por él la buena voluntad y el afecto reposado y sincero que engendran el trato y la convivencia; pero cariño hondo, volcánico, de ese que hace el gasto en las novelas y dramas, hay que decirlo, no lo tuve nunca por el pobre Pedro, que de Dios haya; amén de que no era para inspirar un afecto á lo Isabel de Segura aquel muchacho candorosote, buenazo, sin un átomo de malicia en el corazón, ni un átomo de sal en la mollera: no cometo, pues, ninguna traición ni me expongo á que se me aparezca reclamándome su amor el pobrecito helvecio que nunca entendió una tilde de conflictos pasionales.

Mi familia podría ofenderse si supiera que era la concubina de un monarca; pero amén de que mi familia se ocupa tanto en mí como en la primer camisa que se puso el primer ascendiente nuestro, no creo que tuviera mucho que reclamar de lo que un puritano llamaría mi envilecimiento; y tal podría suceder, que andando el tiempo fuera yo el apoyo y el sostén de los mismos que me nieguen ó me denigren.

Y luego, que desde que veo de cerca á estos nobles de veras, siento que la nobleza mexicana cuenta muy poco en el registro de la nobleza auténtica; mas aunque así no sea, ¿acaso todas las favoritas que en el mundo han sido,

eran algunas infelices labradoras, que no tuvieran ni cara en que persignarse? Por el contrario, todas ó muchas de ellas han pertenecido á grandes familias que no han deslustrado sus cuarteles porque alguna mujer de entre ellas haya poseído más gracia ó habilidad que las otras.

Resulta, pues, que ni la memoria del muerto ni las vanidades de los vivos pueden ofenderse; queda sólo por arreglar la manera de que el Emperador no se aleje de mí como de tantas desgraciadas que le sirven de pasatiempo por un día y á veces por un momento. Para fijar á los hombres son necesarios un sabio ten con ten, y una noble esquivez que se compadezca con las prudentes concesiones: hay que ser discreta con el discreto, zafia con el ignorante, ardorosa con el brutal, mogigata con el devoto, miserable con el roñoso, pudibunda con el hipócrita, derrochadora con el manirroto y, en suma, fina en amores, corta en razonamientos, capaz de olvidar las ofensas, hábil para prevenirlas y tan dueña de sí que se pueda tener siempre libre el ánimo y desembarazada la voluntad.

Yo no daré por quito al Emperador al recibir la consabida cartera con diez mil francos; yo le exigiré que me ampare, que me ayude, que ponga á mi disposición su poder, como yo dejo mi honra á su albedrío. Mi herencia, mi gran herencia, que necesito ganar por todos los medios lícitos, debe venir muy pronto á mi poder, pues de otro

modo me expongo á llegar á vieja sin haber gozado lo que me corresponde. La reclamación de Jecker contra el gobierno, tiene que constituir en parte mi hacienda. ¿Qué trabajo puede costar á S. M. disponer á los tribunales mexicanos que fallen en unos cuantos días y sin las moratorias que acostumbran, ese asunto en que va de por medio mi bienestar y el cumplimiento de la justicia más rudimentaria?

Y ¡quién sabe! Casos se han visto de mujeres que tienen privanza perpetua con los reyes y que sólo con la muerte dejan el favor. Madame de Maintenon con Luis XIV, Madame de Pompadour con Luis XV, Luisa de Keroualle con Carlos II de Inglaterra y otras muchas con diversos monarcas, han sabido constituirse en instituciones, en centros de influencia de donde han salido pensiones dádivas, empleos, gracias y hasta guerras y paces... Yo me siento con el alma hecha como las de esas mujeres; yo me siento capaz de formar un partido que se oponga al famoso partido de la Emperatriz y lo combata y los destruya... Porque la verdad es que no soy tonta, y como guapa, soy guapa... La buena vida, el vestir bien y el comer mejor me han vuelto la hermosura que había perdido en aquel abominable tabuco en que vivía en México; y como al mismo tiempo me he instruído y afinado con la estancia en París y con el trato con gentes de mi condición, estoy para dar antojos á cualquiera.

Claro me lo cuentan las miradas que me dirigen todos mis conocidos y valedores, y más claro me lo cuentan esos requiebros callejeros que suelo oir de boca de los desocupados. En fin, que estoy guapísima. . . . .
. . . .

Otro día.—¡Qué vergüenza, qué horror, qué oprobio! No sé cómo puedo contar eso, ni como no caí fulminada al saber que mis ilusiones reposaban en cimientos de aire.

A la hora que se había anunciado llegó el incógnito visitante. Tenía la misma apostura que el Emperador sus piernas cortas, su abdomen saliente, su faz un poco más ancha que larga; me saludó con exquisita cortesía, aunque sin descubrirse completamente el rostro. Al entrar al cuarto, que estaba á obscuras, conforme á lo convenido, dejó el abrigo y echándose á mis pies comenzó á decirme cosas tiernas al mismo tiempo que me besaba las manos con ardor.

Sire, le dije; no os ocultéis más, no tratéis de disimular vuestra calidad y vuestro nombre; soy discreta y sabré callarme acerca del honor que me hacéis... Mas comprended que eso que me decís no lo debo escuchar; soy una señora, pertenezco á una familia noble y no está bien que oiga estas cosas... ¿Por qué, sire, vos que sois la nobleza y la sinceridad en persona, ponéis á una mujer honrada en estos conflictos...? Me pedís una cita para

tratar negocios políticos, os la otorgo, y al venir aquí cambiáis de propósito, ó mejor disimuláis el que traíais... Sire, sire, compadecedme, sed generoso conmigo, le dije temblando como la hoja en el árbol.

Noté que á medida que hablaba, el galán no insistía en sus demostraciones, y creyendo haber ido demasiado lejos, indiqué á media voz:

— Sentaos, sire, que bien podemos hablar con más reposo. Eso que llamáis vuestra pasión, bien puede tratarse frente á frente y ante una luz... Os repito que soy discreta y que nada tenéis que temer de mí.

Cuando iba á dar vuelta á la llave del gas, el desconocido me cogió por la mano, y me dijo con voz en que estaba embebida una gran cólera:

— Señora, según parece me confundís con S. M. el Emperador, y no sé de qué provenga tal equivocación. Ni el sujeto que á mi nombre os habló, ni yo mismo hemos tratado de haceros creer que fuera esa altísima persona quien os citara. Estáis en un error, y aunque podría muy bien prevalerme y aprovecharme de él, yo quiero que lo que me concedáis sea acordado no en nombre de otro, sino en el mío propio...

— ¿Pues quién sois? grité emocionada.

— Soy *Monsignor Bauer*...

— ¿El obispo, el predicador?...

— El mismo.



Y los criados, el patrón del hotel y la muchedumbre...

—¡Pues sois un impostor, un farsante, un granuja, un mal hombre!... Salid en seguida.

Como yo alzara la voz, el *Monsignor* comprendió que iba á pasarla muy mal y trató de callarme, suplicándome con toda suerte de encarecimientos. Yo tomé sus extremos por amenazas y sin esperar á mas empecé á tirar del cordón de la campanilla, tocando á rebato y poniendo en alarma á toda la casa.

Más tardé en repicar que en oir que tocaban la puerta del cuarto por defuera: eran los mozos de servicio que quizás pensaban se había pegado fuego á la construcción.

—Sí, algo se me ofrece, dije irritada: que se ponga en la puerta de la calle á este malhechor que se ha introducido á mi cuarto sin permiso...

Y los criados, el patrón del hotel y la muchedumbre que se reunió luego, pudo ver al *Monsignor* con su alzacuello morado, su solideo y su jeta pelada salir como perro ladrón, explicándose en un idioma franco y con una lengua estrapajosa que daban compasión.

Hoy apareció en uno de esos diarios de escándalo que combaten el Imperio un párrafo que reza así en la parte esencial:

«No decimos el país á que pertenece la heroína, porque equivaldría á revelar el nombre de ésta; sólo diremos que procede de una nación que se halla en dificultades con Francia por asuntos pecuniarios.

El es un tipo exótico, sin nacionalidad, sin profesión definida y probablemente sin el título de obispo con que se engalana. Nacido y criado en el judaísmo, ha sido sucesivamente pintor, agente, viajero y fraile. Luego que se convirtió al catolicismo, abrazó el estado eclesiástico y empezó á predicar en la mayor parte de las grandes ciudades, como Viena, Madrid y Roma. Aquí es conocido más que por sus sermones, por la boga que ha adquirido entre las damas. A su celda del convento de los Carmelitas afluyen todas las almas angustiadas, todos los corazones traspasados, todos los seres que han sufrido por las asechanzas del mundo, y allí son admitidos bajo la sola condición de que lleven faldas. El abate no ha sido suficientemente hábil para sortear los obstáculos, ó siéndolo, ha tenido á gala el retarlos frente á frente, y por eso se ha metido en intrigas verdaderamente deshonrosas. Según parece le cautivó la dama á que al principio nos referimos, le pidió una cita presentándose como si fuera una elevadísima personalidad que deseara tratar de asuntos públicos con ella, y á la hora que la señora había señalado se presentó en el hotel de Bélgica y Holanda, donde pasaron los sucesos.

Desconocido al principio, pronto fué identificado, expulsándosele del hotel mientras se tranquilizaba á la señora...»

No dudo de que todo se descubra con esas señas y de

que mis amigos me abrumen á preguntas; pero poco tiempo tendrán para ello; me marcho muy pronto y pasaré en el mar ó en mi tierra los últimos días de este año, tan fecundo en acontecimientos memorables. Jecker partió en el último paquete, el almirante Jurien también



saldrá á mediados de este mes, y muy pronto Veracruz estará en poder de la armada francesa. Es tiempo de restituirme á la patria.

Ya empecé á hacer mis visitas, ya dije adiós á mis viejos amigos y á mis amigos nuevos, y sólo me falta

despedirme de mi afición más honda: de París, al que no desespero de volver en días mejores, cuando haya rescatado mis bienes y pueda gozar de todo lo que ofrece la maravillosa ciudad á los que tienen dinero y saben gastarlo.





TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

En la Habana

DICIEMBRE de 1861. Estoy aquí desde el día de Nochebuena, pero me encuentro como si me hubieran metido en un pozo: careciendo de noticias y sin saber si acontece algo por México. A la hora de esta, la capital debe de hallarse en poder de los españoles, que están en el país desde principios del mes pasado, y es seguro que poco quedará que hacer á las fuerzas coligadas, que salen mañana para Veracruz. En cuanto á los emigrados, puedo dar algunas noticias, pues todas ellas valen la pena. Junta ó sucesivamente han ido llegando el padre Miranda, á quien Gutiérrez Estrada señala como director de la parte política de la expedición; Haro y Tamariz, el general Miramón y el general

Santa Anna, que dejó su retiro de San Thomas para darse el gustazo de desear éxito á los que vamos rumbo á México.

Almonte, Hidalgo y Gutiérrez Estrada, deben de estar á la hora de esta en Miramar, á donde fueron á solicitar la venia de Maximiliano para partirse á estas regiones y para arreglar la casa á fin de que se reciba dignamente á la futura Majestad. Pamuceno ha tenido otra labor: emprender viajecitos á Madrid para preparar un discurso sonadísimo que ha de decir en las Cortes el cojito Pacheco, ex embajador de S. M. C., que salió de México á espetaperros, expulsado por Juárez y su gente... ¡A ver qué sale de esos privilegiados caletres! Gutiérrez se aprovechará de la vecindad de Froshdorff á Viena, para lograr que Monseñor el duque de Chambord arrime el ascua á nuestra sardina.

Ayer me encontré con Miramón, que desde luego me reconoció y vino á hablarme con suma cordialidad. El hombre tiene la cabeza convertida en una olla de grillos y no sabe qué hacer, ni á qué partido inclinarse, pues todos le parecen detestables.

— He estado, me decía, en Madrid, en Nueva York, en París, en todas partes, y todavía no hallo mi camino. En España me trataron con suma amabilidad; nada menos la Reina me recibió con gran benevolencia y me inclinó á unirme á los que se aprestan á defender en México los inte-

reses de la sociedad. El Emperador Napoleón me alentó para que emprendiera la campaña con sus tropas... Pero no sé qué hay en mí que me dice que no debo hacer eso, que no debo cooperar á que mi patria quede para siempre sujeta á poderes extraños.

—Mas no puede usted, señor General, abrigar ese escrúpulo; demasiado sabe usted que la primera cláusula de los convenios de Londres, consiste en que no tratarán las potencias de acrecentar sus territorios, ni de imponer á México forma determinada de gobierno: el principio de la nacionalidad está salvado.

—¡Ay, amiga mía! repuso Miramón, torciendo el gesto, como si le acercaran á las narices algo inmundo. ¡Cuán tonto será el que no vea por tela de cedazo! Esa cláusula y todas las demás cláusulas de que le hablen, no son más que agua de cerrajas, polvo que nos arrojan á los ojos para cegarnos y que no veamos la que se prepara; puede usted estar segura de que México caerá para no levantarse, ó que ha de costar mucho trabajo ponerle nuevamente en franquía. ¡Estamos perdidos, enteramente perdidos; perdidos sin remedio!

—Pues si eso cree usted, General, contesté violentamente, no le queda otro remedio que ofrecer su espada á Juárez y á los demócratas, conforme nos lo decía en París.

—Así lo haría, dijo con desconsuelo, tirándose los

pelos de la barba; mas ¿voy á combatir yo, soldado decente y hombre honrado, cerca de Carbajal y de Pueblita? Y luego, debe saber usted que se acaba de expedir en México un decreto de amnistía perdonando á todos los que hayan tomado parte en la guerra pasada, exceptuándose sólo á mí y á unos cuantos jefes. Todavía, figurándome que pudiera haber alguna lenidad si se tomaban en cuenta mis buenos propósitos, encargué á don Luis Maneyro, cónsul mexicano en Burdeos, que investigara el parecer de Juárez. La respuesta fué contraria á mis intenciones, y no me queda más que formar con mis viejos amigos, con mis compañeros de luchas pasadas, un tercer partido que batalle con tesón por salvar á la patria.

— U ofrecer sus servicios á los extranjeros si cumplen lo que ofrecen.

— No lo cumplirán, exclamó Miguel con vehemencia: conozco demasiado á los españoles y sé la que traman. En fin, dijo después de un buen espacio en que pareció realizar una rápida introinspección, el tiempo dirá; Dios dirá.

Cuando la conversación tomaba un cariz lúgubre llegó don Antonio de Haro, el gran conspirador que está aquí por ver si pesca algo á río revuelto.

— Miguel, dijo ufano, ¿qué hablas con la señora? No parece sino que recitas un parlamento del último drama terrorífico representado en la Porte Saint-Martin.

Le dijimos lo que charlábamos, y él, con muy buena sombra, habló de esta manera:

—¡Vive Dios, Miguel, que estás en lo justo! Mientras no tuvimos más que nuestras disputas intestinas, todo marchó bien: unas veces unos, y otros otras veces, entrá-



Las ranas pidiendo rey. (Copia de una caricatura de la época)

bamos por turno casi pacífico á disfrutar de la breva gubernamental; en adelante no podrá ser lo mismo, porque tendremos, como en los cuentos de niños, una mano que nos golpee á la hora que pretendamos coger las tetas de la *res-pública,* diciéndonos: *tate, que es para mi señor el príncipe...* Nos pasará lo que á aquella señora á quien su marido invitaba á tomar pollos y que luego,

con un gran palo en la mano, la conminaba gritándole: *¡Cuidado si los catas!*

El caso de México estaba previsto en aquella fábula que el Arcipreste de Hita imitó de Esopo, Pilpay ó no sé qué fabulista:

Las ranas cantaban y jugaban en un lago, cuando, aconsejadas sin duda por el diablo, pidieron á don Júpiter un rey. Envióles el padre de los dioses una viga de lagar, algo así como un Arista ó un Herrera... Las muy pícaras empezaron á hacer burla del poste, y considerándose deshonradas solicitaron otro monarca. Júpiter les mandó una cigüeña (un Santa Anna, un Comonfort, un Miramón ó un Juárez) que se comía á las ranas de dos en dos... No te ofendas, que yo fuí de las ranas que se rieron del madero y solicitaron la *cigüenna mancilera;* pero ahora ya no se trata de cigüeñas, sino de culebrones que nos van á dejar sin cara en que persignarnos. El fabulista nos regaña por anticipado:

Quien tiene lo quel cumple, con ello sea pagado,
Quien puede ser suyo, non sea enajenado;
El que non toviere premio, non quiera ser premiado,
Libertad é soltura non es por oro comprado.

. . . .

Diciembre 25. Al fin ha habido noticia de la expedición española: el general Rubalcaba, ó Rubalcoaba, como



D. Juan Prim

le dicen los franceses, llegó á Veracruz y está ya en posesión del puerto, que le abandonaron las autoridades mexicanas. Ha circulado por aquí un papelucho que llaman la *Crónica del ejército expedicionario*, redactado por un imbécil llamado Hiraldes de Acosta. Es la noticia circunstanciada que da de todas las operaciones del general Gasset: si escribiera ese farraguillo el barón de Munchaussen, en complicidad con Don Quijote de la Mancha y asesorado por Manolito Gázquez, no resultaría tan cómico ni tan *bombástico*. Llave, según parece, se retiró llevándose las piezas de artillería y las municiones, y dejando en poder de los ocupantes el fuerte y el castillo de San Juan de Ulúa. No ha sido menester más para que cante la Crónica en todos los tonos que van á reverdecer los laureles de Pavía y de Lepanto, que Cerinola y la Alpujarra no están distantes, y que Otumba se halla, como quien dice, á la mano.

Ayer llegó Prim y fuí á saludarle enseguida, lo mismo que á la excelente Paquita, su mujer. Recibieron á Juan gritos de *¡Viva el Virrey de México!*, *¡Viva el nuevo Hernán Cortés!* Porque en estos días el bueno de don Hernando ha hecho el gasto y lo mismo se le recuerda trayendo á cuento que de aquí partió la armada que conquistó á México, que se le saca en proclamas y articulillos líricos que deben de poner de humor negro á mis paisanos y con carne de gallina á los españoles.

Lo gracioso es que ahora disculpan éstos su apresuramiento asegurando que no sabían que se hubiera firmado la convención de Londres, y que no recibieron aviso oportuno de suspender la salida. ¡Y sin embargo el jefe de la flota toma posesión del fuerte á nombre de España, Francia é Inglaterra, á fin de que obtengan las tres naciones la satisfacción de sus agravios, cuando no sabe siquiera que haya tal alianza! ¡Qué poder de adivinación!

Ello es que los españoles han ido por ahora á servir de cabeza de turco y á atraerse la animadversión que correspondía á todos los intervencionistas. La noticia de la toma de Veracruz llegó á la Habana en ocasión que el Conde y la Condesa de Reus se sentaban á la mesa de los Condes de San Antonio, capitanes generales de la Isla. Allí fué el brindar por la nación española, y por el ejército español, y por los triunfos de los españoles en América, Europa, Asia y Africa; y allí el hacer cuenta de los años felices que tenían que venir y de las glorias que reservaba el ignoto porvenir, y allí el llamar héroes y semidioses á Gasset y compañeros mártires. Atrasadilla debe de andar de proezas guerreras la madre patria, cuando se entusiasma por tan poca cosa.

2 de Enero de 1862. Hoy salió la expedición combinada de franceses, españoles é ingleses. Fué espectáculo

bellísimo y que habría enamorado á cualquier artista. La hora, que era la de las dos de la tarde; el tiempo, que estaba en perfecta calma; el cielo azul, la mar dormida, el ambiente cálido, los gallardetes balanceándose con el movimiento de los barcos y éstos ates-



tados de marineros regocijados lanzando al aire gozosos vivas desde lo alto de las vergas, daban no sé qué nuevo aspecto á aquella rada bulliciosa, tan concurrida de ordinario.

Acudimos al muelle casi todos los mexicanos que vivimos en el puerto y nos quedamos extáticos con las noticias que se nos dieron: los ingleses no llevan tropas de desembarco, los franceses llevan unas cuantas mulas, poquísimos caballos y ni un solo carro; los españoles,

que son los mejor pertrechados, no conducen los bagajes que han menester.

Las tropas consisten en cosa de tres mil franceses, setecientos ingleses y cinco mil españoles, que ya están en Veracruz.

Parece mentira que con tan menguados elementos se propongan estas gentes llegar á México y establecer su dominación en país tan grande y lleno de obstáculos. Por eso encontré de una maravillosa exactitud la frase del viejo dictador Santa Anna, que á la hora de la salida de los buques, se balanceaba en la playa con su pierna de palo,su sombrero de jipijapa y su chaqueta de dril blanco:

— ¡Pero estas gentes se figuran que en México se pelea todavía con arco, flechas y macana!

Tiene razón el desterrado de San Thomas. Mientras más deseosos estemos de que la expedición obtenga buen éxito, más debemos procurar que posea las condiciones de solidez y seriedad que puedan hacerla viable. Parece que los comisarios ignoran que van á pelear contra un pueblo esencialmente levantisco y que tiene la guerra como su principal ocupación. Pero en fin, que una pobre mujer trate de dar consejos sobre asuntos de milicia á los generales, es cosa disparatada y que no se debe tomar en cuenta.

Sin fecha. Empiezan á llegar las crónicas de las últimas sesiones celebradas en el Senado español. El

embajador Pacheco ha consumido no sé cuántos turnos en decir perrerías de México y de los liberales, y la verdad es que no puede ser más ridícula su obra. Y no es que yo quiera mucho ni poco de los demagogos ó *liberalistas,* como dice el señor Pacheco; quizás les aborrezca más que S. S.; pero precisamente por eso deseo que se les tire á muerte, á la tetilla izquierda y no se les hostilice con alfilerazos.

Los cargos que hace el señor Pacheco á la República son estos: que sean zambos, mulatos y mestizos los *liberalistas,* mientras que los que les combaten sean gente fina, bien criada y blanca como el señor Pacheco. ¡Quién sabe quién le daría esas noticias á don Joaquín Francisco, pues las opiniones allá no están vinculadas á los colores!

Si los demagogos tienen un Juárez, indio puro, los conservadores cuentan con un Almonte, indio purísimo; y no sé que procedan ó hayan procedido del Zambesee, ó del Mozambique, Degollado, Doblado, Prieto, Iglesias, los Lerdos, Porfirio Díaz, los Ampudias, Comonfort, González Ortega, Calderón, Aramberri, Zuazua, Valle, Ocampo y todos los caudillos de la llamada Reforma. Precisamente fueron gran parte para el triunfo de Juárez los *tagarnos* del Norte, que nada tienen de mestizo y mucho menos de negro, pues son de pura sangre española.

Otro cargo consiste en que los liberales han cambiado

el nombre de México por el de *Estados Unidos Mexicanos.*

Otro, en que Juárez sea general, cosa descubierta por el señor Embajador, y prohibida conforme al protocolo que para su uso particular guarda S. E.

En cambio, el señor Pacheco vive regocijado porque sus libros están de texto en la Universidad de México.

Porque los léperos le saludaban en la calle.

Porque los empecatados liberales le llamaban grande y sapientísimo varón.

Porque le dieron un voto de gracias, cuatrocientos españoles que en junto valían más de doscientos millones de pesos.

Y porque un día, viajando por no sé qué país abrupto, descubrió una choza hecha con rastrojo y vió salir de ella á *un indio de barba como la nieve y arrugadito como una pasa,* que le dijo en castellano del siglo XVII: «Entra, hidalgo, entra á mi bohío, que ya sé eres quien se sienta al lado de la Reina, mi señora, y toma parte en sus consejos.» ¿Verdad que ni García del Castañar diría cosas tan discretas y bien parladas?

A los conservadores les ha sabido á rejalgar el discursito, y algunos, exceptuándose Miramón y Santa Anna, le han censurado con suma acritud. El padre Miranda me decía ayer: «Pacheco es un farsante. Bien nos deja diciendo que los demagogos son pocos, tontos, feos é ignorantes. Si gentes así nos vencen, ¿qué diablos seremos

nosotros?... Este Embajador de Satanás ha sido todo y ha estado en todos los partidos: fué demagogo, y en Córdova conspiró por el socialismo y la anarquía; fué cristino, y trató de obtener que la mujer de don Fernando Muñoz siguiera con la tutela de la Reina; fué carlista, y no hubo paso que no diera para eternizar la guerra civil; aduló á la libertad plebeya é inocentona del duque de la Victoria y al espadón de Narváez; trató de mediar en la cuestión de los alcaldes y propuso el medio diezmo, que hizo reir á media España... En fin, lea usted sus folletos, sus libros, sus artículos de periódico y hasta sus versos, y verá que no sostiene dos días seguidos una misma idea, que no alaba dos semanas á una misma persona, que no pertenece dos meses á un partido... Es un menguado y un pobre de espíritu. En México no tuvo popularidad más que en casa de Matías, el del callejón de la Olla.»

22 de Enero. Mañana salimos para Veracruz, Miguel Miramón, su hermano Joaquín y yo. Nos embarcamos en el *Avón* y rogamos á Dios nos deje llegar á feliz puerto.





CAPITULO II

La tripartita

Enero 27. ¡Qué triste es la vuelta á la patria, cuando la patria se anuncia tan mezquina y pobremente como aquí en Veracruz! Arrecifes á flor de agua; el gigantesco castillo de Ulúa en la imperfectísima rada, y en el puerto casas bajas, ennegrecidas por el aire salino del mar, iglesias viejas y pobres; calles rectas y solas; los zopilotes, animales sagrados, mirando filosófica y pacientemente, desde lo alto de las cúpulas, el ir y venir de gentes y caballos que se han de convertir al cabo en podredumbre susceptible de devorarse; é interrumpiendo tanta tristeza y tanta monotonía, cafés llenos de calzones y feces rojos, portales y hoteles en que se trata y se contrata, y casas de juego que dejan salir, como discreto y velado, el tintineo del oro y las

voces de los puntos gananciosos. Parece Veracruz una doncella agotada por la fiebre y que sólo guarda un par



de ojos bellísimos como recuerdo de sus pasados esplendores.

Más allá, están los médanos áridos, los pantanos que guardan los gérmenes del vómito negro, las barrancas profundas desde cuyas abiertas fauces se miran correr hilillos de agua que fecundan las al parecer minúsculas vegetaciones, y que son en realidad enormes y

repuestos bosques de árboles centenarios; y cerrando el paisaje el gigantesco pico de Orizaba, como sañudo y severo centinela de estas soledades.

Antes de desembarcar tuvimos un percance que á todos nos hizo abrigar pocas esperanzas sobre el posible auge de los conservadores. Miramón, que había venido desde la Habana, confiado en la promesa terminante del general Prim y en la tolerancia benévola del almirante Jurien, fué aprehendido y llevado al *Challenger,* buque inglés, en el momento que se proponía venir á tierra. Fué en vano que protestara el pobre Joaquín, fué en vano que se interpusieran los comisarios de las otras potencias; sir Charles Wyke se mantuvo inexorable, y para no dar el escándalo de una disidencia, y quizás de la ruptura de la alianza, hubo que acceder á todo. Y ahora se va á ver una cosa curiosa y que no será la menor de las rarezas de este tiempo en que pasa tanto, que no habría imaginado ni el chirumen endiablado de un novelista á lo Alejandro Dumas: se impide la entrada al país á quien robó los 600.000 pesos de la legación inglesa, y se pretende que los pague aquel contra quien se robaron esos dineros...

28 de Enero. Hoy visité á mi ilustre jefe el señor Saligny. Nadie puede figurarse el orgullo que ha adquirido y el ceremonial de que se ha rodeado el representante de Francia; conmigo, sin embargo, fué, si cabe, más

bondadoso y correcto que nunca. Se hallaba en mangas de camisa, con la cara sudorosa, pegados á la bóveda craneana los pocos cabellos que aun conserva, y el lente, el famoso lente con orla negra, que despide y recoge con un gesto particularísimo, viajando del rostro á la mano mientras se quitaba las gotas de sudor que se le adherían. S. E. tenía la lengua estropajosa, los ojos á medio cerrar, el tacto desviado, y el aliento un si es no es oloroso á alcohol de buena clase: acababa de levantarse de almorzar, y se preparaba para una conferencia con los otros diplomáticos.

—Bienvenida, señora, bienvenida; ya necesitaba un refuerzo para sostener la procedencia, la legalidad y la razón de la demanda de Jecker, que no sé quién demonios ha hecho creer que es un negocio sucio é indecente... Ello es que en el ejército se murmura contra nuestra combinación, y que no falta quien diga que se ha untado la mano á no sé quién para que patrocine el enjuague... Y usted sabe que nada hay más falso, dijo cerrando el ojo derecho con ese gesto que en México se acostumbra para poner de acuerdo á otro en algo con que se trata de engañar á un tercero... Pero viva usted confiada en que todo se arreglará y en que no habrá mucho que esperar para que tengamos en la mano lo que de derecho nos toca... ¿Recuerda usted que hace cuatro ó cinco meses le anunció que Francia intervendría en los

negocios de México? Pues aquí me tiene usted con cerca de tres mil hombres y diez buques, entre ellos uno, la *Foudre,* destinado á mi persona... ¿Qué, se figuraba usted que ya estaríamos en México? Tenía usted mucha razón: dadas las diferencias de organización, moralidad y táctica que tenemos con los mexicanos, los dos mil setecientos hombres bastaban y sobraban para haber tomado á México é instalado al archiduque Maximiliano en el Palacio de *Montezuma;* mas desgraciadamente estamos aquí en unión de estos gravedosos españoles y de estos estúpidos ingleses; y como unos no entienden de nada que no sea la caballerosidad de los galanes de don *López de la Vega, de Carpio* y *don Calderón* (sic) y los otros de nada que no se relacione con la venta de indianas y maquinaria y con el regalo de biblias, tenemos que arreglárnoslas para mandarles á paseo lo más pronto que se pueda... Prim quiere ser emperador de México. El periódico que le escribe un tal *Portillos,* antiguo secretario de Comonfort, dice ayer: (leyendo)... «Una palabra más para concluir. Hay nombres que son un programa é individuos que son el símbolo de una empresa; y la persona y el nombre del general Prim son el símbolo y el programa de esta expedición. México y el mundo le conocen y le admiran, y más de un corazón mexicano late con violencia al recuerdo de sus maravillosas hazañas.

Pues bien; este noble adalid, que Grecia y Roma habrían deificado, *que en la Edad media* (sacudiendo con furia el papel) *habría sido el fundador de una dinastía de reyes,* y que ha renovado en nuestra edad la terrible poesía de los cantares homéricos; este ardiente paladín que como capitán es el rayo de la guerra y de la gloria, como hombre de Estado es el amigo más leal de todas las reformas políticas que constituyen la felicidad de las naciones...» (Riéndose á carcajadas con la boca, los carrillos, los ojos, la frente, la calva, la panza, los brazos y las piernas y arrojando al suelo el periódico, hecho una pelota chiquitina)... ¡Dinastía de reyes! ¡Qué gracioso! Si la causa que alega para ser emperador de México es el estar casado con una mexicana rica, pronto me casar[é] yo con otra, orizabeña ella, muchísimo más rica que [su] mujer... y en ese caso también yo podré coronar[me] rey de México... Mas él sabe bien que eso no es posible y espera á ejercer la regencia en nombre del duque de Parma, á quien tratan de dar el país los españoles... En cuanto al inglés, es todavía más tonto. Cree poderse arreglar con los liberales, y nos hace política subterránea para dejarnos sin tajada. Allá él; pero lo cierto es que esas inocencias de la *pérfida Albión* nos van á permitir hacer nuestro gusto, dejándonos dueños del campo. Wyke y los otros, sin saberlo, se entienden conmigo... ¿Hay agudeza comparable con la mía? Dígalo usted con since-



D. Manuel Doblado

ridad; ¿puede parangonárseme alguno de estos infelices y cándidos *sires* que se decoran con el nombre de diplomáticos como podrían decorarse con el de arzobispos?... En México, grandes cosas: Juárez, que ha estado concediendo ó negando según le ha convenido, pretende ahora llamar á las armas á la gente liberal. Declara que rechazará la fuerza con la fuerza; que está dispuesto á satisfacer todas las reclamaciones justas, pero que nunca aceptará condiciones que ofendan la dignidad de la nación ó comprometan su independencia... Y termina diciendo que los aliados están resueltos á humillar á México, á ingerirse en su política y en su administración, y quizás á destruir su nacionalidad; por lo cual excita á los ciudadanos á que olviden sus cuestiones interiores y se agrupen á defender la patria, sin atacar por eso á los extranjeros pacíficos, que viven tranquilos bajo la protección de las benévolas leyes mexicanas... Charlatanería, astucia y necedad iguales sólo pueden verse en México.

Ahora, según me escriben, trata de nombrar su ministro universal, á Doblado, un indio *doblado* de jesuita, pues se cree neciamente en México que con el jesuitismo se puede darnos alcance á los diplomáticos de veras... Aquí no hay ejército, ni marina, ni política, ni administración, ni nada en fin... Uraga, que comió conmigo en días pasados, se comprometió á pasarse á

las filas de los intervencionistas si se le hacía mariscal de Francia... «Salvad la cuestión de forma, me decía á la hora de las expansiones, y todo se arreglará fácilmente. Juárez es el representante del país, y por amor propio queremos que sea respetado; Juárez sólo es un nombre; tras él gobernamos nosotros; Doblado y Echeverría están al frente de los negocios, y yo me haré cargo del Ministerio de la Guerra luego que ya no se necesite mi presencia en el Estado de Veracruz... No dude usted que nos entenderemos con las potencias, pero hay que ir poco á poco; dejando obrar al tiempo y observando las formas legales á todo se puede llegar: presidencia perpetua, imperio, monarquía, nada es imposible si me conceden ustedes espacio para conducir los asuntos y se aguardan un poco... Pero ya lo sabe usted, mi mariscalato, eso es condición *sine-qua-non.*»

Figúrese usted qué papel haría de mariscal de Francia un ignorantón que no sabe ni escribir con mediana ortografía, y que ha hecho lo que este ladrón y salvaje hizo con el barón de Humboldt. ¿No lo conoce usted? Se lo referiré, que vale la pena. Pues sabrá usted que el pobre barón tuvo siempre debilidad por México: había vaticinado que el nuevo vástago sería un chico de provecho, y aunque salió un tarambana sin substancia, el barón (cosas de los viejos) siguió anunciando que tenía excelentes prendas y que se corregiría. Santa Anna, ó no

sé cuál de los innumerables presidentes que ustedes han tenido, queriendo quitarse de encima al pobre Uraga, que le hacía sombra, determinó mandarle de ministro á Berlín. Humboldt se encantó con la noticia, y deseando servir de dragomán al nuevo ministro, le escribió ofreciéndole presentarle con el rey y ayudarle como intérprete. Uraga contestó de mala manera, rehusando los auxilios del oficioso viejecillo... Le había confundido con uno de tantos *cicerones* que asedian á los viajeros, pues no sólo no sabía que hubiera un barón de Humboldt de nombradía universal, sino que ignoraba que el tal Humboldt hubiera escrito un libro en que daba á conocer á México...

29 de Enero. Ya están aquí los comisionados que subieron á la capital á poner en manos de Juárez el ultimátum de los tres comisarios. Fueron, por España, el brigadier don Lorenzo Miláns del Bosch, el capitán de marina Tatham por los ingleses y el jefe del estado mayor Thomasset por las tropas imperiales. Tatham y Thomasset no hablan jota de español, así es que el brigadier gachupín pudo despacharse á su gusto.

No sé porqué Miláns hizo aquí amistad estrechísima con un sujeto á quien llaman Jorge de la Serna, y que, según dicen, tiene todo el gancho del mundo para hacerse de simpatías entre los más rehacios. Sabido es que

los costeños creen que el hueso de mico da fortuna en amores y prosperidad en negocios; y aquí sobra quien piense que el tal de la Serna, por industria de su *nana*, tiene inserto en un brazo una esquirla de hueso de mico, con lo cual no hay mujer que le resista, ni asunto que se le malogre, ni gente que no le ayude y favorezca en lo que el afortunado Serna desee. No sé cómo el jacarandoso don Jorge logró acercarse á Miláns del Bosch, que es un nuevo don Quijote por lo enjuto de carnes y aguileño de rostro y por la edad que frisa en los cincuenta años. Prevaliéndose de la patriotería y del jacobinismo del brigadier, el astuto comerciante logró indisponerlo con la idea de la expedición, para que su dictamen fuera favorable á los reformistas mexicanos: Según Serna, de lo que tratan los conservadores es de plantear un sistema de fanatismo y opresión que deje tamañito al de don Felipe II, tomando á los españoles como escalón para llegar á cumplir ese propósito avieso.

Los portadores del ultimátum no fueron obsequiados con oro, incienso y mirra; ni tuvieron el placer de que salieran á recibirles doncellas mexicanas bailando al son de crótalos y salterios; pero sí se presentaron aquí con un cargamento de dulces, tabacos, sillas de montar, calzoneras, sombreros jaranos, frenos, botonaduras y otras curiosidades mexicanas. Wagner, ministro prusiano, les dió un banquete; González Echeverría, un baile; el Gobierno, serenatas y días de campo.

Miláns, que es tan indiscreto y descosido como se verá por la obra, aprovechó la oportunidad para decir de los franceses cuanto tuvo á bien: «Son unos marranos, unos indecentes que no tienen valor, ni habilidad, ni conocimiento del país. Con estas barrancas, con estas serranías, con estas ciudades llenas de puntos defendibles, les sobra á ustedes



D. Lorenzo Miláns del Bosch

para acabar mil veces con los gabachos. Para ellos, todo lo que no sea la parada, y el uniforme brillante, y el lucir la persona, no es nada; necesitan muchas libras de pan, muchos litros de vino, muchos kilos de carne para vivir, y no tienen de dónde sacarlos; ustedes son frugales porque tienen sangre india y sangre española, y por consecuencia, sangre árabe: con esa sola ventaja les basta para dejarles en los huesos.»

«En cuanto á los conservadores, son unos viejos im-

béciles, unas momias, unos retrasados, que esperan inquisición, rey absoluto, cadenas, procesiones públicas y lo demás que se les ocurra; ya se lo dirán de misas. Luego que hayan echado ustedes á los franceses, no dejen de colgar á los clericales, que al fin para eso tienen tan lindos montes: así vivirán en paz.»

Con estos precedentes, cualquiera se figura los informes que daría el brigadier á su jefe: los liberales son unos santos, y los conservadores unos bellacos. La respuesta que trajeron los comisionados, ya se imagina: ni en México se necesita el auxilio de nadie, ni hace falta dinero, ni hay oposición para pagar lo que reclaman los aliados; podían éstos haberse ahorrado el viaje, pero ya que están aquí, que pasen á México á ver cómo se hece feliz un pueblo por medio de la libertad y la tolerancia; mas que antes embarquen sus tropas y se presenten en Orizaba ú otro punto, con una guardia de dos mil hombres. ¡Qué sarcasmo!

10 de Febrero. El estado sanitario es deplorable, y queriendo los representantes de las potencias obtener mejores acantonamientos para las tropas, dispusieron pedirlos á Juárez. El ministro Doblado contestó que no podía acordar nada si no se le explicaba cuál era el objeto de la expedición, y ofreció, si era menester, ocurrir á conferenciar con los enviados. La reunión estaba dis-

puesta en la Purga; pero Doblado galantemente señaló la Soledad para que los aliados se molestaran menos, y allí será donde se junten todos los ministros.

14 de Febrero. Novedad grata para mí; acaba de llegar Paquita Prim y me ha llevado á su alojamiento; ya se figurará cualquiera la cantidad de festejos que iremos á tener con la llegada de esta *prócera* á su tierra.

Claro que la noticia no agradó al señor Saligny; la consideró indicio indudable de que Prim trata de coronarse rey y procura afianzar los vínculos que le unen á México. La condesa viene con buena salud y excelente humor y está encantada por hallarse en su tierra.

18 de Febrero. Hoy salieron los delegados de la conferencia que debe efectuarse en la Soledad. Los comisarios, el brigadier Miláns del Bosch, el cronista Pérez Calvo y los estados mayores, iban á caballo. Doblado y Zaragoza salieron á recibirles en coche y obligaron á subir en él á Prim, que es quien va á tratar.

Prim es bajito de cuerpo, moreno de rostro, lleva toda la barba y tiene movimientos prontos, de hombre nervioso y decidido.

No hay quien no conozca en México sus hazañas guerreras, que tal vez no hayan sido sobrepujadas por ningún general de los tiempos actuales. Dotado de una

inmensa facilidad de palabra, entusiasma á las tropas y las lleva á donde quiere: su arenga en los Castillejos salvó de la dispersión al ejército español; sus discursos en el Congreso le han dado fama de hombre político de grandes esperanzas. Empezó su carrera como soldado raso y ahora es teniente general, conde y marqués. Se le censuran su excesivo amor propio, su pueril vanidad y su afán de lucir en primera línea; mas esos son los defectos propios de sus cualidades y no hay que echárselos en cara.

Wyke no es tal como nos figuramos á los diplomáticos ingleses; *chaparro,* con voz que nunca sale del diapasón normal, cabello negro, cutis moreno y aspecto insignificante, parece más bien un meridional que un servidor del intachable *Foreign Office*. Es el apoyo de Juárez, que de seguro le enciende un buen cirio cada vez que se acuerda de sus bondades.

El almirante Jurien peca de gordo y no peca de joven; sin embargo se mantiene tan enhiesto, guapo y rozagante que da gloria verle. De plata las barbas que fueron de oro, escaso el cabello, azules los ojos, fina la nariz y desdeñosos los labios, es el hombre más dulce y cortesano que se recuerda. Ama la mesa, la sociedad, la ciencia y el arte; pocos hay que le saquen pie adelante como escritor pulcro y como astrónomo y geodesta entendido; pero menos hay quien le aventaje para referir un lance, aunque sea algo *risqué;* para improvisar un

cumplido ó para decir una felicitación discreta. No se inclina á los temperamentos extremos; pero en estos días, en que tiene como alma condenada á mi maestro Saligny, se ha vuelto belicoso, al extremo que proponía no contestar la comunicación que Juárez mandó con Zamacona.

¡Dios quiera que pronto salgamos de este arenal infecto, en que vivimos peor que el alma de Garibay, pues estamos sumergidos en el puro infierno!

20 de Febrero. Hoy comimos con Prim, que regresó muy satisfecho de su excursión á la Soledad. No quiero poner como de mi cosecha las cosas que habló, que se apartan casi en todo de lo que yo pienso.

«Doblado, nos dijo, es un buen patriota y un hombre de valer. Nadie podría figurarse que estuvieran aprisionados un espíritu fino, una habilidad indudable y un talento clarísimo en un hombre de cara blanca, sin pelo de barba, con nariz borbónica basta y sin expresión, de ojillos verdes y desmayados y de pelo castaño cuidadosamente peinado en bandós; en un hombre que se mueve difícilmente, que habla poco á poco y que no llora, ni ríe, ni se entusiasma, ni se lamenta, ni pide ni ofrece; que lo mismo escucha las mayores infamias que las proposiciones más razonables y que es un blok de hielo desde la cabeza hasta los pies.

»Sin embargo, apenas se cruzan dos palabras con él, ya se comprende que aquellos ojillos verdes le desnudan el alma al interlocutor, que aquella voz pausada puede convertirse en un torrente y que de aquel cuerpo que convendría á un mayordomo de monjas ó á un cura rural repleto de chocolates, pueden salir resoluciones rápidas, astucias impensadas y frases candentes que enciendan ó calmen una disputa, á voluntad del dueño.

»Doblado quería el oro y el moro: que Francia desautorizara los rumores que corrían sobre fundación de un imperio en México, contando con el patrocinio de Napoleón III; que España hiciera pública confesión de que no procura restaurar su dominio en México; que se reconociera formalmente al gobierno de Juárez y que se pusiera la Aduana de Veracruz en manos de los empleados constitucionalistas.

»Con el tira y afloja diplomático conseguí, después de reconocer que el Gobierno mexicano cuenta con los elementos de fuerza y opinión que necesita para sostenerse, y de protestar que las potencias aliadas no tienen por que inmiscuirse en los negocios interiores de este país, conseguí, digo, quedara bien establecido que se celebrarán conferencias diplomáticas en Orizaba; que durante las negociaciones, las fuerzas aliadas ocuparán á Córdoba, Orizaba y Tehuacán; y que si las hostilidades llegan á romperse, se evacuarán esas ciudades y las

tropas pasarán más acá de Paso Ancho y Paso de Ovejas... Anoche se firmaron los preliminares de la Soledad por los comisarios ingleses y franceses, durante



una gran fiesta que dió Jurien, y falta sólo la ratificación de Juárez.

»Era lo único que se podía obtener. ¿Qué íbamos á hacer sin carros, sin acémilas, sin ambulancias, próxima la temporada de las lluvias y sin poder, ni á peso de oro, hacernos con un armatoste cualquiera que transporte nuestras cosas?

»El general Scott, cuando invadió á México, trajo diez mil hombres de tropa, tres mil carros y quince

mil bestias de tiro. Nosotros no hemos logrado utilizar las mulas salvajes que adquirimos aquí; los franceses, pagando hasta tres mil pesos por un carro, han logrado reunir como cuarenta, que les sirven apenas para transportar los víveres que necesitan durante dos días; no teníamos calderas para hacer la comida, ni tiendas para abrigar á los soldados, ni medicinas para curarles, ni nada, en fin; fué necesario quitar velas de los buques y enseres de las cocinas para poder salir adelante en este clima infernal que mata con los mil medios que posee...

»Creo haber correspondido bien á la confianza que me dispensan mi Reina y el Emperador de los franceses, y á las facultades que me delegaron mis compañeros de misión.»

20 de Febrero. Salimos mañana; vamos á Orizaba, donde Prim se reunirá con nosotros. Hace un rato fuí á despedirme del señor Saligny y le encontré ocupadísimo: dictaba á un escribiente mientras bebía á sorbitos el vinillo que contenía una garrafa.

—Siéntese usted, me dijo, que ya vamos concluyendo. Estos malditos paisanos no me dejan descansar con sus reclamaciones. Casi no ha faltado uno de presentarse pidiéndome que solicite indemnización por daños reales ó fingidos, y yo he acordado siempre de conformidad...

¿Que muchos dicen mentira? ¿Que no hay tales daños? No me importa; me importa sólo que mi gobierno sepa se veja y molesta á sus súbditos; y aunque sea exagerando un poco, la cosa se consigue. Con permiso... (Vuelve á coger la pluma el oficial vestido de pantalón rojo y pelliza negra, prendas que hacían sudar sólo con mirarlas.)

Lazalle, Desiderio. Plagiado en su hacienda de Santa Inés, Distrito de Morelos.

Dupart, Enrique. Ocupación de unos caballos en Tamaulipas.

Pommeras, Clemente. Conducía sus carros que le fueron secuestrados.

Perret, Emilio. Plagiado en su hacienda de Tautitlán. Pagó un gran rescate, después de sufrir inmensas torturas por espacio de dos días.

Agregue usted, reflexionó el Ministro, que este francés murió á consecuencia de los malos tratamientos... Diga usted que Pommeras fué herido cuando pretendía defender su propiedad.

Etcheparre, María. Al salir del país para dirigirse á Francia fué herida cerca de Córdoba y murió al cabo de cuarenta días de sufrimientos.

Pain, Antonio. Molinero, asesinado en el molino del Batán, cerca de México. Los asesinos, á *quienes reconocieron los perros que cuidaban del molino,* gozan en paz del fruto de sus rapiñas.

Poublau, Juan. Buhonero asesinado en el camino real, á dos leguas de Cuernavaca.

Fayer, Enrique. Herido... no, mejor ponga usted muerto... muerto alevosamente por tropas de... Chávez, no, de... García de León.

Robert, Augusto. Robado; no, robado, no; plagiado y herido... plagiado y muerto, á consecuencia de horrorosos tratamientos en Temascaltepec.

Menield, Vicente. Golpeado por la policía de México... Este existió en realidad; pero la policía le golpeó porque, ebrio como estaba de ordinario, insultó y maltrató á los guardianes... ponga usted que golpeado y robado.

Soy con usted en seguida, señora, dijo mirándome con su lente siniestro; soy con usted tan pronto como acabe esta tarea... Capitán, sea usted tan bueno que concluya mi labor... Estaba ya sentado á mi vera el ministro, cuando el oficial se levantó como dudoso.

—Señor ministro, dijo, ¿se sirve su Excelencia decirme con qué documentos continúo?

—Con ningunos, imbécil; coja usted todos los nombres que figuren en la lista de la colonia, y póngales á un lado todo lo que se le ocurra en materia de incendios, raptos, robos, muertes, asesinatos y violaciones, y tiene usted hecho el trabajo...

—Pero... observó el pobre muchacho.

— No hay pero que valga; proceda usted como se le ordena... Un trabajo tan fácil... Conque sí, señora...

Orizaba 8 de Marzo. Me ha salido un admirador, y digo que me ha salido como podría decir que me ha salido un divieso. Se llama Pérez Calvo y es el cronista de la expedición española; pero ¡qué cronista! Ignoro qué irá á escribir sobre todo lo que estamos viendo; mas debe de ser cosa buena, si he de tomar en cuenta las noticias que á mí me trae diariamente. No parece sino que he de ser yo quien compagine y arregle las rapsodias que él imagina. En Veracruz no me dejaba descansar.

— Señora, se han reunido los comisarios.

— Señora, el ministro Saligny no ocurrió porque estaba enfermo.

— Señora, hubo hoy una de órdago en el seno de la comisión.

— Señora, Zaragoza ha remitido una nota preñada de amenazas.

— Señora, apuesto diez centenes á que antes de una semana estaremos en México; pero después de disparar muchos tiros, y de vencer grandes obstáculos.

— Señora, ámeme usted.

Y es claro que voy á amarle, pues un galán más apuesto no me ha salido hasta ahora. Figuraos un muñeco que no tendrá vara y media de alto, con unas narices poco ma-

yores que su estatura y una cabezota mayor que sus narices, con el pelo y los bigotes enteramente blancos, que le hacen aparecer como una negativa de fotografía, por el contraste con la tez morena, casi negra. Me parece que no es español, sino cubano, filipino ó cosa así; pero él no habla sino de la importancia de España, y de su poder, y de la guerra de Africa y de las hazañas de Prim. Mira á los mexicanos con gran compasión á causa de que no son españoles, y se duele de que Prim no haga aquí una de las que sabe.

Hoy llegó, y todavía cubierto de polvo y rendido de cansancio se presentó á saludarnos á la condesa (que se burla grandemente de él) y á mí.

—«Vinieron en buena hora, nos explicó, los famosos preliminares de la Soledad, pues de durar aquí unos días más, muy pronto habríamos dado cuenta de la expedición. Juárez y los suyos bien sabían lo que se hacían al entretenernos en Veracruz con moratorias y expedientes: seguros de que sus fortificaciones del Chiquihuite y Cerro Gordo valdrían un pitoche ante el valor de nuestras excelentes tropas, nos estaban matando gente, valiéndose no más del vómito, que es la artillería que por aquí se gasta. Hemos mandado á la Habana más de mil doscientos enfermos; los franceses tienen como seiscientos, y cien los ingleses. El otro día sentí dolor al ver pasar nuestro regimiento de Bailén... ¡Pobres sol-

dados, qué presa habían hecho en ellos las calenturas, la disentería y el vómito! Parecían espectros que empuñaban el fusil por un resto de vergüenza, no los mozos arriscados que trajimos; pero ya verán ustedes como no tardan en mejorarse.

»Acabo de ver á los soldados franceses. ¡Pobrecillos, qué camino han hecho y cómo han sudado! Veíase caídos bajo los árboles, á la sombra de los peñascos, á la orilla de los vallados, á los altaneros cazadores de Africa, á los valentísimos zuavos, á los apuestos marinos; y junto á ellos, con los cargas hechas pedazos, á las mulas jadeantes de fatiga é insensibles á los azotes de los arrieros. Hubo muchísimos atacados de insolación; yo sólo vi á un soldado que llegaba lanzando gritos de salvaje, azotando contra los árboles, clavando la cabeza en el suelo, y que concluía por echarse á un torrente: de allí le sacaron muerto.

»En cuatro días apenas había caminado ocho leguas la columna francesa; pero más despacio iban los carros que conducían los víveres: hubo necesidad de matar á tiros tres vacas salvajes para que pudiera comer la gente.

»En la jornada de Palo Verde á Paso del Macho, vimos atascados los carros del ejército francés; algunos marineros y un joven guardia marina habían pasado veinticuatro horas sin comer, haciendo desesperados esfuerzos para que las mulas, muertas de hambre por falta

de forraje, vencieran las dificultades que el camino ofrecía... Al fin llegaron los franceses; ¡pero en qué estado! fácil es que sus pérdidas pasen de trescientas plazas.»

9 de Marzo. Alarmado se me presentó el Joinville de la expedición española. Quiso hablarme á lo corto, y aunque yo comprendí que sacaría á cuento su eterna canción del *amor puro y santo que me tiene, al que sólo puede compararse como mezquino remedo el que los ángeles sienten por Dios,* como me perezco por el chismecillo, no pude excusarme de oir al galán de ébano y nieve: «Mal anda todo, señora; este paso del de los Castillejos, va á traernos quién sabe qué complicaciones. Delante de la condesa le digo á usted que Prim es un diplomático á quien Jiménez de Cisneros no sirve para descalzarlo; pero aquí, en lo confidencial, le digo á usted que ha hecho S. E. una grandísima chafarrinada con los tales pactos de la Soledad. Los liberales le injurian vilmente y aun hay alguno que se atreve á poner lengua en mi señora la condesa. «Y tú, Malinche, le dice. aconseja á tu marido el pirata que se porte bien.» En cuanto á los españoles, no son más blandos.

«Los españoles, escribe uno, somos mirados de reojo por los que creíamos venían á reivindicar nuestros derechos. Antes de hablársenos, se nos pregunta si somos de los buenos ó de los malos: los buenos son únicamente los

que simpatizan con los reformistas; los malos son los que no han querido hacer liga con los asesinos de nuestros compatriotas, con los enemigos de nuestra religión y de nuestra raza.»

«El patriotismo, vocifera otro, se retira viendo denigrar á los españoles residentes por los que venían destinados á enaltecerlo ante nuestros enemigos. ¿Qué es de la expedición tan deseada? ¿Qué es de aquellos que han ahogado sus suspiros ante la inquisición liberal? ¿Qué es de los que dejó huérfanos el puñal asesino? Dicen que en política siempre se buscan los fines, y que á veces por caminos tortuosos se llega más pronto al punto apetecido; que la diplomacia va más allá de lo que parece y que nuestro general ha ofrecido que el pabellón quedará bien puesto y más encumbrado que nunca. Pero mientras esto se dice, la realidad espanta.»

Otro comenta, tras de anunciar la llegada á Veracruz del doctor Miranda y del padre Villalobos: «El padre Miranda tuvo una entrevista con el señor Prim y le recomendó que tuviera conciencia: quiera Dios que este revolucionario no haga algún día la guerra á los aliados. Sería estupendo que las armas españolas llegaran á servir para batir á los verdaderos amigos que tiene España en la República. Pero todo es de temer, porque los rojos mexicanos, franceses y alemanes, hacen esfuerzos

para alucinar á los aliados, contándoles mil cosas de nuestros paisanos para lograr sus fines...»

«El convenio de la Soledad, dice una carta reciente, ha servido para revelarnos que las potencias de Europa sólo mandaron á México sus flotas y sus ejércitos para hacer lo que siempre ha podido hacerse sin tanto aparato, es decir, negociar un tratado cuyo resultado probable será el de tantos otros, rotos poco después de concluídos.

»Para eso bastaba un plenipotenciario de cada nación, y en verdad que Juárez siempre ha llamado á ese terreno á las tres naciones, sin que España quisiera entrar en él después de haber recibido satisfacción cumplida.

»¿Por qué entra ahora, no obstante haberse aumentado los agravios aun después de estar aquí la expedición?»

Ya ve usted, pues, señora, qué mal hizo España en mandar un liberal á representarla, cuando pudo haber elegido entre los muchísimos próceres de excelentes ideas con que afortunadamente cuenta. Altamente preocupado estoy con ello; pero más lo estoy porque usted no me ama.

Y como yo me quedara reflexionando un buen espacio, Calvo me dijo, poniéndoseme de hinojos:

—¿Qué me dice, señora?

—¡Que vaya usted á escardar cebollinos!



—¿Qué me dice , señora?...—¡Que vaya usted á escardar cebollinos!



CAPITULO III

Peripecia

ORIZABA, *10 de Marzo.* Creo que no quedaría descontento don Hermógenes si supiera que apellidaba peripecia á este repentino cambio de situación. Parecía que las cosas iban á quedar en tal estado, prolongándose por una eternidad, sin que viéramos mutación ni en un futuro remoto, cuando quiso nuestra buena suerte que viniera algo que nos hiciera vivir, palpitar y movernos un poco: aquí está *Pamuceno,* el europeo *Pamuceno,* por gracia de Pacheco, y viene dispuesto á encender la guerra civil y á acabar con el gobierno de Juárez.

¡Qué miedo!

No sé por qué no puede tomar á lo serio al pobre

general Almonte. Si fuera sanguinario como Márquez, valiente como Valle, glorioso como Miramón, soñador como Degollado, ó temerario como González Ortega, tendría representación en mi cerebro; pero siendo como es un infeliz, un infeliz sin color (digo sin color moral,



Luis Napoleón manda á Pamuceno para decir á México palabras de paz.
(Copia de una caricatura de la época)

que pigmento le sobra para surtir á una tribu de mozambiques), sin fisonomía, sin arranque, sin talento, sin conciencia y sin nada, no puede representar ni representa más que una borrosa é inconsistente nulidad. Vienen con él, el padre Miranda, Haro y un aprendiz de conservador llamado Samaniego.

El cotarro se ha puesto en gran alboroto al saberse

que ha llegado el hijo bastardo de Morelos, y como él no oculta la satisfacción que le causa estar metido entre los bagajes del ejército francés, á nadie le escasea noticias sobre su salud y sus andanzas.

—Es un bellaco, decía ayer Prim; se envanece de que el Emperador le haya dado cartas patentes que le acreditan vicario suyo *in partibus infidelium;* pero no llegará á cantar victoria, créanmelo ustedes... Ahora llega ufanísimo porque acaba de ser tocado al original: el príncipe Maximiliano le recibió en su palacio, y el veinticinco de Diciembre, á la hora del nacimiento del Señor, cuando la música tocaba y el incienso se elevaba á las bóvedas del templo, y el sacerdote cantaba el *Gloria in excelsis,* el presunto rey de México dió el dulce sí, ofreciendo que si el pueblo mexicano le llamaba, vendría con gusto á hacerle dichoso.

Parece que *Pamuceno* trae facultades para conceder empleos, honores y hasta títulos, pues para ello le autorizó la futura Majestad mexicana.

La misma fecha. Acaba de desembarcar en Veracruz una nueva expedición francesa. La manda el general conde de Lorencez, y viene á reforzar á los pobres y agotados contingentes que se hallan en los acantonamientos. Cuando supo el Emperador, cuenta Pérez Calvo, que nosotros habíamos aumentado nuestro efectivo, dispu-

so mandar mil quinientos hombres más; pero el mariscal Randón, ministro de la Guerra, que se hallaba tomando baños, protestó contra semejante determinación. «Mandar mil quinientos hombres, equivale á mandar mil quinientas ovejas al matadero; mándese una brigada y así cumpliremos un poco», y por eso viene la cantidad de tropas precisa para que con las que aquí están se forme una división.

20 de Marzo. ¡Quién dijera que *Pamuceno* había de servir algún día de manzana de discordia! Los ingleses y los españoles declaran que no pueden tener acuerdo ninguno con los franceses mientras el máncer dure entre ellos, y los otros se aferran en consentir, mantener y ayudar á Almonte.

Ora se convencen los comisarios de que se debe echar á *Pamuceno* y le ordenan se marche para Veracruz, ora recuerdan que el Emperador le favorece con su amistad y que es costumbre escudar al que se abrigue bajo el pabellón francés. ¿Cuánto vamos á que de *Pamuceno* sale la chispa que haga estallar esta mina, cargada hasta la boca?

Sería curioso.

24 de Marzo. Un drama espantoso, un drama que espeluzna, un drama de los que sólo pasan en este país:

Robles Pezuela, liberal en un tiempo y después conservador rabioso, venía á Tehuacán á reunirse con los franceses, cuando fué cogido prisionero por las tropas juaristas. Estaba en poder del alcalde de Toxtepec, y al saber que sería remitido á disposición de Zaragoza, trató de fugarse acompañado del general Taboada, que venía disfrazado de mozo de Robles. Eran las dos de la tarde; habían caminado los prófugos un buen espacio sin que nadie les detuviera, cuando sintieron tras de sí tropel de caballos, después oyeron gritos de «*Párense ay. No corran, que son pocos*, y otros con que nuestros acreditados tulices suelen intimidar á los perseguidos y darse ánimos.

Robles apretó á correr y corrió Taboada tras él; ya lograban escaparse, ya veían el campamento francés; los caballos, como comprendiendo la tarea que tenían encomendada, aumentaban la velocidad, hacían revolotear el polvo del camino al levantarlo con sus finos cascos, se acordonaban, se estiraban, tascaban el freno, llenándolo de blanca espuma y corrían, corrían como flechas que van al blanco... los fugitivos sentían que el aire les volaba las chaquetas, que les echaba las bufandas á la cara y que ponía en tensión sus barboquejos... Allí estaba la tienda del primer puesto francés, con sus franjas azules; allí estaban los pabellones de fusiles relumbrando al conjuro de un sol de fuego; allí estaba incrustado en el insolente azul del cielo, el pantalón rojo

de un zuavo que subía á una eminencia... En salvo, al fin en salvo; ¡pero á qué costa! ya no podían los caballos y era menester ponerles á un moderado galope... De repente se oye detrás el patalear de otro caballo; Robles cree que es la bestia que monta su compañero; Taboada que es la de Robles... Mas no hay tiempo de reflexionar: un lazo (el arma nacional en México, según los franceses) se cierne en el aire, describe una *crinolina* elegantísima, se abate sobre el caballo tordillo del general, y cuando éste mira venir la *mangana* y quiere hurtar el cuerpo, cortar la soga, azuzar el cuaco, ya no es tiempo: está cogido por la cintura, le sacan de la silla, le derriban del caballo, le arrastran por el suelo y sólo alcanza á ver una gran polvareda, la que deja el caballo de Taboada, y un charro vestido de cuero de venado que amarra á toda prisa, mientras otros le gritan:

—¡Buen lazo!

—¡Amárrale corto!

—¡Cojan al penco!

Robles caminó arrastrado un buen trecho, dejó el rostro estampado en el suelo, dió varias vueltas antes de encontrar la posición en que había de seguir hollando con narices, barba y boca los matojos y las piedras del camino, y fué levantado sin conocimiento, con un brazo roto, varios dientes menos, la cara hecha pedazos y la cabeza llena de descalabraduras. Así le transpor-

taron á San Andrés, donde dieron cuenta del caso á Zaragoza.

— ¡Que le fusilen en seguida! fué la respuesta.

Como Juárez acaba de expedir una ley en que castiga con pena de muerte á los invasores y á cuantos admitan de ellos honores, empleos, cargos ó condecoraciones y á cuantos les auxilien, favorezcan y amparen, Robles quedó preso y al día siguiente llevado al patíbulo. Con el brazo roto, la cara llena de sangre, la ropa hecha jirones, calenturiento, delirante, iba sentado en una silla que conducían de mala manera soldados liberales.

Todas las frentes se descubrían al paso del preso, todos los semblantes manifestaban compasión por él; Robles consiguió sobreponerse á sus dolores, miró por última vez el cielo, el caserío, las montañas distantes y presentó el pecho á las balas que le destrozaron.

¡No va á ser mal rato el de *Pamuceno* al saber la suerte de su compinche y no sé si también su discípulo ó cosa así!

27 de Marzo. He ido á Tehuacán á saludar á mi maestro Saligny y me he quedado convencida de que el Ministro conoce su oficio mejor que se figuran los mexicanos, que le pintan sólo de borracho, mujeriego y mal hombre.

— Tengo un mérito, me dijo modestamente, y es haber

adivinado las intenciones del Emperador... Figúrese usted qué valdrá la diplomacia de estos infelices, junto á la diplomacia francesa, junto á la primer diplomacia del mundo. Obtuvimos buenos puntos para la estancia de nuestras tropas, avanzamos la mitad del camino de México, y el día que sea menester nos adelantaremos hasta la capital sin disparar un tiro, recibidos por repiques de campanas y arcos de flores... Los arreglos de la Soledad son el mejor negocio de mi vida.»

— Sí, interrumpí, porque aunque es menester repasar las fortificaciones del Chiquihuite, nuestras tropas lograrán tomarlas sin mucho trabajo.

— ¡Repasar la fortificaciones! ¿Pero usted cree que vamos á hacer esa tontería? Llevar nuestras tropas á la muerte, echarlas en garras del vómito, del paludismo y de la disentería, exponerlas á una catástrofe por causa del clima, no de las balas de los mexicanos, sería indigno de quien tiene á su cargo las vidas de ocho mil franceses... Y luego, que las famosas fortificaciones del Chiquihuite, nada valen: consisten en unos cuantos cañoncillos de hierro, y en unos cuantos pedruscos que no resistirían cinco minutos de fuego... amén de que la fortificación se puede rodear por San Juan de Punta...

— ¿Y el Almirante?

— ¡Ah, señora, no me hable usted del Almirante! Es mi bestia negra, es [illegible]: quiero [illegible]

convenios porque al calce de ellos está la firma de los representantes de Francia... Mas esos son escrúpulos tontos: los convenios son para mí como si no existieran; no les doy de valor ni el del papal en que están escritos.

No puede usted figurarse mis trabajos en estos días; hacer la guerra al Almirante, al de Reus y á Wyke, para tener el gusto de realizar las intenciones del Emperador, dándole un reino que ambiciona...

— Pero, Prim y Wyke están unidos.

— Unidos, sí; pero para darme el gustazo de romper el tratado de Londres, que fué á lo que vinimos.

Ellos creen servir á Juárez, á su ambición, á sus gobiernos, á su religión, á sus pasiones, á todo menos á Francia; y es, asómbrese usted, á lo único que ayudan...

— Han pedido el reembarque de Almonte, ¿no es verdad?

— Sí; pero no lo lograrán nunca: al presentarse Almonte en el campo francés, el prefecto de Tehuacán quiso aprehenderlo, mas yo me apresuré á impedir que pusieran mano en él. Figúrese usted, un hombre á quien honra S. M. y que ha traído consigo cartas que le constituyen en agente suyo, puesto en manos de bandidos que le harían correr el mismo fin que á Robles, y cele-

...ver una [illegible] caníbales... El lo

dice: quedar desamparado del pabellón francés, equivaldría á mi muerte, pues que mi cabeza ha sido puesta á precio... Que pase, dijo Saligny dirigiéndose á un ayudante que le presentó una tarjeta...

Y entró un mozo moreno, de grandes bigotes y grandes ojos negros. Empezó por hacer una gran reverencia al acercarse á la puerta y se aprestaba á retirarse cuando vió que Saligny no estaba solo.

—Pase usted, mi querido príncipe, pase usted y sea bien venido á la tierra de la plata, del calor, de la traición, de la vileza y de la mala fe.

Me presentó al recién llegado, á quien luego conocí por haberle visto en las Tullerías, y él se alegró mucho de ello. No necesitó que le instáramos mucho para hablar largamente, pues el príncipe Jorge Bibesco era un charlador incansable.

Al saber que le había visto poco tiempo antes en el palacio de Napoleón III, movió la cabeza y dijo suspirando:

—Hay diferencia entre las dos situaciones. Bailar, decir madrigales á las damas, enterarse de las intriguillas del palacio y hacer el amor á todas cuantas mujeres querían oirme, se parece poco á visitar hospitales, consolar enfermos, preparar alojamientos y redactar despachos, aguardando la oportunidad de meterse en la cama, á que los mosquitos le chupen á uno la sangre y le impidan pegar los ojos...

En Veracruz tuvimos tantos enfermos de vómito, que fué menester pasar el campamento á Tejería; pero en Tejería se agotó pronto el agua del único pozo servible, y me vi obligado á venir para solicitar el paso de la columna á tierras más salubres... Atravesamos las famosas fortificaciones del Chiquihuite, y sentimos que una savia nueva circula por nuestras venas; nos parece que nacemos á otra vida más suave, más perezosa y más dulce: nos invade una grata somnolencia; nos echamos á reposar y vienen á nosotros sueños de oro, que enhebramos con los aromas del bosque, en el murmullo de un torrente distante y con el silencio de la siesta... De repente relincha un caballo, otro le responde, despierto todavía amodorrado y oigo un ruidillo singular, como si arrastraran por la yerba un papel áspero: es la serpiente de cascabel que llega agitando su crótalo mortal... A poco el ruido se retira: es seguro que la serpiente retrocedió ante las púas que erizan la cuerda de pelo de camello con que rodeamos la tienda; pero de allí en adelante no más sueños de oro, no más languidez criolla que enerva y dulcifica... Otra vez á montar á caballo, otra vez á luchar... Desde el Potrero hasta Córdoba, ¡qué bosque tan hermoso! *avocates, bananas, mangues, ananas* (sic) todo al alcance de quien quiera cogerlo.

De Córdoba vine aquí, y espero hablar luego al Almirante para volverme á Veracruz.

—Príncipe ¿y cuál es el estado sanitario de Veracruz?

—No me toquéis ese punto, señor Conde: el estado sanitario es deplorable; el comandante Croix está atacado de vómito; el capitán Rusell sufre una tremenda disentería; han muerto de vómito el jefe del cuerpo médico Lallemand; Michel, médico mayor; Quenont, ayudante de administración; Houchard, oficial de contaduría; el comandante Wedel y su segundo Ladde, y por último, el capellán del cuerpo expedicionario Ribbains... Es cosa que contrista el alma ver tantos oficiales de mérito caer al golpe de una perversa enfermedad que se resiste al tratamiento científico... Señor ministro, necesitamos pasar á clima mejor ó resignarnos á que nuestro ejército se reduzca en una proporción horrorosa...



JURIEN DE LA GRAVIERE

—¡Y así pretende el Almirante que repasemos el Chiquihuite! exclamó Saligny. ¡No será, y no será, vive Dios!...

—Ved lo que me dice el barón Wagner, representante de Prusia, que reside en este país desde hace tres años: «Si no sube inmediatamente vuestro ejército más allá de Córdoba y de Orizaba, le dejáis á que le diezmen el vómito y las fiebres perniciosas. El primer aguacero os traerá ese cortejo de males, y una vez que la infección se haya introducido en el ejército, os será imposible poneros en camino: podréis así perder dos ó tres mil hombres en unos cuantos días... El Gobierno mexicano, que conoce estos peligros, tratará de reteneros donde estáis, dándoos largas y moratorias. Estamos en víspera de la estación de lluvias, é inmediatamente que comiencen éstas, esparciendo los miasmas de la fiebre perniciosa y tornando impracticables los caminos, no conseguiréis caminar en un día lo que ahora, que es el tiempo favorable, hacéis en un rato.»

—Mas el honor de Francia... murmuró Bibesco.

—El honor de Francia no consiste en dar gusto á media docena de demagogos que han violado mil veces la convención, como violan todas las leyes divinas y humanas... Yo tomo bajo mi responsabilidad esa supuesta violación de los tratados, que no son tales tratados hasta el momento en que los ratifique el Emperador...

Bibesco dijo, sentándose negligentemente en un sillón:

— En Veracruz teníamos un mozo de café que se las echaba de profeta: «¿es cierto, nos decía, que sólo tenéis seis mil hombres?... Con tan poca gente no podréis tomar á México.»

— No hagáis caso de profetas de mandil blanco, carísimo príncipe, gruñó Saligny, echando fuego por los ojos. El Gobierno mexicano está acosado por todas partes y se halla á punto de sucumbir... Que me dejen, y ordeno que un comandante marche con una compañía de cazadores á tomar la capital... La mayoría del país desea vivamente que se establezca un Gobierno monárquico, y pronto veréis que al aproximarnos á las poblaciones entra en acción la multitud que nos aguarda para salir de esta nefanda tiranía. Sólo falta que encuentre apoyo el partido moderado, que siempre es lento en pronunciarse, para que se revelen las simpatías por el Emperador y por el gobierno que le plazca elegir... Las fuerzas de Juárez se desbandan, sus generales le traicionan; sólo se aguarda en México al Archiduque Maximiliano para someterse á sus determinaciones justas y sabias... Que nos independamos de los ingleses y de los españoles, y veréis como las cosas se arreglan en un instante... Os lo repito; basta una compañía de cazadores bien provista de mantenimientos, para someter esta grande y rica porción de tierra y ofrecérsela al Emperador. ¡Nunca

se ha ganado un reino á tan poca costa! Recordad las hazañas de Cortés, que con la décima parte de la gente que nosotros tenemos consiguió poner preso á Moctezuma y acabar con el imperio indígena. . . . .

. . . .

9 de Abril. Gran pelotera en la conferencia. Ahora sí se saldrá con la suya el gran Saligny, dejando con un palmo de narices á todos los otros diplomáticos, que no tienen la mano izquierda y el fino trasteo que el ministro. A las siete salió Pérez Calvo del salón de acuerdos de la conferencia, que es en la casa del Conde de Reus. Venía azotando de pie y mano, pálido, pálido (todo lo pálido que puede ponerse un negro), y sin alcanzar saliva ni acertar con nada. «Todo hundido, todo por los suelos; no hay remedio: nos vamos á España y dejamos recoger esta presa facilísima sólo á los franceses... El reembarque del general Almonte ha sido la causa de todo... El conde le habló fuerte á Saligny; el boquiflojo del ministro francés había asegurado al coronel Munduiña, gobernador de Veracruz, y al cónsul español, Cortés, que Prim aspiraba á la corona de México... «A ningún precio, dijo don Juan, admitiría á México con todas sus riquezas, aun cuando viniesen á ofrecérmelo mañana mismo; prefiero con creces la posición que me he creado en España, pues lo que hay en el

mundo de más valor para mí es el aprecio de mi Soberana y la estimación de mis compatriotas...»

Más tarde. Hoy reunió el conde de Reus á los jefes españoles para darles cuenta de la ruptura de los tratados y de la vuelta que tiene que emprender. No supo muy bien á los que deseaban ganar laureles á poca costa, la determinación de Prim. A mí, aunque me causó regocijo que se hubieran logrado los propósitos de mi mentor Saligny, me pareció bien el gesto de Prim. Habló largamente y con gran calma; dijo que la conducta equivocada de los comisarios franceses le había obligado á romper la coalición; que los franceses tenían propósitos respecto de México, pero que él no les ayudaría porque España estaba resuelta á no ser arrendajo, comitiva ni séquito de nadie; que no deseaba mal á los que se quedaban, porque eran excelentes compañeros; pero que estaba seguro no saldrían adelante en sus deseos... En suma, que nadie creería encontrar tan lleno de calma al hombre que ha merecido le llamen rayo de la guerra.

Ahora, que he tratado de este jefe tan discutido, veo que la reputación de hombre violento, ambicioso, duro, cruel y orgulloso que le han formado sus enemigos, es del todo inmerecida: tiene gran talento, instrucción muy variada, es afable, fino, complaciente, de gran ojo en asuntos guerreros y muy hábil en los políticos. En



Hoy reunió el conde de Reus á los jefes españoles...

cuanto á su serenidad y á su calma, baste decir que hombre tan avezado á las luchas y tan intemperante de carácter, logra sobreponerse á su temperamento y hablar tranquilamente de cosas de suyo arriesgadas. Le voy á ver partir con tanta mayor pena, cuanto que me había acostumbrado en estos pocos días al trato y á la compañía de la encantadora Paquita.

¡Cómo ha de ser!

19 de Abril. Hoy proclamó Taboada un plan (¡cuándo había de haber sermón sin san Agustín!) proponiendo la presidencia de Almonte, bajo la égida francesa. Toda la patulea que acompaña á Pamuceno, los Haros, los Mirandas, los Samaniegos...

Más tarde. Interrumpí la nota anterior para leer un despacho telegráfico que vino de Puebla; depués de él, llegaron dos cartas, todo mandado por Jecker, que está en la capital desde hace algunos días en unión del cuñado Elsesser. ¡Qué paso tan triste, qué confusión y qué vergüenza tan grandes! ¡Cómo he llorado, y cómo me he hecho cargos durísimos por mi conducta, que quizás ha traído esta catástrofe impensada!

Jecker me decía:

«*Genie* desapareció ayer; témese secuestro por gentes gobierno. Alarmadísimo.»

Ya me preparaba á ponerme en camino, exponiéndome á pasar las líneas de los juaristas, que no habrían dejado de querer causarme daño, cuando recibió Paquita un



pliego que le venía dirigido con encargo de entregármelo. Uno de esos papeles era una carta de la niña y decía así:

«Adorada madre: cuando recibas esta carta, ya estaré muy lejos de la casa del señor Olivos, que tan bondadoso

fué con nosotros: hoy me escapé del convento de Santa Brígida, donde estaba en calidad de depósito, y me voy con mi adorado Miguel, que me quiere con toda su alma y que se casará conmigo tan pronto como concluyan los trámites necesarios para que nos consideren unidos Dios y la ley.

»Siento mucho, lo siento de veras, que el primer acto de mi voluntad te cause el bochorno y la pena que es natural; pero lo cierto es que tú eres la única culpable de este paso: nunca me concediste personalidad, nunca me miraste como criatura humana, capaz de sentir goce, dolor, satisfacción ó disgusto, y creíste que con tenerme perpetuamente de traje corto, ibas á tener también con traje corto perpetuo á mis sentidos, á mis potencias y á mi alma toda.

»Ya ves que han despertado un poco antes de lo que te figurabas.

»Ocupada tú en acariciar sueños de tesoros, de política y de posición, no te ocupaste en mí, pues me veías sólo como una muñeca estorbosa que se deja encargada en casa de un amigo ó un pariente; nunca como una persona que necesita afectos, cariño y consideración como elementos indispensables de vida. En todos los meses que estuviste en Europa, sólo me escribiste una vez para recomendarme que me portara bien y que no fuere á destrozar los juguetes que me mandabas: era bien poco

para quien se sentía mujer, y mujer capaz de lo que lo sea la más fogosa.

»No te recrimino, no te dirijo cargos, no te insulto, porque eso no estaría bien en una hija; sólo te doy cuenta de la causa de mi paso. Por otra parte, conozco que no podríamos vivir en lo de adelante como habíamos vivido: tú eres demasiado aristócrata, demasiado extranjerizada, demasiado sabia y estás demasiado metida en política, para que te pudieras avenir á hacer vida común con una pobre que no sabe nada de diplomacia, ni de corte, ni de grandeza, y que quiere á México como te quiere á ti: con toda su alma.

»Miguel sale á defender á su patria, á combatir á los franceses y á procurar echarles de aquí, y yo me marcho á su lado porque estoy segura de que se halla en lo justo. Soy mexicana de corazón, porque estoy recriada en el hogar de los Olivos, donde se venera el nombre de la patria y se procura hacerla dichosa.

»Algún día, quizás, nos encontraremos: tú estarás en el palacio de la capital, rodeada de lujo, entre las gentes de calidad que son tus iguales, admirada, festejada y celebrada; yo viviré harapienta, sola, olvidada, desconocida, preparándome quizás á salir tras de la tropa de que forme parte mi marido, quizás á llevarle su comida á la cárcel, quizás á ir yo misma á la prisión por el delito de querer á México y á mi pobre Miguel.

»Adiós, pues, madre mía; adiós, mamacita: que seas dichosa, que vivas siempre llena de bienes de fortuna y que no maldigas jamás á tu pobre hija

EUGENIA JECKER Y UBIARCO.»

En pliego aparte venía una carta del licenciado Caballero de los Olivos.

«Muy querida señora: le escribo lleno de aflicción, porque á pesar de todo mi conato y mi buena voluntad, se realizó lo que temía; Lorenza está afligidísima y dice que no va á tener cara con que ver la de usted.

»Pues, señora, es el caso que Eugenita, que es una perla de oriente que merece por marido á un rey y no al pobre Miguelillo, mi hijo, á quien ella quiere, empezó por los días que usted debe de haber estado en París, á manifestarse triste, pensativa, llorosa y falta de ánimo para todo. Lo atribuimos (cosas de viejos, que desconocen, ó hablando mejor, olvidan las tonterías de los muchachos) á la ausencia de usted; por eso dispusimos sacar á la criatura, darle aire, distraerla y proporcionarle satisfacciones. Miguel y ella se encerraban en la sala de la casa á leer una porción de novelas y versos, que el muchacho compraba en las Cadenas. *Graziela*, *Rafael*, *René*, *el Abencerraje* y mucho Jorge Sand, y mucho Zorrilla, y mucho Calderón hacían el gasto: nosotros nos exta-

siábamos oyendo declamar á los chicos y nos divertíamos con su inocencia, que les llevaba hasta llorar con cualquier pasaje tierno de sus librotes.

»Mi mujer, que es más lista que yo, me dijo notaba que tenía razón el viejo rumorcillo de que los muchachos se entendían, y yo, que estaba segurísimo de que no habría tal cosa, con el fin de confundir á Lorenza me puse á espiarles. Pronto me convencí de que eran fundadas las sospechas de mi cónyuge, y queriendo poner coto al mal, determiné que Eugenia entrara al convento de Santa Brígida, provisionalmente y mientras usted disponía de ella. Varias cartas escribí á usted á Veracruz, cartas que quizás no llegaron á su poder, porque fueron en el tiempo en que estaba el puerto casi bloqueado.

»El viernes de Dolores dormía tranquilo, cuando recibí la noticia de que acababa la niña de escaparse del convento: busqué con todo empeño á los prófugos y no tardé en saber que Eugenia estaba depositada en la casa de la viuda de Ramos, señora respetabilísima, que había ocurrido á recibir á la muchacha desde que salió de la clausura. Como es natural, las madres se rehusaron á aceptar de nuevo á Eugenia, y depositada continúa hasta que usted mande su anuencia para el enlace, que Miguel dice ha de ser pronto.

»Mi mujer presenta á usted sus excusas; yo le envío

mis expresiones de sincera condolencia, repitiéndome de usted adicto y S. S.

G. CABALLERO DE LOS OLIVOS.»

¡Qué vergüenza y qué dolor! Mi hija, mi niña adorada, prófuga, aventurando y en poder de un hombre. Queriendo descargarse de la culpa en que ha incurrido, me atribuye que no la traté como hubiera debido. ¡Pero si era tan niña y manifestaba entender tan poco de cosas del mundo! y luego, que todos mis pasos y mis viajes, mis idas y vueltas, mis agencias y diligencias no tenían más objeto que la felicidad de mi nena, sin excluir, naturalmente, la mía.

Quizá sea cierto que soy un poco *licurga*, un poco marisabidilla, que me ocupo demasiado en política y en administración; pero la verdad es que no me siento capaz de volverme una infeliz ama de casa, sin amar á nadie, sin gusto por nada, y sin aliciente en la vida.

Pero todo eso se puede remediar, yendo á México y evitando el descabellado matrimonio, que no pasa de una chiquillada sin fundamento. Mañana mismo saldré á desbaratar ese disparate posible.

Más tarde. Este diario concluye tan tristemente como empezó. Hoy se hicieron los preparativos para la salida de la condesa, y yo me propuse acompañarla hasta el

Fortín. Era el Viernes Santo; los soldados franceses, sabiendo que se quedaban más acá de las barrancas que habían convenido en repasar, caso de ruptura de las negociaciones (para lo cual alegaron los comisarios y el general no sé qué subterfugio de enfermos y hospi-



tales que todos sabían era falso) se manifestaban asustados y temerosos. Este inmenso país, este clima desconocido, esta aventura dudosa, la ruptura de los tratados, la majestad del día, todo era parte para que los ánimos se sintieran aplanados y entristecidos.

Pasamos por enmedio del campamento francés, y no tardamos en oir voces subversivas, gritos, insultos:

—¡Muera Prim!

—¡Españoles cobardes!

—¡Allí van los que nos han dejado á perecer sin atreverse á combatir!

Paquita y yo dimos una interpretación diferente á aquellas palabras, á fin de que no se enterara Miláns del Bosch, que no entendía el francés y que habría sido capaz de cualquier imprudencia. Prim, que oyó perfectamente los insultos, se puso pálido, se mordió el bigote, y dijo á media voz:

—¡Ya me las pagaréis!...

Me despedía de mi amiga, que partió acompañada de su marido y del brigadier, y todavía escuché las últimas recomendaciones que me hacía la buena condesa:

—Que pronto me escribas avisándome el fin de lo de la niña.

Algo más me dijo, pero nada oí porque en ese momento sonaron muchos tiros del lado acá de la fortificación mexicana, y los coches partieron al galope en encontradas direcciones.



II

PUEBLA

CAPITULO PRIMERO

Sedeño

Las tres, dijo Miguel contemplando la muestra del reloj, mientras éste meneaba incansable su hélice que parecía recortar el tiempo cual si la máquina convirtiera en pedacillos tenues las horas y los minutos, para lanzarlos luego á la sima de la eternidad. Las tres, repitió, y ya no llueve gota, y arrojó al suelo el extremo del fósforo que estaba á punto de quemarle los dedos... Si no estás muy cansada, levántante, que ya es el último tirón: nos anticiparemos un buen rato á la gente.

Y una voz dulce y grata, á la cuenta voz de mujer

joven y bella, cantó desde la fementida alcoba á donde se dirigían las palabras del hombre.

—Descansé tan bien que me siento dispuesta á caminar otras quince leguas...

—No tanto, dijo la voz masculina; no tanto, que á las seis ya estaremos en la ciudad... ¿Verdad, Romualdo?

—Antes, amo; con la fresca le damos recio á los caballos, y al esclarecer ya podremos pasearnos en la plaza de armas... Déjeme echar pastura, que al fin por oir misa y dar cebada, nunca se perdió jornada. Y con mucho ruido de la paja de que estaba hecha la *china* en que había descansado y un gran bostezo y una gran sacudida de miembros con que le tronaron todas las coyunturas, Romualdo se levantó no sin haber lanzado muchos *¡brr!* al pisar con los pies desnudos las losas del corredorcillo en que había pasado la noche.

Perdióse la mancha blanca de los calzones de Romualdo en la obscuridad de un corral, cuya puerta chirrió al empujarla el asistente; se oyó el estornudar de un caballo, el masticar acompasado de dientes que devoraban el rastrojo y el maíz, y luego el andar de tres *cuacos* que caminaban despacio, hiriendo las guijas del zaguán con las herreduras. A poco el criado sacó las sillas con que había de enjaezar á los animales, escuchándose á la vez el sonido grave de los estribos que se arrastraban por el suelo mezclado al agudo de las cade-

nillas del freno y las cabezadas. Los cueros recién curtidos rechinaron al distenderse; Romualdo pujó varias veces y al cabo de un rato dijo:

—Ya acorté la *arción;* ahora va su mercé mejor que en coche.

Una mujer de pocos años (se echaba de ver en la gallardía del andar) cubierta con traje obscuro, tocada con sombrerillo hombruno y paño de sol, subió ligeramente en el caballo con montura femenina, apenas ayudada por el mocetón que trepó en la otra bestia. Romualdo quedó algo á la zaga para arreglar no sé qué asuntos pecuniarios con el *huéspere*.

Los caballos chapotearon en el lodazal que habían formado al derredor del ventorrillo los carros y carretas, y no tardaron en salir al campo, ó, mejor dicho, á la vereda que habían hecho los pies de hombres y bestias y las ruedas de toda suerte de pesados transportes.

—*Por ay de jilo*, gritó Romualdo que iba á toda prisa meneando la cuarta para ponerse al lado de la pareja.

Caminaron un gran trecho sir ver más que un par de rieles de plata que señalaban las rodadas de los carros, que se sumergían á veces hasta los ejes, y la silueta de los montes vecinos, más negra que la noche, que ya era negra como la tinta. Empezó á aclarar el día, y de repente apareció el ojo encarnado del sol luchando con las brumas que se cernían en la cima de los cerros.

— *Ñublina* en el llano, seguro verano; *ñublina* en el cerro, seguro aguacero, exclamó proféticamente el mozo mostrando las cimas de la Malinche cubiertas con vaporcillos tenues.

Pero ya el sol tramontaba iluminando las crestas de los dos gigantes que habían acompañado á los viajeros casi desde su salida de México.

El Popocatepetl mostraba la base cubierta de una bruma movediza que parecía encaje suavísimo, arrebatado por el aire; era el Atoyac que enviaba á la altura su ofrenda diaria de vapores, que al purificarse se convertían en nieve y en nube. Seguía una sombra verdinegra á manera de frente ceñuda formada por los robles y lentiscos, y luego, transparente, nítido, como si fuera de cristal de roca, el cono de la cima, reverberando hasta cegar la vista; un penacho de nubes envolvía la cúspide como el turbante blanco de una descendiente del profeta.

Seguía el Ixtacihuatl árido, prolongado, sin más forma al parecer que el esqueleto de una enorme bestia antediluviana abandonado entre la nieve á la luz del sol pálido de las regiones hiperbóreas. Mas fijándose un poco se descubría á la *mujer blanca* que habían visto en su lenguaje trópico los primeros habitantes de la tierra.

Los viajeros marchaban embebecidos contemplando aquel espectáculo, cuando Eugenia exclamó maravillada:

— Sí, es la *mujer blanca*. Mira; la cabeza está recli-

nada en un almohadón; tiene las manos cruzadas, los senos altos, elevadas las rodillas, firme la línea del busto y los pies descansando en la roca... La sábana con que se cubre es enorme, pero cae en pliegues regulares... La acaban de matar... ¿Ves cómo la mortaja está tinta de sangre? Y señalaba una serie de hendeduras en que el encendido ocre de la tierra parecía sangre caliente que se escapaba á borbotones.

De repente, se esfumó más aún la nubecilla que se cernía sobre el Popocatepetl, y la muchacha gritó:

— Mira, Miguel; parece el humo de un incensario que arde en honor de la difunta.

No contestó nada el hombre, sino que extendiendo la mano le mostró la ciudad que se miraba á lo lejos vaga y blanca, con un gran manchón verde que continuaba el matiz de la obscura sierra que se aparecía en el término más distante.

— La Puebla de los Angeles, confirmó Romualdo, que se quitó el sombrero y masculló una oración al oir las campanadas del alba que rompieron el velo de niebla que envolvía todo.

Y azuzaron á las bestias para llegar pronto, pues ya empezaba á caer una lluviecita tenue que amenazaba convertirse en tempestad. No tardaron en meterse por calles solas y sucias; les atajaron el paso muchas tapias de conventos; vieron á muchos soldados que salían ó

entraban á los cuarteles y por fin llegaron á una plaza donde pararon. El criado, que se las echaba de conocedor del punto, salió á buscar alguna habitación barata y cómoda donde hospedarse, dejando á la niña encomendada á alguna persona de respeto.

La luz empezaba á alumbrar lo alto de las torres y cimborrios de un edificio construído de cantera obscura que volteaba desdeñosamente un costado á la plaza de armas; los gorriones piaban en la copa de los árboles, cambiando de seguro requiebros y picardías; las campanas de los conventos llamaban á misa en tonos distintos: unas, pausadas y graves, anunciaban la misa de renovación con mucho gori gori y mucha vestidura dorada; otras, más discretas, la misa conventual, que iban temerosas de no alcanzar las dos beatas vestidas de negro que caminaban á toda prisa comiéndose las faldas con los pies; otras, la misilla rezada que apenas ponía espacio entre llamada y llamada, porque le corría prisa al capellancito atacado de flatulencias y que despachaba corriendo á sus monjas. La lluviecita había apretado ya y las gárgolas de una casa chapada de azulejos, empezaban á arrojar agua...

—Metámonos, dijo el muchacho, á esa iglesia, que debe de ser la catedral, al fin la casa de Dios es casa de todos: ya se *entabló* el cielo y mientras viene el mozo...

Empezaban á abrir las puertas de la catedral: dentro

se sentía un callorcillo suave y amoroso que invitaba á refugiarse en un rincón y á permanecer en él desgranando por horas enteras las cuentas de un rosario, oyendo los rezos gangosos de los señores canónigos y las voces aflautadas de los niños del coro. Todo estaba obscuro y apenas si se descubrían la barba marmórea de un patriarca griego acuchillador de herejes, la dalmática de un obispo vestido de oro, y unas palomas que tenía en la mano no sé qué bienaventurada. Les atrajo una lámpara que pestañeaba en un altar distante, y estaban contemplándola cuando se distrajeron mirando una figura que iba y venía por columnatas y capillas llevando un palo largo en cuyo extremo ardía una vela retorcida con que iba encendiendo cirios y candelas. La luz se detuvo en la reja del coro é iluminó un libro de letras gigantescas en que Miguel leyó la frase que había quedado pendiente el día anterior: *Beatus quæ lingua sua non est lapsus et qui non servit indignis se.*

Los visitantes estaban como acortados, y con la fatiga de los días anteriores sentían necesidad de reposo. Se sentaron en una banca y se divirtieron mirando á la figurilla que entraba, salía, daba órdenes, regañaba, reñía, manoteaba y seguía con su *otate* tan alto que parecía tener en la punta una estrella que se le hubiera enredado al hurgar en el firmamento.

El de la estrella se acercó á los viajeros y les hizo una

reverencia muy urbana, inclinando por igual el espinazo y el *otate* y les preguntó con ademán de hombre bien criado:

—¿Ustedes son forasteros? ¿No querrían conocer la catedral, ver las pinturas de Cabrera, los tapices de Flandes que regaló el señor don Carlos V, el panteón de los obispos, la sala del tesoro y las imágenes famosas?

— Sí, señor, respondió la muchacha; pero como usted anda ocupado, lo dejaremos para más tarde.

— No hay para qué, replicó el otro con cortesanía; me permiten que vaya un momento á revisar si todo está en corriente y vuelvo en seguida.

Y se alejó arrastrando los piececillos tardos y borrachos, después de hacer acatamiento al tabernáculo.

Eugenia y Miguel le vieron alejarse sin saber qué pensar de tan gracioso sujeto. Si se miraban el cuerpo chico y enjuto de carnes, la sotana y el bonete, que apenas convendrían á un niño de coro, y la falta de todo apéndice piloso en la cara, se le tendría por un muchacho; y si se tenían en cuenta la nariz caída, la piel llena de arrugas, los ojos lacrimosos, la voz cascada, la boca sin dientes y el paso de ida y vuelta, se le habría creído un viejo. No tardó en llegar, aunque sin el anuncio de tacones y suelas ruidosas, pues calzaba unas chancletas de orillo que parecían fabricadas por el silencio en



—¿Ustedes son forasteros? ¿No querrían conocer la Catedral?...

persona: había dejado el palo luminoso y se engalanaba con la sobrepelliz más llena de labores, de plancha y mano que había encontrado en los cajones del guardarropa.

—Atareadísimo; figúrense ustedes, como quien dice nada: función de primera con tres capas; aniversario del señor Ansarilla, *requiem* del señor Luna, y maitines de víspera de Pentecostés de la manda del señor don Pedro Rodríguez de Ledesma, Cornejo, Núñez del Prado... y como el pobre de Elías está ahora abriendo fosos... Figúrense ustedes, un hombre con familia, mucha familia: mujer, dos suegras, tres cuñadas y seis niños en poder de la chinaca y defendiendo la santísima patria; por eso me tienen ustedes aquí cargando con todo el trabajo... Ayer se lo dije al señor Solórzano: ó se agencia la libertad de ese pobre muchacho, ó yo reviento antes de veinticuatro horas, pues al fin no es cosa de meter aquí, donde hay alhajas de verdadera responsabilidad, al primero que vaya pasando por la calle... Si les parece, empezaremos por el ciprés... Qué rico, ¿verdad? Es del valenciano Tolsa, el mismo que hizo el Caballo de Troya; pero lo que es aquí se escupió la mano el bárbaro: esas cuatro figuras son de los cuatro doctores, como quien dice, los cuatro generales en jefe de la Iglesia... El del librote es San Agustín, el barbudo San Gerónimo, el de la tiara San Gregorio

y el del báculo San Ambrosio... Esta puertecilla es la del tabernáculo y tiene máquina para abrirse sin que intervenga el parecer obra humana... Vean qué linda imagen de la Concepción: es toda de bronce vaciado y la hizo el mismísimo Tolsa... Costó treinta y dos mil pesos, y un gringo á ofrecido por ella lo que pese en plata... Bajen con cuidado, que está algo obscuro: aquí yacen enterrados los señores obispos... Este es el señor Garcés, que está convertido en momia; bésenle el pastoral, que la mano está como de persona viva; este es el señor Talavera; este el señor Mota, mexicano, que regaló una imagen de la Asunción, unas ándas de plata para el Diviníssimo y cincuenta mil pesos para ornamentos: era santo... Aquí está el señor Escobar y Llamas; aquí el señor Mañosca... este es el lugar del señor Biempica; esotro el del señor Pérez... aquí descansa el señor Vázquez, á quien debe México el tener obispos...

Salieron de la cripta y el oficioso viejecillo les llevó capilla por capilla á la sacristía, á la sala capitular y al cofre.

—Este es el altar de la Virgen de la *Antigua:* aquí guardamos la custodia que llaman la *torrecilla,* que tiene dos varas, cinco sesmas de alto y pesa ciento cincuenta y siete marcos seis onzas. Es pieza riquísima, pero se tiene bajo siete llaves por temor á las *manos vivas,* que pueden declararla de *manos muertas...*

Esta, es la capilla de San Nicolás Obispo; esta la de la *Sábana Santa;* esta otra, la de la Soledad... Sigue aquí el altar de los Reyes... Esta pintura es de Baltasar de Echave el mozo... aquélla es de Arteaga... miren ustedes qué angelitos: parecen de relieve... este ornamento costó treinta mil francos; lo trajo de París el señor Vázquez...

Pero los visitantes no podían más y pidieron misericordia: la necesidad de decir frases de admiración, la madrugada y el movimiento les habían ahilado el estómago y se sentían desfallecidos. Tampoco podía más el viejecillo; pero no por falta de alimento: bien sabía Dios que antes de venir á la catedral se había bebido una buena taza de chocolate y la correspondiente escolta de bizcochos. Lo que no dejaba sosegar al sacristán era una inmensa curiosidad que se le manifestaba con un terrible dolor de clavo que le cogía desde el ojo izquierdo hasta la mejilla, abarcándole el párpado, la pupila, la piel del carrillo y aun la nariz, que parecía se los desprendían con un bisturí.

—Santo Cristo del judío, Madre mía de la Manga, Virgen de la Defensa, ¿cómo haré yo para saber quiénes son estas personas? Ellos tienen cara de buenas gentes; pero vaya usted á saber... ¿Serán hermanos? Hermanos no son; clarito se ve que no vienen de la misma sangre... y si no son hermanos, ¿qué parentesco tienen? ¿Serán

marido y mujer?... ¿Y si no fueren casados? ¡Jesús, qué atrocidad! hacer juicios temerarios... Creyó el investigador que mostrándose abierto y nada reticente, conseguiría saberlo todo, y empezó á hablar así:

— Yo soy Bernabé Sedeño, casullero de esta santa iglesia catedral... Empecé de niño de coro y canté hasta los diez y seis años; dicen que era una delicia el oirme, porque tenía una voz muy bella y que conmovía á las gentes... El racionero, señor Rascón, quería mandarme á Roma, al lado del señor Vázquez; pero me atacó una enfermedad de garganta y me quedé áfono; la novena de señor San Blas y los polvos de flor de azufre me sanaron después de Dios... A los veintidós años me casé y seguí dedicado á cuidar las alhajas del tesoro; luego me hicieron guardián de la ropa, y ahora vivo temeroso de que pase algo en la catedral y aun que me acontezca á mí mismo... ¡Nos persiguen tan duramente á los del clero!... Mas sea cual fuere mi situación la pongo á la orden de ustedes, pues soy su criado muy obediente.

Miguel dijo:

—Yo me llamo Miguel Caballero de los Olivos, y esta es mi mujer y se llama Eugenia... Nos casamos hace dos meses y ahora venimos, yo á unirme á las fuerzas que defienden la plaza contra los franceses, y ella á acompañarme para saber mi suerte.

—¿Por acaso es usted militar, señor de los Olivos?

—Militar soy, aunque no con muchos servicios: tres meses hace que recibí el grado de subteniente que me confirió el señor Doblado.



—Ah, mire usted, gruñó el casullero, no queriendo celebrar ni lamentar el caso, y encontrando excelente aquella fórmula para manifestarse incoloro.

—Ahora aguardamos al mozo que ha ido á buscar un mesón para mí, y para Eugenia una casa de recogimiento de señoras solas, de monjas exclaustradas ó de familia respetable que acojan á la pobre, que es muy

niña, mientras yo voy á las trincheras y si se ofrece corro la ceca y la meca.

Sintió el viejecillo algo como un desvanecimiento al ver que se le venía á las manos la coyuntura que buscaba para mostrar su oficiosidad y para satisfacer su afán de nuevas, y pensó lleno de satisfacción.

—¡Pobrecillos! De él podría jurar que es un infeliz obcecado que viene á ayudar á estos infames carbonarios, nada más que por el aquel de las palabras bonitas de patria y libertad... Pero que me le coja el padrecito Grajales, que me le dé una agarrada en asuntos de teología, y ya puede contar con que la semana que viene está al lado del señor Márquez... Ya me figuro la cara que ha de poner y la manera con que ha de formular el *mea culpa*. En cuanto á la muchacha, es preciosa; con esos ojos de violeta, como llaman á esas flores que trajo de las Europas el heresiarca Alconedo, y con esa cinturilla que parece se va á quebrar, no hay que suponer que sea una perdida ni una tunanta... Buena es y buena seguirá siendo siempre... Y bien se conoce que los pobres vienen angustiados de dinero... Quién sabe que será; pero tengo un ojo médico admirable para estas cosas: al mirarlos noté que tenían más de pobres y de buenos que de otra cosa... Y como resultado de aquella serie de razonamientos, exclamó en voz alta:

—Señor Olivos, no crea usted que le cojo por sorpresa; pero se me ocurre que no ha de ser desagradable para usted lo que voy á proponerle. Mi casa (que es muy de ustedes, ya se lo dije) es la que necesitan... Allí no hay entrantes ni salientes, militares ni asimilados... Eclesiásticos, madrecitas exclaustradas, dos ó tres familias pacíficas y tranquilas será lo que usted encuentre... La señora estará allí sola y acompañada; es decir, podrá tener sus habitaciones en que estará como una reina, y disfrutará al mismo tiempo de la compañía de los otros huéspedes... ¿Que está enfadada ó triste ó sin deseos de hablar?... Chirrín, chirrín... vuelta á la llave é incomunicación absoluta... ¿Que el cuerpo le pide conversación, ó buen humor? Pues baja á mis cuartos ó á los de cualquiera de los vecinos y allí puede reirse, charlar hasta por los codos y hasta oir una que otra cancioncilla honesta; eso sí, que allí va de visita y casi vive y mora un estudiante de derecho que es lo más gracioso del mundo y que se llama Tirso Rafael Córdova... Conque ¿qué dice usted señor oficial?

—Digo, respondió Miguel, que estoy conforme, más que conforme, encantado, y que veo el cielo abierto con la cristiana propuesta de usted, pues lo único que me afligía era el destino de esta pobrecita, que ignoraba donde había de vivir... Batirme, quedar herido, sufrir todas las penas del mundo, nada me importa; á eso vengo

si es menester; pero que á lo menos tenga la seguridad de no dejar abandonada entre extraños á esta niña que ha querido ser mi compañera en próspera y adversa fortuna.

El casullero ya sentía que el dolor de clavo se le iba; pero en cambio conocía que empezaba á estrangularle un nudo en la garganta que, apretando, apretando, le hacía lanzar por las puertas de los ojos un raudal de lágrimas que le aliviaba.

—No tema usted, decía entre babas, mocos, suspiros y jipíos; todo ha de salir bien, y si no sale, ya veremos de componerlo de la mejor manera posible... No tema usted... Y ya más sereno añadió: la casa es un primor: número catorce de la calle Sola, á un paso de la iglesia de la Concordia, á otro de la portería de Santa Inés, y á dos pasos de las Capuchinas, el Carmen y la Concepción... Además, en las cercanías está el baño de la Limpia, por si la señora gusta de tomar cada quince días ó cada mes (que más frecuentemente no hace provecho) un bañito de aseo en un *placer* de los que hay allí y que tienen una agua tan rica que da gloria verla.

Eugenia contemplaba al vejete con admiración, y acabó por preguntarle lo único que ella deseaba saber y que se figuraba conocería al palmo persona tan docta y despejada.

—¿Señor, qué, habrá guerra?

Sedeño, desvestido ya de las ropas eclesiásticas, caminaba suave y pausadamente por el patio de la Catedral, cerca de los Santos Angeles que allí se encontraban en perpetua adoración.

—¿Ve usted, dijo, esa torre, y señaló la perfilada de la izquierda, á la sazón cubierta por un celajillo que se había enredado á la cruz como vellón de la blanca lana de las cabrillas que tanteó el escudero de la Mancha, ve usted esa torre? Pues á la hora que la vea inclinarse, rasar el suelo y volver á empinarse, empezará la defensa de la ciudad contra los franceses... Figúrese usted, los primeros soldados del mundo, los héroes de Sebastopol y San Martino, batidos por estos indios desarrapados...

—Sin embargo, repuso cortésmente Miguel, se están artillando los puntos defendibles y...

—Fórmula, pura fórmula, observó el de los pies tembleques, deteniéndose á fin de continuar su discurso, añagaza de que se valía para tomar descanso; pura fórmula. Se dispararán dos ó tres tiritos, y en paz. Luego vendrán las banderas blancas, los ayudantes corriendo á toda prisa, los tratados con infinidad de artículos y la entrada con repiques, músicas, flores y aclamaciones... Eso, ya es cosa convenida...

—Pues por Dios que si tal sucede, bramó furioso el de los Olivos, no será sin que me separe de esta farsa. Yo vengo á pelear y no á intervenir en faramallas.

—¡Haya paz, joven, haya paz! exclamó Sedeño guiñando su ojuelo verde que parecía una uvilla pelada; haya paz, que al fin usted no ha de regenerar el mundo; los juaristas llegaron ayer después de pelear en las Cumbres de Acultzingo; dicen que triunfaron; pero, la verdad yo no sé qué triunfo sería ese si llegan á encerrarse á Puebla... Dios dirá... Y ahora, sírvanse pasar á su casa; esta es, porque vivirán en ella y porque ya vivo yo.

Y entraron en la casuca.





CAPITULO II

En la casa

RENUEVA, oh musa, el victorioso aliento para que recuerde los particulares de aquella casa, en que se desarrollaron tantísimos lances dignos de conservarse por la Clío pequeñita que debe de haber para narrar los bajos hechos de los héroes de talla minúscula.

Nada atraía las miradas sobre el edificio; era vasto, triste, veteado aquí y allá del musguillo verdinegro que deja la lluvia, y coronado por media docena de enormes gárgolas que representaban rostros de endriagos ceñudos y malhumorados. Suelen decir que las ventanas son á las fachadas de las casas lo que los ojos á las personas; si tal cosa fuera cierta, habría que convenir en que aquel caserón era tuerto, ó que por lo menos veía mal: una ventana de buen

tamaño y varias aberturillas que flotaban entre la aspillera y el respiradero, era cuanto salía al exterior, dejando transparentar algo de la vida de aquella colmena... Miento, que algo más había para delatar la presencia de personas en el sitio: una cortina de indiana roja en la abertura principal, un zenzontle cantador en un ventanillo, y en los demás sendas macetas de albahaca olorosa, tomillo y orégano para la comida, ó poleo para el catarro y los dolores de cabeza.

Al zaguán, que era ancho y con honores de vestíbulo de iglesia, debía seguir un patio conventual; mas cuando el iluso visitante había hecho chasquear las losas que cubrían el caño y creía salir á terreno libre, daba de manos á boca con una escalera de ladrillo que, como centinela celoso que lanza el quién vive y atraviesa el fusil al paso de los importunos, se interponía sin dejar ver ni pizca para el interior. Mas todo era contar con algo de maña: bastaba costear el escalerón para hallarse en mar libre; allá, á lo lejos, se distinguían muchas mujeres atareadas que lavaban en piedras, más distante se veía una caballeriza en que asomaba las puntas de las orejas un asno filosófico, y en el último término un recinto cerrado por palos en que un gallo pregonaba su importancia mientras le oían sumisas y satisfechas una docena de gallinas gordas y bien criadas. Arriba, bajo un corredor inundado de sol, tres puertas tenían pintado con

almagre el número que á cada una le correspondía: 15, 16, 17.

— Jesusita, preguntó Sedeño con mucha urbanidad,



¿no se sirve prestarnos la llave de la habitación vacía?

— Con todo gusto, señor don Bernabé.

Se oyó la caída de unas tijeras, el menear de muchas llaves, y al fin una viejecita con el cabello alborotado y que se clavaba cuidadosamente una aguja en la abierta

camisa, llegó conduciendo una llave herrumbrosa y de gran tamaño.

—Usted, trabajando con la fresca, dijo el viejo.

—¿Qué se ha de hacer, señor? tengo que apuntar toda la ropa de los monacillos, que ya sabe usted que como *rompelones,* son de lo que no hay.

—¡Que si son! exclamó don Bernabé guiñando el ojo á todas partes y haciendo un gesto de inteligencia, como si hubiera comprendido todas las tunanterías del mundo.

Subieron la escalera angosta, descubierta, incómoda, verdadera escalera de celosos, como el casullero dijo, matizando la frase exquisitamente.

—Observe usted ahora, señor de los Olivos, continuó el sacristán, qué construcciones éstas: aquí no hay nada de adobe; los pilares no están hechos de madera, ni los pisos tienen ese ladrillo poroso que es la especialidad de México; ni faltan los lindos corredores volados que tan útiles son en las casas; ni son raros, sino muy comunes, los ladrillos esmaltados á la usanza moruna... Y es que aquí tuvimos una dinastía de alarifes andaluces que valían cualquier cosa... Vea usted, á esa piedra encajada en la pared la llaman *can;* á la que le sigue y se apoya en ella, *pescán...* Lindo artificio, ¿no es cierto...? Tampoco podía conseguirse esto más que en Puebla... Vea no más qué piedra; casi no tiene poro... Fuerte es y de duración inacabable como los poblanos que viven cerca de sus

canteras... Y el chiquitín se golpeó el pecho, y al golpe se tambaleó como si le hubieran quitado súbitamente la base de sustentación.

Miguel y Eugenia se fijaron en esto en el gracioso viejo, y á un tiempo echaron de ver algo que no habían notado en lo obscuro de la catedral; don Bernabé tenía el párpado del ojo izquierdo bajo y paralizado, y los del otro rojizos como si estuvieran hechos de venas de chile ó volteados al revés por diversión.

— Aquí tienen ustedes los reales aposentos donde han de descansar, dijo burlón el del párpado inmóvil: perdonen vuesarcedes si los tapices de Flandes y las alcatifas de Persia no están aún en su lugar; pero ellas, y los sitiales y los vargueños y los cuadros vendrán en seguida.

A Eugenia le pareció de muy buena sombra el chiste y rió á más y mejor.

— Óyele, Miguel; parece que estoy escuchando á mi mamacita: porcelanas por aquí, bronces por allá, cuadros por acullá... ¡pobrecita!... ¡Dios sabe qué le habrá sucedido y cómo habrá tomado nuestras cosas!

El casullero, viendo que le celebraban el chiste, se aprestó á reirse y á soltar nuevos primores de su ingenio; mas como notara que los huéspedes hablaban de cosas que le sabían mejor que un *camotito de Santa Clara*, puso el oído atento y oyó á Miguel decir con negligencia:

—Vamos; ni te preocupes por ella: es como si el mendigo que pide las sopas en casa de Martín Daran, se afligiera por si el banquero alcanzará para comer hoy; manducando ha de estar ella frente á frente de no sé cuántos emperadores, príncipes, senescales, archipámpanos y bajaes de tres colas... En cuanto á lo que piense de nosotros, me tiene tan descuidado como las pulgas que se están chupando la sangre del nieto de la primera azafata de Isabel II... Casados estamos en haz y paz de la santa Iglesia y de la santísima ley; y, ó bien llego yo á príncipe, mariscal ó cualquier cosa gorda, ó tú bajas á subtenienta de caballería con doce reales diarios (cuando los haya) y obligación de mantener caballo... Y de los dos extremos el segundo es el que se va realizando, como si lo hubieran vaticinado los profetas.

—Esta es la sala, decía Sedeño; vean qué grande y qué hermosa: su pavimento de recinto, lo tiene como las otras piezas; siguen dos recámaras, una grande y capaz, otra más reducida... Aquí está la cocina de campana, el común y una azotehuelita para lavar y tender ropa... Bien que no es necesaria, que hay un patio tamaño donde pueden poner á solear cuantas mudas traigan consigo si algun día lo necesitan... Vean qué techos tan altos, qué muros tan gruesos, que apenas los abarca un hombre, qué puertas tan seguras... Esto



...¡Eufrasia, Eustasia, Gervasia, Protasia! ..

está hecho de coste y costas, no como su famosa ciudad de los palacios, que parece de alfeñique... Noten ustedes; no hay mal olor... ¿qué tal? ¿Verdad que aquí sí debe de haber salud y vida arreglada?... Y todo por cinco pesos cada mes, me parece regalado.

—Pues tomo el departamento, señor Sedeño, lo tomo, recalcó Miguel, y ahora que venga el mozo que trae nuestras cosas, y quedaremos instalados.

—Pero no me iré á mis ocupaciones sin presentarles con mi familia... ¡Eufrasia, Eustasia, Gervasia, Protasia!

Deben las mujeres de haber estado espiando lo que acontecía, porque salieron como surgen por escotillón las brujas en comedia de magia. Al mirar á todas aquellas muchachas, se maravillaba el entendimiento de la igualdad que existía entre ellas: Gervasia era el retrato de Eufrasia, Eufrasia el de Eustasia, Eustasia el de Protasia y todas eran tan semejantes entre sí, que parecían copias hechas á máquina. Eran bajas de cuerpo, delgaduchas, morenitas, con ese color de cera de Campeche que denuncia una vida de afanes y hasta de hambre; todas vestían falda negra, todas traían en la mano sendos zorros con que de seguro hacían el aseo de su casa, y tenían un distintivo con el cual era imposible toda falsificación: unas narices chatas, estranguladas de la base, abiertas de la punta, dirigidas hacia arriba como las de los caballos venteadores, y mostrando

unas ternillas obscuras que daban idea de un continente negro.

—Aquí estamos, papá.

—¿Qué deseas, papá?

—¿Qué mandas, papá?

—Papá, no sabíamos que estuvieras aquí...

—Aquí estoy y bien acompañado... Este señor oficial y su mujer, que es la que está presente...

—¡Ay, qué mona!

—¡Preciosísima!

—¡Pero si es una criatura!

—¡Parece un dulce!

—... Vienen, prosiguió Sedeño sin hacer caso de la interrupción, á vivir en la casa. Ya le he dicho á mi amigo que ustedes le ayudarán á la señora en cuanto puedan... si es que él tiene que ir á batirse, á hacer servicio ó á cualquier otra cosa.

—Pues nos tiene usted á sus órdenes, dijo la primera muchacha con voz tipluda, y «pues nos tiene usted á sus órdenes», repitieron todas en el mismo tono.

—Bueno, bueno, dijo Sedeño; yo me voy á mis negocios, que todo lo dejé tirado por allá, y ustedes se encargarán de agasajar y hacer la corte á la pareja... Guapitos, ¿eh?

—Sí, papá, dijo una, prestando por las otras voz y canción.

—Preséntenles con los vecinos, denles noticia de todo, y mientras se instalan, tráiganles unas sillas, unas camas, la mesa chica; en fin, á ver cómo los ajuarean.

—Sí, papa, repitió la vocera.

—Bueno, bueno, hasta luego; ya saben que á las doce estoy de vuelta.

—Sí, papá...

La visita empezó—¿por dónde había de empezar?—por la habitación de las niñas Vacas, á quien llamaba Sedeño «las santas mujeres.» Eran tres entre los quince y los cincuenta años, de esas que las gentes llaman *güeras desabridas*, es decir, de esas en que el rubio indeciso y como sucio de la cabeza, se halla de acuerdo con el rostro morenito, amarillento y manchado y con los ojos color de *charco revuelto*. Sin embargo, las Vacas producían una rara ilusión: la de que llevaban cabeza propia y cuerpo ajeno, pues mostraban, á pesar de las ropas desgobernadas y holgadísimas, una opulencia de curvas y hundimientos que habrían hecho la desesperación de un santo.

Nadie había sabido que las Vacas hubieran tenido nunca amoríos, ni oído cortejos, ni ocupádose en nada que no fuera sus dulces, sus flores y sus viandas; mas he aquí que de repente la mayor, Antonia de Jesús, empezó á entristecerse, á tener crisis de lágrimas y á quejarse de dolores agudísimos en la cabeza; he aquí

que ni el agua contra latido, ni las tres lejías, ni la brasa apagada en cocimiento de hojas de naranjo tuvieron efecto ninguno, y que á poco Antonia dió á luz una criatura sana, de tiempo y perfectamente íntegra de miembros y funciones...

Las Vacas creyeron morir de la vergüenza: luchaban entre el deseo de ayudar á la pobre descarriada, conocer al crío, adoptarle, mimarle y hacerle suyo, y el bochorno que experimentaban al ver mancillado el clarísimo apellido de Vaca, raíz y fuente de innumerables obreras que habían engalanado las iglesias de Puebla con cien mil flores de trapo, y los estómagos de los señores obispo, deán y cabildo con cien mil primores culinarios. A Juana Francisca, madre de la actual dinastía, fué á quien dijo el santo señor Becerra aquello que fué tan sonado y tanto aumentó la clientela de las muchachas:

—Juana Francisca, hija, tú no irás al cielo: haces caer á tantas gentes en el feo pecado de la gula, que aunque tu vida sea tan irreprensible como es, no lograrás sentarte en el coro de los bienaventurados... Y Juana Francisca se reía y excitaba el humor de golosinas de Su Ilustrísima.

Pero pudo más en las Vacas, que al fin eran buenas como el buen pan, la visión de su hermana prófuga, abandonada y solitaria, que su rencor y el bien parecer; y se decidieron á buscar á la pecadora y la llevaron

á su lado con la criatura. Poco había de sobrevivir á estas cosas la parturiente; y cuando no cumplía la cuarentena de rúbrica, murió de no sé qué complicación. Las otras se quedaron con el cargo del niño y siguieron la vida de siempre.

Cuando las Sedeños, Eugenia y Miguel llegaron al cuarto, salió al frente una de las cocineras:

— Favor de no hacer ruido, que acaba de pegar los ojos en este instante; no durmió en toda la noche el angelito y al alba se quedó como una palomita... Mucho gusto en conocer á ustedes; mis hermanas no salen porque en este momento están descansando un poco... Siéntense ustedes... ¿Conque á vivir en esta casa?... Pues para nosotras es mucho gusto; ya se lo habrá dicho á ustedes el señor Sedeño: aquí no hay más que familias pacíficas, gentes serias y honradas que se valen unas á otras y que viven en armonía... ¿Me permiten que eche un ojo á ese cacito que tengo en la lumbre? Es una *cafiroleta* para las Hermanitas de la Caridad.

— Ya ustedes ven, decía la Vaca haciendo un agujero á cada huevo y vertiendo con habilidad las claras en un plato, mientras reconcentraba en otro las yemas... Todo es trabajos; dos años hace, sí, señor, dos años hace que no nos dejan descansar los pesares... Primero fué mi madrecita, madre de mi señor padre, que cuando se murió fué para nosotros como si nos hubieran arrancado la tela del

alma... Me dirán que la pobrecita de nada servía... Servir, en cuanto á servir, claro que no *trafagueaba* como nosotras; pero allí, sentada en un rinconcito, desde su sillón de brazos, nos infundía no sé qué actividad, como que nos impulsaba á trabajar y á movernos y á ser buenas... Luego vino mi mamá... El acabóse... Fué como si le hubieran quitado á la máquina la rueda principal... Y al fin, cuando pensábamos que ya Dios nos tenía suficientemente probadas, lo de mi hermana...



Echó en esto las yemas en el almíbar, que al principio como que se encabritó, luego tuvo un momento de estupefacción, y al fin rompió á hervir suavemente, como si fuera su movimiento el respirar de una persona dormida... La muchacha removía el cucharón sin parar, dando y recibiendo respuestas, pues estaba pendiente de todo.

En esto oyeron removerse un cuerpecillo, y tras un poco de pujar un chillido penetrante que subió á los aires denunciando una imperiosa necesidad orgánica, supiera el cielo cuál era.

—Rebeca, ¿estás ahí? gritó de la alcoba una voz de persona mohina.

—Tengo el cazo en la lumbre, tú.

Y echaba en ese instante en la miel el coco que había rallado y que parecía una espumilla nevada.

El mamón acentuaba su malestar, y ya había trocado sus primeros gruñidos en llanto de inmensa pena, cuando se oyeron unos pies descalzos que andaban por el suelo, y una voz cariñosa que decía:

—Ya, ya, ya... ¿Qué tiene el encanto? ¿Quién le hizo enojar?... Cállese, cállese el chiquitito... *Agú, agú*... ¡Qué monada, Mercedes! mira qué pronto se contentó... ¡Ah, qué niño tan bueno! voy á darle su lechita...

Rebeca ajustó un biberón en una botella, la introdujo á la alcoba, y dijo á otra mujer que á la cuenta permanecía echada en la cama:

—Y tú, ¿qué haces? ¿Piensas seguir dormida por una eternidad?

Y la interpelada, con voz blanda y diáfana, respondió:

—Estoy destroncada, Rebe, me duele desde la crin hasta la cola... Figúrate, toda la noche sin pegar los ojos... Yo me quedo otro ratito, hermana.

—Manuela, deja á esa floja de Mercedes y vístete pronto.

Se escuchó mucho fregoteo de carnes, resoplidos como de ballena al aspirar el agua y trajín de persona atareada, juntamente con los tragos del chiquillo, que aplicaba todo el poder de sus bezos contra la botella.

—Pues ya saben ustedes que he tenido tantísimo gusto, y que mis hermanas lo. tendrán también muy grande, dijo Rebeca al ver que las visitas se levantaban... En todo lo que les podamos ayudar, ya lo saben, tienen unas pobres servidoras.

—Ahora, dijo Eufrasia, visitaremos á la madrecita, que ya estará levantada.

—¿Levantada? ¡Si á las tres está en pie! Sigue todas las reglas como cuando estaba en clausura.

Tocaron á una puerta, y una de las sacristanas salmodió:

—¡Ave María!

La puerta se abrió y salió como heraldo y batidor de la casa un pronunciadísimo perfume de alcanfor, que hacía toser á las gentes.

—Pasen ustedes adelante, gruñó en medio de ridículas reverencias una vieja alta como un castillo, enjuta de carnes, negra de rostro, con la cabeza pasuda y un pañuelo rojo que parecía una cuchillada cruenta é irrestañable, atado no sin donaire de una á otra oreja. El atavío

lo completaban camisa de diversidad con randas, saya listada de blanco y rojo, zapatillas de mahón azul y un puro que sólo se apartaba de la boca de la dueña para que ésta arrojara enormes salivazos que caían en el suelo como pedazos de cascote que se desprendieran del techo.

Luego que la mulatona vió que las visitas estaban acomodadas, cuál en sillita baja, cuál en la cama ó en un sillón de cuero que por allí se miraba, se sentó en una vieja poltrona que parecía tener las entrañas de piedra.

—Yo, vociferó ahogándose, eternamente arruinada: un dolor que me coge desde aquí (y señalaba los cuartos traseros) hasta acá (y mostraba las últimas estribaciones) con *correspondencia* y todo.

—¿Y qué se ha hecho usted, Pachita?

—El alcanfor, hija, el alcanfor: friegas, lociones, unturas, cuanto tú quieras; pero siempre el alcanfor.

—¿Y se mejora usted?

—¿Que si me mejoro? Anoche estaba que, mala la comparación, parecía macho aparejado; ahora ya respiro bien y con toda libertad. ¡Benditos sean Raspail y la madre que le echó al mundo!

—¿Y qué cosa es Raspail? ¿Es medicina? preguntó la más *atarantada* de las Sedeños.

—Raspail, *mi alma,* respondió la vieja con retintín y cruzando la pierna, no es cosa; es persona, es un señor no sé bien si de Jerusalén ó de Roma ó de la misma España,

que escribió un libro, este libro que ustedes ven, probando que tenemos acá dentro del cuerpo unos animalitos chiquititos, chiquirrititos, que son los que nos causan todas las enfermedades y que sólo se mueren con alcanfor. ¿Será listo el buen señor? Pues con este librito, adiós médicos, adiós boticas y adiós tonterías; desde el constipado hasta la tisis, todo lo puede usted curar con este librito.

— ¿Y la Sor?

— Ya saldrá.

Y como si la hubieran evocado, apareció en el vano de la puerta una monja alta y gruesa, vestida como si estuviera en el interior de su convento. Bella, lo habría sido si no hubiera tenido una nariz pequeña que se divorciaba del resto de la fisonomía. Los ojos eran chicos, pero negros como capulines; las manos delicadas, pequeñas y de buen dibujo; el conjunto de serenidad, de mansedumbre, de perfecta é inalterable paz interior. Saludó á todos haciendo á Miguel una inclinación de cabeza, y se sentó á formar parte del corro.

— ¿Ya se acostumbra la madrecita á nuestro clima?

— Ya no llora tanto como en el tiempo en que llegó.

— ¿Ya encuentra nuestras iglesias tan devotas como las de su tierra?

— Todo me gusta y á todo me voy acostumbrando, respondió la monja á aquel diluvio de preguntas; todo me gusta y sólo echo de menos mi convento, mi vieja casa,

con sus arcos platerescos, con su fuente murmuradora, con sus celdas grandonas, con su iglesia historiada y con su órgano asmático. Mi casa, mi casa de Santa Mónica es lo que yo ansío... Anoche soñé que aplicaba la boca á la cratícula que teníamos allá para comulgar, y que otra monja, vieja y gorda, se me echaba encima para captar la hostia; pero al fin nuestro Capellán, el pobrecito señor Rojas Vértiz, hallaba mi lengua y me ponía una forma fresca, dulce, suave, que me alimentaba y me hacía vivir... Y hoy por la mañana que fuí á la Concordia, acordándome de aquella comunión inefable, dentro de mi casa, con mis compañeras, con todo el ardor de quien se figuraba que no había más vida que aquélla, lloré al recibir al Señor... Que Él sea alabado.

—¿Fué expulsada la madre de algún convento de Puebla? interrogó Miguel.

—No, señor, del convento de Santa Mónica, de Guadalajara, respondió la monja.

—¿Y cómo vino hasta Puebla?

—Con todos los trabajos del mundo; confiándome á un excelente villano que me puso acá en un mes cabal de correr en mula la mitad de la República... Yo pensaba que aquello no tenía fin; pero afortunadamente lo tuvo. ¡Quién había de creer que el mundo fuera tan grande y tan bello, y que los hombres le habían de poner en tan triste estado! ¡Pobre de mí!

Pasaron de allí al cuarto de los hijos de la viuda, como se llamaba al cuchitril en donde vivía Antonia Ramírez, y no porque tuvieran nada que ver con la masonería ó sus adeptos, sino porque la pobre tenía nueve hijos, «varones todos, todos varones» como dijo el poeta macarró-



nico. Y lo peor era que no tenía más trazas de salir de su situación que Satanás de abandonar el infierno, pues Rudesindo, el hijo mayor de Antonia, que era un excelente artesano, había dado en beber y no era posible hacer carrera con él.

Y habrían ido á la habitación de las planchadoras, á la de la China Catarina, á la barraca de canasteros del corral y á todas partes, si no hubiera dado las doce

la campana gorda de la catedral y se hubiera oído la vocecilla cascada de Sedeño que subía agobiado gritando á voz en cuello:

— Vamos á comer, que Rafaelito trae por aquí noticias nuevecitas.

Dos Sedeños se habían desglosado á tiempo del grupo, y tenían ya sobre la mesa limpia y decorosa unos manteles blanquísimos, y sobre los manteles una fila de platos de excelente caldo con su repollo, sus trozos de jamón y demás cortejo de estilo.

—No se quite el sombrero, Rafaelito, que va á hacerle daño.

Venía sudando.

— Estoy bien, amigo mío, insistió el otro, que era de buen cuerpo, pelo castaño, blanco de rostro, bien agestado, ojos negros y movimientos fáciles. Se le habría podido llamar un buen mozo si no hubiera sido por cierto tinte clerical que se notaba en todas sus acciones y movimientos. Si ponderaba, movía las manos como si fuera á decir *dominus vobiscum;* si dirigía la palabra á alguna persona, parecía ordenarle: *orate, fratres;* si contaba un chiste ó hacía una demostración, se le veían los movimientos de quien ocupa la sagrada cátedra en día sonado. Tirso Rafael Córdova era michoacano, había llegado á Puebla con el obispo Labastida, y ahora estaba en días de recibirse de abogado ó ya lo era.

—Conque sí, Rafaelito, dijo la Sedeño mayor, suelte usted por esa boca el diluvio de novedades que se trae.

—Pero antes, Eustasia, permítame que salude á este caballero y á su señora.

Miguel y el moreliano se hicieron randibús, y como el matrimonio quisiera marcharse á la vista de la pitanza, don Bernabé se puso fosco.

—¿Qué es esto? Aquí nadie se va sin mi permiso. ¡A sentarse, que yo mando!... Y, sobre todo, hay que oir á Tirso Rafael, que trae primores.

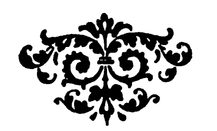
—Pues, señor, susurró el licenciadete, han de saber ustedes que los puros se han metido aquí como ratones *correteados*. Han nombrado gobernador á Tapia, y diz que van á defender á Puebla... Acaba de salir un bando que es un primor; le firman Tapia y su secretario, el poetastro Joaquín Téllez, y empieza por declarar en estado de sitio á Puebla y á cualquier otro lugar que ocupen el enemigo extranjero ó los traidores; dispone que luego que suene un cañonazo de aviso ó la campana mayor de la catedral, se presenten todos los mexicanos de 16 á 60 años, en las plazas Principal, del Carmen, San Agustín, La Compañía y San José; declara que se hará una resistencia numantina y que pueden salir los que lo deseen, pues aquí sólo se necesitan leales patriotas, buenos y dignos ciudadanos... Es lo principal.

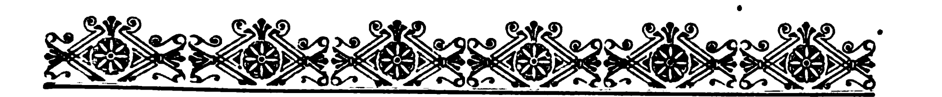
—¿Y usted lo cree...? Yo, como si fuera un cuento de las Mil y una noches.

—Algo habrá, dijo Córdova, algo habrá; necesitan hacer la desecha y no es posible que permanezcan con las manos cruzadas.

— Quizás ni eso, Rafael, quizás ni eso; susurró Sedeño, tratando de alzar el párpado paralítico.

Cuando acabó la comida, Miguel fué á presentarse al comandante general.





CAPITULO III

Cinco de Mayo

Gordo, moreno, de ojos chiquitines, el pelo cortado á rape, el uniforme desabotonado, limpiándose el sudor con un gran pañuelo de hierbas y escribiendo con una pluma de barbas azules, estaba sentado á una mesa el capitán Ruiz, Manuel Ruiz, de la costa de Sotavento, cuando se le presentó Miguel, caballero en el *Chinaco* y acompañado de su escudero Romualdo Gómez.

Ruiz le vió desde la ventana de rejas y suspendió la comunicación que tenía empezada, que se encontraba cabalmente en el lema: *Libertad y Reforma.*

— Pase, amigo y deje su caballo con ese soldado. ¿Trae recado del cuartel general, ó viene de algún cuerpo?

—No, mi capitán, respondió el muchacho mirando á hurtadillas las charreteras del escribiente; vengo de México; pertenezco al tercer ligero de Guanajuato y me adelanté un día al grueso de la gente para traer descansadamente á mi señora.

—¿Y cuándo llega esa tropa, que ya la aguardamos como agua de Mayo?

—Hoy deben de haber salido y rendirán jornada en Ayotla; mañana llegarán á San Martín Texmelucan, y el 6 estarán aquí.

—A buena hora; pero en fin, peor es chile y agua lejos.

—Traía una carta del señor General Doblado para el señor Zaragoza y otra para el señor Tapia, y desearía poner los papeles en manos del general en jefe y del gobernador.

Y sacó dos cartas azules, sin sobre, dobladas sobre sí mismas y con un par de obleas verdes en cada nema.

El capitán dió vueltas á los papeles, leyó las cubiertas con todo espacio, y, golpeando los pliegos contra el dorso de la mano izquierda, subió el pie sobre la silla de tule y dijo negligentemente:

—Imposible hablarle al general; primero consigue usted una conferencia con el mismo Zaragoza... Pero, en fin, nada me cuesta llevar las cartitas.

Cogió los papeles, levantó una cortina de bayeta verde y entró á la pieza inmediata. A los diez minutos salió.

—Lo dicho, amigo: que está ocupadísimo... ¿Qué tal ve á su penco?... Bonito animal, bonito... Que le señale á usted lugar en cualquier cuerpo, pues el general tiene facultades para ponerle donde quiera... ¿Qué le parecería á usted irse á los exploradores de Pedro Martínez?... Tapia se encarga de la carta de Zaragoza.

—Yo voy á donde me manden.

—Pues aguárdeme. Y con una letra inglesa que parecía haber echado cuernos, rabo, pezuñas y pelos (así estaba llena de rasgos), inclinando mucho el cuerpo y rematando con una rúbrica que, de desenvolverse, hubiera dado vuelta al recinto fortificado, dijo mientras calentaba con vaho el sello de la comandancia y aplicaba sobre él todo el peso de su cuerpo, haciendo bailar el sello sobre el papel:

—Va á quedar contento; es chinaca brava, pero buena gente. Ya verá.

—Adiós, mi capitán.

—Adiós, subteniente Caballero de los Olivos.

Tuvo Miguel que marchar despacio, pues las calles estaban atestadas de gente y animales. Un carro de transporte se había metido de lleno en una *pasadera,* y mientras los conductores juraban á gritos, y azotaban sin

piedad al ganado, se acercaba á toda prisa otro tren que conducía material de hierro, tan ruidoso, que era imposible oir media palabra cuando las piezas empezaban á chocar entre sí. Las banquetas estaban embarazadas con mulas que conducían ruedas, cureñas ó cañones de montaña, y los arrieros improvisados borneaban cajas de parque y llevaban á lomo bultos con estopines ó con pólvora. De un zagúan, abierto cuan ancho era, salían cargadores que en tal ó cual prenda del traje daban á conocer su filiación militar: cargaban sobre los hombros, acomodándolos en la *mula,* sacos que denunciaban su contenido por el blanquecino rastro que la harina dejaba en el suelo, ó por los granos de maíz, fríjol ó garbanzo que caían en un trayecto ya previsto; apenas salían los granos, y una fila de muchachos hambrientos y de viejas desarrapadas, los recogía entre el polvo, disputándolos como si hubieran sido piedras preciosas.

Consiguió Miguel, dando vuelta por la calle de Guevara, desembarazarse de aquel gentío; pero, apenas comenzaba á andar, cuando le sorprendió un batallón que desembocaba de la plaza, uniformado de dril moreno, con paños de sol en las nucas, el fusil al brazo y marcando el ritmo de la marcha con trabajoso andar.

Se advertía en aquellos rostros la fatiga de muchas etapas recorridas, el agotamiento de muchas hambres soportadas, el dolor de muchas heridas mal cerradas, la

nostalgia del rancho, del *cuamil*, de la accesoria ó del arroyo.

Miguel pensó: «Quizás tiene razón don Bernabé; ¿cómo vamos á oponer estos pobres sin armas, sin vestido, sin bagajes, á soldados europeos llenos de fuerza, bien alimentados, engreídos con sus victorias, conscientes de su valer y despreciando á sus enemigos? ¿Acaso los nuestros sabían qué era la patria y se figuraban la inmensa desventura de vivir sujetos á un yugo extranjero? ¿Acaso luchaban con fe y con convicción?»

Pero una voz interior le decía: «Bien está, bien está; pobres y débiles son; poco saben, ignoran más y de muchas cosas nada se les alcanza; mas ¿no fueron ellos ó sus padres los que llevaron el nombre de México hasta más allá de Guatemala, los que echaron á los españoles, los que han subido en sus hombros ó bajado entre las bayonetas á cien mil caudillos? Se ha dicho: «La nación es católica», y la nación ha hecho la reforma, «la nación ama á Santa Anna», y la nación ha acompañado á los vencedores de Ayutla y ha puesto sobre el pavés á las gentes que ha designado la minoría consciente. ¿Por qué ahora no había de vencer mediante un esfuerzo supremo... por una casualidad... por un milagro, para decirlo todo?

«Camino de Amozoc», le habían dicho, y camino de Amozoc se dirigió en busca de su futuro jefe. Siguió calles en que sólo se veían casas cerradas, perros desconfiados,

talleres y comercios sin movimiento. Salió al campo y atravesó un arroyuelo lleno de esos detritos que arrojan las ciudades á sus afueras, como en las casas echan los trastos viejos al cuarto más obscuro y retirado. La tarde era clara, pero la falda de los cerros, la orilla de los barrancos y el fondo de los arroyos ensombrecían ya el paisaje como si se les hubiera cubierto con un velo negruzco que hubiera quitado sus galas á la naturaleza.

Pasó un sembrado en que un viento frío, precursor de la noche, movía los aironcillos de las milpas recién nacidas, como si hubieran sido las cimeras de un ejército de soldados pigmeos; atravesó una depresión del terreno en que confundió las peñas y los espinos que coronaban la ceja de un arroyo con gente de caballería emboscada y lista para el ataque; le siguió por largo trecho el muro de un bosque que recortaba el horizonte, y llegó á la presencia de Martínez cuando era ya noche cerrada: una golondrina acababa de pasar junto á él como una flecha, en busca del techo de una casa ruinosa que por ahí se veía.

—Hum, dijo el chinaco; me gusta la gente nueva, pero ha de tener calzones... Bonita bestia, dijo acariciando el caballo de Miguel... Cuando quiera deshacerse del *cuaco*, yo le doy cien pesos por él... Acérquense á una lumbrada á ver qué se encuentran... ¿Dice usted que es la

primera vez que sale á pelear? Ya se le nota; es usted muy criatura; pero no tardará en oir cómo truenan los balazos... Mañana los tenemos sobre Puebla; oiga lo que le digo... Mañana.

No iba desprovisto Miguel; llevaba en las árguenas buena cantidad de fiambres que había colocado allí la previsión cariñosa de las Sedeños, y con eso se refociló al lado de un capitán de Nuevo León y de un subteniente de Colima.

Se divirtió un rato mirando las luminarias del campo, y cuando hubo *echado el taco* y bebido un trago de pulque, se reclinó en el capote, acercó la silla que le servía de cabecera, volvió el rostro á la lumbre que le ofendía la vista y se quedó dormido como un bendito. Dos ó tres veces le despertaron el frío de la noche ó las voces de alerta de los centinelas avanzados; miró el campo tranquilo, vió á su caballo ramoneando la yerba que rodeaba el mezquite en que el animal estaba apersogado y volvió á cerrar los ojos.

A las tres de la mañana le hicieron abrir los ojos los ruidos con que se sacudían sudaderos, se limpiaban caballos y se arreglaban monturas. Miguel estaba ya avispado; se puso en pie, estiró los brazos, enjaezó al *Chinaco* y en un periquete se encontró á horcajadas sobre el animal.

El comandante recorrió el campo é inspeccionó á su



gente, y al acercarse á Miguel le reconoció á la luz de la hoguera inmediata.

—¿Usted es el nuevo? Tome tres hombres, adelántese un trecho y esté al tanto de lo que hacen los gabachos.

Se arrebujó Miguel en el poncho para evitar el frío de la mañana, llamó á Romualdo, que ya estaba uniformado con blusa roja y lanzón con banderín, y no tardaron en presentársele otros tres chinacates con la misma indumentaria y montando caballitos de colores obscuros.

La madrugada era serena y clara: Aldebarán lucía, como un gran ojo que espiara hacia la tierra; Arturo lanzaba un destello azulado que parecía una luz vista á través

de un fanal, y Sirio se ocultaba rojizo, titilante, tembloroso, como si fuere la llama de un blandón votivo. Los caballos pisaban el anicillo; la rosa de San Juan lucía su estrellita blanca á la orilla de la ruta, y el tomillo, la mejorana, la salvia, el marrubio y la santa María llenaban el aire con mil olores campesinos. Cuando el sol salió, las aves empezaron á cantar regocijadas: gorrioncillos pequeños, sinsontes parduzcos, chirinas pechirrojas, saltando de rama en rama, difundían la vida y el aliento. La mañana era de esas que las gentes llaman *metidas en agua;* no llovía, ni siquiera estaba nublado el cielo, pero había tanta humedad en la atmósfera, que se sentía todo impregnado de agua, como si los barrancos y los cerros acabaran de salir de un baño.

Caminando, llegó el oficial á un punto en que se dividen dos caminos, quedando en la intersección una delta que empezaba por una gran mohonera de ladrillo y mezcla que señalaba los límites entre dos propiedades. La yerba estaba reluciente como si la hubieran barnizado; multitud de trepadoras y flores silvestres se asían á la piedra y subían en guías multicoloras.

Dudó Miguel qué camino había de seguir, cuando vió que se le acercaba una figura desconocida, la de un mocetón alto, rubio, grueso, montado en un gran caballo tordillo, con dormán rojo y pantalón azul, que venía

distraído canturreando entre dientes no sé qué. Miguel sintió que el corazón le daba un vuelco; quiso recurrir á sus armas, quiso llamar á sus compañeros, quiso hacer no sé cuántas cosas; pero no supo sino detener el penco y volver grupas al ver que el otro tornaba á toda carrera. Emprendió también carrera abierta y sólo la moderó al divisar en lo alto de un collado á los tres chinacates que departían bajo un árbol mientras echaban unas yescas; paró en la margen de un arroyuelo que, como cinta de plata, corría inundando los terrenos inmediatos, y allí aguardó la llegada de los charros que avanzaron fumando sus *macuchís*. Por fortuna no se habían enterado del susto los hombrachones aquellos, que llegaban riendo del algún cuento verde que les había referido Romualdo.

Subieron juntos á un cerrillo y entonces ya no les cupo duda de que el enemigo venía á toda prisa. Un mar de bayonetas que relumbraba al sol y una serie de pantalones rojos, caballos, dormanes, guiones y banderas, les cegaron los ojos por un rato impidiéndoles ver más.

—Volveremos á avisar lo que pasa, dijo el subteniente, como consultando con sus compañeros; y bajaron el cerrillo paso á paso hasta que dieron con la tropa de exploración que llegaba desplegando al aire banderolas y gallardetes.

La noticia fué recibida con gritos de júbilo y voces de entusiasmo.



Puso Martínez su avanzada en orden, y ocultos por una barranquilla...

—Ya vienen; ahora verán lo que es cajeta.

—A ver si también los indios se rifan.

—A ver si les entran las balas á los güeros.

Puso Martínez su avanzada en órden, y ocultos por una barranquilla prepararon todos sus armas. Fué un rato de silencio solemne; los tagarnos, con la carabina al brazo, puesto el dedo en el gatillo, miraban hacia la loma esperando verla coronarse con la tropa enemiga. No tardaron en aparecer un pantalón y un fez rojo; después un soldado á caballo y otro á pie, y luego muchísimos de pantalón rojo, de gorrete rojo, de polainas blancas y mochila que deslumbraba cuando la hería el sol. Llegaban al paso gimnástico, con el fusil á la espalda, de dos en dos, de cinco en cinco, de diez en diez, serios unos, alegres y bromistas otros, apresurados todos.

Luego que el jefe mexicano vió que ya había gente sobre quien hacer blanco, ordenó el fuego.

—¡Ahora, muchachos! gritó.

Y una nube de humo envolvió á los tiradores. Luego que la nube se disipó, Miguel vió que faltaban de entre los franceses que habían divisado primeramente, un viejo que avanzaba gallardo y retador, un negrazo gigantesco que sobresalía de entre los demás de pantalón colorado, el jefe de á caballo y algún otro.

Se notó la sorpresa que la brusca acometida había

causado, y no tardó en doblar la cúspide de la montañita un grupo de soldados de caballería.

En ese instante Martínez ordenó la retirada. Salieron los jinetes paso á paso, tomaron á poco un ligero trote y se metieron en un bosquecillo á la derecha del camino. Cuando la avanzada francesa estuvo á tiro hicieron los chinacates una nueva descarga, y derribaron á algunos de los que se adelantaban. Se metieron los franceses en el bosque, pero los mexicanos ya estaban fuera de su alcance; habían tomado diferentes direcciones, obedeciendo al admirable instinto del guerrillero Martínez, que determinó á sus tagarnos donde habían de reunirse de nuevo.

Dos ó tres veces más causaron bajas en la avanzada francesa los valientes fronterizos. Miguel veía aquello más como cosa divertida, como cosa graciosa, que como materia de peligro; se le figuraba el correr de la pólvora en las tribus africanas, que había leído en una relación de viajes poco tiempo hacía.

Cuando los jinetes mexicanos voltearon el cerro de Amalucan, vieron un espectáculo que les habría cautivado si hubieran estado allí para buscar colorido y primor. Llenaban la llanura los uniformes rojos, rojos hasta parecer que las polainas blancas caminaban en un mar de sangre; y brillaban en lo alto de los hombros, fusiles que lucían en la punta hojas blancas que semejaban una mies acerada, movida por un viento acompasado y tenue.

Seguían varios batallones de uniformes azules, y rodeaba á la tropa un cordón de caballería que dejaba ver dos ó tres baterías de cañones.

Avanzaban los zuavos en fila ancha y compacta, poco á poco y en actitud de ataque. Todavía la chinaca rompió el fuego á cortísima distancia, pasando á toda carrera los caballejos chicos, dóciles á la rienda, y listos como si supieran el papel que estaban desempeñando, y sobre ellos, como centauros que manejaban la bestia á su guisa, los *chinacates* bravos empuñando la lanza y disparando el rifle para dejar el paso á otro y á otros que tras ellos venían.

En eso tronó un cañonazo en la altura de Guadalupe. Eran las diez de la mañana.

Los exploradores tenían ya su sitio designado; estaba al pie de la fortaleza de Loreto y al abrigo de los fuegos del cerro. Miguel se encontró al principio entre una selva de sombreros jaranos, de quepis de reglamento, de mochilas y de maletines, de rostros atezados y de barbas crespas; pero sin ver caras conocidas, ni siquiera las de los tiradores que le habían acompañado.

El terreno en que pisaba era quebrado, agrio, fangoso, de formación volcánica, repleto de hoyos y eminencias y teñido aquí y allá de un color rojizo que le hacía parecer la tez de un herpético sudoroso. Situado Miguel en lo último de la fila, veía á su izquierda el gallardo

cerro de San Juan, coronado por un edificio mitad castillo, mitad venta; á su derecha los cerros de las Navajas y Amalucan; esfumado á lo lejos el Pico de Orizaba, y á su frente el gentil caserío de Puebla, tendido en una pequeña ladera en forma de media luna, blanco hasta cegar la vista, y apenas salpicado aquí y allá por manchas de color. La Catedral esbelta y elegante; San Francisco erizando su aguja negruzca; la Compañía, que parecía enjalbegada el día anterior; y saltando de entre las grandes iglesias, como apéndices y arrendajos de ellas, multitud de torrecillas de azulejos, de espadañas relumbrantes y multicoloras y de campanarios chiquitines y como escondidos en el ramaje de grandes árboles que prolongaban su nota obscura hasta unirla á la falda de la serranía de la Malintzin, siempre coronada de brumas y engendradora de tempestades.

Hacia abajo no se veían sino rojo y verde: el verde de la pradera, el rojo de los calzones de los zuavos. Guadalupe había roto sus fuegos contra el campo francés, y aunque Miguel había oído los cañonazos de las paradas y las salvas presidenciales, no le parecía que los truenos de mentirijillas fueran lo mismo que aquellos golpes secos que al salir no aterrorizaban, pero que sí causaban espanto cuando se les oía repercutir en el aire como anuncios de muerte.

Y anuncios podían ser; pero á instrumentos de des-

trucción no llegaban. Los zuavos permanecían tranquilamente tomando su rancho más acá de Rementería, sin que las balas mexicanas les hicieran daño alguno. De repente se pusieron en acción precedidos de diez piececitas rayadas que empezaron á tirar contra el fuerte, y el fuego mexicano se redobló. Mas aquello duraba eternamente; bala iba y bala venía, y ni los artilleros mexicanos desmontaban las piezas de los asaltantes, ni los asaltantes abrían brecha en la iglesia y en las defensas del cerro.

Miguel sentía que la hierba se iba desecando, que los charcos que había dejado la lluvia el día anterior se consumían, y que el sol lo enervaba todo, cual si fuera una inmensa lámina de plomo que cayera sobre el campo y las personas. El oficial sentía calor, hambre, fatiga; pero sobre todo una sed terrible que le obligaba á menear la lengua en la boca para poder humedecerla un tanto. Se inclinaba sobre la cabeza de la silla, y se le figuraba que bebiendo el agua que había quedado depositada en los agujeros de las peñas, lograría rehacerse y quedar listo para la lucha; creía que resguardándose á la sombra de un menguado arbolillo, que estaba como á cincuenta varas de su puesto, conseguiría conjurar la horrible sed que le daba la sensación de mascar paño. Un tagarno le alargó un frasco de aguardiente que le quitó un rato la sed aquella; pero á poco la sintió volver más viva y más honda, extendiéndose por el esófago, bajándole por el

epigastrio, alojándose en el estómago y produciéndole un desmayamiento de miembros, una lasitud tan tremenda, que al mismo tiempo que de beber sintió deseos de arrojar algo que le estorbaba dentro. Alargó la mano al de la *limeta,* y el ranchero, psicólogo más diestro que el mismo Caro, le dijo mirándole el rostro:

—Amigo, ¿qué, es la primera vez que le entra al fuego?

Contestó Miguel con un movimiento de cabeza, porque conocía que si hablaba, tras de la voz le saldría cuanto guardaba en el vientre, cual si hubiera bebido diez alcuzas del bálsamo de Fierabrás.

—Pues el remedio está en la mano; beba un algo, sin llegar á ponerse *tuturuzco,* y se acuerda de mí... Es l' alma que hace su oficio; por eso á las tropas se les da siempre su *ración de armada*—aguardiente con pólvora—para que se batan con vergüenza.

—Yo no tengo miedo, exclamó el novicio.

—Tampoco lo tienen ese señor oficial, ni aquellos soldados, y mire cómo están: con los pantalones como grillos y el chacó de pantalla.

Bebió Miguel hasta sentir que entraba en caja, y ya más calmado miró hasta la altura de Guadalupe.

Subía un regimiento de zuavos en columna de ataque, tranquila y pausadamente, como si hubiera estado en una parada ante las reales personas. La artillería del fuerte

seguía rezongando y casi no desperdiciaba tiro; pero las pérdidas de los franceses eran pocas, porque les favorecía lo quebrado del terreno.

Habrían subido cincuenta metros, cuando Miguel vió que salía una fuerza mexicana que hacía frente á los asaltantes. Descendieron como hasta la mitad del cerro;



pero auguraron todos que no tendría buen fin cuando les vieron llegar en desorden, casi á la desbandada. Mas á mitad del camino se rehicieron, comenzaron á disparar y lograron detener el empuje de los zuavos.

—¡Bien, Tetela!

—¡Adentro, Zacapoaxtla!

—¡Qué bueno es ese Méndez!

—¡Mejor es Juan Francisco!

—¡Mataron á Méndez!

— Va no más herido, decían de todas las partes del campo, al ver el brillante empuje de la indiada.

Los de las piernas coloradas se desconcertaron; les llovía metralla desde Guadalupe; corrían riesgo de que reaparecieran los indios de Méndez, é inconscientemente empezaron á izquierdear un poco, tratando de subir entre Guadalupe y Loreto.

Nunca tal hubieran hecho; les dejaron acercarse, y cuando Berriozábal, que á la cuenta mandaba aquel punto, les sintió á tiro, ordenó se hiciera fuego. El fuego salía de todas partes: de unos magueyales, donde había permanecido echada pecho á tierra la infantería; de la ceja de una barranquilla, donde estaba un regimiento; de Guadalupe, que dió de nuevo salida á los zacapoaxtlas; y de Loreto, que vomitaba metralla á cuarenta ó cincuenta metros.

Miguel estaba espantado; ni el ruido ni el humo le consentían ver ni oir nada; el silbido de las balas de fusil, el tronar de las de cañón, la explosión de las granadas y los gritos y las voces de mando le tenían suspenso.

Un jefe de quien sólo vió la espada y oyó la voz, gritó algo que Miguel cogió en retazos: *invasor... patria... hijos... México*. La culebra de caballería salió á escape, gritando la chinaca á voz en cuello, blandiendo en el aire las espadas y haciendo detonar en la retina las banderolas y los guiones.

—¡Viva México!

Y se lanzaron los caballos impacientes, resollando con furia, atropellando, cayendo, levantándose, como si hubieran tenido noción de lo que de ellos se esperaba.

—¡Ahora es la nuestra!

—¡Ya era tiempo!

—¡Ay, poder de Dios!

Miguel no distinguía sino una masa obscura en el centro de la batalla; pero á medida que avanzaba ya veía uniformes é individuos y hasta discernía rostros y facciones. Los franchutes iban casi en dispersión; pero ordenadamente, poco á poco, sin apresuramientos ni terrores. Vieron venir la caballería, y se aprestaron á resistir; Miguel sintió — sintió más que vió — venir á un hombrón negro como la pez, que enderezaba al pobre soldadillo su fusil rematado en un bayoneta triangular. Miguel echó mano de su pistola Lefaucheux, la disparó primera y segunda vez contra el argelino y mintió; la disparó la tercera y no pudo convencerse de si había salido el tiro porque tuvo que inclinarse casi hasta el suelo para librarse de un golpe del negrazo, que cuan largo era cayó, hendida la cabeza como mazapán por la cuchillada que le asestó un compañero del comprometido subteniente.

El caballo de Miguel se dió la salida, el jinete no pudo

valerse y el *Chinaco* le llevó de los estribos un largo espacio.

Buen rato había pasado cuando el oficial despertó dolorido, con la ropa pegada al cuerpo y sin saber qué era de su caballo, ni menos de sus compañeros. Llovía á mares; el suelo estaba convertido en un inmenso lodazal; el cañón seguía oyéndose, pero como lejano y alternando con los disparos de las nubes.

Miguel se levantó calado hasta los huesos: un pie le dolía hasta parecer que se lo rajaban con hacha; la cabeza la tenía torpe y no se acordaba de nada de lo pasado. Vió muchos cuerpos tirados por el suelo, pero se fijó en ellos mucho menos que si hubieran sido troncos; mas sí reparó en un arbolillo que á distancia le ofrecía abrigo, y renqueando se encaminó á guarecerse, no sin tener que dar varias vueltas para no pisar cadáveres y maltratar heridos.

Bajo el árbol estaba un caballejo ensillado que dejó acercarse á Miguel con toda confianza; tenía la rienda rota, caído el freno y la silla destrozada de la teja; todos los arneses estaban ensangrentados y se hallaban en su sitio las pistolas. Con gran trabajo subió Miguel en el penco y aguardó á que la tempestad concluyera.

Caían aún grandes goterones cuando el oficial abandonó su asilo; el sol empezaba á salir de nuevo, y la tempestad, como fiera herida, se alejaba á toda prisa por

los montes, no sin remuzgar, tronando cada vez con menos ímpetu.

Miguel, que no podía darse cuenta de dónde estaba, volteó el cerro de Guadalupe y se encontró en un campo verde, sembrado de cebada, en que no se veía más soldados que los que se encontraban emboscados tras una iglesia que Miguel no conocía.

—¿Usté viene del cerro, amigo? preguntó al fugitivo un charro que tenía señales de haber recibido toda la lluvia en los lomos.

Contó Miguel lo que había visto, y siguió el otro:

—Aquí estamos nosotros esperando el bien de Dios; casi no hemos peleado; apenas quemamos unos cartuchos contra los zuavos que quisieron apoderarse de Xonaca, y pare de contar. ¡Diablos de hombres! si se güelven cosa viva apenas oyen los tiros... Saben pelear, saben pelear, ni quien diga nada... Esto no es iglesia; es la Ladrillera, y el punto lo manda el coronel don Félix Díaz, el *Chato,* que es un león... ¡Caramba! ¡vaya si es valiente don Félix! ¡Y cómo le quiere su gente!...

No tardó en pasar, caballero en un potro colorado y seguido de tres ó cuatro ayudantes, un general que se introdujo en la iglesia de la Resurrección.

—¿Lo conoce? dijo el charro dando de codo á Miguel. ¡Cómo le había de creer que no! Es Zaragoza, el general en jefe. ¡Qué hombre tan hombre! con él da gusto pelear

porque sabe el oficio. Nada parece, porque con esos anteojitos, y esa cara sin bigote, y esa piel trigueña, nadie le da importancia; pero tiene un alma que ni le avise. Dende onde lo ve ha estado dirigiendo todo, y apenas nota que hay algo, allá está para arreglar las cosas. Garza, Ayala, que es su secretario, y don Joaquín Colombres, que manda su estado mayor, quieren que se retire de los puntos peligrosos; pero él no les hace caso y sigue en su puesto.

Poco más habló el de Lanceros de Oaxaca, cuando vió Miguel que llegaba contra ellos una nube de soldados de á pie, seguidos á distancia por tropa de caballería. La llanura entre Loreto y el camino de México quedó cubierta con trajes azules y quepis blancos, y orlada por jinetes con dormanes rojos y grandes chacós negros. Tan violento fué el ataque, que Rifleros de San Luis empezó á ser diezmado y á retroceder, aunque en buen orden.

En eso atraviesa el campo un mozo de rostro atezado, de resuelto continente y ojos como carbones encendidos, que vestía una levitilla gris y un fieltro obscuro, y que montaba en un caballejo tordillo muy voluntario á la rienda. El joven, que lo parecía más aún á causa de su bigotillo incipiente, meneó la espada, dijo no sé qué, agitó el sombrero, y tras de Rifleros que se retiraba, vino un batallón que también se replegó en desorden. Entonces, acompañado de la gente que quedaba, salió al

frente el jovenzuelo moreno, lanzando rayos por los ojos y venablos por la boca.

— Ora sí semos de vida, dijo el de Oaxaca; ya tomó el mando Porfirio, y ese les da la gran *zuaca*... Acuérdese de mí... Mire cómo se reponen el batallón de Salazar y el de Mariano Jiménez... Ya van tras él, ya lo siguen... ¡Qué templados! ¿pues no hacen correr á los gabachos?... ¡Maldita la tontería! ¿pues no llevan los cañones á mano?... Ora sí que vendría bien que fuéramos los Santos Santiagos... ¡Mírelos correr, amo; si parecen liebres!... Los amoló Porfirio, que tiene más *alilayas*...

En efecto, los uniformes azules se barajaban á toda prisa, llenos de terror y del deseo brutal de escapar la piel. En ese momento el jefe de las caballerías, que se ocultaban en La Ladrillera, gritó poniéndose de pie en los estribos:

— ¡Mano al sable... Al galope... March!...

Se oyó en ese momento el ruido de las hojas que salían de las vainas; los caballos espontáneamente alborotaron las crines, ventearon el aire cargado de átomos de polvo y de fragmentos de sangre, y partieron chapoteando en el lodo de la carretera para batir la derecha de los franceses. Marchaba primero, en un caballo sabino, un jefe que señalaba á los demás el punto que se buscaba: era el Chato Díaz que iba acuchillando enemigos sin piedad.

Miguel se encontró rodeado de franceses; pero lejos de atemorizarse, se sintió con bríos para cerrar contra ellos.

Uno rodó á sus pies atropellado por el caballejo que el muchacho había adquirido; otro recibió en la cabeza una cuchillada que le rompió algún hueso, y á puntazos, planazos y mandobles deshizo el grupo que le cercaba.

A poco, confusión y alboroto entre los jinetes. De una zanja salían tiros, tiros que se aprovechaban casi sin errar ninguno, matando dragones en cantidad grandísima. Miguel se detuvo cuando la fuerza volvía grupas casi derrotada; mas á poco la zanja fué ocupada por las gentes de Mariano Jiménez, los marinos fueron desalojados y siguió la persecución.

Un oficialillo sin pelo de barba, animoso como un caballo nuevo y movedizo como un azogue, ordenó cargar de nuevo las piezas, que los soldados llevaban á brazos, y al pasar á su lado oyó Miguel que decía:

— Ahora con *campechana*, muchachos.

Y el tiro con metralla y granada salió haciendo tremenda mortandad entre el enemigo.

Al fin, cuando ya resultaba peligroso aventurarse más por entre los pantanos y las zanjas, cuando era posible caer en un barranco ó quedar preso en una emboscada, una voz varonil, grave y seria, que llenaba el campo y hablaba no sé qué en los oídos de los que la seguían, gritó desde la cabeza de la columna:

— ¡A ellos, muchachos; á ellos, que sino se volverán sobre nosotros!

Batalla del 5 de Mayo

Y todos iban tras aquella figura y tras aquel caballito blanco, que se metían en lo más recio del peligro. Bajaron la barranquilla que se encuentra al pie de Guadalupe, subieron hasta Rementería, y cuando iban más enardecidos en la persecución, se detuvieron violentamente: acababa Porfirio de recibir la orden de pararse. Los franceses se habían rehecho; pero iban ya de retirada, en dirección al camino de Amozoc, por donde habían bajado.

Miguel regresó poco á poco, con el sable inclinado, caída la rienda del caballo y sin darse cuenta exacta de lo que había acontecido. Morían rojos de sangre y entre paños rojos los valientes zuavos que habían ascendido por las colinas; el agua del sucio riachuelo que Miguel había visto por la mañana, las piedras y las hierbas de la margen, estaban cubiertas de púrpura, como si el sol que moría entre un lago de sangre hubiera mandado á la tierra el raudal que rebosaba de sus heridas.





CAPITULO IV

En el vivac

VOLVIÓ riendas Miguel, y al bajar un recuesto del terreno, dominando el tumulto y el vocerío de los gananciosos, el lamentarse de los heridos y el rodar de los cañones y los carros, oyó claramente el muchacho voces como de riña, como de protesta, como de reto. Rompiendo la muralla del apretado gentío, vió á un mozo, á un chiquillo rubio como unas candelas, espigado como un pino de oro y furioso como un gallo á quien le han tirado la golilla. Empuñaba con una mano una pistola y con la otra se cubría el pecho para proteger algo que Miguel no podía distinguir claramente.

— Iré prisionero, gritaba; mas tengo acción á conservar mis armas y mis condecoraciones... Si no se me permite, seguiré luchando... ¿Qué me importa morir como esos compañeros míos que llevan allí tendidos?

Y con la irreflexión propia de sus años y con el ímpetu propio de su raza, el mozo tiró del llamador de su revólver apuntando á cualquiera de los muchos que le rodeaban, aunque por fortuna sin tocar á nadie.



Mal la habría pasado el aturdido muchacho, que al delito de no hablar de manera que le entendieran, unía el de mostrarse rebelde, si Caballero, oyendo votos en purísimo francés, no hubiera intervenido á tiempo de evitar un desastre.

—No se trata de haceros daño, dijo Miguel; sois pri-

sionero y debéis entregar vuestras armas... En cuanto á vuestras medallas, podéis conservarlas y nadie las tocará.

Como si el güero hubiera sido un energúmeno y hubiera oído el ensalmo que estaba hecho para su caso, se dominó al ver que le hablaban en su lengua, y bajando el arma y deponiendo el ceño habló cortésmente á su interlocutor.

—Perdonad, señor oficial; mas las leyes de la guerra son iguales en todas partes, y la verdad es que no hay ninguna en que no se consienta al que se coge prisionero después de batirse gallardamente, conservar las armas que ha esgrimido con valor...

—Observad, señor, repuso Miguel, que el acto que acabáis de realizar, disparando en contra de uno de vuestros aprehensores...

Interrumpió el diálogo el paso de una columna que encabezaba un jefe con gorra de nutria, que era seguido por las aclamaciones de sus soldados, delirantes de entusiasmo. Como el grupo había aumentado, atrajo la atención de Berriozábal, que no era otro el triunfador, y mandó llamar á su lado á los principales actores del paso. Oídas las partes, el general falló:

—Déjenle sus condecoraciones y su espada y quítenle el revólver... Más merece quien se ha portado tan valientemente. Nunca he visto una lucha más honrosa que la del segundo batallón de zuavos en este día.

Explicó Miguel al otro chico la decisión del General, y el preso se volvió todo agradecimientos y buenas palabras. Contestó Berriozábal en un francés de Ollendorf, que también necesitaba traducción, y dijo al truchimán:

— Usted, subteniente...

— Caballero de los Olivos, mi general.

— Bien; usted, subteniente Olivos, se encarga de la custodia de este oficial... que nada le falte... que se le trate bien.

Deshecho el gentío, bajaron á la hondonada de Guadalupe los dos muchachos, y de bracero bordearon la falda de la fortaleza; el caballo de Miguel quedó en poder de un soldado que aseguró lo entregaría en la comandancia, por si acaso tenía dueño.

Tuvieron los amigos que detenerse para dejar pasar una carreta y varias camillas que conducían heridos, y se quedaron espantados al mirar los terribles estragos de aquella jornada.

Iban hacinados heridos mexicanos y franceses, cual si juntos hubieran estado siempre y juntos debieran seguir después. El indio *tocho* é incivil, que no sabía hablar el castellano, que no sabía leer ni escribir, que no sabía más que batirse y ofrendar la vida á un ideal distante é inasequible para él, se hallaba lado á lado de un rubio cazador de Africa que leía periódicos, esperaba en Rochefort y odiaba á Badinguet; un zuavo llevaba encima

á un defensor de Loreto; un pulido infante de marina que tenía astillado un hombro, se recostaba al lado de una vieja que llevaba el abdomen destrozado. ¡Y qué lamentos salían del armatoste que conducía aquellos despojos! Cada bache, cada peñasco, cada desigualdad del camino hacían dar tumbos á la carreta y lanzar á los heridos ayes en sus idiomas. Unos blasfemaban en *patois*, otros invocaban á la Virgen de Ocotlán ó á la del Pueblito, ó á la de Talpa, ó á la de San Juan, — y en esas invocaciones daban á conocer sus procedencias. — Otros lanzaban quejidos inarticulados, otros apenas alcanzaban á balar ó á maullar, sin fuerzas para articular palabras.

Miguel y el francés oían pálidos y afligidos aquella serie de quejas, dolores, juramentos, imprecaciones y gritos, cuando el preso dijo en voz alta:

— He aquí las consecuencias de que un hombre quiera restablecer la supremacía de la raza latina en América.

Miró el mexicano á su compañero con cara de espanto, y el otro, sin esperar á que le pidieran explicaciones, habló así:

— Me llamo Nicolás Chardon, soy originario de París y mi padre es normando, de tierra de Rouen. Profesor de latín en las Universidades de provincia, no ha cesado un punto desde que se entronizó el Imperio, de hacerle la guerra mediante la propaganda republicana más activa...

El ministro Duruy, que atribuyó á mi padre los famosos *Propos de Labbiennus,* le persiguió con durísima saña, pues aseguraba que ninguno de los profesores de Francia podía escribir una sátira tan erudita y tan mordaz... Estuvo el pobre viejo á punto de ir á la cárcel, al destierro ó quizás á la muerte; pero afortunadamente se dió con el autor, y mi padre no tuvo más consecuencia que andar de aquí para allá, siempre errante, sin más amparo que el de mi pobre hermana Luisa y sin más compañeros que sus ediciones aldinas y elzevirianas de los clásicos...

Yo aborrezco al imperio; recuerdo todavía el horror con que vi, el 2 de Diciembre, las cargas de la caballería contra el pueblo; mas aborreciendo al imperio adoro al ejército... Me figuro que no tardará Francia en deshacerse de ese régimen de ignominia y que al ejército le tocará llevar su nombre triunfador por todas partes, en cien cruzadas más bellas que las de la Revolución y del Imperio... Entré á la escuela politécnica, pasé á Saint-Cyr, y hace dos años salí con un buen número, mi diploma de subteniente, la seguridad de llegar á un gran porvenir y mi colocación en el cuerpo más lucido del ejército: el segundo batallón de zuavos... ¡Lástima grande que me haya tocado estrenarme haciendo la guerra á un pueblo que defiende sus libertades, que lucha por su independencia!... Aunque á mí no me toca averiguar esas cosas, sino sólo ir á donde me manden...

Refirió Miguel su vida y sus andanzas; y cariñoso el otro le ofreció su amistad y su afecto.

Los charros quedaron cortados al ver llegar al gabacho. Tenían su campo establecido al amparo de los muros de la Ladrillera de Azcárate, y se sentían como sobrecogidos al saber que acababan de hacer huir nada menos que á los invencibles franceses. Nada entendían ellos de Crimea ni de Italia, ni de toda esa erudición geográfica que durante cuarenta años ha hecho ¡ay! el gasto en todos los discursos del cinco de Mayo; pero lo cierto era que ese nombre de Napoleón les sonaba como el de un soldado de los de punta, pues guardaban memoria de lo que habían oído referir á sus padres del otro que quiso llegarse á estas tierras, allá «cuando Fernando VII gastaba paletot». Y luego, haber venido de tan lejos para que aquí les *pegaran,* era cosa que no cabía en el juicio de aquellos excelentes sujetos.

Llenos de colorido fueron siempre los reales de la gente mexicana; pero de seguro que nunca llegaron á serlo tanto como en aquella noche memorable. Aquí veíase á un chinacate ataviado con un capote de zuavo; allá se encontraba á otro bebiendo en vaso de cristal y comiendo con tenedor, aunque sin saber á ciencia cierta dónde había de ponerle; y más lejos á otro y á otros devorando salchichón, bebiendo burdeos, procurando leer en libros ó periódicos en francés, ú hojeando paquetes

de cartas ó álbums con retratos de familia... Era el contenido de las mochilas que marinos y cazadores habían depositado á la vera de la zanja mientras peleaban, y que no pudieron llegar á recoger porque murieron ó porque huyeron en dirección diversa de aquella por donde creían tornar.

Chardon vió el caso con cólera mal contenida; pero luego, desentendiéndose, comenzó á referir á Miguel sus impresiones de la jornada.

«Anoche dormimos en Amozoc; ¡qué pueblo más triste y más feo el de Amozoc! Aquellas casas bajas, con patios interiores, con azoteas aspilleradas y con aspecto de fortaleza, eran de suyo repulsivas; pero más repulsiva aún era la soledad, la soledad absoluta, de pueblo abandonado, que reinaba por todas partes.

Luego que se reunieron todos los batallones y regimientos, y que la impedimenta arribó entre olas inmensas de polvo, se nos mandó llamar al alojamiento del General...

Lorencez discutía con dos mexicanos que no tenían nada de guapos y que luego supe eran Almonte y el padre Miranda; tres oficiales de Estado Mayor tomaban medidas y hacían apuntes sobre una carta geográfica, y la mayoría de la oficialidad permanecía sentada y silenciosa...

—Los señores Almonte y Miranda, dijo Lorencez hablando ya para nosotros, recomiendan el ataque á

Puebla por el Carmen, que, según ellos, ha sido el lugar que han aprovechado siempre los revolucionarios mexicanos; pero precisamente porque esa posición ha sido atacada siempre, debe de suponerse que será ahora la más defendida. En consecuencia, hay que marchar por un punto que hasta ahora no haya sido atacado, donde nuestras valientes tropas puedan mostrar su tradicional empuje y su inmensa bravura; y para ello nada mejor que atacar *Guadalupe* y *Santa Loreto*... Mas, como comprendéis, ésta y las demás precauciones son ociosas; Puebla es una gran ciudad en donde abundan los hombres de orden, los ricos y los inteligentes; y por consecuencia, los enemigos de Juárez... Zaragoza no puede durar mucho tiempo en su inútil defensa, porque le forzarán la mano nuestros amigos de Puebla, y tras un ensayo de resistencia, entraremos á la ciudad en medio de aclamaciones y vivas... ¿No es verdad, mi querido Regente? ¿No es cierto, respetable señor Arzobispo?... Perdonadme, señores, exclamó dirigiéndose á los mexicanos; estaba anticipando un poco los sucesos...

— Sí, señor General, respondieron halagados los personajes; tiene mil veces razón V. E.; no habrá batalla, ni en caso de haberla será posible que se resistan á las valientes tropas francesas las inútiles hordas mexicanas... Sin embargo, lo escarpado del cerro de Guadalupe...

. .

—Permitidme, señores, que reciba á un ingeniero mexicano que acaba de anunciárseme: quizás pueda servirnos para aclarar la disputa pendiente...

Penetró en ese momento á la estancia un sujeto moreno y barbudo que, haciendo mil inclinaciones hacia todas partes, se sentó al lado del General, que deseaba interrogarle. No había nada que temer, no había nada que



recelar; Guadalupe era un fuerte sin importancia; las fortificaciones nada valían; las tropas mexicanas no tenían ánimo, ni equipo, ni moralidad, ni valor, ni nada; batir á Puebla era negocio de coser y cantar, y el jefe estaba en lo justo al querer empezar el ataque por Guadalupe...

Nos miramos todos, asombrados del genio de nuestro General, y empezamos á ver con verdadera compasión á Almonte y á Miranda, que trataban de extraviarnos

de nuestro camino de gloria, oponiéndonos escrúpulos monjiles.

—Buenas noches, señores, exclamó Lorencez; hasta mañana en Guadalupe...

Y todos marchamos á nuestros respectivos alojamientos á soñar en las delicias del día siguiente: tiraríamos unos cuantos cañonazos; luego saldrían negociadores dispuestos á entregar la ciudad y á pedir gracia para los vencidos; Lorencez, digno, pero diplomático, accedería á algunas cosas y denegaría otras; y luego entraríamos por las calles cubiertos de flores, llenas por una muchedumbre alborozada que se disputaría el honor de hacernos aceptar sus homenajes... El alcalde, rodeado de todo el cabildo, nos recibiría presentándonos las llaves de la ciudad en una bandeja de plata, contestaría discreto Lorencez y continuaría la carrera en medio de aclamaciones, de vivas, de repiques, de cohetes y de músicas; llegaríamos por fin á la Catedral que, como toda la población, dicen que fué levantada por manos de ángeles; saldría á recibirnos el Obispo con su báculo elegante, capa resplandeciente de oro y mitra cuajada de piedras preciosas...; empezaría el *Te Deum;* las gentes no se cansarían de vernos y aclamarnos; pero yo sólo atendería á dos ojos negros, enormes, tiernísimos, llenos de poesía, que me habrían seguido por toda la carrera, causándome una inmensa sensación de languidez y voluptuosidad...

Los ojos criollos me habían impedido oir el discurso en que un orador muy repiqueteado nos daba la bienvenida en español digno de Cervantes, que yo no entiendo, y fijarme en los detalles arquitectónicos de la construcción...

Al día siguiente, muy temprano, me despertó la diana, tocada alegremente por músicas y bandas; la mañana era alegre, tibio el ambiente, suave el sol... se emprendió la marcha y á las diez estábamos frente á Puebla; una bala de cañón vino dando tumbos hasta tocar la barranquilla que nos separaba de los juaristas; á poco la muralla de Guadalupe se coronó de fuego, y las balas vinieron á rebotar á nuestros pies: era el reto para el combate.

En ese momento el General exclamó, lívido de rabia:

— Ved las flores del ministro.

Se refería á las que, según Mr. Saligny, habían de recibirnos al entrar á Puebla.

Hicimos alto, pusimos las mochilas en tierra, y empezamos á confeccionar un ligero rancho.

Tras de reflexionar un poco el General, me llamó aparte y me dijo:

— Subteniente, usted ha visto cuanto ha pasado; vaya al gran convoy y refiéraselo al ministro Saligny; hágale ver que la población de Amozoc ha huído en masa, pregúntele si tiene noticias de Puebla y dígale que *su*

resolución normará mis actos: que pese, pues, el contenido del mensaje que por conducto de usted me dirija.

Salí al galope y no tardé en encontrar al Ministro tendido en el fondo de uno de esos inmensos carruajes mexicanos que me parece llaman *guayines*. Hablaba con un mexicano que le escuchaba atentísimo, y oyó mi mensaje con sonrisa burlona.

—Subteniente, decid á vuestro General que puedo tranquilizarle; no sólo tengo noticias de Puebla, sino que las tengo fresquecitas. Lea usted lo que dice esta carta que acabo de recibir... Como no sé el español, pero sí sé que esas cartas se mandan por conducto de indios, que, para evitar se les sorprenda, se introducen el billete de papel de seda debajo de la lengua, entre los cabellos, bajo los dedos de los pies, en las axilas y en otros lugares, y yo ignoraba de dónde venía aquella comunicación, me excusé cortésmente de leerla.

—No tenéis necesidad de deletrearla, mi querido amigo; se me dice lo que sabemos hace tiempo: que tras unos cuantos disparos aparecerán las tropas de Márquez, que son cosa de diez mil hombres; que las murallas vendrán al suelo como las de Jericó; que entraréis entre una lluvia de flores, y que los foragidos que manda Zaragoza tendrán que hacer mutis y alejarse llenos de vergüenza... Pero convendría quizás que entrarais por el lado Este de la población y no por el que tenéis delante.

— Os hago notar, señor Ministro, repuse con decisión, que semejante paso no se puede ni se debe dar sin exponernos á gravísimos peligros; tendríamos que dejar abandonado nuestro convoy, y carros, provisiones de boca y guerra, y hasta vuestra persona misma quedaría expuesta á un golpe de mano de los juaristas, que saldrían de sus reductos y se apoderarían de todo causándonos males inmensos...

— Bien, bien; quizás tengáis razón; mas, de cualquier modo que sea, y por donde quiera que ataquéis, no hay temor ninguno de un fracaso; todo está previsto, todo está arreglado y sólo falta que vuestro General empiece el ataque... Mas lo esencial es empezar ese ataque, pues sería una verdadera lástima no aprovechar las buenas disposiciones de esta población, llena de entusiasmo por nosotros... En tal caso me vería obligado á dar cuenta al Emperador de esa inacción inexplicable y que traería las dificultades más grandes.

Permanecí un momento más, pedí al ministro la venia para retirarme—venia que me concedió desde lo hondo de su guayín,—volví grupas y dí cuenta á Lorencez del resultado de mi embajada.

— Bien está, dijo éste; ya sabéis que tengo una orden formal para proceder. Y dió sus disposiciones para que los regimientos, escuadrones y batallones quedaran formados...

Yo me incorporé al batallón Morand, que era el mío. A las dos empezamos el ascenso, siempre batidos por la artillería del cerro, que casi no perdía tiro. Tras de nosotros caminaban una sección de caballería y zapadores provistos de tablas con escalones y de bultos de pólvora para volar las puertas de la iglesia.

¡Qué ascenso aquel y qué dificultades las nuestras para avanzar siquiera un paso! Las hazañas que hoy se realizaron, merecerían haber tenido como coronamiento siquiera la toma de esa ridícula fortaleza... Mi capitán Gautrelet, del segundo de zuavos, subió á lo alto de la fortificación mediante una columna que le formaron sus animosos soldados; el subteniente Caze llegó tan cerca de los cañones del enemigo, que pudo disparar los seis cartuchos de su pistola por una tronera sobre un artillero mexicano; alguien plantó orgullosamente la bandera del segundo de zuavos á unas cuantas varas del foso mexicano. Hiere una bala al abanderado y le reemplaza en seguida un suboficial; cae éste y entonces un viejo zuavo coge la preciosa enseña, la estrecha contra su corazón y grita con voz mojada de lágrimas: ¡Venid á tomarla!... Cuando acaba de hablar, una bala le hiere y cae al foso envuelto en el sagrado lienzo... Y todo esto mientras el clarín Roblet, en lo alto de la muralla, no cesa de tocar al ataque...

Luego vino la tempestad: el suelo se convirtió en

jabón; no se podía apoyar el pie sin estar expuesto á rodar, á destantearse y á recibir la muerte de mano de los excelentes tiradores mexicanos...

En cuanto á nuestras pérdidas, son incalculables... Oficiales instruidísimos, soldados valientes, jefes de gran importancia, han perecido aquí, y sus cadáveres serán la prueba de que puede más la ambición que el buen derecho... El subintendente Raoul, que había sido nuestra providencia en este país, cayó casi á los pies del General, é ignoramos todavía qué fin tendría su cadáver... Apenas hubo tiempo de retirarle del campo un momento y de que el capellán de la expedición le absolviera *in extremis*...

Figuráronse los charros que el franchute había acabado su relación, porque vieron que no hablaba ya y que Miguel hacía señales de asentimiento. Entonces, uno de aquellos pecadores de sombrero *alacranado,* gran cicatriz que le cogía los dos carrillos y tufo sobre la frente, interpeló al subteniente Olivos:

—Dispénseme, señor subteniente: ¿cómo habrá hecho este gabachito para darle tanto vuelo á la sin hueso? ¡Caramba, si parecía convelido el hombre! ¿Y qué dice? ¿Matan las balas de los mexicanos? ¿Les dimos ó no hasta debajo de la lengua?

Refirió Miguel sumariamente las bravuras y las lamentaciones del francés, y entonces empezaron las protestas y los encarecimientos de los de á caballo.

—¡*Álgame* Dios! ¿pero qué se figuraban esos cristianos que venían á tierra de mandrias? Si algo sobra aquí, es eso con que se hacen las torrejas, y no habíamos de esperar á que vinieran de extranjis á enseñárnoslo...

—Si no, interrumpió otro, que lo diga el soldado raso de *Cazadores de Morelia,* que le quitó el guión de los zuavos.

—Se llama, dijo uno, José María Palomino, y es originario de Jalisco.

—Jalisco nunca pierde.

—¿Y qué me dice del charro Oropeza? intervino uno.

—Ese sí que dejó súpitos á los gabachos... Se metió entre la chusma de los contrarios; con todo espacio desató la riata de los tientos, la probó, la echó al aire, hizo una crinolina primorosa, la dirigió contra un oficial del 99, y por ahí viene el gabacho... Luego, entregó su prenda á la gente del cerro, y en la primera de Mercaderes pasó el preso en poder de los de la línea.

—Templado, exclamó el de la *firriada* en el rostro; pero no tiene comparación con el capitancito Inclán, Pepe Inclán, que viendo que un gabacho le dispara un tiro á boca de jarro, con la punta de su espada separó el arma y luego cogió prisionero al contrario, y en ancas de su caballo le llevó hasta el centro de la ciudad.

—Y lo de Paliza, ¿qué me dice usted? ¿será cierto?

preguntó un muchachuelo de corbata roja y gran puro en la boca.

— Poderoso.

— ¿Qué pasó? ¿qué pasó? preguntaron todos con interés.

— Casi nada; que se encontró en la falda del cerro al muchacho Paliza, tendido junto á un soldado francés.

— ¿Y eso?

— Que quedaron juntitos, atravesados el francés por el sable del mexicano, y el mexicano por el marrazo del francés...

— Pies con pies...

— No; pecho con pecho, cara con cara, boca con boca, llenos de contusiones, de mordeduras, de arañazos, con los ojos espantados y la boca llena de espumarajos de rabia.

— ¿Y quién era Paliza?

— Paliza era un muchacho moreno, triste, soñador, tranquilo y generoso... El año pasado se formó un batallón de jóvenes que querían jugar á los soldados; Paliza se alistó, pero no para jugar, sino para pelear de veras: ya ven el resultado.

Cuando Miguel refirió lo de la bandera de los zuavos, un oaxaqueño dijo:

— ¿Qué vale eso junto á lo que pasó con el estandarte del segundo de mi tierra? El teniente porta se llamaba

Miguel González, y era un muchacho como un pino de oro... Parece que le estoy viendo salir en su caballito alazán, llevando la bandera tricolor que bordaron las pollas más lindas de Oaxaca... El muchacho era vivo de genio, y comprendiendo que la vista del estandarte calentaría á los soldados, se adelantó al frente del batallón... Los franceses tupían entonces sus tiros, de modo que parecía nos encontrábamos bajo una cortina de fuego... Una bala tocó á González y apenas tuvo tiempo de pasar el estandarte al segundo, que por cierto se llamaba Miguel Varela... Varela era un excelente oficial, sincero, nervioso é impresionable... Componía versos, y horas antes del combate estuvo recitando una poesía suya, incorrecta, desaliñada, sin artificio; pero tan tierna, tan dulce, tan sentida, tan no sé qué, que nos hacía llorar de emoción. Prometía amor eterno á su bandera y ofrecía morir por ella en medio del combate... Recogió el lienzo de manos del moribundo González, y levantándole en alto, haciendo ondear al aire los tres colores, llamando á sus compañeros y dicen que recitando aquella su poesía tan bella, logró ver que los franceses se retiraban abandonando sus mochilas... Algo más avanzó Varela; pero á la orilla de la maldita zanja donde se metieron estos condenados, recibió un tiro mortal... Logró todavía el pobrecito besar la bandera, abrazarse á ella y morir envuelto en sus pliegues... El teniente

Loaeza, que fué á substituir á Varela, desenvolvió el estandarte del cuerpo del poeta y con él estuvo hasta que Porfirio decidió cesar en la persecución... No crean, cuando Porfirio vió la bandera llena de sangre y acribillada de balas, lloró, lloró como un niño por esos valientes...

El oaxaqueño era bien hablado y tenía gracia para relatar; de seguro habría seguido contando proezas por toda la noche, si un toque de clarín no hubiera suspendido á todos, helado la sangre á muchos y causado miedo á algunos. Involuntariamente, volvió la cabeza Miguel para mirar á Chardon, y le vió pálido y con los ojos fijos.

—Es... Una trompeta francesa... Suena... La marcha del regimiento de infantería de marina.

Otro toque puso más sobre aviso á todo el mundo.

—La marcha de división, dijo el oficial francés en voz baja.

Cesaron las conversaciones, la hoguera languideció, y cuando al cabo de un gran rato se convencieron de que no había un ataque en perspectiva, todo el mundo se retiró á descansar, exceptuando los que tenían señalado servicio.



CAPITULO V

La crisis

Al amanecer entregó Miguel al prisionero en la Comandancia, y á las siete, ya bien alto el sol, llegó á su casa deseoso de tomar un refrigerio y de dar al cuerpo descanso algo más formal que el que le había concedido en las noches pasadas. Eugenia estaba en la puerta, y se adelantó buen trecho á recibirle tan pronto como le distinguió.

— ¡Oh, qué angustia!... Sin saber de ti una palabra... ¿Vienes sin novedad?

— Ni un raspón.

— Eso es lo que importa... ¡Bendito sea Dios; bendito sea! — Y se le llenaron de lágrimas los ojos azules, mientras besaba al militarcillo, que también sentía le bajaba á los ojos el humor de las lágrimas. — ¿Y por qué vienes á pie, mal caballero? ¿Qué pasó con el *Chinaco*?



—Hija, dijo risueño Miguel; un compadre de papá divide á los que montan en *jinetes*, *jinetarios*, *saltacurripis* y *tontonarios:* de éstos soy... El caballo sabía de pelear más que yo: oía unos tiros y se daba unas salidas que me dejaba frío; veía correr á los demás caballos é intentaba lanzarse tras ellos... A la hora que Álvarez ordenó la carga, se adelantó el primero, y cuando un argelino me tiró un tajo, el maldito *Chinacate* hurtó entonces el cuerpo y me salvó la vida, pero me dejó en el suelo... ¡Lástima de los cien duros de papá!

—No te aflijas, repuso alegre la muchacha; él está aquí; le trajo Romualdo, que fué quien nos dijo que

estabas vivo y que te habías portado como un caballero... Nada falta; ni montura, ni poncho, ni pistolas; todo está.

—¡Romualdo! Vaya una gracia; no le volví á ver desde la mañana...

—En cambio, dice él que no te perdió de vista...

—¿Se puede? ¿Se permite entrar á un mocho? carraspeó la voz del casullero de la Santa Iglesia Catedral.

—Adelante, don Bernabé, adelante: sí se permite entrar á los mochos á condición de que confiesen que se equivocaron como unos infelices, respondió Miguel, que se sentía con vena de guasita y diversión.

—Amigo, explicó Sedeño sin inmutarse, pero con el párpado más caído que nunca; amigo, ¿quién responde de los obstáculos imprevistos? El señor Márquez tenía que venir con diez mil hombres de caballería; dos mil eran los que tenía que aportar el señor Gálvez y quinientos ó más habían de traer Butrón y otros jefes... Mandan á O'Horan á batir á don Leonardo; el general tiene naturalmente que detenerse, y en cuanto á Gálvez y á los otros, no se consiguió que llegaran... La soberbia, amigo, es malísima consejera; los franceses creyeron que no necesitaban de los mochos, ¡y ya ve usted qué descalabro!... Pero cuente usted, hombre, cuente usted, que no se me cuece el pan por saber cuánto pasó... Tengo pegado aquí un dolorcito de clavo que no se me aparta; pero

empiece á referir, que le oigo con toda atención... A ver si así se me aminora esta maldita jaqueca.

Iba á empezar Miguel á referir, cuando hicieron irrupción las Sedeñas y las Vacas que iban á informarse de si el militar había vuelto y cómo había llegado.

Ante aquel auditorio selectísimo, el subteniente empezó á contar lo que había visto, que casi era nada, no sin mezclar á veces comentarios y avisos de su cosecha.

Mentiría quien dijera que Sedeño había oído la narración sin pestañear: casi no hizo otra cosa que menear los párpados y limpiarse con un pañuelo blanco los ojos lacrimosos ribeteados de escarlata. Las muchachas sí escucharon sin moverse el cuento de Miguel, y cuando hubo concluído, la mayor de las Vacas ingenuamente celebró el caso.

— Yo me alegro y me retealegro de lo que ha pasado. Eso de que los mexicanos hayan vencido á los franceses, francamente me parece muy bien, y si los vencedores son herejes y descreídos y malas cabezas, allá ellos y peor para los conservadores.

— ¡Jesús, Rebe! observó don Bernabé... Usted es capaz de hacer lo que esas liberalas de las Falcones, las Arriojas, doña Rosario Rivera y doña Juana Araoz, que se fueron á asistir y á curar heridos... Pues ¿no vieron á una de las Arriojas andar por las calles llevando hilas, trayendo ungüentos, auxiliando moribundos y haciendo otras mu-

chísimas cosas impropias de su sexo... y eso cuando tronaba el cañón, las puertas estaban cerradas y las calles llenas de muertos, de soldados y de soldaderas?

—¡Ay, qué linda! dijo Eufrasia Sedeño; si yo lo hubiera sabido, allá me voy con ella.



D. Antonio Rojas Bueno

—Sí, irte, muy bien; muy propio de una niña recogida y bien educada andar entre la soldadesca, expuesta á que le falten y le cometan un ultraje... Los hombres, en cambio, fueron pocos; pero los hubo que se metieron en la refolufia sólo por el afán de hacer monerías... Que se hubiera presentado ante las trincheras una media docena de argelinos, y esos defensores de la patria habrían huído como liebres.

—¡Oh, no, don Bernabé; de menos nos hizo Dios! interrumpió Miguel.

—Pero los que me causan risa son los de la compañía

de verso de Antonio Rojas Bueno... ¿pues no han ido los malditos representantes á pedir fusiles para batirse, y las mujeres á solicitar lugar en los hospitales de sangre para curar heridos? Se figurarán estos pobres que las balas de los franceses son de mentirijillas, como las que ellos hacen con la tambora y una poca de pez, y que los fusiles no disparan, sino que están cargados con sal como los que usan en las tablas... En cambio, de la buena sociedad poblana no hay queja: alejamiento absoluto de la demagogia, respeto á las desgracias del gran ejército francés y seguridad de que no tardará en venir el reinado del orden.

Dejaron las visitas que Miguel descansara un poco, y cuando ya estaba recogido oyó al melifluo Tirso Rafael Córdova, que con voz de sermón decía desde la estancia vecina:

—«¿Cómo fué que aquel triple ejército á quien las naciones más poderosas de la tierra encomendaron nuestra suerte, dejó de llevar á cabo un plan sabiamente dirigido hasta entonces? ¿Por qué sucedió esta desgracia que todos lamentamos y que á vista de todos acaeció al terminar el año de 1861?... ¿Y qué hace entonces el magnánimo Napoleón III, encargado por la Providencia de poner término á nuestros males, con su poderosa protección? ¿Qué hace el ilustre Emperador al verse abandonado de sus aliados en una empresa de la cual se hallaban en

expectación los pueblos del viejo mundo y del nuevo continente? ¿Retrocederá también dándose por satisfecho con las vanas promesas y sofísticas razones del Gobierno, cuyos escándalos se pactó destruir en la convención de Londres?

»Habíanse reembarcado ya ingleses y españoles; los demagogos de México se mostraban ufanos, incensando al diplomático Doblado; mas la Francia no había retirado su pequeño ejército y con él se presentó el caudillo Lorencez delante de los muros de Puebla para hacer la gloria exclusivamente suya.

»Ayer, cuando aquel puñado de valientes asaltó la fortaleza de Guadalupe, recientemente construída por el ejército liberal, quedaron frustradas las miras del general francés... Contra las esperanzas de todos los mexicanos honrados y oprimidos por una facción asoladora, no se ve flamear en Puebla la bandera de la Francia, la precursora de la civilización, enviada á México para proteger la causa del orden y la humanidad.»

Miguel sentía un tremendo dolor de cabeza. Parecíale como si se la rajaran con sierras muy sutiles, rompiendo la piel, entrando hasta los huesos, separando luego el casquete, como había visto que hacen en las cátedras de anatomía, y arrancándole de golpe el cerebro para destrozárselo luego circunvolución por circunvolución y lóbulo por lóbulo.

A las cuatro de la tarde despertó molido del cuerpo, como si hubiera andado á pie muchas leguas. Rehusóse á comer, y se contentó con un vaso de agua fría.

— ¡Pero si estás ardiendo en calentura, hijito! exclamó Eugenia.

— Ante todo, siento carne de gallina; parece que me han peinado á redropelo y que han pasado sobre mí docenas de carros de transporte... Y luego, la cabeza; creo que se me va á romper y que la sesera se esparcirá por el viento...

— No seas quejumbroso; voy á preguntar qué debo hacerte, y vuelvo luego.

No tardó en llegar, agitando no sé qué bebida con una cuchara de plata, y seguida de Sedeño.

— Era claro, amigo; si se llevó usted ayer una asoleada y una mojadura que no podían ser más grandes, y ahora tiene los *anteojos de Zaragoza.*

— ¿Y qué es eso? preguntó Eugenia con asombro.

— Es que aquí acostumbramos llamar á estas *andancias* con el nombre de alguna cosa que está de moda; y por eso un señor canónigo que es muy salado en sus dichos, viendo que la mayoría de sus colegas, y aun de los músicos, sacristanes, monacillos y demás gente de iglesia cogía este malecito, le ha llamado los *anteojos de Zaragoza.*

— ¿Y no será el tifo? dijo preocupada la mujer.

— No; ¡qué tifo ha de ser! no es el tiempo; el tifo en el invierno.

— Ahora, un sudorífico, cocimiento de flor de saúco, borraja y amapolas en partes iguales; una untada de sebo



con ajo y mostaza de la rodilla á los pies; unos buenos *papachos;* una regular cantidad de zarapes, y se le corta la calentura... Se acuerdan de mí.

Miguel pasó la noche en medio de una horrible agitación. Veía al negro que estuvo á punto de escabecharle, llegar contra él armado de un tremendo chafarote que le introducía por la cabeza, partiéndole hasta el estómago,

donde le revolvía el arma hasta sacarla envuelta en tripas... Pero el muerto no era Miguel, sino su maestro de anatomía, que se estaba quieto en la mesa de mármol de la clase, para que los alumnos estudiaran en sus entrañas no sé qué primores que era menester dejar muy claros... Luego, en una calzada con árboles á la orilla, estaban congregados el enfermo, su hermano Francisco y muchos estudiantes y empleados de la Tesorería... Pancho se arrojaba al agua clara y limpia, mientras Miguel experimentaba un gran escalofrío que le corría por todo el cuerpo... Por fin, saltaba al estanque y sentía que la frescura le devolvía la vida... Cabalmente daba manotadas y hacía fuerza con los pies, cuando le despertó Eugenia que dormía en un colchón cerca de la cama.

— No te destapes, hijo; te va á hacer daño.

— ¿Y Pancho? ¿Por qué anda ahora con uniforme de capitán?

— No sé, no está aquí Pancho; duérmete, que has estado delirando toda la noche.

Tomó Miguel el jarro de agua colocado á la cabecera de la cama, y bebió el contenido con avidez. A poco se quedó dormido.

Don Bernabé volvió á las doce, frotándose las manos.

— ¿Cómo sigue? ¿A que ya pasó la calentura?

— No, don Bernabé; está enteramente *rundido.*

— Pues en el momento unos baños de pies, un *pedi-*

luvio, como dicen los médicos... Tráiganme bastante mostaza, ceniza y agua hirviendo... Verán si se burla de mí esta calenturita... Vino abajo San Bernardo, cuantimás este jacal.

Miguel recibió el baño dirigiendo la mirada á todas partes, castañeteando los dientes y respondiendo concertadamente á las bromas de don Bernabé.

—¿Qué tal Zaragocilla, eh? Acaba de escribir al mamarracho de Juárez diciéndole que Puebla es una madriguera de bandidos y que saldría de perilla quemarla... ¡Qué sencillez! ¿verdad? Quemar á Puebla, la segunda capital de la República, conforme confiesan propios y extraños — aunque yo sostengo que es la primera porque excede á México en muchas cosas, casi en todo. — Ya se lo dirían de misas á su jefe de usted, ya tendría para divertirse.

— Confiese usted que lo merecía la Angélica: se ha portado con nosotros como quien es...

— Su ardor consiste en que de aquí no ha sacado ni medio. Llegó la división de Antillón...

— Mi cuerpo, el segundo de Guanajuato, debe de haber llegado... Infórmese si llegó, amigo Sedeño.

— ¿Y usted, qué pitos tiene que tocar con los soldados?... Cúrese, levántese de ese calenturón que parece que lo va á consumir como si fuera una velita de á tlaco, coma bien unos cuantos días y luego se mar-

cha á lucir la personita entre los oficialillos de su regimiento... Al fin la suspensión de pagas no debe afligirle: dizque Zaragoza tiene pedidos treinta mil pesos para socorrer á su gente y acabar con los franceses; pero el don Beno nada ha podido mandarle, ni siquiera ha podido conseguir tres mil pesos que importa un día de socorro... Dígame, don Miguel, ¿por qué le llaman Patricio á Juárez? ¿Ya determinaron mudarle de nombre para que no lleve el que le pusieron en el santo bautismo, ó él se lo cambió como hacen los papas?

— No entiendo.

— Pues yo menos... Hoy apareció un papel que empieza diciendo. ¡Loor eterno al caudillo Zaragoza! — ¡Gloria al insigne patricio Juárez! — ¡Perpetuo agradecimiento á los generales Negrete, Díaz, Berriozábal y á todo el heroico ejército de Oriente!... No puede ser más claro: Patricio Juárez.

Rió Miguel del equivoquillo, y ya más confortado se metió en las sábanas á beber una tacita de caldo de pollo que había concedido don Bernabé. Estuvo hablando tranquilo y sereno, recordó algunos lances del delirio y acabó por pedir licencia para echar una siestecita... Bailaba de contento la pobre Eugenia, que se había refugiado en la habitación vecina; pero el gozo se le fué al pozo por la tarde, cuando entró al cuarto creyendo que Miguel había dormido bien. El recargo era tremendo, y el pobre mu-

chacho deliraba en medio de gestos y actitudes tremebundos.

—Están incendiando á Puebla, está ardiendo todo; ¿no ves cómo nos cercan las llamas y cómo amenazan quemarnos?... Mi caballo, mi caballo... Romualdo, ensilla al *Chinacate,* que tengo que salir en medio de este gentío y de esta horrible quemazón... Güera, lee en voz alta cualquiera cosa... *¿Han de Islandia?...* Bien, *Han de Islandia...* ¿Sabes que con el dinero que esa novela le produjo á Víctor Hugo, le compró un chal de Cachemira á su mujer?... También yo te he de comprar un chal muy bello, aunque no tanto como los que traerá tu madre, la insigne Josefina Ubiarco, después de hacer randibú á Morny y á Napoleón III... ¡Qué chiste tiene tu nobilísima mamá!... «Usted, señor, ignora de seguro que su familia disfruta un mayorazgo, conforme á la institución del cual los favorecidos han de llamarse Prieto de Bonilla...» Berriozábal traía una gorra de piel de nutria, y Negrete dijo á los suyos á la hora de empezar el ataque: «¡Ahora nosotros, compañeros, en nombre de la patria!...» Otros cuentan que no dijo más que «¡Al gran poder de Dios!...» Negrete no sabe quién fué Napoleón el grande...

Descansó un momento, y luego volvió á delirar con más fuga que antes. Mezclaba en sus imaginaciones á las gentes del ejército y á las extrañas á Zaragoza y á Díaz, á sus compañeros de oficina y á sus compañeros de ejér-

cito por una noche, concluyendo con la terrible visión del incendio de Puebla...

Como la gravedad continuaba se pensó en llamar á un médico que pusiera remedio á la situación; pero allí fueron las divergencias. Don Bernabé se cerró á la banda y prohibió que se hablara de otro médico que del doctor Hernández, que curaba á todos los señores canónigos. Se mandó por Hernández; pero cabalmente el señor ex catedrático de Medicina de la Universidad de México sufría de una ciática que le tenía en un grito.

En Rodríguez no había ni que pensar: era quien acababa de matar, según aseguraban sin atenuaciones las dulceras, á la mayor de entre ellas, y perderían las amistades si se ocurría á aquel matasanos.

Doña Pancha opinó por el tratamiento de Raspail: alcanfor, baños fríos y compresas de agua caliente; el librejo lo decía: ninguna fiebre dejaba de ceder.

—¡Ay, señora! observaba Eugenia; pero si se me resiste eso de bañar á Miguel como está, ardiendo en calentura... No sea que por aliviarle le vayamos á traer la muerte...

—Pues como le parezca, *mialma,* decía la otra incomodada... Yo le aconsejo lo que sé; si quiere toma el consejo, y si no, no me hace caso... y tan amigas como antes.

Alguien discurrió ver entonces á un físico de la tropa, y como Eugenia no sentía gran respeto por el protome-

dicato de la Angélica, se acordó llamar al doctor Burguicciani.

Llegó el médico é hizo el examen de Miguel, que estaba enteramente postrado y sin movimiento.

Vió, palpó, tanteó, auscultó, preguntó, tomó informes, y al fin dijo como al descuido:

— Es un caso de tifo exantemático bien caracterizado... Ahora hay mucha enfermedad en la plaza... Afortunadamente no se presentan complicaciones... Mucho aseo, mucha higiene y mucho cuidado para evitar corrientes de aire... ¿Qué grado tiene?... Bien; yo daré cuenta al Cuartel general... No fué el único que resultó con su fiebrecita á causa de la lluvia del cinco... El ejército salió anteayer y es probable yo tenga que incorporármele; pero si salgo, dejaré bien encargado al enfermo... Adiós, señoras.

El médico no salió de la ciudad, sino que estuvo ocurriendo diariamente, aunque sin contentar á don Bernabé.

— Para mandarle pelar al rape, ponerle sanguijuelas detrás de las orejas, darle agua de quina con vino carlón y atole tres veces al día, no vale la pena ser médico... No mandar poner hojas de *tianguistapetle* ó de fresno debajo de la cama, no disponer que le coloquen en la boca del estómago un pollo abierto en canal y no fortificarle con substancias, son cosas que no comprendo cómo se le hayan pasado... Pero en fin, yo me lavo las manos.

El delirio era más intenso y las remisiones más cortas; á medida que el tiempo avanzaba, Miguel ya no quería abandonar la cama, porque estaba siempre caído; pero el hervir de la cabeza no desaparecía un momento.

—¿Por qué me han cortado el pelo? ¿Por qué me han puesto la *choca?* ¿Acaso he cometido alguna acción baja ó fea para que así me traten?... *Chango,* Manuelón, vengan por aquí; esta es la entrada; arriba; yo ya estoy arriba... Dejen á Corral para que se le coma el campanero... Aquí tocaremos las doce, y aguardaremos hasta llamar el rosario y dar la oración... Miren, allí está San Ildefonso... Burgoa siempre paseándose y leyendo el Vinnio... Candingas, allí, en el puente del Cuervo está tu casa, y dentro la linda Vicentita. ¿No me la das?... Señor, llegué un poco retardado, porque no me permitían pasar las gentes que celebraban esa victoria nuestra de hoy... Todo, todo está lleno; Puente de San Francisco, Plateros, Vergara, Coliseo; tuve que dar la vuelta hasta el Factor... En Guardiola hay la mar de gente: todos lloran, todos se abrazan, todos se alegran de que hayamos obtenido esa ganancia contra los franceses... El que lee los telegramas es Prieto, el administrador de Correos... ¡Qué voz tan bella tiene! todos le oyen con atención y él derrama lágrimas de contento!... ¡Qué día tan hermoso!... Ya sé que hay mucho quehacer, pero en este momento arreglo mis manguillos de lustrina, tajo mi pluma, requiero mi papel de oficio y al avío...

¿Que no hay oficina, que no trabajamos hoy porque el personal no se ha presentado á causa de que anda celebrando el cinco de Mayo?... Muy justo es; y me regocijo más porque así tendré oportunidad de ver á Ríos... ¡Hola, Mateo Ríos, insigne anatomista y queridísimo condiscípulo: ahora sí te darás gusto... Hay cadáveres hasta que te canses; solamente doscientos treinta del enemigo mandó quemar el señor Zaragoza, y aun queda el doble entre los nuestros y los de los extraños... Vamos á desorganizar la derecha... El punto débil es hacia donde está el oficial del caballo moro... Nos metemos, rompemos el cuadro, y no nos podrán resistir los demás... Usted, don Bernabé Sedeño, con su gran lanza luminosa, que lleva en la punta una centella con que fulminar á los enemigos, se encarga de derribar á aquel vejete de la gran barba, y al joven que le sigue, y á los tres soldados del 99 que están á la izquierda... A Chardón me le perdona; casi es un forzado; es tan liberal como nosotros; digo, tan liberal como yo, que usted viene aquí como sargento de la compañía de *Honrados* que levantó el Obispo de Puebla... su señor... Escuadrones... batallones... Mano al sable... A degüello... ¡March!... Que fusilen al cobardón de Tirso Rafael Córdova, porque no avanzó á tiempo y trató de incorporarse al francés... Prepar... Apunt... ¡Fue...!

En cada uno de los términos de la fiebre, los vecinos vaticinaban la muerte del enfermo.

— Mal andamos; hoy es el siete y hay que esperar que se pele; está de muerte.

— Hoy hace *cris* la enfermedad: es el catorce.

— No hay que dejar que pasen los señores padres de don Miguel; podrían pescar el tifo si entraran de golpe y porrazo, sin enfriarse ni tomar precauciones.

Pero no hubo manera de sujetar á mi señora doña Lorenza, ni siquiera á don Germán: habían llegado de México nada más que para asistir al enfermo, y tan luego como tuvieron un ratito de descanso y se aligeraron de ropa, entraron á la alcoba del febricitante.

Miguel estaba caído y no oía, veía ni entendía nada.

— Ahora es el veintiuno; dicen que hoy se resuelve todo.

Doña Lorenza se limpió los ojos con el pañuelo y comenzó á llorar en silencio. El Licenciado se acercó á la puerta buscando aire más puro que aquél, saturado de esencia de canela, de alcanfor y de olor de calentura. Eugenia en nada pensaba, y apenas si se veía á sí misma desde la cúspide de su dolor.

A las ocho metieron al cuarto un anafe con lumbre, agua, trapos, atole y chocolate. La mayor de las Vacas, que por turno tenía que velar esa noche, se presentó á la hora de reglamento armada de todas armas.

— No, Manuelita; ahora están aquí los señores y ellos se quedarán á hacerme compañía... ¡Ay, señor, no se figura



. .entraron á la alcoba del febricitante.

cómo me han ayudado estas criaturas! Con razón don Bernabé las llama «las santas mujeres»... Y las Sedeños también no han faltado un día; y la madre, y Pachita, y todos han sido como gentes de nuestra familia...

— Dios se lo ha de pagar, dijo enternecido el buen caballero.

Salió la Vaca y empezó la velada triste, interminable, sin distracción ni arreglo posible. Pulsaba don Germán á Miguelillo y conocía que la calentura no era menor; le escuchaba y sentía apenas el ritmo del corazón. Las mujeres platicaban en voz baja, sentadas en sillas de costura.

— Para mí, dijo don Germán, no hay tal crisis esta noche.

Daban las doce y media cuando el Licenciado se acercó á la vela, resguardada tras un atajadizo, y vió que la cara del enfermo mudaba de aspecto.

— Creo que se muere, alcanzó á gritar.

Doña Lorenza cayó á los pies de la cama rezando las oraciones de los agonizantes, pues desde México había llegado provista de libros ya señalados con listones y hojas de papel.

« Cuando mis pies inmóviles me adviertan que mi jornada en este mundo toca á su fin, tened piedad de mí, Jesús misericordioso.

» Cuando mis ojos obscurecidos y turbados con la som-

bra de la muerte, levanten sus tristes y moribundas miradas hacia Vos, misericordioso Jesús, tened piedad de mí.

»Cuando mis parientes y amigos, reunidos alrededor de mi lecho, se enternezcan por mis sufrimientos y os invoquen por mí entre sollozos, misericordioso Jesús, tened piedad de mí...»

Eugenia estaba entretanto abrazada al cuerpo de Miguel y le decía cosas tiernísimas.

— ¿Cómo te vas, hijito de mi alma; cómo me dejas aquí, encanto mío? ¿Qué hago sin ti, que eres mi padre, mi madre y toda mi vida?... Miguel, Miguelito, óyeme, óyeme; yo soy, tu güera, tu *Génie,* tu francesita... ¡Ya está acabando!

Don Germán ocultaba sus lágrimas en el pañuelo, mientras levantaba en alto la vela, que semejaba un gran ojo fijo y reluciente.

Miguel se había incorporado, levantándose con las dos manos; había visto de frente al velón que su padre tenía; había abierto los ojos hasta dejar la pupila negra en medio de la esclerótica blanca; había meneado las niñas de los ojos; había echado hacia atrás la cabeza, y abriendo la boca una, dos y tres veces, se había dejado caer en la almohada estirando todos los miembros y haciéndolos crujir hasta quedar extendido cuan largo era...

La mujer y el padre guardaron silencio; la madre rezó entre lágrimas: «Sal de este mundo, alma cristiana, en el

nombre de Dios Padre Todopoderoso que te ha creado; en el nombre de Jesucristo, hijo de Dios vivo, que ha sufrido por ti; en el nombre de Dios Espíritu Santo, que ha bajado hacia ti...»

Don Germán se acercó al lecho.

—¿Ya? preguntó Eugenia.

—¿Ya acabó? dijo doña Lorenza sin cesar de leer y de llorar.

Al cabo de un rato respondió el viejo:

—Todavía respira...

Siguió la señora invocando á los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, patriarcas, profetas, apóstoles, evangelistas, mártires, confesores, solitarios, frailes, vírgenes, santos y santas, cuando don Germán exclamó, sin querer que por ello adquirieran confianza las mujeres:

—¡Todavía respira y le acaba de llegar un sudor copiosísimo!

—¡La crisis, Señor!

Como media hora duraron en expectación los tres testigos; cada vez que se acercaban á Miguel veían que la respiración era igual, tranquilo el pulso, quieta la mirada y favorable todo el aspecto del paciente.

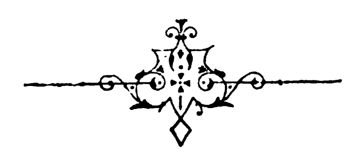
—Ahora, dijo don Germán á Eugenia, te acuestas á descansar un rato; ésta y yo velaremos.

Y la descendiente de los Bracamontes y los Ubiarcos

se echó en el suelo, en un mísero colchón, á descansar de las fatigas de tres semanas.

Doña Lorenza siguió rezando á la luz del velón, y el licenciado salió á echar un cigarrillo al corredor. La noche era clara; el cielo azul, dorado con el áureo polvillo de las estrellas, iluminaba la tierra con esa claridad indecisa que semeja la madrugada. Don Germán arrojó una bocanada de humo, se quedó mirando á la altura, y luego, dirigiéndose á Aldebarán, que lucía y se ocultaba como un fanal inmenso, le dijo alzando las manos:

—¡Gracias!...





CAPITULO VI

La retirada de los seis mil

VOSOTROS los tristes, los solos y los abandonados; vosotros los que sentís hastío de la vida, la pérdida de las ilusiones y el desencanto que causa la infinita vanidad de todo, venid á mí, que poseo el remedio á vuestro mal y puedo dároslo sin que os cueste una peseta. Enfermaos, coged una dolencia que os ponga á las puertas del sepulcro ó que os lleve á él por la posta, y estaréis curados. Si morís, porque muriendo os libráis de todas las cargas de preocupaciones y pesares; si vivís, porque os vendrá tal amor á la vida, que consideraréis tan grande y tan hermoso habitar este valle de miserias, que al fin acabaréis por reconciliaros con todas las macas de nuestra menguada esfera sublunar.

Miguel pasó los primeros días entregado á la sola y egoísta satisfacción de haber salvado la existencia. Le

parecía estar sumergido en una onda pura y límpida que le traía al cuerpo inmenso bienestar; respiraba por todos los poros el oxígeno de la beatitud del ser, y encontraba todo tan bello y rico, que no dudaba que este mundo fuera el mejor de los posibles.

Don Germán y doña Lorenza tornaron satisfechos á su casa después de ser bien zarandeados por don Bernabé, que no dejó iglesia, altar, capilla, oratorio, colegio ni casa de caridad que no les mostrara, á fin de lucir aquella erudición en cosas poblanas, que era su encanto.

Luego que el enfermo se sintió válido, fué á presentarse al Cuartel general, y allí recibió una noticia que no dejó de causarle asombro: el General en jefe había preguntado por él, y aunque por esos días andaba Zaragoza de la ceca á la meca, probable era que pronto quisiera tener noticias de su persona.

Ya se le avisaba que el subtenientillo por quien había tomado interés, había librado el pellejo después de su pugna con la enfermedad.

A principios de Junio se creyó Miguel capaz de seguir en la gloriosa, y con la venia de Burguicciani se presentó á la Mayoría de órdenes para que se la dieran.

Acababan de ocurrir los tristes sucesos de *Barranca Seca* y el *Borrego*, y el convaleciente, aunque no se sentía tan capaz que le hicieran mal unos días más de descanso, marchó á donde le mandaron, que fué la batida que

contra Matamoros Izúcar emprendió el teniente coronel Campillo.

Según decía Miguel años después, la primera expedición en que se dió cuenta de lo que le había ocurrido, fué aquella de Izúcar. Por el cinco de Mayo había pasado en un estado de semiinconsciencia y semiatonía que se semejaba mucho á la inconsciencia absoluta y á la atonía completa; en la expedición contra Montaño (así se llamaba el latro-conservo-traidor á quien atacaron) ya pudo pensar en el peligro que corría, en la manera de evitarlo y en la conveniencia de obrar como le indicaban quienes sabían más que él.

Montaño era un ejemplar (en aquella edad abundaron mucho) de guerrillero, asesino y ladrón, que, ora arrimándose á un bando, ora al opuesto, cometía las mismas picardías y los mismos desafueros que habría cometido si no hubiera contado con el pretexto de la disputa entre enemigos.

Había quemado los pueblos de Coayuca y Chiautla; había saqueado Tamasola, Tlalixtac, Chinantla y Acatlán; había asesinado á más de veinte personas de Huajuapam, dejando sus cadáveres pendientes de los árboles del camino, y había, en fin, logrado distinguirse entre los bandidos en una época en que los había de patente.

Hizo resistencia; pero al fin cayó la población en manos

de los republicanos, y el bellaco pagó con su vida las muchas de que antes había dispuesto.

A fines de Agosto regresó á Puebla Miguel y recibió una carta que pocos días antes le habían dejado.

La carta decía así:

«Mi querido amigo y custodio: Vos que habéis sido mi Hernando de Alarcón, porque como el rey Francisco me habéis custodiado durante mi cautiverio, merecéis que os escriba de preferencia, dándoos cuenta de lo que me ha pasado desde que nos separamos.

»Merced á mil exquisitas indagaciones, logré averiguar vuestro domicilio; pero con gran dolor me enteré de que estabais en el lecho, á consecuencia de una fiebre que no os abandonaba hasta la fecha de mi salida. Habría deseado, sin embargo de todo, daros mi abrazo de despedida; pero un anciano que me vió en la puerta de vuestra casa me advirtió que estabais sin juicio, sin discurso y que no me reconoceríais.

»Puedo aseguraros que no me entristeció el fracaso sufrido frente á Puebla, ni las acometidas de las bandas liberales que sin cesar nos acosan, ni las enfermedades y el calor de la costa; algo me duele más que todo eso, y es la hostilidad neta, declarada, indudable de la población mexicana. Pasamos por las haciendas y ranchos, y la gente se esconde, los víveres desaparecen, los animales de tiro y

silla no se consiguen ni por todo el oro del mundo, y se nota un aspecto tal de reserva, de hostilidad, de odio, para decirlo en una palabra, que verdaderamente entristece.

»¿Pues no hemos sido llamados? ¿Pues no debía aclamarnos y celebrar nuestra llegada la porción más sensata del pueblo, todo lo que aquí puede y vale? ¿Pues no íbamos á sacar del poder de una espantosa oligarquía á toda la gente honrada que deliraba por derrocar á Juárez? Y, sin embargo, ni en las poblaciones tenemos como adictos á los ricos, ni en el campo contamos con los pobres. ¿Será que Juárez, en vez de ser el monstruo espantable que nos pintan en Francia, es un hombre serio y un patriota incorruptible, ó será que, siendo un demonio sin freno, le prefieren al yugo de un extranjero? — Yo de mí sé decir que mejor quisiera el peor de los gobernantes franceses para mi patria, que el más grande y sabio de los legisladores procedentes de fuera.

»Habéis de saber, pues, que ya se han fogueado dos veces nuestras tropas desde que salieron de Puebla. La una fué contra las fuerzas de Tapia, que atacaban á las de Márquez, en el punto de Barranca Seca; la otra en el cerro del Borrego, acción de que debéis ya tener noticia circunstanciada por las gentes que estuvieron allí.

»Salieron con la columna Lefebvre, cincuenta hombres del segundo, y llegaron cuando la acción estaba ya muy comprometida; Márquez habría sucumbido si no hubieran

llegado los franceses oportunamente. Me figuro que no ha de haber sido floja su satisfacción al oir las cornetas de Lefebvre que tocaban ataque. Subieron los zuavos la eminencia, en medio de un fuego nutridísimo y que mucho les molestaba, y no tardaron en desalojar al enemigo de sus posiciones quitándole seiscientos prisioneros, caballos, armas y cañones, y haciéndole una buena cantidad de muertos. Por la noche descansaron á pierna tendida, y á la madrugada pudieron saludar la llegada del general Lorencez, que con una columna de las tres armas se adelantaba á auxiliarles.

»Y ya que os hablo de nuestros simpáticos aliados, permitiréis que os diga mi impresión acerca de ellos. ¡Qué rostros, qué ojos, qué actitudes, qué voces, qué meneos! Uno hay que me lo han presentado diciéndome que *debe* siete muertes; me hicieron el elogio de otro asegurándome que había entrado á viva fuerza en once poblaciones; conozco á uno que se ha *jurtado* (creo que así se dice) á treinta doncellas, y en cuanto á incendiarios, asesinos por paga, asaltantes de diligencias, ladrones de ganado y otras cien variedades inferiores, la lista no tiene fin.

»Hay muchos sombreros galoneados de oro, muchas calzoneras plateadas, muchas cicatrices de á cuarta, muchos cabellos sobre el rostro y mucho ademán de fiereza; pero, en cambio, ¡en qué estado se halla lo demás! La tropa se compone de hombres flacos, amarillos, de mejillas

chupadas y de ojos brillantes y hundidos. Uno se engalana con una chaqueta que fué de riquísimo paño, pero que á la fecha ya no tiene pelo ni color; lleva pantaloneras abiertas desde la cadera hasta la rodilla, mas no tiene calzones ni zapatos; otro está trajeado con prendas militares de la cintura para abajo, pero de la cintura para arriba no lleva sino un zarape de colores vivísimos... Y otro, y otro más con chacós de caballería, con gorras de granaderos, con hábitos de frailes, con zapatos de cómicos, con todos los disfraces posibles... Haced de cuenta que una prendería se echa á andar y que interviene para la colocación de las prendas la fantasía de un loco: así tendréis idea de lo que es el ejército mexicano.

»Los caballos son diáfanos de flacura; tienen el mínimum de carne bajo el pellejo, y en cuanto á alimento y á descanso, se conoce que andan muy mal; así me lo hacen presumir las miradas que me dirigen, tardías, opacas, sin brillo, cual si vinieran de limbos ignorados.

»No es menor el hambre de los pobres conservadores que la de sus caballos. Cuando ven en manos de nuestros soldados el café caliente ó el pan de corteza dorada, comienzan á escupir con verdadero entusiasmo, y cuando los buenos muchachos les hacen partícipes de su rancho, lo embisten con una furia, que si emplearan sólo la mitad contra los liberales, pronto no quedaría uno para contarlo.

»A su general, un tal Butrón y á un coronel Ortiz de

la Peña, que también vale mucho entre ellos, les conocí ayer. Con deciros que ninguno de ellos sabe leer y que no tienen siquiera idea de lo que es Francia ni de quién sea el Emperador, quedaréis enterado de lo que son.

»Y al ver tales cosas se me ocurre preguntar: Si venimos á proteger á esta gente y si esta gente es lo mejor que hay en México, porque son la parte sana y las personas de arraigo y de posibles, ¿cómo estará lo demás?

»Yo no puedo resolver nada por las pocas horas que estuve á vuestro lado; mas si he de juzgar por la generosidad, por la benevolencia y por la hidalguía con que me tratasteis vos y los vuestros, de vuestra moralidad, inteligencia y aptitud para gobernaros, yo diría que la parte sana del país sois vosotros, y que los demás son unos grandísimos impostores.

»Sabréis que tuvimos la suerte de triunfar en el cerro del Borrego contra las fuerzas que mandaba Ortega. Yo no concurrí á ese hecho de armas, y sólo sé lo que me contaron.

»Quizás no tendréis tan amplias noticias como sería de desear sobre ese desastre en que pereció la bella división que desde Zacatecas os había traído el general Ortega.

»El cerro del Borrego es una eminencia situada á las puertas de Orizaba. Tiene unos cuatrocientos metros de altura, y es tan escarpado y agreste, que aunque el General sabía bien que había desempeñado papel muy prin-

cipal en los ataques á la ciudad reina de las tierras templadas, descuidó fortificarlo, no creyendo que hubiera quien lo utilizara como punto militar. Parece que de concierto Ortega y Zaragoza, á la hora que éste atacara la ciudad por la llanura, aquél debía hacer fuego desde la montaña destrozando á nuestras tropas. Afortunadamente los juaristas, que habían pasado sin ser sentidos por las grandes guardias de Taboada, fueron notados por nuestros espías que dieron cuenta á Lorencez de que se movían en el Borrego gentes sospechosas.

»Mandó el General para observar lo que aconteciera, al capitán Dietrie, que á favor de la obscuridad de la noche y de las brumas del monte, trepó hasta cierto punto en que recibió una descarga. Ni un solo tiro hirió á los intrépidos franceses; lograron retirarse á un lado del foco donde partió el resplandor de la descarga, y seguros de estar completamente ilesos, embistieron á la bayoneta contra los mexicanos que defendían el terreno palmo á palmo. Debe de haber sido terible aquella lucha: los franceses ascendiendo con el arma siempre ensangrentada; los otros, retirándose todavía con orden y resistiendo con brío la acometida.

»La buena suerte de Dietrie consistió en que el ruido de la fusilería se hubiera oído desde el campo; subió el capitán Leclerc con su gente, y contando ya con este auxilio, Dietrie pudo tomar resueltamente la ofensiva

contra los mexicanos. Estos trataron de resistir; pero Dietrie, animado al mismo tiempo por su arrojo y por el temor de que viniendo el día se convencieran los mexicanos de que sus enemigos formaban apenas un puñado de hombres, siguieron con gran brío á los contrarios. La persecución no fué inútil, pues no tardaron los de Ortega en huir montaña arriba en una dispersión loca, absurda é inmotivada, que hizo que los nuestros quedaran bien pronto dueños del cerro hasta la altura.

»Por la mañana los franceses que habían realizado aquella hermosa proeza, y los que subieron asustados por el ruido de las descargas, quedaron pasmados de admiración al ver lo que había ocurrido. Los mexicanos se habían fusilado entre sí, se habían traspasado con las bayonetas, se habían destrozado con los sables, se habían arrojado á los precipicios juzgándose enemigos, y después de luchas dantescas, espantosas por la obscuridad de la noche y lo escarpado del sitio, y porque los enemigos contra quien combatían no eran gente nuestra sino de ellos.

»En el fondo de los barrancos se hallaban cientos de cadáveres; en los picos de las peñas había jirones de ropa, charcos de sangre y fragmentos de miembros; en las ramas de los árboles estaban encajados cadáveres que demostraban haber tenido una terrible agonía; al borde de los precipicios había hombres que aun vivían y que sin



En el fondo de los barrancos se hallaban cientos de cadáveres. .

embargo no podían valerse para colocarse en lugar seguro.

Las primeras víctimas del desastre por parte de los mexicanos fueron los dos coroneles y los dos tenientes coroneles de los cuerpos que habían ascendido, y, naturalmente, esto contribuyó á causar el pánico de que los nuestros se aprovecharon.

Nuestras pérdidas fueron insignificantes; las de los mexicanos, enormes. El capitán Dietrie, con el traje hecho criba por las innumerables balas que le habían tocado, no tenía sino una herida, que afortunadamente no era de peligro, en la mano derecha. El valiente capitán, que había sido propuesto para el grado inmediato por su brillante conducta en Barranca Seca, tuvo opción á otro ascenso más por esta jornada, que merecía haberse relatado por Alejandro Dumas y llevado á cabo por Cyrano de Bergerac.

»Figuraos vos, que sois discreto, mi situación ante todas aquellas cosas. Mientras Zaragoza estuvo tiroteando á Orizaba, ideé fugarme pasándome al campo francés; mas desgraciadamente estaba encomendado á la custodia de un jefe mexicano que fiaba en mi palabra, dejándome en absoluta libertad, y, naturalmente, no pude evadirme ni intentar nada.

Los tiros que los mexicanos despachaban contra las trincheras francesas se me figuraban dotados de una per-

versa atingencia que les hacía causar grandes daños, al paso que los cañones franceses me parecían mal dirigidos y cargados con balas de mazapán como los fusiles de los cuentos.

»Pero el desastre del Borrego debía ser la señal del desmayo y la caída del ejército mexicano. Pocos días más duró frente á la población y acabó por levantar el sitio dejando libres á los franceses.

»Si recordáis nuestra situación, tendréis presente que la llave de nuestras operaciones consistía en nuestra comunicación expedita con el mar. Veracruz significaba para nosotros, no sólo la proximidad á la flota, la seguridad de vivir unidos con nuestra patria, el auxilio pronto y eficaz de los refuerzos que no tardarían en venir, ya que el Emperador no podía querer que se agotara el corto efectivo que tenía en estas tierras, sino también la necesidad de proteger á nuestros compatriotas, á nuestros hermanos que se hallan expuestos á los rigores del clima y á los ataques de los contrarios.

Apenas supimos el revés del cinco de Mayo, Zaragoza ordenó á La Llave que tratara de copar á los pobres franceses de Veracruz. No necesitaba de estas excitativas La Llave: envió sus guerrillas contra nuestras avanzadas, después las encaminó contra la plaza, y al fin fué tal la osadía de estas gentes, que acabaron por retar á los franceses á combate diario dentro de la población.

»Figuraos la situación de aquellas pobres gentes, encerradas dentro de los muros, rodeadas de una población hostil, atacadas constantemente por las bandas mexicanas y agotadas por un enemigo mil veces peor: el terrible vómito negro. Verdaderas aventuras dignas de los héroes de la Mesa Redonda, eran las que tenían que emprender nuestras gentes para impedir que los mexicanos se apoderaran de los convoyes, cortaran nuestras escoltas, destruyeran las calzadas y volaran los puentes.



El general La Llave

»Sucede á veces que sale convenientemente custodiada una recua con provisiones; delante de ella, marcha una avanzada que explora el terreno adelante, atrás, á los lados, registra las barrancas, examina los matorrales y acaba por declarar que no hay novedad ninguna. Avanzan los carros cargados, las mulas fatigadas, los arrieros indi-

ferentes, y no tardan en aparecer los sombreros galoneados, las blusas rojas, los caballitos que se quiebran á la menor indicación de la rienda. Vuelve el grueso de la fuerza, suenan tiros, hay alarma, carreras, gritos... cuando se le busca ya el enemgio huyó llevándose media docena de mulas, matando dos ó tres arrieros... para volver á aparecer media legua más allá. Así os explicaréis que nuestros convoyes alcancen á hacer, en doce ó quince días, tramos de siete ú ocho leguas... Nada os digo cuando llueve á torrentes; el camino se desgaja, los arroyos se vuelven ríos y los ríos mares; se atascan los carros, juran los carreros y de entre los matorrales empiezan á salir tiros del enemigo, que se escapa como si fuera de azogue.

»Por eso se nos ha reducido á media ración de pan y de vino; por eso permanecimos muchos días creyendo en la proximidad de un sitio hábilmente preparado merced á la escasez de víveres.

»Afortunadamente para nosotros, no ha habido un solo día en que la habilidad de nuestros soldados no consiga triunfar de la audacia de los mexicanos.

»Sabréis quizá que á fines de Junio, después de los sucesos del Borrego, fuimos puestos en libertad Jupin y yo y los siete soldados que se encuentran sanos de las heridas que sufrieron el cinco de Mayo. Otra media docena de soldados está todavía en el hospital mexicano,

restableciéndose; mutilaciones y ablaciones de miembros, que les han sido atendidas con verdadera solicitud por vuestros cirujanos.

»No os podéis figurar el goce con que fuimos recibidos por nuestros camaradas. A todos se nos creía muertos, y ya se pensaba en erigir un monumento que perpetuara nuestra memoria, la del malogrado Raoul y la del doctor Berjus, cuyo caballo, espantado con el estruendo de la batalla, se introdujo en las líneas mexicanas, causando la muerte de su dueño.

»Aquí tenemos dos diversiones que nos hacen agradables las pocas horas en que no tenemos los cuidados del campamento: la música y el teatro. La maravillosa banda del 99, formada por artistas de corazón, que se deleitan deleitándonos y gozan con nuestro placer, toca tarde á tarde y noche á noche en la plaza de Orizaba. ¡Qué conmovedor espectáculo el de esos pobres cadáveres (que no son otra cosa los harapos que han dejado el vómito y la malaria) arrastrándose hasta un asiento, oir embebecidos las armonías que arranca la batuta del maestro, y luego llorar, gritar, aplaudir, encantarse, ya ante el aire de la provincia nativa, ya ante el himno que recuerda las victorias del gran ejército, ya ante la canción picaresca del *cabaret* ó la cantina!

»El teatro os divertiría más quizás. Representan, naturalmente, hombres vestidos de mujeres en un pre-

cioso escenario pintado y construído por nuestros hombres.

»Se han representado las piececillas *La Permission des dix heures, Michel et Christine* y otros varios apropósitos que nos han distraído grandemente; pero lo que ha constituído el *clou* de la temporada, ha sido la obrilla *Fich-*



ton-kan, que, como podéis comprender por la ortografía, acontece en China, dentro del Palacio del mismo Hijo del Cielo. Deciros los ensayos que ha necesitado, los preparativos minuciosísimos de que ha sido objeto, las preocupaciones que á todos nos ha causado, sería cuento de nunca acabar. Tibores, linternas, palanquines, decoraciones, vestuario, calzado, todo ha sido fabricado

exprofeso con un primor tal, que asombraría á un *sociétaire* de la Comedia Francesa... ¡y contando con los recursos que puede proporcionar Orizaba!

»El día de la *première* de *Fich-ton-kan* llenaba el teatro la aristocracia del lugar; el escenario era un ascua de oro; la sala y los palcos estaban ocupados por lindísimas criollas. Apareció la charanga del segundo de zuavos: los músicos iban disfrazados de chinos; chinesca era la decoración, chinescas las cestas llenas de flores, chinesco el surtidor de agua que llegaba hasta mojar las bambalinas... La representación empezó. Todo el mundo aplaudía, todo el mundo encontraba aquello encantador é ingeniosísimo; mas he aquí que la dificultad, el drama interior, el verdadero drama, brotó entre bastidores. Un chico graciosísimo, gran cantante y excelente actor, llegó al teatro borracho perdido...

»—Pero ¿qué has hecho, infame? gritaba el director de escena. ¡Embriagarte en este día!

»—No, mon maître, decía el *ajumao:* nada tengo; apenas estoy un poquito *alegre* (joyeux).

»Y como no había de quién echar mano, el regocijado actor tuvo que salir á las tablas, causando la mortificación de los organizadores de la fiesta... Mas ¡oh sorpresa! el borrachín estuvo tan oportuno, tan discreto, tan despejado, tan gracioso, que obtuvo diez veces más aplausos que habría conquistado yendo *en su juicio.*

»Desde ese día no se llama al *Talma colonial* sino el *Alegre* (Joyeux).

»Para el fin reservé una noticia que no ha de seros grata por más que á nosotros nos haya puesto contentos: acaba de desembarcar el general Félix Douay con dos mil franceses que forman la descubierta de un cuerpo de veinticinco mil que manda el general Forey, que trae al intendente Friant como jefe de administración, un cuerpo completo de exploradores, servicio de trenes, mulas, botiquín y todo lo demás que se puede necesitar.

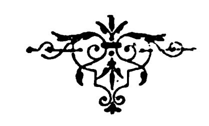
»Sobrará, pues, oportunidad de que me demostréis de nuevo vuestra hidalguía ó de que yo os pague vuestras bondades.

»Entretanto, aceptad, etc...

»CHARDON (NICOLÁS).

»Segundo batallón de Zuavos.

»Orizaba».





CAPITULO VII

Por las iglesias

Los primeros días de separación, fueron para Eugenia como el acabóse. Su energía y su entereza empezaron á flaquear, sintió deseos de encerrarse por mucho tiempo en su cuarto y acabó por sufrir grandes crisis de lágrimas, seguidas de enorme sedación que le producía sueño preñado de inquietudes, y al fin hambre devoradora que la impulsaba á comer cuanto le caía á la mano. Así se reparaba un poco.

Vacas y Sedeñas acudían solícitas á consolarla, haciéndola notar que si Miguel había sido de vida después del *fiebrón* que le había atacado, era que Nuestro Señor le destinaba para grandes cosas, cuando menos para alcanzar largos y venturosos años.

Eugenia no hacía caso de su persona. Pálida, ojerosa, sin ánimo, pasaba los días envuelta en un peinador,

mirando cómo la lluvia caía á veces gota á gota, á veces en raudales que, ya en la tierra, se tornaban ríos y corrían impetuosos como queriendo arrasarlo todo. Aquel año sesenta y dos fué famoso por la inmensa cantidad de lluvias que durante él empaparon la tierra. Amanecía despejada la mañana; pero la Malinche, siempre ceñuda, continuaba con su capuchón de nubes calado hasta las cejas. Pronto se desprendía una bolsa pizarrosa, que parecía iba á reventar apenas se la tocara; su sepia mugrienta se extendía sobre el azul cobalto del cielo, y á poco la ciudad estaba encapotada por un toldo que de cuando en cuando arrojaba gotitas que hacían correr á toda prisa á los transeuntes. Tardes, *no las había seguras*, repetía don Bernabé; no había *que fiar de Dios en tiempo de aguas,* y así, apenas concluía el viejo los menesteres de su oficio, regresaba á encerrarse entre sus cuatro paredes.

Eugenia sentía que con la lluvia se le aposentaba en el alma algo que estaba de acuerdo con su estado interno. Las gotas caían primero alegres y rumorosas acompañadas del cortejo de un vientecillo que volaba las ropas, golpeaba las puertas al moverlas y hacía gritar á las mujeres; luego las gotas crecían de tamaño; después se hacían más y más uniformes, y al fin se convertían en tempestad. La muchacha se divertía mirando los primeros goterones, que parecían cuartillas de cobre

de las más grandes; luego otras gotas tapaban aquéllas, buscaban los intersticios, se colocaban en los lugares vacíos y acababan por formar como una gran manta que cubría la tierra.

Los canales arrojaban al principio un hilillo tenue, y después un chorro grueso y transparente que se trenzaba, se retorcía, se desgajaba, se rompía y acababa por caer al embaldosado, con ruido especialísimo, como si el agua danzara en la losa, deshaciéndose luego en mil gotitas que subían un poco y al fin iban á engrosar la corriente del caño, turbia, cenagosa, rezongona y que fingía como gargarismos al pasar por la coladera del zaguán.

Eugenia permanecía las horas muertas mirando el correr del agua, y cuando ya iba á obscurecer se metía en la casa de las Vacas, que permanecían hasta hora muy alta trabajando en sus flores, en sus dulces ó sus viandas. Manuela, que era la más joven de las santas mujeres, solía estar cerca del anafe con lumbre encendida, sentada en una sillita baja y cerca de un cojín lleno de bolitas de hierro y madera puestas en sendos manguitos. Ordenadamente colocados había papel verde lustroso, papel de seda, pinzas, alambres cocidos, cerdas, moldes, cazuelitas con colores y vasitos llenos de diferentes substancias.

—El niño, mejor... nos dió una noche como para no



dormir más... Apenas habíamos pegado los ojos cuando ahí está el muñeco llorando... Se levantó Rebeca, le dió el biberón; pero él, retorciéndose, echando espumarajos por la boca, lanzando unos gritos que deben de haberse oído hasta Cholula... le registramos, le desvestimos, le buscamos pulga ú otro animal que le picara, y nada hallamos...

Cogió en eso varios pétalos de rosa que ya estaban recortados, y los introdujo en una solución de crémor, manteniéndoles cogidos por las pinzas. Les escurría cuidadosamente, y luego les ponía á secar en una toalla doblada en cuatro. Notando que ya muchas hojillas estaban en estado, las cogía, y colocándolas en una

plancha de mármol las golpeaba con un tundidor de cristal.

—La verdad, seguía Manuela, estaba tan necio que ya me resolvía á darle una nalgadita... Pero nunca se lo hubiera dicho á aquéllas: me querían golpear, estrangularme, sacarme los ojos—y remedaba los golpes en la planchita de mármol—llamándome fiera, inhumana y mala mujer...

Cesó en el golpeteo y, ya más calmada, dijo, recortando unas hojas:

—En fin, lo que ha de ser tarde, que sea temprano: hemos pensado ponerle nodriza... Es un gasto grande; pero la verdad es que con coliquitos como el de anoche nos vamos á pique, á no poder trabajar en muchos días, con el horrible destroncamiento que nos llega...

—¿Sabes, observó Eugenia, que te hace bien la *lumbriada?* Estás coloradita y con los ojillos brillantes, y luego con ese cuerpo tan lindo...

—Cállate, barbera, mentirosa; guapa tú, con esa palidez de azucena y esos ojos que parecen de santa.

—Ah, niña, ¿conque aquí estás? exclamaron las Vacas restantes haciendo irrupción. Hemos andado la ceca y la meca buscando nodriza, y al fin hallamos una en Analco; pero buen trabajo nos ha costado... Es una mujerona que da gusto verla... El niño se nos va á criar como una bolita.

Luego siguió una conversación de que Eugenia gus-

taba en extremo: la de las recetas de cocina. Tenían las Vacas tal habilidad para aderezar platos de todas clases, que no parecía sino que hasta las frases con que pintaban la ejecución encerraban partículas gustosas qne impresionaban al cerebro y al paladar de los otros.

Desde que empezaban la relación diciendo: «Se compran tantas libras de carne de ternera, tantos bizcochos de los de á seis por dos reales, tantas yemas ó un pollo de buen tamaño»; hasta lo de «se deja á fueguito manso y calentito se sirve», Eugenia no dejaba de saborear, como si estuviera descuartizando el pollo ó partiendo el asado ó menudeando el dulce.

Había languidecido un poco la conversación cuando don Bernabé llegó, antes de recogerse.

—Mañana función de San Jerónimo, padre y doctor de las iglesias latina y griega... Misa y panegírico del padre Ordóñez... No falten.

Y lo cierto era que Eugenia recibía aquellas noticias con tanto placer como las recetas de manjares de las Vacas. Después de escribir á su marido, de limpiar sus escasos muebles y de aderezar su persona, le quedaban libres muchas horas del día. Su devoción no era grande; pero la costumbre que iba adquiriendo de pasarse las horas en las naves frescas, grandonas, silenciosas, llenas de bancas simétricamente colocadas y de beatas discretas, la hacía buscar el ambiente del templo.

Iba estudiando iglesia por iglesia, capilla por capilla. En el suelo leía los epitafios de los muertos que allí descansaban; en las paredes buscaba las firmas de los cuadros que veía diseminados; en los altares se enteraba de las inscripciones votivas, de las relaciones de milagros absurdos y de los nombres de santos y santas cuyas eran las reliquias que yacían dentro de lindas urnas de cristal.

Gustábale ignorar el nombre de la iglesia que visitaba, á fin de proporcionarse el placer de la vaguedad y del misterio. Veces había que, abriendo el viejo cancel de madera, se introducía á la nave alegre y coruscante de luz y de dorados; un viejo sacristán recogía velas en lo alto de un altar; un pajarillo pasaba piando por el vano de la cúpula; la lámpara del Sacramento elevaba su lengua de fuego, como para alabar el misterio inefable... De repente, tosía un devoto en un crucero, y una beata con escapulario rojo al pecho y á la espalda se acercaba con una vela en la mano para decir á *Génie:*

— ¿No gusta de velar al Santísimo?

Desgranaba paters y aves la nueva devota, y por fin se levantaba entregando la candela. Leía los cuadros en que se contenía la incorporación de la iglesia á la Basílica de Letrán; tomaba agua bendita y salía para leer en la puerta los papelillos que son la especialidad de las iglesias: «Un padrenuestro y una avemaría por una grave necesidad.» — «La persona que haya olvidado una som-

brilla, puede ocurrir por ella dando las señas al sacristán.»

— «Retiro para señoras que tienen largo tiempo de no confesarse. Se repartirán los boletos en la calle de las Chinitas, 5.»

Algunas veces le atacaba los nervios la fealdad de los santos. Vió en el Carmen á un San Juan de la Cruz, que con paso de boleras trataba de arrojarse desde lo alto de un altarejo; en otra parte encontró á un jovenzuelo mártir, que llevaba clavadas dos hachas de abordaje, una en el corazón y otra en la cabeza, mostrándose tan tranquilo como si llevara un par de coronas de flores; por fin, se halló una serie de vírgenes pintadas y con aureolas de plata maciza que la hicieron reir.

La tenían mareada los milagros. Oía continuamente la relación de maravillas estupendas, de casos asombrosos y raros, en que las leyes de la naturaleza quedaban postergadas y en que se convertía en común y ordinario lo excepcional y nunca visto. Almas que volvían del otro mundo; gentes que descendían de una altura y eran detenidas á mitad del camino por el mandato de un bienaventurado; precipicios que se tornaban llanuras cuando un devoto invocaba á la Sin Mancilla; fuego que no quemaba, agua que no mojaba, eran cosas comunes y ordinarias. Luego venían las historias de bandidos, que ganaban el cielo por haber dado una limosna; de niños desamparados que llegaban á santos por haber amado mucho á

María; de loros, vacas y perros que por su piedad lograban figurar cerca de los elegidos; de conventos que se edificaban con dinero que daba algún judío converso; de auxilios impartidos á pobres religiosas por haber puesto un memorial en las manos de una imagen milagrosa; de chocolate, dulces ó arroz hallados misteriosamente cuando en la casa faltaban del todo las provisiones y el dinero... Y en aquel ambiente mirífico acababa por hallar posible lo imposible, probable lo improbable, cierto lo falso y por sentirse influída de suave y melancólica religiosidad.

Un día amaneció con una horrible jaqueca; sintió deseos de entrar á una iglesia cercana, y ya salía, después de aguardar mucho tiempo una misa, cuando una beatucha ajada y pobre le salió al camino.

—Ya no alcanza usted la de don Vicente; va en el *sanctus;* y como el hombre es una pólvora, no tardará en acabar... Aguarde la del señor Grajales, porque sino le toca la de don Vito, que es tan largo que por mal nombre le llaman el *Padre Eterno*...

Vió Eugenia atravesar el presbiterio á un *coloradito* y luego oyó la primer llamada en una campana chiquitina, bulliciosa, llena de gracia, que alborotaba á todo el barrio. Luego vino el segundo toque, y en espera del último y de que saliese la misa, se recogió en una banca inmediata. Sobre su cabeza quedaba cabalmente una urna que contenía la efigie en cera de una virgen blanca,

rubia, «de hiedra y lauro eterno coronada», y tendida con las manos juntas y los pies atados con una cinta de seda. Eran las reliquias de santa Asela, virgen y mártir, abogada especial contra los dolores de cabeza. Eugenia contempló largo tiempo á la niña, quizá destrozada por garfios y potros, quizá perseguida por la lascivia de algún procónsul, quizá como ella víctima de horribles jaquecas, y cayó á sus pies rogándole la aliviara... Cuando dió fin la misa, Eugenia sonrió de su credulidad; pero cuantas veces sufrió de la cabeza, se acercó á la virgen de cera.

Mas esas excursiones eran en verdad subsidiarias y de carácter accesorio. La iglesia que amaba *Génie* era la Catedral, blanca, aérea, delicada como ninguna otra de la ciudad. Gustaba, al llegar, de sentarse frente á la dolorosa escultura del Cristo muerto, que muestra sus manos traspasadas por los clavos, sus ojos velados por la obscuridad de la agonía, en las carnes las huellas de los azotes, el rastro de los pinchazos, la sangre de las heridas y las deformaciones de las fracturas, dejando ver en el costado, como roja flor que se abre perfumando el alma con aroma de gloria, la cruenta herida del costado, en la cual deseaba ocultarse el amor del místico zahareño.

Le encantaba la fábrica del ciprés, con sus procerosas figuras y su asiento de mármol; la pasmaba la multitud de alhajas y reliquias; pero lo que más la conmovía era la



La Catedral de Puebla

innumerable cantidad de imágenes de la Virgen, que hacían que Eugenia llamara á la Catedral «iglesia mariana»... La dinastía de pintores poblanos se había empleado en retratar á la Señora en todos los trances de su vida. Desde su infancia, llena de poesía, hasta su gloriosísimo tránsito, todo estaba allí: ya aparecía en sus desposorios con José; ya celebraba el reverdecimiento de la vara; ya huía á Egipto para librarse de las asechanzas del Tetrarca. Por mano de Ibarra, le entregaba el templo San Miguel; por la de Echave, le rendían adoración los pastores y los magos; por la de Cabrera, se la veía seguir el camino del Calvario, triste y afligida, clavadas al pecho las siete espadas del dolor más hondo que ha sufrido criatura humana. Pero Eugenia no gustaba de ver triste á la Virgen; agradábale más verla subir al cielo rodeada de ángeles, aclamada por coros y dominaciones, y sentarse á la diestra del Padre. Amaba particularmente un ingenuo fresquecillo, colocado en una bóveda y en el cual la Madre de Cristo se sonreía tan dulcemente, que Eugenia gozaba como si bajara la Madona á secar las lágrimas de todos los tristes. Sentía menos, pero también le amaba ardientemente, aquel gran lienzo que hace juego con el *Triunfo de la Iglesia,* que de Rubens copió Baltasar de Echave el mozo. María, rodeada de bienaventurados del cielo y de potestades de la tierra, mira á la postrada multitud que la apellida *Reina de la paz, Reina del amor,*

Reina de los corazones, Reina del cielo y Reina del mundo...

Eugenia experimentaba como si alguien se le hubiera metido furtivamente al corazón y se le hubiera transformado de todo en todo, volviéndosele de materia más suave y delicada. Hablan los teólogos del encuentro con Cristo, que se presenta cuando menos se piensa y remueve lo que más oculto estaba; pero Eugenia no sentía la influencia del juez que ha de venir rodeado de gloria y majestad á juzgar á vivos y muertos, sino la de la dulce mediadora que ha de apaciguar la cólera divina...

Hurgaba en todas las capillas, visitaba todos los altares, se recreaba lo mismo en las imágenes que en los retratos. Las esculturas de los Coras la hechizaban por sencillas, y mirándolas, casi inconscientemente repetía el gesto de apretar la boca para empequeñecerla, que es común á las vírgenes de esos maestros; sentía escalofríos de terror con el rostro cárdeno de un Jesús atado á la columna, chiquitín y barbudo, que la miraba con ojos espantados, y se deleitaba con la luz que irradiaba un bellísimo San Gabriel... Solía pararse también á mirar los cuadros en que están retratados de rodillas los canónigos de los cabildos viejos, postrados ante tal cual imagen y rindiéndole adoración y culto de latría.

Había acabado Eugenia por conocer á todos los capitulares y por saber sus costumbres. Éste sufría de una horrible dilatación de estómago, y la digestión le pro-

ducía sueño invencible; aquél adolecía de una tortícolis y andaba como becerro que llevaran los caporales cogido del pescuezo; el de más allá incurría en la tontería de rasurarse el pelo de la cabeza para aparecer *frentón* y con *entradas,* y todos eran viejos, reumáticos, tísicos, inútiles y desocupados. ¡Qué diferencia con aquellos eclesiásticos morenos, de pera y bigote negros, con canjilones y chorrera de encaje de Flandes, que de seguro habían ceñido espada y luchado por Palafox contra los jesuitas!



Entre dos y tres la iglesia estaba tan fresca, que Eugenia sentía placer en acomodarse en las bancas cercanas á la crujía y en oir el rezo de los canónigos. La arrullaba aquel *gori-gori* continuado, apenas interrumpido por el gangueo del órgano y los cantos de los chicos del coro. Después quedaba todo en silencio, y sólo conocía la Jecker

que iba haciéndose tarde, en que los azules y los rojos de las vidrieras empezaban á atenuarse y á perderse hasta llegar á no tener color, y en que se levantaba del confesonario el sacerdote que, con un pañuelo al oído, había durado la tarde entera resolviendo las dudas de una beata escrupulosa.

Eugenia regresaba entonces á su casa, rendida de cansancio y deseosa de no hablar con nadie. Sin embargo, no se escapaba de la visita de las Vacas, de las Sedeñas y del casullero, que cada día estaban más edificados con la piedad de la nueva inquilina. Todas las conversaciones eran como ésta:

—Mañana, fiesta de segunda, procesión de vuelta entera, rogaciones de campana, canto de letanías mayores con las preces acostumbradas para los Santos patrones...

—¿Qué creen que me dijo ahora el padrecito Lara? Muchacha, eres tan grandona como una de esas mujeres de la Biblia que están pintadas en el altar de los Reyes... y así de guapa.

—La torta del cielo no tiene chiste: se limpia y remoja una libra de arroz, se muele y se pone á cocer con seis cuartillos de leche, hasta el punto de manjar blanco...

Luego seguía la eterna relación de milagros. La Virgen de la Conquista, la de la Manga, la de las Nieves... todas tenían su leyenda piadosa, ingenua y cándida

hasta hacer reir á los incrédulos y llorar á los limpios de corazón.

Y así pasaba la vida, escribiendo cartas, leyéndolas y visitando iglesias. Una noche interrumpió aquella monotonía la llegada de dos nuevos vecinos, padre é hijo, que se habían mudado por la mañana y andaban corriendo la circular de rigor.



El viejo era de edad como de ochenta años, desdentado, flaco, sin pelo en la cabeza; pero, eso sí, enhiesto y con ademán de fiereza: á legua se le conocía la profesión militar. Estaba rasurado de barba y bigote; la nariz era ganchuda, acentuada y con un exceso de carne hacia la punta, lo que daba al órgano del olfato gran ventaja respecto de la boca, en que no existía un solo hueso y con la cual la nariz reñía descomunal combate, aunque sin

lograr vencerla porque nunca la encontraba. La piel no sólo era arrugada, sino negruzca á trechos, como la corteza de esos árboles que van careciendo de savia por la edad; los ojos tenían encima una tela azulada y la luz de la pupila llegaba como de regiones distantes, como de países de leyenda, misteriosos é ignorados. El traje del viejo consistía en pantalón de dril blanco, chaqueta azul de paño con botones dorados y gorra negra con la borla para la frente. Se llamaba don Juan de Mata Romo, y había llegado á comandante de batallón durante las guerras civiles.

El hijo estaba entre los veinticinco y los treinta; era guapo, moreno, de barba negra, de ojos brillantes y de cejas tan acentuadas que parecían un brochazo de tinta de China aplicado con vigor. Las Vacas le declararon en seguida el retrato del San Ignacio de Loyola, por Olivares, que cuentan fué esculpido con arreglo á una mascarilla del Santo. El buen mozo se llamaba Antonio.

Algo quería comunicar Eugenia á don Bernabé una mañana, y no hallándole en el cuerpo de la iglesia ni en el coro, ni en la sacristía, entró hasta el cuarto de los tapices. Desde la puerta de la sala capitular vió á un sacerdote alto, pálido, narigudo, cojo y de ojillos brillantes, que hablaba con un seglar viejo, calvo, trigueño y con voz de confesonario.

— Desengáñese, señor Magistral; estos pícaros tenían

que acabar como empezaron... Hacían creer que el cinco de Mayo era la mayor victoria que se había registrado en el mundo, y ya ve usía el resultado: hoy le traen casi moribundo, y Dios ha de querer quitarle la vida en que tanto mal ha hecho.



— Dios es misericordioso, señor Licenciado, dijo el Magistral frotándose las manos, y quizá piense impedir que siga su carrera de crímenes... Pero quizá no haya faltado en esto obra humana... ¿me comprende?

— Si usía no se explica, señor Magistral...

— *Secreta non vult pandere, horret sigillum frangere...* dijo el Magistral señalando la estatueta de San Juan Nepomuceno que se hallaba en medio de la pieza.

Salieron en esto los dos amigos y encontraron á Eugenia embobada mirando á Ulises arribar á la isla de Calipso; á Beleforonte y á la Quimera; á Vulcano y á sus bodas, y á Marte, bello y sonriente, repartiendo dones á los mortales. En este instante llegaba don Bernabé sudoroso y apresurado.

—Sedeño, dijo el canónigo, sin mirar siquiera los tapices, que me lleven á casa mi manteo y mi breviario...

Apenas hubieron salido, le faltó tiempo á Eugenia para preguntar á don Bernabé:

—¿A quién traen moribundo? ¿Quién es ese pecador que debe morir?

—Zaragoza, el gran Zaragoza, el héroe de usted, el del cinco de Mayo, que llega mañana malo de tifo... Hay muchísima enfermedad en el campamento, y es seguro que ésta no la cuenta...

—Y... ¿repite el tifo?

—No siempre, pero se dan casos.

Apagó don Bernabé, con los dedos mojados en saliva, la pavesa de una vela que llevaba en la mano, y Eugenia se quedó sentada en una banca, cerca de la capilla de San Eligio. Permaneció un rato sin ver ni oir nada; luego sintió que se le llenaba de agua la boca; después un dolorcillo en el vientre, y al fin arrojó lo que guardaba en el estómago.

Esa tarde fué Eugenia á ver la capilla del Rosario,

en el convento de los dominicos. La iglesia no tenía nada de particular; era larga, angosta, mal cuidada y hasta pobre; mas caminando hacia la izquierda se descubría, tras un cancel, la maravillosa capilla dedicada á la Virgen. Era un milagro hecho piedra; una joya cincelada, repujada, miniada y esculpida con primor y cuidado de artista escrupuloso. Es un solo motivo de decoración que sube, baja, se entrelaza, se confunde, da vuelta á las columnas, trepa por los capiteles, rodea la cúpula, pasa por el altar mayor, recorre los vanos de las paredes y reaparece en todas partes: aquí sostenida por ángeles, más allá por niños, burlada en esotra parte por las hornacinas de las Santas Vírgenes, sirviendo de ornamentación á los retablos y alzándose triunfante en lo más elevado de la bella construcción... En los azulejos se veían los motes con que llama á la Gloriosa la letanía inventada por el prior de Osma; los niños tenían en las manos rosarios que ostentaban con amor; servía de tema á los cuadros el jardín florecido del rosario, y el rosario aparecía en las manos de la Virgen cargada de joyas que estaba en el nicho.

Génie quedó como deslumbrada; todo era blanco y oro; todo era una ornamentación plateresca, complicada como sencilla y rica por bella, sin que hubiera nada antiartístico ni vulgar. ¡Quién sabe cuánto duraría sumida en aquella contemplación, cuando sintió que la capilla

daba vueltas, que el nicho de la Virgen se venía al suelo, que se confundía y barajaba aquella cinta inacabable, y que por fin le venía la basca como antes!

La muchacha pensó entonces, como iluminada súbitamente:

— Estoy encinta.

A poco llegó el sacristán con el manojo de llaves, y Eugenia tuvo que salir; pero, aunque se retiraba preocupada y con los ojos bajos, pudo ver dos figuras que se ocultaban de sus miradas. Una, no le cabía duda, era el buen mozo á quien había conocido en su casa días hacía; la otra era una mujer bien constituída, alta y guapa de continente... Se parecía á Manuela Vaca, pero de seguro no era ella...

Volvió la de Olivos haciéndose lenguas de la Capilla del Rosario, y Sedeño aprovechó la coyuntura para coger la hebra.

— ¡Pues ya lo creo que vale! Figúrese usted que allá, en el siglo XVII, cuando se estrenó, la llamaron *La octava maravilla de América*... La consagró el señor don Manuel Fernández Santacruz, y hubo siete días de fiesta en que predicaron siete sermones los siete superiores de las siete religiones que había entonces en Puebla... Figúrese usted si no serán unos infelices los pobres jacobinos que piensan acabar con el catolicismo, que ha levantado ese entre mil monumentos... Puebla será siempre la misma; de-

fenderá las creencias de sus habitantes, como las ha defendido tantas veces... Tirso está ahora con los franceses y me anuncia que pronto les tendremos aquí. ¡Que sean bien venidos!...





CAPITULO VIII

Zaragoza

Cuando volvió de su expedición á Izúcar, encontró Miguel un pliego del Cuartel general, en que le ordenaban pasar á Acatzingo y presentarse al General en jefe. Aquel camino fué para Miguel la revelación de lo que era el Ejército mexicano y de la inmensa cantidad de esfuerzo que se necesitaba para triunfar de los franceses. Había visto el cinco de Mayo salir casi desnudos á los soldados de Negrete, llevando por todo arreo, encima de las carnes, un sarape embrocado que se fajaba con la cartuchera, y un indicio de calzón cubriéndoles los muslos; había visto las terribles escaseces que cercaban á cuantos recibían el prest, al grado que sólo un día, el ocho de Mayo, habían tenido las tropas haber íntegro, pues los demás se habían contentado con *cuartilla ó medio*, cuando se encontraban,

ó con rancho de maíz agorgojado, de frijol podrido, y, sobre todo, de arvejón picado, que abundaba prodigiosamente.

Pero con aquel medio las mujeres hacían milagros; tres *tlacos* servían para comprar maíz y *martajar* gordas y *totopo;* del tlaco restante se compraba la mitad de chile y medio tlaco de sal. Se echaban las gordas en una bolsa de manta, se encendía fuego donde era posible y se comía con una gana que ya la hubieran querido para sí los tragones de jamón que mandaba Forey.

Pero, en cambio, ¡qué alegría, qué confianza en el triunfo, qué hermosas bravatas, qué arriesgadas aventuras, qué expediciones más extravagantes y más llenas de peripecias! Durante sus días de soldadesca, Miguel había notado tres capas en la gente que formaba el ejército: indios sufridos, quietos, impasibles, que lo mismo veían llegar una granada que una talega de pesos; rancheros alegres, valientes, generosos, llenos de entusiasmo y decididos á tomarlo todo á broma; y los pocos jóvenes de la pequeña burguesía que iban teniendo nociones claras de lo que eran patria y libertad.

Muestra de los primeros, eran los soldados del batallón Morelos, que ocupaban la iglesia de Guadalupe la mañana del cinco de Mayo. Cundió el pánico entre ellos en el momento en que el enemigo, no sólo subía al cerro, sino que rebasaba la trinchera. Fueron vanas las excitaciones

del coronel González Arratia para obligarles á resistir, é indignado el jefe, empuñó la espada y traspasó á tres soldados que quedaron en el sitio. Mas el remedio no resultó, pues los otros *juanes* empezaron á tirar los fusiles y á ponerse en fila para que Arratia les despanzurrara. Afortunadamente, en esos momentos pasó por la iglesia el batallón *Reforma de San Luis*, con el arma al brazo y dispuesto á ocupar las posiciones abandonadas. El coronel vió en eso un recurso; hizo creer á los pobres muchachos que los franceses iban de huída, y la prueba de ello era que *Reforma*, que venía tras de *Morelos*, avanzaba victorioso. Salen confortados, se encuentran con el enemigo á unos cuantos metros, y le resisten; le causan muchas pérdidas y le obligan á bajar hasta el último barranco.

Los rancheros eran el elemento de buen humor en la guerra. Ya podré referir las bárbaras proezas del gran patriota Méndez, el primero en la horrible guerra de encrucijadas; pero bueno es saber que desde el desembarco de los intervencionistas, hubo casos curiosísimos.

En Orizaba salieron á recorrer el campo los ayudantes de Zaragoza, que querían ver de cerca á los franceses y observarles. Formaban el grupo fronterizos de pura sangre, hábiles en el manejo del caballo y de la reata, y capaces de lanzar á las siete cabrillas. Caminaban riendo y sin preocupaciones, cuando observaron un grupo de diez ó doce franceses, muy lucido. En vez de huir se diri-

gieron resueltamente á ellos, que les dejaron acercar creyéndoles soldados de Márquez; desataron sus reatas, hicieron lazo, y antes que los confiados franceses pudieran resistir, Pedro de León, Teófilo Z. Martínez, García y López habían cogido sendos franceses y les tenían cuál sujeto del cuello, cuál de la cintura, cuál de los brazos; el resto del grupo echó á correr. Les despojaron de los rifles y pistolas, les dispusieron se entregaran, y cada cual con su presa lazada y en la propia disposición que la habían cogido, marchó hasta la tienda del General en jefe. Uno de los presos resultó ser nada menos que Mr. Desleaux, jefe de la brigada de artillería de marina y gobernador de la plaza de Orizaba, siendo los demás sus acompañantes. Sólo Desleaux fué canjeado por cuarenta oficiales mexicanos, presos á consecuencia de la acción del Borrego.

También en Orizaba, el día del ataque al Ingenio, una fracción de infantería francesa quedó disgregada del resto de su batallón. Sin asustarse, aquellos valientes formaron cuadro, y con las bayonetas listas pensaron resistir la carga de caballería... No hubo tal; dos charros cogieron una reata por un extremo y otros dos por el contrario, picaron espuelas á sus pencos y dieron contra aquella muralla de pechos valientes y de aceros relumbrantes... Los zuavos de uno de los frentes cayeron como los perros á quien se da manta, patas arriba y sin poderse



..habían cogido sendos franceses y les tenían cuál sujeto del cuello, cuál de la cintura, cuál de los brazos...

valer; los demás se desbandaron y fueron presa fácil de los machetes fronterizos.

De lo que sabían hacer los estudiantejos destripados, los comerciantillos que saltaban del mostrador para empuñar el fusil y los muchachos consentidos que sentían ansias de vida libre, verá mucho en estas páginas quien las abra por cualquier parte.

Decíamos, pues, que Miguel fué llamado al Cuartel general de Zaragoza. El oficialillo conocía poco el mundo; pero se figuraba no podría menos de tener el ceremonial de un monarca quien era en aquellas horas incensado y puesto en el lugar más alto por toda la nación, que se asombraba de su genio, su gloria y su fortuna.

Y, en efecto, á Zaragoza, que tenía gran mérito de suyo, se le aumentaba la importancia en tercio y quinto, creyéndose que ni Escipión, ni Aníbal, ni César, ni el mismo Napoleón servían para descalzarle las botas fuertes.

Pero, en vez del semidiós que creía hallar, Miguel se encontró un joven sencillo, fuerte, noble y bueno, que poseía la señal mejor para que se conociese su valer; los que le amaban más, eran los que estaban más cerca de él.

Zaragoza era trigueño, carirredondo, lampiño, de cuerpo regular, algo entrado en carnes, de ojos hermosos aunque miopes, y de mirada dulce que no le impedía sentir á las veces verdaderos accesos de furiosa cólera.

Se hallaba por aquellos días en la fuerza de la edad, pues apenas alcanzaba los treinta y tres años, y demostraba en toda su persona el perfecto arreglo de facultades y potencias, que le hacía mirar todo, no con clarividencia de genio, sino con calma y tesón de hombre equilibrado.

Discurría en unión de dos oficiales superiores, cuando entró Miguel, después de anunciarse por medio del ayudante de servicio.

—¡Ah, usted es el subteniente Olivos!... Me habían contado que era muy joven; pero no me le figuraba un chiquillo.

— Tengo diez y nueve años cumplidos, mi General.

—Pues no representa arriba de diez y seis... Recibí una carta del general Doblado recomendándome al subteniente Olivos, que toma las armas por su gusto y deseoso de defender á la patria...

— Es verdad, mi General.

—Esa conducta deberían seguir todos los mexicanos honrados, y sobre todo los que pertenecen á las clases directoras; pero, desgraciadamente, no es tan abundante la entrada como debería ser, dado el peligro que corremos...

—Sí, mi General.

—Las recomendaciones del señor Doblado son órdenes para mí, y deseoso de que el señor General vea que le



El general D. Ignacio Zaragoza

atiendo, he determinado pase usted á formar parte de mi Estado Mayor.

— Mil gracias, mi General.

— Licenciado, dijo al general Garza Ayala, que estaba presente, desde hoy este muchacho pertenece á los tuyos.

— Está bien, contestó Ayala, y aparte á Miguel: «Ahora no es el ayudantazgo un carguito seductor; no hay que andar de parada, hecho un veinticuatro, enamorando muchachas y yendo al teatro á acompañar á los grandes: hay mucho sol, muchas mojadas, mucho trabajar y mucho no comer.»

— A eso vengo, mi General.

— Pues pase al cuarto de los muchachos.

Entre los ayudantes se encontró Miguel jóvenes de Nuevo León y Coahuila, paisanos del General. Acogieron con cariño á Miguel, y uno de ellos, Martínez, le tomó por su cuenta para instruirle de sus obligaciones.

— Esto es el oficio del aguador, le dijo; al primer viaje se aprende. No hay más que estar pendiente de nuestro jefe, Garza Ayala, hacer con prontitud lo que manda, trabajar duro y tupido, y querer de veras á Zaragoza.

— Pues cuente usted con que ya soy un ayudante modelo... Me habían dicho que el General tenía muy mal genio... Pero ¡qué mal genio va á tener, si me trató como á un amigo!

— Y así es siempre con nosotros, dijo Martínez; la

bondad misma. Le conozco desde que era yo un chiquillo, y nunca le he visto de mal humor.

— ¿Son ustedes paisanos?

— Como si lo fuéramos; él es nativo de Tejas, de un ranchito que le llaman Bahía del Espíritu Santo; estuvo muy chiquillo en Matamoros, pero apenas de catorce años fué á Monterrey, donde hizo su instrucción primaria y estudió un poco de latín; mas no le tiraba la iglesia, ni menos el foro ó la medicina... Figúrese usted á éste diciendo misa, confesando beatas, enredando pleitos ó tomando el pulso con el reloj en la mano... Entró al comercio, y en una tienda duró algunos años de dependiente... Se fastidiaba allí, cuando supo que se reclutaba gente para la Guardia nacional... *Se la dieron de sargento...* de allí pasó á capitán y así fué á Monterrey acompañado de ciento trece hombres y resuelto á ayudar á los pronunciados de Ayutla... La derrota que causó á Woll en el Saltillo, le valió las charreteras de coronel... Se opuso al absurdo estatuto de Lafragua, y, parapetado en la ciudadela de Monterrey, permaneció sitiado durante tres días, dando por toda respuesta al oficial que le intimaba rendición: «Puede usted comenzar sus operaciones.» Poco después derrotaba al sitiador con el resto de las fuerzas de Nuevo León, que estaba en Camargo... Se hallaba en México en la época del *Golpe de Estado* de Comonfort; acompañado de unos cuantos amigos fronterizos,

defendió San Pedro y San Pablo hasta que los mochos se apoderaron de la ciudad y no hubo ya esperanzas de éxito...

Durante la guerra de tres años prestó grandísimos servicios: salvó la artillería liberal en Ahualulco; fué parte muy activa en el triunfo de Calamanda; en Tacubaya peleó hasta lo último... El 24 de Mayo en Guadalajara, en el sur de Jalisco con Ogazón, en todas partes luchó resueltamente, hasta que se retiró pasando junto á las barbas de los mochos para reunirse con González Ortega y combinar el plan de ataque... El primer encuentro fué con el mismo Miramón, el héroe de los retrógrados, el invencible, el diestro, el grande... En Silao se encontraron los dos ejércitos; Miramón desorganizó el ala derecha de su enemigo; los constitucionalistas continuaron en la resistencia; pero considerando Zaragoza que si se limitaba la acción de los liberales á sufrir los cañonazos enemigos, pronto quedarían deshechos, en unión de González Ortega y con la bandera en la mano, atacó á la bayoneta á los mochos y logró derrotarles... En Guadalajara, cuando González Ortega cayó en cama, Zaragoza tomó el mando de las tropas; evitó la reunión con Castillo, intervino en los convenios que dieron por resultado la toma de la plaza y entró victorioso para retirarse en seguida á preparar la batalla de Calpulalpam. Después de González Ortega, á él se debió la victoria,

pues sostuvo, sin cejar un punto, el formidable ataque de Miramón... En Puebla se hallaba mandando una división, cuando fué llamado por Juárez al Ministerio de la Guerra y después promovido al mando de este ejército en substitución de Uraga, que, ya usted sabe, se había echado sobre las armas, cogiéndose cuanto podía de lo poco que tenían los soldados... Es tan valiente, que yo le vi en Calpulalpam, cuando las caballerías se habían encarnizado en los conservadores fugitivos, recorrer desarmado el campo y diciendo á gritos: «¡Eso ya es cobardía; no hay que ensañarse con los vencidos; acuérdense de que ellos también son mexicanos!»

Cuando Zuazua le ordenó que fusilara á unos prisioneros que había tomado en Zacatecas, le dijo poco más ó menos: «Están recibiendo los auxilios espirituales; han muerto ya, créalo usted... Han sufrido más que la misma muerte, y yo me intereso en cuanto pueda valer para que se les perdone... Seamos fuertes y terribles en el combate; pero después, que admiren nuestra humanidad los enemigos que no nos conocen.»

Es tan modesto, que se limitó á dar cuenta de la victoria del cinco de Mayo, diciendo: «Estoy muy contento con el comportamiento de mis generales y soldados. Todos se han portado bien. Los franceses han llevado una lección muy severa, pero se han batido como bravos. Sea para bien, señor Presidente. Deseo que nuestra

patria, hoy tan desgraciada, sea feliz y respetada de todas las naciones.»

Créamelo usted; si hubiera contado con los mil quinientos hombres que llevó O'Horan á Atlixco, habría acabado con los franceses; todavía más, habría continuado la persecución si hubiera tenido dinero y gente. El nueve no pudo reunir tres mil setecientos pesos para un día de socorro; el diez, cuando los franceses habían ya descansado, y si no se habían repuesto de sus pérdidas, por lo menos estaban listos para resistir, le llegaron treinta mil pesos que le mandaban de México...

A los dos días de la llegada de Miguel, Zaragoza ordenó se preparara el viaje para México: tenía que conferenciar con don Benito, que pedirle elementos para continuar la guerra y que comunicarle sus ideas sobre la manera de acabar con los franceses que aquí quedaban. El entusiasmo del público fué inmenso. En la casa del héroe se agrupó el pueblo aclamándole la esperanza de México, el hijo predilecto de la patria, el jefe indiscutido de la nación. Miguel, que no era más que un niño, después de saludar á sus padres se consagró á darse pisto haciendo creer que estaba en todos los ápices de la política y que conocía al palmo la vida del General. En los pocos días que servía al grande hombre había llegado á tomarle afecto grandísimo, por su trato afable y generoso, al grado de sentirse dispuesto á cualquier sacrificio por él.

Uno de sus temores era que los mochos intentaran algo en contra de la vida del General, y por eso se había propuesto el de los Olivos no consentir en que se le acercara persona sospechosa, ni en que comiera manjar de procedencia desconocida, ni en que saliera á altas horas con riesgo á sufrir un asalto. Trabajo inmenso y que para llevarse á efecto habría requerido la complicidad de Zaragoza; pero como el jefe se cuidaba tanto de los peligros reales ó supuestos como de la primer camisa que se había puesto, la tarea de Miguel se hacía positivamente imposible.

El veinticinco de Agosto obsequiaron á Zaragoza con un banquete en el Tívoli. Hubo brindis, alabanzas, dianas, todas las manifestaciones de la gratitud y del entusiasmo; pero Miguel no oyó ni el noble brindis de Juárez, felicitando á nombre de la Nación al vencedor de Puebla, ni el de Zaragoza en que solicitó pan y vestidos para los heroicos soldados que le habían acompañado á luchar contra los invasores.

Cuando entró al Tívoli, al extinguirse los acordes del Himno Nacional con que les saludaron, oyó á varios caballeros que hablaban de la fiesta.

—Precioso está esto, decía uno; bien se conoce que ha andado aquí nuestro amigo Pancho Schiaffino con su buen gusto y su *savoir faire*.

—Tales manos lo hilaron, exclamaba otro; esos maci-

zos de rosas, esas guías tricolores, esa ingeniosa disposición de la mesa, de seguro obra son de nuestro amigo, pues no hay nadie en México capaz de hacer la mitad.

—Todo esto no tiene nada de particular, repuso modestamente el alabado; no dispusimos de tiempo y apenas



logramos arreglar nada más que en donde ve la suegra... Lo que sí me parece de primera es la comida; los dulces, ustedes saben que me pirro por los dulces, son exquisitos, obra de aquella famosa Sor Natividad de la Madre de Dios, del convento de la Encarnación, que ya se acuerdan ustedes que es un águila de Hipona para las confituras, pasteles, mermeladas, conservas, tirillas, leches, cajetas y demás hierbas... Hay unos huevos moles, que si no fuera

porque es mala crianza, me los comería íntegros... y luego me comería los dedos de tanto chupármelos... Pero no, no hay que pensar en ellos; son para el General, y á los simples mortales nada nos ha de tocar... En fin, yo me comprometía á ganar otra batallita como la del cinco de Mayo, si me aseguraban por escritura pública que había de tener como recompensa un plato de huevos moles de mano de Sor Natividad de la Madre de Dios...

Miguel era un excelente muchacho; pero se había llenado la cabeza de príncipes traidores y de princesas traicionadas; de alquimistas que preparaban guantes que al ponerse metían por los poros de la piel tósigos mortales; de flores y pañuelos que al olerse podían causar la muerte; de duquesas adúlteras; de bribones solapados y ocultos, y de toda aquella máquina que puso en moda Dumas el grande, y que fué detestablemente parafraseada por sus imitadores.

Al principio ninguna impresión le hizo la conversación; pero después, como si hubiera brotado de repente en su cerebro una impresión borrada, se acordó de una novelota que había leído hacía pocos meses. Se llamaba *Don Juan de Austria*, y el autor, calumniando al buen Marnix de Sainte Ildegonde, suponía que éste había armado un terrible complot contra la vida del héroe del libro; aunque Miguel no se acordaba bien si por sugestiones de los flamencos, que no querían les mandara un

hombre tan bueno, ó de Felipe II, que había ya mandado matar al buen Escobedo y ejecutar otras muchas trastadas por envidia de su simpático hermano... Y cabalmente el medio de que se había valido el bribón é infame Marnix había sido un plato de huevos moles, que á la cuenta deben haber gustado mucho al caudillo de Lepanto y la Alpujarra. El caso no podía ser más claro, y si se añadía á tantas coincidencias que los huevos moles del banquete eran obra de una monja, no podía caber duda de que la conjura estaba hecha y preparada, pero que era todavía tiempo de evitarla.

Dióse Miguel á buscar al señor Schiaffino, á quien había oído hablar del bocado de manera tan entusiasta; pero luego pensó que quizás el tal estuviera metido en el ajo de la conjuración y no convendría ponerle sobre aviso. Entonces tomó una resolución que se le figuró salvadora, segura y apropiada al caso, y fué comer él la parte destinada al General; así conocerían los perversos que sus planes quedaban frustrados por la abnegación de un subalterno adicto... Ya se veía desplomarse sobre una silla, arrojando espumarajos por la boca, lívido, desencajado, acometido de horribles dolores de estómago, lanzando gritos de dolor y pidiendo un médico que le auxiliara... Le darían el emético, ocurrirían los mejores doctores á curarle; pero todo sería inútil, porque sería tal la violencia del dolor, que no tardaría en expirar... Se en-

ternecía al considerar el dolor de Eugenia y el de sus padres, que le perdían apenas recobrado; pero le consolaba que todos se hicieran lenguas hablando de cómo se sacrificaba por su General, que, merced á su rasgo heroico, podría seguir luchando y venciendo hasta conseguir echar á la canalla... Y ¡quién sabe! quizás la patria agradecida le levantara algún monumento y hasta concediera sendas pensiones á sus padres y esposa...

Cuando hubo tomado la resolución, dióse á buscar el plato envenenado para comerlo, evitando la muerte de Zaragoza; pero daba la maldita casualidad de que en su vida se había echado al rostro la víctima del deber un plato de huevos moles. ¿Cuáles serían los tales huevos? ¿Acaso aquel pastelón amarillo con golpes rojos que dominaba la derecha? ¿Acaso sería la pieza montada que tapaba la cabeza del prócer frontero á Zaragoza, dejando ver de él sólo el copete que accionaba y las manos que aprehendían las provisiones con rapacidad de carnicero? ¿O sería quizás el verdoso, color de mar en bonanza, que dejaba ver la corteza agreste adornada con multitud de escamas variopintas? Imposible saberlo, pues don Juan de Ariza no entraba, en su libro, en explicaciones que habrían sido menester para conocer los huevos moles por su configuración y aspecto físico.

Entonces tomó Miguel un partido: comerse todos los dulces; así, si no moría envenenado, moriría de la har-

tazga; pero el General nada padecería. ¡Reventaría de una indigestión heroica!

Al verle con las insignias de ayudante del General victorioso, todas las gentes se le acercaban, todas le hacían acatamiento y se ofrecían muy á su servicio. Antiguos condiscípulos de colegio venidos á más, maestros y jefes que nunca habían reparado en él, gentes que jamás le habían saludado, le estrechaban la mano, le rodeaban y preguntaban por la vida, milagros, propósitos y situación de su General, ó brindaban con él desde el otro extremo de la mesa, poniendo los ojos en blanco, tocándose el chaleco en el sitio correspondiente al corazón y alzando la copa con la mano derecha.

Pero brindis, agasajos y saludos eran cosa sin importancia para Miguel, que no se ocupaba en comer más que los dulces que había á la mano y en hurtar diestramente los que le acercaban al General. Por fin, se levantaron de la mesa los principales, tornaron á su alojamiento los ayudantes de Zaragoza, y apenas se preparaban á descansar, cuando tuvieron que concurrir á un concierto con que obsequiaban al jefe. Hay que confesar, porque decir lo contrario sería no conformarse con la verdad histórica, que Miguel durmió como un bienaventurado oyendo gorgoritos y primores de piano, pero que le dejó más muerto que el veneno que creía haber ingerido, un señor llamado Ramitzquin ó Rantzikin, que tocó el violoncelo

tan larga y cansadamente, que parecía iba á echar raíces meneando el arco.

A las doce se levantaron, y al llegar al Hotel Iturbide, cuando Miguel se aprestaba á confirmar con carácter definitivo lo que había ejecutado de modo provisorio, esto es, dormir á pierna tendida, recibieron la noticia de que tenían que salir para Puebla.

La diligencia estaba á punto: la *Vaca* se encontraba bien sujeta en la trasera del coche; el cochero y el sota estaban en su trono, dignos y cirscunspectos, cuando Zaragoza dió la orden de partir. Salió el coche de las calles, avanzó por el camino real, y á poco, cuando abandonó los baches de San Lázaro y se encontró en terreno plano, todos los ayudantes se echaron á dormir sin que se les diera un ardite de los tremendos tropezones que daba contra las piedras del camino el fortísimo guayín que les conducía.

Por Río Frío empezó á llover, y aunque los oficiales bajaron cortinas y vidrieras, el agua se introducía al vehículo, causando no poca molestia al General, mas resultando indiferente para sus adláteres, que descansaban más seguros que los apóstoles en el huerto de los Olivos. La diligencia marchaba con toda la velocidad que era posible en aquellos tiempos, y debido á eso, á las tres de la tarde llegaron á Puebla, de donde salieron á las cuatro, apenas tomaron un tente en pie; á media noche

llegaron, mojados y hambrientos, á las cumbres de Acultzingo, término del viaje.

Se contaba que Porfirio Díaz había avisado á Zaragoza por extraordinario, que los franceses parecían moverse de sus posiciones con dirección á las Cumbres, y que á eso se había debido el violentísimo viaje del General; quizás no hubiera tal aviso, sino sólo una añagaza de la suerte, que ya tenía dispuestas las cosas de aquella manera.

Zaragoza recorrió todas las posiciones, desde las Cumbres hasta el Palmar; pero en la tarde, al volver, le vieron sus ayudantes con los ojos enrojecidos, cambiado el color y triste la mirada. Su secretario le preguntó con interés si estaba enfermo, y respondió que se sentía mal.

—Poca cosa; un dolorcillo de cabeza por la mojada y el desvelón; pero ya pasará... Me basta dormir bien una noche para reponerme.

El veinticinco amaneció nublado y lluvioso. A las cinco de la mañana trató el caudillo de levantarse, pero ya no le fué posible. El general Garza Ayala le retuvo en cama, disponiendo que pasara á verle un médico. Nada pudo decir éste, pero sí indicó que debía pasar á Acatzingo, donde se encontraba el Cuartel general. «Es conveniente estar prevenidos, dijo; hay tanto tifo en el campamento...»

Desde que Miguel supo la enfermedad del General,

empezó á sufrir tormentos inenarrables. «No haya hecho el diablo, pensaba, que el jefe pueda haber comido ése maldito potaje envenenado, y de que nada hayan aprovechado mis sacrificios.»

Comunicó en secreto sus sospechas á un compañero, y éste le dijo con risa:

—¿Pero qué pensabas? Cabalmente á mí se me ocurrió igual cosa, y me engullí no sólo los dulces que le acercaban al General, sino también las carnes, las legumbres y las frutas... En cuanto á los huevos moles, no tengas cuidado; les conozco, porque con ellos me paladearon, y como me gustan de vicio, me comí una fuente que estaba en la mesa. Si así es el veneno, que me envenenen muy seguido; mas de seguro que los del banquete no tenían treta ninguna, aparte de azúcar, huevo, coco y un puntito de azahar, pues me sentí con ellos como nuevo.

El mismo día salió el convoy para Acatzingo, donde tocó que viera al General el mismo doctor Burguicciani que había asistido en Puebla á Miguel.

—Mal andamos; esto parece tifo, del que tenemos de á bola entre la tropa; hay que aislar al jefe é impedir que se le aproximen gentes que no hayan tenido la fiebre.

Todos quedaron sin fuerzas ante la noticia; pero Miguel, acercándose al físico, le dijo gozoso:

—Yo sufrí ya la fiebre; usted mismo me curó.

—Cabal, tienes razón; pues quédate tú...

Y volviéndose á Garza Ayala:

—Mi General, salvo lo que usted opine y lo que más convenga al servicio, creo que sería bueno llevarse al enfermo á Puebla.

La traslación se dispuso inmediatamente. Eran las ocho de la mañana; el sol alumbraba amorosamente, sin calentar demasiado, ni agostar la hierba, ni secar la humedad de los prados. Se aderezó un gran guayín en que cómodamente podían caber diez personas, pero en que iban á acomodarse cuatro: el General, dos ayudantes y el médico. Daba Miguel los últimos toques á las tablas en que debía ir acostado el enfermo, aderezándolas con zarapes y colchones, cuando vió salir de una casilla al pobre Zaragoza. Caminaba poco á poco, desencajado, lívido, sin alientos, apoyado en el hombro de Garza Ayala; y para atravesar los ocho ó diez pasos que mediaban entre el coche y su alojamiento, se detuvo dos veces y se limpió otras dos el sudor que en perlitas minúsculas le salía á la frente.

Una vez que las mulas partieron haciendo sonar sus colleras apretadas de cascabeles, Zaragoza se reanimó un poco. Veía el campo verde, las montañas azules, los caseríos distantes con el placer de quien ama estas cosas y por ellas vive. Se había extendido la noticia de la enfermedad del caudillo, y de todas partes acudían los oficiales de los regimientos y batallones destacados en el

rumbo á informarse de su salud; mas lo que particularmente conmovía al enfermo era los soldados pálidos, llorosos, asustados, que se precipitaban al carruaje impacientes de ver á su ídolo, pero sin atreverse á dirigirle la palabra.

— Voy mejor, hijos; voy mejor; no se apuren; no tengan cuidado; todo pasará... No es nada, no es nada; cosas de médicos; pasado mañana estoy en pie.

Un pobre sargento, á quien se le conocía el grado en los vivos del destrozado chaquetín, se atrevió á preguntar á Miguel:

— Mi subteniente, ¿no nos le habrán envenenado los traidores?

— No digas tonterías, respondió el muchacho con seguridad; es una fiebrecita en que nada tienen que ver los traidores.

Por la tarde, las nubes que la Malinche había recogido en forma de tules impalpables, se extendieron por el cielo invadiendo todo el horizonte visible. El aire mezclado de polvo que empezó á soplar, traía consigo el grato olor de tierra ozonificada; las aves piaban temerosas buscando los nidos; las liebres mostraban al correr sus blancos traseros, y las vacadas huían mugiendo á refugiarse en los corrales, conducidas por el pastor que las arreaba tirándoles pedruscos con la honda y llamándolas por sus nombres.



...se pudo llegar á Puebla al obscurecer, á la luz de hachones empuñados por jinetes.

Zaragoza se envolvió en la capa, alzó la cabeza, y rompiendo el silencio que había guardado, dijo gozoso:

— ¡Buena se prepara la tormenta!

Como si esperara sólo su venia, una ráfaga de viento impregnada de agua se metió al coche alzando las cortinas y mojando la cara del General; á poco una racha de granizo azotó el techo, y luego una serie de goterones traspasó todos los vanos y hendeduras, obligando á los del guayín á buscar la manera de cubrir al enfermo.

El coche se había parado; los cuitados ayudantes no encontraban manera de salvar de la lluvia al paciente, pues ya estaban empapados los atajadizos y las cortinas que habían improvisado. Sólo se oían los juramentos del cochero y de sus ayudantes, que trataban de hacer andar á las mulas, y el chorrear del agua, que caía como si azotaran cueros. Se hallaban en una hondonada á donde refluían las corrientes de los collados cercanos, y era imposible sacar el coche á flote...

A poco el guayín comenzó á hacer agua, que entró primero por los intersticios de las portezuelas y fué subiendo poco á poco hasta cubrir las tablas en que iba el caudillo, mojando á éste. Salieron los cocheros en caballos de la escolta á buscar gente á Amozoc, y volvieron acompañados de rancheros que desenfangaron el coche; como el aguacero había pasado, se pudo llegar á Puebla

al obscurecer, á la luz de hachones de brea empuñados por jinetes.

Aquella noche deliró Zaragoza.

Miguel avisó á Eugenia de su llegada, y la misma noche estuvo á verle la muchacha. El placer del oficial fué inmenso cuando ella le comunicó lo de la paternidad.

—¿Pero estás bien segura?... Hija, con estas cosas no se juega... ¿Conque un niño, conque un muñeco?... ¡Vaya que tiene gracia!... Y se echó á reir como un tonto, abrazando á su mujer con tal fuerza, que casi le hizo daño. Hay que decírselo á mi padre; hay que comunicárselo á tu madre, haciéndole saber que los Ubiarcos y Bracamontes tienen ya un heredero, aunque *mediatizado*, pues se ha repetido una vez más la historia del criollo don Alonso, don Alvaro ó como se llamara el causante del zipizape que trajo como consecuencia la pérdida de los dinerales de tu quincuagésimo abuelo... ¿Conque un hijo?... ¡Eres lo más mona!

Zaragoza pasó el cinco casi sin delirio, aunque con la mirada vaga. Le habían prohibido ocuparse en nada; pero á él le había dado la comezón de dar órdenes, de disponer todo y de revisar todo, hasta las nimieces. Por la noche, que Miguel pasó velando, se le oyó rechinar los dientes é incorporarse en la cama.

—¡Alejo, Alejo!...

—Mi General...

— ¿Eres tú, García?...

— No, mi General; soy Olivos...

— Bueno, bueno,... subteniente Olivos, te hago capitán; llama á Alejo para que me descalce estas botas... No puedo dormir con ellas...

— Se equivoca, mi General; no son botas, son los cáusticos que le han puesto en los brazos y en las piernas, y que afortunadamente le *han hecho* muy bien...

— No me repliques, tonto; llama á Alejo...

Cuando el mozo ocurrió, el General dormía acezando.

El seis amaneció despejado, aunque la calentura iba siempre en creciente. A eso de las once llamó á Miguel, y con toda calma, como si dijera lo más cuerdo del mundo, le ordenó:

— Diga á Alejo que me traiga mis botas, mi caballo y mi espada... Pero que no sea el *Tagarno* el que me ensillen, porque ese me tira en el estado en que me encuentro...

Marroquí y Burguicciani, que eran los médicos que le asistían, procuraron calmarle.

— Mi General, le dijo uno de ellos, ahora no puede usted levantarse; pero quizá mañana estará listo... Le curaremos los vejigatorios y ya podrá montar á caballo; ahora quizá le molestarían esas llagas que tiene en los brazos y en las piernas...

— Pero, ¿acaso no sabe usted, doctorcito de mi alma,

que tengo una patria que defender y que me ha confiado su honor? ¿acaso no sabe que soy el jefe del ejército, de este ejército de héroes desnudos, de héroes hambrientos, de héroes desarmados; pero valientes, pero nobles, pero grandes?

El doctor insistió, y Zaragoza, sentándose violentamente, le miró á la cara con ojos que parecían los de un hombre cuerdo, y le dijo con calma:

— Doctor, le había creído un hombre honrado y un buen patriota; pero veo que es un pícaro traidor... Es usted indigno de hallarse junto á este pobre lecho...

El doctor palideció, como si Zaragoza hubiera sido responsable de sus palabras; tal era el acento de verdad con que hablaba.

— ¡Alejo, Alejo! gritó, llamando á su asistente; parece mentira que tú, que tanto me querías, me hayas traicionado pasándote á los franceses... Me has dejado, has dejado á tu amo y le has vendido... Aquí estoy, atado en cepo de campaña, próximo á que me fusilen, y te lo debo á ti...

El pobre muchacho lloraba sin consuelo.

Al coronel García, su fiel ayudante, le desconoció, y quizá confundiéndole con algún mocho, le dijo á gritos y echándose fuera de la cama:

— ¡Fuera de aquí, traidor! ¡fuera, bellaco!

Y le pegó un golpe en el rostro.

Entre dos y tres se le acentuó una pequeña remisión.

—¿Cuántos días estaré todavía en la cama? preguntó al médico.

—No pasará de seis...

—¡No pasará!... ¡Y lo dice con tanta frescura!... Y entretanto, ¿quién cuida de mis soldados?... Buenos jefes tengo, como Berriozábal, Porfirio y Antillón; pero por algo me han puesto aquí... Si viviera en Puebla Juan Navarro, ya estaría yo en pie... Ese es médico...

El mismo día se avisó al Gobierno el deseo del paciente.

Al caer la tarde volvió el delirio más pertinaz y más agitado.

—Delira mucho; buena señal, dijo Marroqui.

Y Burguicciani añadió:

—Los vejigatorios han obrado muy bien y la calentura está más baja; apenas tiene treinta y nueve y tres décimas.

Volvió á la idea de levantarse. Pedía botas, acicates, caballo y montura; discutía el camino que debía tomar y llamaba á todos sus generales enviándoles órdenes.

—Esos ayudantes, ¿están colocados á trechos de cincuenta varas como ordené?... Que lleven otra orden á Carbajal; ya me tiene colmada la medida... Le fusilo si le descubro el más mínimo indicio de traición... Que me atrape á todos los franceses, sobre todo á los que van por

la falda de la Malinche... Si no aprovecha la oportunidad y les coge, es porque está en connivencia con ellos... ¡Bribón! es capaz de venderse á Satanás y hasta á Almonte, que es peor todavía...

Pareció que descansaba, pues apenas se le oía rumiar algunas palabras entre dientes.

Al oir los clamores de las ocho, se sobresaltó nuevamente.

—No me hieren las balas, y no hay lugar mejor para observar al enemigo... Dame el anteojo... García... García... Dí á Berriozábal que avance con cuatro columnas por el centro... A Negrete díganle que procure forzar la línea francesa, á la izquierda... ¿Dónde está Pedro de León?... Dí á Porfirio que se vuelva, que ya traspasó con mucho la batalla... Le deshacen donde se lo propongan... ¿Qué dice? ¿Que no obedece y que luego explicará?... Colombres, vaya usted mismo... Este muchacho, fiado en que tiene la mejor gente y un corazón enorme, va á comprometer el éxito de todo... Amenácele usted hasta con el Consejo de guerra... Toma mi anteojo, que es mejor que el ¡tuyo... Mira cómo corren los zuavos... Son *cualquier cosa*...

Como sudaba horriblemente, le mudaron la ropa y trataron de renovar el aire viciado de la habitación, cerrando unas puertas y abriendo otras.

— ¡Dios mío! empezó á murmurar Zaragoza. ¡Qué frío

hace en esta tienda!... ¡Qué catre tan incómodo!... ¡Si me dieran otro un poco más blando!... Pero si llueve aquí más que en el campo... ¡Brr... Brr...! ¡Qué horror! ¡Maldito temporal!...



La fatiga era mayor á cada momento, y aun cuando pareciera dormir, tenía los ojos abiertos, que se destacaban brillantes y llenos de expresión en la cara pálida y sin la sombra del cabello, que tenía cortado al rape.

Los médicos, al retirarse por la mañana, abandonaron ya los optimismos de la víspera.

—¡No se escapa! decían contristados.

— Pero qué ¿no hay esperanza? decían incrédulos los ayudantes.

—Esperanza, sí, es lo último que se pierde; pero la salvación es muy remota.

Peor amaneció el día siete. Su madre y su hermana llegaron de México violentamente, y no supo reconocerlas ni darse cuenta de su presencia. Los momentos mejores eran los en que intentaba levantarse y abandonar la cama; después le venía una tremenda sedación en que apenas si trataba de coger algo que parecía flotar en el aire, doblando el embozo de la ropa y estirando el cuerpo como para ensayarlo en la disposición que debía tomar en el ataúd.

A eso de las once le llegó un período de agitación. Pidió una vez más el caballo ensillado; pero en su delirio tenía la idea de que quien debía enjaezar á la bestia era un sargento francés que desconocía los aperos mexicanos. Miguel le cuidaba en el momento que trató de levantarse, y le dijo había orden de que no se moviese.

—¿Cómo, dijo, acaso estoy prisionero?

—Sí, señor, respondió el oficial.

En ese momento tocó la corneta de la guardia, que iba al Principal.

—¡Dios mío! ¡vienen por mí; me van á fusilar!... Bien está, pero que no toquen á ninguno de mis ayudantes; que les dejen, que les dejen...

É hizo un gesto tan imperativo, que no parecía sino que comprendía cuanto hablaba.

Por la noche el coma se acentuó, y en la alcoba, alumbrada por una lamparilla de aceite, no se oían sino pasos tácitos y voces quedas que comentaban la situación, que nadie juzgaba tan desesperada como era en realidad.

— Hay mucha madera todavía.

— Sujeto, si le hay; lo malo es que le ha atacado esta maldita fiebre con una fuerza...

— Pero le favorece mucho la juventud.

— Es claro; la juventud es un gran elemento.

— Peor se vió el coronel Martínez...

— ¿Y á López no le olearon?

— Caballero de los Olivos asegura que boqueó.

— Hay muchísimos casos; en estos días los hemos visto rarísimos, y ¿cómo había de ser tan rematada nuestra suerte, que el único á quien necesitamos hubiera de faltarnos?

A las diez de la noche paró en la puerta del alojamiento de Zaragoza la diligencia que llevaba al doctor Navarro. Apenas estuvo en aptitud de penetrar á la alcoba, pasó Navarro á examinar al enfermo. Tomó informes sobre la temperatura, se enteró de la marcha de la enfermedad, examinó al paciente de pies á cabeza y acabó por declarar sin reservas que aquél era un caso perdido.

— Nada se puede hacer, dijo, dejando caer con des-

consuelo las manos sobre las piernas; es negocio de horas... Es la fiebre más espantosa que haya visto.

Recetó aún algunas cosas sin importancia, y se quedó sentado en un sillón con muestras claras de desaliento.

Miguel se envolvió en su capa, y sentado á la orilla de la cama lloró con desconsuelo, pensando lleno de tristeza:

— Pero, señor, ¿cuánto más valdría que nos llevara esta maldita fiebre á tantos que de nada servimos, y que dejara vivo á este hombre que es nuestra esperanza, la esperanza de México?

Y no acababa de pensar estas cosas, cuando unos ojos azules le miraron, reprochándole su olvido, y columbró en el aire dos bracitos blancos y dos manecitas apretadas que le hacían esa señal con que se anuncian el enojo y la proximidad del desquite.

Al amanecer del ocho nadie tuvo duda de que la muerte venía á más andar. La casa se llenó en un momento de uniformes, de blusas rojas, de dormanes, de sombreros jaranos y de quepis.

Nadie hablaba, nadie se comunicaba impresiones, nadie hacía comentarios. A lo más, el recién llegado decía en voz baja un «¿Cómo sigue?», que era contestado por un tristísimo «¡Acabando!»

A las nueve, el enfermo lanzó un ¡ay! que le salía de muy hondo, y luego exclamó tristemente, pero todavía con fuerza:

—¡Pues qué! ¿también tienen prisionero á mi Estado mayor?... ¡Pobres muchachos!... ¿Por qué no les dejan libres?

Siguió una hora de ansiedad, en que no se oía sino sollozos cerca del lecho, y al fin, después de una fatiga en que se conocía que el cuerpo estaba ya rendido, expiró sin grandes extremos. En ese momento escribía Navarro su famoso telegrama: «Son las diez y diez minutos de la mañana: acaba de morir el general Zaragoza...»

Cualquiera creerá que es tópico literario cuanto diga sobre las lágrimas del ejército, pero nada hay menos exagerado. Los que tienen el hábito de mirar la muerte frente á frente, no se endurecen por ella, sino que saben considerar lo fácil que es alcanzarla y las complicaciones que trae. Rifleros del Norte, hechos á luchar con los salvajes en el desierto; valientes guerrilleros, habituados al sufrimiento y á la escasez; soldados viejos, llenos de heridas y de glorias; gavilleros insensibles al sufrimiento propio y al ajeno; jóvenes que acababan de entrar al ejército y que veían como un Dios á su General, lloraban llenos de dolor por el hombre que perdían y por las esperanzas que se les escapaban.

Miguel se apoyó en un pilar del corredor y lloró á lágrima viva, hasta que fué alguien á pedirle las llaves del mueble en que se guardaba la ropa del General, que tenía en su poder el ayudante.

Cumplió Miguel con el deber de amortajar aquel cuerpo, depositario de un alma en que se habían contenido tantas y tan admirables riquezas y perfecciones, y



el once, á las tres de la tarde, salió de Puebla, en compañía de la escolta que mandaba el coronel Escobedo, y que estaba destinada á entregar á la nación el fúnebre despojo.

Nadie puede imaginar la conmoción que causó en México la muerte de Zaragoza. No era sólo pesar, ni duelo, ni tristeza lo que llenaba á todos; había también abatimiento, desesperanza, seguridad de que habían pasado los días buenos para la patria.

Claramente lo daban á entender la circular del ministro de Relaciones y Gobernación, los artículos de Zarco y hasta los decretos que se expidieron para honrar al héroe. Se dispuso celebrar solemnes honras fúnebres en todo el país; declarar á Zaragoza benemérito de la patria

en grado heroico; que había merecido el ascenso á general de división; que se dotaría á su hija con cien mil pesos que recibiría en bienes nacionales, y teniendo, mientras se podía entregar esa recompensa, una pensión anual de seis mil pesos. También se decretaron pensiones en favor de la madre y hermana del General. A Puebla debería llamarse Puebla de Zaragoza; á la calle de la Acequia, calle de Zaragoza, y á la que se había abierto en la Profesa, calle del Cinco de Mayo.

Desde que los ayudantes bajaron el ataúd en el Palacio, hasta que consiguieron llegar á la una de la tarde á San Fernando, Pancho Schiaffino, el mismo á quien había visto Miguel mangonear el día del banquete, dirigía la marcha con una habilidad que habría envidiado el más perfecto jefe del protocolo.

— Ahora la artillería... sigue la ambulancia...

— Antes de la compañía de carabineros, los cinco cuerpos de Guardia nacional móvil y los cinco de la sedentaria.

— Tiene que preceder á ese batallón de Guardia nacional, el comandante general con su Estado mayor.

— El coche del General tiene que ir después del carro fúnebre y antes de los caballos de batalla.

Luego, de qué sabia manera colocó ministros, diputados, concejales, jueces, magistrados, junta patriótica, club Reforma y particulares distinguidos.

El mismo Schiaffino señaló lugar sobre el catafalco á los ayudantes del muerto. Miguel quedó pasmado mirando el señorío que concurrió al panteón. Se veía moverse en un mar como de tinta los sombreros de copa, las levitas negras, los estandartes enlutados, los niños de las escuelas con el moño negro al brazo, los soldados de caballería con las carrilleras de los chacós sobre la nariz, y allá á lo lejos, como término del cuadro, siete cañones que relucían como si fueran de oro fino, y un cortinaje tricolor que parecía tener prendido el retrato de Zaragoza.

El carro entró balanceando sus pompones, como si hubiera sido una barca que navegara en un piélago de aguas pesadas; bajaron el cuerpo muchos caballeros, y empezó la ceremonia.

El discurso de Iglesias fué sereno y grave. Hizo un digno panegírico de Zaragoza, en que se lamentaba la falta del soldado y del patriota, pero en que también se daban á la patria esperanzas de regeneración. «Por ahora, despidámonos del héroe, decía; ciñamos sus sienes con las coronas de flores entretejidas por nuestro agradecimiento; sacrifiquemos sobre su ataúd, convertido hoy en altar de la patria, nuestras rencillas, nuestras divisiones, nuestros odios, cuanto haya de impuro en el corazón de cada uno para prepararnos debidamente á la obra más santa de los pueblos: la conservación de la soberanía.»

Miguel no entendió el principio de la poesía de Prieto, aquella de:

¡Cadáver imponente, espectro augusto!
¡Ser de la nada! ¡Nada de la vida!
¿Qué pretendes de mí? ¿Tu labio abierto
Se ha reservado su postrer gemido
Para lanzarlo aquí, sublime muerto?

Mas era tal el acento de verdad que tenían aquellos versos, les daba el poeta una entonación tan sincera y como salida del alma, que no había ojos secos cuando Guillermo llegó á aquello de:

¡Horrible delirar! Ayer le viste,
México ufano, atravesar gozoso
Tus calles de palacios, trascendiendo
De heroísmo y juventud. Ayer le viste
Ardiente en el festín alzar la copa,
Y al brindar por tu nombre y tu decoro,
¡Oh Patria! y por tu próspero destino,
Esos ojos sin luz derramar lloro
Sobre la llama del hirviente vino.

. . . .

Y tú, su niña, su pimpollo, su ángel,
Paloma que en su nido de laureles
Vino el destino á herir, ave que en vano
Huérfana busca su tronchada rama;
Colibrí que revuela sin consuelo
Junto á la flor marchita; ¡Dios proteja

Con la sombra de su ala tu inocencia,
Flor del alma de un héroe! el pueblo ampare
Con culto agradecido tu existencia.

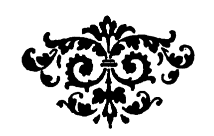
La conclusión fué de un colorido soberano. Parece que se oía al cadáver dictar su última voluntad; ordenar, disponer, llevar á la derrota, al triunfo, á la gloria, á la luz, no sólo á México, sino á todos los pueblos de América.

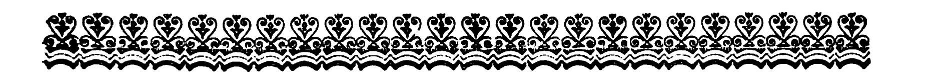
Pueblos, en pie, á la lid, pueblos hermanos,
Los lauros de los libres se marchitan
Si no los riega sangre de tiranos.
Pueblos, en pie y en fraternal abrazo
Odio jurad al invasor impío,
Y odio mire la cumbre del Quendío,
Y odio alumbre también el Chimborazo.
Pueblo, hoguera de espíritus más grande
En que Dios hace palpitar la vida;
Pueblo, huracán terrible y manso lago,
Relámpago de rayo y luz de aurora,
Gigante de poder que Dios renueva
Con cada nueva luz... tu imperio sea,
Y aniquile la llama de tu enojo
Esa horda de jaguares de Crimea.
Lucha, lucha sin fin, mi sombra quiere;
Amor de hermanos, odio á los traidores;
Yo os enseñé á vencer... Cómo se muere
Enseñad á los viles invasores.
Los labios de mi tumba gritan ¡guerra!

Guerra por la justicia y el derecho,
Guerra á la corrompida monarquía,
Guerra, y entre los brazos de mi patria
La libertad del orbe alumbre el día.

Después de las tres acabó la ceremonia, durando el cadáver expuesto en el catafalco hasta las cinco en que se le enterró en medio del tronar de los cañones.

Al día siguiente volvieron á Puebla Miguel y los otros ayudantes de Zaragoza.





CAPITULO IX

Puebla en armas

¡CUÁNTO se engañaría quien creyera que Sedeño empleaba su habilidad y gastaba su tiempo sólo en doblar casullas y en clasificar cíngulos y amitos! Cualquiera que le viera afanoso, reflexivo, lleno del celo de la casa de Dios, determinando á la alta y baja servidumbre de la basílica, si convenía para tal fecha vestidura morada ó negra, blanca ó azul, le habría creído un sacristanejo cuidadoso y bullebulle; pero no se habría figurado, ni por asomo, que tras aquella mala capa se ocultaba un gran bebedor de ideal prestigioso y febril, un novelista que si se lo hubiera propuesto, habría escrito un nuevo *Montecristo,* ó unos *Mosqueteros* cortados á la moda, que habrían dejado muy atrás á los que nos legó Dumas I.

Porque eso era Sedeño al imaginar: un novelista á quien bastaba un jirón de realidad, un cabito como la

uña del meñique de cosa cierta, para tejer sobre ellos una novela en que con dificultad se distinguía el *plasma* primitivo. El *como si lo viera,* el *es claro,* el *tiene que ser,* el *á mí el olfato no me engaña*, eran sus muletillas constantes, y poniendo sobre la brizna del hecho diario y vulgar la piedrezuela de la suposición, acumulando sobre ésta todas las inducciones y deducciones posibles y sobre las inducciones y deducciones todos los cálculos, probabilidades, teorías y opiniones que encontraba á la mano, alzaba un castillo aéreo delicado y fino, aunque ¡ay! frágil y deleznable que coloreaba, teñía y exornaba con el calor de su imaginación rica y exuberante.

Veces había que se quedaba suspenso, con la cuchara en la mano y el plato delante, sin habla ni movimiento, columbrando las maravillosas visiones que en su interior reían, triscaban, se enredaban y se hacían daño, como si la mente del vejezuelo fuera un inmenso teatro en que salieran ora personajes de drama, ceñudos y furibundos; ora protagonistas de tragedia con el puñal y el tósigo dispuestos á repartirlos á discreción; ya regocijados y graciosos, de comedia de capa y espada, ó ya tipos de sainete con buena sombra y mejor labia.

Veces había que, ejecutando tareas tan prosaicas como la de colocar cuñas para igualar el peso de los cirios, ó sacudiendo blandones ó conduciendo un antifonario, viera un rostro moreno, unas barbas negras que pertene-

cían al cuerpo de un sujeto que visitaba la Catedral con el paso tardío y cansado que adoptan los turistas... Le miraba observando la capilla de los Plateros, pasaba de largo junto á él, y cuando entraba á la sacristía con aquel su trotecillo en que andaba dos veces el camino, una yendo y volviendo la otra, le hería como tiro una idea: «¿Y si éste fuera un bribón denunciante que quisiera averiguar qué cosas tenemos aquí para pasarle el soplo al don *Beno?...*» Y lo que suponía lo daba por hecho, y veía al juez incautarse de las riquezas de la Catedral y formar listas y hacer avalúos y mandar cerrar puertas... Los fieles, que acudían á la misa de colecturía, se quedaban suspensos al oir hablar en voz alta bajo las naves; le preguntaban qué era aquello, y él refería que un falso devoto á quien debía haber echado de la iglesia por mano del caniculario, había hecho una denuncia para apoderarse de las alhajas de la iglesia... En ese instante pasaba conduciendo unas vinajeras para la misa, y veía al moreno barbudo contemplando la virgen de Alcíbar... «Señor, le decía temblando la barbilla, echando fuego por el ojo que podía alzar y el índice levantado, señor, no me figuré que abusara usted de mi condescendencia en permitirle que examinara la iglesia... Denunciar las propiedades sagradas, poner mano en el santuario de Dios, ayudar en su obra nefanda á los impíos, ¡qué hazaña tan hermosa! Acuérdese usted de Core, Datán y Abirón...»

El pobre visitante miraba al casullero con compasión, figurándosele un loco pacífico, y seguía su camino...

Los asuntos de la vecindad le entusiasmaban como si



fuera cosa propia. «Nadie me quita de la cabeza, exclamaba á veces, que ese Antonio Romo, que acabamos de recibir por vecino, es un mal sujeto; con esa barbilla y esos ojos picarescos y ese hablar meloso, no me la da á

mí que sé mucho de hombres... ¡quién sabe! pero el día menos pensado nos hace una atrocidad.» O bien «Rudesindo (figurándose que tenía al frente al borrachín hijo de la Antonia), vas á matar á tu madre; ese beber eterno ha de acabar con tu salud y con tu vida.»

Las muchachas reían ó se daban de codo, y el vejete se ponía á beber á grandes sorbos el caldo con vitualla.

Pero no era sólo un imaginativo; también amaba el documento, la investigación clara y exacta, la nota real y precisa, que le servían para aderezar sus potajes. De Sedeño, mejor que del mismo Otelo, podía decirse que se mantenía con el jugo que él mismo secretaba. Averiguaba, inquiría, se enteraba, tomaba informes, y los retazos de verdad que solía asir, le daban pie para las enormes piezas de ficción que tejía.

«Hija, decía en llegando, ¿y qué dice la señora del amigo Olivos? Yo sigo en las mías; que es una gran dama que se prendó del oficialito y se vino con él á dar la vuelta á la Angélica, después que su familia accedió al matrimonio por evitar el escándalo... No sé; pero á mí me parece verle rasgos de los Corteses, de los Arellanos, de los Mendozas y de otras familias de las primeras de México... Hay que tratar con mucho miramiento á la señora, que al fin es acreedora á toda cortesía una persona principal venida á menos... Aunque yo soy el primero en sostener lo de que debe marchar cada oveja

con su pareja, me alegra que por obra de amor sucedan estas cosas... Yo puedo reconstruir el caso, porque me sobra con las noticias que he oído, escapadas de los labios de ambos: entrevistas á la luz de la luna, conventos, clausura, noches estrelladas, escalas de cuerda, bandolines, protestas de amor, un rapto y un matrimonio... Y luego, la buena de la muchacha parece dueña de no sé qué dinerales, y tendrá que convertirse en la heredera más rica de México...

— Ya te hemos dicho, papá, que Eugenita nos ha contado...

— Tonterías, eso díganselo á un imbécil: precisamente lo que menos hay que tomar en cuenta es lo que dicen los interesados, que refieren lo que les da la gana; hay que atenerse á lo que se les escapa, á lo que quieren ocultar y que se les pilla porque les obliga á decirlo la fuerza de la verdad... Los tontos, que se fíen de relaciones; los que tenemos dos dedos de frente, debemos atenernos á lo que averiguamos, á lo que sorprendemos, á lo que nos sugiere nuestro buen entendimiento...

Miguel volvió á Puebla á fines de Febrero. Don Bernabé le esperaba como agua de Mayo, pues mediante diestros interrogatorios, aguardaba que el muchacho aclarara muchas cosas que le traían desvelado.

«¿Pensaban los liberales resistir en Puebla? ¿Con qué elementos contaban? ¿No sería un despropósito eso de

querer pelear contra fuerzas superiores en número y en organización? ¿A qué familia pertenecía Eugenia? ¿Quién sería el jefe de los liberales? ¿Era cierto que la suegra de Miguel andaba en politiqueos por ultramar, conforme había asegurado don Germán? ¿Qué significaban esas construcciones que se estaban levantando meses hacía?»

Era claro que Tirso y las gentes de la sacristía podían, en queriendo, hinchar las medidas de don Bernabé acerca de las cosas públicas; pero él necesitaba la opinión de uno del bando, de un demagogo que estuviera ó presumiera estar en secretos de la canalla.

— ¡Carástolis! gritaba don Bernabé; que estos malditos se preparan á acabar con Puebla... Figúrese; han quitado casi todas las losas de las calles, y diz que se preparan á resistir á los franceses... ¡Bonita la hacen! fuertes, trincheras, espaldones, paralelas, cuanto inventen, de nada les ha de servir; ahora sí hay artillería; ahora sí hay gente; ahora sí se puede atacar con fuerza, no sólo con coraje... ¿Y quién será el jefe? No tienen otro que González Borrego, como llama á Ortega el señor maestrescuela... Así le irá... Un día llegó Córdova con aspecto de importancia.

— ¿Me da medio por la noticia?

— Si es la llegada de Forey, le doy el doble...

— No es eso, sino algo mucho más curioso...

— Desembuche, hombre, que me tiene en ascuas...

—Pues allá va: que viene Juárez, á ver el estado de su gentuza...

—Yo se lo digo sin que se moleste en llegar: es deplorable.

—González Mendoza ha acumulado aquí víveres para tres meses; pero como no les dan socorro á los soldados, hace ya cinco días que se están comiendo las provisiones del sitio.

—No hay como estos liberales.

—Son exquisitos para hacer tonterías, y más para decirlas... Como no se traiga Juárez á Prieto, que en Noviembre nos dijo un discursejo en que había una horrible metáfora mixta...

—Y á aquel otro veracruzanillo muy hablador...

—Hernández y Hernández, ¿no? Dijo el buen hombre que Puebla era nuestra Zaragoza, como Zaragoza era la gloria de España; por consecuencia, Puebla es nuestra Zaragoza, y Zaragoza es nuestra gloria, y por allá siguió de modo que el diablo lo entendiera.

—Está claro... ¿Y qué más?

—Horrores; con decirle á usted que el lítote con que quiso terminar su discurso le resultó trasconejado; que el clímax apareció dislocado y que la concatenación no tuvo pies ni cabeza... No saben una palabra de retórica, que es la reina del mundo y la eterna é indiscutible maestra de los que quieren escribir...

— Son unas caballerías los tales demagogos.

— Ahora diz que han dado en levantar fuertes, advirtió Córdova. ¿Para qué los quieren si han de caer al primer cañonazo francés? Figúrese usted, construccioncillas de tierra con revestimiento de ladrillo, ¿de qué sirven contra una serie de disparos de cañones del nuevo sistema?... Sin embargo, han secuestrado miles de indios pacíficos de Santa Ana Chiautempan, Cholula, Amozoc y todos los puntos cercanos, y han levantado esas fábricas absurdas con que piensan resistir á los héroes de Magenta y Solferino... Han derribado multitud de casas de gente pobre, han echado al suelo muchísimas quintas de las en que nuestra aristocracia se solazaba, y han atentado, en fin, del modo más descarado é inaudito contra la propiedad privada... ¿Y sabe usted con qué pagan á los pobres despojados?... Con cuchillas de conventos, con haciendas de las que llaman nacionalizadas, con casas pertenecientes á comunidades... Sí, para ellos estaban; como que los piadosos fundadores no pensaron, al dejar sus dinerales para la hechura de casas de oración, más que en *defender á la patria*... Pero, afortunadamente, poco hemos de sufrir por su causa, pues nuestra salvación está, como quien dice, á la puerta... *Te Deum Laudamus.*

— Tan á la puerta, replicó Sedeño, que Forey acaba de salir de Quecholac para Acatzingo, y que ha dado sus órdenes para que todas las tropas reunidas en Ori-

zaba emprendan su marcha definitiva... Juárez viene, pues, á gozar del último destello de su poder, y á darse pisto por vez postrera como Presidente de la República... En hacer salvas se gastará la poca pólvora con que cuentan estos pobres, pues á pesar de que Paz ha estado pidiendo, con tenacidad de mendigo, municiones de guerra, no hay quien le mande un grano de balero.

Juárez llegó á Puebla el veintiocho de Febrero; las divisiones, que habían permanecido distribuídas en Atlixco, Cholula, Perote y otros lugares, se reconcentraron en Puebla para hacer efectivo el plan de resistencia ideado.

Córdova y Sedeño no perdieron ripio en aquellos días, mirando, examinando y criticando todo lo que al paso se hallaban. Al amanecer se tocó diana en todos los cuarteles, y se izó el pabellon en todos los edificios públicos y fortalezas de la plaza. De seis á siete se dieron los toques de generala, y al sonar el último, las tropas salieron de sus alojamientos y desfilaron frente al Palacio municipal, acompañadas de sus bandas y músicas. Juárez contemplaba el paso de las tropas, y les dirigió la palabra. La alocución fué reciamente criticada por Córdova, que tenía por detestables literatos á los chinacos, y que les odiaba más por malos retóricos que por políticos perjudiciales. Así lo demostró años después escribiendo un tratadito de retórica de combate, destinado á poner



...desfilaron frente al Palacio municipal, acompañadas de sus bandas.

por las nubes á Segura, Arango, Carpio, Martínez y demás mochitanga, y en valbuenizar contra Prieto, Sierra, Acuña y los demás que no amaban los fueros ni el «Arte de hablar.»

— ¿Conque, decía Tirso, «por fin el enemigo abandonará dentro de poco la inacción en la que forzasteis á cambiar su arrogancia, y satisfará vuestro más ardiente deseo, acercándose á esta ciudad que lleva un nombre tan ilustre para vosotros como fatídico para los invasores de la patria?» La arrogancia no se cambia en inacción, sino en humildad, en decaimiento, en cualquier cosa, pero no en flojera... Esa acepción del verbo cambiar es absurda; se dice mudar. ¿Conque la ciudad lleva un nombre ilustre para los chinacos? La ciudad se llama Puebla, Puebla de los Angeles, pregúntenlo á Salmerón y á Motolinia; y no sé por qué el nombre será ilustre para la gentuza ésta, ni por qué será fatídico para el ejército libertador...

Y así seguía para llegar á lo de «Soldados: al través de vuestros peligros, vais á conquistar una gloria imperecedera. Para repeler á los orgullosos soldados de la Francia, os basta con el recuerdo de vuestras propias hazañas en el cinco de Mayo.»

Vamos; conque al través de sus peligros, es decir, rompiendo los peligros como si fueran los aros cubiertos de papel de China por donde pasan los funámbulos del circo... ¡Gloria imperecedera! Yo no conozco más gloria

imperecedera que la que el Señor nos tiene ofrecida por una vida de buenas obras; y no sé cómo vayan á la gloria de Dios estos malditos, ayudando como ayudan al malo... En cuanto á ese *la Francia,* vale un Potosí; ¡qué manera tan liberal de usar los artículos y qué afán de echar á perros todas las reglas! Y por allí siguió.

—¿Sabe, Tirso, preguntó don Bernabé, que se atenía más á la práctica jugosa que á la especulación árida, sabe que hoy les dieron á estos pobres una paga extraordinaria de su haber económico?

—¿Sí? Pues ya me explico que griten con tanto fervor lo de «¡Viva México!» «¡Viva la Independencia!» «¡Viva el señor presidente Juárez!»

Las tropas desfilaron para sus cuarteles, pero inmediatamente empezó un ir y venir de gentes, rodar de carros, paso de trenes, movimiento de viejas, correr de ayudantes y vaivén de caballos y mulas, que traían desazonada á la población.

Sedeño llegó temprano á su casa, y al pasar por la habitación de las Vacas, gritó con su vocecilla de falsete:

— ¡Arriba, niñas, arriba! pónganse hasta la mano del molcajete, que va á entrar tropa. No van á ver ahora á los pelados de hace un año, sin camisa y hasta sin fusil, sino á oficiales llenos de charreteras y de galones, con plumas, vivos, escarolas y espiguillas... Las espadas están ya limpias para empaparse en sangre francesa;

los cañones y los fusiles se hallan relucientes con el esmeril; las cureñas, los carros de ambulancia y los cofres de parque están pintados al óleo de color obscuro con filete negro; las guarniciones de las mulas son nuevas, y nuevas también las guarniciones ó sea uniformes de las otras mulas, ó sea soldados que defienden á Juárez.

Habría seguido epigramatizando el agudo Sedeño, si no hubiera oído el chirriar de dos espadas que rozaron con el barandal del corredor, y si no hubiera visto dos quepis relucientes, dos pechos llenos de cordones y dos espadas que echaban chispas de limpias y bien afiladas: eran Miguel y Antonio Romo, el nuevo vecino, que también pertenecía á no sé qué cuerpo de la guarnición.

Apenas alcanzó el tiempo para mal comer; antes de las tres ya estaban en la altura de Tepozúchil todos los habitantes válidos de la casa, contándose entre ellos Eugenia y el inseparable Tirso.

A las tres y media comenzaron á llegar los batallones y regimientos, y el gran Córdova empezó á exponer y á comentar. Se dirigía á todo el grupo; pero á quien particularmente daba noticias tratando de hacerla participar de sus opiniones, era á la Jecker, que le parecía persona más docta y entendida que las demás.

— Míreles usted; vea cuán galanes y llenos de relumbrones vienen: el azul predomina entre ellos, y van los infantes con sus dormanes y sus chaquetines con vivos

rojos; los de caballería llevan piquetas con franjas amarillas, y los cuerpos especiales se distinguen por el color morado en los quepis y uniformes... Note usted la cantidad de oro que hay en tantísimas charreteras y canelones: de subteniente arriba, todos andan hechos unos soles; fíjese al mismo tiempo, en que la tropa, aunque limpia y no mal vestida, no trae zapatos, probablemente para que se conozca que reina la igualdad democrática...

Ya llega la primera división, que por cierto es la mejor de este ejército de mentirijillas: la manda don Felipe Berriozábal, y cuenta con jefes como don Porfirio Díaz y don Pedro Hinojosa... Fórmanla nueve batallones llegados de Toluca, Oaxaca y Jalisco, y la componen cuatro mil hombres... Son los primeros en llegar, aunque vienen desde la plazuela del Calvario, por las calles de la Cruz y Nochebuena... Según parece, se situarán frente á la fortaleza de Zaragoza, como llaman ahora al cerro de Loreto, pues en los tiempos actuales todo ha cambiado de nombre, y hasta el llano que se extiende á nuestros pies, que en cristiano se llamaba de San Baltasar, ahora le llaman de Ingenieros los reformistas...

Los que se aproximan ahora son los de Negrete... Ya se olvidó Negrete, no más con volverse constitucionalista, de que era soldado y buen soldado; por eso su gente no está instruída, ni disciplinada y ni siquiera demuestra

haber comido bien... Tiene por segundo á Lamadrid, y como jefes de sus batallones á Rioseco, Escobedo y Prieto...

Mire usted á los que se aproximan: son los de Guanajuato, que manda Antillón... Vea no más qué lujo de oficiales; el que menos, parece un calabazate tapatío. Son solamente dos mil; pero cuentan con toda la protección del ministro Doblado, que les ha concedido caja propia, mayor sueldo que á los otros cuerpos y no sé cuántos gajes que ponen á estos sujetos en situación mucho mejor que la de los otros soldados... Mandan los de esta división, Ceferino Macías, protegido de Doblado, Montesinos y Herrera.

Esa gente que se aproxima por el puente de Analco, forma la división de Milagrito, como llaman á don Francisco Alatorre. El italiano Ghilardi, que manda una brigada, no satisfecho con quitarle su poder al Padre Santo, viene á ver si aquí acaba con el catolicismo; los otros batallones los dirige don Miguel Auza, licenciado hecho general, como todos los reformistas.

No tan numerosa como la anterior, que tiene más de tres mil plazas, es la división que está colocada al pie del fuerte de Ingenieros, de donde salió. La manda don Ignacio de la Llave, y tiene por auxiliares á Mora y á Patoni: son dos mil quinientos hombres de tropa mediana.

No se distingue, pero está en las cercanías, una tropa

de menos de mil hombres que manda don Ignacio Mejía.

Vean ustedes la polvareda que se nota á nuestro frente: es la caballería, que viene desde la Concordia á paso de carga... ¡Pobres animales! Se conoce que no se nutren con saber que defienden á la patria, porque los pobres están más trasijados que si no hubieran comido en un año, como el famaso caballo de Gonela.

Pero, señor, ¿se ha visto tontería mayor? También traen aquí la artillería... ¿Pues qué dejan en los fuertes?

Sedeño había escuchado atento aquella relación; pero al oir lo de que los fuertes quedaban abandonados, se le ocurrió la más extraña idea del mundo. «¿Quién quita, pensaba, que algún golpe de tropas franco-mexicanas, empleando el ardimiento galo y audacia mexicana, vengan á la chita callando y se metan á los fuertes, amarren codo con codo á los pocos que los cuiden, y á la hora que regresen los juaristas *¡pim, pam, pim, pam!* cañonazo y más cañonazo de los ocupantes de las fortificaciones? Llega en eso el señor general Forey, que forzando jornadas y adelantándose al resto de las tropas, trae diez ó doce mil hombres de gente escogida, termina la obra de estos valientes, y dice á los constitucioneros farolones: «No hay fortalezas, amiguitos; ¡ríndanse (esto en voz alta y levantando el dedo índice como para regañar y prevenir), ríndanse á discreción, que sino les pasamos á cuchillo!...»

Apenas acababa de decir esto cuando le volvió á la vida un trueno que le hizo estremecerse é interrumpir el discurso: la artillería acababa de avanzar sobre la línea de tiradores la batería que estaba en primer término, y hacía una salva con arreglo á ordenanza.

Eran las cuatro de la tarde; el *tlaloc* estaba cubierto de



nubes; caían gruesos goterones y soplaba un vientecillo impregnado de humedad, que daba mucho en qué pensar á los bobos que ocupaban las colinas declive de los cerros; mas nadie se movía en dirección á la ciudad.

Llegaba en ese momento una carretela que conducía á Juárez, á Fuente, su ministro de Relaciones, y á don Ignacio Comonfort, siguiéndoles una escolta de cien jinetes.

Tras ellos desembocó Ortega en unión de O'Horan y de

Mendoza, y seguido de una escolta de doscientos hombres á caballo, con los sables desnudos, el pecho lleno de bordados, la mirada fiera y los pies tensos en los estribos.

— ¡Miren qué cosa tan chula, muchachas! gritó Eugenia, que tenía innato el sentimiento del color; ¡qué de banderas, qué de estandartes, qué de guiones, y cada cual con su matiz!... Y aquellos mástiles lejanos...

En efecto, el Cuartel general tenía como distintivo la bandera nacional, y el Estado mayor, los jefes de división, los estados mayores de división, las brigadas, los batallones y los regimientos llevaban guiones, banderas, banderines, gallardetes, estandartes y toda clase de distintivos, confundiéndose en la apretada policromía el amarillo con el azul, el verde con el naranjado, el violeta con el lila, el blanco con el rojo, cual si un pintor loco les uniera por capricho para separarles luego, formar con ellos artificiosas combinaciones y hacerles en seguida entrechocarse y ponerse en pugna, como si fuera aquella la batalla del espectro. Al mismo tiempo los ayudantes que cercaban á los jefes lucían sus bandas policromas, como los distintivos de los cuerpos á que pertenecían, y los mástiles de los telégrafos lucían todos sus colores, excepto el negro, como para hacer más bella la tarde muriente, que se despedía con su cortejo de nubes teñidas de colores más vivos que los que lucían abajo.

Juárez pasó frente á la doble línea de batalla, y los

veinte mil hombres formados en fila lanzaron tres gritos, que repercutieron las serranías distantes:

—¡Viva México!

—¡Viva el supremo Gobierno constitucional!

—¡Viva el General en jefe!

Rebeca Vaca preguntó á Eugenia:

—¿Le viste?

—¡Cómo no! Estaba muy chiquitito, metido allá entre muchísimos hombres; él ni se figuró siquiera dónde estuviéramos... ¿Y tú viste lo *tuyo?*

—Sí que le vi; por cierto que era el más guapo de todos; no puedes figurarte lo que le agraciaba la banda azul que le bordé.

Bajaban entretanto, y Córdova echaba pestes de los liberales diciendo que no tenían vergüenza, ni valor, ni nada. El viejo Romo le salió al paso.

—Pues, licenciadito, perdóneme su merced; mas no me convence. ¿Que éstos no siven? Pues alístese usted en ellos, que así será como se arreglen mejor las cosas... ¿Qué dice?... Yo no le aseguro que esto sea mejor, porque he visto bueno; mas ¡qué diablo! se hace lo que se puede. Soldados, aquellos de mis tiempos... Aquel regimiento de Tres Villas, que tenía el privilegio de tomar la derecha en el ataque y que si no se lo daban no atacaba... Aquella caballería que cargaba al trote, aquellos batallones que marchaban con paso cadencioso... Eso ya ha caído en

olvido, y no lo hacen ni sus adorados franceses... Dígale al señor Forey que ordene á uno de sus cuerpos formar en una evolución, con los pies de los soldados, la frase *¡Viva al rey!* como nosotros la formamos cuando la jura de Fernando, y quiero que me corten la lengua si lo logran... Esos eran buenos tiempos, amigo Córdova; pero si los que alcanzamos son malos, á ustedes los chicos les toca hacerlos mejores... ¡Qué diablo! de menos nos hizo Dios, y no hay que creer en que estos que se traen el rey de las orejas vayan á desasnarnos... Algo se ha visto, y no es cosa de espantarse porque se ha contemplado á cuatro monigotes franchutes que bailan la redova y hablan en gabacho... Hubiera usted visto lo de Barradas y lo de Veracruz, cuando vinieron sus amigos de usted á llevarse nuestros tlacos, y el Molino del Rey y Chapultepec, y no estaría ahogándose en tan poca agua.

Rió Tirso por la reprimenda, y dando el brazo á *Génie*, bajó con ella el collado. Las Sedeños y las Vacas decían todavía asombradas: «Qué lindo, tú», y el borrachín Rudesindo, que había estado avispado la tarde entera, exclamó: «Mañana me presento; ¿por qué he de ser menos que otros?»

Y al día siguiente se alistó en un cuerpo de Zacatecas.





D. José María González de Mendoza



CAPITULO X

El loco Mendoza

Don José María González de Mendoza, López Saavedra y Vázquez de Ayllón, nació, como el gran poeta, «cuando el siglo contaba dos años». Procedía de una cristiana, antigua y noble familia de la ciudad de Puebla, y poseía algunos bienes de fortuna que le proporcionaban un mediano pasar.

Pocas personas en México podían comprobar, como Mendoza, su entronque con una noble cepa, pues á pesar de ser republicano y liberal, como lo era todo, hasta tocar en el fanatismo y la locura, guardaba sus papeles y pergaminos perfectamente clasificados, para demostrar, á la hora que fuera menester, que descendía de aquel conde de Tendilla que plantó el primero el estandarte de la cruz en la Alhambra de Granada, y del primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza el

bueno, á quien tantos beneficios debió esta tierra. Era pariente, y pariente cercano, nada menos que de la condesa de Teba, emperatriz de los franceses, doña Eugenia de Montijo; y ya verá quien siga leyendo, cómo de tan rumboso enlace le vinieron todas sus desventuras. Era don José, por los días del sitio de Puebla, un hombre de buena estatura, bien conservado (de tal manera, que nadie le habría echado la edad que en realidad tenía), metido en carnes y con tendencia á la obesidad. Tenía encendido el color de la cara, la nariz de caballete, los ojos negros y vivos, la boca grande, recta, de labios gruesos y sin expresión; así es que, aunque soltara la risa, el rostro le quedaba enjuto y serio, conociéndosele que estaba alegre sólo en una especie de cloqueo que causaba el efecto de la lija raspando el mármol. El cabello lo tenía ralo y crespo; el bigote espeso y cortado á tijera; la barba bien modelada; las extremidades finas.

Hablaba como si trajera en la boca un manjar sabroso que estuviera masticando, y según quisiera acentuar lo que contaba, abría ó cerraba los ojos desmesuradamente y por turnos de dos ó tres minutos para cada operación. Su andar era tal vez lo más raro de las muchas cosas raras que tenía: adelantaba la pierna derecha más que la izquierda, y, por consecuencia, el paso le resultaba desigual y como cortado.

El traje merecería capítulo aparte. Sombrero montado, con la onda prolongada; pluma triste y marchita y carrilleras de metal que cubrían la barba; corbata y cuello divorciados entre sí y más divorciados de la levita holgada y con trazas de alforja; pantalón bombacho y botas figuradas, al estilo de las que usan ahora los soldados de caballería, pero con el aditamento de hebillas caladas que ellos no llevan.

González Mendoza era inteligente, estudioso, instruído, trabajador, discreto, caritativo y un fénix de honradez; pero tenía en su contra una tremenda hendedura en el cerebro, que le hacía cometer las cosas más raras y originales. En Puebla se conservan sus hechos y dichos, como se guardan en cada Estado las de esos héroes epónimos que daban fisonomía y color á comarcas enteras, allá en los tiempos en que no se había igualado ó debilitado el carácter nacional por las comunicaciones fáciles, el vivir cómodo y el trato con extranjeros.

Recibía González Mendoza de pie, con los dedos pulgares en las sisas del chaleco y mirando picarescamente al interlocutor.

— Mi General, comenzaba el pobre oficialillo que iba en demanda de una gracia.

— ¿En cuánto me compró? ¿Cuánto le costé? Yo soy General de la nación...

— Venía á verle... seguía el cuitado.

Se volvía Mendoza de flanco, de frente y por detrás: permanecía un buen rato frente al peticionario, y concluía diciéndole:

— ¿Ya me vió suficientemente?

Luego examinaba al subordinado, por si acaso le



faltaba botón ó presilla, ó si tenía descosedura ó rotura, y como se las notara, ya tenía para rato el infractor. Porque eso sí, en negocios de protocolo militar, González Mendoza era intransigente. Durante el sitio se nombraba general de día, y el primero á quien tocó el cargo fué al general Mora, subordinado de Llave y hombre tan avi-

sado, que de su mano y pluma se conservó muchos años un parte en la comandancia de Veracruz: «Tengo la honra, decía el documento, de participar á usted que en el médano del Perro se encontró el cadáver de un hombre muerto, que aunque no portaba papeles para identificarle, por el habla parece inglés...»

Saludó Mora, y Mendoza, con melosidad impropia de su carácter, le preguntó:

—¿Qué anda haciendo, mi querido *señor Mora*? ¿En qué le puedo servir, mi respetable *señor Mora*? ¿Qué desea, mi distinguido *señor Mora*?

—Yo venía...

—Pero siéntese, *señor Mora*...

Tomó asiento el otro, asustado de tanta gentileza, y empezó su discurso así:

—Yo vine á ver si tenía algo que mandarme para esta noche...

—¿Yo mandar á usted, *señor Mora*?... ¿Por qué? ¿Con qué carácter?

—Soy General de día y usted cuartelmaestre de la plaza, dijo el otro amoscado.

—Me parece que se equivoca usted, *señor Mora;* el General de día es el señor *general Mora,* que es tan cumplido y tan en sus puntos, que sería incapaz de presentarse á recibir órdenes en traje de paisano...

No acabó de decirlo Mendoza, cuando Mora ya había

salido á todo correr, para vestirse de militar, sin que le faltara un ápice de la indumentaria.

Y como era en negocios de disciplina, lo era en todos cuantos caían en sus manos. Una ocasión, siendo prefecto de Puebla, expidió un bando en que disponía no se regaran tiestos, ni se sacudieran mantas, ni se tuvieran jaulas en los balcones. Una criada del prefecto quitó el polvo á un tapete en un balcón de la casa, é inmediatamente dispuso Mendoza cobrar el máximum de la multa á su propia mujer.

Ordenó que diariamente se regara y barriera el frente de las casas, á las cuatro de la tarde, cuando más. Una vez recorría las calles, y al pasar por la de Santo Domingo observó que estaba seco y sucio el exterior de una panadería; vió y volvió á ver, se convenció de que no era el sol lo que había enjutado las losas, notó inmundicias aglomeradas en la banqueta, y después del más minucioso examen ya no le cupo duda: se había infringido el bando. Sin alterarse, fué á la esquina, llamó al *aguilita* que estaba de punto y le dijo con imperio:

—¿Me conoces?

—Sí, señor; es usted el señor prefecto.

—Bien; vé á aquella panadería (y le señaló la tienda que arrojaba una insolente bocanada de luz al exterior), hablas con el propietario y le dices que ya son las seis



...Mendoza empezó á barrer con suma destreza.

de la tarde y aún no barre el espacio que le toca; que cumpla en seguida con el bando.

El cholulteco llegó á la hora en que el asturiano dueño de la casa pesaba un saco de panocha en las balanzas de cobre, y lanzaba unos cuantos ternos por vía de recreación.

— Estamos muy ocupados, contestó el hijo de Oviedo; dile al prefecto que si quiere ver limpia la calle, que venga él á barrer.

Luego que don José María oyó el recado, sin inmutarse ni ofenderse, ordenó al *policía:*

— Vé á buscar á dos hombres con cubos de agua, y procura una escoba de buen tamaño.

Obedeció el guardián, y luego que los peones regaron el exterior de la tienda, Mendoza empezó á barrer con suma destreza. Los gachupines se sintieron afligidísimos y trataron de quitar la escoba al prefecto.

— ¡A sus quehaceres! les dispuso con voz de trueno.

— Pero, señor prefecto...

— ¡A sus quehaceres!

— Permítanos usted que seamos nosotros...

— ¡A sus quehaceres! Ustedes están ocupados, y no es cosa que se distraigan en barrer calles.

Y siguió barriendo hasta que dejó el suelo capaz de que, según la frase vulgar, pero gráfica, se pudiera comer en él. Al día siguiente multó á los infractores, no sólo con

la pena máxima que señalaba el bando, sino con quinientos pesos más que ameritaba la irrespetuosidad cometida. Y cuando los afligidos astures le rogaban diciéndole que no había habido falta, él les contestaba:

—¿De manera que la honra que han recibido ustedes de que barra el frente de su casa un general de la República, no debe pagarse un poco cara?

— Pero, señor, usted barrió porque quiso.

—No porque quise; porque ustedes me lo mandaron.

Le daba grima á Mendoza ver que los indios llevaran los pollos en manojos, cogidos de las patas y con la cabeza hacia el suelo; se le figuraba que los pobres animales iban á sufrir apoplejías y á morir de enfermedad y no por mano de cocinera. Por bando gubernativo dispuso, pues, que la conducción de aves de corral se hiciera por algún procedimiento menos cruel. El inmediato día de mercado fue á ver cómo se cumplían sus disposiciones, y observó que los pollos seguían como antes, con las patas hacia arriba y la cabeza para el suelo. Mandó llamar á varios gendarmes, hizo llevar cuerdas y aprehender á los polleros, y después de dirigirles un sermón fisiológico-sentimental, ordenó se les atara de los pies y se les suspendiera con la cabeza para abajo. Fueron menester muchos ruegos para que no hiciera sufrir el tormento de San Pedro á los criadores de aves.

Ya se comprende que estas cosas tenían que granjearle

á Mendoza el dictado de loco; pero mucho antes tenía el buen señor conquistado el apodo, y por cierto con muy buen derecho. Estaba en un pueblo cercano á sus haciendas de Santa Lucía y Rijos; tomó su chocolate, se encerró temprano, rezó sus devociones y se echó en la cama. Empezaba apenas á conciliar el sueño, cuando le despertó una murga destemplada que atacaba con locura valses, redovas, contradanzas, varsovianas, polcas y todo el repertorio bailable. Trató Mendoza de no hacer caso: se volteó de lado, cerró los ojos, procuró abstraerse, pero nada; la musiquilla seguía martillándole los oídos. Entonces tomó una providencia: se calzó las botas, se envolvió en la pañosa de vuelos, se caló el sombrero de copa y fumando un buen puro llegó á la ventana de la casa del baile, confundido entre los mirones que iban *á asomarse*.

No tardaron los organizadores de la fiesta en notar la presencia del rico personaje, y apenados salieron á rogarle se sirviera honrar la modesta reunión.

— Señor General...

— No sabíamos que estuviera usted aquí.

— No sabíamos que hubiera llegado.

— ¿Desde cuándo por esas tierras?

— Pase, señor...

— Pase á gozar de esta pobre reunión... Celebramos hoy el santo de Modestita, mi señora, y estos amigos se sirvieron traer una orquesta.

— No, mil gracias, contestó Mendoza; casualmente pasaba por aquí, vi luz y música y me acerqué á ver lo que era.

— Y ahora pase usted.

— Pero si no vengo en traje apropiado...

— Usted siempre está bien...

— Es una reunión de absoluta confianza...

Fingió don José hacerse violencia accediendo á lo que le pedían con tanta instancia, y entró al salón, en que lucía el candil de rito en lugar preferente. Se sentó en un rincón, y cabalmente platicaba con la dueña de la casa, que encabezaba un grupo de beldades lugareñas, cuando el más sobón y posma de los que se habían empeñado en que entrara, volvió á importunarle.

— ¿Por qué no se quita su capa, señor General?

— Amigo mío, ya le dije á usted que no venía en traje á propósito...

— Pero si estamos en confianza...

— Si no es una reunión de etiqueta...

— Si mi traje casi es un ultraje...

— ¡Ah, qué señor General...!

— Deje usted su capa, señor; al fin aquí está abrigadito...

— Y mi traje...

— Está usted bien como quiera, señor...

— ¿De veras cree usted que esté bien?... Pues entonces...

Y soltando la capa, quedó casi en la traza en que el Adán de Espronceda salió á la calle, pues sólo le llevaba ventaja el viejo rejuvenecido en dos cosas: en el sombrero de copa y en las botas federicas, que le cubrían la mitad de la desnuda pierna.

Las niñas se accidentaron, las señoras se taparon el rostro, los caballeros se indignaron, los músicos dejaron de tocar y el baile se acabó... Sólo don José María, embozándose en la capa, colocándose en forma las vueltas de grana para lucirlas, y dando un *chupete* al puro, le dijo al *acomedido,* que tanto le había rogado se descubriera:

—Se lo dije, amigo, que no estaba en traje apropiado.

Y se retiró á su casa á dormir como un bendito...

Pero no molestaba á Mendoza la reputación de loco, ni el mote que le habían puesto sus paisanos. A una pobre le habían tomado de leva al marido. Rogó y suplicó que se lo volvieran, pero el coronel acabó por decirle:

—Eso no es cosa mía; ocurra usted con el general Mendoza...

—¿Y él me dará á mi señor?

—¡Vaya usted á saber! Como puede que sí, puede que no; es un loco, y nada se puede decir de él.

Siguió recogiendo informes, y en todas partes le decían solamente: «Es un loco», «es un loco». La pobre, que sabía bien que la peor *lucha* es la que no se hace,

buscó la oficina de Mendoza á quien se figuraba en una jaula, atraillado y con camisa de fuerza. Se encontró en la puerta á un caballero que la saludó con urbanidad, y que le preguntó por qué no había ocurrido antes en demanda de lo que ahora pedía.

—Pues, señor, porque perdonándome su mercé, me han dicho que el señor que se entiende con estas cosas es un loco.

—Un loco ¿eh?... ¡Bautista! gritó, llamando á alguien que trabajaba dentro; ponga una orden para que quede libre el soldado Fulano de Tal.

La mujer se fué echando gloria, y al preguntar á quien debía el favor, el caballero le contestó:

—Al loco Mendoza, señora; yo soy el loco Mendoza... ¿Le parezco á usted tan enfermo de la cabeza como dicen por ahí?

Próximo á cerrarse el cerco de Puebla, un ayudante del general en jefe fué á darle una orden que exigía pasara Mendoza al Cuartel general. Salían reunidos general y mensajero, cuando un muchacho que fingió no haber visto á los militares, empezó á gritar á voz en cuello:

—¡Retrato del loco Mendoza!... ¡El loco Mendoza por dos reales!... ¡Compren al loco Mendoza!...

—¿Cuánto valgo? preguntó con calma don José María.

El pilluelo hizo como que se asustaba, y dijo en tono lacrimoso:

—No, señor, si no es usted... Dos reales vale...



El General sacó un *tostón*, lo puso en manos del muchacho, y volviéndose á su casa, abrió un cuarto en que había guardadas más de trescientas efigies de Mendoza en trapo, barro, chicle, papel y todas las materias imaginables; de busto, de cuerpo entero, en pie, sentadas, haciendo muecas, saludando, mandando soldados, de uniforme, de paisano, en caricatura y en retrato.

—¿Cuántos compañeros, verdad? ¡Cuántos locos se han reunido aquí!... Parece esto el manicomio.

Los preparativos del sitio fueron abrumadores para Mendoza. Tenía que reunir víveres, dinero, municiones y armas; tenía que disciplinar á las tropas, tenía que instruirlas y que darles á conocer los usos de la guerra, á fin de que no pareciera que se ignoraba por aquí la manera fina de matarse. Cierto que la cortesía bélica de Mendoza era un poco anticuada, un poco siglo XVIII; pero no por eso era menos digna de tomarse en cuenta.

Figurábase un día la toma de un fuerte, y Mendoza expuso á las tropas reunidas, que para el momento en que los asaltantes se arrojaran al foso, á fin de preparar el escalamiento, eran muy apropiados los antiguos granaderos, que arrojaban granadas de mano sobre los enemigos... Pero como no tenemos aquí, dijo, granadas ni cosa que lo parezca, las supliremos con terrones...

E invitó á los oficiales á que se echaran al foso: mar como nadie saltaba, él brincó violentamente, seguido de varios de los muchachos más fogosos.

—¡Las granadas! gritó al fin, queriendo llevar las cosas á su término.

Y los que habían quedado arriba descargaron una cantidad tal de terrones, que Mendoza, risueño, gritaba sin cesar:

—¡Ya, hombre, ya, me matan! ¡Bien está... con eso basta!

Un día quiso hacer un simulacro de intimación á una

fortaleza para que se entregara. Custodiaba á Guadalupe, que era el fuerte que se iba á pedir, el batallón del valiente Padrés. Éste era hombre de mal genio, de pocas palabras y que tenía por farsitas las cosas del cuartelmaestre.

—Para estos casos, predicó Mendoza, se acostumbra escoger soldados listos, que respondan acertadamente y de acuerdo con las instrucciones que hayan recibido.

Sin dar importancia á la lección, Padrés dejó en su lugar al centinela que estaba de facción. Mendoza bajó el cerro de Loreto, llegó á la llanura, remontó Guadalupe, y encarándose con el pobre indio que estaba de punto, con el arma mal empuñada, la cabeza gacha y la mirada perdida en la serranía distante, le gritó en voces que podían oirse desde el cerro de San Juan:

—¡En nombre del emperador Napoleón III, mi augusto amo, os prevengo rindáis esta fortaleza de Guadalupe! De no hacerlo, seréis todos pasados á cuchillo. Evitad, pues, la innecesaria efusión de sangre.

El centinela oyó aquel altisonante mensaje con el arma mal empuñada, la cabeza gacha y la mirada perdida en la serranía distante. Mendoza montó en cólera.

—Coronel, le dijo á Padrés, ha puesto usted un imbécil para desempeñar ese papel tan importante... Ya lo dije á usted; para estas cosas se necesita un soldado agudo,

un muchacho listo... Va usted arrestado veinticuatro horas... Vamos á repetir...

Irritado Padrés, puso en lugar del memo á uno de esos soldados tunantes que no faltan en ningún cuartel. Volvió Mendoza á bajar el cerro de Loreto, llegó á la llanura, remontó Guadalupe y detuvo, cerca del centinela, el matalote que montaba:

— ¡En nombre de S. M. Napoleón III, emperador de los franceses, os prevengo entreguéis, sin demora, esta fortaleza de Guadalupe! De no hacerlo, seréis responsables de la efusión de sangre que sobrevenga, y vosotros mismos seréis pasados á cuchillo.

El soldado oyó impertérrito la relación, y luego que acabó, levantando el fusil gritó más alto que Mendoza:

— ¡Guadalupe no se rinde! loco hijo de la *tiznada*...

E hizo ademán de disparar.

— ¡Hombre, hombre, no tanta energía! murmuró con calma el General, dando vuelta á su jamelgo.

Mas este hombre excéntrico, raro, cuyos hechos se contaban como materia de chacota en corrillos y mentideros, tenía el corazón más hermoso que era posible imaginar. Días antes de que el cerco quedara perfecto, expidió Ortega un bando disponiendo la requisa de todas las subsistencias que se encontraran en la plaza en poder de particulares. Parecía que no quedaba nada por recoger, cuando tuvo soplo el General de que había un

gran depósito de maíz... en la casa del cuartelmaestre. El grano se mandó decomisar, se sacó de una bodega de la habitación de Mendoza y se pasó á los depósitos constituídos en la plaza. El cuartelmaestre se presentó en el alojamiento de Ortega, y humillado le habló así:

— Señor, le ruego me mande formar consejo de guerra para que se me juzgue y se me fusile... He faltado al decreto de usted y casi no tengo disculpa... sólo una puedo alegar: ese maíz lo destinaba para dar de comer á más de cien pobres que ocurren diariamente á mi casa á recoger su subsistencia... pero hice mal, porque no debía desacatar la orden de usted, bajo ningún pretexto... Mándeme usted fusilar...

Y se echó á llorar en los brazos de Ortega, que se conmovió grandemente al ver aquel rasgo del loco y del extravagante.

Mendoza tuvo un hijo, que murió de oficial de artillería en el ejército del Gobierno, durante el sitio de Orihuela. El padre pareció no haber sufrido conmoción ninguna con la falta del mancebo; pero cuando el viejo murió, olvidado en su misma tierra natal, dejó en su testamento una manda para que se compraran juguetes en memoria del oficialito muerto hacía más de veinte años, y en la fecha que el conde de Tendilla ganó una batalla á los moros en las cercanías de Granada. De esto proviene que los niños pobres de Puebla se vistan ora de

moros, ora de cristianos cada día de San Juan. Esas espaditas de madera, esos cascos y esos turbantes de cartón ó de trapo, esos petos y esos espaldares de mírame y no me toques, son el mejor recuerdo de aquel hombre bueno, que tuvo su chifladura más patente que lo que la tenemos muchos.

Por lo demás, Mendoza era instruidísimo en historia, en táctica, en castramentación, en balística y en todas las disciplinas bélicas; y podía hablar con singular competencia de muchas cosas que aun ahora ignora la mayoría de los militares que se llaman instruídos.

Tal era Mendoza, el *loco Mendoza,* alma de la defensa de Puebla después de Ortega. De éste ya no se dice nada aquí, porque la materia quedó agotada en otra parte (1).

(1) En el libro *De Santa Anna á la Reforma.*



CAPITULO XI

El donjón

SEDEÑO llegó una mañana demudado y lleno de aflicción, perdido el color del rostro, el párpado paralítico más bajo, los pies más claudicantes que nunca, y un aspecto de tristeza, de abatimiento, de dolor, que habrían infundido compasión al alma más pedernalina. Llegó á su vivienda y se dejó caer de golpe en una silla, con la cabeza baja y la sobrepelliz arrugada, pues no había tenido tiempo de quitársela antes de salir de la iglesia. Las muchachas le rodearon más espantadas que solícitas, y guardaron silencio por tácito convenio, hasta que vieron que se llenaban de agua las pupilas del casullero, que el agua se condensaba en los ángulos de los ojos, y que, por fin, dos lágrimas gordas como tejocotes le surcaban las mejillas.

— Pero, ¿qué es eso, papá? dijo Eufrasia.

— ¿Qué te pasa, papá? preguntó Gervasia.

— A ti te sucede algo muy gordo, papá, resolvieron Protasia y Eustasia.

Don Bernabé movió la cabeza indicando que era verdad lo que maliciaban las dos hijas mayores, pues le sucedía una cosa tan tremenda, que ni manera de decirla encontraba.

— ¿Han puesto presos á los señores capitulares?

— ¿Han fusilado á algún jefe conservador?

— ¿Han cogido de leva á Cordovita?

— ¿Te han impuesto algún préstamo?

A cada una de estas preguntas, Sedeño meneaba la cabeza como para indicar que no era nada de lo que creían; que la desventura era todavía más grande y más dolorosa que lo que ellas habían imaginado, y que era mejor no darle vueltas, porque no llegarían á regular el mal espantoso que había venido sobre él, sobre su familia, sobre Puebla y sobre el mundo...

Pudo, al fin, articular una palabra y contestar á las miradas impacientes de las pobres chicas.

— ¡La Catedral!

— ¿La van á derribar? preguntó una.

— ¿La han derrumbado? dijo otra.

Se limpió Sedeño el sudor y las lágrimas, bebió más de la mitad de un vaso de huevos espirituales que las muchachas le habían preparado durante su ahogo, se dió

una palmada en cada muslo, y luego contó con la lengua ya expedita:

— Pues, señor, que llegaba yo ahora por la mañana á la Catedral, cuando vi venir á una fagina de trabajadores (serían como quinientos), que desembocando de la calle de Cholula, pasaron por el portal de Libreros y fueron á estacionarse frente á la Catedral. Creí que pensarían nada más que en levantar alguno de los innumerables fortines que han alzado en tantas partes de la ciudad, cuando veo que los de las picas empiezan á levantar losas, que los de los talachos y azadones sacan tierra y que todos dan muestras de querer abrir un tajo al rededor de la Catedral. Un oficial moreno, mal vestido y de modales bruscos mandaba á la gente aquella, y al verle le pregunté si por acaso se iba á levantar alguna fortificación cerca de esos lugares.



— A mí no me lo pregunte, que no le he de decir sino

que me han ordenado abrir un foso y que obedezco... Allí está el señor cuartelmaestre y él le contará cuanto usted quiera saber.

Como se acercaba la hora de coro, me metí á ponerme mi sobrepelliz y á arreglar lo más importante para la misa, seguro de que no habría en aquel desempedramiento nada que debiera alarmarme. Casi descuidado salía, bien dadas las seis y media, y me encontré nada menos que al loco Mendoza rodeado de una fila de oficialillos que se reían tras de él, como si fuera un maestro de niños que contara cosas increíbles. Me le acerqué con toda urbanidad, y le pregunté si acaso había determinado levantar para la defensa obras que comprendieran la Catedral.

—¿Cómo va, casullero, cómo va? me dijo con voz de olla de tamales puesta á la lumbre... ¿Qué tal lo pasan sus señorías los canónigos?... Sí, hombre, sí; se va á levantar aquí el *donjón,* que ha de ser el último reducto de la plaza... ¡Amigos! gritó, dirigiéndose á los oficialitos burlones, cuando nuestros fuertes hayan caído al impulso de la artillería enemiga; cuando los recintos exterior, interior y del centro hayan sido hechos pedazos; cuando hayamos fracasado en nuestra empresa de defender casa por casa, cuarto por cuarto, iglesia por iglesia, bóveda por bóveda, torre por torre, el pobre Mendoza, si acaso vive, se encerrará en este *donjón,* trayendo

el último pan, el último cartucho, el último hombre, y les dirá á los franceses que se le acerquen: «He aquí por qué se rindió Puebla, he aquí por qué acabó la ciudad gloriosa que os entretuvo tanto tiempo... Y luego, dando fuego al depósito subterráneo de pólvora, volará la Catedral, y yo volaré entre sus restos...» Redoblaron las risas de los muchachos, y yo me entré al templo para salir luego con este inmenso dolor del alma.

Las Sedeños, que veían y oían con los ojos y las orejas de Cordovita, le mandaron llamar, y al ver al viejo con aquel supiripando, el mochitango se quedó extático.

—¿De manera que se cerrará la Catedral?

—Tan se va á cerrar, que se abrirá un foso que tendrá más de diez varas de ancho, y que se levantarán banquetas, terraplenes y demás obras de las que se hacen en un fuerte para dejar un *donjón* perfectísimo.

—Pero ¿sabe usted qué es el *donjón* ó *donjon,* como se dice en francés? (pronunció imperceptiblemente las enes, y la jota la dijo como hache apenas aspirada). El *donjon* es la parte más alta y más fuerte de los castillos, que por lo regular termina en torre, y el *donjón* de Mendoza, según usted me cuenta, será un foso bien profundo... Víctor Hugo dijo que lo contrario de un pozo era una torre; parodiándolo diría yo que lo contrario de un *donjon* es el socavón de Mendoza.

—A bien, murmuró tristemente Sedeño, que tampoco sería posible el culto en estas circunstancias.

—Ya cerraron Santo Domingo.

—Y están fortificando la Compañía.

—La Santísima está imposible.

—San Agustín está lleno de tropa y soldados.

—Las Claras están fuera de su convento.

—A las de Santa Mónica se las llevaron á Cholula.

—Hoy fueron Eugenia y la Madre á Santa Inés y se encontraron todo ocupado; apenas pudieron oir misa en el altar que queda frente al cancel.

—¡Quién sabe que haremos! Si nos pega un dolor, nos moriremos como perros.

Interrumpiendo á sus hijas, que habían dado aquel diluvio de noticias, don Bernabé refirió á Tirso:

—Hoy salieron para Atlixco el señor magistral y su sobrina; antier se habían marchado el señor maestrescuela, los cuatro capellanes de coro, tres solistas y el maestro del órgano: van á Tehuacán; doña Plácida y su hija, que asisten al padre Esparza, se marcharán á su casa de Cholula...

—Y los dos padres Corchados, completó Córdova, están en seguridad hace quince días; Grajales se halla fuera de Puebla; Rubín anuncia que no resistirá el sitio, sino que saldrá antes de que los franceses se acerquen; Arrioja acaba de pedir salvoconducto al Cuartel general,

y todo el mundo, que huele una serie de grandes calamidades, hace sus aprestos para dejar esta casa que se hunde. Las gentes son como las ratas.

— Más de cincuenta mil personas han salido en un plazo de tres meses, según me aseguraba el racionero Mercado.

— No tanto, pero sí treinta mil.

— Pues S. S. calculaba que no quedábamos quince mil...

— Y luego, con la ordencita de que todos los que estemos entre los diez y ocho y los sesenta nos presentemos á defender á la pastelera patria en los fortines...

— Ya yo ya, exclamó Sedeño, parodiando á la falsa doncella, tengo pasaditos los sesenta, y encuentro por primera vez la ventaja de ser viejo; pero ¡caramba! es duro tener que quedarse por falta de medios á que le mate á uno un cañonazo ó le aplaste una bomba.

— Lo que ha de suceder, eso sucede, amigo mío; no nos mata el rayo, sino la raya, y me parece preferible ver cómo es un sitio, que irse á papar moscas en algún pueblo rabón.

En la casa de Sedeño se sabía la situación de las tropas casi tan bien como en el Cuartel general. Romo, el buen mozo Romo, era telegrafista á las órdenes del General en jefe, y daba noticias que nadie podía dar.

Anunció la llegada de Régules y de Pinzón con tropas

de refresco, y la incorporación de Huerta, que se presentaba á ofrecer nada más que los servicios de su persona.

Comunicó también la llegada de Forey á Acatzingo, la incorporación de Neigre, el movimiento de Douay, L'Heriller y Berthier, y la extraña maniobra de Bazaine, diseminando sus fuerzas en el Pinal y todo el valle de Acajete.

Dió cuenta de la comisión que tenía O'Horan de explorar la aproximación de las tropas francesas, y de los cinco telegramas que en menos de dos horas había enviado desde Chachapa, anunciando que «se había visto obligado á retirarse, porque á las nueve de la mañana el enemigo había ocupado á Amozoc». Notició que había llegado un destacamento de observación al caserío de Animas, y que tres mil infantes habían tomado la cordillera á la derecha de Amozoc, y otros tres mil habían ocupado la hacienda de las Vigas.

El diez de Marzo por la mañana sorprendió á la ciudad un cañonazo en el cerro de Guadalupe; era la señal de que la vanguardia francesa estaba al frente: Douay y Bazaine ocupaban la hacienda de la Manzanilla y establecían un campamento de observación.

El diez y ocho por la mañana se supo que llegaba el grueso del ejército. Valiéndose del compañerismo con el sacristán de Santa Inés, obtuvo Sedeño el permiso para subir á la torre de la iglesia en compañía de su familia y



...obtuvo Sedeño el permiso para subir á la torre...

vecinos. Vieron primero una faja de hormigas negras que pasaba más allá del cerro de San Juan, situándose á distancia conveniente para no ser ofendida por los tiros de la plaza. Sucedió á aquella interminable fila obscura, apenas iluminada por los destellos metálicos que sacaba el sol á las que parecían armas, un destacamento de caballejos ruines y chiquitos. Lejos de observarse la uniformidad que en la masa negra, que había ido desenvolviéndose con orden y con cautela que asombraban, la caballería ostentaba multitud de colorines en trajes y mantas, notándose el desorden del grupo en que los caballejos entraban y salían á voluntad, cual si los jinetes fueran locos.

— Debe de ser el señor Márquez, que trae su lucidísima tropa, decidió con autoridad Sedeño, quitándose de la vista el anteojo con que había estado mirando.

Nueva invasión de manchas negras y un corto contingente de caballería.

— Los franceses son muchísimos; pero los mexicanos, aunque pocos, hacen un papel muy lucido entre ellos, insinuó el casullero.

— Deben de ser los del señor general Taboada, que forman la *Legión de honor,* repuso Tirso... Vea usted; don Leonardo ocupa la garita del Pulque, y don Antonio sirve de punto de unión á los generales que tienen ocupada la Manzanilla.

— Por acá, por el Tepotzúchitl vienen más, dijo asombrada Rebeca.

— Muchos son, se extienden por más de una legua, y de seguro es tropa escogida, porque marcha tras ella numerosa caballería mexicana... Ya pasan el puente de Totimehuacán, se estacionan en San Bartolo y dejan pasar adelante á los jefes mexicanos.

— Arriba de Tepotzúchitl hay más, dijo Eugenia, pero estas no son hormigas negras, sino rojas.

— También hay de esas hormigas en Amalucan, agregó Rebe.

— Qué, ¿será un millón de hombres? preguntó Eufrasia Sedeño, que no había despegado los labios.

— Son treinta y tres mil, niña, respondió sonriente Córdova; pero ya con ellos tendrán para rato los de dentro, que no llegan á veinte mil y que han hecho ó van á hacer salir las caballerías.

— Esta noche se acuerdan de mí, tendremos el asalto, exclamó Sedeño con autoridad; mañana está Puebla en poder de la buena gente.

Extendió Córdova la mano para ayudar á las niñas, y dijo, al bajar la escalera:

— Quisiera ver aquí al viejecito Romo, para que me dijera qué le parece este heroico alarde de los franceses, que vienen resueltos á tomar el reducto de la impiedad, pero que, prudentes como son, prefieren la calma y la

serenidad, al ardimiento y á la furia. Fácil le sería al señor Forey tomar á Puebla el día de la fiesta del Príncipe imperial; pero procediendo como diestro capitán y cuerdo político, ha preferido no exponerse á un fracaso.

—¿De manera que usted no cree en el asalto? preguntó furioso don Bernabé.

—No, señor don Bernabé; creo en un sitio formal.

—Pues yo sí creo en el asalto, exclamó el viejo; es una idea mía, y una idea, una corazonada, pocas veces fallan.

Toda la noche soñó don Bernabé en el asalto. El paso de trenes por la calle, los tiros que se escapaban á una avanzada, la escolta del general de día, que pasaba haciendo sonar las herraduras de los *cuacos* en las losas de la calle, se le figuraban nuncios del asalto, consecuencias del asalto ó el asalto mismo.

—¡Parece que se baten en Totimehuacán! gritaba á las niñas.

—¡Está muy reñido el fuego por San Javier!

—¡Caramba con Loreto! ¡se defiende bien el maldito!

—¿Oyen toque de parlamento?

—Esa corneta anuncia: «alto el fuego».

Las muchachas le decían que escuchaban todo; pero en realidad oían menos que el desvelado sacristán.

Al día siguiente, luego que se levantó, la primera diligencia del casullero fué tomar lenguas de lo aconte-

cido en la noche. Todo estaba en paz; no había síntomas de combate ni se sabía que hubiera pasado nada.

Subió Sedeño á lo alto de la torre, y se convenció de que el ejército francés establecía campamentos en San



Baltasar, Tepotzúchitl, cañada de San Bartolo y molino del Agua azul. Al principio se le figuró una nube, luego rastro de tropa que pasaba, después se convenció de que lo que veía, era la huella de innumerables carros que daban la vuelta del camino de Amozoc al cerro de San

Juan. Iban de dos en dos, de cuatro en cuatro, de diez en diez, cargados hasta los topes y guiados por trenistas cuya figura se distinguía entre una aureola gris.

Contó Sedeño hasta cien carros, se interrumpió un poco y vió cien más; siguió en la observación y acabó por ver más de quinientos. Todos iban al cerro de San Juan, donde Forey había establecido su Cuartel general.

—Pues sitio tenemos, pensó tristemente el viejo... sitio, y quién sabe para cuánto tiempo... Dios nos coja confesados; el Señor y la Guadalupana nos favorezcan... Nunca se había visto una cantidad tal de gente sobre Puebla; ni cuando Orihuela, ni cuando Comonfort, ni cuando Santa Anna... Malo está esto... Que Dios nos coja confesados.

Y bajó despacio el caracol de la iglesia.

Tirso había tendido el paño en el púlpito de la casa, y explicaba no sé cuántos primores, cuando el afligido Sedeño llegó de vuelta de su excursión.

—Vendrán á libertarnos; pero quién sabe á cuántos nos descrismen esos libertadores benditos... Mi esperanza es que las fortificaciones se vengan al suelo á la primera embestida.

—No lo crea usted, repuso Tirso, contentísimo de relatar las cosas que creía saber al palmo. La fortificación es ahora, si no perfecta, sí respetable; se ha hecho á costo

y costas, trayendo indios de todos los lugares cercanos y gastando buen dinero en la labor.

— Pues hace pocos días no opinaba usted así, Rafaelito.

— Realmente, me figuraba la cosa más sencilla de lo que es en efecto; pero he conferenciado con gente que sabe, me han explicado el sistema qne se ha puesto en vigor, y la verdad es que va á costar trabajo roer el hueso... No hay que ser optimista ni hay que hacerse ilusiones; hay que ver las dificultades de frente.

— Y la cosa resulta más triste si se tiene en cuenta que los pelados han puesto su trabajo en las obras, organizando *faenas* en que llevaban cal, arena y piedras que no han de haber contribuído poco al levantamiento de las fortificaciones, apuntó don Bernabé.

— *¡Sancta simplicitas!* exclamó el de Córdova.

— Pero á ver, hombre, cuente usted esos primores, que ya ardo en deseos de saber qué obras son esas.

— No serán primores, dijo sentenciosamente el michoacano, porque ni esto es un Gibraltar, ni Colombres es un Vauban ó cosa parecida; pero la verdad es que para trabajo de progresistas, no es del todo detestable...

La primera línea comprende los fuertes de Loreto y Guadalupe, con una flecha entre ambos formada por las iglesias de San Antonio, San José, el Calvario, la Misericordia, la iglesia y la quinta de Xonaca. Manda la

sección don Felipe Berriozábal, é Hinojosa tiene el cuidado del fuerte de Loreto, Gayoso del de Guadalupe y Osorio del de la Misericordia.

La segunda línea la manda La Llave, con los dos fuertes de los Remedios y Totimehuacán, encomendados el primero á Pinzón y el segundo á Patoni. Comprende las iglesias de Analco, la Cruz y San Francisco, así como el rancho de la Rosa y todo el espacio entre el río de San Francisco y la carretera de Amozoc.

Alatorre, *Milagrito*, es el jefe de la tercera línea de fortificaciones; el italiano Ghilardi manda el fuerte del Carmen, y don Miguel Auza el del Parral. Los puntos defendidos son la Soledad, el Molino, el rancho de la Magdalena, los Gozos y la iglesia de Santiago.

La tercera división está encargada de la última hilera de puntos fortificados. La rige Antillón y comprende San Javier y Santa Anita, el primero á las órdenes de Macías y el segundo á las de Rojo. Tiene en su recinto las iglesias de Guadalupe, San Marcos, San Pablo de Naturales y el Refugio.

El perímetro interior lo tiene á su cargo Mejía, que manda una brigada suelta. Abraza el primer frente la trinchera de la calle de Mesones, al oriente de la ciudad, hasta la de San Jerónimo, en la misma dirección; el segundo, desde el colegio del Hospitalito hasta la Concordia, rumbo al sur; el tercero, hacia el poniente, se

extiende desde la calle de la Siempreviva hasta la Puerta falsa de los Gallos; el cuarto, desde la plaza del Mercado á la Puerta falsa de Santo Domingo; el quinto, de la plazuela de San Luis á la calle de Santa Teresa, rumbo al norte.

Además, todas las casas que se considera pueden cooperar á la defensa, están aspilleradas; las calles desembaldosadas, destruídos los jardines y todo en el estado de desolación más completo... Así se hacen las justicias liberalescas...

—Pues señor, vamos á quedar guardados como en un baúl.

—Ni tan guardados; hoy me contaba un amigo que habían sido aprehendidos un correo que sacaba cartas que persona de aquí dirigía al señor Forey, y un sargento de Márquez, que quiso comunicarse con los sitiados, excitándoles á que dejaran sus banderas. Uno y otro fueron marcados con una T de hierro candente, que abrevia la palabra *Traidor*.

—¡Qué escándalo!

—Conque, vaya usted atreviéndose, no á comunicarse con la buena gente, sino á manifestar que simpatiza con ella, y ya tendrá para rato.

—¡Válgame la Virgen de la Manga!... A bien que nosotros estamos garantizados; Miguel Caballero, cuando sepa que andamos en líos, no dejará de ayudarnos...

— Fíese en Caballeros y no corra...

Las muchachas empezaron á llorar silenciosamente, el contrito Sedeño se quedó meditando con las manos en las quijadas, y Tirso salió satisfecho de haber metido en un puño el corazón de aquellas buenas gentes.





CAPITULO XII

Espíritu heroico

La primera providencia de Córdova fué mudar los bártulos á la casa de sus amigos. Su patrona, que era una viuda de muy buen ver, creyó que su posición de persona de arraigo le imponía la obligación de salir de Puebla, y se marchó á Tehuacán en unión de muchas damas conciliares, sobrinas no comprobadas y hermanas dudosas de los eclesiásticos más encopetados.

El bombardeo ponía de mal humor al insigne preceptista literario, y no encontrando oportunidad para salir á darse gusto averiguando peripecias, tenía que encerrarse en su casa á contar y á comentar lo que presumiblemente pasaba. A veces le rogaban las muchachas que cantara, con acompañamiento de guitarra, alguna de aquellas canciones suyas en que se hablaba de amores malogra-

dos, de niñas engañadas, de rayos de luna que se quebraban en los lagos y de nidos en que crecían pajaritos muy románticos y zalameros.

Mas Tirso respondía que los tiempos no estaban para canciones, y lo más que solía hacer era entonar aquel himno suyo, que llevaba música del de Riego:

¡A la lid, soldados, vamos!
Llegó de la patria el día.
¡Que cese la tiranía,
Que viva la religión!
¡Perezcan esos infames
Que á la patria han destrozado!
Un nuevo sol ha brillado
Cual faro de salvación.

Una tarde, á la hora que empezaban á tronar cañonazos y á reventar bombas, cuando las mujeres estaban metidas en sus cuartos rezando y pidiendo á Dios hiciera cesar aquel destrozo, Tirso se entretenía en dar vueltas en el corredor de la casa, deseoso de saber dónde se quemaba tanta pólvora.

—Eso es por San Matías, rumiaba; ya se habrá comprometido la cosa por allí y tenemos función para rato.

—Por San Matías será, exclamó Sedeño que oyó el monólogo; pero para mí éstos van á empezar por los cerros.

—¿Por los cerros? dijo Córdova displicente; pues no sé qué pitos irán á tocar por los cerros.

—Pues hombre, claro está; á lavar la mancha del cinco de Mayo.

—¡Qué mancha ni qué niño muerto! Los franceses se consideran tan manchados con lo del cinco de Mayo, como usted se consideraría manchado si un pajarito le dejara caer sobre la ropa un poquito de guano al volar por el aire... Lo indicado es el rumbo del Carmen, donde la fortificación es más débil y las manzanas son más accesibles... Un asalto, un buen asalto, no se puede emprender más que por allí.

—Pues que se emprenda; pero que acabe este fuego horroroso que parece maldición del cielo.

—¿Tan pronto se espanta, amigo Sedeño? Apenas vamos en los holanes. Créamelo; de Puebla hemos de decir lo que nuestro Carpio cantó de Babilonia:

Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
Cantará triste el pájaro nocturno,
Y bramarán los tigres y leopardos;
Y crecerán los solitarios cardos
Donde apoyas tu espléndido coturno.

—¡Jesús, María y José! repuso el sacristán mirando *el espléndido coturno* que empezaba á tener brechas lamen-

tables; ¡Jesús, María y José! con esas predicciones sólo el que no quiera no se tranquiliza.

Oyeron en esto sonar el aldabón de la puerta, y á la costurera de los infantes que salía á abrir. A poco se oyó que alguien subía la escalera, y luego se vió á un chacó y á un chaquetín que trepaban violentamente.

Quedáronse parados los dos amigos, y luego notaron que se les dirigía un chicuelo como de diez y seis años, rubio, delgado, fino, con aspecto de dama, que les decía, quitándose la gorra con arreglo al más exquisito Carreño:

—Dispensen ustedes; ¿vive aquí el subteniente Caballero de los Olivos?

—Vive aquí, respondió Córdova con no menor cortesanía; pero no está en la casa, porque de seguro se halla de servicio... Su señora sí está en sus habitaciones.

Y le señaló el cuarto de Eugenia.

—Con ella deseo hablar también, contestó el mozalbete; y en un momento quedó en la puerta del cuarto de los esposos.

Siguieron los taciturnos distrayendo su murria é inventando calendarios, mientras Eugenia recibía al visitante, que por cierto le pareció desconocido en el primer momento.

Al fin, tras contemplarle un instante, abriendo los brazos le estrechó en ellos, diciéndole cariñosamente:

— ¡Pancho, por Dios! pero, ¿qué haces?... ¿Tú aquí?... ¿Y cómo te dejó mamá?



— Vengo á lo que vino Miguel... Estoy en un batallón de Oaxaca, y mamá me dejó venir sin dificultad, porque... no sé; debe de haberlo creído necesario...

— Pero si eres una criatura...

— En estos días, en que las gentes serias hacen chiquilladas, las criaturas necesitamos hacer hombradas... Ahora que los viejos cometen crímenes, nosotros tenemos que hacer heroicidades, dijo el chiquillo poco á poco y con acento de varón de Plutarco.

— ¡Jesús, qué heroico anda el tiempo! replicó Eugenia riendo.

— ¿De veras, hermanita?...

— ¿Y cómo están todos?

— Todos, son los pobrecitos viejos, dijo lloroso Pancho... Pero están admirablemente; mamá me ha despachado casi contenta; papá está encantado y se da el aire de padre de los Gracos. Mamá me dió estas cartas; lee la tuya y entrégale á Miguel la que le toca... Y ya me voy, que tengo servicio en los Remedios... ¿Dónde puedo buscar á Miguel?

— En San Javier, en las tropas de Guanajato, en el batallón que manda Rosado.

— ¡Caramba! allí se están batiendo, exclamó imprudentemente Pancho.

Eugenia, que estaba de pie, se dejó caer en una silla, y casi sin color en el rostro, dijo:

— Ya me lo anunciaba el corazón; esos cañonazos me sonaban en el alma.

— ¡Como que está bien cerca de tu casa el lugar del

combate!... Pero, hija, ¡qué adelantada estás! Como á mí me juzgaban una criatura, no me decían palabra é ignoraba tu estado... Que salgas con bien, y que sean cuates.

—¡Grosero!... Estás muy alegre, y esto no es cosa de alegrarse.

—Pues no sé de qué será.. ¿Qué remedio con ponerme á llorar? Si hubiera deseado entristecerme, no habría venido á Puebla, donde de veras se divierten los hombres.

La carta que doña Lorenza enviaba á Miguel, decía así:

«Mi muy querido hijo Miguel: Tu hermano Pancho, el chiquito, la adoración de mi alma, quiere seguir tu camino y meterse también de soldado para defender, como es justo, á nuestra querida tierra, hoy en manos del francés. Me duele el corazón al separarme del hijo de mis entrañas, á quien sabes siempre he mimado y consentido; pero no encontraría manera de negarle lo que con tanta justicia me pide.

»Tu abuelo, mi padre, que santa gloria haya, murió, como sabes, en el Molino del Rey, peleando contra los yanquis; mi abuelo y bisabuelo tuyo, pereció ahorcado en la plaza de Texcoco, por causa de habérsele encontrado armas y pólvora en un ranchito de su propiedad, quedando comprobado que destinaba esas cosas á una partida insurgente. Ya ves que vengo de raza de quienes saben lo que es amar á su tierra, y que no me sorprende la resolu-

ción de ustedes; pero, hijito, la salida de Pancho me ha atribulado más de lo que te figuras, porque yo acariciaba la idea de que el niño creciera á nuestro lado y nos acompañara en nuestra vejez; desgraciadamente no será así, pues ni Germán ni yo alcanzaremos muchos años, supuesto lo que nos ha afligido la partida de ustedes.

»Tú, Miguelito, tienes quien te cuide, y después de Nuestro Señor, en *Génie* confiamos para que te haga la triste vida que se te aguarda, lo menos pesada que sea posible. Pero Pancho, el niño, ¿qué será de él? ¿Quién le cuidará si se enferma, quién le atenderá si sufre, quién le dará la mano si cae herido? ¡Pobrecito de mi niño, tan mimado y tan lindo!

»Tú, cúidale, haz mis veces y las de su padre, tú y la santita que tienes por mujer, denle amparo y cariño, que es lo que él necesita.

»Tu madre

LORENZA.»

No había mentido Pancho; se batían en San Javier desde por la mañana. La artillería francesa, abocada contra el fuerte, había empezado *á trabajar* á las cinco de la mañana, y á las doce había dado cuenta con uno de los baluartes, parte del otro y la cortina intermedia. La artillería mexicana había quedado desmontada ó estaba cubierta de tal manera con el cascote y las piedras de los muros, que era imposible maniobrar con ella. Habían



General D. Jesús González Ortega

tenido que cambiar á los artilleros tres veces sucesivas, pues ó habían muerto ó habían sido heridos de tal gravedad, que era imposible siguieran al frente de sus piezas. Hallándose el fuerte en ese estado, su jefe, el general Rojo, se presentó al General en jefe, haciéndole ver la conveniencia de abandonar aquello y replegarse á las manzanas inmediatas.

González Ortega estuvo por la tarde acompañado de su Estado mayor y vió que las balas de cañón, que ya no se disparaban á tiro de brecha sino á distancia de tres ó cuatrocientos metros, que era el límite de la segunda paralela, habían hecho un horrible destrozo en la Penitenciaría; que al reventar las bombas habían destrozado todos los muros, dejándolos cuarteados y próximos á venir al suelo, y que no parecía posible retardar un momento más la caída del fuerte.

—¿Qué dice usted, General? preguntó González Ortega á Mendoza, su alma condenada.

—Señor, respondió el de las carrilleras: salvo el parecer de usted, opino que no se debe sacrificar inútilmente vidas preciosas ni elementos que en otra parte nos hacen falta: creo que debemos abandonar este fuerte.

Estaba presente un muchacho alto, seco, rubio, serio y triste, y como no se había hecho misterio de la resolución, se cuadró ante Ortega y le dijo respetuosamente:

—Mi General, si no entra en sus planes abandonar desde luego á San Javier y cree que todavía se puede resistir, aunque sólo sea un poquito, me tomo la libertad de pedirle me deje en el punto; yo me comprometo á defenderle con mi batallón de Guanajuato...

—¿Qué? ¿qué dice? interrumpió colérico Mendoza, cerrando los ojos y meneando en la boca, como de costumbre, el bolo alimenticio. ¿Qué dice el teniente coronel Smith?

—El teniente coronel Smith se compromete á defender por algunas horas más á San Javier, repuso Ortega.

—¿Usted, Bernardo, trata de hacer eso? preguntó don José María. Es menester que prescindamos de querer imitar á los *Tres Mosqueteros*... Nada de bastión de San Gervasio, nada de servilletas izadas como estandarte... No convienen las locuras... Se trata de una cosa seria, de lo más serio que puede haber en el mundo, y no permito que se ponga en ridículo el nombre de la patria, ni que se sacrifiquen tontamente muchachos de brío que pueden servir para muchas cosas.

—Nada se pierde con probar, dijo Smith con flema.

—En efecto, nada se pierde, insinuó Ortega, que se pirraba por esas empresas arriesgadas y artagnanescas.

—Bien, expuso Mendoza, nada se pierde; pero el tiempo sí se pierde. Ordenemos todo para resistir el asalto, que no tardará en venir.

San Javier presentaba al Oeste un fuerte bastionado y al Norte una gran cortina; tenía al Este una media luna que cubría la entrada, y por el lado de la ciudad un frente bastionado irregular. Así resultaba un recinto continuo que rodeaba la construcción y enlazaba la Penitenciaría con San Javier. El conjunto de la construcción tenía como doscientas varas de largo y ochenta de ancho, con tres grandes patios interiores y diversos cuerpos de edificios.

Luego que Smith recibió el fuerte, se puso á comer con toda tranquilidad y llamó á sus compañeros Montesinos, Rosado, Troncoso y Rodríguez.

— Amigos, les dijo, ustedes comprenden cuál es el objeto del General al disponer que continúe la defensa: arreglarlo todo de manera que puedan resistir los redientes de Morelos y perfeccionarse la fortificación de Guadalupita. Hay, pues, que sostener esto cuarenta y ocho horas. Son las cuatro de la tarde del día veintiséis; á las cuatro de la tarde del veintiocho termina nuestro compromiso... Antes, no podemos abandonar esto, sino porque nos saquen con los pies para adelante.

— Pues yo, exclamó Rosado, no pienso salir aunque pasen las cuarenta y ocho horas, mientras haya un soldado que me acompañe; aquí me matan ó me cogen prisionero.

— ¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Y yo también!

—¡Y todos! dijeron Troncoso, Smith, Montesinos, Rodríguez y Sánchez-Ochoa.

Don Gaspar no lo tomó á broma, sino que empezó á enterrar en el suelo bombas unidas por mechas y rematadas por piolas, que habían de hacer explosión al entrar los franceses. Quiso Dios que no hubiera habido tiempo de ejecutar aquella locura heroica, que apenas se concebía en las épocas de los arraeces levantiscos, que merendaban mancebos cristianos y cenaban doncellas cristianas.

Miguel Caballero formaba parte del batallón de Rosado, y á eso de las siete, hallándose de servicio en el bastión de la derecha, creyó observar que unas sombras se deslizaban más acá de la tercera paralela, cerca del lugar en que estuvo después la cuarta. Aplicó la vista Miguel, no creyendo posible que hubiera quien se aventurara en medio de aquellas tinieblas palpables á recibir un tiro de los rifleros del Norte. Mas á poco, su vista, que estaba tan acostumbrada á la obscuridad que habría distinguido en un océano de tinta una gota más negra que las otras, notó que las sombras no eran las dos ó tres que había creído primeramente, sino que llegaban á docenas, que las docenas se convertían en cientos y que los cientos se agrupaban y se reunían en bloques regu-

lares que se arrastraban simétrica y pausadamente, llevando en las manos algo que sobresalía y que podía ser las defensas de una legión de animales dañinos, los remates de un bosque de árboles, los cabos y los hierros



de muchas lanzas ó los cañones de muchos fusiles de varios batallones y regimientos.

Miguel ocurrió á dar cuenta á su jefe de lo que había visto, y Rosado se rió de él.

—No distingo nada, por más que aguzo la vista: debe de engañarse usted.

—Ni yo, confirmó Troncoso.

—Ni yo, aseguró Smith.

—Señor, insistió Olivos, sigo viendo las sombras; de seguro son los franceses que vienen al asalto.

—Para que se convenza, dijo Rosado con sorna, dispare usted mismo una *pera luminosa;* así dejará de ver moros con tranchetes.

Tomó Miguel la pieza de zinc, la encendió, la arrojó con fuerza, y al derramarse la mezcla en el suelo, alumbró la muchedumbre de soldados que á todo correr, pero á la chita callando, llegaba del campamento francés. Al extinguirse la luz, iluminó varios objetos metálicos que lanzaban destellos capaces de cegar los ojos; varios uniformes obscuros se acentuaron en la obscuridad del suelo, y se quedaron danzando en la retina de Miguel la enorme barba de un oficial que venía al frente, y el vivo rojo de un uniforme que temblaba yendo de una parte á otra.

—¡Fuego, muchachos! gritó Smith.

—¡Fuego! gritó Troncoso á los artilleros.

Y en el mismo instante estalló un estruendo terrible que ensordeció á Miguel é iluminó á los que se acercaban á toda prisa. Sonó en eso una campana, y los fuegos de la izquierda se rompieron sobre todo el campo enemigo. Al mismo tiempo los redientes de Morelos, el fuerte del Carmen y siete baterías de cañones, que se colocaron á campo raso, empezaron á vomitar metralla sobre los

franceses. Contestaron con vigor al principio; pero como su artillería no les auxiliaba, pues cabalmente la llevaban detrás y les había destrozado al tratar de ofender al fuerte, pronto tomaron la vuelta de su campamento. El fuego duró un buen tiempo, y se calmó cuando los artilleros se aseguraron de que sus balas no llegarían al centro del campo enemigo.

El día siguiente lo pasó la artillería francesa en destrozar lo poco que restaba de San Javier. Entre el muro exterior y el del coro se habían colocado techos, introducido materiales procedentes del derribo de los edificios cercanos, y sacos llenos de tierra que servían como intestinos de aquel monstruo. Los cañonazos rompieron la pared, abollándola, cuarteándola y agrietándola primero; después habían practicado con ella agujeros que parecían bocas enormes haciendo muecas de dolor y de rabia, quitándole luego la cima á la pared y todos los salientes, y por fin rompiendo grandes trozos de cal y canto, que venían al suelo con estrépito de alud. Entonces quedaban al descubierto vigas con las cabezas podridas, puertas y ventanas que mostraban las maderas con que se empotraban en la pared como brazos extendidos que pidieran perdón; esculturas viejas con la cabeza para el suelo y la peana al aire; trozos de cornisa, balcones de madera y multitud de cosas que daban idea del desbarajuste y la destrucción.

Por la noche no hubo quien descansara; se temía una alarma, y á cada momento los jefes preguntaban á Miguel si no veía por acaso los bultos que tanto le habían labrado en la jornada anterior, y arrojaban ó hacían arrojar las *peras de luz,* que tan útiles eran. A la una y media volvieron el cañoneo y el bombardeo; parecía que el mundo se venía abajo y que lo que restaba del fuerte no podría resistir un momento más. Miguel llegó á figurarse que andaba por los aires, que subía en un carro de fuego como el profeta, que iba á volar en unión de los trozos de cascote que surcaban el aire á manera de bombas obscuras...

Se oía un solo trueno, un trueno espantoso, que apenas era opacado de cuando en cuando por el detonar más potente de una de aquellas terribles bombas de catorce pulgadas, que tras de cuchichear un poco, se rompían en mil pedazos, destruyendo cuanto hallaban y no hallaban al paso. Consolaba un tanto á Miguel, notar que aquellas heridas eran casi siempre mortales. Un pobre muchacho, teniente de un batallón de Zacatecas, hablaba á Olivos no sé qué, cuando vino un casco de metralla y le destrozó la cabeza; ni la idea ni la palabra acababan de salir del cráneo y de la boca, cuando ya uno y otra estaban hechos trizas. A un artillero le partió las dos piernas una bala de cañón y quedó mudo, viendo correr un arroyo de sangre de las extremidades hechas trizas; á

los pocos instantes expiró sonriendo inconscientemente. Un mozo cuyo nombre hay que poner aquí, porque es el de un héroe, don Juan de Pérez Castro, viendo que una bomba iba á caer sobre el único depósito de pólvora con que contaba el fuerte, se precipitó á apagar la espoleta; la bomba reventó llevándose una pierna del joven teniente y él quedó satisfecho de su obra. Ahora le llaman el *cojo Castro;* pero ya quisiera yo que me apodaran cojo por haber perdido un miembro en aquella gran ocasión, y haber salvado muchas vidas humanas.

Los cañones estaban tan calientes, que quemaban al acercárseles; la luz que despedían las balas habría consentido leer á quien hubiera tenido calma para ello; los rostros de los que servían piezas parecían los de una tanda de herreros trabajando en la fragua en noche de gran tarea. A las dos y media el fuego cesó un poco, y á las tres menos diez minutos se habían retirado los franceses. Los cañonazos se oían ya menos frecuentes; después se oyeron sólo los de las baterías mexicanas, y, al fin, todo quedó en silencio... Miguel sintió impresión más intensa que con el cañoneo, oyendo las dianas, los vivas y los mueras que llenaron el baluarte después del alejamiento de los franceses.

— ¡Viva México!

— ¡Muera Francia!

— ¡Muera Napoleón!

— ¡Aquí se espinaron, tatitas!

— ¿Qué tal semos los indios?

Era aquella la prueba de que el hombre se sentía vivo, y que hambriento, trasijado, herido y expuesto á morir, celebraba la dicha de haber pasado aquella prueba y de haber salvado el pellejo, el mayor bien de todos los bienes, digan lo que quieran los que nunca lo han expuesto. Pero las felicitaciones, los abrazos y los vivas pasaban sobre charcos de sangre, entre muertos y heridos, y oyéndose á unas cuantas varas de la posición, entre el lodo y los escombros, á muchísimos heridos franceses que reclamaban ansiosamente un trago de agua, que les mudaran de postura ó que les acabaran de matar. Miguel permaneció alelado oyendo aquellas voces que partían el alma; pero sin que fuera posible salir á auxiliar á los que las lanzaban, porque la paralela francesa se encontraba á unos cuantos metros.

Cuando la tercera paralela quedó establecida, los tiradores franceses empezaron á hacer grandes destrozos entre los mexicanos que ocupaban San Javier. Preguntó Ortega á su Estado mayor si alguien sabía de quien pudiera contestar aquellos tiros.

— Mi General, dijo el coronel Lalanne, yo no conozco á nadie capaz de competir y hasta de exceder á esos tiros más que los rifleros de Pancho Naranjo.

— Pues que me los traigan, repuso el Jefe.

Y un momento después llegaron cincuenta mocetones guapos, nerviosos, trajeados á la manera de los tagarnos y llevando su excelente carabina Minie á las espaldas. Les dieron una azotea de la Penitenciaría, y desde allí estuvieron cazando franceses hasta causar asombro.

El veintiocho, luego que pasó el asalto, los jefes del pelotón, un capitancillo apellidado Treviño, un teniente á quien llamaban Naranjo, y un subteniente Martínez, se propusieron *hacer unos cuantos tiritos,* era su frase ordinaria.

Recorría las avanzadas un sujeto que llevaba á la cintura una linterna sorda; salió un tiro, se apagó la linterna, y luego se oyeron gritos y carreras de caballos.

— Le diste en la chapa del alma.

— Hasta la linterna echó de ribete.

— Pues ahora verán tres tiritos... ¡A ver, Trino, y tú, Manjarrez, y usted también, don Ángel!... Cada uno escoja el suyo... ¡A la una!...

Y salieron tres tiros y luego voces, protestas, ayes y gritos de espanto.

— Parece que eran mandones, dijo uno de ellos reclinando el fusil en un saliente de la construcción.

— Yo le dí al del caballo.

— Y yo al barrigonzote: le he de haber pegado en la tripa, porque no jierro nunca.

La luna roja y negra salía en ese momento, semejante

á una bala de obús perdida en el espacio, y todos pudieron ver que se acercaban á la carrera camillas de ambulancia, que se llevaban cargados cuatro cuerpos.

El veintinueve se pasó en el eterno cañoneo, que para Miguel ya resultaba indiferente como el zumbar de una docena de mosquitos.

— Y pensar, se decía á sí mismo, que *esto* me causó tamaño susto el cinco de Mayo.

Muy temprano se desayunó con la ración de café y pan de harina, que mandó la proveeduría general, y á poco se le convocó á asamblea en unión de los demás oficiales del cuerpo. Rosado les habló así:

— Amigos, se ha cumplido el término por que nos comprometimos á sostener el fuerte, y podíamos marcharnos y hasta ser relevados sin desdoro ninguno... Hoy se acaba esto; hoy toman á San Javier, porque San Javier no puede resistir un día más... El que lo desee, puede marcharse y no será tildado de cobarde: aquí no hay un cobarde ni lo ha habido entre cuantos murieron ó están en el hospital... Pero no hay necesidad de hacer alarde de temeridad: el que quiera salir, que dé dos pasos al frente.

Nadie se movió, y todos, por el contrario, dijeron que querían seguir hasta el fin.

A las doce fué Eugenia á visitar á Miguel, acompañada del inmejorable don Bernabé. Miguel se alegró y se es-

pantó al saber que una niña y un viejo se habían arriesgado entre aquel abismo de fuego.

—¡Hija, qué locuras son estas! exclamó llorando y besando el rostro de su mujer... Don Bernabé, ¿se convenció usted de que también los franceses mueren? ¿Qué tal nos hemos portado? Dígalo usted con franqueza.

—¿Cómo me había de quedar sin verte, cuando dicen que hoy todos ustedes caen prisioneros ó los fríen en aceite?

—O nos matan los últimos cañonazos. ¡Cómo ha de ser!

—No digas tonterías.

—Sí, sí; no hay queja, prorrumpió don Bernabé... Como portarse, se han portado bien...

—¿Y qué dice el mocho espantoso, el conservador de tuerca y tornillo, don Tirso Rafael Córdova?

—Tirso sigue en sus trece; pero no puede menos de reconocer que aquí hay valientes...

—Pues con eso y reconocer que hay sol en el cielo, hace muchísimo favor al cielo y al valor de los mexicanos.

—Smith...

—Smith es uno de tantos; los demás son docenas, son cientos, son cuantos están aquí.

Don Bernabé se apartó un poco para dejar á los muchachos decirse chicoleos, y cuando se separaron, llorosos y risueños á un tiempo, él encargó:

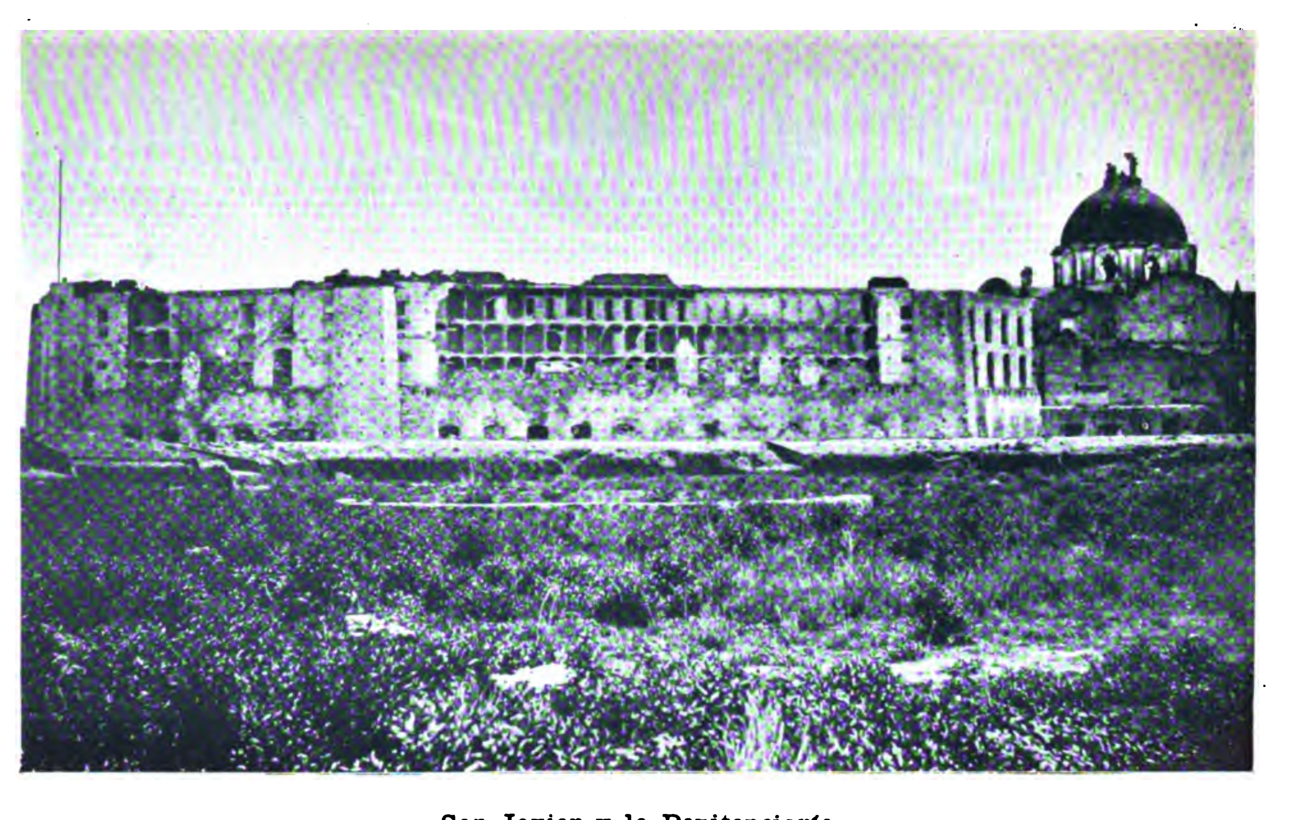
—¡Cúidate mucho!

Y ella:

— ¡Cúidate más!

A las dos de la tarde sonó un cañonazo que parecía de aviso; á las tres los mexicanos, que no conservaban más que tres piezas de montaña, respondieron débilmente al fuego espantoso que hacían los franceses desde la cuarta paralela, situada apenas á treinta metros. Contestaban á los franceses las tropas de Ghilardi, Negrete y Alatorre, y las baterías de Paz y García; cerca de las cuatro el fuego se hizo mucho más vivo, y á las cuatro en punto vió Miguel venir por la cuarta paralela, que ya tocaba al foso de San Javier, á los famosos zuavos, los mismos que habían sufrido tanto el cinco de Mayo. Un general les guiaba, y un joven rubio que portaba un estandarte tricolor, fué el primero en salvar el foso y trepar al parapeto.

Miguel apenas tuvo tiempo de coger un fusil de manos de un soldado difunto y de dispararlo sin interrupción contra los que subían. Por la puerta mayor de San Javier, por las puertecillas de los costados y por las inmensas brechas que había abierto la artillería, se precipitaron los de calzones rojos gritando como unos demonios. Entraron al convento, mas no dispararon un solo tiro: traspasaron á bayoneta á cuantos vieron, persiguiéronles por patios y corredores, sin darles cuartel, sin manifestar compasión, como si fuera aquella una



San Javier y la Penitenciaría

Reproducción directa de una fotografía tomada después de la rendición de la plaza

batida contra bestias feroces. Quedaban abajo como ciento cincuenta hombres que mandaba Pedro Yépez; resistieron un buen rato, y cuando se encontraron con que para cada soldado mexicano había seis zuavos, pusiéronse á recibir la muerte, arrojándose sobre las bayonetas, presentando el pecho para que les hirieran, insultando á los franceses para poder ser notados y reconocidos. Se oía el rasgarse de la piel como si se rompiera el parche de un tambor bien tenso; se oía el resollar de los carniceros fatigados de la tarea, como si se oyera un fuelle ingurgitando y despidiendo aire. Smith, Troncoso y Montesinos consiguieron salir y llevar consigo al batallón de Salazar y el de Ghilardi, mas fué en vano: el grueso de la tropa francesa estaba ya en el foso y dentro del fuerte, y no era posible aproximar los soldados, que, aunque eran eficazmente protegidos por Auza y Rioseco, desde las manzanas inmediatas á San Javier, y desde la llanura por la artillería, sufrieron muchas pérdidas y se retiraron seguros ya de que la ocupación del punto no tenía remedio.

En el piso alto quedaban todavía como doscientos soldados. Desde los pasamanos y barandales aspillerados, hicieron sin cesar un fuego espantoso que mató muchos zuavos y consintió la salida de jefes que de otra manera habrían sido traspasados á bayonetazos. Subieron los franceses, y á la entrada de la escalera, á pecho descu-

bierto, hallaron á cuarenta mexicanos que mandaba un teniente. Más de quince minutos detuvo el pelotón á los doscientos ó cuatrocientos zuavos que bramaban de rabia, arrojándoles balas de fusil y granadas de mano; murieron muchos franceses y casi todos los mexicanos, y cuando quedaban apenas cuatro, sin oficial que les mandase, subieron los zuavos y acabaron con ellos á punta de bayoneta.

A lo largo del corredor había tendido Rosado á su gente. Llegaron furiosos los del fez y se precipitaron sobre los mexicanos, que les esperaban á pie firme. Fué lucha breve, pero tremenda; cien mexicanos mataron á tiros y bayonetazos á multitud de franceses; pero éstos eran tantos, que llenaban los corredores, henchían el edificio, y de arriba, de abajo y de todas partes fusilaban á los pocos que se resistían.

Rosado fué replegándose hacia el interior hasta que llegó á una crujía de cuartos, seguido de diez hombres. El único oficial que estaba á su lado era el subteniente Olivos, que consiguió introducirse tras de su coronel, merced á que dió muerte á un oficial que le seguía. Rosado, Miguel y los nueve muchachos, empezaron por colocar en la puerta todos los obstáculos que hallaron á la mano: piedras, sacos llenos de tierra, tres blandones, un retablo pintado, el cadáver de un francés y el de un mexicano. Antes de la crujía estaba un pasillo estrecho, y á él se

precipitaron los asaltantes ebrios de coraje. Llegaban casi hasta la puerta atrincherada, cuando les alejó una descarga que salió de los nueve fusiles y dos revólvers de los encerrados. Respondieron los otros con una granizada



de balas cónicas, que rompieron la puerta hasta dejarla como harnero; Miguel, encaramado sobre los sacos, estuvo haciendo blanco é hiriendo oficiales franceses, que se encontraban en gran mayoría entre aquella multitud; los otros tiradores también despacharon á muchos de los enemigos más cercanos. A cada momento se volvía más difícil sostener aquello, y tanto más cuanto los zuavos

habían traído ya vigas para hacer palanca, las cuales habían debilitado, aunque no deshecho la fortificación. Rosado gritó, en un momento que no era posible entenderse por el ruido de los balazos y de los juramentos de dentro y de fuera:

—¡Olivos, sosténgame esto tres minutos, y luego le substituyo!

El coronel se desnudó de medio cuerpo arriba, quitándose hasta la camisa, desató de la cintura un trapo tricolor que traía fajado y en el cual reconocieron todos la bandera que había flotado en lo alto del fuerte, la besó llenos los ojos de lágrimas, se envolvió con ella teniendo cuidado de dejar el águila junto al pecho, se volvió á vestir y salió de nuevo á la puerta; pero en ese instante un ruido ensordecedor y un impulso terrible que echó al suelo á los tres soldados que aun quedaban, derribó instantáneamente todas las defensas. Miguel estaba en lo alto del parapeto y descargó su pistola contra los enemigos, en el momento que un diluvio de balas le echaba al suelo herido de un brazo.

Todavía pretendieron los cinco héroes, animados por su coronel, salir al pasillo para morir matando; pero en aquel momento entraron como cincuenta hombres de muchos regimientos y batallones, aullando de satisfacción y de enojo, y tratando de acabar á los sitiados, que se figuraban fueran una compañía.

Cuando vieron tan poca gente, quedaron estupefactos; mas pronto salieron de su sorpresa al ver á un zuavo que tiraba un bayonetazo á uno de los soldados que habían resistido.

No habrían durado mucho, si un oficial viejo, con barba blanca é insignias de comandante, no les hubiera protegido con su cuerpo, gritando hasta desmorecerse:

— *Laissez-les; laissez-les; ces sont des vaillants...*

— Sois nuestros prisioneros, señores, añadió dirigiéndose á Octavio Rosado y á Miguel Caballero de los Olivos.

Ambos tendieron sus espadas, y el viejo les dijo inclinándose:

— Cuando se sabe defender así una espada, se la puede guardar siempre, cualesquiera que sean los reveses de la fortuna.

No fueron tan caballerosos los zuavos borrachos que estaban en los corredores, y que con la pipa entre los dientes y el ademán feroz, les ponían de *sales*, *sales bêtes*, *fripons* y *bandits* que no había más que pedir. Directamente se les condujo al cerro de San Juan, donde esperaban la decisión de Forey doscientos mexicanos de todas jerarquías.





CAPITULO XIII

Desde el Cautiverio

CONSENTÍAN los franceses la comunicación de sus prisioneros con la ciudad, siempre que se tratara de chicoleos amorosos, como los que Miguel mandaba diariamente á Eugenia; pero de seguro que no habrían permitido cartas como la que llevó un soldado que se evadió del campo de los sitiadores y en la que Miguel escribió cuanto deseaba contar de sus impresiones de cautivo. Miguel no sólo se dirigió á su mujer, sino que, como los pontífices, habló á la ciudad y al mundo, y escribió una epístola que se conservó por largo tiempo como uno de los documentos más sugestivos de la época.

Miguel decía así:

«Mis queridos todos: pueden hacer la cuenta de que he viajado muchos miles de leguas, puesto que he vivido

y vivo en el centro mismo de la Francia imperialista; no me crean, pues, tan incapaz y falto de experiencia como cuando me separé de ustedes, sino estén seguros de que he aprendido un poco y de que vale la pena de oirme. Un tonto, por el solo hecho de contar lo que ha visto, merece



El fuerte de San Javier, después de la rendición de la plaza
Reproducción directa de una fotografía

que se le escuche; pues ¿qué tanto interés merecerá lo que refiera quien, no siendo un zote, trata de cosas que á todos tocan de cerca? A mí me importa poco que San Pedro de Roma tenga vara más ó menos de las que dicen los viajeros, y no pierdo pie ni mano porque el Papa dé á besar la sandalia derecha como dijo uno, y no la izquierda como aseguró otro; pero sí me importa en grado sumo

investigar cómo me tratará y tratará á los míos el dominador que está á la puerta.

»Ante todo, y por lo que toca á mi persona, deben saber que como bien y engordo á ojos vistas: estos jamones son jamones, este vino es vino, esta carne es carne exquisita y suave; esto sí vale y no la cecina infecta, el frijol picado y el arvejón pedernalino que tenemos en la plaza; pero si nosotros somos bien tratados, los pobres *Juanes* apenas alcanzan las sobras de lo que comen los franceses, amén de unos cuantos granos de maíz que les reparten y que ellos rumían con la impasibilidad con que comerían trufas y beberían champaña, esto es, sin importarles nada y sin parecerles bien ni mal.

»Podrían ustedes creer que los franceses nos odian á muerte y desean acabarnos; quizás lo pretendan, ya que les servimos de estorbo, y que, queriéndolo ó no, les impedimos volver á su tierra; mas lo cierto es que empiezan por desconocernos y naturalmente, no nos aman ni nos aborrecen. Juárez es para ellos un indio bravo; los mexicanos un hato de salvajes; nuestro ejército una cáfila de ladrones sin disciplina y sin valor. Mucho han contribuído á ese resultado las picardías del gran Saligny, el amigo de tu madre, Eugenia mía; después del cinco de Mayo, de Acultzingo, de San Javier, de San Marcos y de Santa Inés, todavía sigue afirmando que él, con una compañía de cazadores de Africa, es capaz de llegar á México

y de conquistarlo. Por supuesto que nadie toma en cuenta sus tonterías, y que, ministro y todo del emperador, es mirado con un desprecio tan grande como merecido.

»El canalla está de nuevo en funciones, y digo que de nuevo, porque á poco de llegar le destituyó Forey poniendo en su lugar al comandante Billiard. Allí hubiera seguido el nuevo jefe del departamento de política si no le hubieran echado por sus tonterías, pues en poco tiempo trató de derrocar á Juárez, de substituirle con Alvarez, de poner en la presidencia á Comonfort y de hacer otras muchas cosas tan descabelladas como éstas. Acabó por cansar al jefe, que al fin volvió á Saligny los poderes de que le había despojado. *Pamuceno,* como saben ustedes, está más opacado que nunca. Su gobierno, su hacienda, su plan para acabar con los liberales, todo, se lo declaró nulo Forey, y el gran Almonte no ha tenido más remedio que apencar aceptando que le releguen entre las cajas de *parque* y los bultos de capotes, sin hacerle más aprecio que al último trasto que rueda por allí. ¡Suerte merecida para el bribón que no tuvo ni tiene honor ni dignidad, y que nos sacrificó á sus inmundas ambiciones!

»Ya se figurarán, sin que yo lo diga, que mi ángel salvador ha sido Chardon, mi prisionero del cinco de Mayo. No sé cómo logró reconocerme la tarde de San Javier, cuando llegaba yo sucio, ensangrentado, cubierto de lodo, tiznado de pólvora, sin saber á dónde me lleva-

ban y sin acordarme del subteniente de zuavos ni de Cristo que lo fundó. Cuando marchaba más distraído, sintiendo que me perforaban los miles de ojos que me asaeteaban las carnes, vi desprenderse de un grupo de oficiales á uno que se me dirigió resueltamente abrazándome y diciéndome cosas cariñosas en español: era el subteniente de zuavos, que me condujo á su lado, me presentó á sus camaradas, me agasajó y ha seguido procurando que nada me falte. ¡Dios le bendiga!

»Usted, Tirso, que se forja tantas ilusiones acerca de la amistad de los franceses y que habla con tantísima satisfacción del *ejército franco-mexicano,* debe saber que no hay aquí nadie más maltratado que los conservadores. Se les mira como unos bellacos, como unos traidores que han llamado á su patria la intervención francesa, vendiendo lo más caro que puede tener el hombre, que es la independencia del suelo natal. Noches pasadas nos reunimos á jugar en el alojamiento de Rosado casi todos los oficiales prisioneros. No tardaron en acercársenos oficiales franceses, y en menos que se lo cuento, se armó una timba muy animada. Al husmo de la ganancia se acercó un oficial de Márquez, luego otro y por fin el coronel Ortiz de la Peña, á quien usted llama el *vencedor de Taxco,* como si dijera el *vencedor de Austerlitz.* El vencedor de Taxco, por encima de las cabezas de todos y tratando de que no le viéramos, puso una onza á la camonina; pero como

notamos bien su movimiento, todos levantamos nuestras apuestas y el del monte guardó dinero y barajas. Un capitán de Estado mayor que estaba presente y que vió cuanto había ocurrido, dijo en buen español y en voz alta, para que le oyeran todos los presentes:

»—Tenéis mil veces razón; yo haría lo mismo, pues ese dinero debe de traer desgracia; es de los treinta en que estos Judas han vendido á ocho millones de hombres.—Y se retiró, procurando no tocar al indecente renegado.

»En cambio, á nosotros los liberales ya no nos miran como caníbales. Ayer me decía un oficial distinguidísimo y que asegura tener conexiones en esferas muy altas: «¡Qué triste guerra esta y qué dificultades va á traerle á Francia! Hemos venido á atacar á la parte vivaz y progresista del país, á la que sin disputa es la más fuerte y la más numerosa. ¡Y luego, apoyarnos para esa obra inicua en el partido muerto y fétido, y venir á combatir aquí contra el principio liberal que proclamamos en nuestra tierra!... ¡Pobre Francia, que podría desempeñar un papel tan hermoso en el mundo, si no estuviera maniatada por esta estúpida guerra!»

»Otro me decía: «El Emperador fué engañado; si hubiera tenido consejeros honrados y diplomáticos inteligentes á su servicio, os habría concedido el auxilio á vosotros, á fin de que acabarais con la clericalla estúpida y

con la podrida aristocracia mexicana; pero combatiros á los que tratáis de implantar los principios de la revolución, y aliarse con los que consideran criminales á quienes han establecido el registro civil, la separación entre la Iglesia y el Estado y la división de poderes, y que han logrado desposeer de sus bienes á los clérigos, es verdaderamente absurdo. Esto no es obra francesa, ni obra bonapartista, ni obra humanitaria.»

»Es tal el asombro que les ha causado nuestra actitud en Puebla, que para disculparse y para rebajarnos, han dado en la flor de decir que nuestras fortificaciones son obra de extranjeros, y que nuestras barricadas fueron hechas por republicanos franceses. Ustedes que conocen bien á Colombres, á Camacho, á Rodríguez, á Mariscal, á Troncoso y á todos los valientes muchachos que levantaron esas obras luchando contra las escaseces y las dificultades y contra la mala voluntad de una población hostil, comprenderán cuán necio resulta hablar de ayuda extranjera.

»Aquí han llamado la atención los tiros que han disparado nuestros artilleros, pues se figuraban los señoritos éstos que todavía estábamos en el tiempo en que nos aterrorizaba el detonar de un arma de fuego. El día que desde San Javier se introdujeron dos balas de cañón en el Cuartel general del cerro de San Juan, una en la propia habitación de Forey y otra en el patio en que los oficiales

de Estado mayor se solazaban tomando café á la hora de la siesta, subieron grandemente los bonos de México.

»También fué objeto de calurosos encomios la conducta de los rifleros del Norte, el día de la toma de San Javier, pues no saben explicarse los señores franceses cómo estuvieron haciendo fuego los de Treviño y Naranjo, sin que nadie pudiera darse cuenta de dónde salían los tiros, ni cómo los rifleros se escaparon matando gente, estando la fortaleza ya en poder de los invasores.

»Los días de los ataques, que todos conocemos por los preparativos que aquí se hacen, estamos con el alma en un hilo. La mañana de Santa Inés me figuré lo que pasaba al ver salir á cada rato batallones de zuavos y cazadores de Africa; pero como no podía tener noticias ningunas, me puse á rezar devotamente al viejo Sabaoth hebreo, pidiéndole el triunfo de nuestras armas. Rosado me vió hincado de rodillas y me hizo burla; pero cuando le expliqué por qué rezaba, se enterneció, me dió un abrazo y me dijo casi llorando: «Es usted un buen mexicano.»

»Pronto supe que mis plegarias (¿verdad, don Bernabé?) habían tenido buen éxito, pues vi llegar las innumerables camillas de heridos y muertos que recogieron los asaltantes. Por supuesto que esa muchedumbre anónima no ha sido la única en saber á qué saben las balas mexicanas.

»¿No han oído ustedes hablar de un valiente oficial,

capitán él, que la tarde del asalto á San Javier brincó al foso el primero, llevando un *fanion* tricolor y guiando á los zuavos á la lucha? Ese caballerito, que es alto, rubio y elegante, un figurín de elegancia, se llama el marqués de Gallifet, es ayudante de campo de Napoleón III y vino á traer á Forey algunos regalos emperadorescos y la seguridad confidencial de que tras de la toma de Puebla se le nombrará mariscal de Francia. El buen mozo andaba de rúa una tarde; se acercó á la manzana de San Marcos, donde en ese momento se batían, y un casco de granada que saltó, hirió al currutaco rompiéndole el abdomen y echándole fuera los intestinos... Y de Gallifet, muy terne y como quien nada hace, recogió el mondongo, lo puso dentro del quepis y se marchó á la ambulancia. No hubo hielo para curarle, no se le pudo coser la herida y tuvo que esperar tres días con las tripas á la vista. A pesar de eso va de alivio y dicen que muy pronto se levantará.

»No fué tan dichoso el general de Laumière, *le beau de Laumière,* jefe de la artillería, que resultó herido en la cabeza, sin que al principio se le diera importancia ninguna al caso, y que murió en medio de atroces dolores por haberle sobrevenido la meningitis.

»Tampoco fué afortunado el capitán Meunier, que hallándose dirigiendo trabajos de ingeniería, recibió una bala que le rompió la cadera derecha y le salió por la izquierda. La bala quizás ni le venía dirigida, pues

taladró una puerta antes de llegar á herirle. El desgraciado quedó insensible por el cloroformo; pero abrigaba la idea de que todo su mal consistía en el frío, de manera que si se le abrigaba bien lograría sanar. ¡Y tenía encima hasta tres decímetros de algodón en rama!

»También fué aquí muy deplorada la muerte del comandante Lamy, del 18.º de cazadores. Estaba destacado en Santiago y se le ocurrió ver el panorama de Puebla desde la torre de la iglesia. Allí permanecía en unión de otros oficiales, cuando cayó al suelo, diciendo: «¡Dios mío, estoy perdido!» La bala, que procedía del fusil de uno de nuestros rifleros del Norte, había destrozado el pecho de Lamy, que poco tiempo pudo sobrevivir á su herida.

»Capitán, comandante de artillería, sufrió en un brazo una lesión espantosa; los médicos le extrajeron del codo la bala que tenía incrustada y declararon que Capitán conseguiría salvar el miembro. Desgraciadamente le sobrevino la gangrena y el pobre oficial murió en medio de dolores atroces.

»Nada les digo de la herida del general Garnier, del 51.º de línea, que dió al principio mucho en que pensar al ejército, ni de las muertes y heridas de más de ciento cincuenta oficiales de lo mejor que trae Forey, ni de tantos descalabros que ha sufrido este ejército, acreedor á mejores destinos.

»Mas al mismo tiempo que sé un poco de lo que aquí acontece, ignoro cuanto sucede allá. ¿Qué fué lo del cuartel de San Marcos? ¿Qué pasó en la manzana de la Reja? ¿Cómo estuvo lo de Santa Inés? ¿Es cierto que en Guadalupita murieron las tres cuartas partes de los defensores? ¿Cómo dejaron tres días sin auxilio á los de la Plaza de Toros? ¿Por qué cayeron los redientes de Morelos? Aquí nos habló mucho un oficial prisionero, de las hazañas de Porfirio Díaz, de Manuel González, de Auza, de González Cosío y de otros muchísimos; pero nada sabemos en concreto. A ver, don Bernabé, cómo averigua usted esas cosas y me las comunica en una carta tan escrupulosa y *bien notada* como usted debe de escribirlas, ó cómo me prepara una narración muy completa y clara, teniéndola lista para cuando vuelva al lado de ustedes, que no será tarde.

»Como es natural, entre estos gabachos abundan los farolones que refieren primores acerca de sus hazañas. Se figuran que somos unos *tuaregs,* y nos miran con un desdén que unas veces causa risa y otras lástima. Un tal Laurent, meridional originario de Tarascon, ha escrito una cancioncilla que llama *Le boucher bleu,* ó sea *El carnicero azul.* ¿Quién es *el carnicero azul?* El cazador de Africa, el valiente que rehusa el fusil como arma de combate, y que cuenta nada más que con un sable afilado como navaja de afeitar—para herir mexicanos—y unos mostachos ru-

bios y una asesina caída de ojos—para conquistar mexicanas.

»He aquí el estribillo de la canción:

Alerte, alerte, prenez garde,
Pères, maris, car ce sont eux.
Fermez, car la niña regarde:
Voici venir les amants bleus.

»Este Laurent estaba contando el otro día una cantidad enorme de bolas y embustes. ¡Qué hazañas de los cazadores, qué gallardías de los zuavos, qué proezas de los de artillería, qué habilidad de los ingenieros y qué valor el de los cuerpos de línea! Refería con gran colorido la aprehensión de un tal Galland, teniente de zuavos, á quien cogieron en la línea de Llave. Galland, según aseguraba el Homero tarasconés, quedó preso como en una ratonera en un edificio que ocupaban los mexicanos. Se acercaron á la posición batallones y batallones, escuadrones y escuadrones, baterías y baterías, el Estado mayor de Ortega y casi todo el ejército, y comenzaron á hacer fuego contra aquellos muros impenetrables. De cuando en cuando aparecían el cañón de un fusil, la borla de un fez ó la punta de un sable, y salía una bala cónica que mataba á los más atrevidos si no los pasaba de parte á parte un sable filosísimo... Más de seis horas duró aquello, hasta que Galland respondió á la millonésima intimación de rendirse: «Bien

estaba; se entregarían, pero habían de conservar sus armas y sus municiones y de salir con todos los honores de la guerra; de otro modo, seguirían defendiéndose hasta la última extremidad, pues les sobraban elementos.» Ortega consintió en conceder todas aquellas cosas, pues ya eran varios cientos de mexicanos los que habían caído al fuego mortífero de los zuavos... Entonces se vió un espectáculo singular: salieron cuarenta titanes con el mostacho retorcido, la pipa entre los dientes, el fusil á la bandolera y el aspecto de reto y de desdén, mientras se alejaban con las orejas gachas los seis ó siete mil hombres que les habían sitiado, creyendo que combatían por lo menos á un número igual...

»¿Es posible esto? ¿No hay exageración de parte del andaluz-gabacho?

»Cuenta también que hace pocos días se hallaba un subteniente de zuavos haciendo su guardia de trinchera, cuando notó que le hacían señas con un pañuelo blanco desde un reducto mexicano. Ocurrió creyendo que se trataba de una rendición; mas ¡cuál sería su sorpresa cuando salieron tropas y cogieron preso al pobre muchacho!

»Entonces pasó, al decir del cazador de Africa, el siguiente diálogo:

—¿Qué deseabais al acercaros á la trinchera de nuestro fuerte?

— Deseaba saber qué significaban las señales que me hacíais.

— ¿Señales? Nadie os hacía señales; me parece que sois un espía que tiene por misión observar nuestras fortificaciones.

— Yo no soy espía ni tenéis derecho para llamarme así... Y antes de continuar: ¿quién sois, que andais vestido tan ridículamente?

— Tened la lengua, bellaco; soy Ghilardi, general al servicio del Gobierno mexicano.

— Soy más que vos: tengo el grado de subteniente del tercero de zuavos.

— Os voy á fusilar.

— No os atreveréis.

— Haced vuestras últimas disposiciones; escribid, si queréis, á vuestra familia.

— Ya le escribí por el paquete del quince.

— Os burláis...

— Con toda mi alma...

— Soltad ese cigarrillo...

— Cuando se me acabe; antes no, porque me costó tres sueldos: es de tabaco egipcio.

En esto, Ortega, sabedor de lo que pasa, va personalmente á salvar al muchacho de las manos del salvaje Ghilardi y le devuelve al campo francés.

Mas estas y otras leyendas no impiden que nuestra

actitud en Puebla les haya sorprendido y extrañado, y lo que es peor, producídoles muchos males. Tras las sucesivas derrotas que Porfirio Díaz les infligió en San Marcos, Forey en persona resolvió hacer lo que desde el principio debió haber hecho: inspeccionar personalmente las cuadras y convocar un consejo de generales para exponerle la situación. Ya saben ustedes el resultado del ataque: la retirada de los franceses.

»El resultado del consejo fué lo más curioso: el día siete de Abril se reunió la junta en el cuartel general del cerro de San Juan. Forey hizo presente que á causa de las pérdidas y descalabros de San Marcos, se debía abandonar la guerra de *islotes* (así llaman á las manzanas nuestros enemigos), debiendo más bien emprenderse el sitio del Carmen en particular, y emplearse para las cuadras el cañón y la mina. De perlas parece el plan á la mayor parte de los presentes, pero el coronel Lajaille, jefe interino de la artillería, advierte que falta pólvora para minas, pues la que hay apenas llegará á 600 kilogramos, y la artillería es muy deficiente, por lo cual se tiene que esperar la llegada del material de sitio que viene desde Veracruz.

»Entonces Forey propone como inspiración súbita, proveniente del genio de algún oficial de su Estado mayor, que se abandone Puebla, se fortifique Cholula, se transporte allí los heridos y se marche directamente sobre México.

»También este parecer fué acogido con entusiasmo. Los generales aseguraban que el descalabro que las tropas de Díaz habían causado á las francesas, tenía completamente desanimados á los soldados, de manera que *les hommes n'en voulaient plus*... El general Wolf, intendente general, demostró que la retirada equivalía á una tremenda derrota; que si se abandonaba el sitio, las ciudades todas, aun las más insignificantes, se convertirían en reductos inexpugnables; que si los mexicanos estaban hasta ahora vacilantes y sin resolverse por ningún extremo, al ver la falta de éxito de los franceses en Puebla, se pondrían al lado de Juárez, sin distinción de partido ni de credo político; que si se dejaba, como era necesario, bien fortificado y guarnecido Cholula, no habría tropas que oponer durante el camino hasta México, á quince mil valientes que saldrían de Puebla, y al ejército de Comonfort, que no dejaría de hostilizar la retaguardia hasta destruirla; que si México, como era natural, estaba defendido por un ejército competente, obligaría á los sitiadores, ya menguados en número y elementos, á levantar de nuevo el asedio, y así sucesivamente...

»El intendente concluyó su discurso refiriéndose á la derrota de San Marcos: «Sé desde hace mucho tiempo cómo los jefes ocultan sus desfallecimientos tras los que suponen en sus soldados, y cómo éstos gritan traición cuando echan pie atrás.»

»Sin embargo, el parecer de Forey fué aceptado por una gran mayoría, y eso cuando en la misma mañana al acompañar Forey el cadáver del guapo de Laumière, dijo con entonación de héroe de Corneille: «Tomaremos Puebla, ó todos, y yo el primero, quedaremos sepultados bajo sus muros.»

»Y ya que hablo de Forey, le presentaré tal como le pinta Chardon, que es habilísimo para estos retratos. Es un *troupier,* un sargentón que no carece de ánimo, pero sí de educación y de tacto. Ofende á sus subordinados queriendo ó sin quererlo, y después se olvida del disgusto que ha traído, aunque los vejados no lo echen en saco roto tan pronto como sería menester. En maniobras políticas es un chiquillo voluntarioso, y así como se ha quitado los dos alacranes de Saligny y Almonte, es capaz de sacudirse cuantos más le molesten un poco.



FOREY

»Dicen que es hombre culto, y aunque no hace profesión de literato, tiene gracia especial para decir versos.

»Le reprochan no ser á propósito para general en jefe, por más que sea un excelente general de infantería. Honrado y recto, nunca deja de transmitir á su soberano toda la verdad, aunque sea muy ingrata, por lo cual se cree que su favor durará poco.

»El coronel d'Auvergne, jefe de Estado mayor, es un excelente oficial, correcto, instruído, diligente, trabajador y honrado; mas de los muchos olores que podían haber llegado á sus narices, el de la pólvora es uno de los que han estado más distantes de ellas. Es más oficinista que guerrero, y por eso tiene empeño en ornar sus sienes con lauros conquistados en la milicia. Ejerce sobre Forey una influencia decisiva, al grado que aseguran que en el ejército no se da paso que no haya sido acordado en, con, por, sin, de d'Auvergne, poniéndose como muestra este caso, que si no es cierto, lo parece á todas luces. Un día, manejando d'Auvergne un caballo del país en las calles de Orizaba, no logró dominar á la bestia, cayó al suelo y le levantaron con una pierna rota en dos partes: era un dolor verle. Cuarenta días duró el hombre con la pata tirante, lleno de tablas y bizmas y sensible al menor movimiento; y el ejército francés duró cuarenta días con el arma al brazo, sin moverse un palmo, ni siquiera para perseguir á las gavillas liberales que le pasaban por enfrente á toda hora.

»Consolidó felizmente la fractura, d'Auvergne pudo

caminar con muletas, y el ejército comenzó su ascensión á las altiplanicies... Cuando el jefe del Estado mayor arrojó los palitroques y pudo andar con un bastoncillo, empezó el asedio de Puebla, y á los cinco meses, el día, hora y punto que el señor Coronel montó á caballo, se dieron los primeros asaltos á San Javier... ¿Verdad que son curiosas tantas coincidencias?

»Mirandol, jefe de la caballería, es chiquitín y debilucho, padece reumatismo, gota, lumbago, sufre de antiguas heridas y parece, en fin, la cuarta plana de los periódicos por la multitud de enfermedades incurables que anuncia. Le suben á caballo entre cuatro hombres, y los gritos y blasfemias que lanza son cosa de compasión; mas ya sobre la bestia, Mirandol se transforma, se electriza y guía la carga, acuchillando gente sin sentir dolores, sin acordarse de enfermedades, sin ver más que una masa en la cual se puede hender cráneos, dislocar brazos, marcar rostros y partir espaldas... Dicen que quedó una vez prisionero de los árabes, y que cuando le llevaban á presencia de Abd-el-Kader, se le atravesó en el camino uno de esos derviches medio locos, medio ebrios que abundan en Oriente.

— Cristiano, le dijo tendiendo la espingarda; confiesa que Dios es Dios y Mahoma es su profeta, ó mueres en seguida.

— Dios es Dios y Mahoma es un impostor: yo no creo

más que en Cristo. Y si quieres la prueba de que tu profeta nada vale, dispara tu fusil y verás cómo da higa.

»Apretó el gatillo el viejo, dió chispa la piedra, mas la pólvora no se inflamó, no salió la bala, y Mirandol continuó su camino satisfecho y respetado por los árabes, que le miraron de allí en adelante como un ser extraordinario y dotado de virtud para conseguir que la pólvora fuera tan indiferente al fuego como lo es la tierra de los caminos.

»Y así me ha descrito Chardon á Bazaine, buen general, pero falto de escrúpulos, mendaz, apasionado y envidioso; á Douay, correcto, valiente y honrado; á Berthier, bravo y serio; á Neigre, ordinariote y grosero; á Castagny, feo, ridículo, adulador y pícaro; á Viala, ordenancista furibundo y calculador muy inteligente, y á otros muchos menos importantes que los citados...

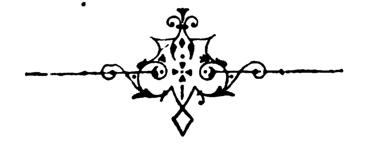
»Excusado me parece referir que los franceses están provistos de toda suerte de mantenimientos. ¿Cómo, me dirán ustedes, cuando de autos consta, según dice el amigo Tirso, que se destrozaron sementeras y se inutilizaron molinos quitándoles las piezas más importantes?

»La cosa ha sido muy sencilla: el Intendente general ha enviado á sus gentes á las haciendas, éstas han contratado reses, granos y hasta cosas más finas con los hacendados y sus administradores, que han recibido en buen dinero el valor de los géneros; luego y también previo

acuerdo, se han presentado los franceses con el acero en la mano y la blasfemia en la boca á reclamar lo comprado, pero haciendo creer que se lo llevaban á la fuerza. Así han quedado bien con los franceses, con los liberales y con su bolsillo, que es la glándula pineal de los ricos mexicanos... y de todas partes.

»Creo que no tardaremos en ser canjeados por prisioneros franceses y que entonces podré dar á cada uno de mis amigos el abrazo que hoy les envío con mi cariño de siempre.

MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS.»





General D. Porfirio Díaz

en la época de los acontecimientos



CAPITULO XIV

San Marcos

EL general Porfirio Díaz acababa de cumplir treinta y dos años: eran aquellos los tiempos en que temprano se podía cultivar y recoger el laurel, porque el aire y el terreno eran favorables para la planta heroica; eran los tiempos en que había presidentes de la República de edad de treinta años y generales victoriosos de veintisiete.

Porfirio era delgado, moreno, pálido, de ojos negros, de cabello negro, serio, callado, circunspecto, siempre lleno de calma y siempre dueño de sí. Parecía el *triste Chactas* de la leyenda chateaubrianesca; mas no era, como aquél, un enamorado melancólico, sino un meditabundo, un reflexivo, un introinspeccionador que veía también todo lo de fuera. Mas si se contemplaban aquellos ojos, que leían el pensamiento ajeno como si fuera el propio; cuando

tras aquella mirada melancólica y tranquila se hallaba el sello peculiar del hombre de voluntad resuelta y firme; cuando se le veía andar con pasos tácitos y seguros, de felino cazador; cuando se notaba que bajo una debilidad aparente había un organismo atlético, rudamente aplicado á la lucha, al ejercicio y á la marcha, se comprendía por qué aquel hombre tenía tamaña influencia entre los suyos.

Pancho Caballero de los Olivos llegó á Puebla tal día como el diez y seis de Marzo, é inmediatamente preguntó por el alojamiento de Díaz, cuya leyenda había hechizado á Olivos cuando todavía era un niño.

—En la calle de Cholula le halla usted de fijo, le dijeron.

Y allá se marchó, llegando al cuartel de los oaxaqueños entre dos y tres de la tarde. El jefe acababa de echar una *ceja* de unos cuantos minutos, pues no descansaba cada día arriba de dos horas. Cuando le anunciaron al soldadito, pensó divertirse un poco á su costa, pues alguien le había dicho que llegaba el chico con el deseo de formar entre los bravos oaxaqueños que mandaba el héroe de Jalatlaco.

—Me han dicho, empezó el General, que quiere usted hablarme. ¿Qué desea usted?

—Quiero entrar á formar parte de algún cuerpo de Oaxaca.

— Es atrevida la pretensión de usted; los oaxaqueños son hombres hechos y templados en el fuego y las fatigas. Usted ¿qué sabe hacer?

— Sé escribir con muy buena letra.

— Ignoro si tendrá noticia de que á los franceses se les combate con sables de acero y no con plumas de ganso.

— Sé hablar el francés.

— Ya es un poco más.

— Sé batirme como un hombre.

— Es mucho más, aunque no lo parezca. ¿Qué edad tiene usted?

— Cuando tome el fusil, seré mayor de edad... Le pido á usted, mi General, que me ponga en primera fila en el próximo ataque... La Patria necesita de todos sus hijos, aunque no tengan los años que marca la ley.

— Pues se explica usted, chiquillo. Pase como sargento al segundo batallón de Oaxaca.

— Gracias, mi General.

Y desde ese día Paco quedó á las órdenes de Díaz, considerándose tan lleno de honra como si le hubieran dado una paría de Inglaterra.

— Soy de los de Porfirio, decía, y se llenaba la boca como si contara que le querían todas las muchachas bonitas del orbe.

Quizás era demasiado para el niño soldado el espectáculo de Puebla en aquellos días terribles. Las calles des-

embaldosadas, las casas solas, los jardines arrasados, las iglesias convertidas en fortalezas y los vecinos ausentes, daban á la ciudad aspecto de tristeza, de abandono y al mismo tiempo, de exaltación heroica, de hermosa altivez y de deseo del sacrificio. Contar los valientes que hubo en aquellos tiempos, sería imposible; más fácil habría sido contar á los cobardes y citarles por sus nombres: tan natural era el valor, tan ordinario, tan de todos los días y de todas las horas, que apenas llamaban la atención los heroísmos, las proezas altísimas y los hechos asombrosos. Existe el contagio del valor como existe el contagio del miedo, y en Puebla había prurito de despreciar la vida, emulación nobilísima de ser más sereno que el vecino y verdadera y franca alegría al burlarse de los riesgos. Si valiera la frase, diría que una inmensa borrachera de patriotismo, de amor á la gloria y de amor á la vida libre y amplia, había invadido á los habitantes de Puebla: el vino había tocado á unos en proporción mayor que á otros, pero nadie se había escapado de beber algunos sorbos de aquel mágico elixir.

Los relevos de las guardias de trincheras se hacían frente á frente y á unos cuantos metros de distancia del parapeto francés; pero mientras los enemigos se embarraban á la pared y agazapándose en el suelo tomaban posesión de sus puestos, los mexicanos iban enhiestos y firmes y hacían el relevo en medio de las balas, como si lo

hubieran hecho bajo una llovizna que no llegara á importunarles.

Tras de la toma de San Javier empezó la verdadera guerra, la guerra de manzanas, de cuadras, de casas, de cuartos y de rincones. Habían tomado los franceses tal manzana; pero todavía quedaba en poder de los nuestros una cuadra con cuatro casas; se había tomado la casa, pero la recámara, ó el comedor, ó la sala eran de tal ó cual batallón de Zacatecas ó de Guanajuato, y ganarlos costaba á los franceses cincuenta ó cien hombres.

La táctica era curiosa. Si se presentaban los franceses, se les fusilaba por todas las aberturas, se derrumbaba sobre ellos muros y escaleras, se les arrojaba vigas de los techos, azulejos y trastos de las cocinas. El carrillo del pozo servía para romperle la cabeza á un zuavo más atrevido que los otros; las almenas que coronaban una construcción de estilo herreriano caían sobre el pelotón que se había detenido á la vera de la casa á encender las pipas, creyendo el punto rendido y á favor de los invasores...

Y lo más bello era que quienes luchaban en gallardías eran los mismos que dos años antes se habían destrozado por los fueros y por la libertad. Una buena parte de los oficiales encerrados en Puebla era de conservadores; pero ni hablaban jota de religión ni de privilegios, ni sus contrarios mencionaban la abolición de conventos ni la Reforma:

sólo un ideal se versaba en aquellos días de sincero entusiasmo y de nobilísima competencia: el ideal de patria libre y una, mandada por sus hijos y hecha grande por ellos. Ni un disgusto, ni una disputa, ni una sola enemistad brotaron durante el sitio entre quienes, antes de él, se habían puesto de mochos, retrógrados, hacheros, impíos, tagarnos, religioneros y otros motes, que no había por dónde cogerles.

Pero desgraciadamente no todos los conservadores eran como un joven coronel que Francisco vió presentarse á Porfirio en los primeros días del asedio. Era de complexión atlética, de mirada aquilina, de barba espesa y de ademán osado y emprendedor. Llegó un día ante el joven General y le dijo con entereza: «Cuando todavía no empezaban las operaciones del sitio, supliqué á usted agenciara el reconocimiento de mi grado por el Gobierno juarista; ahora que el enemigo está al frente, no quiero que me reconozcan jerarquía ninguna, sino la de mexicano: déme usted un fusil y déjeme combatir á su lado, que es lo único con que me contento.»

Pasados unos días se ofreció un reconocimiento al campo enemigo. Díaz, que había aplazado al impetuoso conservador, aprovechó la ocasión para enviarle al puesto más brillante y de más peligro, y como González Ortega hubiera presenciado el trance, preguntó con interés:

—Porfirio, ¿quién es ese oficial que no conozco y que tan bien se ha portado?

—Señor, es el teniente coronel Manuel González, el



General D. Manuel González

oficial conservador en favor de quien hablé á usted en días pasados.

—Pues déle usted á reconocer, ordenó á Mendoza, como coronel y jefe del Estado mayor del general Díaz.

—Doy á usted las gracias, mi General, y le suplico me permita presentarle á mi amigo.

Volvía González encendido el rostro, brillantes los ojos y lleno de noble ardor, cuando pasó cerca del Cuartel general; le presentó Porfirio, y Ortega le hizo el agasajo que merecía su valentía. Contestó González con pocas palabras, y cuando se alejaba, Ortega, que tenía la memoria pronta (y otras muchas cosas) de los grandes capitanes, dijo á Porfirio:

— Ya le conocía; le vi por primera y única vez la mañana de la batalla de Calpulálpam: llegaba herido en ancas del caballo de un oficial, y al verle pálido y tembloroso se me ocurrió decir: «Denle una copa de aguardiente á ese muchacho, que si no, se muere del miedo.» — «Señor, me respondió con esa cara feroz que ustedes le ven, estoy pálido por la sangre que he perdido, no por miedo.» Es un valiente; se le conoce.

Llevaban ya los de Porfirio más de quince días encerrados en sus cuarteles, y á Francisco no se le cocía el pan figurándose que los altos hechos, las grandes hazañas y los heroicos impulsos los estaban realizando los otros con mengua y desdoro de su persona. Ya se figuraba que los franceses levantarían el sitio sin que él pudiera conquistar siquiera un grado, pues el que poseía era *de dedo;* ya creía que había una oculta y tenaz conspiración para arruinar á Porfirio; ya miraba con solapada y sorda envidia á Smith, á Rosado, á Sánchez Ochoa, á Troncoso y á todos los defensores de San Javier.

Pero sus dudas cesaron el primero de Abril, que al pasar Ortega por la plaza de San José, llamó al General y le mandó, según después se supo:

— Porfirio, nos están minando San Marcos; váyase con su brigada á sostener aquello, pues Escobedo ya necesita que le releven; lleva cuatro días sin salir de allí.

Quiso el diablo que, cabalmente á la hora en que el relevo se hacía, un tunante llamado Pablo Zamacona, abandonara el Hospicio á causa de que *llegaban muchos zuavos;* con lo cual el General se encontró con grandes dificultades para atender su línea, interrumpida por el *islote* de casas capturadas.

Comenzó Díaz por reconocer las manzanas que le habían tocado, y encomendó á un oficial que investigara si era nuestra ó de los enemigos una cuadra que no daba señales de vida. Pancho Olivos era de la partida.

Introdujéronse por un agujero de los que tenían las casas ocupadas y buscaron manera de orientarse en aquel dédalo. ¡Qué confusión y qué maremagnum! ni un loco podía haber imaginado contrastes tan raros como los que allí se miraban. Una cocina que todavía guardaba los clavos del tinajero que afectaba figuras simétricas, colindaba por el pretil tiznado y destilando pringue, con la sala de la casa inmediata, en la que lucían aún jirones de colgaduras, trozos de artesonado, columnas pintadas al temple y un retrato de caballero con peluquín, som-

brero de medio queso y cañuto en la mano; seguía un cuartucho chiquitín, vecino de un salón grande como la cuadra de un cuartel y que dejaba penetrar la luz por un agujero en que faltaban dos vigas del techo; y así fueron recorriendo casas y casas, encontrando armarios con ropa, muebles de lujo, frascos, utensilios de cocina, un sombrero de copa, un fez de zuavo, una media de seda y al fin vislumbraron una hoguera y á su derredor á muchos soldados que cocían su pitanza. Eran los de Zamacona que no habían sido relevados, que no tenían jefes y que no habrían podido defender el punto si á los franceses se les hubiera venido en gana tomarlo.

Durante toda la noche no se inició ningún ataque, así es que Porfirio tuvo tiempo de perfeccionar los trabajos de fortificación de su línea y de enterarse bien de la disposición interior de las manzanas.

Porque esto de la disposición de las manzanas no era moco de pavo. Se dejaba la pared exterior, la cáscara, por decirlo así, de la construcción; se derribaba en seguida toda la nave del frente, rellenando con escombros, puertas, barandales, muebles, vigas y cascote las piezas más honradas de cada casa, esto es, las que hacen papel de salas, recámaras matrimoniales y otros menesteres, y tienen vista á la calle. Siguen en todas las casas á esta primera serie de habitaciones, patios y corredores que se llenaban de fosos y cortaduras, viniendo luego la zona de

los comedores y cuartos fronteros, que se aspilleraban y fortificaban como para resistir un sitio especial en cada casa y en cada manzana. Formadas así dos líneas continuas de defensa, el interior de la manzana se desfiguraba tapiando las puertas y abriendo en caprichosos zigs-zags, conductos buenos para que pasaran ardillas, no para que se deslizaran hombres. Y solía suceder que, á pesar de las flechas que se ponían indicando los caminos, los soldados se perdieran en aquellos laberintos sin poder atinar con la salida.

Pasó el 2 de Abril en tremenda expectación. Pancho veía desde su punto la acera de enfrente plana y sin accidentes, pues habían desaparecido puertas y ventanas, rejas y balcones, quedando sólo la muestra del revoque recién aplicado, y las cicatrices y costurones que habían hecho en el muro la metralla y las balas. Nadie asomaba la cabeza por las azoteas, nadie pasaba por la calle desembaldosada, lodosa, sucia, ensangrentada y fétida. Había tirados en la calle tiestos rotos, azulejos que se habían llevado consigo parte de la argamasa de la construcción, trapos de colores que se habían hundido en el fango y mostraban sólo rastros de su primitivo matiz, vidrios rotos, restos de cerraduras, cáscaras de fruta... y cadáveres humanos.

Había zuavos rubios que mostraban restos del uniforme, indios que conservaban en la muerte su aspecto

resignado é insconsciente, un charro que tenía abiertos y despavoridos los ojos y que miraba al cielo con ademán de espanto, una vieja desnuda que mostraba al aire las carnes morenas y flácidas, y un chiquitín que había recibido un tiro en la boca, con destrozo de la barba y de los dientes. Los cadáveres estaban denegridos, cárdenos, verdosos, hinchados, á veces sin un jirón de ropa, á veces con harapos irrisorios que hacían aparecer más horrible la muerte; una banda que indicaba graduación, una charretera de oro que yacía enterrada en el fango, ó un trozo de seda destruída y sin brillo... Las larvas habían empezado á hacer presa de aquellos cadáveres: por el estómago, por los ojos, por las narices, por la boca, salían los gusanos blancos ó negros en enjambre, en ejército, en legión, devorando los restos fétidos y asquerosos. Y ¡ay del Tobías que hubiera querido enterrar á los muertos! No habría durado un minuto, pues le habrían acribillado los tiros de los argelinos.

Horrorizábase Pancho ante aquel espectáculo, cuando vió llegar á la deshilada una serie de perros de orejas gachas y andar tímido que se acercaban olfateando los cadáveres, y á éste le arrancan una mano que se desprendía al solo impulso del hocico del can, á aquél le arrebatan la nariz y al de más allá le comen una mejilla. Los soldados hicieron una descarga y ahuyentaron por un momento á aquellos monstruos; pero ellos volvían á la

carga recatándose en las paredes, ocultándose en los escombros y caminando con pasos de quien espía y observa.

Mas urgía reforzar la fortificación de la manzana de San Marcos, que, según creía el jefe, iba á ser la primera atacada, y Pancho se aplicó á aglomerar piedras, sacos llenos de tierra, muebles y losas, sobre todo en las puertas y ventanas. A las seis de la tarde empezaron á oir golpes que indicaban se estaba minando el terreno: se colocaron en el suelo tambores con los parches bien restirados y cubiertos de arvejones, pero no llegaron á resonar denunciando que hubiera horadación interior.

— Es en la acera de enfrente, en el Hospicio, advirtió el General que en ese instante llegó, después de haber hecho la ronda de las manzanas.

Y en efecto, á las ocho de la noche comenzó un cañoneo espantoso, que semejaba el día del juicio. Los de dentro contestaron por los propios consonantes; pero la artillería francesa era muy poderosa y consiguió derribar el intervalo entre dos puertas de una tienda y echar abajo aquéllas, de manera que quedó abierta una enorme brecha. Mas apenas se atrevieron los primeros zuavos á intentar la hazaña, y conocieron que todavía el hueso estaba duro de roer: una granizada de proyectiles les causó muchas bajas, y cayó sobre ellos una serie de capiteles y de columnas, de piedras y de ladrillos, de trozos de ma-

carga recatándose en las paredes, ocultándose en los escombros y caminando con pasos de quien espía y observa.

Mas urgía reforzar la fortificación de la manzana de San Marcos, que, según creía el jefe, iba á ser la primera atacada, y Pancho se aplicó á aglomerar piedras, sacos llenos de tierra, muebles y losas, sobre todo en las puertas y ventanas. A las seis de la tarde empezaron á oir golpes que indicaban se estaba minando el terreno: se colocaron en el suelo tambores con los parches bien restirados y cubiertos de arvejones, pero no llegaron á resonar denunciando que hubiera horadación interior.

— Es en la acera de enfrente, en el Hospicio, advirtió el General que en ese instante llegó, después de haber hecho la ronda de las manzanas.

Y en efecto, á las ocho de la noche comenzó un cañoneo espantoso, que semejaba el día del juicio. Los de dentro contestaron por los propios consonantes; pero la artillería francesa era muy poderosa y consiguió derribar el intervalo entre dos puertas de una tienda y echar abajo aquéllas, de manera que quedó abierta una enorme brecha. Mas apenas se atrevieron los primeros zuavos á intentar la hazaña, y conocieron que todavía el hueso estaba duro de roer: una granizada de proyectiles les causó muchas bajas, y cayó sobre ellos una serie de capiteles y de columnas, de piedras y de ladrillos, de trozos de ma-

dera y de pretil, de tal manera que no tuvieron más remedio que volver grupas por si acaso podían tomar el punto más reforzados...

A poco volvieron á lanzarse al asalto por la misma brecha que había abierto su artillería. Francisco vió penetrar una avalancha de hombres rojos, azules, blancos y negros; vió muchas armas (fusiles ó espadas, no habría sabido decirlo) que rompían la nube de humo que llenaba el espacio caldeado por tanto fuego propio y extraño, y vió al jefe que bajaba hasta el patio invadido ya por la canalla. Tras de Porfirio bajó Caballero; mas por mucha que fuera la diligencia de ambos, no pudo ser tanta que lograran llegar abajo antes de que los soldados mexicanos salieran en montón, atropellándose, golpeándose y hasta hiriéndose y matándose, por la abertura de la pared del fondo. Ya llegaban los enemigos al centro del patio, cuando Porfirio vió abandonado el obús que había dispuesto se colocara allí. Con inspiración repentina haló la piola, salió el tiro y la turba, que ya entraba victoriosa, retrocedió espantada hacia el boquete de salida.

Repuestos un poco del susto, los franceses volvieron á la empresa; y mientras el General cargaba de nuevo el obús, un zuavo gigantesco se dirigió á Francisco blandiendo el enorme chafarote. Al ver Díaz comprometido á su compañero, sacó la pistola; pero en la refriega el arma se había desarticulado, quedándose el cañón en la

funda, rodando por el suelo el cilindro y cogiendo el General tan sólo el puño, que arrojó al pecho del zuavo á guisa de proyectil. Debe de haber creído el gigantón que le habían herido, porque corrió amedrentado, y aunque después quiso volver, no lo logró porque los suyos estaban muy distantes de los mexicanos, y éstos, que al principio habían huído, se encontraban ya recuperados y volvían á la defensa haciendo fuego sobre los ocupantes del patio.

Los gabachos estaban metidos en un agujero que se había abierto en el suelo para reforzar la fortificación, y empezaron á combatir á los de Porfirio, que estaban á descubierto; pero pronto un teniente llamado Carbó, acompañado de cincuenta hombres, rompió fuego nutrido desde la azotea y no tardaron los franceses en repasar la calle perseguidos por los tiros de los nuestros.

Reponer la obra de terracería destruída por los franceses fué cosa larga y que costó mucha gente: tenía que hacerse á la vista del enemigo y bajo sus fuegos certeros; mas á cosa de las doce llegó jadeante un soldado y avisó al jefe que estaban atacando la línea en la calle de las Cabecitas, defendida por Balcázar.

Fuése Paco tras de Porfirio que salió á toda prisa, acompañado de unos cuantos amigos, y el muchacho quedó espantado al ver el espectáculo y al oir el estruendo con que les recibían: iluminaban todo el espacio que se podía abarcar con los ojos, innumerables disparos de rifle y de

cañón, que salían de grietas ocultas, de respiraderos desconocidos, de aspilleras que era imposible encontrar; el fulgor cárdeno, rojizo á veces, nunca intermitente, era aumentado por el estallar de las bombas que salían de San Javier y de la Plaza de toros, y que después de cuchichear un rato lanzando chispas azulosas, estallaban al fin con un ruido que parecía como si el universo entero fuera á desquiciarse. Cuando llegaron Díaz y sus acompañantes, la casa atacada estaba á punto de perderse: ya se hallaban en el interior muchos franceses y hubo que abrirse paso machete y pistola en mano, matando á un tagarote barbudo y ya viejo, á un muchacho de buena estampa que disparó su Lefaucheux sobre Díaz, herir á varios y pasar sobre cadáveres y escombros hasta llegar al fondo de un patinillo largo y angosto, que parecía la esperanza de un pobre.

¡Quién sabe cómo tendrían noticia los defensores de que quien llegaba era Porfirio, pues á pesar de hallarse en lo más espantoso de la refriega, cuando el plomo y el fuego llovían por todas partes, se sintieron reconfortados y empezaron á gritar: ¡Viva Porfirio! ¡Viva Oaxaca! ¡Ahora sí se hizo la chica!

El patinejo, que se mostraba tardío y receloso al acercarse al zaguán, se estrechaba al penetrar al interior, como si quisiera ahuyentar á cuantos llegaran. Tras la *cerbatana,* como se llamaba á aquella incómoda arteria,

seguía un pasadizo que claramente decía: «No pases», y hasta allí consiguió llegar el jefe embarrándose contra las paredes y seguido de unos pocos. Acompañábale un licenciado joven, auditor de no sé cuál división, y ambos, en menos tiempo del que se emplea para decirlo, cogieron



El Mesón de los Nobles Varones (de la línea del General Díaz), después de la rendición de la plaza.
Reproducción directa de una fotografía

un mostrador viejo, una mesa, varios taburetes y muchos palos inútiles y á toda prisa formaron una barricada desde donde empezaron á hacer fuego. Quien viera de ordinario al General calmado, tranquilo, suave y sereno, no le habría reconocido transfigurado por el *demon* interior que le hacía comprender que en su actitud estribaba la suerte de muchas gentes y quizás la de la plaza. Tenía

el cabello hirsuto, cetrina la tez, la mirada vaga, pero rebosante de brío, de fuerza y de valor, y los músculos todos dispuestos á entrar en acción, como si fueran ruedas de una máquina recién fabricada y siempre en corriente. A un mismo tiempo ordenaba como jefe, se batía como soldado, levantaba fardos como jayán y ocultándose, haciendo fuego, mandando y ayudando á aglomerar obstáculos, parecía un ser uno y múltiple que tuviera el poder de desarrollar las energías de muchas existencias.

—Sargento, dijo á Francisco con una voz tremenda que el muchacho no conocía, sargento... y se interrumpió para disparar el fusil y contestar á gritos á alguien que le preguntaba no sé qué: usted me responde del segundo patio...

Pancho colocó á su gente, y como pudo siguió batiéndose hasta que sintió que los franceses estaban ya, como quien dice, á su lado; pero aún faltaba la cola por desollar: de las azoteas se fusilaba á los franceses, del fondo del patio hacían llover los soldados del sargento miles de proyectiles y en los cuartos del primer corredor ensayaban resistencia terrible unos zapadores que habían quedado encerrados allí.

Los gabachos rugían de rabia y se exponían más de lo que la prudencia aconsejaba y de lo que ellos solían al atacar á los que les causaban tanto daño. Comprendiendo que los zapadores encerrados en las piezas que enfilaban

el patio eran los más débiles, allí dirigieron de preferencia sus fuegos. Contestaban los otros con brío, pero á lo mejor cesaron los tiros casi del todo.

— O están muertos, ó se les agotaron las municiones, exclamó el jefe, y con la pica en la mano empezó á abrir un agujero en la pared.

Los encerrados, que comprendieron que se trataba de auxiliarles, siguieron trabajando con positiva furia para alcanzar á los que se acercaban, y rascando aun con las manos, ampliaron el agujero hasta que los del pasadizo pudieron ver una cara morena, empolvada, con los cabellos tapándole los ojos y que contestó á las preguntas del General:

— Entoavía semos quince, y como quera, como quera les hacemos juego una hora... No más manden *parque.*

Ya estaba allí el licenciado Castellanos con varios tenates de *parque* y los hizo pasar por el agujero. En aquel instante los franchutes apretaban á los encerrados; mas como éstos ya tenían municiones, pudieron responder debidamente y sin fatiga. Entretanto, los de la azotea contaban ya con granadas de mano, y echaron dos de una vez causando una alarma y un daño espantosos entre los franceses. Vino otra granada y un zuavo quiso apagarla: apenas había tocado la espoleta, cuando reventaba el terrible ingenio destrozando al temerario... Los del pasadizo vieron un fulgor que cegaba, pedazos de calzón rojo

volando por el aire y luego á los enemigos que se replegaban en la pared y que corrían á guarecerse al zaguán.

Porfirio, seguido de sus pocos soldados, salió tras ellos; salieron también los zapadores, y en un momento, metiendo en vientres y costillares el sable y la bayoneta hasta mojarse los dedos, echaron á los zuavos de la casa.

En esos momentos, la rosada aurora se asomaba por las puertas del oriente, se maravillaba de ver tantos muertos, tanta sangre y tantos escombros, y hasta parecía como si el menudo aljófar que dejaba en los campos fuera el llanto del cielo que se dolía de que así se destrozara la tierra, que es tan hermosa, y así se ultrajara la vida, que es tan corta y tan frágil.

— Sargento, dijo Porfirio á Olivos, váyase á descansar un rato, que pronto tendremos frasca: se ha ganado usted un ratito de sueño.

— ¿Y usted, mi General?

— Yo voy á continuar mi tarea; todavía me queda mucho que hacer.

Cuando Pancho se levantó y volvió á su punto, halló á todos sus compañeros alborozados y satisfechos.

— Salud, subteniente...

— Va muy de prisa, amigo Olivos.

— Se explica el niño; diez y seis años y ya se rapa su gradito como un caballero.

— En la orden de hoy há salido: se suplica al Cuartel

general que le otorgue el grado inmediato, en gracia de su comportamiento de anoche.

— Muchas gracias, muchas gracias; pero díganme qué fué ese cañoneo que me despertó del sueño más sabroso de mi vida.

— ¡Feliz mortal! Casi nada; que los franceses abrieron un boquete que mala la comparación, parece la nave del centro de la catedral; que cuando quisieron dar el asalto se les vino abajo el techo de los cuartos en que habían colocado su artillería, y que tuvieron que retirarse... Manuel González, que es muy hombre, quiso sacar los cañones enterrados; pero los malditos gabachos hacían tal fuego, que resultó imposible remover las piezas...

Algo más habían hablado aquellos noveleros, cuando un cabo, que llegó pálido y temblbroso, les llamó á gritos:

— ¡Los franceses... aquí, atacando la misma brecha; ya se meten!...

Corrían todos á sus puestos, cuando les hizo retroceder un estruendo como no lo habían oído nunca; y el viento formidable y la inmensa cantidad de tierra y de caliche que precedieron al trueno, les incapacitaron para darse cuenta de nada.

— ¡Se viene abajo la manzana!

— ¡Una mina!

— ¡Reventó una mina!

— ¡De seguro murió el General!

— ¡Malditos sean los gabachos!

— ¡Bandidos, infames!

Pero cuando más invectivas dirigían á los invasores, oyeron sonar la diana alegre, jacarandosa, llena de toda la confianza y el vigor en que abundaban los sitiados. Alguien que se alejó un momento del grupo, volvió con la nueva:

— Los zuavos huyendo; van á la desbandada y corren á encerrarse en el Hospicio.

— ¿Y ese ruido?

— Cosas del jefe. ¿Se acuerdan ustedes de aquel techo de bóveda que ayer quedó firme? Pues Porfirio mandó abrir en él diez claraboyas, dispuso que en cada una se colocara un soldado con cuatro granadas y que las granadas se juntaran con una mecha; que á la hora que entraran los contrarios se hiciera estallar el mecanismo y... ya ven: han reventado las cuarenta granadas con un estrépito endiablado, y los gabachos han corrido dejando una barbaridad de heridos y prisioneros, y diciendo: «No más Porfirio.»

— ¡Qué gracioso!

— ¡Qué bien pensado!

— Esos son *tompeates*.

Y se retiraron á celebrar el triunfo.



CAPITULO XV

Sangre y fuego

QUIÉN se acordaba en aquellos días de la Semana Santa con sus inefables misterios, de las procesiones, del ascua de oro de los templos y de la devoción de los poblanos? Nadie, ni siquiera el propio Sedeño, que vivía en medio del dolor y el aislamiento más espantosos, afligido... ¿de que los franceses destrozaran á Puebla? No; de que los mexicanos tozudos les resistieran.

El Martes Santo empezaron los tremendos ataques contra San Agustín, y el Viernes se quemó la iglesia con riesgo inminente de toda la ciudad... Pero vamos con orden, para no anticipar los acontecimientos.

La fortificación de San Agustín era una de las más terribles de las que en aquellos días se hicieron. Se había levantado una gran trinchera en la pared exterior del con-

vento, se había derribado las dos largas hileras de casas que formaban los costados de la iglesia y la huerta, rellenando los huecos en la forma que está dicho donde más largamente se contiene, y se había aspillerado todas las paredes interiores y exteriores. Si á esto se añadía las minas habilísimamente preparadas que llenaban el interior del templo y la triple hilera de fogatas que se hallaba en el patio, se comprenderá cuán formidables eran los preparativos.

Las fogatas son grandes agujeros hechos en tierra, con una inclinación de cuarenta y cinco grados y en la dirección que se presume ha de entrar el enemigo. Los hoyos abiertos en San Agustín se revistieron con las campanas que de esa y de las demás iglesias mandó bajar el teniente coronel Troncoso, y se colocó en el fondo de cada oquedad una caja llena de pólvora y comunicada con el exterior por medio de una mecha encerrada en cañones de fusil: el resto se llenó con piedras enormes, que debían salir á la hora que se prendiera fuego á la mecha.

Francisco Olivos tuvo ocasión de tomar parte en la defensa de San Agustín, dirigida por Luis Terán y Porfirio Díaz. Dueño el enemigo de las manzanas que le habían abandonado los mexicanos, porque consideraban inútil defenderlas, reconcentró sus fuegos sobre San Agustín. Frente á la gran trinchera del patio había una manzana chica y angosta, que por favor del cielo (pues no



San Agustín, después de la rendición de la plaza

Reproducción directa de una fotografía

consistió su fortaleza en obra humana) resistió innumerables cañonazos hasta quedar hecha una criba, mas sin venir á tierra. Al fin cayó esa defensa insignificante en manos de los franceses y ya pudieron atacar con relativo desembarazo la trinchera. Más de doscientos cañonazos debe de haberles costado romper aquella masa, deleznable al parecer, pero en realidad resistente como pocas materias lo habrían sido. Al fin se abrió la brecha, y por sobre el montón de escombros los zuavos treparon al asalto... Ya estaban arriba, ya cien ó ciento cincuenta de entre ellos coronaban el parapeto, ya era tiempo de hacer fuego: el cañón situado en los contrafuertes de la iglesia empezó á hablar con aquella su voz soberana, barriendo con su ímpetu cuanto encontraba sobre la altura; los soldados, que habían estado mucho tiempo con el arma empuñada, introdujeron por las aspilleras los cañones de sus fusiles, oprimieron los gatillos y un diluvio de balas llovió sobre los asaltantes, que, desde la trinchera al suelo, resbalaban por el talud recién practicado, y morían en el reducto mexicano, cuando apenas acababan de saltar. Pero muchos conseguían bajar al patio, y cuando veían que en vez del espacio abierto que buscaban para entrar á la iglesia, había un paredón liso que exudaba fuego, se mantenían largo tiempo indecisos... Por fin, cuando se consideró que era tiempo de encender la mecha, ardió la de la primera hilera de fogatas y subió por el aire una

columna de peñascos incandescentes, que al descender desde la altura, cayó golpeando, aplastando, destrozando y haciendo salir á los pocos que quedaban dentro. La brecha se reparó sin gran esfuerzo, pues hasta el cañón francés se dió un punto de reposo después de ese fracaso.

Los ataques á San Agustín eran casi diarios y al fin tenían que hacer mella en la pared del fondo de la iglesia, en donde quedó abierto un espacio bastante para que pudieran seguir entrando los proyectiles.

Pancho Olivos, que sufría de unas horribles calenturas, consiguió licencia para descansar un poco el Jueves Santo, y á eso de las doce se metió al asilo más cómodo que pudo hallar, que fué la iglesia misma de San Agustín. Con otro camarada que quiso acompañarle, buscó el sitio más apropiado, que fué un crucero abrigadito y que estaba distante de las corrientes de aire y de fuego que podían colarse.

San Agustín era por entonces un conjunto verdaderamente raro de iglesia y mueblería, de bazar oriental y de adoratorio cristiano. Encontrábanse dentro de él todos los sofás, espejos, sillones y pianos de los ricos de Puebla, y además todos los santos y santas que habían sido bajados de los altares cercanos. Allí podría haberse estudiado, sin faltar una sola etapa, toda la historia del mobiliario en la ciudad angélica: desde las cornucopias y los tremores hasta las lunas clarísimas que habían costado

dinerales; desde los claves del siglo XVIII hasta los pianos de cola; desde los asientos forrados de cuero hasta las sillas Luis XV; todo estaba allí ampliamente representado. Pancho y su amigo se acostaron en unas camas de madera que quizás honraron el obispo Osorio Escobar y Llamas ó el mismo don Luis de Velasco; colchones los había, aunque pocos y malos, pues casi todos estaban en los hospitales de sangre y tabicando puertas y ventanas; pero los muchachos, que no eran exigentes, se contentaron con lo que daba el tiempo.

Permanecieron algún rato oyendo el tronar de la artillería, que les causaba el mismo efecto que si escucharan el gruñir de un perro rezongón, y se entretuvieron mirando las bombas, que como estrellas erráticas pasaban por la linternilla, alumbraban con luz de infierno y desaparecían para ir á caer en lugares distantes, causando horrible daño.

Los dos muchachos, metidos en el enorme edificio, alumbrados apenas por un mísero veloncillo, no tenían más compañeros que los ángeles que sostenían la fábrica del altar mayor. Eran los tales unos jayanes grandotes, con pantorrillas y muslos á estilo de saltarines de circo, las manos bastas, la nariz gruesa, la cabellera rizada en cadejos pesadísimos y los ojos siempre dirigidos hacia lo alto, como para espiar la hora en que una bomba francesa viniera á derribar las columnas pesadas y barrigonas

cual si estuvieran encintas, los arcos sin cimiento, las vides, las culebras, los moños, los rizos y los copetes que formaban el rico y extravagante retablo churrigueresco... Pancho y su amigo no se espantaron, sin embargo, sino que durmieron hasta la madrugada en que les despertó un ruido de cascote que caía; luego escucharon algo como un cuchicheo y después vieron una horrible bola de fuego que daba vueltas y hacía explosión, esparciéndose en fragmentos que llenaban la nave de caliche, trozos de piedra, pedazos de hierro, olor de pólvora y obscuridad espantosa. Los muchachos apenas supieron darse cuenta de lo que les pasaba, y cuando el compañero de Pancho le dijo á gritos: «¡Estás herido; estás lleno de sangre!», apenas tuvo tiempo Olivos de tocarse la cabeza y de sentir que le corría suave y silenciosamente un hilillo de líquido caliente que le inundaba el rostro.

— No es nada, tuvo tiempo de gritar Francisco; estoy listo; debe de haberme caído en la frente un pedazo de material.

Aguardaron un poco á que la polvareda se disipara, y no tardaron en ver en un colateral, una llamita que empezó á iluminar la nave y luego á arrastrarse y á retorcerse, delicada y sutil entre los obeliscos invertidos, los arcos sin base y los cornisamentos curvos. Aquí tocaba un cuadrote negro y rojo, allá lamía un medallón de estuco, se achataba más arriba contra la bóveda y luego,

hallando el fácil alimento de la madera vieja y apolillada, seguía haciendo presa hasta fortalecerse y trocarse de azulosa en amarilla, de sutil en poderosa y de callada en silbadora y rugiente.

Los sargentillos quedaron admirados; pero Pancho, más advertido, reparó en algo que se le vino á las mientes.

—¡Aquí... aquí, dijo, en la sacristía, las municiones, todas las municiones... Vamos á avisar... En la sacristía... encerradas... todo perdido!...

Comprendió el otro, y en el momento en que se preparaban á salir, entró una bomba más, que por casualidad no hizo explosión, y luego una tercera que cayó entre los muebles amontonados...

En el momento que Díaz, Berriozábal, Terán y los demás comprendieron el peligro, volaron al interior de la iglesia. A golpes de hacha rompieron las puertas de la sacristía y las de la antesacristía, cogieron cajones de parque, de granadas, de balas, y atravesando por entre las llamas, lívidos, jadeantes, los cabellos sobre el rostro, iluminados por la siniestra aureola del incendio, depositaron su carga en lugar seguro. Cuando los bomberos llegaron no había ya peligro inmediato y se pudo sofocar el fuego con toda calma.

* * *

El 5 de Abril, *nocte pluit tota,* como decía Pancho Olivos, que sabía un poco de latín, y el seis la lluvia continuó con más fuerza. El suelo destrozado, las casas hechas trizas y hasta los cadáveres verdosos é hinchados, quedaron limpios y rejuvenecidos, esperando la llegada del sol que había de volverles á su antigua miseria. Quizás la lluvia, quizás la fatiga contribuyeron á que en todas las líneas apenas intentaran los franceses reconocimientos insignificantes y á que los mexicanos se entretuvieran en reparar fortificaciones más que en pelear.

A las seis de la tarde las baterías del Hospicio empezaron á hacer fuego contra la cuadra de la calle de la Estampa, esquina llamada de Aveleyra, donde empezaba la línea del general La Llave; por lo cual á aquella posición se le llamaba la manzana de Llave. Veinte tiros de cañón disparó el puesto francés, y en seguida mandó una columna al asalto. Díaz, seguido de un exiguo grupo de cabos y sargentos, se dirigió al lugar del combate.

Cuentan que cuando se intentó la aventura, el general Douay designó al subteniente Galland como jefe de la pequeña fracción que debía servir á los franceses de cabeza de columna, y que Galland pidió que se adelantaran los hombres de buena voluntad que quisieran acompañarle. Setenta y cinco zuavos salieron al frente, y ellos, en unión de unos cuantos soldados del cuerpo de ingenieros, pa-

saron valientemente la calle, decididos á acabar con los mexicanos que guarnecían la posición.

Pancho se hallaba en la esquina de San Marcos, junto á Díaz y rodeado de los pocos hombres que habían conseguido bajar: un cabo había sido herido por el horrible fuego que desde el Hospicio barría las azoteas, y dos sargentos se habían roto uno un brazo y otro la cabeza al saltar desde la altura. Las aspilleras que se acababa de abrir en las puertas de una tienda eran bastantes para ofender y para observar los movimientos del contrario; pero había que contar también



con los fuegos de la altura de enfrente, que eran terribles y podían acabar con los pocos atrevidos que estaban encerrados allí. El Hospicio avivó el fuego en dirección de la Estampa, y á las cinco y cuarto desembocó viniendo de Guadalupe, una gran columna de zuavos encabezada por

los setenta y cinco de buena voluntad. Delante venía un clarín joven que tocaba la carga nerviosa y rápidamente, inflando los cachetes y erizando los pelillos del bigote y la piocha rubios. Porfirio dejó de dar una orden, enderezó el fusil por la aspillera, disparó, y el muchacho vino abajo, oyéndose el ruido de las armas y el de la mochila al chocar contra el suelo. Vieron los que se hallaban cerca cómo el joven arrojaba la trompeta, cómo se oprimía el pecho y cómo abría dulce y suavemente los azules ojos para coger el último fulgor de vida, que se le escapaba volando impalpable y angustiado...

Luego venía un mocetón como de veinticinco años, rubio, erguido, de constitución hercúlea y con ojos de gallo enojado. Se adelantó á toda prisa, pasó cerca del infeliz trompeta y al lado de los escondidos tras de las puertas, que contemplaban á su gusto los alamares del dormán azul, los vivos del pantalón rojo y los reflejos de la espada que el tal llevaba al hombro.

— ¡Fuego! gritó Porfirio en este instante con una voz que parecía el crujir de una espada saliendo de la vaina.

Todos los rifles dispararon á un tiempo, y la apretada columna empezó á clarearse, cayendo aquí y allá los bravos muchachos que con el fusil al hombro, la vaina de la bayoneta cogida con la izquierda y el paso marcialmente señalado con los pies cubiertos con polainas blancas, avanzaban en medio de aquel ruido espantoso y de

aquel fuego mortal. Unos caían *redondos,* apaciblemente, inclinándose de lado y dejando salir la sangre, todavía más roja que los anchos pantalones y que el fez con borla; otros arrojaban el arma al aire y caían para atrás cuan pesados eran, embarazando el paso de la columna; otros quedaban sentados, con las piernas destrozadas y sin poder moverse, y otros caían de cien maneras diversas: boca abajo, hacia la banqueta, disgregados de sus compañeros ó en medio de ellos... Varios hubo que buscando salida vinieran á apoyarse precisamente sobre la puerta de la casa que les abrasaba con sus fuegos, y muchos que siguieran caminando heroicamente en la fila, heridos ya de muerte, pero resueltos á seguir hasta que les acompañara una poca de fuerza...

Rudo era el fuego de los doce de la tienda, pero más daño hacían á las seis compañías destacadas los cañones de la esquina de San Agustín y los fuegos laterales de los balcones. Pasó la cabeza de la columna, pero el resto quedó atrás sin poder avanzar un palmo en aquella atmósfera de lumbre. Los tiros de la tienda y de las alturas se aprovechaban casi íntegros entre aquella masa roja, que no llegaba á desordenarse, pero que sí empezaba á cejar... *En avant!;* gritaban los oficiales; pero la gente permanecía sin moverse, horrorizada de aquel fuego que más que el de San Javier merecía ser comparado al de Sebastopol.

En avant, en avant!, y viendo que no era posible forzarles, un oficial moreno, de pera y bigote, cogió de la mano á un zuavo y le llevó á la bocacalle que barría la metralla. Habían avanzado apenas dos pasos y los dos vinieron á tierra.

Otro oficial quiso adelantarse por ver si le seguía la tropa, y cayó herido; un tercero arengó en voz alta á su sección. Claramente oyó Pancho: *Mes enfants... l'honneur du troisième bataillon des zouaves... J'irai seul... Laisserez ainsi perir votre chef?...* — Y el consabido *en avant!*

El valiente muchacho se adelantó espada en mano, gritando siempre *¡adelante!*; pero fué en vano: nadie pudo seguirle y él cayó muerto cuando apenas había traspasado la zona de acción de los fuegos de la cuadra de Llave...

La columna contramarchó entonces, duramente escarmentada en el camino; pero pudo llegar sin quebranto excesivo hasta las puertas del Hospicio, donde se introdujo.

— Pero quedan algunos dentro del chiquero, exclamó Díaz.

— No, mi General.

— Yo les vi entrar; se metieron por la brecha y dentro deben de estar.

— Ya sabrán dar cuenta con ellos los de Llave.

Entretanto, la lluvia seguía sin cesar; la canal que

quedaba en una de las pocas azoteas que no habían sido derribadas, caía sobre el rostro de un zuavo que estaba con los brazos en cruz, la pipa entre los labios y el ademán de reto en el rostro ceñudo y altanero. El golpe del agua cargada de tierra borraba la sangre de la herida, la reconcentraba en un punto ó la desleía manchando la



barba negrísima y formando un charco rojo en el hueco del cuello. Más lejos, las huellas de las pisadas de los fugitivos se llenaban de agua, y más lejos aún, una cortina gris lo envolvía todo. La noche se acercaba á más andar y sus manazas de sombra iban ocultando todos los horrores del día.

Porfirio, de vista más aguda que los otros, exclamó:

— Salen en este momento muchas gentes de la contra-

esquina; vaya usted, subteniente, é infórmese de lo que ha pasado: hay que saberlo todo para prevenirnos.

Pancho dió vuelta á la manzana para evitar los tiros cruzados de San Agustín y la Estampa, llegó al punto guarnecido por Llave en el momento en que salía una comitiva extraña: un oficial, el regordete que había pasado al frente de la cabeza de columna, marchaba conducido del brazo por un Coronel, arrogante mozo que ostentaba en el pecho la banda de oficial de Estado mayor del Cuartel general; detrás venían hasta treinta y seis zuavos, que caminaban alicaídos y con la tristeza en el semblante. Don Ignacio de la Llave, alto, mal hecho, las piernas largas, vestido con una chaqueta de nutria y pantalón azul, seguía á la compaña en unión de Foster y Cazarín.

— *Ces sont mes conditions,* decía el preso con brío, *ces sont mes conditions, monsieur; autrement je retournerai dans mon trou...*

Jesús Lalanne, como se llamaba el guapo mocetón de la banda tricolor, respondió al prisionero algo que le sirviera para alimentar esperanzas, y luego contestó dirigiéndose al mensajero:

— Diga usted á su jefe que hemos cogido prisionero al teniente Galland, del 3.° de zuavos, que aquí va, y á treinta y seis hombres más que marchan detrás... Entraron hasta el portillo abierto en la esquina y marcharon directamente á la izquierda, quedando acorralados y sin

salida. —*En avant!* gritaba Galland, *en avant!*, y adelante habrían seguido si no hubiéramos estado listos desde la altura... Metidos ellos en lo más obscuro, permanecían recatados y sin movimiento, y sólo de cuando en cuando salía un tiro que hería á aquel de los nuestros que era bastante temerario para avanzar la cabeza. Cabalmente el pobre capitán Galindo se asomó al pretil, sonó un balazo y cayó muerto... Nosotros, sin embargo, considerando que aquella situación no podía prolongarse, pues sabíamos el efectivo de los encerrados en el corral, porque continuamente les arrojábamos *peras de luz*, instábamos á los franceses para que se rindieran. «¡Ríndanse! les gritaba Cazarín con su voz más potente, ¡ríndanse; los republicanos son generosos y no abusarán de su victoria!» Al cabo de algunas intimaciones, Galland contestó que se rendían, mas á condición de que se le permitiera ver al General en jefe. «Sí, sí, contestó Llave; eso bien se puede permitir á valientes como vosotros.» Y abrazó á Galland. Ahora sale el teniente con la pretensión de que le permita el Cuartel general nuestro ir al Cuartel general francés á dar cuenta de su comisión, viniendo luego á constituirse prisionero. Ya comprende usted que el General en jefe no puede consentir en semejante irregularidad, que alteraría todo lo aceptado acerca de este punto; pero el teniente es tan testarudo, que asegura que si no le consienten el hacerlo, *volverá á su madriguera* y seguirá disparando hasta

que San Juan baje el dedo, pues dice que tiene municiones bastantes para ello.

Francisco volvió á dar cuenta con su encargo á Porfirio, y el jefe se alegró mucho de que tan venturosamente hubiera acabado aquella aventura.

Tal es el paso famoso de la prisión de Galland, que ha sido referido de cincuenta ó cien maneras diferentes por los cincuenta ó cien historiadores franceses que han hablado de él. Aun el mismo oficial bretón debe de habérselas echado un poquito de la gloriosa, pues en el cuadro que existe en el museo de Versalles, y que representa la rendición de Galland, está el oficial con la espada en la mano, sobre un montón de piedras y en actitud de arengar á los mexicanos que le contemplaban asombrados. Galland murió de General de brigada después de la guerra del setenta, en que Napoleón pagó todas las que había hecho.

Por lo demás, durante los veintiséis días que Galland estuvo prisionero, se portó con absoluta corrección, fué tratado con mucho cariño por los mexicanos, y se retiró dejando y llevando recuerdos imborrables y el afecto de grandes amigos con los cuales siguió carteándose á pesar de las desventuras de la guerra.

Hallándose preso, recibió su ascenso á capitán.

* * *

En los tiempos de paz, la manzana de la Reja estaba compuesta de zahurdas en sus cuatro lados, y sólo al noroeste había una casona alta y severa, que parecía contemplar las habitaciones de los guarros con el desdén con que el adinerado mira al bracero. También en ese lado noroeste existía un mesón de arrieros que tenía en el exterior una gran reja que dió nombre al punto, el cual estaba defendido por Sánchez Román, con un batallón de Zacatecas, y por Irastolza con uno de Aguascalientes.

El diez y ocho, á pesar de la resistencia de los nuestros, se estableció en la manzana del frente una batería de cañones que el diez y nueve, á las tres de la tarde, rompió el fuego contra la Reja. No tardó en abrir dos brechas en la fortificación exterior, derrumbando la primer nave de casas y allanando los obstáculos amontonados allí; pero dentro, en el trecho foseado, aspillerado y parapetado, esperaban los rifleros decididos á hacer resistencia semejante á la que San Marcos había puesto por modelo. En la casa alta había soldados con granadas de mano para lanzarlas á la hora que fuera menester.

Los mexicanos acababan de abrir en la calle una zanja que dejaba al descubierto las cloacas, y tapándola con tablazón, esperaron el ataque. A las cuatro y media, cuando la brecha era suficientemente ancha para darles paso, los franceses se lanzaron al asalto llenos de la vieja furia gala de que dieron tantas muestras en la angélica;

mas al atravesar la calle á paso gimnástico, rompieron las frágiles tablas que se había disimulado con tierra y cayeron al fondo de una zanja de tres ó cuatro metros de profundidad, entre la inmundicia y el horror más asquerosos. Los que venían delante, empujados por los que les seguían, caían inevitablemente en aquella horrible trampa, y cuando procuraban salir, eran recibidos á tiros.

Algunos uniformes colorados y algunos dormanes azules suben á la trinchera y reciben los proyectiles que les envían los de Aguascalientes y Zacatecas; un muchacho más animoso que los otros y que consigue pasar aquella charca más temible que la Malbelolge, sube al asalto y siente que la trinchera semicircular por que trepa, se le viene abajo y lo oprime; pero en vez de recibir el golpe de piedras ó de sacos de tierra, siente sobre sí varios cuerpos flácidos, gelatinosos y fétidos: eran cadáveres humanos con que se había formado el reducto, poco mayor que la altura de un hombre y extendido por un trecho de diez ó doce varas.

Al recibir la tremenda descarga huyen las dos columnas de cazadores y de zuavos; el oficial que había ascendido á la trinchera se ve obligado á volverse temeroso de que le corten en aquel océano de fuego y de calor, y los coroneles acaban la accioncilla poniéndose al frente de su tropa y cerrando el portillo recién abierto. Al ver correr á los franchutes, los mexicanos se las prometieron

felices; tras el terror y la ira vinieron la burla y el regocijo, y empezaron á oirse el *Apa torito*, el *Ni entra ni nada* y otras tonadillas chistosas y burlescas, mezclándose, enredándose y destrozándose con los himnos y dianas de las músicas. Los oficiales se desciñeron las espadas, los soldados pusieron sus armas en pabellones y todo el mundo empezó á celebrar el éxito, figurándose alejado el peligro para siempre.

Comunicaba la calle de la Reja con las fortificaciones de San Agustín por un túnel cuya boca quedaba á la salida de una casa de altos; en la boca de ese túnel apareció Porfirio Díaz al oir la fusilería.

— Cazarín, dijo al oficial que le acompañaba, hay que tapar esto; caso de perderse esta manzana, por aquí entraría el enemigo á la próxima... Hay que taparlo.

Y llamó al subteniente Olivos disponiéndole que ayudara á la obra. Empezó el muchacho á cubrir aquello con viguetas que se encontraba al acaso, y viendo Díaz que no marchaba todo tan de prisa como hubiera querido, cogió material y empezó á rellenar con sus propias manos el hoyo.

— Están muy confiados creyendo que los gabachos no vuelven, y dentro de poco rato aquí les tenemos...

No acababa de decir esto, cuando gritó con enojo:

— ¡Mírenles; ellos son!...

Y señaló un turbante rojo y una chaquetilla azul que

aparecían por la abertura. Tras el turco llegaron corriendo, en dispersión loca, desenfrenada, sin tino ni medida, muchísimos soldados nuestros que había dejado los quepis, tirado las cartucheras, despojádose de los tahalíes y echado á huir con furia. Díaz se plantó ante el primer grupo gritando con toda la fuerza de sus pulmones: *¡Alto...! ¡aalto...!*

Detuviéronse los primeros fugitivos; pero apenas estaban rehaciéndose del susto, cuando llegó nueva avalancha de gente arrollando á los indecisos con más furia que antes.

—¡Alto! seguía gritando hasta desgañitarse el General; ¡alto, hijos, que no es nada!... Párense; á resistir... á resistir... Soy yo, soy el general Díaz; tengan confianza en mí... ¡Alto!...

Unos cuantos oían la intimación, pocos miraban al General y casi ninguno se paraba. Díaz, Cazarín, Pancho Olivos y otros dos ó tres quisieron formar valla para detener la dispersión; pero entonces los soldados comenzaron á brincar las tapias, á salvar las trincheras, á echarse por los balcones y las azoteas. Porfirio seguía exhortando á aquellos desgraciados presa del pánico; pero en eso vió acercarse á un subteniente lívido, desencajado y enclavijando las manos:

—¡General, por Dios, mi padre, mi pobrecito padre... es muy viejo, señor!... ¡Aquí me matan... sálveme usted!

Entonces Díaz perdió la calma, y sacando la espada golpeó de filo al lamentoso, diciéndole enojado:

—¡Aquí no hay padre que valga, cobarde; aquí no hay más que madre, y esa es la Patria!... ¡A la brecha, canalla!...

—Tiene usted razón, señor General...

Y marchó á donde se había iniciado el movimiento. Mas al oir el estruendo y al ver correr desencajados á los que defendían el fortín, el oficial trepó á un balcón que bien distaría ocho varas del suelo y cayó á la plaza de San Agustín.

A todo esto, ni Díaz ni los suyos habían visto todavía á los franceses. El primero que apareció fué un oficial de quepis aplastado, levita azul y banda tricolor; llevaba en una mano la espada tinta en sangre y cogía la vaina con la otra. El Capitán giró la vista en torno, y descubrió el grupo que trataba de contener la dispersión; levantó el acero contra Díaz, y Cazarín, al advertirlo, disparó un tiro de revólver que bañó en sangre la barba entrecana del oficial é hizo correr tanto líquido rojo, que quedó borrada la cinta de la legión de honor que estaba en el ojal de la levita del herido. Cayó éste al suelo y luego aparecieron muchos turcos de pantalón azul bombacho, fez rojo y polainas blancas. Llegó el primero un mulato de barbas cerdosas, dientes blancos y ojos picarescos; llevaba la bayoneta empapada de sangre, y se reía con risa sonora y sabrosa.

— *Laches, laches mexicains...*

Pancho sintió aquello como una ofensa personal, y sacando la espada se dirigió al bellaco.

— ¡Te voy á sacar el alma, bandido!



Fuerte de Morelos, después de la rendición de la plaza
Reproducción directa de una fotografía

Rió el mulato como si oyera una cosa graciosa, y tiró un golpe libre que el flamante oficialito consiguió hurtar. Pancho se acercó al turco, le saltó al rostro, le tomó por la piocha napoleónica, y mientras el otro trataba de alzarle en vilo y traspasarle con el marrazo, Pancho esgrimía la espada y rompiendo con ella el correaje de que pendían el odre y la mochila del turco, lograba intro-

ducir la hoja hasta sentir que picaba en blando. El arroyo de sangre que salió, los últimos estremecimientos de la agonía y el haber dejado de sujetar al muchacho los dientes y las uñas que le apretaban, le dieron á entender que se había desprendido de aquel corpachón el alma que le había animado.

Entretanto, Porfirio seguía gritando:

— ¡Que traigan una compañía de Oaxaca ó de Toluca; esto se hundió!...

Llegaron en eso las compañías pedidas; pero ya era tarde: apenas sirvieron para evitar la dispersión ó la muerte de los pocos que quedaban. La manzana entera estaba llena de zuavos y era imposible intentar nada por el momento. Al llegar los heridos reconoció el General al telegrafista Romo, que había pedido le hicieran subteniente, á fin de no trabajar tanto en el servicio de Ortega. Llegaba herido y hecho trizas, lamentando su mala suerte y diciendo que no volvía á meterse en otra.

— Amigo, le respondió Díaz, es usted el único oficial á quien he visto hacer esta cobardía... Aunque la verdad sea dicha, se necesita mucho valor para ser tan cobarde...

— Mi General, yo le explicaré...

— ¡Explíquese con su conciencia! repuso Porfirio, volviéndole la espalda.



CAPITULO XVI

La bomba

Dijo palabras de sabiduría quien dijo que la costumbre acaba por ordinariar hasta las más grandes emociones. La devota que se extasía ante el sublime misterio de la Transubstanciación, al volverse beata acaba por encontrar tan natural que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo de Cristo, como que pase un carro por la calle ó que el sacerdote se vista con casulla roja. Quien se acerca por primera vez á un grande hombre, se siente suspenso y cohibido por la luz que despide el sujeto privilegiado á quien dotó la naturaleza de dones superiores; mas que ese mismo admirador se trueque en comilitón, criado de confianza ó ayuda de cámara del ser extraordinario, y no tardará en perderle el respeto descubriéndole más lacras, debilidades, dolamas é imperfecciones que al resto de los humanos. Y así, el

minero que baja al centro de la tierra, el soldado que se bate diariamente, el bombero que lidia con el fuego y la mujer que cada año *se hinca á morir,* como decían nuestras madres, hallan naturalísimo excavar, pelear, derribar techos y reproducirse, y al fin no les causa espanto nada de lo que les pudiera acontecer.

Así nuestros amigos de la calle Sola, que empezaron por pasar supiripandos y convulsiones y por derramar lagrimitas de terror, al fin veían como cosa natural que franceses y mexicanos estuvieran cascándose las liendres y que Puebla quedara reducida á escombros. La pregunta diaria era: *¿Dónde hay fuego?* y la respuesta de don Bernabé no fallaba nunca, pues con la misma habilidad con que antes resolvía en dónde llamaban á misa, en los días del sitio contestaba seguramente: «Se pegan duro en Ingenieros»; «Han cesado los tiros en Zaragoza, pero ahora están en Morelos»; «Cuidado que baten el cobre por el rumbo de Cholula»; «Buena está la agarrada en Guadalupe», ó algo por el estilo.

Mas si el excelentísimo Sedeño no tenía cosa mejor que hacer que mirar las bombas, contar los cañonazos y enterarse de cuáles eran los rumbos atacados, los demás habitantes de la casa se entretenían en algo más divertido, y era en enamorarse por todo lo alto, sin dárseles un comino de lo que pasara fuera. «¿A pesar de las bombas y las balas?» dirá asombrado alguno.

A pesar de todo, pues en la especie nunca se siente tanta ansia de acercarse al sexo contrario como cuando parece que la humanidad está á punto de acabarse. El divino Renán fué calificado de vitando y de infame porque suponía en su *Abadesa de Jouarre* que dos antiguos novios se habían amado en momentos de marchar para la guillotina; el gran Tirso Córdova se indignó por esa ficción, en su concepto pagana é infame, y publicó para combatir al maestro cada artículo que daba la hora. Mas Tirso no recordaba sin duda que en las tremendas agonías del sitio, cuando no debía haber pensado sino en ponerse bien con Dios y en darle cuenta de sus pecadillos, se dedicó á enamorar á Eufrasia Sedeño y á aconsejar á su amigo Antonio Romo de Vivar, sobre la manera de entenderse con Manolita Vaca.

Tirso era un temperamento de veras expansivo y amoroso; era de esos que creen que se debe, por causa de cortesía mundana y de caridad divina, decir cosas agradables á la mujer que se halla al paso, cualesquiera que sean su estampa y su condición. «¡Cuántas desgraciadas, decía Tirso con sutileza, no han oído nunca una frase amorosa, y cuánto bien les hace quien llega á decírsela!... Yo de mí sé asegurar que no me siento con ánimo para negarle consuelo tan grande á una mujer, y que tal acción la considero, cuando la interesada es fea de veras, más meritoria que la de San Francisco cargando al leproso, ó

la del Cid dándole la mano al gafo... ¿Que resulta mentira y engaño á la fea? ¿Pues acaso no hago lo mismo cuando lo digo á la hermosa y llevado de mi natural variable y tornadizo mudo de parecer á los pocos días?... Es caridad, caridad de la buena, no de la que consiste en dar dinero ó cosa que lo valga, la que practico al decir á una fea que la amo.»

Así, no encontrando cosa de provecho en que entretenerse durante sus largos y forzados ocios, Córdova se aplicó á hacer creer á la Sedeño que sin ella no podía vivir, que se moría por sus pedazos, y algunas otras cosas que la boba de Eufrasia aceptaba como el Evangelio. Sedeño padre, con aquella su inmensa habilidad para hacerse cargo de lo que sucedía á su alrededor, no tardó en darse cuenta de los nuevos amores; pero echándolo todo á buena parte se figuró que no tardaría Tirso en llegar al trance de la epístola de San Pablo. Y no es que el casullero hubiera sido un bellaco que tratara sólo de colocar á todo trance á sus hijas, sino que creía que en su deber de padre amoroso estaba el hacerse el sueco en estos asuntos, á fin de que salieran lo mejor logrados que posible fuera.

En cuanto á la chica, claro está que no había de hacer ascos á lo que deseaba ardientemente, pues pertenecía á esa casta de niñas que apenas ven pasar dos veces por su casa á un hombre cualquiera y ya empiezan á hacerse

ropa blanca, figurándose que el matrimonio será á la semana siguiente.

A veces se encerraban en conciliábulo Córdova y el buen mozo Romo; y don Bernabé, que se figuraba no tenían los dos muchachos más empeño que el ponerse de acuerdo sobre la manera de concluir el asunto del noviazgo de Tirso con toda la prisa posible, decía relamiéndose el labio superior, cerca del punto donde debieran estar los bigotes:

— Buenos están éstos con su infundio; á otro perro con ese hueso; ya sé de lo que tratan y no valía la pena de que se ocultaran, pues estoy conforme en que Eufrasia se case con Tirso, que no dejará de tener su buena clientela tan pronto como nos pongamos en paz y él reciba su título de abogado... No hay para qué andar con tapujos, que yo me lo sé todo... En cuanto al otro, juraría que se inclina á Vacha (Gervasia), que también está muy espigada y muy guapita... No me daba buena espina ese muchacho, pero si es que va por la buena fin...

El interés que inspiraban todos estos asuntos á don Bernabé, quedó completamente opacado, ó por lo menos un poco obscurecido, por un suceso que fué palillo de dientes de todas las conversaciones en los días del sitio. Una tarde, á eso del obscurecer, llegó á la casa un sujeto misterioso, que habló largo tiempo con la monja y que volvió al día siguiente, á la misma hora, acompañado de

otras mujeres cubiertas con sendos y tupidos velos. Sedeño sentó el auto cabeza de proceso y comenzó á levantar la averiguación; pero no tuvo necesidad de muchos esfuerzos para ponerse al cabo de cuanto quería saber. Era á principios de Abril; la mañana límpida y clara permitía contemplar los cerros más distantes sin la interposición de niebla ni nube; no se habían oído tiros en toda la mañana y el sueño de la noche había sido excelente. Don Bernabé no podía prescindir de su costumbre de levantarse temprano, y arrebujadito en un *plaid* color de rata, recorría todas las dependencias de la casa, desde la cueva, abrigo de los canasteros, hasta las habitaciones altas, residencia de las familias distinguidas de la colmena. Regaba los tiestos, quitaba las hojas secas á los árboles, rellenaba con argamasa tal cual hendedura en las losas que se habían desprendido y acababa por subir á su cuarto para sentarse triste y displicente á hacer calendarios:

— Esta es la hora de la llegada del señor Magistral... Es una pólvora el hombre; nada le parece bien, tira la ropa, está malhumorado y furioso hasta que le llevan su chocolatito bien caliente, sitiado de bizcochos blandos y sabrosos... ¿Y qué hará ahora el señor Magistral? Hoy tocaría misa de coro... Recuerdo que las vinajeras chicas quedaron en poder del platero... ¿Y dónde habrá ido á parar el maestro Julián, el platero del Cabildo? Como no

hayan caído en poder de los liberales las vinajeras, el ciborio, las dos navetas y el incensario sin cadenillas... Las seis y cincuenta minutos... (A esta hora iba avanzando por la nave derecha el señor Arcediano con su patita coja y su capa hasta los talones...) Buenos días, señor Arcediano... ¿Cómo pasó la noche su merced?—Bien, hijo, bien; sólo que la maldita reuma...—La altamisa con sebo de riñonada, señor.—¡Qué altamisa ni qué ojo de hacha! No acierta Hernández con toda su ciencia y habías de acertar tú con tus empirismos.—Hágaselo, señor, que si provecho no le hace, daño tampoco...—Tonterías; yo sólo me curo con que me entablen y me dejen cuatro ó cinco años bajo la tierra: verás qué guapito salgo de allí, y cómo ante el Señor no siento dolores de piernas ni necesito de altamisas ni de tonterías... Mi enfermedad se llama *añitis,* indigestión de calendarios, vejez, en una palabra; y eso no se cura con remedios de botica... Luego, á medida que iban llegando los demás señores, qué ruido en la sacristía, qué abrir de cajones, qué crujir de sobrepellices planchadas... Me parece ver sobre los sitiales, con los brazos abiertos, la ropa bien ordenada, de modo que semejaba canónigos á quienes se hubiera exprimido el jugo... ¡Qué tráfago, qué confusión!... Al fin salía la misa...

Aquella mañana, pues, luego que don Bernabé hubo echado trazas y recordado sus ocupaciones diarias, se

asomó al corredor y se quedó suspensó al advertir algo que le extrañó grandemente... Se limpió los ojos, y entonces no le cupo duda: bajó la escalera lo más aprisa que le fué posible, llegó á la puerta del cuarto de la mulata Francisca, y estrechó en sus brazos á un eclesiástico flaco, viejo, de buenos ojos, de cabellera rizada, de anteojos con arillo de oro y de fisonomía plácida y tranquila.

—Padrecito de mi alma, gimió don Bernabé con voz de niño extraviado que halla á su madre, ¿qué hace aquí su merced? ¿Cómo vino? ¿Qué trae?

—Sedeño querido, exclamó el otro abrazándole con fuerza. Conque ¿aquí vive usted? ¿Aquí tiene su *cubicullum vel habitacullum?*

—Sí, Padrecito, y muy á sus órdenes.

—Vaya, vaya, que sea para bien. ¿Y qué tal la salud, con estos sustitos que nos pegan los defensores de la patria? *Si vales, ego valeo...*

—Bien, señor, muy bien; no hay queja de la salud.

—Yo no estoy muy católico; con esto que han inventado mis queridos amigos los carbonarios, no tengo paz un solo momento... Se han empeñado en repetir lo del gran Virgilio, ¿recuerda usted?... *Moriamur et in medio arma ruamus,* y nos tienen fritos á los que nunca hemos sido chicha ni limoná... Ya usted lo sabe; que me saquen de mis *Súmulas,* de mis monjas y sobre todo de mis autores latinos, y no valgo nada. Yo ¿qué sé

del gobierno del mundo y sus monarquías? A mí, que me pregunten por las advocaciones de Diana, qué se debe entender por lar y qué por penate, si Virgilio dijo ó no dijo bien en tal ó cual verso de la Eneida, si tiene razón el manuscrito hache ó el manuscrito erre, y sabré contestarles; pero que no me salgan con la pata de que resuelva si el escrutinio de lista es conveniente ó si la monarquía le viene á México como anillo al dedo; eso no es de mi provincia, no me toca, no me tira... Y luego, haberme quedado por mis negrísimas desdichas á resistir este horrible sitio, que tiene trazas de durar este año y el próximo... Que entren los franceses, que salgan los mexicanos, que Puebla caiga ó no caiga; pero que me dejen á mí estudiar mi Horacio, mi *flaco,* como le llama Cardoso... Cabalmente estoy traduciendo la oda *¡O navis!* aunque no he concluído el comentario, que es sapientísimo.



—Creía, Padrecito, que había salido de Puebla su merced.

—La de malas, Sedeño; cuando ya tenía listo todo, estas benditas viejas me mandaron á llamar, y entre repulgos é indecisiones se pasó el tiempo: al querer retirarnos no pudimos; ya los franceses habían extendido su línea y echaban bala rasa al que trataba de ponerse en cobro.

—Y ahora, ¿qué hace aquí?

—Venimos á refugiarnos; traigo siete monjas mías, es decir, siete capuchinas y tres teresas, ó sea tres vagabundas del convento de Santa Teresa que nos hallamos al azar... Estábamos rumbo de la Misericordia, pero como dicen que por allá van á seguir sus operaciones los sitiadores, no me pareció conveniente permanecer en un lugar tan peligroso. Y luego, que como tienen mis monjas la ventaja de encontrarse aquí con una compañera suya asilada desde hace tiempo, le pusieron puntería á la casa y aquí nos tiene usted.

—Pues que sea para bien, Padrecito.

Y mientras el casullero se retiraba arrastrando los pies, el otro se metía á devorar la pitanza matutina.

El padre don Vicente Irízar de la Fuente era un sujeto raro y especialísimo. Desde los doce años, que empezó sus estudios en el Seminario, se aplicó á conocer el latín y á profundizar sus secretos. Siguió estudiando filosofía y teo-

logía, sólo porque los libros estaban escritos en latín, y latín siguió leyendo toda su vida, al grado de que se admiraba de que las gentes hablaran romance y de hablarlo él mismo. Mas lo curioso era que, á pesar de haber abusado del manjar, lejos de sentir que se le hiciera burdo el gusto, se le volvía, por el contrario, más y más refinado á medida que pasaba el tiempo. Ya no gustaba de Prudencio, ni de Estacio, ni de los autores de segunda fila; para él no había más que Virgilio, Cátulo y sobre todo Horacio entre los poetas, y entre los prosistas, Cicerón y Tácito.

Irízar era un gran egoísta, un gran comodino y un gran casto. «No será virtud, decía; tal vez sea frialdad, indiferencia, costumbre, lo que ustedes quieran, pero el famoso amor me parece la mayor de las indecencias.» Por eso, cuando alguna monja atacada por la horrible *tentación virgínea* le manifestaba en el confesonario escrúpulos de conciencia y luchas interiores, el capellán no dejaba de decirle: «Pero, hija, ¡qué tonta eres! pareces dejada de la mano de Dios... Pensar en los hombres, soñar con ellos, sufrir por ellos deliquios y trasudores, sólo se le ocurre á una desocupada como tú. Date una buena mano de disciplinazos para domar al asnillo, y te pondrás como nueva... Si supieras qué feos son los hombres, no pensarías en ellos más que para compadecerles... Unos son gordos como toneles, otros son flacos como cañutos; los

hay peludos de todo el cuerpo, que parecen Nabucodonosores, y los hay lampiños como rodillas... Si vieras qué gibosos son, qué cascorvos, qué patiestevados y cómo abundan en callos... Nada te digo de los que se traen un chivo en las axilas, ni de los que se ponen chalecos bordados, ni de los que llevan romántica, ni de los que se embriagan ó fuman... En fin, que somos un horror... Quítate de eso; mejor es que ames á tus santitos, que no ensucian la ropa, ni la apestan, ni son de mal genio, ni pegan... Dale muchas gracias á Dios que te trajo aquí, aplícate, pero fuerte y con ganas, una buena zurra de disciplinazos y haz unas cien flores de trapo para que no se te vuelva á ocurrir esta indecencia... Ya te digo, el hombre mejor y el más guapo merecen que les quemen con leña verde...»

Don Vicente leía con serenidad, con verdadera limpieza de corazón artístico, las tiradas de sus poetas; lo mismo eran para él Coridón que Asteria, que Lidia, que Lalage, que toda la procesión que pasaba ante su vista: ninguno de ellos le movía un átomo de la sangre, y si no hubieran formado parte de aquellas obras de arte que admiraba, maldito lo que le habrían importado.

Las monjitas, á fuer de mujeres, lloraron al llegar á la casa y ver á la de Santa Mónica, y desde entonces, ó las recién llegadas vivían al lado de sor Catalina, ó ésta iba á buscarlas. El Padre, entretanto, registraba sus mamotretos ó le daba vueltas á un giro rebelde á la lima.

Muy distintas eran las ocupaciones de Córdova y su amigo. Visitaban á las Vacas y á las Sedeñas y en los cuartos de unas ú otras formaban tertulias bajo la inspección del ojo vigilante de don Bernabé. Pero no todas las muchachas estaban capaces de chacharear y dar batería á los conversadores. A cambio de que Manuela gozaba de una salud perfecta y hasta se hermoseaba y echaba carnes y colores, Mercedes se volvía á cada momento más huraña y más displicente.

—¡Mujer, por Dios, le decían las hermanas; si pareces un vidrio de Venecia! No puede una hablarte sin que te sueltes bufando como si te hicieran algo... A ti te hace daño no ir á la calle; pero por nosotras puedes salir, aunque sea exponiéndote á que te maten...

—Por mí, que me maten, cuanto antes mejor; ¡para lo que yo sirvo!

—Pues mira que has echado un geniecito que da gusto. He de llamar al Padre para que te conjure y te expulse los malos.

No respondía la *Meche*, sino que metiéndose á la pieza siguiente, daba un portazo que parecía el tronar de un cañón de veintisiete pulgadas.

—Pero ¿qué te pasa, Meche? preguntaban, á una, Romo y Córdova. ¿Estás mala? Aunque sea con sacrificio te traeremos un médico...

—No me pasa nada, ni quiero que me traigan á

nadie. ¿Habráse visto? No ser una dueña ni de su mal humor.

— Pero, hija, si no es eso, ni es ese el camino, decía Sedeño mediando. ¿Sientes algo? Dilo. ¿No sientes nada? Aguanta tu humorcillo ó métete adonde no te vea nadie.

— Sí, ya conozco que usted también está contra mí.

— ¿Contra ti? Tú tienes ganas de pleito, pero yo no las tengo; y para pleitear se necesitan dos á lo menos.

No había quien encargara dulces ni guisos por aquellos días, ¡para dulces estaban los tiempos! y las Vacas habían restringido su actividad sólo á las flores. ¡Que Dios y el arte no hayan tomado en cuenta á aquellas excelentes muchachas los desacatos que cometían representando á la diabla las cosas más bellas que hay en el mundo! Flores de trapo, de madera, de pelo, de conchas, de abalorios, de papel, de todas las materias posibles, salían de aquellas pecadoras manos para aumentar el inmenso museo de las iglesias ó para adornar las casas particulares, figurando entre las obras de personas *curiosas*, que se exhibían en otro tiempo para pasmo de los aficionados.

Por aquellos días, no sólo las flores preocupaban á las chicas; también consagraban sus afanes á tarea más alta y trascendente, cual era la de esculpir muñecos en cera, valiéndose para ello de ingenios que habrían dejado lleno de espanto al propio Fidias. Limas, escoplos, cinceles, co-



El cerro de Guadalupe

Reproducción directa de una fotografía

lores, trapos, planchitas de vidrio, moldes de barro y cien mil objetos más contribuían á la ejecución de unos fantoches de piernas anquilosadas, brazos tiesos, cabezotas enormes, manos que llevaban porras pesadísimas y ojos que parecían verlo todo como llorosos ó espantados. Y luego, ¡qué solapas de las levitas, qué copas de los sombreros, qué franjas de los pantalones! Eran para dar idea de la humanidad cacoquimia y encanijada, que probablemente vendrá detrás de la que ahora da la ley.

Pero si Rebeca y Manuela tomaban con brío la nueva ocupación, no pasaba lo mismo con Mercedes, que odiaba á muerte los muñecos de cera y al traidor que los había llevado, que no era otro que el vecino Romo de Vivar.

—¿Te has fijado, decía á Eugenia, que por cierto ya estaba fuera de cuenta; te has fijado en que todos los muñecos de mis hermanas se parecen á Antoñito? Ponles la barba á las mujeres y ponles á los hombres la miradita aterciopelada del sujeto, y allí me le tienes pintiparado... No sabes lo que á mí me chocan este buen mozo y todos los buenos mozos; se adoran á sí mismos y nada quieren para los demás... Yo no sé cómo mi hermana está tan chiflada por este mamarracho; quítale la espadita, el quepis y los doraditos, y te encontrarás un tonto sin chiste *el ninguno*.

Cuando lo de la Reja, el buen mozo se atrajo la compasión general.

—¡Pobrecillo! exclamaban las mujerucas; ¡pobrecillo, haberse visto obligado á saltar por un balcón, porque tenía á su espalda un horrible zuavo! es cuanto podía acontecerle. Tiene más de diez descalabraduras en la cabeza, una mano torcida, inflamada una rodilla, hecho pedazos el uniforme y dolores en todo el cuerpo... De buena se escapó; si de cuenta de ese general Díaz hubiera corrido, le habrían dejado muerto allí... Eso es no tener *diatiro* caridad.

Y se propusieron las Vacas y las Sedeñas asistir al paciente y curarle y hacerle compañía por turno riguroso; pero como la ventolera de los *monos* les tenía sorbido el seso, sólo Mercedes permanecía cerca del lastimado; mas la muchacha á cada entrevista se mostraba más estomagada con la compañía.

—¡Jesús, pero qué fatuo, hijas! No hace más que preguntarme si no tiene nada en el rostro y si le irán á quedar señales de las heridas... Tú, por Dios, ni muchacha bonita que fuera... Manuelita, no haces negocio casándote con él; te pone á confeccionarle *cold cream* para la cara y no te deja hacer la comida... Y es lástima, porque guapo, sí lo es.

Mas hubo alguien que no compadeciera al herido, y este fué su propio padre, don Juan Romo, que al ver llegar al chico *apolismado* y cubierto de sudor, polvo y heridas, le regañó duramente.

—¿Conque caiditas, eh? De esas caídas se dan los cobardes; hubiera preferido cincuenta veces que me hubieran avisado que estabas en el hospital ó en el cementerio, atravesado por la bayoneta de un zuavo, á verte revolcado y maltrecho... Te caíste, y ese señor general Díaz, á quien no conozco, pero á quien quisiera besarle la mano, hizo muy santamente en echarte al fuego... Vaya unos soldados de media almendra, que se espantan de los tiros y de los cañonazos... ¿Pues qué te figurabas, tonto, que batirse era cosa de juego? Ya ves lo que hacen los hombres y ya ves cómo debías portarte tú.

Contestaba el muchacho lo que podía y Tirso, que se hallaba presente, no dejaba de decirle al quedarse solos:

—No hagas caso de tonterías; el pobre de don Juan está chocho y no hay que fijarse en sus cosas... Entre estos constitucioneros no hay decencia ni honradez, ni nada; pásate con los franceses y verás si hay buen trato y dinero hasta cansarse... Tenemos inteligencias en la plaza; no pienses que hayamos descuidado ese punto capital: la superiora de las hermanas de la Caridad, que es francesa, tiene establecido un telégrafo de señales con el cerro de San Juan, por medio de luces que se varían continuamente; Abdallah, aquel volatinero que gustó tanto aquí y en México, vino encargado de suministrar noticias y planos, ¡quién lo diría! y de guiar al ejército francés:

ahora anda en compañía de Forey; en fin, todos y cada uno de los organilleros que recorrían las ciudades y los caminos, eran espías... Cuando llegues allá te convencerás de lo que es bueno... Lo único que yo siento es no traer machete á la cintura, que si lo trajera, no sabrías de mí hace mucho tiempo.

Mas lo que servía para poner tablados era las disputas entre Sedeño y el viejo militar.

—Decían que no y hasta se va ladeando. ¿Qué tal cala están dando los indios, Bernabé? Hay vergüenza, hay valor y lo único que yo siento es no tener veinte años para darles en la chapa del alma á los franceses.

—¿Qué habías de hacer tú, Juanito? Corriste en Tolomé y te escondiste en el Gallinero.

—Nunca he corrido, replicaba bufando el otro, y bien puede ser que el día menos pensado les pruebe que ni aun ahora soy capaz de correr.

—¿A tu edad?

—A mi edad también se tiene vergüenza; y la verdad es que la siento muy grande al ver á estos excelentes muchachos del ejército de Oriente, batirse como unos dioses, mientras yo me estoy con la mano en la mejilla como el Señor de la Caña.

—Pues á ello, Juanito.

—A su tiempo, Bernabé.

El veinticuatro de Abril, á las cuatro, contemplaba

Eugenia la colocación de los muñecos que habían de formar parte de un endiablado baile hecho en cera, y en el que los monigotes parecían danzar sin coyunturas, cuando sintió un dolorcillo ligero hacia el vientre. Quiso disimular levantándose; mas como perdió el color é hizo una muequecilla que notaron sus amigas, éstas, que vivían como suele decirse, con la barba sobre el hombro, se sobresaltaron grandemente figurándose que ya llegaba el instante tan esperado.

—¿Has tenido un dolor?

—¿Te sientes enferma?

—¿Llaman á la *facultativa?*

Aseguró Eugenia que ya estaba mejor y se reanudaron la conversación y el trabajo.

—Por esto, decía Rebeca, nos darán treinta pesos.

—Y treinta por el bautizo, añadía Manuela.

—Por la orquesta, lo menos que pueden darnos es veinticinco.

—Pues mi ramo de azucenas, hecho con espinas de róbalo, no lo doy por menos de diez.

Y así habrían seguido echando trazas, cuando sintieron un horrible estrépito, como si cien manzanas se hubieran venido al suelo; después escucharon una horrible fusilería, gritos, carreras, cañonazos y todo el cortejo de un asalto. En aquel momento llovía á todo llover. Los muñecos cayeron por tierra, debido á la fuerza de la ex-

plosión ó á que las muchachas llenas de susto derribaron la mesilla claudicante, y todo el mundo se levantó, creyendo que averiguaría la verdad de lo acaecido mirando por encima de las paredes; sólo Eugenia permanecía en



su asiento, lívida, azorada, con los ojos dilatados y sin poder articular palabra.

Preguntáronle si se sentía mala y ella sólo contestó con un ¡ay! que parecía el desfogue de una máquina jadeante; lleváronla á su cuarto, y empezó á quejarse de nuevo, pero sin grandes extremos. Antonia, que ya estaba

lista para avisar á la partera, salió apresurada; pero á las seis volvió con la desconsoladora noticia de que, después de aguardar un buen rato en la casa de la calle de Infantes donde vivía la profesora, le habían dicho que no podría contarse con ella sino hasta el día siguiente, pues acababa de marcharse á ayudar á otro alumbramiento en la calle del Aguacil Mayor.

Poco después que Antonia, llegó su hijo Rudesindo, que por estar guarneciendo el convento de Santa Inés, con frecuencia obtenía licencias para ir á ver á su familia. El muchacho, con el uniforme, había echado seriedad y buena crianza, y en vez del borrachín estúpido é imbécil que todos conocían, era ya un soldado serio y honrado que bebía de cuando en cuando sus copitas (¿cómo había de prescindir, de un día para otro, de un hábito de toda la vida?); pero que ya manifestaba anhelos y tendencias nobles que nadie le había advertido antes.

— La cosa fué aquí cerquita, en el Pitiminí; pos, señor, que desde las dos comenzaron á sentirse en el suelo golpes como de barreta, y el coronel Padrés dijo al capitán Fernández: «Capitán, avise al general Berriozábal que nos están minando.» Llegó don Felipe acompañado del jefe de la otra línea, ora don Ignacio de La Llave, y dijo al Coronel: «Aguántese firme y vamos empezando la contramina», y en eso estaban cuando empezó á llover que parecía que iba á abrirse el cielo, y los gabachos, creyendo

que se les hogaba su mina, ¡zás! que la encienden... Entoavía estaba aquello lleno de viejas que gritaban, de chamacos que lloraban, de soldados que pedían auxilio porque les había caído encima alguna viga ó alguna piedra, cuando los cazadores de Africa se lanzan á la brecha; pero nunca hubieran pensado en eso: llenos de polvo, rencos, mancos, hincándose en los escombros, empezaron á disparar los valientes toluqueños, y cuero, y cuero, y cuero... hasta que corren los otros. No ha sido mala la zurra y ya se irán escarmentados los gabachos, aunque dicen que mañana repiten la fiesta contra Santa Inés. Ya verán, si se atreven, á cómo les toca ganar... Por de pronto, del Pitiminí se llevaron herido á un jefe con muchísimas charreteras y galones y cruces... á saber quién sería.

—Bien haya lo bien parido, gritó Romo; que les peguen hasta debajo de la lengua para que no se metan en libros de caballerías. Muy bien hecho, muy bien hecho. Y el retirado daba saltos de gozo figurándose que ya estaba al frente de un punto defendible y que echaba á la porra á toda la nación francesa con su emperador al frente.

—A este Juanito, dijo discretamente Sedeño al Padre humanista, le queda el compás, como á los músicos viejos; á los ochenta y pico no hay que pensar en esas gallardías.

—¡El compás, el compás! gritó demudado Romo; me queda algo más que compás, y sobre todo, me queda vergüenza, que con los años no se pierde, sino que se aumenta, ¡caramba! Y se echó un voto redondo como una bola.

Eugenia siguió peor en el curso de la noche, y apenas si Antonia, perita en los trances de Lucina por haberse asistido á sí misma en los numerosísimos partos que había tenido, estuvo atendiéndola y consolándola.

A las ocho el padre Vicente notó que escampaba la lluvia y comenzó á pasearse por el corredor alto de la casa; las monjas rezaban; las santas mujeres y las hijas de Sedeño se había reunido para rogar á San Ramón Nonnato por la deliberación de Eugenia; en la recámara de ésta oíanse gritos ahogados, que iban haciéndose más y más débiles á medida que el acceso pasaba. El presbítero contemplaba el cielo azul, azul desde su principio hasta su fin, sin más solución de continuidad que la vía láctea, que parecía una arruga en el terciopelo cerúleo.

Al oir un grito más fuerte que los otros, don Vicente recordó aquello de su Horacio:

Montium custos nemorumque virgo,

en que el poeta asegura que se libran de morir de parto las mujeres que invocan á Diana por tres veces; y al oir aquellos gritos y aquel reclamo de una vida que pretendía

salir á luz, pensó por primera vez en el misterio de nuestro ser, en el cebo que ofrecían las noches estrelladas al amor humano y en cómo, mientras muchos hombres morían, otros hacían los imposibles por nacer. Entonces recordó su vida, que había resbalado entre exámetros incoloros, entre las seducciones de la forma impecable de los autores clásicos y los escrúpulos de las pobres monjitas á quienes tenía que poner cara seria para sostenerles que estaban cometiendo unos pecadazos que las echarían irremisiblemente de patitas en las calderas de Pero Botero.

Entonces recordó las *candidæ puellæ* de Cátulo, las *lascivæ puellæ* de Virgilio, los *dente labris notam* y los *ledentum oscula* de Horacio; entonces comprendió que quizás eran algo más que palabras bien sonantes los piropos del venusino á Glicera y que tenían razón las madres, las mujeres y las amantes en temer las astucias de Barine. Y suspiró, y quizás su suspiro fué de pesar por no haber encontrado en su vida una Barine á quien decir aquellas cosas que se cuchichean los amantes cuando llega la noche y por sentir los avances de la senilidad impotente... Miró al cielo una vez más... todo estaba en silencio; los quejidos de la enferma habían cesado y no se oía rumor por ninguna parte; se metió á su cuarto solitario y concilió el sueño tan pronto como puso la cabeza en la almohada.

A las seis de la mañana del veinticinco empezó el ca-

ñoneo, primero débil, como opaco, como si los que manejaban las piezas estuvieran soñolientos y amodorrados, luego más claro y más frecuente, como si la luz fuera la cómplice necesaria de aquella obra de destrucción. En la casa no se oía rumor ninguno; sólo se veía andar de acá para allá una luz que traía en la mano el viejo Romo, que desde muy temprano había andado hurgando en una cómoda que constituía el lujo de su casa. Traía puesto un poco al sesgo, un sombrero de medio queso con escarapela; vestía piqueta azul celeste con vueltas amarillas, calzones y medias negras,



zapatos de charol, é iba armado con un terrible chafarote que pendía de la vaina: era el uniforme del regimiento del *Deseado,* en el que don Juan había sido sargento

allá por los felices años en que el señor marqués de Vivanco servía en clase de subalterno.

Bajó el buen Romo claudicante y cogiéndose del pasamanos, y luego que escuchó el primer cañonazo, tocó á la puerta del cuarto en que vivían los hijos de la Antonia.

— Rudesindo, Rudesindo, cuchicheó con recato.

— Allá voy, mi amo. ¿Qué se ofrece?

— ¿Qué se ha de ofrecer, hombre, sino que ya empezó la danza? Levántate, que si no llegamos los últimos.

Dejó su petate el buen Rudesindo, y se quedó perplejo al ver á don Juan convertido en personaje del *Valle de Andorra*.

— Vámonos, hombre, vámonos; ¿dices que por aquí, por la Concordia, se puede entrar? Pues al avío, que sino los franceses se adelantan. Ya verán estos tontos si es lo mismo ser ojalatero que valiente; ya verán si sabe batirse un soldado del Rey.

Salieron los dos cómplices sin que les sintiera nadie y no tardó la casa en ponerse en movimiento. Los cañonazos se oían cada vez más frecuentes. Tres horribles estruendos semejantes á los del día anterior se oyeron sin interrupción, y el mundo entero se puso en alarma. Eugenia seguía quejándose con voz de cordero humilde y resuelto al sacrificio, asistida sólo de Antonia.

— No es nada, niña; no tenga miedo.

— ¡Qué horrible batalla! ¡ahora no queda piedra sobre piedra!

— ¿Qué le parece? Don Juan se ha perdido.

— ¿Perdido? ¿Pero dónde puede estar?

— ¡A saber! él está medio chiflado, y es capaz de haber hecho cualquiera atrocidad.

— ¿Y Toño, no le sintió salir?

— Dormía como un ángel.

— ¡Y esta criatura tan grave! ¿Encendiste la vela de la Candelaria?

— Y la del monumento, y el cuadro de San Ramón y las reliquias de la Concordia.

— Vámonos á rezar.

Y se formaron dos grupos para el rezo, uno en la parte baja, donde vivían las monjas, y otro en los altos con las Vacas, Romo, Córdova y el sacristán. De un lado se oía: «Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo...» Del otro: «Sancta María, Sancta Virgo Virginum...»

De repente sintieron un horrible sacudimiento, después un ventarrón que apagó las candelas y cerró las puertas que estaban abiertas, luego un ruido como si la casa se viniera abajo. Un gran rato estuvieron cayendo trozos de cascote, crujieron las vigas y se oyeron nuevos y más repetidos estrépitos. Luego quedó todo en silencio, oyóse un grito que confinaba con el sollozo y con el rugido, y después el llorar de un niño.

—Papá, ¿estás vivo?

—Vivo, sí, puesto que hablo, pero no sé si estoy sano... ¡Alabado sea Dios que nos prueba así!... Eustasia, Eufrasia, Gervasia, Protasia, ¿están vivas y cabales? ¿Nada les pasó, hijitas?

—Nada, papá, respondieron en coro.

—Rebeca, Nela, Meche, ¿cómo están? ¿Cómo están Rafael y Toño?

—Sin novedad, dijeron los preguntados.

Se levantaron todos y abrieron la puerta sin poder ver nada hacia fuera, tanto era el polvo que llenaba el patio; de entre aquella nube salió Jesusita, la portera, y dijo trabándose y llena de horror:

—¡Ay, señor, qué desgracia! Aquí, en la casa, la bomba... Abajo... Las madrecitas... el padre... ¡Ay, señor, qué cosas!...

Bajaron todos á la carrera, y vieron salir enloquecidas á tres monjas sin tocas y sin velos. Nada respondían, nada hablaban concertadamente, no sabían á dónde ir ni qué hacer.

Dentro hallaron el espectáculo más espantoso que podían haber soñado: siete monjas yacían por el suelo, unas con el vientre hecho pedazos, otras destrozado el rostro, la cabeza, ó las piernas; ninguna estaba viva; todas yacían en un charco de sangre, bien muertas y sin trazas de haber sufrido nada. Sor Marcelina estaba como dor-

mida en las piernas del padre Irízar, que por un milagro había quedado ileso; la mulata Pachita estaba recargada en la pared, con una horrible herida que parecía la prolongación de su pañuelo rojo.

Salieron los hombres, validos de que el fuego había cesado un poco, á ver qué hacían con todos aquellos cadáveres; las muchachas entraron á saludar á la parturiente, y en el momento en que ponían el pie en la puerta del cuarto, oyeron un repique jubiloso y triunfal que las obligó á hacer comentarios.

— ¡Han ganado los de dentro!

— ¡Serían los franceses que ya están en la plaza!

— ¡No es más que una señal para que esto siga!

— Es, dijo Eugenia con voz débil aunque entera, que se anuncia que ha venido á visitar á ustedes el rey del mundo.

— ¡Preciosa, cuánto gusto!

— ¡Qué mona!

— Es varoncito, dijo la partera improvisada, y está muy grande y muy gordo... Y ahora que ya está aquí, voy á ver qué sucedió con mi muchacho, que tengo encima esa *pinsión*.

No tardaron los emisarios en volver con soldados de ambulancia, que recogieron los cadáveres y los llevaron á enterrar; la que dilató más fué Antonia, que llegó llorando á gritos:

—¡Por ahí le llevan pal hespital!... ¡va muy mal herido!... Señor don Juan va tirante en una tabla; los soldados le alaban porque dicen que pelió como los hombres, hasta el último.

Cuando hubieron pasado las terribles sensaciones de aquel día, las pobres familias tuvieron dos pequeñuelos á quien atender: el recién nacido, que, según el general consenso, era el primor más grande que se hubiera visto, y el padre Irízar, que vivía recordando el terrible estruendo de la bomba y hablando en latín á todas horas.





CAPITULO XVII

Santa Inés

La del alba sería, cuando el teniente coronel Carbó despertó á Pancho á toda prisa.

—Levántate, subtenientillo; manda el Jefe que con veinticinco hombres marches á Santa Inés á llevar una provisión de pólvora, y que te pongas á las órdenes de Auza.

El tocado del chico era más que compendioso: dormía vestido, y con quitarse el chaquetín, sumergir rostro y manos en agua clara, y fregotearse y escamondarse con un gran estropajo que había tomado de alguna casa, juzgándolo *nullius,* se dió por despachado y empezó á despertar á su gente. Faltaba buen rato para que el sol alumbrara el cielo y la tierra, y faltaba menos para que el cañón francés comenzara á tronar, pues cabalmente se daban á reconocer los auxiliares á la guardia de la es-

quina de la Concordia, cuando oyeron el primer tiro, que por cierto salió de un gran cañón situado del lado de la Siempreviva.

Ya estaba de pie el Jefe, y tan pronto como le avisaron que quería hablarle un enviado de Porfirio, salió á mitad de la nave de Santa Inés, que empezaba á iluminarse con el rosicler del alba.

— Me figuro que el general Díaz habrá arreglado todo lo necesario para ayudarnos á rechazar el asalto que hoy aguardamos.

— Así lo creo, mi Coronel.

— ¿Qué recado le dió á usted?

— Me encargó entregara en sus manos estas cajas y que me pusiera á sus órdenes.

— Bien está; pase y busque al teniente coronel Cosío: él le dará colocación.

— Con permiso de usted, mi Coronel.

Pancho no se picaba de poeta, pero hay un numen especial en el alma del soldado, que le hace verlo todo bajo un aspecto particular, de manera que nadie siente tanto la alegría de vivir como el que puede morir de un momento á otro, ni hay quien comprenda la gloria de la muerte por el deber, como el que puede darla y la lleva consigo como deidad obediente. Aquella alegre mañana en que reían el cielo, los montes distantes, los vivos colores de los uniformes franceses y el campo verde, sólo

había algo fúnebre: aquella posición en que el valiente muchacho se hallaba dispuesto á rechazar á los asaltantes.

Figuraos la extensa huerta del convento de Santa Inés (ocupada hoy por una fábrica de cerillas, y sin que haya ni dentro ni en sus inmediaciones una sola piedra que indique al viajero que en aquel lugar se realizó una de las más grandes hazañas de la historia mexicana); figuraos, digo, la huerta erizada de defensas, apretada de fortificaciones temerosísimas, llena de soldados apercibidos para el combate, fusil en mano y calada la bayoneta. El muro del convento era alto y semejaba un rostro ceñudo; estaba aspillerado de arriba á bajo y causaba pavor, porque se adivinaba que tras aquellas tropas había muchos fusiles dispuestos á la matanza. Una escalera que conducía á las habitaciones de las monjas, había sido destruída y



D. Miguel Auza

quedaban de ella solamente dos arcos cegados, dos pilares angostos, y una ventanilla también tapiada, por la cual se antojaba ver salir la cabeza blanca y la cara atrabiliaria de alguna lega vieja que hubiera venido á hacer labor. Luego venían cuatro sucesiones de parapetos, más y más bajos á medida que se acercaban á la salida, repletos de escombros de construcciones derribadas, formándose entre unos y otros, pequeños pasos que servían de atrincheramiento á la gente. Venía después una serie de *abatidas*, formada por los árboles de la huerta con las ramas desnudas y dirigidas hacia el exterior, de redes de alambre unidas por correas, de todo cuanto podía pinchar, herir ó detener el paso. Cerraba las obras la reja del exterior de la iglesia, también erizada de púas y de obstáculos y ligeramente inclinada hacia afuera. La tapia exterior ocultaba estas obras monstruosas.

El tercero de Zacatecas, mandado por el coronel González Cosío, estaba en la planta baja; el quinto, también de Zacatecas y regido por el mismo Auza, estaba en los altos; la artillería la mandaba Cazarín.

A las seis y media, cuando ya era día claro, empezó un fuerte cañoneo contra la tapia de fuera; á las ocho, ocho y cuarto y ocho y media, estallaron tres minas cargadas con cerca de trescientos kilogramos de pólvora; cayó la tapia, pero las defensas interiores quedaron ilesas y los jefes franceses comprendieron la enorme dificultad

que aquello encerraba. La artillería empezó á batir los parapetos, tratando de abrir brecha para el paso de la columna. Imposible conseguirlo; la reja dejaba pasar por sus intersticios todas las balas, que iban á caer en la abatida, casi sin tocar la fortificación; un horrible fuego de fusilería acababa á los artilleros franceses, los tiros se hacían cada vez más distantes y el momento parecía propicio para el asalto...

Precipítase una columna del tercero de zuavos por la brecha que al cabo de aquel fuego tan porfiado habían logrado hacer las balas. Ve Pancho á un oficial moreno, alto como un castillo, barba negra é hirsuta, ojos soberbios y ademán de orgullo. Vestía el brillante uniforme de los *spahis,* alquicel blanco, chaqueta roja bordada en oro, pantalón azul bombacho y botas charoladas.

— *La brèche est practicable; en avant!* gritó á los que le seguían.

Pancho cerró los ojos un momento para abrirlos en seguida de par en par, levantó el mosquete, lo apuntó al oficial, que en aquel punto tenía el rostro vuelto á los escombros que habían levantado las minas, dejó caer el gatillo y el brillante mozo se derrumbó en tierra.

No tardó en penetrar un tropel de zuavos; iban con la cabeza baja, el fusil empuñado, el ademán resuelto y el conjunto de fiereza y ardimiento: estaban realmente bellos los mozos y sentíanse deseos de sorprender su gesto en el

instante aquel. El que iba al frente tropezó con la reja, la contempló un segundo, y sin deliberar, en medio de aquel fuego espantoso, se desciñó la vaina del marrazo, la clavó en tierra y cayó de un salto al otro lado, dejando la vaina en el lodo y la *calotte* en los picos de la abatida.

Tras éstos saltaron con prodigiosa habilidad más de cien zuavos y otros se introdujeron por el angosto espacio que había dejado la artillería. Cosío vió la inminencia del peligro y gritó á Pancho:

—Diga á Cazarín y á Ochoa que estén listos con las piezas.

No tuvo tiempo el muchacho de llevar el primer recado; cuando quiso salir al corredor, éste estaba lleno de franceses, y Cazarín, que había conseguido disparar apenas un cañonazo desde el cuarto en que las monjas tenían una fábrica de vinagre y cuatro grandes pipas para destilar el líquido, al ver venir á la turba cerró la puerta y ocultó la pieza tras los barriles.

Ochoa fué más afortunado: hallábase en el hueco entre el muro y la escalera, y al oir lo que Francisco le decía, apenas asomó la cabeza en señal de inteligencia. Por el intersticio que dejaba la boca del cañoncito de montaña, diestramente disimulado en el muro, vió venir Olivos á un zuavo que se adelantaba por el corredor.

— Ya vienen, mi teniente, dijo casi en secreto.

— Espere, contestó el otro, también muy quedo.

En eso los zuavos llegaron á ser no uno ni diez, sino más de cien; el cañón quedó á la vista y uno de los zuavos aquellos metió el marrazo por la hendedura é hirió á Ochoa en el estómago, aunque levemente.

—¡Ahora es tiempo! gritó Ochoa tirando de la piola.

Salió el tiro y quedaron muertos muchísimos zuavos; los demás contramarcharon, y con la priesa se metieron al cuarto en que se había guarecido Cazarín. Mas no tardó aquel grupo en ser substituído por otro que se introdujo violentamente por el corredor y llegó hasta el segundo patio. Francisco recordaba haber visto en sueños aquel patinillo rodeado de altos muros, con celdillas uniformes, con gentiles arcos volados y ceñidos por una barda de mampostería. González Cosío desgarra tres ó cuatro compañías de su batallón pero en vano; los zuavos son como quinientos y se meten á viva fuerza sin que nadie se lo pueda impedir. De lo alto de los corredores se les hace un fuego terrible, fuego que da idea de un verdadero infierno; los zuavos, por su parte, responden en idéntico tono, y apenas observan que se adelanta una cabeza, al vuelo le apuntan y dejan muerto al dueño. Así perece el pobre teniente coronel Mateo Salas, que tiene la imprudencia de asomarse un poco, y así perecen otros muchos jefes y oficiales.

Cosío y Auza comprenden entonces su papel; hay que acorralar á los franceses, no hay que batirles; y en cuanto

á los que aparecen por todas partes, es necesario intentar nuevos combates para impedir que se junten y emprendan un nuevo asalto. Auza en compañía de Lalanne está en una de las piezas de la planta alta; dispone algo, cuando repentinamente siente que vacila el suelo bajo sus pies; quiere avanzar más y tropieza nuevamente: en ese momento se derrumba el piso y queda entre los escombros: todavía tiene tiempo de gritar al compañero:

—¡Substitúyame unos instantes y mande quién me saque!

Ya habían ido en auxilio del Jefe cinco ó seis cabos y sargentos de Puebla y Zacatecas y el teniente Teodoro Hoffay, que empezaron á remover escombros y á hacer esfuerzos terribles por sacar al maltratado Coronel. El cual estaba metido casi hasta el cuello entre el cascote y las piedras, teniendo libres tan sólo la cabeza y la mano derecha. Los franceses, comprendiendo que algo había pasado, comenzaron á hacer fuego contra el grupo; los escombros se apretaban más á cada cañonazo; era imposible conseguir que saliera un trozo siquiera del cuerpo del desgraciado Auza, antes por el contrario, se sumergía más en dirección del vacío, en que hubiera quedado perdido sin remedio, pues el techo estaba todavía pendiente de algunas vigas, y al desplomarse éstas todos se habrían despeñado á una sima que parecía trampa.

Pancho, que oyó el estrépito, acudió á toda prisa cre-



Santa Inés, después de la rendición de la plaza

Reproducción directa de una fotografía

yendo que el edificio entero se había venido abajo. Se encontró á don Miguel pálido, con los bigotes y el pelo blancos por la polvareda, mas entero y firme como nunca.

—No quiero tanta gente aquí conmigo; hacen falta allá fuera; si no, se nos mete la canalla... Bien, bien; ya se va aflojando esto, pero aún nos queda esta gran piedra que me rompe los riñones... ¡Demontre, y cómo aprieta el diamante del anillo que traigo en la mano! Díganle á Manuel Cosío que no ceje en la defensa; es cosa de poco tiempo. ¿Que se porta bien?... Ya lo creo que se porta; «es Guzmán y es hijo mío»... Por mí no avisen á mi compadre Ortega... aunque sí, comuníquenle que conviene mandar aquí más gente para acabar con los franchutes... mil gracias, subteniente; pero no hale tan recio, porque tengo el brazo hecho pedazos... ¿Sigue tirando San Agustín? ¿Todavía dirige Porfirio la defensa?... ¡Caramba, vaya si duele la pierna!... ¡Cuidado, cuidado; la tengo entre dos vigas y el pie no puede salir?... Al fin, hombre de Dios... ¡Ay, ay, ay! Dígame, ¿consiguió Régules rechazar á la columna? ¡Dios de Dios, cómo tiran! al fin ya estamos fuera!... Tupe mucho la artillería francesa, y los cazadores empiezan á dirigir balas hacia acá... Retírense algunos, que si no vamos á tener una matanza horrible... Teodoro, présteme su hombro, que quiero ver si puedo caminar con mis piernas... Eso, eso; aprieta la fusilería nuestra y se calla el cañón francés... Imposible andar;

tengo rotos todos los huesos, estoy muerto sin remedio... ¿A dónde me llevan?

Era un espectáculo imponente el de aquel cortejo conduciendo al pobre inválido al través de las balas, del estruendo y de la confusión. Había improvisado Pancho, que era hábil y modosito, un tapextle con maderos de los que habían servido para la fortificación, y mantas y capotes de los soldados; entre él y Hoffay, ayudados de un sargento García, muy fuerte y muy listo, colocaron al enfermo con infinitos cuidados, y emprendieron el camino al través de las horadaciones, de las piezas obscuras, de las escaleras derruídas, de las crujías tapiadas, tras de las cuales se oían voces é imprecaciones. Iban temerosos de que los zuavos se hubieran introducido á alguna dependencia del convento y de que hubiera que trabar combate con ellos. ¿Qué harían entonces de su carga? ¿Cómo abandonarla, cómo exponerla á las balas y cómo caminar con ella? Hoffay y Francisco marchaban con las pistolas en las manos, dispuestos á perecer más bien que á abandonar al pobre inválido en poder de enemigos que no sabrían respetarle, y así consiguieron llegar á la sacristía de la iglesia, amplia, extravagante, con un recodo que dejaba ver una inmensa enredadera del rosal de Pitiminí que había dado nombre á la calle inmediata. Don Miguel había venido con los ojos abiertos y vidriosos, pero sin hablar palabra; en la nave de la iglesia quiso in-

corporarse un poco y arrojó una gran bocanada de sangre... Quedóse mirando los cuadros que representan la vida de la redentora de perdidas, la dulce Inés del monte Policiano, y pareció fijarse en la figura de un pintor de chupa y vuelillos, que ora al pie de una imagen, llevando una vela en la mano.

— ¡Agua! dijo jadeante, con el acezar de quien siente que se le acaba la vida.

Bebió el vaso que le ofrecieron, se limpió el bigote con la mano sana y luego preguntó lleno de aliento:

— ¿Corrieron por fin los franceses?

— Sí, señor; ya están en sus posiciones.

El aire libre le animó un poco, y cuando llegó á la iglesia de la Concordia, se fijó en el pórtico en que está la divisa de los Padres del Oratorio, y dijo risueño apuntando una inscripción que se destacaba claramente:

— También yo, también yo, «paraíso, paraíso quiero.»

Le metieron á la sacristía donde le aguardaban ya los cirujanos que Ortega había mandado y que le examinaron de pies á cabeza.

— No hay rotos más que tres huesos; si no existe lesión interna, cuestión de poco tiempo.

Auza se había entretenido mirando un cuadrote que llenaba el testero del cuarto y que representaba á un santo con la barbilla italiana, la sotana bien ceñida, los ojos color gris obscuro y la mano flaca é imperiosa acen-

tuando un letrero que le salía de la boca: «Mi congregación no la fundó mi espíritu, sino el Espíritu Santo.»

Salió de aquella atonía al ver á Lalanne llegar con un zuavo bajito de cuerpo, rubio como unas candelas, ceremonioso y bien criado como Sancho Panza.

— *Mon général,* exclamó el preso quitándose el fez y haciendo una revencia extravagante, *est-ce que vous êtes blessé?*

— ¡El primer prisionero, señor! dijo contento Lalanne.

Levantó trabajosamente la mano don Miguel, y sacando dos pesos del bolsillo los entregó al *chaparro,* que se deshizo en reverencias.

— *Mon général, je suis á vos ordres; merci, mon général.*

A poco empezaron á llegar jefes que llevaban más prisioneros, y Miguel, figurándose que la jornada estaría concluída, entró descuidado á Santa Inés. Ya había más de doscientos zuavos á buen recaudo; pero todavía continuaban los combates cuerpo á cuerpo, los duelos entre grupos de franceses y mexicanos y las tremendas escaramuzas en que unos y otros hacían alardes de valor en medio de los fuegos cruzados de las dos facciones.

González Cosío se multiplicaba, yendo y viniendo pistola en mano, dando órdenes á los retardados, excitando á los valientes, animando á los irresolutos y siendo en fin el alma de la defensa.

Notando que salían tiros del cuarto en que Cazarín se había encerrado con su cañoncito, mandó Cosío que aplicara el medio que Porfirio había ensayado con tanto éxito en San Marcos: quitar los ladrillos del techo y arrojar granadas por los intersticios; los zuavos comenzaron á defenderse, pero como se les habían agotado ya las municiones durante el tiroteo hacia el patio, no tuvieron más remedio que rendirse. Cuando se les sacó, bravucones y altaneros, salió Cazarín de entre las pipas del vinagre, lleno de calma y socarronería y acompañado de su cañoncito y de dos muchachos.

—¿Y si te hubiéramos matado? le decían.

—¡Qué remedio! habría tenido la pena de que me tronaran mis compañeros.

Y siguió haciendo fuego con el cañón, que apuntó hacia la brecha atestada de cadáveres, pero por donde no dejaban de penetrar zuavos y cazadores.

Pancho salió á llevar una orden de Cosío á la cuadra de Régules, y se encontró el combate más empeñado que nunca. Lalanne acababa de llegar y había hecho que quitaran todo el enladrillado de una vastísima habitación ocupada en la parte baja por los franceses. Éstos, por su parte, ayudaban á la obra tirando hacia el techo y levantando los ladrillos, apenas detenidos por una capa de argamasa. Comenzó la tarea de echar granadas para el piso bajo y se oyeron distintamente los pasos de los que se

arremolinaban queriendo alejarse del lugar donde había de hacer explosión la bola de fuego. Pero ya estaba levantado casi todo el techo y apenas si quedaba donde los mexicanos estuvieran en pie y se guarecieran de los tiros de fusil. La granada pasaba silbando, hacía un rato remolino en el suelo y acababa por explotar esparciendo cortadillos, trozos de hierro, clavos y las mil materias que al ser proyectadas por el aire rompían miembros, vaciaban ojos, hendían cabezas ó arrancaban trozos enteros de pared que caían sobre las gentes hiriéndolas y matándolas. A la cuarta ó quinta bomba, los franceses abandonaron el cuarto y tuvieron que salir á toda prisa para traspasar unos el foso y morir otros frente á la trinchera, guardando hasta difuntos el ademán fiero y provocador que habían tenido cuando podían disparar tiros, cantar á voz en cuello y beber aguardiente.

Si algo hubiera sido capaz de llamar la atención de Pancho en esos momentos, de seguro se habría quedado estupefacto al ver á un vejete con traje de la época de Iturrigaray, que arrojaba granadas hacia el piso bajo, ocupado por los franceses.

— ¡Otra y se retelargan!... Ya ven si sirven los viejos... No todos son bellacos como mi hijo, que no sacó mi sangre, que no es de mi casta... Bueno; deben de haber muerto muchos de esos marranos... ¡Fuego y carguen cañones!...

La lucha, aunque reñida, no dejaba lugar á duda en favor nuestro.

Al ver huir á la canalla, Romo quiso bajar en unión de Rudesindo, que le seguía. Una bala que le entró por un omoplato, inutilizó al hijo de la viuda, que cayó gritando: «¡Viva México!»

Don Juan, exponiéndose á todos los tiros de los asaltantes, trepó al pretil, y con el rifle en la mano empezó á disparar á toda prisa. No se oían los gritos que salían de la boca desdentada del viejo; pero sí se veía grande y majestuosa la figura del soldado de Tres Villas, que en medio del humo y de la polvareda dejaba ver la cabeza blanca, los faldones de la casaca, las medias negras, y el rostro transfigurado por el ardor de la lucha. Una bala de las innumerables que se disparaban, cortó la voz en la boca del anciano, que vino á tierra con los ojos muy abiertos, pálido y convulso. Ya no articuló palabra; al bajarle á la ambulancia expiró pacífica y silenciosamente.

Fué aquel el último acto de la resistencia; los franceses se alejaron á toda prisa, y Pancho pudo ver, cuando llegó á dar cuenta de su encargo, que el patio entero estaba sembrado de cadáveres y que el general Ortega recorría los puntos en medio del entusiasmo de todos los soldados.

— Pero ¿por qué no cargaron ustedes cuando la gente estaba de buen temple? Fué una falta...

— Mire la respuesta, mi General, dijo Cosío con calma.

Un zuavo que se quejaba más que Durandarte en la cueva de Montesinos, gemía con desconsuelo:

— *Un peu d'eau.*

— ¿Qué dice este marrano? preguntó uno de los soldados á otro que juzgó más entendido.

— Que quiere agua, dijo el que servía de truchimán.

— Pues toma, perico, una sopa de tu propio chocolate, dijo zarandeándose el interpelado y virtiendo un trago de la cantimplora que traía en la mano en la boca del zuavo. Y luego, notando que le veían los del cortejo del General, gritó sin cortarse: «¡Que viva y que reteviva mi... *renejal* Ortega!...

— Pero, éste está borracho como un cubo de pulque.

— Y todos están lo mismo, mi General.

— Y ¿quién cometió la falta de darles alcohol?

— Ellos, señor; tomaron las cantimploras de los zuavos muertos, y como en el otro campo, para obligarles á que entren valientemente al asalto, siempre les ofrecen aguardiente, éstos se aprovecharon del botín de guerra.

Rió Ortega, comprendiendo que tampoco era muy fácil, supuestos nuestros menguados recursos, volverles á los franceses la oración por pasiva, y dispuso todo para levantar el campo.

— Sigue todavía el fuego contra Régules, señor, dijo Cosío.

— ¿Y se presentaron á tiempo Escobedo y Alatorre?

— Claro que sí, y también Ramírez prestó muy buenos servicios con su cuerpo. ¿Pero sabe, señor, qué nos ayudó grandemente? La trinchera de la calle de San Agustín,



Santa Inés. — Otra vista tomada después de la rendición de la plaza

que impidió la reunión del resto de la columna con la cabeza que había entrado aquí.

— La mandaba Pancho Castañeda.

— Y los tiradores del general Díaz.

— El mismo les llevó y estuvo á punto de que le mataran por haberse expuesto á los fuegos que barrían la calle desde el mesón de la Reja.

— Y Berriozábal.

— Y Llave, que mandó veinticinco rifleros escogidos.

— Todos, todos, repuso Ortega, han tenido el comportamiento que la Patria y yo aguardábamos de ellos. He determinado algunos ascensos que espero estimulen el ardor de tan buenos soldados: Porfirio Díaz y Auza, generales de brigada efectivos; Cosío, coronel efectivo y general graduado, y Lalanne, teniente coronel con grado de coronel...

A Pancho, á Hoffay y á otros muchos subalternos les tocó también su gradito de ascenso, y por cierto que los pobres creyeron haberlo ganado muy honradamente.

— Vamos á ver, dijo Mendoza, que se recoja y se guarde todo el armamento ganado.

— Ya lo envié todo, mi General, respondió Cosío.

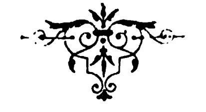
— ¿Y esos fusiles, que pertenecen al tercer batallón de zuavos?

— Perdone usted, mi General; esta inscripción no significa *tercer batallón de zuavos:* el 3 B. de Z. que usted ve, quiere decir *Tercer batallón de Zacatecas;* y si usted encuentra que hay diferencias entre el calibre y la fabricación de estos fusiles y los de los nuestros, no lo extrañe, que hoy por arte de encantamiento pasó esta metamorfosis.

— *Si non è vero è ben trovato,* repuso Mendoza y sin atreverse á reñir al bizarro General.

A las once todo había concluído; las músicas empezaron á tocar dianas é himnos, y las campanas, que habían permanecido calladas, rompieron en el repique más jubiloso que habían escuchado fiestas de Corpus y días de San Pedro.

Se llevó á los heridos lentamente y llenos de cuidados; los muertos caminaron en tres carretas tiradas por bueyes, de esas en que los labradores suelen conducir la mies recién segada, simplemente que la mies ahora era roja y en parte había sido arrancada antes de sazón. Y Pancho, que corría delirante tras de las músicas y los vítores, no podía apartar de sus ojos una cabeza con el cabello como pegado á la frente, la vista vidriada, la boca desdentada y luciendo un trapo rojo en el cuello. Había quedado fuera de la carreta, y con los vaivenes parecía reirse escépticamente de la vida, de los hombres y de las cosas.





CAPITULO XVIII

«Sacra fames»

POBRE Sedeño! ¡La bomba aquella le había caído en la sesera, y de alegre, donoso y chispeante se había convertido en una verdadera ruina! El pasito sandunguero y un poco danzarín, se había tornado en un triste arrastrar de las extremidades; el guiñar del ojo alerta, que parecía reconcentrar la vida de los dos, se había trocado en una parálisis de los párpados; y la inquietud de pies y manos, que le servía para confirmar, aceptar ó denegar lo que el contrario le proponía, era ya una completa inmovilidad, cada día más acentuada por la cabeza caída, la voz opaca y los brazos sobre las rodillas.

Pero había algo más terrible y que aumentaba más aún la amargura del casullero: ver su amada ciudad destruída, su catedral cerrada, sus amigos ausentes, los im-

píos prosperando y trocado todo su plan de vida, no le afligía tanto como la falta de mantenimientos, el espectro del hambre cruel y desoladora que se acercaba á más andar. En las panaderías se formaban por las mañanas grupos que pedían pan á cualquier precio y que armaban fenomenales zipizapes amenazando con la muerte á quien no les diera lo que habían menester. El pan que había valido siempre á tlaco cada pieza, se vendía por los principios de Mayo á real y á peseta, y eso cuando había quien lo vendiera, pues las más ocasiones caía en manos del pueblo famélico antes de pasar á poder del que lo pagaba. En la panadería de la calle de Raboso hubo el primero de Mayo cuatro heridos, y un muerto el dos en la panadería del Correo Mayor: en la calle de Herreros llegó á revestir tales proporciones el tumulto, que fué necesario enviar dos compañías á dispersar á los revoltosos.

Desde el principio del sitio faltó la carne fresca, y aunque el tasajo suplía en parte, llegó á escasear tanto este mismo, que había quien cortejara al poseedor de un trozo de carnaza apestosa como si hubiera sido una niña guapa y heredera de un fortunón.

Los pobres sufrían las de Caín, y si durante algunos días les bastaron los acopios que habían hecho en los principios del sitio, después se hallaron poco menos que en blanco. Sedeño, á fuer de prudente, había ocultado cinco ó seis fanegas de maíz y otras tantas de trigo y ce-

bada procedentes del diezmatorio angelopolitano *(olim tlaxcalensis)* y merced á aquello iban viviendo los asendereados habitantes de la calle sola; mas ni aquello era mucho, y aunque lo fuera valía la pena de exponerlo á las pesquisas de los sabuesos que andaban á la que saltaba.

Pancho había sabido detalladamente todos los sucesos de las heroicas jornadas del Carmen y Totimehuacán, y se había quedado asombrado de lo que podían el hambre y la rabia combinadas. Aquello no era batirse, no era cumplir con su deber, no era rechazar al enemigo extranjero; era volverse loco, pelear con dientes y uñas, y marchar derecho contra los que tenían lo que el hombre ambiciona aún más que la *fembra placentera:* el *mantenimiento de cuerpo*, que es la base de toda empresa humana.

En Totimehuacán los mexicanos salieron de sus posiciones y llegaron á unos cuantos metros de la trinchera francesa, de donde fueron rechazados con grandes pérdidas, mas conduciendo consigo una buena cantidad de salchichones y chorizos que quitaron á los Cazadores de Africa. Quedó á la orilla del foso francés un buen número de difuntos; pero el fuego no cesaba ni un momento y por cierto que causaba grandes pérdidas en la avanzada francesa, pues los tiros se hacían casi á quemarropa. Ocurrieron los cazadores á ver quién era el osado que se colocaba en puesto tan peligroso, y hallaron á dos sargentos de Durango, de los cuales uno tenía rota una pierna y otro

las dos: se habían estado batiendo sin esperanzas de auxilio, aprovechando los fusiles y el *parque* diseminados y parapetándose con el montón de cadáveres. Fueron llevados en triunfo al puesto francés y tratados con grandes consideraciones: uno murió al ser conducido á la ambulancia, y el otro al sufrir la desarticulación del muslo derecho.

Ese mismo día, dentro de la zona de fuego mexicana y fuera de la francesa, quedó un zuavo que parecía muerto, pero que en realidad no estaba sino ligeramente herido, habiéndose echado al suelo para librarse de los fuegos cruzados de los contendientes. Un plateado de los que mandaba Antonio Pérez, jefe de la escolta particular de Ortega, vió al gabacho tendido cuan largo era, le echó un lazo por los pies, picó al penco y corrió en dirección del fuerte. Al llegar, dijo el arrastrado limpiándose el polvo y tanteándose las lesiones:

—No me gusta mucho el modo que tienen de transportar á los heridos peligrosos en esta tierra.

Porque así era en aquella lucha: la risa junto á las lágrimas, la desolación al lado de la despreocupación, la frase de terror cerca de la frase ingeniosa, mordente y expresiva. Las bromas eran cosa diaria, y por cierto que las había de muy buena sombra. Sabedor el general Llave de que cierto sacerdote se rehusaba á confesar á un enfermo, pretextando que había el tal jurado obediencia á la Cons-

titución y á las leyes de Reforma, mandó colocar al pobre cura en la trinchera de la sacristía de San Agustín, en momentos que llovían confitazos de una y otra parte. Pasados los tres cuartos de hora que duró el asalto, bajaron al curita, que se quedó tan sereno como si le hubieran puesto á oir el *miserere* en San Pedro de Roma.

Joaquín Llave, sobrino y ayudante de Don Ignacio y á quien los muchachos llamaban *Flautín* á causa de su delgadez, convidaba frecuentemente á Pancho Olivos á hacer las más tremendas diabluras que podían caber en mente de chicos mal criados. Vestirse de mamarrachos con las ropas que se encontraban en las casonas abandonadas por los ricos, ir hasta las trincheras de los contrarios y gritarles en francés las atrocidades más espantables, exponerse al fuego enemigo por una *galaneta*, eran cosas diarias y que se realizaban en los cuatro ámbitos de Puebla cien veces por día. Pero lo que constituía uno de los deportes más ordinarios para los de Veracruz, era el asustar á los pobres empleados de la Intendencia ó á los pocos militares afectos á no ponerse cerca del fuego. El procedimiento consistía en ocurrir á la maestranza y pedir granadas vacías con sus espoletas, llevando luego á alguna de las manzanas fortificadas á la víctima. Uno de los guasones arrojaba la granada con la espoleta encendida por encima de alguna pared, y á la hora que la pólvora comenzaba á murmujear y que la granada daba

vueltas sobre sí misma, era el echarse por tierra, el lanzar ayes é imprecaciones y el querer salir á toda prisa por la horadación más próxima; y como los graciosos habían tenido buen cuidado de tapiar previamente todas las salidas, el susto duraba un rato y las risas y la diversión mucho más.

Estos mismos veracruzanos proporcionaron á Pancho manera de alimentarse bien durante el sitio. Una tarde le llamaron sigilosamente á la calle de Misieses, y por la casa contigua al alojamiento del general La Llave, se introdujeron á un corral que el subteniente identificó más tarde. Allí vivía una familia compuesta de un viejo turenés y sus dos hijas, muchachas dulces y sabrosas, que en cualquier otro tiempo habrían encantado á los oficialillos. Entonces no las enamoraban porque iban sólo con fin utilitario y no amoroso: el turenés había conservado tres vaquitas que, aunque diminutas y estragadas, producían la leche necesaria para mantener á los tres ó cuatro de la conspiración y á la familia francesa. No sé qué trazas se darían los malditos muchachos, pero el caso es que nunca llegaron á faltar cebada fresca y buen maíz á las vacas de Mr. Campardon, como se llamaba el franchute.

No dejó Pancho de ocurrir mañana y tarde á beber su café con leche; al francés le cayó en gracia aquel chiquillo gracioso, avispado y valiente á más no poder, y no tardó en proporcionarle oportunidad de que viera y conociera

á las dos chicas. La una era gruesa, colorada, metida en carnes y *güera camarona;* Pancho le encontraba parecido con el zuavo que había querido matarle en San Marcos, cuando Porfirio le había salvado la vida. La otra era espi-



ritual, rubia, espigada y graciosa. Los nombres de las chicas estaban de acuerdo con sus sendas fisonomías: la gorda y basta se llamaba Nicole, la otra tenía por nombre Violette. Tomaron las niñas aquellas más parte que hubieran querido en la vida y andanzas del oficialito, y de esas cosas sabrá quien tenga la paciencia de acompañarle

en sus futuras peregrinaciones; mas ciñéndonos por ahora á nuestro asunto, diré que en Puebla fueron su providencia constante, sirviéndole para coserle la ropa, curarle las heridas y proporcionarle algo que se pareciera á calor de hogar entre aquel horrible destrozarse y aquel gran peligro de morir.

Amaneció el cinco de Mayo y amaneció en los dos ejércitos la idea de que habría de fijo un ataque tremendo por parte de cualquiera de los dos contendientes; los franceses creían que los mexicanos trataban de asegundar su victoria del año anterior; los mexicanos, que sus contrarios iban á buscar el desquite del descalabro famoso. Por eso se pactó el canje de prisioneros para semejante fecha, acordándose que saliera el grupo que conduciría á los franceses por la garita de Cholula, pues las otras estaban en poder de los sitiadores. A las ocho de la mañana, llevando al frente una trompeta y una bandera blanca, partió de Puebla el grupo mexicano que iba bajo la conducta de Lalanne y Togno, llevando consigo á varios subal ternos, entre los cuales se contaba Pancho Olivos, que solicitó ese favor porque quería ser el primero en abrazar á su hermano.

El teniente coronel Viala y el coronel Lajaille encabezaban la comitiva francesa. Salieron los canjeados poco á poco, vendados con sendos pañuelos blancos; el trompeta mexicano tocó al aproximarse á la avanzada con-

traria; mas apenas llegó el grupo á tiro de fusil, los cazadores de Francia, que guarnecían el primer puesto, hicieron una descarga que sorprendió grandemente á todo el mundo; cuando se disipó el humo, se vió por tierra á los oficiales franceses, en pie y enhiestos á los mexicanos y al intrépido Galland. Cuando el coronel Lajaille vió que los que se habían quedado en pie se miraban, se daban de codo y por fin se sonreían, empezó un discurso que mal año para el de las armas y las letras. «Eso, dijo, no era valor ni Cristo que lo fundó; que hubiera muerto cualquiera de los presentes, y maldito el provecho que semejante desgracia hubiera traído á las respectivas causas. En el combate estaba bien exponerse; pero en un reconocimiento obscuro, en una encrucijada insignificante, cuando ni Dios ni el diablo se enteraban del sacrificio, era insigne sandez ir á dejar la vida. El soldado debía morir, si era preciso, pero *urbi et orbi,* cuando estuvieran á la vera un Horacio Vernet para pintar el paso, y un Adolfo Thiers para relatarlo.» Todo exactísimo, mas ¡cuán á hueco sonaba á los soldados que sentían el ansia del peligro, á quienes no importaba la muerte obscura y que si algo rehuían era el oropel y la notoriedad! Por lo demás, el canje se hizo individualmente y por grados; y como sobraban muchos soldados franceses que no había por quien canjear, los mexicanos los dieron de *ñapa* por sentar plaza de hidalgos y, sobre todo, por ahorrarse muchas bocas de

las cuales cada una consumía más que las de tres ó cuatro mexicanos.

Miguel Olivos regresó tan rollizo, frescachón y arriscado, que daba gloria verle. Al mirar á aquel muchachuelo flacucho y crecidillo, que le esperaba extendiéndole los brazos, sintió que algo se le removía dentro del pecho, pues ignoraba la presencia de Francisco en Puebla y la situación de sus padres en México.

—¡Pancho, Pancho de mi alma!... ¡Al fin te viniste, canalla!

—¡Qué quieres! dijo el otro; tus triunfos y heroicidades no me dejaban dormir y pensé en presentarme para echarte pie adelante.

—Bien hecho, bien hecho... Háblame de todos... *Génie*...

—*Génie* te tiene en casa un regalillo que no dejará de agradarte... El haber venido por aquí se debió casi al deseo de participarte la noticia: hombre, y muy gordo y muy guapo: dicen que es el retrato de mamá... Chilla como un becerro y tira de la teta con unos bríos que para mí los quisiera al halar de la cecina infecta que nos dan de orden de los mandones.

—Ya me lo figuraba; pero me alegro mucho... de que me lo confirmes, dijo el padre novel, temblando como aterido bajo aquel sol de justicia... ¿Y cuándo nació?

—Nada menos que el día de lo de Santa Inés, á la hora que cayó el bombazo en la casa.

—¿Cayó una bomba en la casa? preguntó estupefacto Miguel.

—Y de las de veintidós pulgadas...; mató á cinco ó seis monjas y volvió loco á un curita versificador.

—¡Pobre *Génie!*

—Ni cuenta se dió del caso; hasta que le comunicaron lo que pasaba supo qué había sido aquel estruendo.

Pronto llegaron á la calle Sola.

Lágrimas, gritos de angustia, vivas y caras azoradas recibieron en la casa á los militarcitos. Acababa de estar por allí un oficial de la Intendencia, y con muy malos modos había cargado con lo que quedaba de provisiones.

—Hasta el café de mis hijas, señor don Miguel, decía Sedeño haciendo pucheros; hasta el café de mis hijas que se cocía en un jarro, se han llevado estos malvados que Dios confunda. ¿Qué haremos ahora para mantener á esta familia, á estas familias que no contaban más que con mi bastimento? Este es el fin del mundo.

—¡Malditos sean, roncó Tirso en tono de epifonema, los juaristas que han desencadenado ese inmenso número de calamidades sobre esta tierra tan digna de mejor suerte!

Sedeño tuvo un conato de rebelión contra su Richelieu.

—¡Malditos sean los juaristas, sí, pero más ó por lo menos otro tanto lo sean los franceses que nos han traído

á este término!... La leña empieza á escasear; hoy por la mañana la plebe se metió á las casas del rumbo de San Francisco, y desquiciando puertas y ventanas las sacó para quemar la madera... Ni en diez, ni en quince años se repone Puebla de este sitio.

—Pues es nada en comparación de lo que le pasa á la tropa, observó Pancho: los soldados comen un pan horrible, hecho de arvejones, arroz, garbanzo, frijol y todas las barreduras que se han podido encontrar en las tiendas de abarrotes... y luego tienen que batirse cinco ó seis horas seguidas; sobre todo, ese eterno, ese increíble caldo de arvejones nos tiene ahitos: figúrense que me cuentan que ayer estuvo el señor Ortega en el hospital número uno; vió á un soldado que se desnudaba y le preguntó por qué lo hacía, figurándoselo tocado de delirio...

—Mi General, me desnudo para echarme á este mar á ver si pesco unos granitos de arvejones, contestó el muchacho...

—Hay ya muchísimos casos de tifo entre la tropa, y los pobres soldados, aunque nada dicen, están muriéndose como moscas... Cien fanegas de maíz había ayer en la Comisaría general; piensen ustedes que debido á las requisas y á los cateos como el que tanto duele al amigo Sedeño, se encuentre otro tanto, el doble, el triple... somos cincuenta mil entre militares y paisanos, y naturalmente, todos comemos... conque, echen trazas.

—El que la acertó fué don Juan Romo, gimió Sedeño... Él sí supo lo que hacía.

—¡Válgame Dios, papá, exclamaron llorando las niñas; eso es tentar á Dios de paciencia! Cuando él y la Virgen del Rosario nos han librado de tantas calamidades, tú te desesperas porque te llevan unos cuantos granos de maíz...

—Ustedes están lelas; tiene razón el padre don Vicente; las mujeres son tontas y vale más no mirarlas... Hasta las monjas son detestables; si mi amigo no se hubiera reunido con ellas, estaría á las mil maravillas, diciendo más latines en un rato que el Papa en diez años. Y se retiró á charlar con don Vicente.

El pobre padrecito estaba convertido en un tonto. No más anteojos con arillos de oro, no más sotana limpia y coruscante, no más melena blanca rizada con arte; estaba convertido en un memo y no veía, oía, entendía, ni respondía cosa concertada. Los primeros días fueron de un abatimiento y de una sedación espantosos; pero en cambio apenas escuchaba un tiro y la mansedumbre se le convertía en furia. Recorría la casa de arriba á bajo, se metía en todos los cuartos y no cesaba de gritar *¡pum, purrum, purrum!* hasta que la fatiga le postraba.

A Eugenia le ocasionó grandísimo susto un día que se metió á su cuarto á eso de las siete, siendo completamente de noche. El mamón chupaba con todas sus fuerzas, la

madre pensaba en el ausente, se oía un lejano cañoneo... Don Vicente, que se había introducido sin que lo oyera alma viviente, simuló con la boca, y por cierto muy bien, el chillar de la espoleta, y luego empezó á gritar desordenadamente *chiiisss, pum* y á brincar haciendo danzar el manteo como si estuviera dotado de movimiento propio, y sus piezas fueran tres ó cuatro murciélagos ó diablos que se hubieran puesto á bailar cada uno por su cuerda. La Jecker estuvo á punto de enfermar del susto. Pasados aquellos días don Vicente fué entrando en caja. Permanecía sin hablar horas enteras, y cuando desplegaba los labios era para quejarse amargamente. Decía que los franceses le habían introducido diablos en el cuerpo y que era menester sacárselos abriéndole el estómago.

— Aquí, aquí los siento; son á manera de piojitos minúsculos, pero á medida que van hincando las garras en la carne se convierten en gigantes que me soplan al oído cosas terribles... Me dicen que Lydia podía haberme amado con el fuego con que yo la amara—*me torret facet mutua;*—me aseguran que debo yo matar y herir á muchas gentes y que debo irme á esos montes altos que allí se divisan y revolcarme en la hierba, y comérmela y ser á manera de Nabucodonosor...

Cuando alguien le interrogaba sobre cómo se le habían metido aquellos diablos, él respondía:

— Por la electricidad, por las máquinas eléctricas que



Calle del Pitiminí, después de la rendición de la plaza

Reproducción directa de una fotografía

traen estos franceses de Satanás... Hay ratos en que puedo cogerles; pero entonces, de grandes que eran, se vuelven chiquirrititos y son como polvillo impalpable... Aquí hay algunos quintillones... Aguardan á que les coja con mi paliacate... ¿Les vieron? Volaron casi todos; pero aquí me quedaron unos cuantos... Véanles cómo se remueven... Razón tenía el librito que me prestó la finada doña Pancha... Tan pronto como cese esta guerra maldita, voy á proveerme de alcanfor y conseguiré echar á los diablillos estos...

Miguel y Eugenia solían oir aquellos disparates; mas á poco se sentían llenos de lástima y se conformaban con excitar á don Vicente á que comiera cosas de substancia, que no dejarían de darle salud.

A los pocos días que el prisionero regresó á su casa, el hambre siguió en aumento, y la comida en menguante. Lo poco que Miguel conseguía llevar de la Proveeduría, acababa en un rato; Eugenia apenas encontraba con qué vivir gracias al auxilio de Pancho, que guardaba para la chica los jarritos de leche con que le obsequiaban los veracruzanos. Don Bernabé estaba cada día peor; azotaba de pie y mano como convelido, se irritaba por cualquier causa, pedía á gritos su caldo con *vitualla* y sus huevos cocidos, y cuando se convencía de que no podían darle nada, se echaba á llorar como un niño.

Una mañana se envolvió en la pañosa, ó hasta

las cejas el sombrero de fieltro y salió de la casa decidido á que le mataran ó á llevar que comer á sus gentes. Cabalmente e ·el día en que el Cuartel general había consentido que se retiraran los vecinos que lo desearan, contando con la protección de los cónsules y la misericordia de los franceses.

Sedeño llegó hasta el Carmen y se encontró como mil personas que iban á intentar la aventura. Eran todas gentes que sufrían los horrores del hambre más negra dentro de la plaza y que confiaban en la humanidad de los sitiadores para poder retirarse á cualquier otro punto en que no se oyeran balas y se pudiera comer un poco. Muchas personas que frecuentaban la Catedral fueron á saludar al sacristán, que al verse entre aquel público amigo, recobró á poco su buen humor.

—Saldremos porque saldremos; en el otro lado hay cristiandad, temor de Dios, gana de granjearse las voluntades de la gente poblana y... mucho que comer... Luego que empiece el movimiento de esta columna de hambrientos, iré á mi casa y en un decir Jesús, me traeré á las muchachas...

Tomaron la arquería del Carmen; pero los tiradores de la trinchera empezaron á hacer fuego con furia.

—¡Caramba, carambita! dijo Sedeño; nos han confundido con los sitiados; hay que hablarles; hay que decirles y que probarles quiénes somos y lo que queremos... ¡Se-

ñores franceses, no tiren!... ¡somos nosotros, gente inofensiva, gente buena!... ¡Somos moros de paz· no tiren!

La columna se había dispersado en gran p[illegible] y sólo quedaban al frente una mujerona con un niño [illegible]zos, dos viejas que parecían signos de interrogación, y tres ó cuatro curas.

—Vamos al llano; allí no nos pueden confundir con los sitiados... Es claro; ¿cómo van á saber que somos los hambrientos y no los defensores de estos fortines de Satanás?...

Siguió el cortejo de famélicos y salió á la llanura tras de rodear dos zanjones recién abiertos. Iba al frente Sedeño envuelto en la capa con embozos de grana, tardo el paso, pero brillante la mirada y seguro el ademán; tras él seguía la comitiva entera, que había concebido la esperanza de que no la confundieran con los orteguistas.

Al asomar en la llanura la columna de infelices, llegó dando tumbos negligentemente, una bala de cañón que arrojó un puesto francés distante; siguió á poco otra que vino bien apuntada y que se estrelló en la trinchera mexicana, y luego la *esquitera* de la fusilería, continuada y firme.

—¡Nos tiran á dar!

—¡Y con bala!

—¡No nos han conocido!

—¡Las que traigan niños, que los alcen en alto!

— ¡Levanten bien las banderas blancas!

— ¡Adelántense los que las traigan!

— ¡Esto es un abuso! gritaba Sedeño; lo sabrá el señor Forey y tendrán que componerse... ¡Disparar contra el pueblo, contra la gente pacífica!...

— ¡Vámonos retirando, que ya cayó uno herido de una pierna!

— ¡Y aquella señora acaba de recibir un rozón en la frente!

— ¡Vámonos ocultando en esta nopalera!

— ¡Mejor es el vallado!

— Yo no me escondo; quien quiera seguirme, que venga conmigo; no puede ser esto sino una equivocación.

Empuñó un carrizo que tenía enrollado un pañuelo blanco y se encaminó silenciosamente al puesto francés. Como cesara el fuego al verle acercarse, recobró la confianza y empezó á mirar aquellos campos con aberturas, anegados, llenos de caballos muertos y de carros rotos; el divino panorama del valle poblano se ocultaba á la vista, y sólo se veían en término distante, como espejismo engañador, las cimas de los cerros cubiertos de verdura. Había andado Sedeño obra de veinte pasos, cuando vió venir á un soldado vestido de azul, que sin pedirle permiso, le tapó los ojos con la misma bandera de parlamento; y así fueron sargento y sacristán, el uno arrastrando el

sable y el otro arrastrando la capa de embozos colorados, hasta llegar al fortín cercano.

Como media hora tardaría Sedeño, y al cabo se presentó conducido por el sargento, pero más afligido que antes.

—¡No hay salida! dijo; creen los franceses que si nos dejan movernos, retardarían ellos mismos la rendición de Puebla; si nos quedamos, nuestras quejas conmoverán á los juaristas y se entregarán.

—¡Pues pasaremos en tropel y no lograrán impedirnos el avance! gritó uno.

—Pero fíjese usted, observó Sedeño, en que después de esta fortificación hay otras muchas y que luego siguen los cuerpos del ejército entero.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¡Volver á nuestras casitas, gimió el sacristán, y morir en ellas de hambre ó de bala!

—¡Pero eso es una inhumanidad!

—¡Es una infamia!

—¿Y qué les damos de comer á estos niños?

—¿Y cuánto más durará esto?

—Pregúntelo usted á Ortega, y quizás ni él se lo pueda decir.

—Pues á casa, amigos míos, murmuró don Bernabé.

Y tomó la delantera, enlodando la pañosa de vueltas de grana.

Detrás venía el ejército de miserables lanzando exclamaciones, mueras á los franceses, gritos de dolor y de venganza.

Sedeño volvió á su casa tan aplanado y tan triste, que cuando dió cuenta con su paso á las muchachas, que ya le buscaban como ojo de hormiga, no pudo menos de llorar amargamente.

Miguel poco tenía que hacer, porque el fuego en las trincheras había cesado casi del todo; mas salía con frecuencia á tomar lenguas de lo que acontecía. Una tarde, al volver á la casa encontró á Eugenia afligida y temerosa: el niño estaba imposible; lloraba á más no poder y no había manera de contentarle.

— Dale de mamar, á ver si acaso...

— Le doy, pero luego deja el pecho.

— Haz la prueba de nuevo.

Le acercó Eugenia el seno, y la criatura empezó á sorber con ansia de hambriento; pareció calmarse, mas á poco empezó á llorar de nuevo.

— ¿No tendrá hambre? preguntó Miguel.

— Tal vez; desde ayer no trae Pancho la leche acostumbrada; dice que las vaquitas no dan porque les han escaseado el alimento; hoy tuvieron que contentarlas con el tule de unas sillas viejas.

— ¡Válgame Dios, y pensar que si tú no comes lo que debes, este inocente puede morirse de hambre!

El inocente mientras tanto seguía atronando el aire con sus gritos y protestando contra los succedáneos de la leche maternal que le administraban; ni el orégano, ni el agua de canela, ni la simplemente azucarada le convenían, y clamaba por su chiche con gemidos desesperados. Le paseó Miguel por el cuarto, le zarandeó en vilo, le llamó rey de la gloria, encanto, primor, y ni así consiguió calmarle; el muñeco no se calló hasta quedarse dormido por la fatiga y áfono por el llorar.

Miguel dió dos ó tres vueltas en el corredor, y luego, como si no lo hubiera pensado mucho y pesádole mucho más, bajó la escalera de piedra, no sin detenerse dos ó tres veces á reflexionar. Entró por fin resueltamente á un cuarto iluminado por una claraboya que dejaba entrar recatadamente, á través de rejas tupidas, el último fulgor de la tarde mortecina. En el momento que la pupila del ser que estaba dentro del cuarto, notó la aproximación de un hombre, se oyó un relincho que al mismo tiempo que indicaba hambre intensísima, equivalía al *presente, mi jefe* que lanzaban los soldados á la hora de la lista.

— *Chinaco*, dijo Miguel acariciando el cuello y las crines del animal; *Chinacate*, ¿qué tal la pasas sin comer?... ¡Pobrecito de ti, que no sabes cómo nosotros estamos desde ayer con un decente trozo de carne de perro, sin poder embaular nada más caliente ni más frío!...

El *Chinaco* frotaba los ollares y la ternilla en el dormán

de Miguel, y parecía decirle al piafar impaciente enarcando la cerviz y golpeando con los cascos las losas del cuarto: «En efecto, me duele el no comer, pero más me



duele el estar encerrado en este cuartucho infecto, sin ver más sol que el que entra por los cuarterones de la reja, y sin respirar más aire que el viciado que penetra después de pasar por un viejo chiquero en que de seguro se pudren algunos cadáveres humanos... Llévame al campo,

á la sabana inmensa, donde pueda pacer la grama suavísima, contemplar el monte cano de nieve, y apacentar mi sed en el arroyo límpido, que cae con ruido de torrente arriba del aguaje sombreado por árboles centenarios; yo nací en un corralillo situado en lo alto de un monte escarpadísimo; á los pocos días, cuando mis espejuelos y mis rodillas estaban todavía blanduchos, ya recorría cerros y llanuras en pos de mi madre y de mis compañeros, que iban á la carrera, sueltas las crines, volando las melenas, enhiestas las orejas, chispeantes los ojos, firmes las quijadas, abiertos los labios, ligeras las piernas y bien puestas las pezuñas... Pasábamos nuestra vida de caballos salvajes durmiendo hoy en las hondonadas de un peñascal, ramoneando en seguida el zacate aterciopelado de un potrero de reserva y bebiendo luego el agua de un manantial que caía á gotas desde una peña cubierta de jaras y lentiscos... Cuando era potrillo me cogieron para domarme, entregándome al niño de un hacendado, que me montaba todas las tardes... Crecí y me vendieron en el egido de una feria de pueblo; todavía llevaba falsa rienda, y el famoso plateado que me compró, hizo sobre mis lomos toda la campaña del año sesenta y uno: muchas fatigas, mucho correr, mucho ocultarnos y mucho andar de la ceca á la meca constituyeron mi vida durante un año entero. En cambio aprendí á subir las pezuñas á los mostradores de las tiendas, á saltar mediante el más ligero estímulo del

acicate, á *volverme diablo* (como decía mi amo), cuando escuchaba el ruido del sable saliendo de la vaina, á beber vino en grandes vasijas mediante que me quitaran el freno y el bozalillo... La muerte de mi amo hizò que su vencedor me llevara á México, que allí me comprara tu padre, aquel señor que sacó los cien pesos en que me vendieron, del interior de una redecilla listada de azul y rojo... Te salvé la vida el cinco de Mayo, el día que te persiguió Jiménez disparándote tiros, y en la jornada contra Trejo... Has andado sobre mí leguas y leguas: hemos soportado juntos el cansancio y la sed; cuando me sentía asoleado, despeado, muerto de fatiga, he continuado mi camino por no dejarte expuesto á la muerte ó al hambre... Ahora me tienes aquí triste, solo, sin ver montes ni arroyos, ni verdura, ni bufandas blancas, ni blusas coloradas, ni botas de cuero, ni armas relucientes, ni sombreros *alacranados*... Sácame, sácame de aquí...»

Miguel encendió una cerilla frotándola contra la pared: luego contempló al *Chinaco,* alazán dorado, de siete cuartas, cabeza chica, ollares reducidos, robusta la tabla del pescuezo, el encuentro saliente, como el de los caballos del Partenón. Las piernas eran esbeltas: la distribución de la carne en el antebrazo, iba disminuyendo hasta venir á parar á la cuña, que era como de antílope; el intervalo entre el menudillo y la cuartilla, era el que disponen los tratados. Los ijares, la grupa, los quijotes y el anca,

eran bien proporcionados; la cola estaba poblada y tenía una longitud suficiente.

Miguel sacó un cuchillo que llevaba á prevención; el *Chinaco* vió el arma y fijó en ella sus ojos grandes y leales; rezongó un poco, pero se tranquilizó al observar que era su amo quien tenía el instrumento de muerte. Recordó el pobre subteniente sus días alegres, el contento con que había acogido la compra de la bestia, el primor con que la había enjaezado, la inteligencia con que ella le había salvado de mil riesgos, y se determinó á salir sin realizar su intento.

Al llegar á la puerta le hirió el oído el lloro tenaz, estridente, sin tregua, de una criatura, su hijo, que pedía á gritos que le dieran de comer. Entonces no lo pensó más; cerró los ojos y con impulso brutal hirió al *Chinaco* en el corazón, revolviendo bien el puñal para no hacer sufrir á aquel ser leal y noble que tanto le había amado. Sintió en la mano, mientras volvía el rostro para no ver los ojos del asesinado, los últimos estremecimientos de la agonía del animal, y luego que se hubo convencido de que ya no vivía, ensanchó el agujero de la piel, tomó un pedazo de carne y llevándola á la cocina á toda carrera, púsola á asar en la miserable lumbre que ardía en el fogón, y la llevó á Eugenia.

—¡Hijo, por Dios! ¿de dónde cogiste carne?

—Cómela y luego te diré.

—¡Pero vienes emocionadísimo!

—¡Qué emoción ni qué ocho cuartos!... ¿Qué tal está el bocado?

—Excelente; un poquito recia y otro poquito desabrida, pero no podemos ahora hacer caso de primores... Buena está... ¿de qué animal es?

—De imperialista, de Tirso Córdova; acabo de arrancarle con esta arma un moflete de esos coloradotes que gasta, y te lo traigo como tributo... No, no es de Córdova; es de mi mejor amigo, del *Chinaco*.

—¿Lo has matado?

—Con este cuchillo que ves...

—¡Pobrecito animal!

—Eso pensé; mas ¿íbamos á morirnos de hambre y á matarle á él sin utilidad alguna? Muerto ahora, que estaba en buenas carnes, puede alimentarnos unos días.

—¡Pobrecito!

Siguieron lamentándose poco más, y Eugenia dijo á Miguel:

—¿Sabes que Merceditas Vaca se ha perdido?

—¿Perdido?

—Sí, vinieron aquí á preguntar por ella y, como era claro, dije que no se había parado.

—Andará disipando sus murrias en el corral de la casa.

Manuela y Rebeca entraron despavoridas.

— ¡Miguel! ¿no nos haría usted el favor de acompañarnos á ver si Meche anda por esas calles?

— Pero ¿qué ha de andar haciendo una niña honesta por las calles llenas de soldados y de mujeres perdidas?... Vamos, vamos allá.

Salían ya, cuando se les ocurrió preguntar al padre memo, que estaba en la puerta del cuarto de doña Jesusita la portera.

— Claro que la vi; iba con Antoñito, el hijo del viejo loco que murió en Santa Inés... Me dieron un cigarro y me dijeron no avisara á nadie que habían salido juntos: van á decirse *tecum vivere amen, tecum obeam liberis,* ó sea en romance: «quiero vivir y morir contigo:» son novios.

— ¡Viejo mentiroso! gritó Manuela casi epiléptica.

— ¡Mentiroso! Para las ocasiones que les ví cogidos de las manos y diciéndose cosas dulces en su cuarto... No se cuidaban de mí porque me creían tonto... ¡Pero tonto yo que sé más que Lepe, Lepijo y su hijo, con esta electricidad que me han echado los franceses!...

Llegó en eso don Bernabé procedente de la calle.

Un chico, un muchacho, no sé quién es, me dió este papel; léanlo, que yo no le quiero dar crédito.

Era la carta de rúbrica:

«Hermanas mías: me voy con el hombre á quien quiero. No me busquen ni me compadezcan, porque no me hallarán y porque voy á ser muy dichosa. Adiós.»

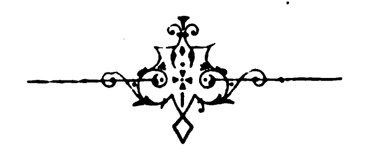
Rebeca dijo emocionada, pero sin lágrimas:

— ¡Haremos cuenta que la mató la bomba; la perdimos para siempre!

Manuela gritó mesándose los cabellos:

— ¡Malditos sean! ¡no, maldita ella, perra, ladrona... que me roba lo mío, lo muy mío!

Y cayó al suelo con un ataque de nervios.





Puebla.— Otra vista, después de la rendición de la plaza

De fotografía



CAPITULO XIX

La Rendición

DECIDIDAMENTE, Pancho se había metido por el ojo derecho de Porfirio: sabedor el Jefe de que Ortega había decretado ascensos á todos los oficiales que habían estado prisioneros, y que Miguel había saltado nada menos que á capitán, propuso también el mejoramiento de la situación de Francisco, quien subió un grado más y quedó por consecuencia en un todo igual á su hermano mayor.

Pero no era grados lo que se necesitaba; habíase menester provisiones de boca y guerra, hombres válidos y armamento, y esto no podía proporcionarlo la bondad de los jefes. Entre los subalternos se discutía la manera de terminar con la aventura. Se sabía bien que los ataques de Patoni en el Carmen y en Totimehuacán, eran un remedio heroico, algo semejante á lo que es una

amputación peligrosa para un enfermo que está entre la vida y la muerte. Rechazados los de dentro con gran pérdida de vidas, no se encontraba salida á la situación y era imposible seguir sosteniéndola. Los generales se reunían en consejo, discutían y trataban largamente; pero sus deliberaciones quedaban ocultas para el *vulgum pecus* de los oficialillos, al cual permanecían los flamantes capitanes Caballeros. Solía Miguel, que por su prisión en el campo francés era muy solicitado, visitar á los ayudantes del General por si lograba, tirándoles de la lengua, averiguar algo de lo que todos deseaban saber; pero los del Estado mayor nada sabían ó lo ocultaban con mucho cuidado.

—Hemos hecho más que los doce pares de Francia, decía Lalanne. Sesenta días llevamos de sitio; tiraremos no sé cuántos más y todavía guardamos íntegra la ciudad, exceptuando el fuerte de San Javier y dos ó tres manzanas que abandonamos por inútiles. La ciudad de Zaragoza, que contaba con víveres, municiones y tropa superiores á los nuestros; que tenía fuertes firmemente construídos; que era una plaza militar científicamente arreglada y no abierta como Puebla; Zaragoza, en fin, que estaba llena por una población leal, entusiasta y decidida contra el invasor, y no por canónigos bellacos ni sacristanes traidores, que se quejan porque no comen, tuvo que parlamentar con el invasor... Nosotros no habla-

remos de rendirnos, y no rindiéndonos seremos dignos descendientes de los héroes de Zaragoza y de los del sitio de México.

Y lo que decía el bravo ayudante de Ortega, lo decían casi todos los jefes y oficiales. «¡Adelante, que ya estamos aquí! Sabremos lo que es morir de necesidad ó morir de sablazo...»

El diez y seis de Mayo, cuando la gente perecía de hambre, pero todavía aguardaban los defensores continuar en su empeño, Miguel recibió un recado del Cuartel general. Estaba Ortega en su despacho, en unión de su indispensable Mendoza; acababa seguramente de regresar de su diaria visita á los fuertes, reductos, puestos y almacenes, pues todavía guardaba el capote militar que se había puesto por la mañana. Vestía de color gris y llevaba un sombrerillo de fieltro; estaba pálido y nervioso, y se azotaba las botas con un fuetecillo.

—¿Se llamó ya, preguntó con voz imperativa, á ese capitán de Guanajuato?

— Aquí le tiene usted, contestó Mendoza.

— Presente, mi General, balbuceó Olivos, tocándose el quepis.

—Bien, dijo el Jefe mirando apenas á Miguel; déle usted sus órdenes, agregó dirigiéndose al Cuartelmaestre, y despachen eso en seguida... ¿Están listos Lalanne y Togno?

—Sí, señor.

—Pues á arreglarlo todo... No necesito decírselo; tome de mis caballos el que le convenga.

—Ya sabe usted que yo estoy ajuarado con mi matalote...

—Como guste, pero que eso sea pronto.

Salió el Jefe, y Mendoza le preguntó á Miguel:

—¿Tiene listo su caballo, señor Capitán?

—No, mi General; no tengo caballo porque... me lo comí.

Parecióle al otro la cosa más natural del mundo que los militares se comieran sus caballos, y le dijo:

—Pues de orden mía, prevenga que le ensillen uno del General en jefe.

Cuando salió el de los Olivos de las caballerizas del Obispado, donde antiguamente habían comido las sagradas mulitas de Nuestro Amo y donde entonces rumiaban maíz los cuacos liberalescos del General zacatecano, se encontró á Mendoza acompañado del coronel Lalanne y del comandante Togno. Iban montados éstos en sendos caballos negros, y el gran Mendoza oprimía los lomos de una rata tordilla, que ni en sus mejores tiempos debe de haber llegado á valer diez pesos.

Salieron los cuatro caballeros rumbo al campamento francés, y luego que se anunció, mediante las señas acostumbradas, que llegaban parlamentarios del ejército me-

xicano, salieron á recibirles el capitán Verzin, del primero de zuavos, un sargento de cazadores de á pie, llamado Delhonêtte y dos soldados de cazadores de Africa. Con los ojos vendados atravesaron los parlamentarios una gran-



Los baños del Paseo, después de la rendición de la Plaza
De fotografía

dísima extensión de campo, y aunque comprendían que se les paseaba por un solo trecho, como en las pruebas masónicas, se conformaron con el deseo de los conductores, que trataban de extraviarles, señalándoles ríos, arroyos, fosos, contrafosos, cortaduras, parapetos y fortines imaginarios.

Llegaron así al campamento del primer batallón de

zuavos. El coronel Martin salió á recibirles, mandó quitarles las vendas y dispuso comunicar al general Forey la presencia de los enviados. Los zuavos descansaban unos á la bartola, fumando las enormes pipas llenas de tabaco oriental; otros comían á dos carrillos el pan blanco y la carne sabrosa, ó bebían á sorbitos el café mexicano más escogido; los más jugaban á las cartas, referían cuentos verdes ó cantaban el *petit zouave,* ó alguna de las innumerables tonadillas de regimiento: era la beatitud de estómagos satisfechos tras del almuerzo, que se sentían llenos de optimismo y más si se comparaban con los pobres mexicanos presos dentro de las murallas, sin tener que comer y con obligación de batir el cobre.

—Almorzaréis en mi compañía, señores, dijo Martin galantemente.

—Ya almorzamos, señor Coronel, repuso Mendoza por medio de Olivos; por cierto que nuestra colación fué copiosa y que nos causaría mucho daño el empezar de nuevo.

El Coronel guiñó el ojo á un oficial que estaba cercano, como diciéndole: «Lo que hayan comido estos cuatro, no me alimentaría por dos minutos.»

—Pero no rehusaréis, continuó, un refresco, una *absinthe;* hace tanto calor...

—Eso sí aceptaremos, señor Coronel; yo nada beberé porque no lo cato; pero quizás estos jóvenes...

Mandó el General que se sirvieran las copas, y Lalanne, fijándose en el número del batallón, dijo como descuidadamente:

—Perdonad, mi Coronel; ¿la bandera de este cuerpo no fué atravesada por un casco de metralla en San Martino? Si no ha sido cambiada, el ala del águila debe de tener todavía la huella...

Encantado el Coronel, mostró la bandera agujereada en semejante sitio y mandó reponer el ajenjo. Llegó en eso la respuesta de Forey, pidieron los mexicanos licencia para partirse y emprendieron de nuevo el camino con los ojos vendados. Llegaron en eso á un foso de circunvalación que habían abierto los franceses, ya cerca del cerro de San Juan.

—Quitaos las vendas, dijo el Capitán; este paso es peligroso, señores, y quizás no podríais atravesarlo con los ojos tapados.

Saltaron Lalanne, Togno y Miguel; González Mendoza azuzó á su caballejo, le picó espuelas, le aflojó la rienda, le impulsó chasqueando la lengua, y el maldito matalote, llamándose andana, se detenía al contemplar aquel agujero ancho, profundo, lleno de agua y ante el cual consideraba incapaces sus débiles fuerzas. Por fin, hizo el impulso, alzó las manos, abrió las patas, y allá cayeron caballo y jinete al fondo de la abertura. Conmoción de todo el mundo.

—¡Mi General!...

—¿Sufrió usted algo?

—¿Qué le pasó, señor?

Se levantó Mendoza destilando lodo y agua sucia; y chapoteando con las famosas botas de hebillas en aquel suelo turbio y movedizo, exclamó con absoluta tranquilidad:

—Nada me sucedió; el caballito no pudo pasar el vallado y se fué á fondo.

Los cazadores de Africa se desciñeron sus fajas, y mediante ellas izaron al Cuartelmaestre, que llegó arriba hecho una lástima, ajada la pluma del sombrero, rotas las carrilleras, manchado el traje y las manos llenas de rozaduras. Los soldados, con el agua del arroyo, que no tardó en asentarse, le limpiaron, dejándole presentable; pero el caballejo, en cambio, pasó todos los tormentos del mundo para salir de la sima. Hincaba las patas en el limo, se ayudaba con los belfos, y cuando lograba sacar un remo á flote, el otro estaba más enfangado; en fin, que fué necesaria toda la abnegación de los beneméritos soldados para mover aquel armazón de huesos y pellejo ataviado con montura de general.

Los parlamentarios vieron en eso que se acercaba un grupo de jinetes de sombrero tendido, acompañados de una mujer.

—¡Son los traidores! señor, dijo Lalanne.

— *Voilá les marquésiens!* gritó el Capitán señalándoles con desprecio.

— ¡Es el tuerto Piña, Ismael Piña!

— ¡Y Antonio Romo, que estaba con nosotros!

— Traen una mujer.

— La conozco, apuntó Miguel; es una pobre muchacha seducida por este bellaco.

— ¡Bribón, retraidor! bramó Lalanne enseñándole los puños; razón tuvo el General en mandarte procesar por espía.

— Súbase en mi caballo, señor General; no se den cuenta esos indecentes de su aventura.

Subió Mendoza en el caballo colorado de Olivos y dejó el que él ocupaba, el tordillejo de marras, que estaba ya almohazado y capaz de presentarse en una parada.

— Señor, preguntó alguien, ¿por qué montó usted ese animalillo tan insignificante?

— Por mi oficio, hijo, por mi oficio; yo necesito escribir, trazar croquis, hacer apuntes, cien cosas más, y como no puedo traer conmigo una mesa, todo lo ejecuto sobre la cabeza de la silla. Si tuviera un caballo cabeceador y brioso, nada lograría arreglar.

Llegaban en eso los mochos, ceremoniosos y saludadores, preguntando qué se ofrecía.

— ¡Nada queremos de traidores! gritó Lalanne.

— ¡Nada queremos de traidores! dijeron todos.

Y los bellacos se alejaron cariacontecidos, no sin que la mujer y el Antonio Romo ocultaran la cara al reconocer á Olivos.

Llegaron por fin al Cuartel general de Forey. Recibió-



les con exquisita cortesía el jefe del Estado mayor, coronel d'Auvergne. El Coronel era alto, flaco, acartonado, rubio y de mal gesto; parecía un cartujo que por penitencia anduviera en el siglo, y en realidad esa era la vocación de d'Auvergne, pues atacado de una especie de locura mística, tuvo que dejar el servicio, años más tarde, por haber ido llevando una de las varales del palio del Santísimo en

una procesión, vistiendo de todo uniforme y lleno de condecoraciones.

Forey tenía fama de ser un sargentón, mas como amo de casa era irreprochable. Ofreció de nuevo un tentempié á los recién llegados, y como rehusaran, les obsequió con un coñac que contaba más años que la monarquía francesa.

— Es exquisito, dijo Mendoza, que se atrevió á mojarse los labios con aquel néctar.

— Como que procede de las bodegas imperiales... Me favoreció S. M. con el regalo de unas cuantas botellas.

— ¿Y las mandó acá á V. E.?

— Sin duda; simplemente que el mensajero no puede presentaros sus respetos porque está en el hospital, convaleciente de una herida que recibió en Puebla: se llama el marqués de Gallifet.

Llegó en eso el criado trayendo una bandeja colmada de riquísimas galletas, y los muchachos ayudantes, en menos que se cuenta el caso, dieron fin á la provisión.

Mendoza, con toda corrección, desfloró el borde de una de aquellas piececillas y empezó á hablar así:

— Señor General: comisionado por el señor General en jefe de la plaza de Puebla, vengo á suplicarle nos conceda un armisticio que sirva para dar fin á este sitio, que ya se prolonga demasiado...

— Ya lo creo que se prolonga, señor General, contestó Forey levantándose.

Era Forey un soldadote con estatura de tambor mayor. Tenía la cara roja, congestionada y llena de una erupción menuda; los ojos chicos y de mirada bonachona, el cabello rubio, escaso y bien peinado, la nariz rabona y picaresca, y la quijada inferior con un gran prognatismo que hacía aparecer al General todavía más perseverante y testarudo de lo que era. Para los mexicanos, Forey no pasó de ser un *troupier* sin más hidalguía que la que dan el trato franco y la vida libre del soldado; los franceses le pintan como un alma buena, generosa y honrada, que ocultaba sus bellas cualidades bajo un exterior grosero é inculto.

— ¿Y para qué quiere armisticio el general Ortega?

— Señor, como la situación, aunque soportable, empieza ya á ser difícil, querríamos darle solución á un problema que en la actualidad no tiene salida.

Luego que Lalanne concluyó de traducir lo que decía Mendoza, el francés exclamó dando un paseo á lo largo del cuarto:

— ¡Qué soportable ha de ser la situación! (y empezó á manotear con brusquedad); no hay en Puebla un grano de maíz, no hay un trozo de carne, no hay un quintal de pólvora!... Se mueren ustedes de hambre, se acaban, se destruyen... ¿A qué conduce esta necia terquedad? El ejército mexicano ha demostrado que es valiente, que se respeta,

que conoce y cumple sus obligaciones... ¿Qué más desea? Ha salvado su honor, ha detenido (y puede envanecerse de ello) á un ejército que sus enemigos llaman el primero del mundo, ha hecho prodigios de valor... Las plazas modernas no resisten por más de treinta días; ya han quedado relegadas á la historia las heroicas locuras de sitios sostenidos meses enteros...

Iba Miguel explicando lo que el General decía, y Mendoza estaba sin habla y sin movimiento, recapacitando sobre aquellas cosas que era menester contestar discretamente. En su paseo se había acercado Forey al hueco de la ventana desde donde miraba Togno el aspecto del campamento francés y de *Puebla la arrogante*, por cierto entonces muy alicaída.

— Y bien, exclamó sacudiendo por un brazo al Comandante, ¿qué pretende el general Ortega? Que exponga sus condiciones, que diga en qué forma pretende salir; yo le concederé todo lo que desee, porque tengo facultades para ello y porque para valientes como los de Puebla no hay cosa que pueda parecer exorbitante.

— El general Ortega desearía, dijo serenamente Mendoza, salir de Puebla con tambor batiente, bandera desplegada, armas listas, mecha encendida y la provisión de cartuchos que se acostumbra por plaza. Solicita, además, que no se le persiga durante dos jornadas en su camino hasta la capital de la República.

—¡Oh! todo concederé al general Ortega menos el que las tropas que manda queden en actitud de continuar la guerra contra Francia; porque esto no importará otra cosa que cambiar de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy seguro de que antes de diez días tendría de nuevo en batalla contra mis tropas, al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo los muros de esta ciudad. Dígale por lo mismo al general Ortega, que si pretende algo, me lo proponga para entendernos, y que lo que puedo concederle, además de los honores militares, muy justos y merecidos, de que usted me habla, será que permanezca neutral el ejército que manda, mientras termina la cuestión que hay pendiente entre la Francia y don Benito Juárez, pero que aun para esto necesito oir la opinión de mis generales, á cuya deliberación sujetaré las proposiciones que me haga el señor Ortega.

—En ese caso, insinuó Mendoza, preferiríamos no aceptar nada y romper nuestras armas.

El Jefe de Estado mayor había permanecido hecho una etcétera, sentado en una silla de campaña; pero al oir lo que decían los interlocutores, les interrumpió bruscamente:

—El general Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederá á los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también de que los pri-

sioneros que hagamos en la plaza, cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que sus defensores rompan su armamento, como usted lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y en consecuencia serán deportados á la Martinica.

Forey dejó el paseo agitado y nervioso, y parándose en firme frente al coronel d'Auvergne, le dijo enojado:

—Yo deporto á la Martinica á los ladrones y á los bandidos; no á oficiales valientes como los que defienden á Puebla.

Seguro el Cuartel maestre de que era aquella la última palabra de los sitiadores, no volvió á proferir ninguna que se relacionara de cerca ni de lejos con el negocio de la rendición. Forey, queriendo compensar á los vencidos algunas de sus brusquedades, les invitó á ver el panorama de Puebla para hacerles conocer la hermosura del paisaje. Todos comprendieron que trataba de poner de resalto el estado floreciente de sus tropas, bien comidas y provistas de todo, y el de las mexicanas, punto menos que muertas de hambre. El contraste no podía ser más claro: á la izquierda estaban escalonados campamentos con tiendas variopintas y hombres que reposaban tranquilamente á la sombra de los árboles ó de las cercas; un soldado aderezaba un caballo en la falda de un cerro, canturreando alguna tonadilla militar; en frente, en la altura de la Penitenciaría, brillaban unos cañones como si fueran de

plata repujada; poco más á la izquierda caminaban muchos carros cargados con sacos al parecer de harina, y á lo lejos se veían grupos que marchaban al son de una corneta; la charanga de un cuerpo mandaba notas que unas veces se ahogaban en el aire diáfano y sereno y otras subían en bandadas hasta la altura. En Puebla, en cambio, no se veían sino casas quemadas, manzanas derribadas, calles llenas de estorbos, tristeza, soledad, aislamiento...

—¿Y sabéis, señor General, dijo Forey, que estuve á punto de ser víctima de una de las primeras balas que se dispararon durante el sitio?

—¿De veras, señor General?

—Sí; apenas habíamos llegado, cuando he aquí que oigo un gran ruido en el puesto del tercero de cazadores de á pie, que es mi guardia personal... Ocurro á ver qué pasa, y me informan que ha caído una granada en un grupo de soldados, lastimando á varios; vuelvo á mi cuarto, y al atravesar el patio, nuevo estallido cerca de allí; paso y me encuentro deshecho el catre de campaña en que reposaba hacía un instante: la bala había entrado por la ventana y me habría muerto si no hubiera salido á tiempo.

—¡Cuánto siento, señor, exclamó Lalanne, que se haya disparado cuando ya os habíais levantado!...

Rió Forey, celebrando la habilidad del artillero, y despidió á sus huéspedes suplicándoles le informaran de la

resolución de Ortega. Los muchachos bajaron tristes y meditabundos; Mendoza regresaba dejando en el cerro de San Juan todas las esperanzas que había traído, y llevándose un par de botas que Forey le había prestado para que se mudara las suyas empapadas y llenas de fango.

Media noche era por filo cuando Pancho sintió que le movían despertándole de su tranquilo sueño.

—¡Arriba, Capitán, que el General quiere hablarnos; ya están todos listos!

Frotóse los ojos el de los Olivos, y en un momento se trasladó á la cuadra donde se paseaba el general Díaz; la oficialidad llegaba sorprendida, sin figurarse que pudiera haber otra novedad que la de batirse. Cuando Porfirio consideró que la gente estaba ya reunida, le habló así, poco más ó menos:

—Amigos, no tengo para qué decirles que estoy contento de todos ustedes; no hay entre los míos un cobarde, y si lo hubiera habido no existiría, porque ustedes habrían dado cuenta de él. Ustedes me han seguido voluntariamente, y para obedecerme no han tenido más motivo que el saber que yo no les robaba su sueldo, porque el prest del soldado es santo para mí, y porque me exponía como el último de ustedes á las balas y al peligro...

El General se limpió una lágrima y continuó:

—Me han acompañado en esta serie de acciones que les levanta entre todos los valientes; han sido leales, abnega-

dos, firmes, sufridos y, sobre todo, patriotas; muchas gracias, amigos míos... Ahora, esto se acaba, esto concluye; la plaza se entrega sin pedir garantías, sin solicitar nada del vencedor... Romperemos nuestras armas, inutilizaremos nuestros cañones, y nos pondremos en poder de los franceses para que nos pasen á cuchillo... Esto se ha resuelto... Si yo fuera el Jefe, pueden estar seguros de que intentaría algo y que no me entregaría con mis valientes oaxaqueños sino después de realizar un pacto con la muerte ó con la victoria; pero yo no mando, sino que obedezco y hago lo que está ordenado...

— Valía la pena de intentar algo, dijo González.

— Sí, señor, vamos intentándolo, gimió Miguel destacándose del grupo que mal iluminaba el velón de sebo.

— No, no hay que intentar nada, repuso Porfirio con la voz velada; no hay que intentar; nuestra gloria no debe consistir en procurar salir, sino en someternos entera é incondicionalmente... Somos, en este caso, igualmente subalternos ustedes y yo... A entregarnos, pues...

Iban á salir los cuitados oficiales cuando Porfirio alzó la mano.

— Todavía no, dijo; como tenemos que constituirnos prisioneros y el enemigo puede obrar con nosotros conforme á su antojo, yo quiero que cada uno de ustedes me dé un abrazo; será el único pago que á su conducta pueda darles su Jefe que nada tiene...

Llorando los más, acercáronse todos al Jefe y le abrazaron llenos de ternura; cuando Pancho llegó, Porfirio le dijo con la voz mojada en lágrimas y llevándole aparte:

—No daremos palabra; quedaremos en libertad de



hacer lo que nos plazca... Yo me fugo; ¿quiere venirse conmigo?

—¡Señor!... exclamó el muchacho llorando á moco y baba.

—Pues cállese y procure estar cerca de mí.

—Muy bien, mi General.

Tòdavía no apuntaba el alba, cuando Pancho salió del corredor y vió que dos soldados llegaban con grandes cubos de agua.

— Toda, toda la pólvora; sólo deben quedar cargas triples para las piezas, ordenó el capitán Castañeda.

Los soldados echaron el agua en los sacos de pólvora y á poco se empezaron á oir truenos sofocados: eran los cañones que reventaban ó se hendían al impulso de la triple carga y sujetos por un perno de hierro en la boca. Uu cañoncito de montaña trepó por los aires y cayó al suelo hecho pedazos; los obuses saltaban como animales descabezados; rodaban por el patio, se levantaban, danzaban, hacían corvetas como potros jóvenes, y al fin arrojaban su carga sin llegar á romperse.

Sentía Pancho como si con aquellos truenos se hendiera también su propia alma y se compadecía de las máquinas obedientes que tanto habían servido en sus días malos y que se dejaba abandonadas, rotas y sin empleo, en poder del enemigo aborrecido.

Mas algo hubo que afligió aún más al Capitán, y fué el óir cómo se rompían en las piedras de las calles, en los arcos de los corredores, en todas partes, los fusiles que habían ayudado á la defensa. Saltaban las astillas de las cajas, las piezas del gatillo volaban por los aires, las baquetas se dejaban esparcidas por el suelo, los cañones se echaban á los pozos y á las letrinas. Pero no era el ins-

tinto de destrucción el que guiaba á aquellos obreros de una labor espantosa; muchísimos soldados lloraban, muchos trataban de esconder ó de enterrar sus fusiles y otros se alejaban sencillamente sin cumplir la orden.

Cuando se trató de las banderas, Porfirio reflexionó:

— La orden es quemarlas, dijo; pero no me atrevo. Dejémoslas en lugar seguro, y si algún día Puebla es nuestra ó volvemos á Puebla por cualquier motivo, podremos sacarlas y servirnos de ellas para alentar nuestro valor y el de nuestros soldados.

Se quitaron las astas, se guardaron los lienzos dentro de las fundas, se envolvió todo en trapos y se guardó en un cajoncito que se clavó cuidadosamente, rodeándolo de tela impermeable. Porfirio vigilaba aquella operación como lo hubiera hecho si se tratara del amortajamiento de su propio hijo, viendo con tristeza que el agujero que al pie de un muro abría Pancho iba á guardar aquellas insignias que adoraban todos los soldados y que recordaban tantos sacrificios y tantas muertes. Aquellas flámulas que habían alegrado las almas mezclando su color verde al verde de los campos, el rojo á las nubes rojas con que el sol se pone y el blanco á la nieve inmaculada de las montañas; aquellas banderas que seguían los soldados como lábaro de gloria y que los porta-estandartes habían salpicado con gotas de su sangre y con trozos de sus entrañas; aquellas banderas acribilladas á balazos, destro-

zadas unas por el tiempo, flamantes otras y con su águila rapaz coruscante de oro, yacían allí inertes, solas, muertas, metidas dentro de un ataúd, encerradas á dos palmos de la superficie del suelo. ¡Dios quisiera que resucitaran al tercero día, llenas de gloria y de majestad, como había resucitado el Cristo!

Midieron el trecho que separaba de la pared el lugar donde reposaban aquellos despojos, que podían todavía salir á inflamar muchedumbres y á electrizar pechos patriotas, y se alejaron con la tristeza pintada en el semblante.

Seguían oyéndose ruidos periódicos. Unas veces eran cercanos, otras distantes, pero todos entristecedores. Los polvorines se destruían, las piezas de artillería volaban, los fusiles se hacían pedazos, todo indicaba destrucción y desconsuelo. Los soldados corrían ya sin uniformes, por las calles llenas de escombros; abandonaban las manzanas que habían defendido palmo á palmo; trataban de alejarse para no ser conocidos como de la gente sitiada. En las casas solas se proveían de tocados y de trajes, y por las calles corrían doctos sombreros de teja, discretas sotanas, altos sombreros de copa, honradas chaquetas, elegantes pantalones y levitas y fraques ceremoniosos, todo en la cabeza, en los hombros ó en las piernas de los pobres indios hambrientos, que buscaban manera de apacentar á la bestezuela del cuerpo, antes quieta, pero furiosa ahora como fiera desencadenada.

Los jefes habían cumplido con la orden de presentarse en el atrio de la Catedral y en el palacio del Gobierno; sólo Gagern, el testarudo y heroico Gagern, un alemán que á raíz de la Reforma había tratado de establecer una escuela en que se enseñara el más puro jacobinismo (otros decían que el ateísmo *por principios),* trató de salir al frente de su batallón. Fué cogido en el primer puesto francés.

A las cinco y media, Miguel fué visto por el general Mendoza, que le tenía presente por la conferencia del día anterior.

—¡Pst, pollo!... ¡usted, capitán! Se le necesita; venga usted acá.

Acudió Miguel y se encontró á Ortega vestido de uniforme; Loera, el secretario del Cuartel maestre, ponía sellos y cubiertas á unas cartas; la luz estaba encendida todavía, y en ella calentó el lacre con que se había de cerrar la correspondencia.

Salió Miguel á toda prisa y llegó sin obstáculos al cerro de San Juan; en ese instante tocaban á parlamento las cornetas de la plaza y se enarbolaban banderas blancas en el Palacio y en la Catedral. Cuando Forey leyó la carta de Ortega, la pasó á un grupo de generales que comentaban la actitud de la plaza.

—Ved, señor general Bazaine, qué hermosa carta de Ortega.

Bazaine leyó, traduciendo correctamente del español:

«Cuerpo de ejército de Oriente. — General en jefe. — Señor General: No siéndome posible defender más tiempo esta plaza, por la falta de municiones y de víveres, he disuelto el Ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa toda la artillería.

»Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ella.

»El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este Ejército, se halla en el Palacio del Gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor General, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haría.

»Acepte V. E. las seguridades de mi personal consideración.

»Libertad y Reforma. Cuartel general en Zaragoza, á 17 de Mayo de 1863.

»Jesús G. Ortega.

»A S. E. el general Elías Federico Forey, Jefe del Ejército francés. — En su campamento del cerro de San Juan.»

Cuando volvió Miguel á Puebla no pudo menos de recordar su entrada á la ciudad un año antes. La hora era la misma, la naturaleza se mostraba igualmente serena y fría; todo estaba en reposo y todo callaba como en aquella mañana inolvidable; mas en cambio, ¡qué diferencia en las situaciones! Un año había pasado, y estaba tan lleno de peripecias, que Miguel pensaba si no serían muchos hombres los que habían gozado, sufrido y visto tantas cosas, y si no sería materia de un libro la relación de todas sus aventuras, tristezas y placeres. El sol, que salía en este instante, iluminó la bella campiña poblana, antes riente y alegre, ahora fúnebre y desolada. Dejó el oficial que vagara el caballo á su albedrío, cuando le sorprendió un rumor insólito: eran los últimos restos de las tropas sitiadas que salían á toda prisa á recoger los granos de maíz crudo que les arrojaban los empleados de la Intendencia francesa.

En la puerta del Obispado aguardaban Lalanne y Togno, uniformados de pies á cabeza y con sendas lanzas rematadas por banderas blancas. Tras de Miguel llegaban el general don Antonio Taboada y cincuenta ó sesenta de sus compañeros. Es de advertir que á este Taboada los franceses le apellidaban por el remoquete de *l'idiot,* á causa de que en Orizaba había dejado pasar las tropas de Ortega, y en Puebla había visto salir frente á sus narices, sin decirles esta boca es mía, á las fuerzas de

O'Horan, Carbajal y Aureliano. Sin embargo, en esa mañana él y los suyos llegaron sofrenando los caballos, altivo el paso, fiero el ademán, hosca la mirada, el fusil á la bandolera y en la mano nervuda la lanza con banderín. Ver á Lalanne y á Togno y acometerles á lanzazos, fué



Rendición de Puebla
De una obra francesa

todo uno, y lo mismo habrían hecho con todos los jefes que estaban en la azotea si les hubieran alcanzado; vale Dios que no se podían defender y que les podían llevar prisioneros; mas no encontrando manera de prender en los vírgenes y agudos hierros de sus lanzas á los rendidos, empezaron á gritarles:

—¡Cobardes, *sinvergüenzas,* traidores, *comevacas*!...

Los oficiales que estaban en la azotea, cogiendo ladri-

llos de la cornisa los arrojaron sobre los de á caballo; mas cesaron en su empeño al oir que les llamaban á voz en grito «¡Traidores!» Una carcajada y muchos silbidos fueron la respuesta de aquel desplante.

Mas los de las banderas se veían en apuros para poder sortear el cuerpo á cada acometida de los de Taboada; y cuando ya tenían sus lucidos uniformes hechos unas cribas vieron venir calle arriba, en dirección de la Catedral, á un sargento y á tres cazadores de Africa.

—*Mon colonel*, dijo el sargento, que no era otro que el propio Delhonêtte, que había acompañado á los parlamentarios. Al ver á los afrancesados les preguntó qué querían.

—Soy un general del ejército franco-mexicano, respondió Taboada.

—*Vous n'êtes qu'un traître marquésien*, dijo el simpático muchacho con soberano desdén.

Y como el Taboada insistiera, Delhonêtte cogió las riendas de su caballo, y dijo enojado, amenazando al General de pega:

—*Allez, allez; vous êtes un traître fourbe; ces sont des soldats, ces sont des braves gens!...*

Y los *marquesianos*, como Delhonêtte y todos los franceses les llamaban, se alejaron sofrenando los caballos, altivo el paso, fiero el ademán, hosca la mirada, el fusil á la bandolera y en las manos la lanza con banderín.

A poco asomó por la calle un tipo de jinete mexicano. El caballo era negro, grande y braceador; llevaba bozadillo, gargantón y riendas de color verde obscuro formando caprichosas grecas en el pecho y hocico del caballo; el freno, las cabezadas y el fuste estaban forrados de plata maciza; las cantinas llevaban chapetones de plata y bordados de hilo de oro y de pita; los estribos y las espuelas eran de los famosos de Amozoc, incrustados de plata y oro, y en los tientos delanteros llevaba de un lado el cabestro y del otro la reata de lazar. El charro iba cubierto con un gran zarape de color verde que llevaba en el medio una cruz de galón blanco, y no se le veía de la cara más que un gran bosque de barbas. Al llegar al Obispado se introdujo al patio y todos pudieron conocerle.

—Es Paulino Gómez Lamadrid, dijeron; viene de seguro á buscar á Benito Quijano.

—Seguramente; son tan amigazos que desde niños se criaron juntos y se han tenido siempre un grandísimo cariño. A pesar de militar en bandos opuestos, Lamadrid daría la vida por Quijano, y Benito por Lamadrid.

El de las barbas buscó á su amigo con la mirada, y viéndole entre un grupo de oficiales, á él se dirigió:

—Hermano, ya sé lo que les pasa; ¿en qué te puedo servir? ¿En qué te puedo ser útil?

—Yo no tengo hermanos entre los traidores, contestó furioso el otro; te quise mientras no fuiste correligionario

mío, porque la diferencia de opiniones nada importaba; ahora que has traicionado á la patria, te detesto.

Aplaudieron á dos manos todos los presentes y Lamadrid salió más que de prisa.

Pero después entraron veinte ó treinta zuavos desarmados; querían conocer á los mexicanos y hacer amistad con ellos; llevaban pan y vino, y estuvieron trincando con los oficiales inferiores, cuando aparecieron nuevos grupos de mochos insultando á los prisioneros. Los zuavos cogieron baquetas de las que estaban tiradas por el suelo y á golpes hicieron huir á los esforzados paladines de la fe.

Cosa de las once, Forey mandó suplicar á los generales Ortega y Mendoza que almorzaran en su compañía. Mendoza llevó consigo á Miguel Olivos; Lalanne y Togno ocurrieron en representación de Ortega, quien para excusarse alegó su vieja enfermedad de estómago.

Sentáronse á la mesa, además del invitador y los convidados, el coronel d'Auvergne.

Tratóse en la comida de no sé cuál de las atrocidades del mariscal Turenne en el Palatinado, y Forey hizo apreciaciones que Mendoza contradijo; replicó el otro, y al cabo de la disputa convinieron en someter la cuestión al arbitraje del Jefe del Estado mayor francés.

—Ya que VV. EE., manifestó el coronel d'Auvergne, tienen la bondad de someterse á mi fallo, diré que, en mi

pobre concepto, el señor general Mendoza es quien lleva la razón.

—¡Demonio! dijo Forey; ¡qué suerte tan perra, venir á tierra extraña á que me den lecciones de la historia militar de mi país!...

Rieron todos, y luego se trató de la caída de Puebla y de la suerte de los prisioneros, y Forey preguntó á Mendoza:

—Decidme, mi General, ¿quién aconsejó al general Ortega esa extraña resolución de romper las armas y entregarse á discreción?

—Quizás, respondió abochornado el ordenancista Mendoza, consista todo en que el señor general Ortega no pertenece á la profesión militar.

—Así se me ha figurado; mas no creáis que se lo reprocho; me parece una terminación bella y grande de un sitio heroicamente sostenido.

—Señor, V. E...

—Me habéis cautivado con vuestra conducta; no creáis, no faltaban á mi lado gentes que me propusieron que os fusilara (1), ni quienes, un poco más humanos, quisieran que os deportara á Cayena ó á la Martinica, ya que os habíais entregado sin condiciones (2). ¿Sabéis lo que les he contestado? A los que me pedían que os fusilara,

(1) Woll y Almonte.
(2) Saligny.



Interior de la Catedral de Puebla

De una litografía antigua

mi respuesta ha consistido en volverles la espalda; en cuanto á los otros, les he dicho: «Bien está; no hay convención escrita; pero á falta de mi firma en un papel, existen las leyes eternas del honor, que me obligan más que nada, y las tradiciones de confraternidad militar, á las cuales no faltaré nunca. Este ejército quizás haya excitado el disgusto de los políticos por su tenacidad en la defensa y por el valor que han desplegado sus jefes; pero en cambio se ha ganado la estima y la consideración de nosotros los soldados; y nunca consentiré en que se trate como malhechores á tantos valientes.»

— V. E. es justo, exclamó Mendoza inclinándose.

Al día siguiente, diez y nueve, hizo su entrada en Puebla el ejército francés. Tras el ejército, entre la impedimenta y los carros de provisiones, llegaron Almonte, Miranda, Woll y el gran Tirso Córdova, que consideró aquel el mejor día de su vida.

¡Qué sorpresa la de Forey! Ni una autoridad que le recibiera, ni una mujer que le sonriera, ni un grupo que le aclamara, ni una campana que se echara á vuelo á su paso; las charangas, los clarines, las músicas, las banderas y los uniformes hollaban aquella ciudad muerta, como el violador huella la belleza de que gozó no en buena lid, sino á la fuerza y á traición.

Sólo el clero abrió la Catedral rutilante de luz, resplandeciente de plata y oro, con sus treinta y dos lám-

paras de plata forjada al martillo, con sus ramos de flores artificiales de filigrana de plata y oro, con su altar que soportaba doce candelabros de plata maciza de tres metros de altura cada uno, con su custodia de la torrecilla, que tenía dos varas y cinco sesmas de alto.

Los canónigos que habían huído asustados al saber que caían bombas sobre Puebla, volvieron á toda prisa al tener noticia de que ya había un nuevo opresor á quien acatar y á quien bendecir llamándole enviado del Altísimo.

Ese día, muchos devotos poblanos recibieron al General llevando las varas del palio, mientras nuestro amigo Sedeño, ya repuesto del susto y la fatiga pasados, incensaba hasta ahogarles á los mimados de Dios.

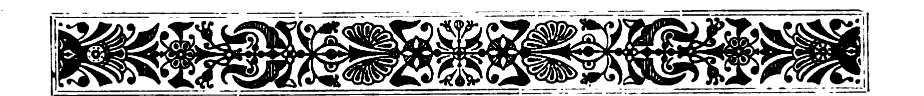
Con ese incienso y esos agasajos pretendieron los clérigos sellar para siempre la unión que trataban de establecer entre el invasor que roba y mata y el buen Dios que ama y perdona.

FIN DEL PRIMER TOMO



PAUTA DE LAS LÁMINAS DEL TOMO I





ÍNDICE DEL TOMO I

Tercera parte

II. — PUEBLA



H. 7 3

